Biblioteca del soldado

tomo II

Secretaría de la Defensa Nacional
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Educación Pública

Biblioteca del soldado

Tomo II

MÉXICO
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Presidencia de la República

Presidente de la República
Enrique Peña Nieto

Secretaría de la Defensa Nacional

Secretario de la Defensa Nacional
General Salvador Cienfuegos Zepeda

Secretaría de Educación Pública

Secretario de Educación Pública
Emilio Chuayffet Chemor

Subsecretario de Educación Superior
Fernando Serrano Migallón

INEHRM

Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México

Directora General
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo
Fernando Castañeda Sabido, Aurora Gómez Galvarriato,
Luis Jáuregui, Álvaro Matute,
Ricardo Pozas Horcasitas, Ariel Rodríguez Kuri,
Salvador Rueda Smithers, Adalberto Santana Hernández,
Enrique Semo y Gloria Villegas Moreno.

Biblioteca del soldado

Tomo II

Presentación

Patricia Galeana

Introducción

Vicente Quirarte

Selección

Felipe A. Ávila Espinosa

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

México, 2013

Portada: Eusebio Fernández Lugo, "Revolucionario que combatió en las fuerzas villistas", *ca.* 1913, Fondo Veteranos-Villistas. Fototeca Archivo Histórico de la Secretaria de la Defensa Nacional.

Las obras que integran la colección de relatos de la *Biblioteca del soldado* fueron tomadas, en cada caso, de la edición indicada como nota en asterisco al inicio de cada novela.

Derechos reservados
© Fondo de Cultura Económica:
Tropa vieja, *Fui soldado de levita de esos de caballería*, *La Ciudadela quedó atrás* y *Memorias de campaña* de Francisco L. Urquizo; *Frontera junto al mar* de José Mancisidor; *Los de abajo* de Mariano Azuela.
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738, México, D. F.

Primera edición dentro de la *Biblioteca del soldado*, 2013
ISBN 978-607-9276-27-0, obra completa
ISBN 978-607-9276-29-4, segundo tomo
Derechos reservados
© Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.
www.inehrm.gob.mx

Impreso y hecho en México

Índice

La biblioteca del soldado
Tomo II

Tropa vieja 3
Francisco L. Urquizo

Fui soldado de levita de esos de caballería 195
Francisco L. Urquizo

La Ciudadela quedó atrás 273
Francisco L. Urquizo

Memorias de campaña 379
Francisco L. Urquizo

Frontera junto al mar 463
José Mancisidor

Biblioteca del soldado

TOMO II

Tropa vieja *
Francisco L. Urquizo

Primera parte
I

Mi compadre Celedonio era el carnicero más conocido en todo aquel rumbo de la comarca lagunera. En su carnicería de la hacienda de Lequeitio, en donde vivíamos los dos, siempre tenía por lo menos un chivo destazado y, los domingos, tenía además una buena pierna de res y un costillar de marrano aparte de los chicharrones que freía en la puerta del jacal, cada ocho días. Buenas ventas lograba los domingos entre la gente de la hacienda y entre los que llegaban aquel día allí, de los ranchos cercanos.

Entre semana, ensillaba su caballito colorado cuatralbo, amarraba en los tientos de la montura un chivo destazado y una balanza vieja, y se largaba a los ranchitos a menudear la carne, a hacer cambalaches o a comprar animales para el abasto.

Buenos centavos hacía mi compadre Celedonio en su negocio y buen agujero le hacía también a la tienda de raya de la hacienda, por lo menos en el ramo de carne. Los gachupines de la casa grande no lo querían y hacían todo lo posible por correrlo de allí. Tampoco a mí me querían, de seguro, por la amistad que teníamos y porque yo nunca me dejé, de ninguno de ellos, cintarear ni babosear, y también porque yo les llevaba sus cuentas a los peones para que no se los tantearan los sábados, días de raya. Buenas alegatas

* Urquizo, Francisco L., *Tropa vieja*, México, Fondo de Cultura Económica, Obras escogidas, 2003.

les hacía yo, cada vez que querían mangonearle algunos pesos a algunos de mis conocidos y amigos, que me buscaban para que les ayudara yo en lo que podía y que había logrado aprender en el poco tiempo que pude ir a la escuela de San Pedro de los Colonias, cuando mi padre podía darnos a mi hermano y a mí alguna comodidad.

Aquella tarde mi compadre había vuelto de por el rumbo de la Vega Larga con un morralito retacado de pesos. Estaba muy contento y con ganas de divertirse un rato.

Apenas me encontró, me dijo:

—Ándele compadrito, véngase; vamos a echar un trago de mezcal y a comer unos chicharroncitos. Mire nomás hasta dónde me llegó l'agua.

Nos fuimos a su casa y entre taco y taco y trago y trago, nos acabamos una canasta de tortillas, dos libras de chicharrones y tres botellas de mezcal de Pinos.

Al pardear la tarde ya estábamos bien borrachos. Comenzó por contarme todas sus andanzas por los ranchos y haciendas, y acabó por abrazarme queriendo llorar. Era muy amoroso mi compadre en la borrachera, a diferencia mía, que me daba siempre por querer pelear. En una cosa estábamos siempre de acuerdo: en hablar mal de los gachupines dueños de la hacienda. No podíamos ver a don Julián Ibargüengoitia el administrador, ni a los dependientes don Salusiano Millares y don Agapito Solares.

En la borrachera nos daba, como a todos los peones de La Laguna, por cantar tragedias y canciones rancheras con sus correspondientes gritos y maldiciones. Ése es el consuelo de los hombres de trabajo cuando se sienten aliviados por un trago que les raspe el gañote.

Decía Macario Romero
Oiga mi general Plata,
concédame una licencia
para ir a ver a mi chata.
……

O si no aquello de:

Tolentino, hombre valiente,
valiente y muy afamado,
aquí encontró a su padre
que es Toribio Regalado.

O la tragedia de don Juan García y Luis Banderas:

> También Octavio Meraz
> también era hombre capaz,
> y al mentado Luis Banderas
> le dio un tiro por detrás.

Ya de noche y con más tragos y acostados los dos en el montón de la semilla de algodón, cerca del despepitador, y acompañados de otros tres o cuatro peones que se divertían oyéndonos, acabamos con la canción alborotadora que dice:

> No tiene tierra la mata
> ni barranco el paredón,
> ni chinches tenía la rata
> ¿con qué se criaría el ratón?

En esa canción estábamos muy animados, cuando llegó el mayordomo a reconvenirnos.

—Que dice el amo que a ver si ya se callan. Que ya es buena hora para que se vayan a sus casas y dejen dormir a la gente.

—Dígale al amo que no nos dan ganas de callarnos —contesté yo.

—Mira, Espiridión, no seas bozalón. Tú ya sabes que a ti y a tu compadre los traen los españoles entre ojos. No vaya a ser que les echen a la patrulla encima.

—Dígale, don Amado, a su patrón, que vaya y vuelva a la tarde.

¡Ajajay! ¡Viva México, gachupines hijos…!

El mayordomo se fue asustado porque ya me conocía cómo era yo de lebrón con dos o tres tragos en el estómago.

A poquito rato, de veras llegaron los dos de la patrulla con sus machetes viejos, a meternos al orden. Uno de ellos era también el juez y llevaba como siempre la vara de la justicia en la mano. Apenas lo mandaba el amo a cualquier diligencia, luego, luego agarraba una vara que decía que era el respeto de la justicia.

—Amigos, váyanse a acostar y ya cállense la boca.

Mi compadre, muy sumiso, se levantó para irse. Los peones que nos acompañaban se fueron yendo despacito para su jacal, pero yo, que ya traía al diablo metido, agarré una piedra y le sorrajé un

trancazo al mero juez, arriba del estómago. Nomás dio un pujido y cayó sentado. El otro corrió y no paró hasta la casa grande.

—Compadre, ora lo van a usted a perjudicar. Mire nomás qué pedrada le dio a la autoridad.

—Usted tiene la culpa.

—¿Yo?, ¿por qué?

—Pa qué me dio tanto mezcal si ya me conoce.

—Véngase; vámonos por ai, antes que esto se ponga pior.

Nos fuimos yendo los dos muy seriecitos por entre los jacales con la intención de ganar el tajo del Cuije para ir a caer hasta el rancho de La Pinta. El juez se quedó sentado agarrándose la barriga y echando habladas:

—Ya verán, desgraciados, dentro de un rato que llegue Nájera con la Acordada de San Pedro.

—¿Usted cree, compadre, que vaya a venir Nájera?

—Bien pudiera ser; vámonos yendo por las dudas; véngase, vámonos por adentro del tajo y salimos a La Pinta, allí pasamos la noche en casa de Eladio López.

Pronto pasamos por los jacales y agarramos la alameda del tajo.

La luna se andaba escondiendo, por entre una nubecitas negras. Nos ladraron los perros y se quedó Lequeitio atrás.

Caminamos como un cuarto de legua y nos sentamos en un bordo a chupar un cigarro de hoja. Nos agarró el sueño y nos quedamos allí dormidos con la borrachera, sin acordarnos ya más de Nájera, del juez, ni de los gachupines de Lequeitio.

Cuando despertamos al tropel de los caballos, ya teníamos encima a la Acordada de Marcos Nájera. Nos echaron los animales encima y nos agarraron a cintarazos. Nomás veíamos brillar con la luna las hojas de los sables y sentíamos los fajazos en la espalda y en el pecho. En un instantito más nos tiraron al suelo y cayeron con nosotros hasta la cárcel de la hacienda.

Ya era bien entrada la mañana cuando desperté. Con la borrachera y la mala pasada que nos dieron los montados, había caído yo redondo como un tronco. Mi compadre Celedonio estaba tirado en un rincón, y yo en otro, de la galera que servía de cárcel en la hacienda.

Me puse a reflexionar: buena se me esperaba de allí en adelante. Con la mala voluntad que me tenían los españoles y la trifulca de

la noche anterior, de seguro que tanto yo, como mi compadre, íbamos a dar a la cárcel de San Pedro de las Colonias por una larga temporada.

Mi compadre estaba roncando; tenía un machetazo en la cara que casi le había partido la oreja. Yo también tenía un golpe por la frente, una descalabrada en la cabeza y todo el cuerpo dolorido por la cintareada.

Desperté a mi compadre.

—¿Quiubo, qué pasó compadre?

—Pues ya lo ve, aquí estamos encerrados y en espera de que nos lleven presos a San Pedro.

—¿Qué no estará ya bueno con la cintareada que nos dieron?

—¡Qué va a estar! Ya verá cómo nos vamos a pasar unos meses en la sombrita. Si no se le hubiera a usted ocurrido sacar la primera botella aquella de mezcal, otra cosa hubiera sido.

—Y si usted no hubiera tenido la ocurrencia de ponérsele "josco" al mayordomo y de apedrear al juez, otra cosa sería también.

—Bueno; pues ahora ya ni remedio.

—¿Usted cree que nos vayan a fregar mucho?

—¡Ah!, eso ni duda tiene. Ya lo verá; acuérdese de lo que le digo.

—¿Y si nos juyéramos de aquí? Está fácil; mire, nomas con meterle un fierro de esos que están ai tirados, al candado, podemos pelarnos.

—¿Usted se arriesga a perder lo que tiene y a perder la tierra nomás por la borracherita de anoche?

—Pues sí; la verdad, no merece la pena. Pué que conviniera mejor sobajarnos a don Julián, el patrón, y pedirle que nos perdone.

—Ese gachupín no perdona. Acuérdese de Pánfilo Reyes. Lo sambutió en la chirona por cerca de medio año.

—Vamos a probarlo; nada se pierde.

—Yo no espero nada; pero en fin, hágale la lucha antes de que sea más tarde.

Mi compadre se asomó por la ventanita de barrotes que daba al patio grande y llamó al mozo que casualmente andaba por allí barriendo. Se acercó un poco temeroso.

—Oye Manuel, haznos un favor.

—Pos según de lo que se trate, ya que ustedes están presos.

—No tengas miedo; se trata nomás de que le digas a don Julián que nos deje hablar con él. Que por lo que más quiera nos haga ese favor.

—¡Hum!, ni crea que va a querer. Está rete enojado. Y a más, orita está almorzando con todos los españoles y con Marcos Nájera. Ustedes la van a pasar mal, según yo he olido.

—Anda, anda; dile que nos deje hablar. Dile que no tenga el corazón tan duro, que venga.

—¿Y si no quiere venir?

—Hazle la lucha, anda. No creas que me voy a dar por bien servido contigo. Ya me conoces.

—No, si por mí, que más quisiera sino que a ustedes los echaran libres, pero, la verdad, la veo muy difícil. Quién sabe cuántas pedradas le sorrajaron al juez y crio que, según dicen, hasta se les pusieron ustedes de fierro malo a los de la Acordada.

—Ahí'stá, ¿ya ves? Eso que crees tú, a lo mejor lo cree también don Julián y no es cierto; con verdad de Dios. Una piedrita cualquiera que le tiró mi compadre al juez y ni siquiera le pegó. Y con la Acordada, rete mansitos, nos pegaron hasta que se les dio la gana y ni las manos metimos.

—Ustedes dos han sido muy lebrones. Eso se sacan por andar de buscapleitos y altaneros.

—Bueno, oye, pero nos vas a hacer el favor o nos vas a regañar?

—No le digo que de nada sirve, que está muy enojado don Julián.

—A ti qué te importa; anda. Después nos arreglamos yo y tú.

—Yo le estoy debiendo a usted doce reales de carne y…

—Bueno, pues ya no me debes nada, pero hazle la lucha a don Julián que venga.

—Iré a ver qué me dice; está muy enojado.

Allá como a la media hora vimos venir a don Julián acompañado por Marcos Nájera y dos de la montada.

Abrieron la puerta y se nos quedaron viendo.

Por la cara que les vi, yo nada esperaba de ellos.

Mi compadre, buen comerciante, se adelantó muy meloso.

—Señor don Julián: anoche mi compadre Espiridión Sifuentes y yo tomamos unos tragos de más de los que es costumbre y la verdá, pos, se nos subieron a la cabeza. Fui a vender unos marranitos y

traía mucho gusto por los centavos que gané. Nos fuimos a comer mi compadre y yo unos chicharroncitos y…

—Shi, shi; ya lo sé, ¡remoño!, os emborrachasteis y después de dar lata, y de desobedecer al mayordomo, habéis faltado a la autoridad con vías de hecho, y ya tenéis pa rato, ¡rediez!

—Pero señor don Julián, yo creo que con la cintareada que nos dieron ya es bastante. Mire nomás cómo estamos. Yo le pido a usted por lo que más quiera que nos dé su perdón y nos deje salir a seguir luchando. Esté usted seguro de que no volverá a suceder esto.

—¡Cá! ¡Cualquier día os dejo! Ya que ha dado la casualidad que llegó oportunamente el comandante Nájera, os entrego a él para ver lo que hace con vosotros. Ya sabrá él, ya, lo que deberá de hacer. Yo me lavo las manos como Poncio Pilatos.

—Pero señor, ¿qué piensa usted hacer por tan poquita cosa?

—¡Poquita cosa!, ¿eh? Ya lo veréis. Ahí los tiene usted, don Marcos.

—Yo ya tengo resuelto ese asunto. Ya tomé toda la información debida —dijo Nájera—. A usted —dijo dirigiéndose a mi compadre Celedonio— le doy hasta el día de mañana a estas horas para que salga de esta hacienda y no vuelva a poner los pies más aquí. Entendido de que si la próxima vez que vuelva con mi gente, me lo encuentro por aquí, lo enjuicio y le va a pesar por toda su vida. Y a ti —dijo dirigiéndose a mí— como estás muchachón y pareces medio atrabancado, te voy a meter de soldado. Están haciendo falta hombres de tu pelo en el ejército.

Fue en vano que rogáramos y suplicáramos mi compadre y yo . Él por tener que perder la comodidad de su negocio de carnicería y yo por perder mi libertad. ¡Cinco años de soldado a fuerzas! ¡Como si hubiera hecho una muerte, como si hubiera robado una fortuna!

Nada conseguimos; aquellos hombres, los de la Acordada y los españoles, tenían un corazón de piedra. Acostumbrados a tratar a golpes a la peonada de las fincas, se les revolvía el alma cuando se encontraban con alguno que se levantara tantito, siquiera para verlos cara a cara. Bien sabía yo que aquello no tenía remedio ni apelación en nada. Mi compadre en la ruina y desterrado; a batallar por ahí en otros ranchos lejanos, sin crédito y de paso con malas recomendaciones. Cuando llegara con sus chivas a otro lugar distante a querer establecerse o a pedir trabajo, lueguito habrías de pedirle sus cartas de recomendación y lo sujetarían a miles de preguntas:

¿De dónde viene? ¿Porqué salió de allí? A lo mejor tiene cuentas con la justicia o con sus patrones anteriores. Una batalla grandísima para poder conseguir o ganar un taco de frijoles. Y yo, a cargar el máuser como Lucas Pérez, que también se lo llevaron de soldado y perdió la tierra para siempre; se lo llevaron hasta el fin del mundo, hasta más allá de Yucatán, y por allá estaba enfermo de fríos o creo que se había muerto. Nadie tuvo nunca razón de lo que fue de él. Soldado y muerto era decir lo mismo.

A mi compadre lo dejaron desde luego. Fue y me trajo mi cobija y me echó veinte reales en la bolsa del pantalón.

—Ya le dije a su mamá que tenga resignación, que se lo van a llevar a usted de soldado. Pobrecita señora; viera nomás como se puso; se le rodaron las lágrimas entre la masa que estaba en el metate, pero siguió torteando, ahora de seguro para hacerle a usted su último itacate pal camino. Pobre de Asuncioncita, cómo lo va a extrañar a usted, compadre, porque lo que es su otro hijo José, ése, con esto que nos ha pasado, no va a parar aquí; ése, acuérdese lo que le digo, pierde la tierra. Pero váyase sin cuidado, compadre; a su mamá nada ha de faltarle conmigo. La tortilla que yo me busque la he de repartir con ella. Y ojalá y tuviera yo dinero bastante para buscarle a usted un remplazo y salvarlo de ser mocho, pero pos, ¿dónde?

Yo nada decía, dejaba hablar a mi compadre, que al fin y al cabo tenía humor para hacerlo. ¡Qué me ganaba yo con decir algo!, ¡qué remedio tenía aquel mal ruedo!

La gente de Nájera ya estaba acabando de ensillar. Estaban todos ellos contentos; habían comido bien y de seguro llevaban su buena propina en plata y en géneros de la tienda de raya.

A poquito llegó mi mamá de prisa, temerosa seguro de no ir a encontrarme ya. Iba muy arropadita con su rebozo como si fuera a rezar el rosario y al velorio de un difunto. Llevaba el morral colorado de estambre, aquel que había sido de mi papá y que guardábamos como reliquia, lleno de gordas recién salidas del comal.

Como la puerta se había quedado abierta, ya que los montados estaban allí enfrente, se metió ella hasta donde estaba yo.

—¡Mira nomás, hijito, cómo nos trata Dios!

—Qué le vamos a hacer, mamá.

—¡Qué voy a hacer yo sin ti!

—Ai está José, mi hermano; aquí está mi compadre, que ya me prometió que la cuidará a usted cuanto pueda.

—¿Pero crees que será igual? ¡Cuándo te volveré a ver! Si no hubieras crecido, si te hubieras quedado chiquito, no me darías esta pena que se me figura que no voy a resistir.

—Así es la vida, mamá; ¡qué remedio tiene!

—Aquí en este morral de tu papá te puse unos tacos; cómetelos, hijito, aunque los sientas húmedos; es que se me salieron las lágrimas y fueron a dar a la masa.

—No llore, mamá; váyase. Déjeme aquí solo mejor. ¿Qué se gana con llorar y que se rían esas gentes de nosotros? Váyase, mamacita, ándele; écheme la bendición y váyase con mi compadre.

—No; déjame hacer la última lucha, a ver si les ablando el corazón.

—¿Qué quiere hacer?

—Déjame, voy a ver a don Julián.

—¡No mamá!, por lo que más quiera, no lo haga. No se rebaje a esa gente. Cómase sus lágrimas; rece por mí y écheme su bendición, que ya vienen a llevarme.

—¡Hijo!...

—¡Bendígame!

—¡Ay, Dios mío! Híncate pues, así; como cuando eras chiquito; hincadito así. Reza conmigo: Padre nuestro que estás en los cielos…

Se acercaron dos de los montados; uno de ellos llevaba un mecate.

—¿Lo amarramos, mi comandante?

—¡Claro!, ¿no ves que es pollo de cuenta? Mientras esté por su tierra hay peligro de que se nos pele.

Me amarraron las manos en la espalda mientras mi madre hacía sobre mi frente el signo de la cruz. Después sus lágrimas me mojaron la cara y se revolvieron con las mías.

—¡Vámonos! —gritó Nájera.

—¡Vámonos! —grité yo, enronquecido y con ganas de dejar cuanto antes a la viejita, que me conmovió y que parecía que me quitaba lo hombre que llevaba dentro.

Don Julián, rodeado de los dependientes, fumaba satisfecho en el poyuelo del zaguán de la hacienda.

Me sacaron de la galera. Colgado del sobaco llevaba yo el morral de las gordas y el sarape terciado en el hombro.

Los caballos se pusieron a caminar y yo iba entre los dos de adelante.

Todavía tuve tiempo de ver cómo mi madrecita se fue corriendo a arrodillarse y a besarle las manos a don Julián, pidiéndole mi libertad.

Un nudo se me hizo en la garganta y le grité casi ahogado: —¡Levántese, mamá, no le ruegue a ese hijo de la tiznada!

El caballo de uno de los de la Acordada se me echó encima y me hizo rodar por el suelo sin poder siquiera meter las manos que llevaba atadas. Varios sablazos cayeron sobre mis espaldas.

Me levanté como pude y salimos todos al trote de la hacienda por le borde del tajo, camino de Santa Teresa.

II

El camino iba al lado de una acequia grande. Un vientecito suave movía las hojas de los álamos y las urracas revoloteaban alegres, volando de la copa de un árbol al otro. El sol, a media mañana, hacía reverberar las tablas de laborío anegadas por el riego y las hojas verdenegras de las matas de algodón. La peonada, sembrada por entre el campo, se enderezaba curiosa al paso de la tropa; muchos de aquellos hombres me conocían bien, pero ninguno de ellos se atrevió a decirme siquiera alguna palabra de despedida.

Había llovido en la madrugada y el suelo estaba mojado y resbaloso.

Adelante, en su caballo retinto de sobrepaso, iba Marcos Nájera; detrás iba yo, pie a tierra; a mis dos lados y atrás de mí, los doce hombres montados de la Acordada de San Pedro.

El camino era malo para andar a pie. A veces tropezaba, resbalaba y casi siempre caía. Me levantaba a cintarazos y seguía caminando adolorido, callado; pero con la resignación que tiene el pobre cuando le llega la de malas. Las caídas al suelo y los cintarazos me dolían, pero más le temía yo a las patas de los caballos cuando resbalaban en el lodo. Una pisada o una coz me podían dejar cojo y eso sí había de ser terrible: caminar cojeando entre los caballos, en el suelo malo y a punta de golpes. ¡Qué falta hacen las manos para caminar seguro!, hasta entonces lo sentí.

Ya para salir de los linderos de la hacienda, encontramos al rayador Juan Lorenzana; de seguro nos había divisado y fue a hacerse el encontradizo, a curiosear. Era un gachupín como todos: coloradote y güero; sombrero de jipi, buena pistola, pantalón de pana; caballo inquieto y una buena espada toledana de funda niquelada que brillaba con el sol, en la montura charra.

Me conocía bien porque en una ocasión había querido golpearme y no me dejé. ¡Cuánto gusto le dio verme maniatado en medio de los gendarmes!

—¡Hola don Marcos! ¿Qué tal? Por fin nos quita usted esta alhaja de encima.

—Sí, mi amigo, éste no para hasta ser soldado de la federación y eso si no da guerra en el camino, porque también se puede quedar por ahí colgado si intenta huirse.

—A ver si ahora vas a ser tan valiente como lo eras aquí, ¡cabrón! Sino se lo lleva usted tan a tiempo, don Marcos, un día de estos la iba a pasar muy mal. ¡Vaya una alhaja!

—¿Usted gusta seguir hasta Santa Teresa?

—Que les vaya bien; allí creo que también tienen a algún recomendado. A ver cuándo vuelven por acá. Mucho gusto de verlos. Adiós.

Más adelante nos paramos un ratito para que mearan los caballos. Miré para atrás, apenas se distinguía ya, por entre los álamos, la chimenea del despepitador de Lequeitio. Allí estaría la pobre viejita llorando y mi compadre arreglando sus triques para largarse a otra parte. Se veía blanquear a los peones agachados sobre las matas de algodón, dándoles tapapié a las matas con el azadón, bien escarmentados con mi ejemplo y pensando seguro que aquella vida no había de tener remedio nunca, deudas de abuelos que pasaban a los padres y después a los hijos; única herencia de los mexicanos pobres; de sol a sol; día con día y año con año hasta acabar con la vida, hasta que Dios quisiera, y Dios estaba muy alto y no veía para abajo nunca.

El cura Hidalgo dejó las cosas a medias, seguían los gachupines mandando en nuestra tierra quién sabe hasta cuándo.

Vuelta a caminar; el sol caliente y la cobija y el morral pesados lo mismo que los pies que se arrastraban ya por entre el lodo del camino y las piedras y los hoyos.

Los gendarmes platicaban fumando sus cigarros de hoja; ya casi no hacían caso de mí, que seguía como un perrito detrás del amo Marcos. Hablaban de sus cosas.

—¿Te acuerdas de aquel "endevido" que tronamos por aquí mero?

—Un pelotazo nomás fue menester. Le entró aquí ansina nomás.

—¿Y aquel otro que colgamos? ¿Te acuerdas que cara puso cuando le echamos la reata en el pescuezo?

—¡Que ojotes nos pelaba! Si los ojos hubieran sido cuchillos, allí mismo nos mataba.

—Qué duró para morirse, ¡cómo pataleaba!

—¡Hombre!, y si vieras; después pude indagar que era inocente, que el asesino había sido otro que logró escaparse.

—Pues sí, si no era seguro lo que decían de él, pero ya viste cómo lo "criminaron" los españoles y el juez.

—Bueno, él no mataría a aquel dijunto, pero ya debía otras muertes, de suerte que de cualquier modo pagó lo que debía.

—Y, ¿cómo ves? ¿-Este que llevamos aquí, llegará a San Pedro?

—Pues ya oíste lo que dijo el comandante; si se porta bien, llega; si no, se queda columpiando en el camino.

—Parece lebroncito.

—No sé que haiga matado a ninguno, pero tiene la pinta de macho.

—¿De macho?, de mocho dirás. Qué bien le va a caer el chacó y el máuser.

—Cinco añitos nomás.

Yo nomás metía oreja y seguía caminando muy sumiso, no fuera a ser que les diera por meterme un balazo por la espalda como a tantos otros que salían de la hacienda presos y nunca llegaban a la cárcel de San Pedro. Era la Ley Fuga que manejaba a su antojo el juez de la Acordada.

Como a las tres o cuatro de la tarde llegamos a Santa Teresa. Ya los españoles nos estaban esperando en el zaguán de la casa grande, pues les habían avisado de Lequeitio que llegaríamos allí ese mismo día.

La tienda de raya se veía llena de gente que, al sentirnos llegar, se puso a observarnos desde lejos. Siempre que llegaba la Acordada a cualquier rancho, se le veía con recelo y temor.

Nos paramos enfrente de la casa y un español gordo y con barba se acercó a saludar a Nájera y habló con él en secreto. Se entendieron muy pronto, pues apoco rato tres peones armados de garrotes sacaron de una galera a dos infelices muchachos, que de seguro estaban presos allí.

Apenas los vio Nájera, sacó su machete, les echó el caballo encima y les dio una cintareada como nunca lo había visto hacer. Pobres muchachos, ¡cómo gritaban a cada golpe que recibían en la cabeza, en las costillas o en la espalda! Tuvieron que meterlos a la galera casi en peso, pues no podían ni andar.

La gente que nos veía, estaba azorada.

A mí me metieron a aquella misma galera; me desataron las manos, echaron llave a la puerta y se fueron todos los de la Acordada a comer con los españoles, dejándonos al cuidado de la patrulla de la hacienda.

¡Qué feliz me sentí cuando pude tirarme en el suelo y estirar los brazos libres de las cuerdas!

En un rincón estaban acurrucados los dos muchachos quejándose de sus golpes. Yo ni caso les hice; tan cansado así estaba que más preferí dormir que platicar o comer lo que llevaba en mi itacate.

Desperté cuando ya estaba cayendo el sol. Apenas me vieron despierto se acercaron a platicar conmigo los dos compañeros. Eran más jóvenes que yo; apenas les pintaba un bocito en los labios. En un momento me contaron su historia:

Los dos eran hermanos; se llamaban Jesús y Eulalio Villegas. El mayor y el único que hablaba, pues el otro era muy callado, era Jesús. Sólo le sacaba un año de diferencia a su hermano.

—Venimos desde el Real del Sombrerete, Zacatecas. Allí ya no se podía vivir, no había trabajo ni en qué ganarse la vida. A más, nuestra madre se murió y nuestro padre se fue con otra mujer para el interior. El día menos pensado agarramos, mi hermano y yo, el camino de fierro y nos venimos contando durmientes hasta Torreón.

"Mucho se hablaba por allá de que en Torreón había bonanza y una porción de gente hizo camino con este rumbo. No traíamos nada que comer y ni siquiera una cobija. ¡Viera nomás qué hambreadas y qué frillazos pasamos en el camino! En las noches dormíamos acurrucados cerca de la lumbrita que hacíamos. ¡Qué noches tan largas y tan frías! Qué envidia les teníamos a los coyotes que llevan

su buen pellejo cubierto de pelo caliente, mucho más caliente y abrigador que nuestras camisas y calzones desgarrados. A veces nos daban un taco los peones de la vía; en las estaciones alguna tortilla dura. Trabajo, nada; ¡qué trabajo va a haber en ese desierto!

"Camine y camine días y días. Parecía que no se acababan nunca aquellas rayas derechas de fierro brillante y aquellos alambres de los postes del telégrafo. Tierra colorada, después tierra amarilla, después tierra gris; remolinos de polvo allá a lo lejos y cerros lejanos que primero eran azules, después, ya más cerquita, cafeses, después se volvían a hacer azules allá atrás, con rumbo a nuestra tierra.

"Por fin llegamos al mentado Torreón. Tampoco había trabajo allí para nosotros; el quehacer estaba, según decían, aquí en los ranchos. Otra vez a caminar y a recorrer las rancherías y las haciendas. A veces trabajamos un día, a veces una semana. Parece que nuestra facha no les daba confianza a los patrones. Ayer ya nos andaba de hambre y nos comimos unos elotes de un maizal. Nos cayó un dependiente, nos golpeó y cargó con nosotros hasta esta galera. Ora creo que nos achacan todas las gallinas que se han perdido; dicen que semos rateros y vagabundos; que nadie nos conoce y que hace falta ponernos en buen recaudo".

Yo también les conté lo que me había pasado. Éramos compañeros desde allí hasta quién sabe cuándo. Les convidé de mis gordas; ellos tenían más hambre que yo. Nos comimos aquellas tortillas amasadas con las lágrimas de mi viejita.

Era ya de noche; afuera ladraban los perros, brillaban las luces en los jacales y parpadeaban las estrellitas en el cielo. Nos abrigamos los tres con la cobija mía como si fuéramos hermanos.

A la madrugada nos levantaron a puntapiés. Querían los de la Acordada caminar con la fresca para llegar a buena hora a San Pedro de las Colonias. Nos amarraron las manos a los tres y nos sacaron a empujones. Todavía estaba oscuro; apenas se veía el camino; en uno que otro jacal había lumbre prendida, de seguro eran aquellas casas en que los hombres eran muy madrugadores y querían agarrar los mejores troncos de mulas para el trabajo del día.

Se alborotaron todos los perros con el tropel de los caballos; había unos muy bravos que nos llegaban hasta las pantorrillas, teníamos que quitárnoslos de encima a puras patadas.

Nos fue a amanecer ya cerca de La Concordia. Allí, paramos un rato para que los del gobierno tomaran café. La gente ensarapada nos miraba con curiosidad y con lástima. ¿Qué pensarían de nosotros?, ¿que éramos ladrones, que éramos asesinos?

La curiosidad de la gente de aquella hacienda les sirvió a los de la Acordada para lucirse dándonos delante de todos ellos la primera cintareada de aquel día. Ya no recibí yo tantos golpes; como éramos tres, me tocaron menos.

De allí para adelante el camino era bueno; seco y amplio. Me sentía yo más consolado yendo con los otros dos, que bien dicen que mal de muchos, consuelo de tontos.

El camino fue más corto. Cerca del mediodía llegamos a Bolívar, el rancho aquel de los alemanes que tienen un papalote de viento, que se ve desde muy lejos. Desde allí ya se veían las casas aterradas de San Pedro, de mi pueblo. Un cuarto de legua más y entramos a las calles llenas de tierra suelta; aquellas calles en donde se mete uno hasta las rodillas como si fuera atascadero; aquellas calles que recorría yo cuando era chiquillo y que iba a la escuela oficial en los buenos tiempos de mi padre.

Entramos por el barrio del Mezquite Charro, por el mismo barrio en que yo había nacido en un año en que decía mi abuelita que había habido muchas calabazas de agua.

Un cilindrero tocaba en una esquina *El abandonado*. Don Cleofas, el de El Pilón de Oro, estaba despachando en su tendajo a una mujer enrebozada. Un melcochero con su tabla de dulces en la cabeza iba gritando por una banqueta, a grito abierto: "¡Las correosas! ¿quién compra correosas?".

En un momento llegamos a la plaza de armas, fresca bajo las ramas de las lilas tupidas de hojas y alegres con el canto de los pájaros. Allí estaba don Cristóbal, el viejito de la barba blanca, sentado en la misma banca de siempre; aquella que decía que era de él y que la reclamaba cuando la veía ocupada por alguna otra gente. Allí, por la banqueta de la casa de los Madero, iba atravesando de prisa el doctor Meave con su saco de dril blanco muy holgado y su sombrero de paja.

Una pipa con agua, arrastrada por la calle por una mulilla flaca desde la vega grande, hacía los "entregos" en las casas ricas. El reloj público de la Escuela de Niñas, la Presidencia Municipal pintada de amarillo, la iglesia pintada de blanco, la cárcel con su reja de madera

de mezquite. El mismo San Pedro de cuando tenía yo siete años, el mismo de ahora, el mismo de cuando llegara a viejo.

Cuando nos avistó el policía que hacía de centinela en la puerta de la cárcel, gritó con toda la fuerza que más pudo:

—¡Guardia, tropa armada!

Como si hubiera por allí más hombres armados como acostumbra haber en los cuarteles. El único que salió fue el alcaide a recibirnos.

Nos metieron a la alcaidía y nos soltaron las manos. Estaba fresco el cuartito, recién regados los ladrillos del suelo. Allí había una mesa llena de papeles, dos sillas, un retrato de Morelos y otros de don Porfirio Díaz. Nos preguntaron el nombre, la edad y una porción de cosas y querían que firmáramos; los muchachos no sabían escribir y yo no quise hacerlo.

—¿Usted no sabe escribir?

—Sí se.

—Pues firme.

—¿Firmo qué?

—Aquí. Firme que está conforme.

—¿Conforme con qué?

—Con lo que no le importa. Firme, con una tiznada.

—No firmo.

—¡Ah!, ¿no firma?

—No, señor.

—¿Y cree que con eso se escapa? Firme o no firme, cinco años de mocho no se los quita ni Dios Padre.

Nos esculcaron y me quitaron lo único que llevaba: los veinte reales que me había dado mi compadre. El morral y la cobija, me los dejaron.

Se abrió la puerta de adentro y nos empujaron al galerón de los presos.

Apenas entramos se alborotó la gallera. Eran como unos diez o doce, pero gritaban como si hubieran sido cincuenta.

—¡Ya parió la leona! ¡Ya parió la leona! ¡Llegaron tres gorrudos! ¡Ese de las greñas, rápenlo! Ora tú de los calzones ajustados.

Gritos, chiflidos y pedradas fue nuestro recibimiento.

Nosotros estábamos azorados, parados junto a la puerta sin atrevernos a entrar más adentro. Cuando se cansaron de insultarnos y

de tirarnos cuanto tenían a la mano, se acercaron a saludarnos como si nada hubiera pasado.

—¿Quiubo, amigos? ¿uUstedes por qué cayeron? ¿De dónde los traen? Dequen un cigarro.

A la media hora ya éramos todos amigos.

Yo encontré una tranquilidad muy grande dentro de aquel galerón fresco. Nos dieron un cigarro; nos dieron a escondidas un trago de mezcal y nos consolaron en nuestro infortunio.

—Ese carbón de Nájera, algún día ha de pagar todas las que debe.

—Algún día, algún día.

La tarde se fue de prisa; llevaron el perol del rancho y nos dieron a cada uno un cucharón de frijoles aguados y un par de tortillas. Después, ya oscurecido, vimos pasar por delante de la puerta, con destino a sus bocacalles, a los diez o doce serenos del pueblo con sus linternas encendidas; parecían luciérnagas volando por entre los troncos de los árboles de la plazuela oscura. En el galerón encendieron una linterna de petróleo.

Allá como a las diez de la noche se oyeron los pitos de los serenos repartidos en las calles.

A la madrugada metieron a un borracho que fue dando traspiés por entre todos los que estábamos acostados y que hacíamos por dormir.

Cuando me venció el sueño, se me figuró que estaba en mi casa durmiendo muy tranquilo.

En la mañana me levantó a escobazos uno de los presos. Era el encargado de regar y barrer el galerón aquel; tenía una cicatriz muy grande desde cerca de un ojo hasta la boca; era muy mal hablado y parece que le temían todos allí.

A poco rato nos dieron el rancho: un cucharón de atole y dos tortillas. Unos de los compañeros nos prestaron unas tazas de hojalata para que tomáramos aquel alimento.

El preso que andaba barriendo y que parecía ser el capataz, me dijo:

—Ahora les hubiera tocado a ustedes por derecho tirar el caballo, pero el alcaide me dijo que ustedes son de cuidado, que no pueden salir a la calle si no es amarrados. Quién sabe lo que deberán ustedes tan grande, que les tienen tanta desconfianza.

—Nada debemos, pero dígame, ¿qué cosa es el caballo ese de que me está hablando?

—¿El caballo? Orita lo va a ver; mire, ai lo llevan para la calle.

Se acercaba una pestilencia atroz; era de una barrica llena de suciedad que llevaban dos presos cargando en una especie de parihuela. Era allí donde hacían sus necesidades los detenidos y su lugar acostumbrado era en el fondo del galerón; todos los días, dos presos al cuidado de un policía, salían con el contenido de aquella barrica hasta las afueras del pueblo.

—Pues mire, amigo —le dije al capataz—, nada más por eso me alegro de que me tengan desconfianza; primero me dejo matar que hacer un trabajo de esos.

—Ni diga eso, amigo, no diga eso. Ya verá allá en el cuartel cómo lo van a tratar.

Cerca del mediodía, llegaron los de la Acordada y el policía que cuidaba la puerta nos llamó a gritos:

—¡Ese Espiridión Sifuentes, ese Jesús Villegas, ese Eulalio Villegas, a la reja con todo y cueros!

Nos llamaban a nosotros, a los tres que habíamos llegado el día anterior.

Nos acercamos a la puerta. Nuestros compañeros de prisión se dieron cuenta de lo que pasaba.

—Ya se los van a llevar; los van a entregar a los soldados federales para que se los lleven hasta Monterrey.

—Adiós, amigos, adiós, adiós.

Nos amarraron otra vez las manos, pero esta vez no por la espalda, sino por delante; así podríamos sentarnos en los asientos del tren. Se abrió la puerta y salimos a la calle. ¡Cuántas veces no saldrían por allí mismo los hombres ya libres! ¡Con qué gusto verían el sol de la calle! Nosotros salíamos tristes, amarrados; salíamos de una cárcel que puede que fuera buena en comparación con la que nos esperaba en Monterrey.

Nos llevaron por toda la calle larga hasta la estación, había mucha gente: vendedores, pasajeros curiosos nada más; todos nos miraban con lástima; los policías que nos llevaban custodiados parecían complacerse de su trabajo. ¡De qué triste manera iba a salir yo de mi pueblo!

Al merito mediodía llegó el tren de pasajeros de Torreón. Apenas acabaron de bajar los que llegaban, el comandante Nájera se

acercó al carro de segunda en que iba una escolta de soldados de la federación; habló largamente con el oficial y nos señaló a nosotros. Había llegado nuestra hora; de allí para adelante nos soltaban los gendarmes y nos agarraban los soldados. El oficial bajó y nos miró de arriba abajo como quien tantea a unos animales que va a comprar; leyó el papel lleno de sellos que le dio Nájera y nos mandó subir.

Llevaba un kepí negro con una cinta dorada; en la cintura colgaba una espada reluciente; parecía muy joven todavía y era casi lampiño. Los soldados que estaban en el carro nos miraron con curiosidad, parecía que tenían lástima de nosotros; nos dieron acomodo entre ellos; todos llevaban chacó de cuero con bolita colorada y estaban vestidos de dril; tenían sus mochilas y sus cartucheras y empuñaban los máuseres. Nadie hablaba ni palabra.

A los pocos momentos comenzó el tren a caminar; poco a poco se fue quedando atrás la vega con sus álamos verdes, la estación llena de gente y de fruteros, los de la Acordada de Nájera, las casas de San Pedro, terregosas; todo lo que yo quería u odiaba, todo: Lequeitio, mi compadre Celedonio, los gachupines, mi viejita; todo junto y revuelto, lo bueno con lo malo. Allí se quedaba todo: el pueblo en que nací y la hacienda en que me crié; me parecía como si me hubiera muerto y como si hubiera vuelto a nacer otra vez. De allí para adelante otra vida, un puño de tierra a lo pasado, al camposanto del pueblo y un aliento nuevo para la vida que iba a comenzar allí mismo, a bordo de aquel tren.

Eran diez soldados los que iban allí; uno de ellos llevaba en las mangas dos cintas coloradas, pues era el sargento; otro había que era el cabo que nomás llevaba una sola. Fuera de aquello, todos ellos parecían enteramente iguales; las mismas caras de indios requemados; todos enjutos, pelones al rape; uniformados hasta con el mismo gesto de resignación. El oficial entraba y salía, parecía que más le gustaba sentarse en los asientos del carro de primera.

Aparte de nosotros, cuatro o cinco gentes apenas viajaban allí; en la puerta del carro el agente de publicaciones acomodaba su mercancía.

El sol caía a plomo sobre el arenal de la desierta Laguna de Mayrán. Ni un huisachito, ni un mezquite, ni una res, ni una labor, ni un rancho; tierra, polvo y remolinos a lo lejos y de vez en cuando, cada cinco leguas, una estación pelona metida en un carro

sin ruedas de ferrocarril y una casa de piedra, como fortaleza para los trabajadores de la vía: Benavides, Minerva, Talia, Ceres... todas enteramente iguales con la sola diferencia de un letrero. El camino derecho, largo, largo y tendido sobre un arenal que allí a lo lejos parecía un espejo de agua clara y cristalina. Ni pájaros, ni bueyes, ni conejos; de seguro nomás allí vivían las víboras revueltas en la tierra de su mismo color. Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua ni verdor; tierra suelta hecha polvo, como para cobijar de un solo soplo de aire a los viandantes hambrientos y cansados que por allí pasaran. Tierra maldita, castrada, infecunda como las mulas que nunca han de parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca, pardusca y sucia como los calzones de manta de los hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte y que se hizo polvo antes de morir.

Aquel camino largo y pesado terminó en Hipólito, estación de importancia con restaurante de chinos, agua para las máquinas y dos docenas de casas con paredes de palosgatuño enjarradas con zoquete. Eran como las cuatro de la tarde. No habíamos hablado ni palabra en el camino.

El tren se detuvo largo rato y las gentes bajaron a comer; la máquina hizo movimiento; ya se desenganchaba, ya se volvía a enganchar. Qué cosa tan misteriosa son los trenes; van, vienen; se pegan, se despegan, se vuelven a pegar y al final parece que quedan siempre igual. Sólo los ferrocarrileros saben lo que hacen con sus carros. Las máquinas de patio parece que andan jugando, tantito para adelante, tantito para atrás; de prisa, despacio, solas o con carros; bonito juego para los ferrocarrileros que parece que juegan al ferrocarril.

Más de una hora de parada y ya casi al meterse el sol partimos de Hipólito. Al poco caminar oscureció; en el techo prendieron las lamparitas de petróleo para dar sombras al carro y hacer más duras las caras de los soldados y más grandes los chacós.

Jesús Villegas me dijo casi en secreto:

—Primera vez que ando en tren sin boleto.

—Yo también.

—Siquiera eso salimos ganando.

El movimiento del tren nos hacía cabecear; el ruido adormecía; trac, tractrás, trac; siempre igual.

—¿De qué cuerpo serán estos soldados?

Hasta entonces me fijé en los chacós. Eran del nueve. Noveno de Monterrey; bonito número, non, tres veces tres, día de mi cumpleaños.

Traca, tratraca, tratraca; el campo negro por las ventanillas; sombras en el carro, ruido de fierros; cada vez más tirantes los lazos de las manos ya amoratadas.

—Señores, aflójennos las manos tantito para poder dormir. Así, gracias amigos, compañeros de aquí para adelante, gracias.

Traca, tratraca, tratraca, las sombras se crecen, los ojos se cierran. Con aquel cansancio los palos tan duros parecen colchones.

¡Monterrey!

III

Era pasada la medianoche cuando se detuvo el tren en la estación. El andén estaba bien iluminado y casi vacío de gente, apenas uno que otro cargador que se ofrecía a los de primera para llevarles sus maletas. Bajamos en medio de los soldados y nos formamos hasta que llegó el oficial; dio las voces de mando y salimos todos de la estación con rumbo al cuartel; íbamos los tres presos encajonados dentro de las dos hileras de soldados.

Allí comencé a darme cuenta de la instrucción de los soldados; ¡qué parejos en todos sus movimientos! Los pasos acompasados; un solo golpe de las armas al cambiarlas de posición; parecían soldados de juguete hechos en un mismo molde y movidos por un solo mecanismo.

Ni quien hablara media palabra; nomás se oía por la calle desierta el paso acompasado de la tropa. Allá de cuando en cuando encontrábamos en alguna esquina la linternita de un sereno y al policía embozado cerca de ella.

Recorrimos una calzada muy larga, llena de árboles; salimos al descampado y dimos vista al cuartel, un caserón negro y pesado; se me figuró que íbamos al casco de alguna hacienda como aquellas de La Laguna. El portón muy grande y abierto de par en par; una luz alumbraba apenas a un soldado que con su arma en el hombro daba vueltas de un lado al otro como si lo tuvieran amarrado y no pudiera separarse de allí.

De pronto, cuando se dio cuenta de que nos acercábamos, se detuvo y gritó con toda su alma:

—¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—¡México! —contestó el oficial.

Nos detuvimos.

—¿Qué regimiento?

—¡Noveno batallón!

—¡Guardia, tropa armada!

Se formó una línea de soldados adentro del zaguán y entramos nosotros hasta enfrente de ellos. Un oficial como el que nos llevaba estaba allí alineado también. Otro oficial de más mando, después supe que era el capitán de cuartel, recibió a nuestra fuerza. Era hombre ya maduro y con bigote espeso.

—Presente, mi capitán, procedente del destacamento de Torreón, con cinco hileras de tropa y tres reemplazos —dijo cuadrándose nuestro oficial.

—Gracias, compañero; que descanse la fuerza en su cuadra y que los reemplazos pasen la noche aquí en la prevención.

Nos metieron al cuarto de prevención; los soldados que nos traían se fueron por allá adentro; los de la guardia dejaron sus fusiles en el banco de armas y entraron también junto con nosotros.

—Sargento, quítele los mecates a esa pobre gente —ordenó el capitán.

El sargento y dos soldados más prontamente nos desataron las manos. El sargento parecía conmovido.

—¡Pobres amigos!, miren nomás qué bien amarrados los traen; como si hubieran asesinado a alguno; como si fueran ladrones del camino real. Tú, Juan, apúrate.

—Está muy apretado el ñudo, mi sargento.

—Métele el marrazo. Ya están, ahora duérmanse amigos, todavía falta mucho para de aquí a la "diana". Hasta que no venga el mayor no los filiarán. Voy a llevarme estos mecates con que venían amarrados, dicen que son de buen agüero en las mochilas. Duérmanse por ai como puedan.

Nos acostamos los tres juntos en un rincón, envueltos en mi misma cobija como la noche anterior. Afuera el silencio de la noche se rompía de cuando en cuando según lo ordenaba el oficial de guardia, que, arropado en su capote detrás de una mesa, mandaba al cabo de cuarto:

—¡Cabo, que corran la palabra!

El cabo ordenaba a su vez al centinela de la puerta y éste gritaba:

—¡Uno, alerta!

Seguía, detrás de él, una letanía de voces; unas más cerca y otras más alejadas, pero todas en el mismo tono:

—¡Dos, alerta!

—¡Tres, aalerta!

—¡Cuatro, aalerta!

—¡Primer rondín, aalerta! ¡Segundo rondín, aalerta!

—¡Primera compañía, aalerta! ¡Segunda compañía, aalerta! ¡Plana mayor, aalerta!

Pasaba un cuarto de hora; a veces sólo diez minutos y volvía la misma grita:

—¡Cabo, que corran la palabra!

—¡Uno, alerta! ¡Dos, aalerta! ¡Tres, aalerta!…

Y no podía conciliar el sueño; apenas me estaba queriendo quedar dormido, me despertaba la gritería de los centinelas.

Mi compañero Jesús tampoco podía dormir; sólo su hermano dormía como un bendito.

—¿Para qué gritarán tanto?

—Sabrá Dios.

—A lo mejor pasa alguna cosa por allá afuera.

—Fíjate cómo los últimos hacen el grito muy largo: ¡aaalerta!

Un soldado de los que estaban acostados en el camastro de madera, que estaba impaciente con nuestra conversación, nos gritó en las orejas.

—¡Cállense l'ocico; dejen dormir!

—Oiga amigo, ¿por qué son tantos gritos allá afuera?

—Así es siempre; ya tendrán tiempo de saborearlo en cinco años que tienen por delante.

Cada dos horas entraba el cabo y levantaba a algunos de los soldados que dormitaban en la tarima y salía con ellos; iban a relevar centinelas. Los que salían de su servicio, entraban a dormitar.

Así toda la noche, hasta que cantaron los gallos. Una corneta tocó en la puerta del cuartel y a los pocos momentos se oyó el paso acompasado de una tropa que pasaba por el patio y que salía a la calle. Era la banda de guerra; unos veinte hombres entre cornetas y tambores.

Nunca había yo oído "la diana" tan de cerca, ¡qué cosa más bonita es ese toque! Es tan alegre como el canto del gallo; son las mañanitas del cuartel. ¡Qué bien redoblan los doce tambores, qué fuerte y alegre suenan las cornetas!

Recorren todo el cuartel, cuadra por cuadra, ensordeciendo a todos; al acabar el toque que se alarga un buen rato, todo mundo está en pie.

Después se oye por allá adentro que están pasando lista:

—¡Presente!

—¡Preesente!

—¡Presente!

Un toque muy conocido sigue después, el único que yo sabía desde chiquillo con su letra y todo:

> A comer, a comer,
> sinvergüenzas del cuartel.
> . . . . .

A poco rato el sargento de la guardia nos mandó con un soldado nuestro rancho; en tres botes de hojalata nos llevaron atole blanco y frijoles; también nos dieron una pieza de pan.

Mientras la tropa comía su rancho, y obedeciendo seguramente a un toque que dio el corneta de la guardia, salieron de las cuadras para la calle un chorro de viejas; seguramente se habían quedado allí adentro a pasar la noche con sus hombres.

A poco rato toda la banda de cornetas y tambores tocó un aire muy alegre; supe después que aquello era la "llamada de instrucción". Unos minutos más tarde se oyó el paso acompasado de mucha gente.

—¡Guardia, tropa armada! —gritó el centinela de la puerta.

Pasaron por delante de nosotros muchos soldados armados; iban de a cuatro en cuatro, uniformados de dril y con chacó de cuero negro con bolita de estambre colorado. La banda iba por delante; a los lados, de trecho en trecho, los oficiales con las espadas desnudas. Iban tocando las cornetas y redoblando los tambores como si fueran de camino. Se perdió el ruido allá a lo lejos en el campo.

Un soldado de los que estaban de guardia nos regaló unos cigarros y conversó con nosotros. Nos confesó de cabo a rabo y algo nos contó de aquella nueva vida que comenzaba para nosotros.

—Esa tropa que salió, era todo el batallón; estarán como unas dos horas por ai haciendo instrucción; luego han de volver con la lengua de fuera. Y esto es todos los días, a mañana y tarde. Después aquí adentro no falta que hacer; ya lo verán ustedes y todo siempre se hace en medio de golpes y de malas razones. A punta de trancazos los hacen a uno soldado. Aquí han caído gente como ustedes, agarrados de leva o que han traído de las cárceles porque ya no los aguantaban por lebrones o asesinos y aquí son corderitos mansos. Ni quien chiste entre las filas del ejército: malas palabras por cualquier cosa, que es lo de menos, o chicotazos, procesos y hasta fusiladas.

"Aquí se acabó todo lo de afuera: los tenates se quedaron allí en el campo. De cabo arriba, todos mandan y ¡qué modo de mandar! ¡Pobres de ustedes que apenas van a comenzar!

"A mí me faltan dos años para cumplir el tiempo de mi enganche; llevo tres años de cargar el máuser y de aguantar esta vida como los hombres; ¡bueno!, como los hombres no; aquí no hay hombres; de la puerta del cuartel para adentro se acabaron los hombres, todos semos borregos atemorizados delante de las cintas coloradas de las clases o de las espiguillas o de los galones de los oficiales o de los jefes".

—¿Y, de dónde es usted, amigo?

—¿De dónde he de ser?, de Guanajuato.

> Guanajuato, tierra de León,
> donde se forma la federación.

"Así dice la canción y es lo cierto; de allá de mi tierra salemos miles y miles a formar batallones y regimientos; si no juera por el Bajío, ¿de dónde sacaban tanta gente? A ustedes, por acá, siquiera los consignan por malas voluntades o porque deberán algo, pero allá no batallan tanto; nomás llegan patrullas de soldados y echan realada; nomás cortan a un lado como a rebaños de cabras".

—¿De modo que esto es duro?

—¿Duro?, pior que la cárcel más mala. Ya lo verán. Por lo pronto ustedes lo van a pasar muy mal el primer año, el segundo ya se van acostumbrando; después, después es lo mismo.

Volvió la tropa sudorosa, cansada.

Más toques de banda y relevo de guardias. Salieron escoltas para hacer seguro servicios allá en la ciudad.

Comenzaron a llegar los jefes: el mayor, el teniente coronel, el coronel; a todos ellos se les formaba la guardia y les daban novedades.

A media mañana nos llamaron.

—¡Esos que llegaron anoche, a filiarse al detall!

Allá vamos detrás de un cabo chaparrito atravesando los patios del cuartel; los soldados que andaban por allí, nos miraban y se reían.

—¡Ora sombrerudos! ¡Ora greñudos, se acabaron las mechas de aquí pal real!

Se conoce que se sentían contentos de que llegaran otros desgraciados al montón.

En la oficina a que nos llevaron, enfrente de un escritorio, estaba un jefe bigotón y entrecano, muy uniformado de negro y con galones en las mangas. Dos o tres clases estaban manejando papeles en otras mesas cercanas. Había en la pared un retrato grande de don Porfirio Díaz. Aquel jefe era el mayor. Se nos quedó mirando de arriba abajo un buen rato con sus ojillos saltones como si nos quisiera comer con la vista.

—Quítense el sombrero, tarugos, ¿no ven que están en una oficina? ¡Sombreros anchos para el sol!, aquí le van a salir al sol a cuerno limpio.

Nos quitamos los sombreros, avergonzados.

—¡Tú!, ¿cómo te llamas?

—Espiridión Sifuentes, para servir a su merced.

—¿A mí?, de cabo arriba vas a servir a todo el mundo. ¿De dónde eres?

—De San Pedro de las Colonias.

—¿Cuándo naciste?

—No me acuerdo.

—¡Con una tal!, ya te refrescaré la memoria.

—No lo sé, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Uno de los escribientes estaba apuntando cuanto yo iba diciendo, los nombres de mis padres, las señas que me encontraron y la estatura que me midieron.

—Si sabes firmar, pon ahí tu nombre, si no, lo mismo da.

Después les tocó a los muchachos que iban conmigo; también los regañó, los puso verdes.

—Bueno, ya están listos, ¡sargento!

—Ordene, mi mayor.

—Causan alta los tres con esta fecha en la Segunda Compañía; rápalos, unifórmalos de reclutas y llévalos al capitán Sales. Recomiéndole a ese lagunero que parece medio levantado.

El sargento nos hizo entrar en otro cuarto lleno de monturas y de correajes. Allí, en un banquito nos hizo sentar a uno por uno y con una máquina nos peló al rape en un momento.

Nunca me habían pelado a mí tan de prisa y tan de mala forma. Como siempre había yo usado el pelo largo, se enredaba en la máquina y me tironeaba.

—Cuánto piojero traerán ustedes en esas greñas; así siquiera van a andar frescos. Ya están listos los tres de la cabeza; ahora encuérense.

Teníamos una poca de vergüenza.

—¡Encuérense, con una tiznada!

Quedamos en pelota.

—Ai tiene cada cual una camisa, unos calzones, huaraches, un chacó de cuero y una manta de cama; ése es el uniforme de los reclutas hasta que lleguen a ser soldados. Cuidado y se pongan otras cosas y vayan a estropear lo que les entrego. Ahí dejen todo lo que train; síganme.

—¿Puedo llevar mi morral y mi cobija?

—El morral no; la cobija, bueno, te dejaré que la lleves, a ver cuánto te va a durar.

—El morralito es un recuerdo de mi padre.

—Aquí se acabaron los recuerdos. ¡Vámonos!

Atravesamos otra vez el patio siguiendo al sargento. Sentía yo los huaraches broncos y el chacó me bailaba en la cabeza. Parecíamos changos los tres, de esos de los circos.

En un galerón muy grande estaba la cuadra de la Segunda Compañía a que íbamos destinados. El capitán nos recibió con indiferencia. Era un hombre alto y delgado, de mirada tranquila. Me dio la impresión de que había de ser mejor que el mayor.

El capitán nos llevó con el oficial de semana; éste nos entregó al sargento primero de la compañía para que anotara nuestros

nombres para la hora de la lista. El sargento primero nos puso en manos del sargento de semana para que nos leyera las leyes penales militares.

Se sentó tranquilamente en un banco, nos pasó enfrente de él y comenzó a leer en un libro, hojas y más hojas:

> Comete el delito de insubordinación, el militar o asimilado que con palabras, ademanes, gestos o señas, falte al respeto o sujeción debidas a un superior en categoría o mando, que porte sus insignias, a quien conozca o deba conocer.
>
> Cometen el delito de deserción los que faltaren durante tres días consecutivos a las listas del día.
>
> Cometen el delito de traición…
>
> Cometen el delito de pillaje…
>
> Violencia contra las personas…
>
> Veinte años de prisión; pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte, pena de muerte, pena de muerte...

El soldado no tiene más obligación que sufrir ni más derecho que a que le den cinco tiros.

Cuando se cansó de leernos el sargento, nos llevó con el cabo de cuartel; el cabo nos llevó con el soldado cuartelero, último eslabón en la cadena del servicio interior; el encargado de cuidar las cosas en la cuadra, de barrer y regar aquello.

—Aquí tienen su lugar, compañeros; cada uno de ustedes tiene derecho a un metro de terreno. Igual que una sepultura: un metro nomás. Ai pueden dejar sus cobijas; fíjense bien en el número de las matrículas para que no se les pierdan. Cuando lleguen a juntar algunos centavos, podrán comprar un petate, porque el suelo siempre no deja de ser frío.

Nos sentamos un momento en el suelo; estábamos en la mera orilla del galerón. Por unas ventanas altas con rejas, entraba apenas la luz del día, como si ya hubiera oscurecido. Allá en la puerta, al otro extremo de nosotros, sentado en una mesa estaba el oficial de semana; cerca de él, el sargento; a media cuadra el cabo junto al banco de las armas y el cuartelero por allí barriendo.

Afuera se oía la corneta de cuando en cuando y casi siempre de diferente manera; ya conoceríamos más delante todos aquellos toques.

En el patio se oían cubetazos de agua y ruido de escobas.

El oficial de semana le gritó al cuartelero:

—¡Tú, cuartelero!; échame afuera a esos nuevos, que vayan por ahí a ayudar en algo.

Salimos escabullidos, sin saber cómo se tendría que hacer para pasar por delante del oficial y del sargento.

El patio estaba lleno de soldados con chacó y en calzoncillos como nosotros, atareados en echar agua en el suelo, que sacaban de unos barriles que traían otros desde una fuente, o barriendo con unas escobas largas de ramas que arrastraban de un lado a otro.

Apenas nos estábamos dando cuenta de aquello, cuando al mismo tiempo recibimos los tres un baño helado. Nos habían agarrado de sorpresa por detrás los soldados aguadores y nos habían empapado con sus baldes de arriba a abajo. Quedamos hechos una sopa; los chacós se fueron rodando y una carcajada salió de todas las bocas. Nos dimos cuenta de que estábamos pagando el noviciado; quién sabe qué más vendría después.

Un cabo, con un chirrión en la mano, nos mandó que nos pusiéramos a acarrear agua de la fuente.

Jesús llenaba el barril y Eulalio y yo lo cargábamos, llevándolo hasta el centro del patio para allí regarlo. Seguía la broma; a Jesús lo acostaron a la fuerza entre el agua de la pila; a Eulalio y a mí nos volvieron a bañar cuando llevábamos el barril al hombro.

Consideré yo que de nada valía enojarse y agarré las cosas por el lado bueno; le eché el ojo al que me pareció más travieso y le sorrajé un cubetazo de agua por el pecho. ¡Nunca lo hubiera hecho! Se me echó encima el cabo del chirrión y me agarró a golpes sin consideración; en donde caía el chicote: en la cara, en la cabeza, en la espalda.

Después supe que aquel a quien había yo bañado era también un cabo. Yo no le vi ninguna cinta, andaba vestido igual que todos; yo no lo conocía.

Cuando se acabó el aseo del patio, nos dejaron entrar a todos en las cuadras; íbamos los tres con ganas de quitarnos la ropa para exprimirla y secarnos el cuerpo con nuestras cobijas.

Me quité la ropa y busqué mi cobija, aquella que traía del rancho, y no la encontré por ninguna parte; le pregunté por ella al cuartelero.

—Oiga, amigo: ¿a dónde fue a dar mi cobija colorada?

—¿Cuál cobija? Aquí no hay ninguna cobija colorada; toditas son plomas.

—¿Cómo cuál? La que traiba yo del rancho; ya sé que las ralas que dan aquí son plomas, pero la mía es colorada y es de pura lana. Aquí la dejé cuando andaba usted barriendo, ¿no se acuerda, pues?

—Por ai estará; búsquela.

—Ya la busqué. Usted es el que cuida aquí; usted me responde de ella.

—¿Yo?, ¿pues qué soy su mozo?

—Usted la ha de haber escondido. Démela o le va a pesar.

—A poco es usted la lumbre, ¡carbón!

Me tiró un manazo por la cara y allá fue a dar por el suelo otra vez el chacó de cuero. Le tiré una guantada que le alcanzó a una oreja.

Se puso furioso y nos agarramos a golpes. Los que estaban por allí cerca empezaron a chiflar y a gritrnos. Llegó al instante el cabo de cuartel hecho una fiera. Nos dijo un mil de malas razones y con una vara que agarró por allí, me zumbó fuerte por la espalda.

—Yo te voy a quitar lo lebrón, hijo de la tal. Los tenates se quedan allá afuera; aquí nomás los míos mandan.

—Pero mire usted señor; aquí dejé mi cobija colorada.

—Aquí no hay ninguna cobija colorada. ¡Enrédate en esa otra y vente para acá, para que aprendas, tal!

Me sacó para el patio a punta de golpes, envuelto en la cobija rala que me habían dado; me llevó para un rincón del patio. Echaba lumbre por los ojos.

—Parado aquí, ¡firme!, hasta que yo lo ordene. Si te mueves, te va a costar más caro.

Era un cabo, un superior; había que aguantar todo y obedecer. Me quedé parado donde me lo ordenó; sumiso, caído, agorzomado.

No me quedaba ya nada de lo mío: primero los veinte reales en la cárcel de San Pedro; después el sombrero, la ropa y el morral; por último la cobija. Nada me quedaba de lo que tenía: el pelo, el ánimo, la esperanza; todo perdido para siempre. Un chacó de cuero negro con una bolita colorada, una camisa y unos calzones de manta; una cobija rala y unos huaraches. Eso era yo: una piltrafa de hombre sambutido en una cárcel; una especie de animal indefenso y acorralado.

A cada rato sonaba la corneta de la guardia diversos toques. Al mediodía toda la banda de cornetas y tambores tocó llamada y lista.

Me llevó para la cuadra el cabo que me tenía de plantón y me formé junto con los que éramos los de la Segunda Compañía.

El sargento pasaba lista; cada uno iba respondiendo "presente" cuando decían su nombre.

Después tocaron "parte" y el sargento fue a dar las novedades al oficial de semana; el oficial, al capitán de cuartel.

A poco rato, "rancho". De a dos en dos fuimos pasando delante de unos peroles que echaban humo y que olían sabroso. Cada quien aprontaba sus trastes de hojalata y los rancheros les servían un cucharón de frijoles y otro de atole con chile; les daban también una pieza de pan y tres tortillas.

Mis dos compañeros y yo estábamos ya provistos de los mismos trastes que nos dio un sargento para nuestro uso.

A la voz de "rompan filas" nos desperdigamos todos a comer nuestro alimento. El corneta de la puerta tocó "atención" y entraron las viejas con las canastas ya bien revisadas.

Mis compañeros y yo estábamos juntos, sentados en un rincón, comiendo aquello que nos habían dado. Era bien poco.

—Tendremos que buscarnos viejas que nos traigan algo más de comer —dijo el mayor de los Villegas.

—¿Y con qué fierros? —preguntó el menor.

—¡Adiós!, con lo que nos paguen, igual que los otros. Creo que les dan dos o tres reales diarios todas las mañanas; así oí decir allá a algunos.

—¡Ah!, ¿luego nos van a pagar?

—¡Claro!, todos los días, y dicen también que cuando pierda uno algo de lo que le dan de ropa o de otras cosas, que se lo descuentan. Creo que hay algunos muy lanzas que le roban a uno lo que pueden y luego lo negocean; hay que andar águilas.

Ya que pasó el rato de la comida, el corneta de la puerta tocó "media vuelta" y salieron para la calle las soldaderas; la tropa fue a la pileta del agua a lavar los trastes. Nosotros hacíamos lo que los demás.

Otra vez a las cuadras a sentarse un rato y a ponerse los uniformes de dril, los que eran ya tropa vieja. A poco rato "llamada de instrucción" por toda la banda; nuevamente "lista"; a ponerse el correaje, a armarse y a marchar. A nosotros, los nuevos, que éramos

seis en la Segunda Compañía, nos sacó un cabo al patio a darnos instrucción sin armas; no nos darían uniformes, ni correaje, ni máuser, hasta que no supiéramos marchar.

Mi ropa ya estaba seca y hasta bien me caía fresquecita como estaba, con el calor que hacía.

Estábamos los seis alineados enfrente del cabo. No paraba de hablar como si fuera un fonógrafo; siempre lo mismo, lo mismo. Sabía lo que nos estaba enseñando de memoria; ¡cuántas veces lo había dicho a tardes y a mañanas a los reclutas primerizos! A veces paraba de hablar; nos corregía las posturas a patadas o a guantadas; cuando no le entendíamos se ponía hecho una furia y nos ponía del asco.

Él nomás hablaba; hablaba sin parar, como un disco:

—Fíjense bien; destápense las orejas. Cuidado y no me hagan caso porque nos arreglamos de otro modo. Las voces de mando son de tres clases: de advertencia, preventivas y ejecutivas. Cuando yo mande ¡atención!, toman ustedes la posición militar, es decir: los talones juntos, las puntas de los pies separadas; el cuerpo derecho, el pecho echado para adelante; los hombros retirados para atrás; las manos caídas naturalmente de manera que el dedo chiquito de cada mano esté en la línea de la costura del pantalón... bueno, del pantalón cuando lo tengan puesto. Los dedos juntos; la cabeza derecha, la barba recogida y la vista al frente.

"Cuando yo ordene: ¡En su lugar, descanso!, adelantan el pie izquierdo unos veinte centímetros; es decir, una cuarta; y se carga todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha.

"Cuando mande yo: ¡Firmes!, vuelven todos a tomar la posición que tenían. ¿Me entendieron? Vamos a ver:

"¡Atención! ¡En su lugar, descanso! ¡Firmes! Muy mal, ¡qué atajo de animales son ustedes! Voy a repetir otra vez, pónganse aguzados".

Repetía exactamente lo mismo; volvía a mandar y volvía a salir defectuoso el movimiento. Se enfurecía; gritaba y nos hacía ponernos firmes a patadas.

Vuelta a repetir y vuelta a mandar.

Después de mucho rato de corajes del cabo y de paciencia y resignación de nosotros, pasábamos a otra cosa.

—Estando firmes, se manda: ¡Saludo! A esta voz se levantará el brazo derecho con la mano extendida, los dedos juntos y la palma

vuelta al frente, de manera que el dedo índice toque el extremo derecho de la visera del chacó; la cabeza levantada y la vista al frente. Así. ¿Lo vieron? Como lo hago yo, háganlo ustedes. ¡A ver! ¡Firmes!

"¡Saludo! Mal; muy mal. Cómo serán atascados; ¿no saben cuál es el dedo índice? El que sigue al dedo gordo, carbones. ¡A ver!

"¡Saludo! ¡Firmes! ¡Saludo! ¡Firmes!... Así se saluda de cabo arriba, a todo el mundo; ya lo saben.

"Ahora, vamos a marchar; fíjense bien cómo lo hago yo para que así lo hagan ustedes. La voz de mando preventiva es: ¡De frente! A esta voz, se carga el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, inclinándose tantito adelante y doblando la rodilla izquierda. A la voz de ¡marchen!, se adelanta el pie izquierdo con la punta ligeramente vuelta para afuera; el paso ha de ser de setenta y cinco centímetros. Después se levanta el talón derecho y se cargará el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo; en seguida se llevará la pierna derecha para adelante y se sentará en el suelo, adelante del pie izquierdo. Luego, después, otra vez el izquierdo y luego el otro. El cuerpo sin inclinarlo ni a la derecha ni a la izquierda, sin voltear los hombros ni cruzar las piernas; los brazos sueltos; la cabeza derecha y la vista al frente. ¿Entendieron?".

Todos estábamos azorados con aquella explicación. Seguro que ninguno habíamos entendido; así lo comprendió el cabo.

—Bueno, en pocas palabras; se trata de caminar para adelante; cuando yo mande alto, se paran de un golpe. A ver: ¡De frente!, ¡marchen! Paso largo: uno, dos; uno, dos. Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho. Uno, dos; uno, dos. No se vean las patas; levanten la cabeza. Muevan también los brazos, no sean agüitados.

"Uno, dos. ¡Alto! ¡Párense!, ¿qué no oyen? Ni siquiera saben caminar, ¡qué brutos son! Los voy a tener toda la noche caminando a ver si se enseñan. Prefiero tratar con animales, Dios me dé paciencia. Vamos a ver: ¡De frente!,¡marchen! Uno, dos; uno, dos... ¡Alto!, con un tal; ¿no entienden?

Zarandeó a uno, le dio una cachetada a otro y una patada al de más allá.

—¡Me lleva el tren! ¡De frente!, ¡marchen! Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho: un... do... un... do. ¡Alto! A ver, tú, ¿cuál es tu pierna derecha?

—Ésta, señor.

—¿No les digo? ¡Me lleva!... Has de ser tú zurdo de las pezuñas. La pierna derecha es ésta; mírala bien, ésta, ésta. ¡De frente!, ¡marchen! Uno, dos... No miren al suelo, babosos. La cabeza levantada; los brazos sueltos; el paso largo. Parecen changos, merecían andar en cuatro patas. Uno, dos; uno, dos...

Toda la tarde estuvimos caminando por el patio del cuartel, hasta que llegó la tropa que había salido. Eran ya las seis de la tarde. Tocó la banda y nos pasaron lista. Allí estaba todo el batallón en el patio; desde el coronel hasta el último soldado. Los sargentos primeros iban leyendo la lista y cada uno iba contestando presente, cuando le llegaba su turno.

La banda tocó "parte" y los sargentos le dieron las novedades a los subtenientes, los subtenientes a los tenientes, los tenientes a los capitanes segundos y los segundos a los primeros. Después al mayor, el mayor al teniente coronel y el teniente coronel al coronel. Una escalera de abajo para arriba hasta llegar a las estrellas.

El capitán ayudante leyó la Orden del Día, que todos oímos haciendo un saludo.

Después tocaron "rancho"; la tropa se fue a desarmar y a buscar sus ánforas de hojalata para la comida. Lo mismo del mediodía: atole y frijoles; una pieza de pan y un trago de café. Entraron las viejas con las canastas.

Había oscurecido y cada quien estaba ya en su lugar, en la cuadra; unos foquitos chicos y empañados medio alumbraban el galerón lleno de gente apestosa a sudor. El tiempo se hizo pesado; largo como la cadena de un condenado. Conversaban en grupitos los soldados y las viejas; nosotros tres teníamos nuestro mundo aparte; estábamos como apestados sin tener cabida entre los demás.

—A dónde hemos venido a caer.

—Y son cinco años, mano.

—¡Cinco años!, ¡quién los verá acabar!

—Aquí todo lo arreglan a golpes.

—A golpes y a mentadas.

El corneta de la puerta tocó "media vuelta" y algunas de las mujeres salieron de la cuadra; eran las que no iban a pasar la noche allí; la mayoría se iba a quedar a dormir con sus hombres.

Ya entrada la noche tocó toda la banda "retreta" y otra vez nos volvieron a formar para pasar lista. ¡Cuánta lista!, ¡como si pudiera alguien faltar allí, donde todos estábamos encerrados!

Otro tirón de aburrimiento y "silencio"; un toque largo, largo como el quejido de un agonizante; un toque triste, cansado, que parece que no se acaba nunca.

Comienza la gritería de los centinelas, de los rondines y de los cuarteleros. Todos los demás se acuestan a dormir mientras llega la "diana", para volver a empezar.

Los foquitos no se apagan, curiosean los bultos envueltos en los sarapes plomos de la tropa; oyen los ronquidos, los besos de las parejas entrepiernadas; ven, oyen y huelen lo que en otra parte daría vergüenza ver, oír y oler.

Allá, en la puerta de la cuadra, el oficial y el sargento de semana platican; el cabo de cuartel cabecea y el cuartelero ronca. Los bultos plomos de soldados y soldaderas se revuelcan por el suelo.

Mi compañero me dice:

—Fíjate nomás, parecemos marranos.

—Peor, porque los marranos no tienen cabos ni sargentos y pueden revolcarse entre ellos a mordidas y a trompadas.

IV

El primer día de mi vida de soldado, fue malo; los demás fueron peores. Fui conociendo todo aquello en medio de golpes y de regañadas; los pobres reclutas teníamos siempre encima a los cabos, a los sargentos y a los oficiales; malas palabras siempre, guantadas y cintarazos por el menor motivo. Parecía como si quisieran amansarnos o curtirnos a malas pasadas; ya ni fuerza nos hacían las malas palabras, apenas los golpes lograban lastimarnos el cuerpo; con el tiempo, seguro que tampoco los golpes nos harían ya daño en fuerza de la costumbre de recibirlos a cada momento.

Fui conociendo aquella vida por lo que veía y por lo que me contaban; siempre era lo mismo, siempre había sido así y así seguiría siendo quién sabe hasta cuándo. Desde el tiempo de Santa Anna, me decían, había habido siempre leva y golpes y malas pasadas. El recluta sufría cuando llegaba y seguía sufriendo cuando era soldado hasta que lograba ascender a cabo; allí comenzaba a desquitarse, con los de abajo, de los golpes que antes recibió, aporreando a los nuevos o a los antiguos compañeros. De sargento era peor; más se

le subía y más duro era; si llegaba a ser oficial, era como si hubiera llegado hasta la gloria.

Había muchos que le agarraban cariño a aquella vida; se les olvidaba o se acostumbraban a todo aquello; cumplían dócilmente los cinco años de su enganche y en lugar de salir escapados para su tierra, volvían a rengancharse; otros se daban de alta en los cuerpos rurales o en los batallones de "carnitas" de los estados, o aunque fuera, se metían de policías en los pueblos; los seguía jalando el máuser y la vida militar. ¡Qué bien dice el dicho que todos semos hijos de la mala vida!

Muchos que parecían tener un rencor muy hondo, decían en sus malos ratos:

—Cuando yo llegue a ascender a cabo, qué gusto me voy a dar agarrándome a golpes con el cabo López.

Y ascendían, llegaban a ponerse en las mangas la cinta colorada; todos los que seguían de soldados creían que iban a tener la ocasión de ver un pleito bueno y de gozar viendo cómo el compañero ascendido iba a desquitarse con el cabo López, y nada; de allí para adelante eran ya muy amigos. Eran ya de la misma camada; eran ya otros muy diferentes de cuando eran soldados rasos. Lo mismo eran los sargentos y los oficiales. Una escalera en la que el de más arriba pisaba al de más abajo.

Fui conociendo aquello: primero el cuartel, la casa en que mal vivíamos los ochocientos cincuenta hombres de tropa, los treinta y seis oficiales y los tres jefes de batallón, sin contar las soldaderas, los chamacos, las mulas de la impedimenta y los perros de los pelotones. Era un caserón hecho de piedra y de ladrillo, tan grande como una manzana de casas; en medio, un zaguán enorme con un garitón a cada lado; en toda la fachada ventanas altas con rejas de fierro; arriba, en la azotea, el astabandera, almenas y garitones. Todo lo demás: tapias muy altas de piedra para que nadie pudiera escaparse; cuatro cuadras muy espaciosas para las compañías; una chica para la plana mayor; cuartos para las oficinas y para que vivieran los oficiales y un patio enorme, grandísimo; atrás un corralón para las bestias, unos lavaderos de piedra y una ringla de barriles junto a la pared para el excusado de la tropa. A aquéllos les decían "los caballos" y había que sacarlos a tirar hasta el campo, todos los días, antes de la "diana".

Afuera, encima del portón, estaba pintada un águila parada sobre un nopal y comiéndose una víbora; arriba de ella había un letrero que decía: "9º Batallón de Infantería". La tropa mal intencionada decía que el águila representaba al general y la víbora a la tropa bien apergollada.

Adentro, en el cuerpo de guardia, había un letrero muy grande; decía así: "Todo servicio de armas o económico, en paz y en guerra, se hará con igual puntualidad y esmero que al frente del enemigo. Artículo 527 de la Ordenanza General del Ejército".

En el interior de las cuadras también había letreros por el mismo estilo: "Todo militar se manifestará siempre conforme con el sueldo que goce y con el empleo que ejerza". "Todo inferior que se exprese mal de su superior, en cualquier forma, será castigado severamente". "El que tuviere orden de conservar un puesto, a toda costa lo hará, hasta perder la vida".

Cada cuadra con su letrero enseñando qué compañía estaba allí; letreros también en la plana mayor, en el detall, comandancia, la ayudantía, la música, el depósito, la sala de banderas y la prevención.

Así como estaba de bien dividido el cuartel, así también lo estaba el batallón: un cabo y diez soldados, una escuadra; tres escuadras más un sargento segundo, un pelotón; dos pelotones con un teniente y un subteniente, una sección; tres secciones con un sargento primero, un capitán primero y un segundo, una compañía; cuatro compañías, la plana mayor; jefes, banda, música, impedimenta, el batallón: novecientos hombres, más o menos, entre jefes, oficiales y tropa. Novecientas armas para echar bala en caso de guerra o de trifulca entre extranjeros o contra paisanos, en defensa y apoyo de don Porfirio Díaz.

Todo se hacía al toque de corneta:

Al amanecer, "diana" por toda la banda de cornetas y tambores. Un toque largo y alegre como el comienzo del día. Los banderos viejos decían que aquel toque, que duraba cerca de diez minutos, en otros tiempos, allá muy lejanos, duraba cerca de media hora y se componía aquella "diana" antigua de treinta y seis partes.

Todo el mundo arriba, a sacudir las cobijas. Después lista, que la pasaba siempre el sargento de semana en cada compañía y con el toque que le seguía que era el de "parte", daban las novedades que hubieran ocurrido, a los superiores. El sargento primero socorría a

la tropa dándole en mano a cada uno sus treinta y cinco centavos de haber. Cuando terminaba, preguntaba siempre:

—¿Quién falta de haber? Y todos respondíamos a una voz:

—¡Satisfechos!

El sargento de semana se armaba y se iba a dar el parte de las novedades al comandante de la guardia de prevención.

El corneta de guardia tocaba "media vuelta" y era entonces cuando salían para la calle todas las viejas que habían pasado la noche con los soldados.

Después, un toque alegre: "rancho", para repartir la comida de siempre.

El oficial de semana pasaba una revista a la tropa para que estuviera lista a salir al campo, al toque de "llamada de instrucción".

A las ocho de la mañana "asamblea" para relevar las guardias.

Seguía después el aseo del cuartel con todos los arrestados y con fajinas cuando no alcanzaban los castigados; el cabo de policía de cuartel, o como le decían mejor, el cabo de presos, chirrión en mano, traía a la gente al trote, haciendo limpieza.

Acabado el aseo, la banda tocaba "fajina", y cada uno iba a ocuparse de arreglar su equipo, remendar uniformes y pegar y limpiar botones.

A las diez de la mañana "llamada de sargentos", para darle academias el capitán ayudante. "Llamada de banda para hacer escoleta".

A las once, "orden". De once a doce, limpiar el armamento.

El médico veía a los enfermos al toque de "hospital".

A las doce, "llamada de banda", "llamada de tropa" y "lista". Otra vez a formar y pasar lista. "Parte"; "rancho"; "atención", para la entrada de las viejas con las canastas y completar, con lo que ellas llevaban, la comida escasa que daba el batallón. Al poco rato "media vuelta"; salida de viejas a la calle.

Desde esa hora hasta las tres de la tarde, los oficiales leían a la tropa sus obligaciones, la Ley Penal Militar y las Órdenes Generales. A aquellas horas oíamos siempre aquello de: "Cometen el delito de insubordinación, el militar o asimilado que con palabras, ademanes, gestos o señas, falte al respeto y sujeción debidas a un superior en categoría o mando que porte sus insignias o a quien conozca o deba conocer... pena de muerte, pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte".

A las tres "llamadas de instrucción", hasta las seis de la tarde, en que toda la banda tocaba otra vez "llamada de tropa, lista, parte y fajina". Ésta era la lista más importante; allí estábamos presentes todos, desde el más infeliz recluta, hasta el coronel. El capitán ayudante leía la Orden del Día, de la plaza y la del cuerpo, así como daba noticia de los castigos que se habían impuesto a la tropa aquel día.

"Rancho" otra vez. "Retreta" a las ocho de la noche, para pasar la última lista del día; "atención", para la entrada de las viejas a pasar la noche y por último, "silencio" a las nueve, para descansar.

Los martes y los sábados eran días de revista; toda la banda tocaba a la una de la tarde de esos días, "paso redoblado"; era el primer toque para la revista; a las dos volvían a tocar "asamblea", segundo toque para la revista y a las tres de la tarde, el tercero y último toque: "llamada de tropa y reunión". La tropa salía a formarse al patio, armada si eran tardes de día martes, para pasar revista de armamento, correaje y municiones; sin armas, pero con todo el equipo, si eran las tardes de los sábados. Cada uno extendía su manta de cama en el suelo y encima ponía todas las prendas de equipo: el kepí de paño negro, la funda blanca con el paño azul, el par de zapatos, el cuello y los puños de celuloide, la muda de ropa interior, el capote, la mochila de cuero; la pala-pico, el ánfora; el pedazo de lona para la tienda de campaña, el maletín, el saco de ración; el saco de avías con sus correspondientes agujas, hilo, botones, trapitos, grasas para los zapatos, cepillos, guantes de hilo blanco y los palos emplomados para armar la tienda en campamento.

Cada quien procuraba que no le faltara nada de lo que debía tener, porque inmediatamente se ordenaba el descuento del valor de la prenda. Durante toda la semana unos se robaban las cosas para venderlas a buen precio a la hora de la hora. Nomás volaban por el aire, a escondidas de los oficiales, las cajas de grasa, los cepillos y los sacos de avío. El que era más águila, cuidaba mejor sus cosas; los cabos y los sargentos siempre hacían los sábados su negocito. En las revistas de armamento y municiones, casi nunca había novedad; todo estaba completo, los máuseres al corriente y las doce paradas de cartuchos en la cartuchera. Aquellos días, a la hora de las revistas, mientras el capitán y los oficiales revisaban las armas y municiones o mientras pedían una a una las prendas del equipo: "¡Kepí de paño, en revista!... ¡Maletín de lona, en revista!... ¡Par de puños, en revista!", y cada soldado iba mostrando la prenda pedida y poniéndola,

después de revisada, detrás de él; en un lado del patio tocaba la música del batallón piezas alegres.

Los días domingos había tranquilidad, la tropa vieja salía franca. Desde muy temprano se habían bañado todos en la pileta y uniformados de dril, si era tiempo de calor o de paño en tiempo de frío, salían formados y sin armas a pasear a la calle, acompañados de sus viejas y al cuidado de los oficiales y sargentos. En la guardia de prevención contaban las hileras a la salida y volvían a contarlas al regreso.

—¡Salen tantas hileras de tropa franca! —gritaba el oficial de guardia.

—¡Conforme! —respondía el oficial encargado de la custodia.

Toda la mañana se andaban fuera por las calles y las plazas de Monterrey y volvían hasta la lista de doce, cargados de cañas, naranjas y cacahuates. Aquél era el único fato alegre de la juanada; iban por las calles contentos, agarrados de las manos de sus viejas, curioseando todo: las gentes, las casas, los carruajes; contentos, sin llevar el paso igual ni el fusil en el hombro, ni la mochila en la espalda. Los pobres reclutas los veíamos salir y teníamos la esperanza de que allá algún día, cuando pasaran siquiera unos tres años o quien sabe si antes, cuando ya nos tuvieran más confianza, podríamos salir también a la calle a pasear un rato.

A veces, cuando había funciones de circo o de toros, la tropa vieja franca pedía que la llevaran allí; soltaba el oficial los centavitos que había juntado y todos se iban a meter a la función. Siempre decían los programas: "Niños y tropa formada, media paga".

Cuando llegaba a desertarse alguno, aprovechándose de cualquier barullo, el oficial que los cuidaba pagaba el pato: le levantaban acta y lo metían en un proceso.

A todas horas, durante todo el santo día, instrucción y lectura de la ordenanza, del reglamento o de las leyes penales, especialmente para los reclutas. Lectura a gritos, instrucción a golpes; era de urgencia hacer soldados pronto; meterles en la cabeza aquellos libros para que no pensaran más que en aquello; volverlos locos a fuerza de amenazas grandes y de maltratadas. El soldado no tiene que pensar más que en lo suyo, no tiene que hacer más que lo que le manden; es como si llevara la cabeza metida en un costal y no viera, ni oyera ni pensara en nada que no fuera lo que allí mismo

llevara metido adentro. Había que ir a donde estirara la cuerda, siempre tirante.

En dos meses había que ser soldado ya completo y listo para montar guardia, y en un mes estar ya pronto para manejar el arma y formar con el batallón en la revista de comisario.

Los cabos no descansaban, nos traían al remolque. Si alguno de nosotros no entendía por las buenas, tenía que entender a la fuerza, por las malas. Parecíamos animales amaestrados a la voz de mando y siempre con un chicote enfrente o un puño cerrado que no amenazaba, sino que se iba de veras al bulto.

Uno, dos; uno, dos…; pena de muerte... uno, dos; uno, dos ...; veinte años de prisión… un... do…

Nos dieron a los reclutas el equipo completo. Teníamos que estar listos y arreglados para la revista. De allí para adelante muy águilas para que no se perdiera nada o en caso contrario, sufrir el descuento de los veinticinco centavos del haber diario; pues aunque parecía ser de treinta y siete centavos, doce se quedaban para nuestro rancho.

El día dos del primer mes de mi enganche, fue la revista de comisario. Era por cierto el mes de julio.

A las ocho de la mañana tocó la banda "paso redoblado" y a las nueve "asamblea", segundo toque para la revista. Toda la tropa embetunaba sus chacós, su correaje y sus zapatos; el uniforme era el de paño azul.

Desfilaron las compañías armadas afuera del cuartel y allí enfrente se formó todo el batallón en línea desplegada. ¡Cuántos hombres estábamos allí!; nos perdíamos de vista; negreaba la calle y relucían los fusiles con el sol mañanero.

A un lado del cuerpo de guardia, estaba una mesa con un tapete colorado y unas tres sillas enfrente de ella. Allí estaban entre nosotros el coronel, los otros jefes, la banda de guerra, la música; los oficiales en sus puestos con la espada desnuda.

¡Qué bien se veía el Noveno Batallón! Con razón a los muchachos les gustan los soldados: todos iguales, limpios y relucientes. Qué bien luce por fuera la tropa y qué poco saben lo que toda esta apariencia cuesta, puerta adentro del cuartel. Pomponcitos colorados, guantes blancos, marrazos como espejos, ¡qué bien luce la tropa en la calle!

Nosotros, los reclutas, estábamos emocionados; un soldado viejo nos había prevenido que en esa primera revista de comisario,

tendríamos que jurar la bandera, los nuevos. ¡La bandera nacional, la que se defiende a tiros en los combates y por la que se mata tanta gente!

Sentía curiosidad por ver aquello y el corazón me golpeaba adentro, como si quisiera salírseme.

El corneta de órdenes del coronel tocó "atención" y dos puntos agudos más. A este toque uno de los subtenientes subayudantes,fue a buscar la bandera al cuerpo de guardia; el capitán primero ayudante se hizo cargo de la primera sección de la Primera Compañía y la hizo desfilar por el flanco derecho doblando, seguida de la música y de la banda de guerra. Al paso redoblado, marcharon hasta el cuerpo de guardia; allí hicieron alto.

El coronel, con voz clara y muy fuerte, que todos le oímos, gritó:

—¡Batallón!, ¡armen... armas!

Un solo golpe de fierros se oyó y todos los marrazos quedaron afianzados en las bocas de los fusiles. La escolta también había armado sus armas y después las presentó a la voz de mando del capitán ayudante; la banda de guerra tocó Marcha de Honor y la de música el Himno Nacional. El subteniente subayudante fue saliendo lentamente del cuerpo de guardia, llevando en su mano derecha la bandera tricolor. Flameaba la bandera y latían los corazones.

El abanderado se colocó entre las cuatro primeras hileras de la sección; la escolta terció las armas y al toque de "reunión" por toda la banda, fueron a incorporarse al batallón.

El coronel mandó:

—¡Presenten... armas!

Un solo golpe de ochocientos hombres y todos los fusiles verticales. El corneta de órdenes tocaba Marcha de Honor; la escolta hizo alto enfrente de la cabeza de la Tercera Compañía y mientras toda la banda de guerra tocaba Marcha de Honor y la de música el Himno Nacional, el subayudante abanderado fue a tomar su lugar en medio del batallón.

Ya la bandera estaba entre nosotros y la música seguía tocando:

> Piensa ¡oh patria! querida que el cielo,
> un soldado en cada hijo te dio,
> un soldado en cada hijo te dio.

Aquella bandera, verde, blanca y colorada, era la de México; la nuestra. Pero era algo más; no era sólo la bandera de la patria, no; era la del Noveno Batallón de Infantería; era como nuestra madre, como nuestra mujer, como nuestra hija; por ella habíamos de morir uno por uno y habíamos de matar y habíamos de sufrir. Aquel trapito viejo y de tres colores era nuestra honra; nuestro honor estaba allí y nuestras vidas habían de defenderla antes que todo y por encima de todo.

Terciamos las armas a la voz de mando de nuestro coronel y al paso redoblado volvieron a sus lugares las bandas de guerra y música, así como la sección de la Primera Compañía.

Ahora nos tocaba el turno a nosotros. Me golpeaba el corazón.

Los tres jefes del batallón fueron a colocarse a la derecha del oficial abanderado, que había dado cuatro pasos al frente del batallón formado. El capitán ayudante sacó a todos los reclutas de las compañías y nos llevó a la izquierda de nuestro pabellón.

El coronel mandó de nuevo presentar las armas y el mayor, clavándonos los ojos, como queriendo vernos hasta mero adentro, nos preguntó solemne:

—¡Soldados!: ¿protestáis seguir con constancia y fidelidad esta bandera, representación de nuestra patria, para la que todo mexicano tiene deberes y obligaciones que cumplir?

—¡Sí, protestamos! —contestamos los reclutas.

—¿Protestáis defenderla a riesgo de vuestra vida, en acción de guerra o circunstancias de peligro y fatigas del servicio?

—Sí, protestamos.

—Si así lo hiciereis, que la nación os lo premie, y si no, que os lo demande.

Los ojos nos brillaban de emoción. El capitán ayudante nos hizo desfilar por debajo de la bandera que tenía el subayudante y que levantaba apenas con la punta de su espada el coronel. Al pasar por abajo, el trapo tricolor nos rozaba el chacó como si acariciara en la cabeza a cada uno de sus hijos.

En aquellos momentos se me olvidaron los golpes y las patadas; las malas razones de los cabos y de los sargentos. Se me olvidó mi rancho, mi madre, Marcos Nájera, mi compadre Celedonio y sólo tenía en mi cabeza la bandera tricolor.

¡Con qué ganas hubiera gritado con toda mi alma un viva México! ¡Con qué rabia hubiera peleado contra un invasor!

Allí estaba toda la peonada; todos los pelones uniformados, hermanados por el sufrimiento y por el hambre; huérfanos desamparados de todos, con una sola madre, con una sola cobija tricolor…

Llegaron los interventores: el de Hacienda y el de Guerra, y juntos con el coronel y el pagador fueron a sentarse frente de la mesa.

El teniente coronel mandó:

—¡Señores oficiales, sargentos, cabos y banda, a la cabeza de sus compañías!

El batallón, de dos a dos en fondo, comenzó a desfilar poco a poco por delante de la mesa. El comisario iba llamando en voz alta a cada oficial y el nombrado pasaba delante de él y lo saludaba con su espada. Cuando pasaron los oficiales siguió la tropa; el sargento primero de cada compañía iba leyendo en la lista de revista el nombre de cada uno y el llamado pasaba por delante de la mesa y respondía con su apellido.

—Sargento segundo Pedro...

—¡Gutiérrez!

—Cabo Joaquín...

—¡López!

—Cabo Arnulfo...

—¡Guzmán!

—Soldado Juan...

—¡Martínez!

—Soldado Evaristo ...

—¡González!

Así todos los ochocientos hombres.

Los jefes todos estaban en la mesa y la bandera junto con ellos.

Cuando acabó la revista, ya cerca del mediodía, se le volvieron a hacer honores a la bandera para volverla a llevar a la guardia de prevención. Se fueron los interventores y el batallón desfiló para el cuartel al paso redoblado; las gentes curiosas que se habían amontonado se fueron retirando poco a poco también.

Allí adentro otra vez a lo mismo. Todo había pasado como en un sueño; se acabó el relumbrón, el aparato y de nuevo a sufrir, colocar las armas, guardar el uniforme, los zapatos y quedar otra vez en calzones y en huaraches como siempre.

El rancho: tantita carne una vez al mes y el mismo atole y los frijoles sin guisar de todos los días.

Un soldado más viejo que yo, uno que después supe que se llamaba Jacobo Otamendi y que había sido consignado por andar de periodista revoltoso, al verme contento, se me acercó y me dijo:

—Ora sí, compañero; ya eres soldado de veras, dejaste de ser recluta, así como antes también dejaste de ser libre. Te arrancaron como a mí, la libertad; te cerraron la boca, te sacaron los sesos y ahora te embadurnaron el corazón también. Te atontaron a golpes y a mentadas; te castraron y ya estás listo, ya eres un soldado. Ya puedes matar gente y defender a los tiranos. Ya eres un instrumento de homicidio, ya eres otro.

Para que no faltara nada en aquel día, cuando dieron el toque de "atención" después de la "retreta" y entraron las viejas a pasar la noche, una de ellas, que ya la conocía yo bien porque dormía con el compañero de junto a mí, se acercó cuando no la veía su hombre y repegándose mucho, como para que la sintiera yo muy bien, me dijo:

—Si me das un par de pesos, paso media noche contigo.

No estaba mala y yo estaba muy muchachón.

—¿Y tu hombre?

—Lo dejo dormido; es muy dormilón de la media noche para delante.

—No te puedo dar más que un peso.

—Para que veas que te tengo ganas, dame nomás uno cincuenta.

—Bueno; arreglado.

V

Era un día domingo en la tarde cuando me entregaron una carta de mi madre. Casi me hizo llorar. La pobre debió haber batallado mucho para hacer aquellas letras; alguna alma caritativa le ayudó seguro para escribirme; era una carta con una letra muy grande y llena de faltas, pero que me llegaba muy adentro:

> Orisonte, Cuaguila 15 de mallo de 1910.
> Señor Espiridion Sifuentes.
>
> Cuartel del Nobeno Batallan en Monterrey. N. L.

Cerido igo: Le pido a Dios yala birgen santicima que te aigan alludado y te cigan alludando en ese infierno en que as de estar tu. Llame afiguro los asotes que estaras resibiendo alla y las malas pasadas que tendras que sufrir igo asta quando te bolbere aber seme afigura que primero me muero lla estoi bieja i abandonada i enferma. Todas las nochis meda un dolor en un costado i por mas que me pongo llerbas i tomo perlas deter nada no seme quita i tengo que aguantarme callada la boca para no quejarme i dejar dormir ala probecita gente conquien bibo i que tanto trabaja en el dia i tanta falta lease descansar en la nochi.

Estoi aqui bibiendo de la carida que mease tu compadre Celedonio el me da de comer i arrimo en su jacal llo precuro desquitar en lo que puedo i me acomido en todo el pobre de tu compadre tubo que benirse con todos nosotros para aca en una carreta de buelles que le enprestaron para trair todos los triquis. Estamos aqui en el Orisonte tu compadre esta de pion i como el nos taba acostumbrado aeso pues se fatiga mucho. dice que no pierde laesperansa de bolber a bender carne.

Tuermano Jase se jullo desde queteagarraron ati de leva por ai andara quen sabe en donde llo no tengo noticias del ni para un remedio los amos de aqui tambien son gachupines i les gusta sintariar alas piones. Igo se me afigura que lla no te buelbo a ber stoi como si se me ubieran muerto mis dos igos. lla nada me queda en este mundo siemnpre stoi resando por ustedes dos i inbiandoles mis bendiciones.

Que dios nos allude a todos.

Tu madre que te ciere.
Amada Cifuentes.

Se me rodaron las lágrimas. Pobrecita de mi mamá; tan lejos, tan pobre y tan abandonada. ¿Cuándo podría yo verla y ayudarla?, ¿cuándo? Tanto como había sufrido para criarnos a nosotros y ahora que ya éramos hombres sus dos hijos, ora que ya estábamos fuertes para mantenerla y para darle un bienestar, siquiera lo necesario, ganado a fuerza de trabajo, nada; un hijo, de soldado por cinco años, el otro huyendo y ella arrimada de limosna, trabajando y enferma. ¿Qué podía hacer yo?, ¿qué podía hacer nadie como no fuera Dios?

Un soldado que me vio tan triste, acurrucado en un rincón con la carta entre las manos, se me acercó a darme algún consuelo. Yo lo conocía de vista; sabía que se llamaba Juan Carmona, que era nativo de Pachuca y que formaba parte de la misma sección.

—¿Qué te pasa compañero, por qué tan triste?

Le enseñé la carta y le conté lo que me sucedía.

—Tienes razón, no es para menos. Y ni remedio tiene eso, compañero, ¿qué le vaste hacer? Aquí se acabó todito y ni llorar es bueno. Yo también tengo mi pena y me la como y me la bebo a tragos, como si fuera rancho de todos los días.

—¿También tienes tu madre abandonada por allá en tu tierra?

—No; yo perdí a mis viejos desde hace muchos años, desde que era yo escuincle. Mi pesar es otro que puede que sea pior. Te voy a contar lo mío; a veces hace falta contarle a alguien lo que uno lleva adentro, siquiera para tener el consuelo de que otra gente lo sepa también y lo compadezca a uno. Tú, como eres nuevo, comprenderás lo que sufro, pareces buena gente y todavía no te han maleado los golpes y las malas pasadas.

"Yo soy de Pachuca, tú ya lo sabes; de allá de un mineral muy lejos de estas tierras, cerca de México, de la mera capital de la República. Allí era yo minero como casi toda la gente pobre de la población. Mi padre era barretero, mi abuelo también lo fue; tenía yo que ser a fuerza del mismo oficio que aprendí con ellos desde chico. También aquella vida es dura; es dura y peligrosa; cientos de metros abajo de la tierra, poniendo barrenos y tirando piedras; a veces con el agua hasta la rodilla, a veces hasta el pecho; sudando a chorros y respirando polvo; lejos del sol y aluzándose apenas con las lamparitas de mano que no llegan a romper nunca la negrura de las piedras. Son las minas infiernos por lo caliente y por lo lóbregas que están. Los hombres parecen condenados; desnudos, bañados en sudor y en agua, gastando el alma con el pico y con la pala, como si fueran a acabar con todas las piedras de los cerros y llegar hasta el fondo de la tierra; salir a flor de ella quién sabe hasta dónde. Se acaban los hombres, se gastan los pulmones y se hacen piedras adentro en fuerza de respirar puro polvo, y adelante, adelante, detrás de las vetas, que se ensanchan y se angostan y se vuelven a ensanchar; piedras y más piedras; oro y plata revueltas con el sudor y con sangre de la pobre gente que vive como topos en la tierra lejos, muy lejos

de la luz del sol. Allí en lo hondo se va quedando la vida entre las piedras, allí se quedan los cuerpos enterrados cuando ya no pueden más. Piedras que después son pesos y onzas de oro; pesos que ruedan por el mundo y que sirven para todo y onzas de oro que se guardan en las cajas fuertes como reliquias, quién sabe para qué.

2En una de aquellas minas quedó enterrado mi abuelo el día que menos lo esperaba. Quedó en la raya como buen minero, un trueno acabó con él y le echó encima todo el tiro de una mina. Tiene allí una sepultura de oro y plata de mucha ley, que no han de tener seguro ni los reyes. Un sepulcro que tiene encima a un cerro lleno de árboles, que se mira desde muchas leguas antes de llegar a Pachuca. Allí ha de estar mi abuelo, dormido en una cama de plata.

"Mi padre también cayó en las mismas andanzas; estaba ya viejo, la mina le había acabado los pulmones, su salud se había quedado regada en los tiros, en los socavones y entre las piedras ricas del mineral de la Compañía del Real del Monte. El día menos pensado le quitaron el trabajo sin más razón que la de estar viejo y enfermo de silicosis. ¿Qué iba a hacer el pobre viejo fuera de la mina? Toda su vida se la había pasado allí, nunca supo hacer otra cosa que escarbar las piedras y poner barrenos; ni modo que fuera a comenzar a aprender otro oficio ya a sus años, ¿qué iba a hacer? Hizo lo que todo minero viejo y desahuciado: bajar a la mina dándole una vuelta al camino derecho; bajar por donde se pudiera y como hubiere lugar; por las buenas o por las malas. Era necesario comer y habría comida en la casa mientras hubiera fuerzas en los brazos y empuje en el alma. Fue lo que allí le dicen, un metalero, un trabajador de las minas que se roba los metales de la compañía. Bueno; robar, es como le dicen a eso, pero mi padre, que en paz descanse, y yo que le acompañaba desde entonces, nunca robamos nada; nuestro buen trabajo nos costaba arrancar las piedras y sacarlas para afuera. ¿A quién le robábamos el metal?, ¿a la tierra? La tierra es de todos, es de quien la trabaja. Es nuestra madre grande, la única; de donde hemos salido y a donde hemos de volver tarde o temprano.

"Nuestro trabajo nos costaba arrancar el metal ¡y qué trabajo! Mi madre nos echaba tacos de tortillas con carne y con frijoles que nos aguantaran cinco o hasta diez días; salíamos con el itacate bien relleno y con nuestras herramientas, mi padre y yo; nos juntábamos con otros compañeros iguales a nosotros y todos juntos, con la oscuridad de la noche, nos metíamos por los tiros olvidados de

las minas. No nos faltaba a cada quien nuestro cuchillo por si salía algún guarda que se nos pusiera enfrente. Bajábamos los tiros por escaleras viejas que a cada momento se podían romper y matarnos a todos; tiros como el de San Rafael, como el de El Bordo, como el de San Juan Pachuca, como los de Dos Carlos; de más de seiscientos metros de hondo. Una pasada mala, una resbalada o un escalón podrido que se rompe y hasta el otro mundo. A veces ni siquiera había escalera y teníamos que bajar por los cables o pisando en las mismas piedras del ademe.

"Así que lográbamos bajar, había que buscar en medio de la oscuridad, con nuestras linternas, las vetas buenas para trabajar allí y arrancar el metal.

"El trabajo del minero es duro y peligroso, peor, mil veces peor es el que tiene que hacer el metalero: para él no hay seguridades, ni luz eléctrica, ni ventilación, ni jornal; por su cuenta ha de hacer todo y lleva el riesgo en el trabajo y en que lo puedan sorprender y meterlo en la cárcel por mucho tiempo.

"Allí adentro, a seiscientos o setecientos metros de hondo, con el agua a la cintura, sudando a chorros, duro y duro con los picos, para arrancar las piedras buenas. Durábamos a veces hasta una semana sin salir a flor de tierra; hasta que se acababan los tacos y también hasta que completábamos los treinta o cuarenta kilos que podíamos cargar en el espinazo. Algunas veces, con nuestro costal al hombro, salíamos de la mina, deslumbrados con la luz del sol y no era raro encontrarnos de pronto con que nos cerraban el paso un guarda o dos; íbamos decididos a todo y cuchillo en mano nos abríamos paso. En una ocasión mi padre tuvo que matar a uno que se puso de fierros malos; en otra vez nos tirotearon.

"El metal lo vendíamos a escondidas a un señor que nos lo compraba a buen precio. Teníamos siempre encima a los guardas de la compañía y a todos los policías del pueblo; en muchas ocasiones fuimos a dar a la cárcel, enredados en un proceso largo de meses y de meses.

"La última vez, la tengo metida en la cabeza como si fuera ahorita mismo: habíamos estado trabajando mi padre y yo tres días seguidos en un tiro viejo de la mina de Santa Gertrudis; la carga estaba lista y ya íbamos a salir. Iba yo por delante, subiendo por una escalera carcomida; mi señor padre iba detrás. De pronto tronó la escalera vieja y se desprendió del muro la parte por la que iba su-

biendo mi padre. Sentí el frío de la muerte. Mi padre se balanceaba agarrado con una mano de un barrote y tratando con la otra de buscar un apoyo en las piedras del tiro. Con el susto se me cayó el costal de las piedras.

"—¡Súbele aprisa y búscate una reata pa que me vengas a sacar! —gritó mi padre.

"En un instantito traspuse el tramo que me faltaba para salir; estábamos a unos cincuenta metros distantes del boquete y como a unos ciento y pico del fondo de la mina.

"Ni un alma había por allí afuera; tendría yo que ir a buscar la reata hasta las casas del pueblo o ir a pedir auxilio a la misma gente de la compañía. Me asomé para decírselo a mi padre:

"—No voy a tardar; aguántese lo más que pueda. Aguántese tantito; voy a buscar la reata.

"Apenas pude oír las últimas palabras de mi padre; salían por el boquete de la mina como si fueran de una sepultura:

"—No te dilates mucho, que miro a esto muy feo; voy a tratar de bajarme otra vez.

"Después oí un traquidazo de palos que se quiebran y de piedras desprendidas. Todo quedó en silencio.

"Grité, lloré, recé las oraciones que sabía, a toda prisa: "¡Virgen Santísima, que no le haiga pasado nada a mi padre, que no le haiga pasado nada; que no le haiga pasado nada!"

"Iba yo desesperado buscando a alguien; a quien fuera: minero, gringo o policía; alguien que tuviera una reata y me ayudara a sacar a mi padre, aunque después nos sambutieran a los dos en la cárcel.

"Di con un guarda y me llevó con uno de los ingenieros de la mina. ¡Cómo se rió el gringo aquel de mi dolor! ¡Cuánto batallé para convencerlo que salvara a mi padre!

"Yo mismo bajé por la reata hasta el fondo del tiro. Allí estaba el pobrecito viejo hecho pedazos; cerquitas de él, estaban regadas las piedras del metal que habíamos desprendido.

"Después fui a dar a la cárcel una temporada larga y cuando ya pensaba yo que iba a salir, para seguir batallando, me metieron de soldado; primero me llevaron a México, al Depósito de Reemplazos y después me vine a dar hasta aquí, hasta Monterrey. Mi pobre viejita se murió a los dos meses justos de mi padre; se juntaron los dos allá en la eternidad".

—Si ya no tienes padres, ¿qué te aflige, pues? ¿tu libertad?

—¡Libertá!, ¿quién sabe nunca lo que es eso? Yo creo que los únicos libres sólo son los muertos, que ya se libertaron de sus mismos cuerpos. Nadie es libre en este mundo; a unos hombres, los mandan otros hombres y los que aparecen más libres, los mandan sus mujeres, o sus dolencias, o sus vicios, o sus necesidades. El estómago manda, la cabeza manda, cada cosa del cuerpo manda. ¡Qué más da estar aquí o en otra parte!

—¿Pos entonces, pues?

—Tengo un hijo que acaba de nacer; uno más que viene a sufrir y que ni conozco siquiera. Conmigo se vino una muchacha de Pachuca que me tenía ley; me ha seguido desde entonces y acaba de salir de su cuidado en esta mañana. Ella sola por ai, sin un doctor siquiera, y yo aquí apergollado, sin poderle arrimar siquiera un jarro de agua; si no fuera por una vieja también soldadera, puede que hasta se hubiera muerto y puede que hubiera sido mejor, ¿no te parece?

—¿Y qué piensas hacer?

—Aguantar. ¡Pobre criatura con un padre tan infeliz como yo!

—De veras que los hijos debieran ser nomás para los ricos, pa los que les puedan dar de comer y vestir, ¿qué se ganará Dios con mandar muchachos a los pobres?

—Pobre criatura, ojalá y se muriera mejor, antes de que crezca.

—Hombre, no; ha de ser un consuelo siempre, tener un hijo.

—¿Un hijo, un soldado como nosotros? ¿Para qué? ¿Para que venga a dormir en estos chiqueros apestosos llenos de piojos, para que aprenda en lugar de buenas cosas, puritas maldiciones; para que vea, cuando pueda darse cuenta, cómo aporrean a su padre y cómo manosean a su madre y cómo rola ella entre toda la tropa? ¿Para que coma rancho y siga al batallón como los perritos langucientos de los pelotones? ¿Para que sirva nomás de risa a todos y para que les meta de contrabando la mariguana? ¿Para eso nomás? ¡No! Mejor que se lo lleve el sarampión o la escarlatina, o lo que salga más pronto; que se vaya el angelito, asina como vino. Mejor; ojalá y mejor se vaya.

—¿Pero cómo han de servir las criaturas para contrabandear la mariguana?

—¡Uf!; como eres nuevo, no sabes de estas triquiñuelas de la tropa vieja. Mira, cuando son de pecho y los traen cargados en la espalda sus madres, les meten entre los pañales las tripas de aguardiente o de mezcal o los manojitos de yerba. A ellos no los esculcan

los cabos y los sargentos, nomás a las viejas. Cuando ya son mayorcitos y pueden caminar, no les faltan argucias para hacer lo mismo, ¿no te has fijado en un escuinclillo mugriento que trae un kepí viejo y que casi siempre anda jugando montado en un carrizo, que le sirve de caballito? Pues allí, entre los cañutos del carrizo, siempre mete la yerba y hasta también buenos tragos de mezcal y ni quien se las espante. Ya más grandecillos se juntan con los de la banda, cuando hacen escaleta lejos del batallón y con el pretexto de que les enseñen a tocar las cajas, les meten debajo de los parches las hojas o las tripas. Pronto aprenden también a emborracharse; las viejas soldaderas les enseñan a robarse las gallinas, y de robar volátiles a robar otra cosa, no hay más que un pasito. Al fin de cuentas, ya de muchachones acaban como nosotros, de soldados; soldados veteranos desde que comienzan la carrera, porque ya antes pasaron por todo; ya están curtidos en el cuartel y saben todas las mañas de la tropa vieja; son como los gatos que se aquerencian, no con los que son sus amos, sino con las casas en donde se criaron. ¿Tú crees que a los que así crecieron les importan los golpes y las maltratadas? Ni mella les hacen; si nunca oyeron hablar palabras buenas, ni vieron otra cosa que las cuadras cuarteleras. Les gusta el uniforme; el ruido de la banda y las mochilas; conocen mejor los toques que muchos de los viejos y pueden corregir hasta a los oficiales. Y como son rete águilas, pronto ascienden a clases, y ¡qué clases!; son los peores, los que más maltratan a los reclutas y los que más pegan. El cabo de presos, ese del chirrión que ya te ha aporreado a ti, que se llama el cabo Reynaldo Aguirre,ése es de ésos. Tiene una alma negra y una mano pesada; goza el hombre golpiando a la gente y mentándoles la madre. Es tan duro, tan duro, que ya pronto lo han de ir a hacer sargento; algún día puede que llegue hasta oficial también. Dicen que nació aquí en el cuartel y que nunca llegó a saber, bien a bien, quién fue su padre; su madre rolaba por todo el batallón. Presume de veterano porque cuando apenas tenía unos siete u ocho años le tocó aquella acción del Tomochic, allá en Chihuahua; ¿sabes de eso?

—Nada.

—Pues allá por el año del 93 se sublevaron unos indios chihuahuenses en un pueblo que se llama Tomochic; que dizque había entre ellos una muchacha india que decían que era la Virgen de Cabora y que predicaba a todos ellos que habían de acabar con todas las gentes que no la adoraran. Aquellos indios dicen que eran muy

bravos y muy buenos tiradores; que nomás agarraban la carabina y se la ponían en la cintura, como si tuvieran los ojos en el ombligo, y sin apuntar nunca, no fallaban los tiros; siempre atinaban a la pura cabeza de las gentes. Al grito de ¡Viva la Virgen de Cabora y arriba el Gran Poder! mataron mucha gente pacífica y tuvo que ir la federación a meterlos al orden. Le tocó al Noveno, a este mismo batallón en que ahora estamos, ir a aquella campaña; también fueron unas compañías del Once, que estaban en Sonora. Aquellos doscientos indios bravos casi acabaron con toda la juanada que les echaron.

"El Noveno se acabó. Mataron al teniente coronel Pablo Yépez, a muchos oficiales, y de tropa, ni se diga. Sobraron muchos chacós y dicen que todos los tiros dieron sólo en la cabeza o en el pecho. Nada de heridos; muertos todos. Acabaron por fin con la indiada; no quedó ni uno, pero ellos también casi barrieron con la federación. El cabo Aguirre, cuando está de buenas, cuenta unas cosas de entonces que se queda uno con la boca abierta.

—¿De modo que el Noveno tuvo ya su agarrón?

—Se acabó entonces casi todo y nuestra bandera tiene una porción de agujeritos, de las balas de los indios, desde aquella vez.

—Compañeros, aquí huele a tortilla tostada.

Era Otamendi, el que había sido periodista, que llegó entre nosotros.

—Tú serás el que vienes oliendo; aquí, este nuevo, ni siquiera conoce la yerba.

—¡Cómo!, ¿qué es eso de tortilla tostada? —pregunté yo curioso.

—Es este periodista que ha de querer chupar mariguana.

—Traigo aquí tres cigarros de los buenos, que les saqué a los muchachos de la banda, y si mañana me dan ustedes sus dos reales del haber, les doy uno a cada uno.

—¡Zas! Yo con la pena que tengo, para olvidarla aunque sea un rato nomás, hago el trato contigo. Tú también ¿cómo te llamas? ¿Sifuentes ? Conoce lo que es bueno, ora que hay modo.

—Bueno, probaré de eso a ver si se me borra la carta de mi madre. A falta de vino...

—El vino es nada junto con la yerba. Ora verás.

Se sentó Otamendi a nuestro lado; sacó los tres cigarros del fondo del chacó, prendió un cerillo y a poco las tres brasas brillaban en lo oscuro del rincón de la cuadra.

Yo nunca había fumado más que cigarros de hoja con tabaco del Tigre, pero aquel de papel de estraza y yerba humedecida, no me supo mal.

El oficial de semana, el sargento y el cabo de cuartel estaban muy distraídos jugando a la baraja en la puerta de la cuadra; el soldado cuartelero se ocupaba en remendar un pantalón, sólo nosotros estábamos en el rincón, entretenidos con nuestros recuerdos.

Otamendi tenía la palabra, se conoce que la yerba le soltaba la lengua, parecía un poeta.

—¡Yerbita libertaria!, consuelo del agobiado, del triste y del afligido. Has de ser pariente de la muerte cuando tienes el don de hacer olvidar las miserias de la vida, la tiranía del cuerpo y el malestar del alma... Sacudes la pesadez del tiempo; haces volar y soñar en lo que puede ser el bien supremo. Eres el consuelo del infeliz encarcelado; bálsamo del corazón y de las ideas. Humo blanco que se eleva como la ilusión; música del corazón que canta la canción de la vida del hombre inmensamente libre; libre de los demás hombres, libre del cuerpo, absolutamente libre. ¡Yerbita santa que crea Dios en los campos para alimentar a las almas y elevarlas hasta él! ¡Yerbita que tienes el don de darnos alivio y de hacernos olvidar, quisiera decirte un verso...!

Otamendi seguía hablando, pero su voz ya no llegaba a mis oídos; me había yo vuelto sordo y ciego para las cosas mundanas. Primero fue una especie de estupor, después una ceguera; un zumbido en la cabeza muy fuerte y al ratito algo como si fuera un despertar, pero un despertar muy raro y muy bonito; sin cuerpo y sin ganas de nada, como si todito lo tuviera yo. Andar por el aire sin ruido alguno; volar por encima del cuartel, de los pueblos, al través de las paredes. Y un sol, ¡qué sol! Un sol de todos colores: azul, verde, amarillo, colorado, carmesí. Pajaritos cantadores; música en todas las cosas, sones alegres, canciones. Así ha de ser la gloria, suavecita; de todos colores y de todos sonidos. Ahorita, si me dieran un balazo, si me mataran, ni fuerza me haría: seguir volando, seguir oyendo, seguir mirando, ¿qué puede haber mejor?

¡Y yo que pensaba, tan triste, en mi madre; creyendo que estaba afligida y sufriendo! Está muy feliz, llena de gusto, contenta, bien vestida y llena de salud. ¡Qué bien le ha sentado el cambio de rancho!, ya ni canas tiene; está muy derecha y hasta con sus chapitas coloradas. Compadre, compadre; qué buen cuaco trai asté ora;

aquel coloradito no le sirve a éste ni para el arranque, ¿cuándo vamos a San Pedro a darnos un resbalón con las muchachas? ¿Se acuerda de aquella chata, caderoncita? Viéndolo bien, los gachupines de Lequeitio no eran tan peores; a veces pegaban y eran mal hablados, pero también soltaban la fierrada, cuando se hacía necesario. Don Julián, por cada mentada de madre que echaba a los peones, les soltaba un peso; así hasta ganas dan de ser maltratado. ¡Cuatro o cinco pesos diarios!... ¡ai nomás!

Bonitas gringotas con sus piernas blancas y su pelo güero. Ni falta que les hace la ropa, bien a bien, ¿pa qué sirve la ropa?, nomás pa embrollar a las gentes y para estorbar. Me abrazan con sus brazos, me aprietan con sus piernas blancas y lisitas; ¡qué bien huelen!, ¡qué sabroso besan!... La vida, la vida, la vida es un beso...

¿De dónde serán estas gringas? Yo nunca las había vicentiado antes. ¡Qué cosas hace Dios para nosotros!

El dinero, ¿pa qué sirve?, ¿qué gana el rico con sus pesos? Nada. Junta y junta dinero en el lodazal en que vive, montones de plata que se vuelven humo; humo que se lleva el viento, como el humo de este cigarrito, que siquiera emborracha, y hace ver y oír y sentir como ninguno.

Tengo todo lo que quiero y como todo tengo, no quiero nada.

Parece como si fuera bajando de un globo. Oigo allá abajo la voz de Otamendi, que sigue recitando:

—¡...Indio infeliz!, ¡levántate y golpea! El tirano caerá cuando tu brazo quiera. Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan; mi plumaje es de ésos... Gañán soldado, empuña tu fusil y apunta; apunta a los tiranos. Sacude el yugo, pueblo infeliz, envilecido y hambriento; yérguete y mata. En un charco de sangre, allí estaba tendida; para siempre callada, para siempre dormida... Pueblo: ¿qué le debes a Hidalgo?, ¿qué le debes a Juárez? Nada le debes a nadie, porque sigues sumido en la ignominia. Nada te mereces y por eso nada tienes, ¿qué se puede esperar de un pueblo que le debe su independencia a un cura? De noche cuando pongo mis sienes en la almohada y tu recuerdo vuelve a mi alma a aparecer, camino mucho, mucho, y al fin de la jornada. Ya nunca volveréis, noches de plata...

Bajé de mi globo completamente y me paré en el suelo. Allí estaban enfrente de nosotros el oficial de semana, el sargento, y el mentado cabo Reynaldo Aguirre con su chirrión en la mano.

—Ya se enmariguanaron estos hijos de la tiznada; métales duro cabo.

—Orita verá nomás, mi teniente.

Nos llovían los zurriagazos por el pecho y por la espalda en medio de los insultos del cabo enfurecido.

A punta de golpes nos sacaron hasta el patio a los tres; nos bañaron a cubetazos y nos hicieron tragar, a viva fuerza, una caramañola de agua a cada uno.

—¡Hasta que revienten, alrededor del patio! ¡Paso veloz! ¡Marchen!

Y ahí estamos corre y corre con la lengua de fuera y empapados. Duro con los chirrionazos, duro, duro. Cuando ya íbamos a azotar de cansancio, otra caramañola de agua, como si nos estuviéramos muriendo de sed, y a correr, a correr otra vez por todo el patio, a punta de chicote y de malas razones.

Quién sabe cuántas horas corrimos y quién sabe también cuántos golpes nos dieron esa noche.

Por primera vez en mi vida había probado un cigarro de yerba y había sabido, también, cómo se corta la borrachera a fuerza de agua, de correr y de golpes.

VI

Ya habían pasado dos meses y medio desde que comencé la carrera de las armas y me encontraba en condiciones de dejar de ser un recluta y ser ya un soldado raso, como todos los demás. Sabía manejar el máuser y hasta en dos ocasiones ya me había tocado asistir a los ejercicios de tiro al blanco, por el rumbo de las lomas del Topo Chico. No era ya tan malo; la primera vez, de los cinco cartuchos de la parada, metí dos en el centro y la segunda, logré acertar otros dos.

La instrucción estaba muy fuerte a tardes y mañanas, porque se acercaba el 16 de septiembre del año del Centenario de la Independencia y decían que iba a haber un gran desfile.

Yo y mis otros dos compañeros de leva, aquellos muchachos Jesús y Eulalio Villegas y todos los demás reclutas estábamos ya en condiciones de formar y de hacer todo el servicio. Buenos golpes habíamos recibido de todos los superiores y habíamos soportado también un chorro diario de insolencias. Habíamos

llegado a acostumbrarnos a todo aquello, y recibíamos los golpes con resignación, y oíamos las malas razones como quien oye llover y no se moja. El periodista opinaba que a eso se le dice filosofía. Cuestión de no sulfurarse y de pensar tantito. "¡Tizna a tu madre!", grita un sargento. Digo yo en mi interior: ¿qué culpa tiene mi madre del coraje de este tal?, y además, no porque él ordene una cosa como esa, la vaya cumplir yo. "¡Carbón!", grita enojado un cabo. Y yo me digo: no porque éste me diga eso lo soy yo, pues en tal caso todos lo seríamos en el cuartel, ya que las mujeres que viven entre nosotros rolan entre todos; o lo semos todos, y entonces todos semos iguales, o no lo es ninguno. Las demás malas razones son de menos categoría y casi ni vale la pena pensar en ellas.

Es tan cierto esto que digo, que el mismo cabo Reynaldo Aguirre, que es tan mal hablado, viendo que ya nadie se pica con su palabrería insolente, ha tenido que inventar algo más nuevo y enredado: él no dice nomás: "Tizna a su madre", sino que dice: "Anda y retizna a tu rejijo de un tiznado madre, tal por cual". Hasta bonito se oye la retajila de insolencias; algunos a quienes se las mienta, hasta se ríen en sus meritas barbas.

El chicote es el único que logra conmover a veces.

Si toda la gente que está fuera de los cuarteles pensara como nosotros, el mundo andaría mejor. Si nadie se ofendiera por las habladas, no habría nunca pleitos, ni cuchilladas, ni balazos, ni muertos o heridos en riña. Menos carrascalosos y valientes, y más tranquilidad en la vida. De algo ha de servir el cuartel, aunque sea para pensar tantito y hacer la vida llevadera, como la hacen los burros que no se pican por las malas razones que siempre les están diciendo y que apenas voltean el pescuezo para un lado, cuando les dan un garrotazo. Mala o buena la comparación, los soldados de leva semos igualitos.

Al levantarse la tropa, al toque de "diana" y después de persignarse los que tenían esa costumbre, en lugar de decir: "En el nombre sea de Dios", pensando en las mentadas y en los golpes, decían mejor: "Veinte más por todas las que vengan".

Me tocó hacer la primera fatiga de guardia en prevención. Entramos al servicio, un pelotón completo: el oficial, el sargento segundo, dos cabos y cuatro soldados por cada puesto de centinela.

Yo siempre había tenido curiosidad por saber lo que se decían en secreto los centinelas cuando eran relevados; me parecía como

si estuvieran rezando una oración muy larga; me tocó el turno de aprenderla y guardarla en la memoria; es así:

—Con permiso de usted, mi cabo, recibo el puesto —dice el entrante.

Y el saliente dice:

—Con permiso de usted, mi cabo, entrego mi puesto.

Y luego dice el soldado que entra, muy despacio y con voz queda:

—Mi estimado compañero: delante de mi cabo de cuarto que presente está, le entrego a usted este puesto sin ninguna novedad. Vigilará usted al frente, a derecha y a izquierda. No se dejará relevar si no es con la presencia del cabo de cuarto. Si viere venir tropa armada o pelotón de gente, llamará a la guardia. Si oyere tiros, mirase incendio u observase pendencia, llamará a la guardia. Sólo recibirá usted órdenes del cabo de cuarto o del comandante de la guardia. No podrá sentarse, dormir, comer, beber, fumar, ni hacer cosa alguna que pueda distraerle; sí puede pasearse hasta a diez pasos de este puesto sin dejar de echar ojo para todos lados. Cuando vea venir a los jefes del batallón, al jefe de día o a los capitanes de vigilancia, llamará a la guardia. Hará respetar su persona por encima de todo; el centinela es sagrado y ha de morir en su puesto si llega la ocasión. También hay orden de esto, de lo otro y de lo de más allá. ¡Cualquier cosa nomás, es el rezo de los centinelas!

Todo aquello no era más que una parte de las obligaciones que marcaba la ordenanza que siempre estaba leyendo y repitiendo el sargento de guardia a los soldados de descanso, para que lo tuvieran bien presente.

A las horas de la entrada de las viejas al cuartel, el sargento y los cabos revisaban las canastas y esculcaban a todas para que no metieran el chínguere o la mariguana; ¡buenas aprovechadas que se daban! Eran muy minuciosos en el registro, pero con todo, siempre entraba el contrabando, pues las mujeres y los juanes se daban siempre mañas para meter el licor o la yerba: a veces, eran tripas como chorizos, rellenas de aguardiente o de mezcal, metidas entre los corpiños, en las naguas o entre los pañales de las criaturas de pecho; en otras ocasiones, lo que parecía que era caldo en una olla, no era sino alcohol; la ollita del café era sólo aguardiente pintado de negro y entre las tortillas o entre el pan, iba la yerba.

Supe allí que un chiquillo de siete años que siempre andaba jugando, montado en un carrizo como si fuera un caballito, lo llevaba

relleno de mezcal. Que los de la banda metían la yerba en los pabellones de las cornetas o debajo de los parches de las cajas, cuando volvían de la escoleta; que muchos soldados llevaban la mariguana en el forro del chacó, en el elevador del máuser o en la cartuchera.

Supe todas las triquiñuelas y artimañas de la tropa y de las soldaderas para burlar la vigilancia de la guardia.

Teníamos la obligación de conocer por sus nombres a los jefes del batallón; a todos los oficiales y a las clases de nuestra compañía; pero eran tantos, que unos cuantos podía yo retener en la memoria; aquellos que me caían más bien y de quienes los compañeros me daban buenas referencias, o los que nos molestaban más con sus malos tratos; puede que conociera más a éstos que a los otros.

El coronel, jefe del batallón, era un hombre ya entrado en años; no muy alto, de bigote grueso y entrecano; de apellido Villarreal, y los soldados decían que no era mala gente; que tenía un rancho y unas casas, y que los soldados eran sus peones y sus albañiles cuando le hacía falta. Algunos llegaban a asegurar que no sólo agarraba a la tropa para sus quehaceres, sino que la rentaba también a quien se lo pedía. A mí nunca me tocó ir a ninguna de aquellas fajinas.

El teniente coronel Rodríguez López era un güero de bigotes alacranados y retorcidos con goma, como si fueran de alambre; decían que no se llevaba bien con el coronel y que a cada rato se peleaban por cualquier cosa.

Al mayor, jefe del detall, ya lo había conocido cuando causé alta. Malos hígados y hiel desparramada.

El capitán primero de mi compañía se llamaba Agustín J. Salas. Hombre de unos cuarenta y tantos años; un poco cargado de hombros, medio canoso y muy buena persona. Tenía tres hijos chicos en la escuela y una señora que parecía tan buena como él. A mí me parecía que hubiera estado mejor en una tienda vendiendo algo detrás de un mostrador, que mandando soldados como nosotros. Yo adivinaba que aquella persona sufría cuando tenía que pegar o regañar. Era un hombre cansado, con ganas seguro mejor de reposar en una buena casa, que de estar en el cuartel.

En cambio el capitán segundo, Rogelio Orduñuela, flacucho y medio picado de viruelas, con un bigotito al estilo chino, tenía mala alma, traía del rabo a los oficiales y a los sargentos y no paraba regañando todo el día. Todos le tenían temor y mala voluntad en

la compañía; era del sur de la República y decían que tenía buenas agarraderas en la Secretaría de Guerra.

El teniente de mi sección se llamaba Bruno Gloria y era nativo de mi mismo estado, de Coahuila; de algún pueblo de la orilla del río Bravo. Comenzó por ser oficial reservista y después entró a las filas. Moreno y alto; serio, reposado y de buen corazón hasta donde era posible, en medio de aquel infierno. Su asistente nos contaba que era buenísimo.

El subteniente era otra cosa; había ascendido desde tropa y tenía todas las mañas y los malos modos del cabo Reynaldo; se llamaba Pedro Rodríguez, pero todos los conocíamos con el apoyo de *el Chicote*. Feo como él solo; prieto, bigotón, chaparro y barrigudo. Siempre estaba con una insolencia en la boca y sus ojos colorados decían muy claro que le gustaba el trago a todas horas.

Los sargentos López y Lira y los cabos Astorga, Bañuelos y Perales, todos iguales; cortados por la misma tijera, uniformados con los mismos trapos, con parecidas caras y con iguales modos; imposible diferenciar a uno de los otros. Se entendían todos muy bien y obraban siempre todos ellos de la misma manera.

Los demás oficiales y clases del batallón me parecían todos iguales; uno que otro de los oficiales blanco y güero, la mayoría prietitos; algunos habían salido del Colegio Militar de Chapultepec, otros de Aspirantes; los más viejos eran ascendidos de la clase de tropa. Todos éramos como la maquinaria de un reloj, como ruedas engranadas que se movían a un tiempo sin perder el compás; las ruedas más grandes eran los jefes y los oficiales, las más chicas la tropa.

El Noveno Batallón era uno solo, pero dentro del mismo, la Primera Compañía era rival de la Segunda y los de la Tercera no podían ver a los retaguardias de la Cuarta. Dentro de cada compañía, la primera sección era la buena y siempre estaba de puntas con las otras dos y dentro de cada sección, el primer pelotón tenía siempre pique con el segundo. Todos con malas querencias, unos contra los otros, y todos al mismo tiempo juntos. Atizaban aquellas malas voluntades los mismos oficiales; decían que aquello se llamaba espíritu de pelotón, espíritu de sección, espíritu de compañía o espíritu de batallón, pues los del Noveno considerábamos puro mulaje a los del Veintitrés de Infantería, también de guarnición en la misma plaza.

Llegaron las fiestas patrias. El batallón estaba como navaja de barba, filoso y listo. Todo el día quince nos lo pasamos en el aseo: baño, corte de pelo al rape, embetunada del chacó, de todo el correaje y del calzado; limpieza de las armas; todo bien dispuesto para el desfile del día dieciséis.

A las cuatro de la mañana, tocaron "levante"; a poco rato "rancho", a las cinco el primer toque de marcha, a las seis el segundo y a las siete el último.

Los jefes y los oficiales estrenaban ese día sus uniformes nuevos de estilo alemán; estaban desconocidos y muy fachosos con sus cascos de charol y sus penachos negros; sus charreteras o caponas doradas y sus cinturones y bandoleras del mismo color; una hilera de botones nada más en la guerrera negra, y cuello, marruecos y franjas color rojo chillón. Parecían otros, todos ellos con aquel porte extranjero. ¡Qué diferencia de sus levitas largas hasta las rodillas con dos hileras de botones, kepí achaparrado y su pantalón con dos vivitos rojos! Hasta los chaparritos se veían grandotes con los penachos de cerda negra. Parecían gallos de pelea.

Sólo la pobre tropa seguía con la misma pelambre de siempre; la misma del tiempo del general Santa Anna, del señor Juárez y ahora de don Porfirio Díaz: chacó de cuero negro; vestido azul con vivos colorados y diez botones amarillos aplanados en el chaquetín cruzado. Deberíamos de andar todos iguales; o todos hijos o todos entenados.

Se formó el batallón, se incorporó la bandera y en columna de pelotones, al paso redoblado y al compás de la música, fuimos a formarnos en línea desplegada en la Calzada Unión.

Casi al mismo tiempo que nosotros, llegó también allí a formarse el Veintitrés Batallón. El jefe de ellos era más que el nuestro, era un general, el general Juvencio Robles. Iba marchando bien la primera compañía, la de atrás ya no tanto. Ya sentía el "espíritu de cuerpo" y realmente consideré que estaba mejor en todo el Noveno que el Veintitrés.

Llegaron detrás de ellos los del Quinto Regimiento de Caballería. Los jefes y los oficiales con uniformes también nuevos, iguales a los de infantería pero con sus arreos plateados. Delante iba la banda de trompetas tocando la "marcha dragona", acompañada por su música y atrás los cuatro escuadrones de caballos todos retintos.

Sables relucientes, carabinas a la granadera; ruidos de estribos, relinchos de caballos y peste de estiércol fresco.

Me dio envidia ver a los montados; más me hubiera gustado ser de aquéllos que no sardo de a pie. Después supe que los de caballería no querían a los infantes, que los veían con desprecio y que les decían "patas rajadas"; también me convencí con el tiempo de que no era tan envidiable su situación. Aquéllos, además de todo lo malo nuestro, tenían la monserga del caballo y la montura: dar agua, dar forraje, limpiar al animal y a la montura; darle en todo el primer lugar al caballo antes que a ellos mismos. En la caballería, lo primero eran los animales, lo último las gentes.

También llegaron los de la policía de Monterrey con uniformes nuevos de vivos verdes y con cordones blancos. Esos sí eran reclutones de a tiro. ¡Qué buena falta les hubieran hecho nuestros cabos y sargentos para darles una entrada de golpes y hacerlos marchar bien! Tecolotada dispareja con macanas, pistolas viejas y vivos verdes, ¡puf! Querían presumir marchando, pero, ¿de dónde junto a la federación?

Era un gentío de paisanos en toda la Calzada Unión, admirando a las tropas. Nosotros éramos el punto de vista de todos los ojos, los que más les llamaba la atención. Hubiera yo querido que estuviera allí mi compadre Celedonio, todos los del rancho y la gachupinada de La Laguna.

Un pelotón a pie firme hasta las diez de la mañana; el sol ya calentaba más de la cuenta y las mochilas se encajaban en los hombros.

Por fin, allá en la cabeza de las tropas formadas, tocó el corneta de órdenes un punto de atención.

El general comandante de las fuerzas dio la voz de mando:

—¡Batallones y escuadrones!: ¡Por pelotones a la derecha, para marchar en columna!

Cada corneta de órdenes de los cuerpos repitió el toque de atención y cada coronel repitió también la voz de mando del general.

A poco rato, la voz ejecutiva:

—¡Marchen!

Después el corneta de órdenes mandó "vanguardia de frente y columna de frente al paso redoblado".

Comenzó el desfile.

Calzada Unión, calle de Zaragoza, Plaza Principal. En el balcón central del Palacio de Gobierno estaba el general de división don

Gerónimo Treviño, jefe de la Tercera Zona Militar: un viejito arrugadito ya, lleno de condecoraciones; junto a él, el gobernador del estado, el presidente municipal y una bola de señores vestidos de negro con sombreros de seda relucientes. Todas las calles llenas de gente y de banderas; las campanas de todas las iglesias echadas a vuelo; cohetes en el aire y muchos aplausos.

La juanada contenta, garbosa; redobles de tambores, paso redoblado y "marcha dragona", músicas y espadas, sables y bayonetas brillando con el sol. Día de fiesta para todos, cien años de Independencia y en todas partes retratos del general Porfirio Díaz, cuajado de medallas. Fatiga y cansancio revueltos con alegría y satisfacción.

A la una, al cuartel.

La sociedad de Monterrey había costeado un banquete para la tropa federal: caldo, arroz, mole de guajalote, enchiladas y frijoles. Una cerveza de botella para cada Juan; naranjas, cañas, cacahuates y hasta una buena caja de cigarros de papel, marca Canela Pura.

Día feliz; uno cada Centenario de la Independencia.

La tarde fue de descanso completo; casi todos los oficiales, menos los de servicio, se fueron a la calle; también dejaron salir a muchos cabos y sargentos de los de más confianza. A todas las viejas las dejaron entrar desde el mediodía y les dieron el toque de "media vuelta" hasta después de la "retreta".

Toda la tropa y las mujeres estaban en el patio formando grupitos, platicando y comiéndose, todos contentos y satisfechos, los muchos cacahuates y naranjas que nos habían regalado los de la Junta Patriótica.

Otamendi, Juan Carmona, los muchachos Villegas y yo, teníamos nuestro rancho aparte. Juan Carmona estaba con su mujer, Juanita, y con la criatura de ellos, que ya tenía cerca de unos dos meses de edad.

Todos estábamos contentos; hasta el cabo Reynaldo había dejado su chicote y andaba platicando por allí, en todos los grupos.

—¿Y qué nombre le vas a poner, hermano, a tu criatura?

—Pues si yo me llamo Juan y su madre es Juana, tiene él, por fuerza, que llamarse Juanito.

—¿Cuándo lo vas a bautizar?

—Ai'stá la dificultad. No hay modo de que entre un cura al cuartel ni mucho menos de que yo pueda ir a buscarlo; tendrá que ir la vieja sola a la iglesia o de otro modo que se quede judío hasta

que yo salga y pueda volver a mi tierra, Pachuca, y bautizarlo en la misma iglesia de San Francisco, en que me cristianaron a mí. Aparte del cura, me faltaría también buscar a un compadre.

—¿Quieres que yo sea tu compadre, compañero? —gritó entusiasmado Otamendi.

—¡Con toda mi alma!, ¿quién mejor que tú que eres gente de letras y que un día u otro, cuando salgas de soldado, serás algo en la vida?

—Bueno; pues ahorita mismo hacemos el bautizo. Y mira nomás en qué día va a ser la fiesta; el mero dieciséis de septiembre del año del Centenario de la Independencia de México. ¿Qué tal?

—Bonito día, ¿pero cómo?

—A lo militar, aquí con tantita agua.

—¡Zas!, ¡zas! —gritamos todos.

Uno corrió y se trajo una caramañola llena de agua; otro trajo una vela encendida; yo llevé una cobija.

Todos los que estaban por allí, no muy distantes, que se dieron cuenta de la ocurrencia, se acercaron a nosotros; el cabo Reynaldo también se acercó a inquirir qué era aquel mitote.

Los muchachos Villegas cogieron al niño entre los dos, yo tenía la vela prendida en la mano y Otamendi hacía de cura con la caramañola del agua.

El periodista tomó en serio su papel.

—Compatriotas, compañeros de infortunio, hermanos de armas: Hay aquí un niño que tuvo la desgracia de venir al mundo; son culpables convictos y confesos de este delito, el soldado Juan Carmona y la soldadera Juana Torres; nadie los puede castigar por lo que hicieron, dándole vida a un ser predestinado al sufrimiento, sólo su conciencia será la que los llame a cuentas allá en lo más hondo de su ser. Ha sido costumbre que un sacerdote eche el agua bautismal a los infantes y les imponga el nombre que han de llevar a cuestas en la vida; no siéndonos posible asistir a una iglesia, ni que esté entre nosotros un oficiante, invoquemos en este día inolvidable la memoria de aquel anciano cura que dio, hace cien años justos, el Grito de Independencia, en Dolores, Guanajuato; que su espíritu descienda hasta nosotros, pobres soldados mexicanos reclutados de leva, y que por mi despreciable conducto se pose en la cabeza de este infante; de esta criatura inocente, nacida en mala hora, y que me inspire estas palabras finales.

"En nombre de la nación mexicana, que quise yo hacer libre e independiente, sin que hasta ahora todavía logre serlo, yo te bautizo, compatriota recién llegado, nacido entre la tropa del Noveno Batallón de infantería. Eres de la juanada y Juan te has de llamar. Si llegas a ser hombre cabal, procura ser libre, y si tus manos empuñan un fusil, que no sea para matar a tus hermanos en defensa de tiranos; que sólo sepa dispararse contra el enemigo extranjero que se atreva a hollar tu suelo patrio; ten presente, que piensa la patria, que un soldado en cada hijo le dio. Amén".

A algunas mujeres se les salían las lágrimas; los hombres estaban serios; parecía como si todos nos sintiéramos responsables de aquella criatura.

Uno de los de la banda que tenía su corneta en la mano, se puso a tocar de pronto, con toda su alma, "diana de combate".

Hubo gritos de entusiasmo, risas y abrazos para los compadres.

Carmona, emocionado, rodándosele una lágrima en la cara, les dijo a todos:

—Compañeros: aquí, por derecho, de ahora para adelante, Otamendi es mi compadre, pero yo aquí, delante de Dios que nos mira y de nuestro padre Hidalgo, digo que este niño es también ahijado de todos mis compañeros de armas; todos ustedes son mis compadres de aquí para adelante.

Más gritos, más dianas y más abrazos.

El cabo Reynaldo se puso a platicar con Otamendi.

—Por ahí andan diciendo que ha salido un tal Madero; quiere ser presidente de la República y tumbar a don Porfirio.

—No me diga, ¿de veras?

—Eso dicen; falta que sea cierto; no creo yo que haya ninguno que pueda con el viejo. Ha de estar loco ese Madero, si es que es cierto lo que cuentan.

—Hace falta valor.

—Eso no es valor, eso es pura tarugada y ganas de morirse pronto.

—¡Algún día tenía que ser!

—¿Qué?

—No, nada.

Juanita me dijo:

—Y usted, compadre Sifuentes, ¿no piensa enredarse con alguna mujer?

—¿Yo?, ¡pero si todas tienen a su hombre!

—Ya le enseñaré por ahí a alguna.

—Pues mire; la verdad yo creo que ni falta hace en el relajo que veo aquí todas las noches.

—Claro que lo hay; ni quien diga otra cosa, pero no todas semos iguales.

—¡Ah!, pues si yo encontrara a alguna como usted; pero igualita a usted, de modo de ser, de cuerpo y de carita…

Y me puse a considerar el vuelo que se daría Carmona con su chaparrita apiñonada.

VII

Con las fiestas de septiembre pasó lo más duro de la instrucción; ya no eran tantas las marchas de formación en pelotones, secciones y compañías. Del orden cerrado pasamos al orden disperso, como decían que se llamaban los ejercicios de combate. Me gustó más esta parte de la instrucción que la primera; eran menos las regañadas aunque a veces era mayor la fatiga, pues casi todos los movimientos eran al paso veloz.

Los llanos cercanos al Topo Chico se prestaban muy bien para los ejercicios; daba gusto ver a todo el batallón desparramado en tiradores con sus sostenes y con sus reservas; parecía de veras que fuéramos a entrar en combate real.

Cuando maniobraba todo el cuerpo, el teniente coronel llevaba el mando, pero más bien los ejercicios se hacían por compañías, bajo el mando, cada una, de su capitán primero. Todo se hacía al toque de corneta.

Casi siempre era lo mismo: íbamos marchando por el flanco, es decir de a cuatro en fondo, y de allí pasábamos a formar en línea desplegada; el corneta de órdenes tocaba "línea de columnas de compañía" y en cada una de ellas se formaban las tres secciones, una detrás de la otra. Después venía siempre el toque de "atención, fajina y marcha", que quería decir: orden de combate al frente. Las primeras secciones de las compañías avanzaban abriéndose en

cadena de tiradores, las segundas secciones se agrupaban en las alas como sostenes y las terceras quedaban como reservas.

El corneta de órdenes iba llamando a cada uno de los tres elementos, con un toque de atención para la cadena de tiradores, dos toques de atención para los sostenes y tres para las reservas.

La cadena avanzaba casi siempre haciendo fuego simulado, al toque de fuego: "...¡Tuturú, tuturú, tuturú!...". Los marrazos guardados en sus vainas y cada soldado simulando que cargaba, apuntaba y disparaba al enemigo que estaría por allá, en las lomitas del rumbo de San Nicolás de los Garza.

Después, pecho a tierra; fuego a discreción. Los sostenes que avancen a reforzar la cadena, a cubrir las bajas que ya pueda haber. La reserva que avance también a reforzar la cadena. Que avance toda la línea al frente por escalones: las primeras secciones avanzan un tramo al paso veloz y se tienden pecho a tierra; las segundas también avanzan y rebasan a las primeras y después las terceras siguen avanzando y rebasando a las demás. Cada sección, pecho a tierra, no deja de hacer fuego hasta que los demás compañeros avancen y a su vez sostienen a los demás.

El enemigo ya debía de estar casi derrotado con tanto avance y tanto fuego; una carga a la bayoneta y se acabó.

—¡Reunión!

—¡Armen... armas!

Toda la banda de guerra tocaba "ataque" y los oficiales gritaban:

—¡A ellos!

En estos casos cada soldado tenía libertad de gritar lo que quisiera y había que oír a la juanada llena de gusto, echando maldiciones y corriendo todos desaforados, para acabar a cuchilladas de marrazo con el enemigo.

Otras veces nos ejercitábamos también para la derrota: la cadena de tiradores cambiando de frente; los sostenes reforzando a la cadena y las reservas cubriendo las alas del combate. Después, suponiendo que el combate era muy fuerte, se emprendía la retirada por escalones, protegiéndose unos a otros. Cuando ya se suponía muy perdida la acción, se formaban los cuadros contra la caballería: adentro del cuadro, los jefes, los oficiales, la banda y la impedimenta, y los cuatro lados cubiertos por la tropa apiñada en dos filas con los fusiles armados de marrazos y listos para defendernos a la bayoneta de los sablazos de la caballería.

Siempre resultaban muy entretenidos estos ejercicios de combate, que les decían "de orden disperso". Todo al toque de corneta; toques combinados que eran en número de treinta y cinco, esto nada más para las maniobras de combate, pues todos los toques de corneta del Regimiento llegaban hasta sesenta y nueve, sin contar dieciséis toques diferentes del tambor y diez toques más que podían los jefes y oficiales dar con el silbato. Sólo los de la banda o la tropa muy viejos tenían en la cabeza tanta música.

A las pocas semanas estábamos retruchas, todos los nuevos, en los ejercicios de combate.

Como para terminar toda la instrucción, nos hacían hacer, también por compañías, cada una al mando de su capitán, ejercicios de la esgrima del marrazo, que resultaban también muy entretenidos. La tropa quedaba formada en cuatro filas espaciadas de manera que cada soldado pudiera hacer sus movimientos sin estorbar al compañero de junto. Todos en guardia, con las piernas abiertas y el fusil armado, embrazado con las dos manos. Todo era a la voz de mando y los movimientos que se ejecutaban resultaban parejitos, como si fuera un solo hombre y no ciento cincuenta los que los estaban haciendo.

—¡En guardia!

—¡Doble paso al frente y golpe libre! ¡Marchen! Al mismo tiempo dábamos todos los pasos cortos al frente y aventábamos la cuchillada con el fusil.

—¡Protejan la cabeza!

Todos los fusiles quedaban levantados con las dos manos, encima de los chacós.

—¡Parada a la izquierda! ¡Parada a la derecha!

A veces, cuando ya estábamos muy diestros, el capitán mandaba una retahila de órdenes seguiditas, que había que retenerlas todas en la cabeza y hacer todo cuanto pedía, en su debido orden. Decía por ejemplo:

—¡Un paso al frente y golpe; parada a la derecha; un paso a la izquierda; protejan la cabeza y doble paso al frente y golpe libre! ¡Marchen!

O si no:

—¡Doble paso a retaguardia y golpe; parada baja a la izquierda; parada a la derecha y golpe. Frente a retaguardia; protejan la cabeza y doble paso al frente y golpe libre! ¡Marchen!

Con la práctica salía todo redondito; toda la gente que nos veía hacer instrucción se entusiasmaba y ya mero hasta nos aplaudía. Sólo Otamendi, que siempre andaba refunfuñando, nos decía cuando llegábamos al cuartel:

—Todo eso son puras tarugadas. El día que lleguemos a entrar a un combate, no va a haber ningún oficial que a la hora de la hora ande allí entre la trifulca mandando: doble paso al frente y golpe libre o protejan la cabeza. Cada uno tirará por donde pueda y se protegerá la cabeza, o lo que pueda, como Dios le dé a entender.

Todos los que le oíamos pensábamos que aquello era muy cierto: las marchas, los tiradores y el tiro al blanco, eso sí era efectivo de veras.

En el cuartel seguíamos con nuestra vida acostumbrada, pero parece que afuera las cosas se ponían mal. El chaparro Madero seguía con su cuento de hacerle contra a don Porfirio; primero lo juzgaron loco, pero después parece que siempre le tenían algún recelo, pues lo metieron preso en San Luis Potosí, y de allí logró pelárseles y pasó el río Bravo, metiéndose en los Estados Unidos. Las cosas se iban poniendo color de hormiga; una vez que salimos francos a la calle, custodiados como era costumbre por los oficiales y por las clases, nos dieron unos chiquillos unos papeles de propaganda y en varias ocasiones aventaron pedradas al interior del cuartel, envueltas con papeles de imprenta; los oficiales y los sargentos no se daban abasto en recogernos todo aquel papelerío, pero algunos de ellos siempre se quedaron entre la tropa.

Otamendi era el que más se interesaba por todo aquello y a veces iba a juntarse con nosotros, con Carmona, con los muchachos Villegas y conmigo, a platicar sobre aquel negocio.

—Yo estoy segurísimo de que va a haber carbonazos —nos decía—; ese chaparro Madero va a armar la bola.

—¿Pero qué tamaño va a tener ese hombre para pararle bola al general don Porfirio Díaz?

—El cuerpo es lo de menos; lo que hace falta son tompiates y parece que él los tiene.

—Bueno, ¿pero qué pelea?, ¿qué quiere?

—¿Cómo que qué quiere? Que haya cambio de presidente, que ya basta del mismo. Treinta años del mismo mandón, ya hace falta otro.

—¿Y qué más nos da uno que otro? ¿Cómo va a ser posible que se le pare enfrente uno cualquiera a un general tan ameritado y tan lleno de condecoraciones como el viejo don Porfirio?

—Pues por lo mismo; porque ya está viejo y ya hace falta otro. Hace falta que el sufragio sea efectivo y que ya no haya reelección; que repartan tierras, que ya no haya tanto pobre.

—¡Hum!; eso nunca lo ha sido ni lo será.

—Estos papeles que reparten dicen que va a haber revolución; el día menos pensado comienzan los trancazos; ya lo verán, compañeros. Ése va a ser mi día; mis anhelos desde 1906 se van a realizar. Todo lo que yo decía en mi periódico se ha de realizar. Ése será mi día. El pueblo entero se levantará contra el tirano, las tropas que él cree que son suyas, irán en contra de él. Se derrumbará el castillo de su poderío y nacerá la democracia.

—Tú estás tan loco como Madero, compadre —le contestaba Carmona—, la juanada le tiene miedo a la pena de muerte; admira a don Porfirio cuajado de medallas y no espera nada de nadie. ¿Tú crees que toda esa indiada de la tercera y de la cuarta compañías, que apenas saben hablar en nuestro idioma, son capaces de pensar en algo más que en el rancho y en sus viejas? Esos no entienden de nada ni les importa nada. Si les llegan a dar a más del rancho, un buen trago de mezcal, son capaces de morirse en la raya matando a los otros indios que se atrevan a sublevarse. ¿Tú crees que los que ya son clases y que ya están mejor, van a perder sus cintas coloradas porque sí nomás? ¿Y los jefes y los oficiales, a poco van a dejar su carrera nomás porque los convide un cualquiera, que ni siquiera es general? ¿Y los ricos van a exponer su dinero y su bienestar y los pobres sus familias? No, compadre; el que se levante aquí, fracasa como fracasaron los Flores Magón en Las Vacas y en Viesca. Aquí en México no hay más tompiates que los de don Porfirio, con sus diez mil bayonetas.

—Así es la apariencia, pero no puedes llegar a leer en el fondo del alma de los de abajo, de los del verdadero pueblo que sufre.

—¿A poco yo soy, pues, de la aristocracia?

—Tú eres un infeliz esclavizado que primero fue un indolente y después un buey uncido; como tú habrá muchos, pueden llegar tal vez a los diez mil que tú mencionas, pero contra esos diez mil castrados, hay varios millones de hombres adormecidos que algún día han de despertar por su propia conveniencia. Son como animales

mansos, inofensivos, mientras están dormidos, pero leones de pelea cuando se les despierta. No hace falta ser un general para despertar a un rebaño; un niño de buena voluntad y con buen modo, lo puede hacer muy bien.

—Una criatura puede desatar a un perro bravo para "cuchiliárselo" a alguien, pero puede suceder que el mismo perro lo muerda a él primero, y que el otro, más listo, le meta una bala al animal y lo deje allí mismo tirado.

—Es posible que el perro muerda al niño, pero ten la seguridad que el animal libertado primero se va sobre el que lo amarró.

—Pero el que lo amarró, por algo lo hizo; seguramente porque era bravo y perjuicioso. Por algo lo tiene apergollado, porque ya lo conoce.

—¿Es decir que entonces, el que nació perro tiene que soportar constantemente a sus verdugos? No; todos los hombres somos iguales; todos somos hijos de Dios y todos tenemos derecho a la vida. Los mismos animales, los verdaderos animales, un día llegará en que se revuelvan justicieramente contra nosotros los hombres; un día llegará en que digan: ya basta de esa mentida superioridad del género humano. "¿Por qué hemos de ser siempre nosotros el alimento del hombre ?", dirán los borregos y los bueyes, las vacas y las aves de corral. "¿Por qué hemos de ser nosotros los guardianes del hombre?", dirán los perros. Y los caballos, las mulas y los burros protestarán por ser bestias de carga; y embestirán todos a topes, a mordidas, a picotazos o a coces a los hombres y se irán al monte a ser libres, como los otros animales que tuvieron la entereza de no dejarse dominar por los enanos de dos patas.

—Se irán al monte, está bueno, a sacudirse el yugo del hombre, ¿pero allí van a ser libres de veras? ¿De dónde? Allí en el monte van a comerse unos a otros para poder vivir; el perro no va a comer yerbas, ni el gato va a dejar de comer ratones. Allí en el monte sigue la matanza y puede que les vaya peor allá, que encadenados como estaban cerca del hombre.

—No te ofendas compadre, pero hablas como si fueras de veras un buey; es decir, como si estuvieras castrado, como si no tuvieras hijo ni mujer y como si tu misión sobre la tierra fuera nomás comer y trabajar. No te atreves a sacudir la coyunda y a ver más allá de la labor, más allá del cuartel en que te tienen encerrado. Si tienes una

cabeza aunque sea pelada al rape, no es sólo para que te pongas un chacó, y si tienes un arma no es para defender a un tirano, sino para conseguir tu libertad. Piensa tantito, no ya para ti mismo, sino para los demás, para tu hijo, para tu vieja, para los que han tenido todavía la suerte de no caer de leva, pero que viven de idéntica manera a todos nosotros. El hombre no nada más ha de recibir, también tiene que dar lo que pueda y lo que tenga, y si no tiene nada, puede dar aunque sea su sangre y su vida para los demás.

—Compadre, acuérdate de la ordenanza; acuérdate de las leyes penales: pena de muerte y pena de muerte para todo. El día que metas la pata, te fusilamos tus mismos compañeros, si nos lo mandan los que pueden; lo sentiremos mucho, pero la vida es como es y no la tuerce cualquiera. Eres un eslabón de la cadena y no te vas a poder zafar de ella, tenlo por seguro.

—Me zafaré llegada la ocasión, tenlo por seguro. Soy un eslabón rebelde y mal unido que no encaja en este afianzamiento.

Yo y mis compañeros pensábamos en aquellas pláticas y encontrábamos que era aquello una balanza muy pareja, en que se volvía loco el fiel y en que los dos platillos parecían tener el mismo peso.

Mientras tanto, el cabo Reynaldo seguía golpeando o insultando; los oficiales seguían cintareando y el sargento Gutiérrez, en fuerza de buscar palabras duras, hasta había inventado una maldición muy enredada que decía: "Vayan y retiznen a su rejijo de un tiznado madre".

VIII

El día 20 de noviembre estalló la bola formal. Ya desde el día 18 decían que había habido en Puebla una trifulca en que unos pronunciados maderistas, encabezados por un Aquiles Serdán, habían resistido a las fuerzas federales y a la policía matando a mucha gente. Sofocaron aquel motín, pero en Ciudad Guerrero, Chihuahua, y en Gómez Palacio, cerca de Torreón, salieron otros rebeldes atacando a los del gobierno al grito de 2¡Viva Madero!".

En el cuartel todo era barullo entre los jefes y los oficiales; caras pálidas y pláticas acaloradas leyendo los periódicos. Los de tropa nomás los veíamos y nos dábamos cuenta de que la cosa se ponía color de hormiga y pensábamos que se acercaba una zurra de golpes

en los que seguramente iban a sobrar muchos chacós. El servicio de vigilancia se redobló y todos los superiores se pusieron más pesados de como ya lo eran.

A los dos días llegó la orden de marcha: todo el Noveno Batallón salía para Torreón, dos compañías del Veintitrés se iban también hasta Chihuahua y el regimiento de caballería iba a repartirse en destacamentos en los pueblos cercanos.

Toda una noche trajinamos las fajinas acarreando la impedimenta del cuartel a los carros del tren en la estación; los asistentes estuvieron también llevando las chivas de sus oficiales y todo el viejerío andaba alborotado previniéndose con bastimento para llevarles a sus juanes "la de adentro".

Nos municionaron a ciento veinte cartuchos por plaza, dándonos una carrillera además de la cartuchera y a las seis de la mañana, sin hacer mucho ruido, fuimos desfilando del cuartel por compañías a tomar acomodo en los carros de segunda de los trenes preparados.

En poco rato quedamos embarcados los del Noveno y los del Veintitres en los tres largos trenes. Cada coche con sus centinelas en las puertas y sus oficiales de guardia, y en un carro de primera los jefes y los capitanes acompañados de sus familias. Las soldaderas iban con sus hombres y hasta los perritos de los pelotones iban también allí. Cada carro tenía la semejanza de una lata de sardinas por lo apretados que íbamos, pero también como si al mismo tiempo aquella lata estuviera en descomposición, por lo mal que olía; peste de sudor de sobacos, de pies, de correajes, de ventosidades, de eructos y ruidos del traquetear del tren; revuelto con maldiciones, con risotadas, con llantos de chiquillos y con ladridos de perros. Aquélla era la fuerza del gobierno que iba a sofocar a los revoltosos.

Íbamos juntos, como siempre, los de la misma escuadra: el cabo Pánfilo Ruiz que nos mandaba, y Otamendi, Carmona, los muchachos Villegas, un indio de Oaxaca que le decían Calequi, y yo. Junto con Carmona iba mi comadre Juanita y al chamaco lo llevaban acostado entre ellos dos.

Junto a mi asiento iba parada una vieja no tan pior que yo no había visto antes. Iba recargada de a tiro junto a mí y en cada golpe del tren, se me acomodaba más; acabó por sentarse en mis rodillas.

—¡Vaya!, así sí estará cómoda; como si fuera en asiento de primera, con cojín de pana, blandito y todo.

—¿A poco se creasté muy blandito? Puros huesos y nervios.

—Pero forraditos con carne sabrosa.

—¡A poco!…

—¡Pos luego! Ya tendrá usté ocasión de probarla.

—A mí no me gusta probar. O me dan todo o nada.

—¡Ah!, pues todo; para qué batallamos.

—¿Y si se pone de fierros malos mi viejo?

—¿Cuál viejo?

—El sargento con quien vivo.

—¡Ah, canijo! Yo con sargentos no quiero enredos, mejor levántese y no me esté ai nomás calentando.

—No tenga miedo, mi sargento no es del Noveno, es del Veintitrés.

—¿Y entonces usté qué anda haciendo aquí?

—Me equivoqué de tren. Bueno, no es que me haiga equivocado, sino que yo no tengo ganas de ir a Chihuahua y me quiero mejor quedar en Torreón nomás. Los del Veintitrés se van a ir derechito a Chihuahua y ustedes los del Noveno se van a quedar allí, en Torreón.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo una palomita que me lo cuenta todo. Por eso vine a dar aquí, conque aprovéchese, ora que hay modo.

—Ándale compadre, no te rajes —me dijo Carmona.

—Ai tiene lo que necesita —me dijo Juanita.

—Agárrale la palabra —dijo Otamendi—, y así tendremos mujer los que estamos solteros. Teniendo mujer tú, tenemos los demás, porque mi comadre Juana no cuenta, porque ella tiene su chamaco a quien cuidar.

—Conmigo tampoco cuentan, yo soy fiel a un solo hombre.

—Yo no quiero decir más que siendo usted mujer de Sifuentes, nos podrá convidar lo que consiga de comer.

—¡Ah!, eso sí, porque si es por otro lado, no hay nada.

Yo la estaba mirando y tentando, y me pareció muy pasaderita. Carne dura, güerejilla, con una cicatriz en la boca, como si siempre se estuviera riendo, y un poco chata. Además, había de tener ya mucha experiencia en la vida militar.

—¿Cómo te llamas, Chata?

—Micaela Chávez, ¿y tú?

—Espiridión Sifuentes.

—¿Arreglados?

—Arreglados.

—Venga esa mano.

—Ai está.

Matrimonio arreglado a lo puro militar.

Carmona le hacía cariños a su chamaco que iba dormido. Otamendi trataba de platicar con el indio Calequi y apenas se entendían.

—¿Por qué te dicen a ti Calequi?

—¿Qué?

—¿Que por qué te dicen Calequi?

—¡Quén sabe!

—¿De dónde eres?

—De un rancho.

—¿Qué tan grande?

—Chiquito nomás.

—¿Tú qué clase de indio eres?

—Yo no soy indio, no seas hablador.

—¿Pues entonces?

—Soy de la sierra de Ixtlán, estado de Oaxaca, de la merita miel en penca.

—Eres de la tierra de Juárez.

—¿Cuál Juárez?

—Don Benito.

—No lo conozco.

—¿Cómo se dice en indio "qué bruto eres"?

—¿No te digo que no soy indio?

—Entonces qué, ¿eres español?

—Soy nomás tu padre, pa que te lo sepas, tal.

—No, no; no te salgas por la tangente.

—¿Qué gente?

—¡No te digo!, eres un animal.

—Ya te dije que soy tu padre.

—Nomás eso sabes decir.

—Y tú nomás sabes preguntar. Pregunta y pregunta como si fueras cabo, como si fueras sargento, como si fueras coronel.

Los muchachos Villegas se reían. Otamendi, aburrido, comenzó a bostezar y Calequi seguía refunfuñando.

—Éste nomás sabe preguntar; pregunta y pregunta y pregunta, nada sabe y todo lo pregunta.

Los trenes llevaban vía libre; había prisa por llegar al destino. Pasaban los postes del telégrafo, los árboles y los cerros; de los jacales y de las estaciones salían las gentes curiosas y miraban llenas de asombro a los convoyes militares, haciéndose seguramente miles de conjeturas.

Al mediodía se detuvieron las máquinas en Paredón, para tomar agua y carbón. Nos bajaron a todos y nos formaron para repartir el rancho: dos pambazos, un chicharrón de chivo de los que les dicen en el norte "de matanza" y un cucharón de café ralo. A la media hora seguimos el viaje por el camino desierto, lleno de polvo y de calor. Otra vez las estaciones que antes recorrí, cuando me llevaron de San Pedro de las Colonias a Monterrey, maniatado, a causar alta en el Noveno; entonces iba apesadumbrado, lleno de pena y ahora me sentía yo otro, a pesar de que seguramente nos llevaban a la muerte, a matar gente o a buscar un balazo.

Con el traqueteo del tren y con el bochorno del amontonamiento de gente, la vieja se me había dormido, recostada en mi pecho. Casi todos bostezaban de aburrimiento.

El cabo Pánfilo Ruiz era ahora el que tenía la voz de la conversación en la escuadra; le oíamos como quien oye llover, puede que allá en su interior se arrepintiera de los golpes que nos había dado en el cuartel y como si quisiera congratularse con nosotros por remordimiento de conciencia o por temor a una bala nuestra en la primera trifulca.

—Dicen que esos pronunciados andan al grito de ¡Viva Madero y mueran los mochos, mueran los Pelones! Pelones está bien porque así nos han dejado, pero mochos, ¿de dónde? A ninguno nos falla nada, ni un brazo, ni una pata. Yo no sabía de dónde encontraban eso de mochos, hasta ayer que oía que contaba el teniente Gloria que eso viene de que no traemos sombrero sino chacó, y que el chacó no es otra cosa que un sombrero mocho, al que le cortaron la copa y lo dejaron chato, y le cortaron también la falda por detrás y nomás le dejaron una viserita por delante.

Otamendi, bromeador, le preguntó al cabo:

—Oiga usted mi cabo. ¿Por qué a usted cuando está de guardia, le dicen cabo de cuarto?

—Hombre, pues porque es un cuarto.

—Un cuarto de qué, ¿un cuarto de cabo?

—No; un cuarto de día.

—¿Y los jefes de día por qué andan de noche?

Calequi encontró el modo de meter su baza y salir con su canción.

—No te digo que tú no sabes nada y nomás estás pregunta y pregunta.

—Cuando tú seas clase —continuaba Pánfilo Ruiz— ya verás las cosas de otro modo diferente a como las ves de soldado; a veces tiene uno la necesidad de dar un manazo o echar una mala razón, pero es porque eso hace falta para la disciplina. Tú eres hombre inteligente y pronto has de ascender.

—¿Pero usted cree que yo pueda ser cabo?

—Hasta sargento.

—¿Usted cree que yo pueda pegarle a un hombre, así como acostumbran hacerlo las clases?

—Es porque hace falta la disciplina y también para desquitarse con alguien de lo que antes se recibió. ¿No te gustaría mejor pegar en lugar de que te pegaran?

—Me gustaría ser algo más que eso.

—¿A poco quisieras ser oficial?

—Más todavía: quisiera ser libre.

—El que es pobre nunca es libre; son puros cuentos eso de la libertad, pero en fin, si tú eso piensas, te voy a dar nomás un consejo y tenlo muy presente: procura ser libre por el buen camino; cumpliendo el tiempo de tu enganche o buscando un relevo, no se te vaya a ocurrir la deserción y menos ahora que estamos en tiempo de guerra, acuérdate siempre de las leyes penales que son muy duras.

—¿Y no cree usted que la mejor libertad también pudiera ser la muerte?

—Déjate de cuentos de periódicos y libros; los difuntos son los difuntos y nomás.

Comenzaba a atardecer y en la otra punta del carro unos compañeros empezaron a cantar el corrido, aquel de "Juan soldado".

> De edad de quince años me agarran de leva
> y me hacen soldado del Quince de Puebla...

A las seis de la tarde llegamos a Torreón. Nuestros trenes se pararon enfrente del Hotel de los Chinos y nos hicieron bajar y formar

a todos los del Noveno; el tren del Veintitrés siguió su viaje para Chihuahua.

Desfilamos por las calles en columna de viaje desde la estación hasta el cuartel del barrio de la Paloma Azul; las calles estaban llenas de gente viéndonos marchar; nos esperaban las autoridades y el jefe de las armas de la plaza, teniente coronel Enrique Sardaneta, que hacía dos días se había agarrado a balazos con los revoltosos en Gómez Palacio. Apenas entramos al cuartel, nuestra música se fue a dar serenata a la Plaza de Armas y los oficiales que no estaban de servicio se fueron a parrandear a la casa de la mentada María Ortega.

Allí en el cuartel había unos cuantos compañeros del Octavo Regimiento de Caballería, que había tomado parte en la acción del día 21 y nos contaron cómo fueron las cosas: en la madrugada de ese día unos cincuenta rebeldes, al grito de ¡Viva Madero!, habían dado el golpe en Gómez Palacio atacando y tomando el cuartel de la policía de allí; habían matado al comandante y a algunos policías y rurales. Muy tempranito, apenas lo supieron, salieron los federales de Torreón a atacar a los rebeldes; eran apenas veinte hombres del Octavo Regimiento, al mando del teniente Juan Zorrilla Guerrero y veinte del destacamento del Veintitrés Batallón a las órdenes del capitán primero Arnulfo Ortiz. Se dieron su agarrón y los rebeldes se fueron en corrida por toda la alameda del camino por donde iban antes los tranvías de mulitas; dejaron seis muertos en el campo y mataron a dos rurales de la federación, uno de ellos oficial y también hirieron a dos cabos del Octavo y a un rural más.

Los pronunciados eran gente conocida de por allí: Jesús Agustín Castro, inspector de los tranvías de Torreón a Lerdo; Orestes Pereyra hojalatero de Torreón; Martín Triana, carnicero de los ranchos; Sixto Ugalde, mayordomo de por allí de las haciendas algodoneras; Mariano y Manuel López Ortiz, Gregorio García, Adame Macías, los hijos de Pereyra y unos treinta o cuarenta más. Después de la trifulca se remontaron al cerro y ya andaban detrás de ellos los del Octavo de Caballería y los del Quinto de Rurales.

Nosotros seguramente íbamos a salir pronto para Chihuahua en donde andaba un tal Pascual Orozco, o para Durango en donde también decían que había pronunciados. El asunto comenzaba apenas, con brotes en varias partes al mismo tiempo.

El servicio se hizo riguroso y mandaron avanzadas a las orillas del pueblo. Me tocó la suerte de quedarme en el cuartel, sin ningún servicio, y pude celebrar a gusto mi primera noche de bodas.

La Chata Micaela me salió buena. Mejoró "la de adentro"; ya no era nomás el rancho malo del cuartel lo que yo saboreaba; ella se daba habilidad con los tres reales para conseguirse buenas cosas en la calle; la canasta siempre la traía con guisitos sabrosos y de cuando en cuando metía un trago de vino bien escondido entre el jarro del caldo o en alguna tripa entre sus enaguas. Tenía mucha experiencia en la vida del cuartel y en la calle siempre andaba por ahí husmeando noticias de lo que pasaba afuera. Otamendi le había puesto por sobrenombre *La Prensa*, dizque porque así se denomina a los periódicos de las noticias diarias. Era ella todo lo contrario de mi comadre Juana, la de Carmona, que nomás estaba dedicada a su hijo y a su hombre. La mía se conoce que había ya rolado mucho, en muchos cuerpos y con muchos hombres. Por ella supimos muchas cosas de las que estaban pasando afuera del cuartel y hasta de la vida de los jefes y de los oficiales, que hasta entonces ignoraba por lo menos yo. Siempre que llegaba al cuartel la acorralábamos a preguntas, sobre todo Otamendi, que era el que más curiosidad tenía por saber cómo andaban las cosas.

—Parece que donde de veras anda la cosa fea es por Chihuahua; han salido muchos pronunciados y el primer golpe se lo dieron a un destacamento del Tercero de Caballería, en un punto que se llama Guerrero; dicen que se los acabaron y que a dos compañías del Doce Batallón, que las mandaron de auxilio desde Chihuahua, que cayeron en un emboscada en un lugar que le nombran San Andrés, en donde mataron al teniente coronel Pablo Yépez, y que a los que quedaron les dieron el mate en otro punto que le dicen Pedernales. Están mandando muchas tropas para Chihuahua; casi no hay día que no pasen trenes militares por la estación, con rumbo al norte. El segundo cuadro de regimiento, que estaba en Cuencamé, pasó antes de ayer; el Trece Regimiento de Caballería del coronel Trucy Aubert pasó ayer todo completo, apenas se detuvieron para darle agua a la caballada; orita mismo en la mañana acaban de pasar los trenes del Veinte Batallón que viene al mando del general Navarro, de México; llevan hasta cañones de montaña.

—¿Y tú cómo le haces, Chata, para enterarte de tanto?

—Me pongo changa; nomás me ando por ai por la estación husmeando y preguntándoles a los ferrocarrileros, que son los que más saben; les digo que tengo a mi viejo en Chihuahua y que ando viendo el modo de irme con él, y me lo cuentan todo. Uno me dice tantito, otro más y así me informo de todo.

—Y de nosotros, del Noveno, ¿qué has sabido?

—Estoy casi segura que de un rato a otro mandan lo menos la mitad del batallón también para Chihuahua, de modo que si a ti te toca, no cuentes conmigo; yo no me voy de aquí porque Chihuahua "me cai muy gorda"; bastante me malpasé cuando anduve en el Doce. Tendrás que buscarte otra por ai. Dicen que viene de México un general Lojero a hacerse cargo de esta plaza, que es uno de los viejos compañeros de don Porfirio. Por aquí no hay nada; los revoltosos de Gómez Palacio se fueron pal monte y ni quien los encuentre con pesar de toda la gente que no quiere a los mochos, sin pensar que los mochos les tenemos que dar en la madre a todos cuantos salgan. Después de todo es bonito que aiga trancazos, siquiera así se sacude la modorra y se cambia de aires; ya estaba yo harta de pura instrucción y de encierro. ¡Ahora es cuando, Pelones, le han de dar sabor al caldo!

Se entusiasmaba la vieja y después seguía diciendo:

—A mí el que me da lástima es el capitán primero de la compañía, el capitán Salas; ¡parece tan buena gente! Ai anda el pobre asistente cargando con el colchón de la familia, casa por casa, buscando acomodo barato para que alcance el sueldo del capitán para pagar la casa y comida para él, su señora y sus dos criaturas. ¡Y con la mala voluntad que le tienen aquí a la federación! Este pobre señor debía estar mejor en alguna otra ocupación. ¡Qué ganas ha de tener de pelear con tanta familia! El coronel, el teniente coronel y el mayor, están en un hotel y se dan buena vida; si acaso tienen familia, la han de haber dejado por allá, en Monterrey. Los demás oficiales, los oficialitos, de pura parranda cuando no están en servicio; nomás padroteando en los burdeles; se traían de la cola a todas las güilas que se mueren por el uniforme. Cuando no están ellos por allá abajo, son ellas las que suben a buscarlos en coche. Hacen bien todos; están muchachos y hay que darle a la vida antes de que le acomoden a uno un plomazo. La única amolada aquí es la tropa, para eso es tropa.

Al día siguiente de esta plática, nos convencimos de que la Chata Micaela tenía razón; mandaron para Chihuahua a dos compañías de nuestro batallón; les tocó a la tercera, a la cuarta y a unos cuantos de la banda. Se fue con ellos el teniente coronel. Ésos sí iban a entrar al combate pronto.

—¡Adiós compañeros, adiós! —nos decían—; ¡a ver si volvemos a juntarnos más adelante!

¡Quién sabe cuántos no irían a volver, o quién sabe también si a lo mejor nos iba a reventar el cohete primero a los que nos quedáramos allí en Torreón!

Estaba yo como quien dicen en mi tierra, allí en el centro de la región lagunera, pero era igual como si no estuviera, encerrado como estaba en el cuartel o haciendo el servicio en guardias o retenes. Si no hubiera sido por mi vieja, nada sabría siquiera de lo que pasaba afuera.

Le puse una carta a mi compadre Celedonio a la hacienda del Horizonte, le decía:

> Compadre:
>
> Aquí me tienes en Torreón; estoy cerca de ustedes, pero casi es lo mismo que si estuviera lejos; ni modo de verlo. Nomás le pido me dé noticias de mi madre y si es posible de mi hermano también. No le digo que haga la lucha por venir a verme porque no lo han de dejar y puede comprometerse o comprometerme, tampoco le pido que me consiga un reemplazo porque, ¡quién ha de querer meterse en esta vida, menos ahora que las cosas andan mal y que no me han de soltar de ningún modo! Si me puede conseguir algo de dinero, se lo he de agradecer, pero más quiero que me dé las noticias que le pido. Escríbame a lista de correos a la señora Micaela Chávez, que es mi vieja, y ella me hará conocer lo que me diga usted. Al cuartel no me escriba porque así me conviene. Su compadre que lo quiere y estima.
>
> Espiridión Sifuentes
> soldado del 9º Batallón.

A los pocos días llegó muy puntual la contestación a la lista de Correos; venía un billetito de a cinco pesos, que sólo Dios sabe con qué trabajos lo conseguiría mi compadre. Me decía que él estaba bien de salud y trabajando mucho; que mi madre estaba enferma la pobre

y llena de achaques, y que mi hermano José había ido a verlo unos días antes para decirle que lo andaban convidando a meterse en la bola. Decía mi compadre que aun cuando él lo había convencido de que no se fuera a meter, tenía cierto recelo porque ya conocía lo atravesado que era y porque muchos conocidos ya andaban levantados, corriendo por el monte y viendo el modo de revolucionar. Me aconsejaba que si veía yo el modo, que procurara irme, porque él veía la cosa mal. ¡Qué bien me daba cuenta yo de que mi compadre no conocía ni de oídas las leyes militares!

Cuando me dio la carta la Chata Micaela, me informó de que el segundo cuadro del regimiento que apenas acababa de salir de Cuencamé para Chihuahua, lo habían devuelto otra vez a su matriz porque habían salido también los rebeldes en el estado de Durango. Me dijo también que se sabía que el teniente Zorrilla, del Octavo Regimiento, que siempre andaba de partida por los ranchos de la región, a cada rato se agarraba con alzados y que siempre los echaba en corrida. Todos los ferrocarrileros parecían estar de parte de los rebeldes maderistas.

Otamendi estaba al tanto de todo y una vez nos dijo misteriosamente a Carmona y a mí:

—Hermanos, en la primera oportunidad que se me presente, me voy con los rebeldes; si ustedes quieren seguirme, bien, si no cada quien por su camino, el mío es el del otro lado. Yo tengo que ser consecuente con mis ideas y con mis sentimientos que expresé en los periódicos y por lo que me metieron de soldado; yo no puedo disparar un solo tiro sobre los de la Revolución.

IX

La Revolución iba creciendo. Habían traído desde Tlalnepantla, cerca de México, al Séptimo Regimiento de Caballería para que fuera a batir a las partidas rebeldes que andaban por Durango; su matriz la habían radicado en Cuencamé.

Durango ya andaba mal; los hermanos Arrieta, Calixto Contreras y Martín Triana traían revuelto aquello, y cada día juntaban más gente. El día que se descompusiera La Laguna, lo íbamos a pasar mal nosotros, con lo endemoniado de la gente de la región.

Mi comadre Juanita nos llevó un día unos escapularios de lana color café, con la imagen del Divino Rostro.

—Aquí les traigo esto a los cinco, para que los cuide Dios; están benditos: me los bendijo el cura de la parroquia y dicen que son rete milagrosísimos; pónganselos debajo de las camisas, en el cuero vivo han de ir.

—Me han dicho que los revolucionarios andan también llenos de santos. Uno de los del Diecisiete me contó que a unos que mataron iban con imágenes de la Virgen de Guadalupe en los sombreros y que en el pecho llevaban también cuadros de santos y muchas medallas.

—Vaya usted a saber, comadrita, a quién van a ayudar los santos en esta guerra. Se van a volver locos Dios y todos los santos en este enredo en que los metemos unos y otros, si todos les pedimos lo mismo y con su ayuda les pedimos que nos salve y que nos deje matar a los del otro lado. ¿Qué van a hacer?

Nada me supo contestar mi comadre, ni el mismo cura hubiera podido resolver aquella confusión. Así ha de andar Dios por allá arriba, sin saber a veces qué hacer cuando le piden cosas tan contrarias: los enfermos le piden salud, los médicos enfermedades; los pobres dinero, los ricos no perder lo que tienen; los moribundos vida y los de las agencias funerarias muertos, para ganarse la vida y que no les falte lo necesario. Con alguno tiene por fuerza que quedar mal.

—Dios ha de oír a todos, le dará a cada uno lo que sea justo.

—¿Y cuál es lo justo?

—¡Sólo Dios!

Una tarde llegó el teniente Zorrilla con su partida del Octavo de Caballería al cuartel; llevaba a un prisionero, un ranchero como todos los de La Laguna, con sombrero de palma ribeteado de negro, en camisa, con pantalones ajustados de casimir azul marino y con huaraches reforzados. Decían que lo habían agarrado con las armas en la mano en uno de los ranchos del Tlahualilo, después de un tiroteo.

Lo metieron en la comandancia y allí estuvo hablando mucho con el coronel, jefe de las armas. ¡Quién sabe cuánto contaría! Cuando acabó la plática, era ya entrada la noche; el coronel salió preocupado y estuvo platicando en voz baja con los oficiales; al reo lo pusieron en la sala de banderas con centinela de vista.

El hombre estaba indiferente; en su cara renegrida no se adivinaba nada, ni siquiera podría uno saber la edad que tuviera; lo mismo podían ser treinta años que cuarenta. Estaba serio, recogido; sentado en cuclillas y chupando cigarros de hoja, uno detrás de otro.

Le metieron de cenar y no probó bocado; el oficial de guardia y el sargento quisieron platicar con él y no le sacaron ni una sola palabra, nomás se les quedaba viendo y escupía en el suelo fumando su cigarro. Parecía mudo o como si estuviera enojado o muy triste allá en su pecho, porque su cara nada decía.

La noche refrescó y el hombre aquel se envolvió en su cobija colorada; era un bulto chaparro nomás, como si fuera un costal bien lleno, cubierto con una cobija colorada y con un sombrero de palma encima. Estaría despierto o estaría dormido; adentro de aquel bulto un hombre pensaba quién sabe en cuántas cosas.

La noche de diciembre se hizo larga y se hizo fría; las estrellitas en el cielo parpadeaban como si temblaran y quisieran apagarse con el soplo del viento.

Después del toque de "diana" se armó la tropa y nos formaron en el patio del cuartel. Era la primera vez que hacíamos un cuadro de fusilamiento: tres lados nomás de soldados en línea desplegada y el cuarto era el paredón para que lo ocupara el reo. Una escuadra con su cabo está lista y un subteniente a su lado.

La cosa fue de prisa: los de imaginaria trajeron al ensarapado embozado hasta los ojos y con el sombrero charro encasquetado hasta las orejas; era una raya unida la falda del sombrero de palma y la punta del sarape colorado. Iba caminando el reo despacio, lo mismo que si en lugar de ir a la muerte hubiera ido detrás de un tronco de mulas, pegado a un arado barbechando tierra. Él solito se fue a poner en el lugar desocupado.

Quisieron vendarle los ojos y echó una maldición.

La tropa terció las armas. Seguramente que sentíamos más emoción todos nosotros que él mismo, que iba a ser ajusticiado.

El subteniente de la escuadra ejecutora levantó la espada y los cinco fusiles apuntaron; enfrente estaba, sin moverse, un sarape colorado y un sombrero de palma, como si estuvieran en una percha colgados. Bajó la espada el oficial y salió la descarga; el sombrero botó por un lado y el sarape cayó al suelo; una cabeza melenuda manaba sangre más colorada que la cobija.

El sargento se acercó al caído; meneó el cerrojo del máuser y pegó el cañón en la sien; un disparo apagado y se acabó un rebelde.

La primera salida a campaña la hicimos un día domingo. Le tocó a nuestra sección; corrió el rumor entre nosotros que íbamos a pelear contra una partida de rebeldes que se habían acercado hasta el rancho de Las Huertas. Salimos municionados a doscientos cartuchos por plaza.

Columna de viaje con uniformes de dril y chacó enfundado con paños de sol; los marrazos envainados. Adelante iban tres rancheros voluntarios en buenos caballos; atrás los cincuenta hombres de la sección, con sus dos oficiales y con sus clases; las viejas al trote por los lados, listas para conseguir que comer en los ranchos.

Salimos por la Casa Colorada; atravesamos el arenal del río Nazas y agarramos por uno de los bordos de un tajo sin agua. Apenas salimos del poblado nos mandaron llevar las armas a discreción y caminar cada quien a su gusto, sin llevar el paso acompasado. La mañana estaba fresca y el airecito movía las hojas amarillentas de los álamos; en el campo blanqueaban los capullos de algodón ya buenos para la pizca. Íbamos de a dos en fondo y los oficiales adelante.

A la hora de descansar hicimos un alto y nos dejaron estarnos en el suelo un rato y platicar. Las mujeres se arrimaron.

Juanita, la Chata Micaela y una muchachona a la que le decían *Trompitas*, iban juntas.

—Tú debías de haberte quedado, ¿a dónde vas con el muchacho en la espalda? —le reconvino Carmona a su mujer.

—¡Cómo me había de quedar!, tengo que ir a donde tú vayas.

—Seguro —arguyó Micaela—, si es soldadera tiene que seguir a su hombre, sea donde sea.

—¿Y si hay trifulca?

—No le aunque; es la obligación. Es la diferencia que hay entre las otras mujeres y nosotras.

—Paso por las mujeres, pero el pobre chamaco, ¿qué culpa tiene?

—Es hijo de soldado y es su sino.

—No vuelvas a salir; no por ti, sino por la criatura. Me dejas solo y si me toca, qué le vamos a hacer.

—Tiene razón mi compadre —dijo Otamendi—, tú no debes de salir; al fin y al cabo para conseguir una gorda en el camino, lo hace la Chata Micaela para todos nosotros los compadres, y puede que mejor que tú, ella tiene más experiencia. ¿Verdad, Chata?

—¡Clarín! Conmigo sobra para todos y si no, aquí tengo una ayudante que recluté y que me ha de ayudar bien.

—¡Ah!, ¿la Trompitas es tu ayudanta?

—¡Simón!, ¿verdad, tú?

—Claro que sí, nomás me dices con cuál de todos éstos te he de ayudar, o si se vale escoger, escojo al periodista.

—Mira, Trompitas —le contestó Otamendi— yo no pienso hacer huesos viejos; fíjate mejor en otro. Me gusta ser libre y mejor me los voy revoleando con las mujeres de los demás.

—Serás de los otros.

—No; soy de éstos, pero no me gustan querencias ni enredos.

El teniente dio la voz de marcha y seguimos el camino. Otamendi nos dijo en voz baja a Carmona y a mí, sin quitarle el ojo al cabo:

—No se les olvide, muchachos, que en la primera ocasión que se presente, me pelo. Échenme una mano nomás.

—Estamos en lo dicho; pero fíjate bien antes de la huida y no te vaya a alcanzar un tiro del cabo o de cualquiera otro.

El sol comenzaba a calentar y las mochilas se iban haciendo más pesadas.

A media mañana avistamos el rancho de Las Huertas. Hicimos alto y se mandó una exploración. Reinaba entre nosotros un cierto recelito en espera de los primeros tiros. Las mujeres se habían metido en el fondo del tajo en donde estaban bien seguras. Si había rebeldes habían de estar en las casas afortinados y seguro iban a hacer buenos blancos en nuestros uniformes.

Pasó un buen rato y nada de tiros. Los de la exploración hicieron señas con un pañuelo de que podíamos entrar. Las primeras en llegar a las casas fueron las viejas; cuando llegamos nosotros, las soldaderas andaban ya todas desparramadas por entre los jacales, comprando tortillas y también viendo el modo de ratearse las gallinas o aunque fuera los huevos de los nidales.

Los oficiales hablaron con los dueños del rancho. Nada sabían por allí de rebeldes.

Después de comer un taco, seguimos para la hacienda de Las Leocadias, distante unas dos leguas de Las Huertas; tampoco allí había gente levantada, sólo los peones que como era día domingo, estaban todos en la plazuela jugando a la rayuela o al rebote.

Los españoles de la hacienda nos recibieron llenos de gusto; a los dos oficiales los convidaron a tomar cerveza y a nosotros, a la tropa,

nos mandaron repartir unos tercios de cañas de azúcar que vendían en la placita. Se agarraron a la plática con nuestros jefes y comenzó a meterse el sol. Toda la gente de la hacienda estaba allí reunida, admirando a la tropa como si fuéramos animales raros. Los cabos y los sargentos aprovecharon aquella ocasión para presumir delante de la gente, insultándonos y repartiendo una que otra guantada.

Aquella misma tarde hubo allí la primera trifulca: los perros del rancho, más sinceros que las gentes, desconocieron a nuestros perros y se agarraron a las mordidas. La gente paisana se alarmó y ante el temor seguro de que aquella demostración de mala voluntad nos fuera a caer mal a los soldados, repartieron pedradas y palos sólo entre sus perros; los nuestros, pues, fueron los de la victoria.

Como ya se había hecho de noche, allí nos quedamos. Nos dieron una galera de las destinadas al algodón para hacer cuartel. Se pasó lista; se estableció el servicio y nos desparramamos adentro de la galera a descansar.

Los españoles estaban rete contentos con los oficiales y a nosotros también nos atendieron bien: mandaron darnos una lata de sardinas a cada uno, hartas galletas, un piloncillo de dulce, café y carne asada de una res que mandaron matar. Todos estábamos muy contentos y nuestras viejas almacenaron cuanto pudieron para el otro día. Micaela le consiguió al chamaco de Carmona un buen jarro de atole y unas botellas de leche.

Cuando llegó la noche, llevaron linternas a la galera; comenzó el ladrerío de los perros del rancho y caímos rendidos. Si esa noche hubiera habido combate, de seguro que hubiéramos peleado con muchas ganas, bien comidos y contentos como estábamos.

Parece que en la noche aquella se arreglaron Eulalio Villegas y la Trompitas; amanecieron muy amartelados.

Con qué tristeza tuvimos que dejar aquella comodidad al otro día, temprano.

Volvimos a Torreón sin ninguna novedad, con ganas de seguir saliendo a excursionar a los ranchos, en donde se podía comer mejor y en donde nuestras viejas encontraban el modo de cogerse alguna cosa de las que estaban mal paradas. Parecían húngaras de esas que dicen la buena ventura, metiéndose en todas partes. Si así iba a ser la campaña, no podía pedirse nada mejor.

Otros compañeros también habían salido de partida por diferentes partes de la región. Unos fueron en tren hasta Jimulco y

anduvieron allí por los ranchos; otros salieron en el tren ranchero con rumbo a San Pedro de las Colonias y recorrieron, pie a tierra, algunas de las haciendas cercanas a la estación de La Concordia. En ninguna parte hubo novedad; podía asegurarse que no había todavía ningún rebelde por aquellas tierras.

Los días pasaban tranquilos y parecía como si nada más la bola estuviera allá lejos en Chihuahua. Empezaba el frío fuerte de diciembre y las noches se hacían muy largas, sobre todo cuando eran de servicio, que se había redoblado con la alarma que había en todas partes.

Así como los soldados que éramos de la misma escuadra éramos buenos amigos y hasta nos decíamos compadres, así nuestras mujeres también habían hecho muy buena amistad; Juanita la de Carmona, mi Chata Micaela y la Trompitas que ya era compromiso de Eulalio Villegas, siempre andaban juntas y las tres habían simpatizado con una veterana, que era mujer del asistente del capitán Salas. Era ella una mujer como de cuarenta años, gorda y morena; era muy ocurrente y entretenía a las mujeres con sus dicharachos.

Un día supimos que había pasado en varios trenes todo el Sexto Batallón, que iba desde Querétaro a Chihuahua, en donde los golpes seguían duros.

A los tres días llegó a Torreón el coronel Manuel Gordillo Escudero con el Diecisiete Batallón y con una compañía de ametralladoras que procedía de Monclova. El Diecisiete Batallón nos relevó y salimos todos los del Noveno a Cuencamé a relevar a nuestra vez al Séptimo Regimiento de Caballería del coronel Téllez, para que se fueran ellos también a Chihuahua.

En aquellos días hubo mucho movimiento de fuerzas, todas con rumbo a Chihuahua. Cuando nosotros nos embarcábamos en nuestro tren, pasaron los convoyes del general Luque con el Décimo Batallón, con el Décimo Regimiento, con cañones de grueso calibre y con ametralladoras. Detrás pasó el coronel Antonio Rábago con la matriz del Décimo Regimiento y con el Tercer Cuerpo Rural de la federación.

En otros trenes pasaron también el Catorce Regimiento; el Dieciocho Batallón con su jefe, el coronel Valdés; el Segundo Regimiento de Caballería del coronel Dorantes; mucha artillería, municiones y ambulancias. La guerra estaba en toda su fuerza en el norte.

Parecía que la cosa también empezaba a arder en el estado de Durango. Antes de que llegáramos a Velardeña, se tuvo que detener nuestro tren, porque había un puente quemado y hubo que repararlo, haciendo huacales con durmientes de los que íbamos provistos en una plataforma. Los peones ferrocarrileros sudaron la gota gorda y lo mismo la fajina de soldados que les ayudó en su trabajo. Una parte de la tropa tomó posiciones a los lados para protegerlos en caso de que saliera enemigo. Tres largas horas demoramos reparando el puente.

Desembarcamos en Velardeña y desde luego se dispuso la marcha, pie a tierra, para Cuencamé. Sabíamos de cierto que por allí podría haber enemigo y se tomaron precauciones; un pelotón por delante para exploración, como a un kilómetro de distancia el grueso, y atrás la impedimenta y el viejerío. Nuestra escuadra formaba parte de la descubierta, y el teniente Gloria, que mandaba el pelotón, dispuso que nosotros fuéramos todavía más adelante.

El cabo Pánfilo nos dijo:

—Muy águilas, muchachos, parece que ahora sí va a haber algo.

Estaba medio receloso y no nos quitaba el ojo de encima; más nos veía a nosotros que al camino y al monte. Íbamos los seis soldados abiertos en tiradores y atrás el cabo.

El camino era pedregoso y el campo estaba cubierto de chaparral, de mezquite y de gobernadora. Era más de mediodía y el sol caía parejo y tendido; en el cielo no había ni una nubecita y a lo lejos se veían de vez en cuando remolinos de polvo que se alejaban como sacándonos la vuelta. Atrás la polvareda aplanada de la infantería en marcha.

Pasó una hora; pasaron dos. Traspusimos una lomita después de registrarla bien y seguimos por el camino, que se retorcía como culebra por entre los chaparros. Íbamos con el ojo y con el oído atentos y con el fusil embrazado, listos para hacer fuego. Entre Carmona y yo iba Otamendi; al otro lado los Villegas y el indio Calequi. Ya me estaba yo acostumbrando a aquellas precauciones y creía que no iba a pasar nada, cuando de pronto, de entre un matorral, sonó un disparo y una bala pasó silbando por encima de nosotros.

—¡Pecho a tierra y fuego! —gritó el cabo.

Sonaron otros tiros entre el monte y al mismo tiempo oímos muy claro los gritos de los revoltosos de ¡Viva Madero, Pelones hijos de la tal!

Rompimos el fuego nosotros tirando a la buena de Dios, pues no se veía a ningún cristiano y sólo aventábamos allí donde se oían los disparos de las armas enemigas.

Otamendi nos dijo de prisa a Carmona y a mí.

—Hermanos, ésta es la mía. Me voy a ir arrastrando hasta meterme en el chaparral, para luego juntarme con los otros. Cuídenme la espalda. Ya saben que no los olvido y los he de buscar.

Estaba emocionado y considero que tuvo ganas de abrazarnos antes de irse. Todo fue en un momento.

—Que Dios te ayude y date la maña de avisarnos algo —le dije yo.

—Adiós, compadre; no se olvide de nosotros —le dijo Carmona.

Se fue arrastrando de prisa por entre el chaparral por el rumbo contrario de la balacera.

—¡Hijo de la tal! ¡Orita se va a morir, por traidor!

Volteamos azorados Carmona y yo; era el cabo que se había dado cuenta de todo. Apuntó el máuser sobre el fugitivo y disparó; erró el tiro y Otamendi tuvo tiempo de alcanzar el matorral de gobernadora y ocultarse.

El cabo echaba lumbre por los ojos. Cargó otra vez el fusil y se dejó ir detrás del desertor. Más le interesaba matar al desertor que contestar el fuego del enemigo emboscado.

Carmona y yo nos miramos y sin decirnos ni una palabra nos pusimos inmediatamente de acuerdo.

El cabo había llegado cerca del matorral y se había detenido a apuntar con mucho cuidado; se conocía que había escuadrado a Otamendi y que tenía la seguridad de clarearlo. Sabíamos nosotros que tiraba bien al blanco y no parecía que estuviera nada nervioso; de seguro que iba a hacer blanco en Otamendi sin remedio.

Carmona apuntó también con cuidado, pero más de prisa y disparó. El cabo cayó redondo con un balazo en la cabeza; su chacó rebotó por entre las piedras y su fusil se disparó solo cuando se le zafó de las manos extendidas; cayó con los pies muy juntos. Estaba bien muerto.

Los demás soldados de la escuadra no se habían dado cuenta de nada y seguían disparando. A los pocos momentos llegó el teniente Gloria con el grueso de la vanguardia, al paso veloz y nos mandó avanzar haciendo fuego nutrido.

El corneta de órdenes de nuestra compañía tocó "enemigo al frente" y después "atención, fajina y marcha".

No les vimos la cara a los rebeldes; pelearon un rato más, agazapados seguro en buenos escondites y después se retiraron en silencio. El silbido de las balas se dejó de oír y poco después se suspendió el fuego entre nosotros.

El corneta tocó "alto el fuego" y "reunión".

Se levantó el campo en un momento. El cabo Pánfilo Ruiz muerto y un rebelde herido en una pierna, que estaba todavía agazapado detrás de una piedra y que no había podido huir o que lo abandonaron sus compañeros. Sin más ni más, el sargento Gutiérrez le dio un tiro en la cabeza; le recogió la carabina 30-30 que tenía en las manos y, por último, lo bolseó y se quedó con los pocos centavos que logró encontrarle.

En una parihuela cargamos al cabo Ruiz y se siguió la marcha, ya sin ninguna novedad. Todavía nadie se daba cuenta de la desaparición de Otamendi; hasta que no se pasó lista a la llegada al pueblo, fue cuando se percataron de su deserción; entonces cayeron en la cuenta también los jefes, que bien pudo el mismo Otamendi haber matado al cabo Pánfilo Ruiz porque éste se le hubiera opuesto a su huida. Deserción frente al enemigo, revuelta con insubordinación con vías de hecho, causando la muerte de un superior. Pena de muerte de esas que no tienen escapatoria ninguna.

Pobre Otamendi si le echaban mano. Por fortuna él debería estar ya muy tranquilo entre sus gentes, sin chacó ya y sin uniforme; libre como él quería ser; como el aire o como los pájaros del monte. Puede que a lo mejor fuera ya hasta cabecilla y que en lugar de agarrarlo a él, fuera él mismo quien agarrara a alguno de nuestros jefes u oficiales.

Carmona y yo, por las dudas, no cruzábamos palabra sobre todo lo pasado. Nos entendíamos bien con la mirada nomás y no le teníamos confianza ni a los muchachos Villegas, ni a nuestras viejas siquiera. Lugar tendríamos para hablar cuando pasara el tiempo.

En la noche velaron al cabo. Cuatro velas ardieron en la cuadra, junto a su cadáver, hasta que amaneció. A nosotros, a los de su escuadra, nos tocó enterrarlo en el camposanto del pueblo de Cuencamé, Durango. ¡Quién le iba a decir a él que iría a quedar tan lejos de su tierra, Guanajuato!

Ni vieja tenía siquiera que lo extrañara y entre todas las mujeres de la tropa rezaron un rosario y le soltaron unas cuantas lagrimitas, como por obligación.

X

El día siguiente de nuestra llegada a Cuencamé salió el Séptimo Regimiento de Caballería para Parral, Chihuahua; ellos se fueron por un camino diferente al que habíamos traído nosotros, que de Torreón habíamos ido por ferrocarril hasta la estación de Velardeña y allí, por tierra, hasta aquel pueblo. Los del Séptimo se fueron por el camino más largo de Cuencamé al Mineral de Descubridora y allí se iban a embarcar en los trenes que ya los esperaban para sacarlos hasta la estación de Conejos, para de allí seguir hasta el estado de Chihuahua.

Nos dejaban un hueso duro; estaba aquello infestado de partidas de rebeldes que recorrían toda la región durangueña dando golpes en donde podían y asaltando los pueblos desguarnecidos. Calixto Contreras y Martín Triana eran los cabecillas más conocidos y decían que por Indé y por Santiago Papasquiaro andaban también dando mucha guerra los hermanos Arrieta, con mucha gente de la sierra.

Quedábamos allí en Cuencamé los del Noveno Batallón y una parte del Segundo Cuadro del Regimiento de Caballería, que eran los que más se tallaban saliendo diariamente en partidas por los alrededores. Casi siempre se agarraban con los alzados y a veces volvían con heridos y hasta con muertos. Toda la gente del rumbo estaba de parte de los revoltosos y bien claro notábamos sus simpatías por ellos.

Dos o tres días habían pasado apenas de nuestra llegada cuando le tocó salir a expedicionar a nuestra sección. Íbamos por el mismo camino que habíamos traído y se trataba de proteger la llegada de un pagador que iba de Torreón con haberes para las fuerzas del Segundo Cuadro.

Seguramente que todos nosotros, al volver a pasar por aquellos terrenos, íbamos pensando en la escaramuza última y más especialmente en la muerte del cabo Ruiz y en la huida de Otamendi. Cuando pasamos otra vez por el mogote en que fue la emboscada, apretamos con más fuerza el máuser y nos pusimos todos más aguzados como si a fuerza hubiera de haber enemigo en aquel mismo lugar. La vanguardia caminó más despacio ojeando para todos lados, y los demás esperábamos que en cualquier momento volvieran a silbar las balas.

Dicen que no hay camino más seguro que el que acaban de robar y ese dicho es muy cierto; no tuvimos novedad por lo que hace a balazos, pero sí nos llegó un olor insoportable de cuerpos descompuestos. De seguro que con la prisa no levantamos bien el campo y se quedaron por allí regados algunos difuntos.

Nuestro teniente mandó hacer alto y nos ordenó a algunos a explorar a uno y otro lado del camino.

Recorrimos los comisionados todos aquellos breñales y fuimos encontrando regados, primero dos caballos muertos, ya con las barrigas infladas y a punto de reventar; después a un rebelde, también ya hinchado y con la boca abierta y llena de moscas; más adelante al rebelde a quien remató el sargento y al último, en un lugar despejado de matorral, encontramos la sorpresa más grande que podíamos esperar. Allí estaba el pobre de Otamendi, fusilado; una bola de tiros tenía en el cuerpo y en la cabeza; se habían ensañado con él y lo habían hecho una criba a punta de balazos.

Todos estábamos perplejos sin podernos explicar aquello. Y era él, no tenía la menor duda; allí estaba su chaquetín ensangrentado con el número de su matrícula. Claro que los rebeldes se habían llevado su fusil y su correaje con las municiones y hasta el chacó, seguro para ir a presumir de su victoria; pero las prendas de ropa, aquellos ojos claros, abiertos y espantados, eran de Otamendi, de aquel soldado de leva que antes había sido periodista, de aquel que pensaba que su lugar estaba del lado de la contra al gobierno.

Estoy seguro que todos comprendíamos aquello aun cuando nadie dijo una sola palabra. El difunto no había tenido tiempo de darse a conocer a los rebeldes, lo habían tomado por un mocho cualquiera y en el calor de la refriega lo habían achicharrado sin más ni más, muy ajenos de que él, en su interior, era más rebelde que todos, que todos los que allí estaban juntos. ¡Qué tristes han de haber sido los últimos momentos de aquel hombre! ¡Cuánto ha de haber pensado el pobre, si es que le dieron tiempo, en lo inútil de su vida y de su sacrificio!

Nadie de nosotros decía una palabra, como si a todos nos hubieran de pronto atravesado un palo en la boca. Era aquel un ejemplo con el que no contábamos ninguno.

Arriba de nuestras cabezas revoloteaban media docena de zopilotes impacientes, esperando que nos fuéramos para bajar a picotearles la barriga a los muertos. El sol, como una brasa ardiendo,

tatemaba la carne prieta sin vida; las hormigas habían hecho un camino desde el arenalito de su hormiguero hasta los pies del cuerpo; las moscas entraban y salían zumbando por los agujeros de las balas, y al derredor, un enjambre de chicharras cantaban en todos los tonos la canción de todos los días. Catuche, el perrito de nuestro pelotón, se acercó hasta el muerto, lo olió primero; reconoció al difunto; lo lamió y después meneó la colita como cuando en vida se acercaba a Otamendi para pedirle un taco de las sobras del rancho.

El primero en hablar fue el sargento:

—Miren nomás lo que es la vida. A éste debíamos de haberlo fusilado nosotros y nos ganaron la delantera los rebeldes; primera cosa buena que les reconozco.

Me dieron ganas de haberle metido una bala allí mismo al sargento. Carmona nomás me miró y apretó las manos.

El teniente veía al muerto con lástima, apretándose las narices con un pañuelo.

Jesús Villegas se atrevió a solicitar:

—Mi cabo, ¿nos permite que sepultemos a este compañero?

El sargento respondió por todos los superiores allí presentes:

—Los desertores no merecen nada.

El teniente hizo la señal de marcha y seguimos nuestro camino para Velardeña. Atrás se quedaron los hombres y los caballos muertos, tirados en la tierra, y las chicharras, las moscas, las hormigas, los zopilotes y los gusanos también, peleándose todos ellos por los despojos de los que tuvieron vida y que parecían antes poder más que todos los animales chicos.

Dentro de poco tiempo se acabaría el mal olor, se comerían la carne muerta los animales en venganza de la carne de los animales que nos comemos los hombres cuando vivimos. Las calaveras, los huesos todos, quedarían blanqueando por mucho tiempo en el campo y después, poco a poco, se irían haciendo polvo blanco como la misma tierra y al fin se irían en cualquier remolino a recorrer el desierto, dando vueltas a toda prisa, con el ánimo de llegar hasta las nubes, o más alto todavía: hasta el cielo.

Volvimos de la partida sin novedad. Pronto corrió la noticia por el cuartel de la muerte de Otamendi; las viejas de nuestra escuadra le rezaron su rosario y nosotros, los soldados que habíamos sido sus amigos y sus compadres, nos echamos un buen trago de mezcal en el estómago y entre cigarro y cigarro, hicimos recuerdos de aquel

amigo bueno que estaba allá en el campo tirado a flor de tierra, con los ojos abiertos, apagados, mirando para arriba como si quisiera enterarse de todo lo que existe detrás del cielo azul.

Mi vieja Micaela ya no nos traía tantas noticias; no había allí, en Cuencamé, ferrocarrileros que la informaran como en Torreón. Llegaban nada más los periódicos y los leían sólo los oficiales o la gente acomodada del pueblo; era ahora Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas, el que husmeaba algo en la casa del capitán, el que nos contaba lo que oía decir a su jefe cuando conversaba él con los oficiales o con su señora. Logró saber que en Chihuahua la cosa seguía mal, que el Sexto Batallón casi se lo habían acabado los rebeldes en un punto que se llamaba Malpaso, por donde tenían que pasar sus trenes en su viaje a Pedernales en auxilio de la columna del general Navarro. Decían que había sido aquella una sorpresa, aprovechando el enemigo el paso forzoso de los federales por aquel cañón angosto y rodeado de buenas posiciones en los cerros; que había muerto mucha tropa y que el Cuerpo en un momento se quedó sin jefes, pues habían matado al coronel Martín L. Guzmán y habían herido de gravedad al teniente coronel Ángel Vallejo y al mayor Vito Alessio Robles. Que dondequiera pegaban duro los rancheros rebeldes de Chihuahua y que ya se contaban por cientos los muertos y los heridos en los combates. Que un tal Pascual Orozco era el mero jefe y que con él andaban el mismo don Pancho Madero y otros muchos cabecillas más.

De nuestro batallón comenzaron a sacar destacamentos para los pueblos cercanos y para algunas estaciones del ferrocarril. En el pueblo sólo quedamos una parte de nuestra Compañía. La caballería del Segundo Cuadro siempre andaba de excursión.

A cada rato había alarmas y el cuartel todas las noches se quedaba casi solo, pues la mayor parte de la tropa nos tenían en los puestos avanzados, afuera del pueblo. La gente de allí tenía la seguridad de que un día con otro los rebeldes nos atacarían y que tenían que ganarnos.

Una tarde, por fin, nos agarramos: las mujeres nos fueron a decir que la gente pacífica estaba asustada y que andaba comprando provisiones a toda carrera, pues se decía que Calixto Contreras había pedido la plaza y que la iba a tomar ese mismo día a sangre y fuego; que las tiendas estaban cerrando sus puertas y que los ricachones,

con sus mozos de confianza armados de carabinas, se estaban subiendo a las azoteas para ayudarnos en la defensa.

La cosa había de andar mal de veras, porque el capitán Salas nos mandó que a toda prisa hiciéramos unas fortificaciones de tierra como Dios nos diera a entender, ya que no contábamos con herramienta alguna.

Con sus anteojos no dejaba de observar el campo y las polvaredas que hacían allá a lo lejos.

Mandamos a las mujeres que se fueran para el pueblo, y el capitán mandó a su asistente que fuera a hacerle compañía a su familia; el pobre capitán tenía un ojo en lo que pudiera haber de enemigo y otro en la gente de su casa.

Un pelotón de caballería del Segundo Cuadro, al mando de un subteniente, salió a explorar: los vimos pasar al paso de sus caballos, con la carabina en guardia y medio preocupados con los ojos pendientes a lo lejos del campo. Vimos cómo se iban haciendo chiquitos entre el polvo que formaban sus caballos al andar. Más a lo lejos veíamos otra polvareda más grande que parecía acercarse a darle encuentro a los del Segundo Cuadro. A poco, la polvareda grande se extendió y oímos tiroteo muy apenitas, por la distancia.

El capitán no dejaba de observar con sus anteojos; los oficiales y las clases nos comenzaron a hacer recomendaciones amistosas:

—Cuando se mande romper el fuego, háganlo con precisión, como cuando iban a tirar al blanco. Nada de nervios; procuren aprovechar bien los tiros.

Se seguía oyendo el tiroteito ya más cerca y las polvaredas también parecía que se acercaban.

El capitán dejó de ver en sus gemelos; estaba pálido. Nos vio a todos agazapados en las loberas y ya listos para la pelea y nos dijo con voz suave:

—Muchachos: se viene retirando la caballería de nosotros; apenas hayan entrado al pueblo, vamos a romper el fuego por descargas cerradas. Pongan las alzas de sus fusiles a dos mil metros; aprovechen bien los cartuchos y junten los cascos vacíos. El enemigo, si acaso, estará armado con rifles de 30-30; y ésos no alcanzan más que a unos doscientos metros; nuestras armas tienen más alcance y podemos no dejarlos llegar.

Atrás de nosotros, el pueblo parecía un cementerio triste y callado. La caballería de nosotros venía al galope tendido; se podían ver ya

los soldados volteándose de vez en cuando para hacer fuego y se veían también algunos caballos sin jinete que seguían corriendo con sus compañeros.

En pocos minutos pasaron por delante de nosotros llenos de polvo y se metieron entre las casas del pueblo sofrenando sus caballos; algunos habían largado sus sables y otros parecía que iban heridos. Apenas nos fijamos, nuestra vista estaba en la otra polvareda, que se iba acercando a toda prisa.

Los oficiales sacaron las espadas como si fueran a mandar una ejecución.

El capitán ordenó:

—¡A mil quinientos metros!, ¡fuego por descargas cerradas!, ¡apunten!...

Todos arreglamos las alzas y apuntamos a la polvareda que se acercaba.

—¡Fuego!

Repercutió en el aire un estruendo; después otro y otro, y otro más. Todo un cargador de cinco cartuchos gastamos en las descargas cerradas.

La polvareda se detuvo y se extendió a lo ancho de todo nuestro frente.

—Se van a dejar venir en tiradores —dijo uno, junto a mí.

—Puede que vayan a encadenar su caballada —dije yo.

Comenzaron a sonar los tiros del lado del enemigo, pero no oíamos silbar sus balas. Se adivinaba al enemigo, pero no lográbamos verlo; habían de venir seguramente agazapándose por entre los chaparros para acercarse más y tenernos más a tiro. ¿Cuántos serían?

El capitán buscaba atento con sus anteojos. La polvareda se había acabado y sólo quedaba el monte al parecer tranquilo y una que otra nubecita en el cielo.

Venían avanzando ocultándose entre los matorrales.

Comenzó de pronto el fuego de ellos muy nutrido; entonces sí oíamos el silbido de las balas como si fueran alambres del telégrafo bien tirantes que de pronto se rompieran.

Todos estábamos agazapados, temerosos, y los mismos oficiales habían envainado sus espadas y rodilla en tierra, empuñaban sus pistolas.

—¡A discreción!, ¡rompan el fuego! —ordenó el capitán.

Se hizo el fuego graneado.

Muchos de los compañeros seguían escondidos detrás del bordo de tierra y hacían fuego con sus fusiles al aire sin apuntar a nadie.

—¡Apunten al enemigo, con una tiznada! —gritaban las clases.

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Noveno Batallón! —gritaba el capitán.

—¡Viva Madero, Pelones hijos de tales! —gritaban los del enemigo.

El capitán seguía gritando para levantarles el ánimo a los temerosos. Las balas zumbaban por todos lados.

Pasado el primer momento se fue acabando el miedo que todos teníamos en un principio. Los soldados atemorizados comenzaron a sacar la cabeza y a apuntar con cuidado; otros más animosos gritaban mentadas de madre para los revoltosos y vivas para el gobierno.

El teniente Gloria recorría la línea nuestra haciendo recomendaciones.

—Apunten bien; no desperdicien cartuchos. No les tengan miedo a las balas que chiflan ni se encojan de hombros, porque esas ya se fueron; ténganles miedo a las balas que no han salido, que ésas son las malas. Duro, muchachos; ¡duro con ellos!

Poco a poco íbamos teniendo más confianza y peleando mejor; el tiroteo era más suave y espaciado, pero más preciso.

El enemigo también parecía estar tranquilo, disparando despacio, desde sus escondrijos. El sol comenzaba ya a quererse meter. Si se nos venía la noche encima, la cosa se iba a poner fea con aquel enemigo que conocía el terreno y que había de aprovechar la oscuridad para hacernos una mala jugada entre las casas mismas del pueblo, a donde podría entrar sin que nadie lo sintiera y agarrarnos por la retaguardia.

Nuestro teniente de seguro comprendió aquello, porque le dijo al capitán.

—Mi capitán, permítame con mi sección darles una carga a la bayoneta; en un momento nos los quitamos de encima.

—Podemos perder muchos soldados.

—Yo le garantizo que el efecto es decisivo; nuestra tropa ya está animada y lo va a hacer bien; no hemos tenido todavía ninguna baja y verá usted que tampoco hemos de tener ninguna en el choque. ¿Me autoriza usted?

—¡Bueno, hágalo! A ver los de la banda, listos aquí con sus instrumentos para tocar ataque a la hora que se les mande.

El teniente nos mandó:

—¡Segunda sección!, ¡retiren, armas!; ¡armen, armas! Metan un cargador en la recámara y prevénganse para dar una carga.

El capitán Salas ordenó a los demás:

—¡Fuego muy nutrido para preparar la salida de los que van a cargar a la bayoneta! Suspendan el fuego en el momento en que la banda toque ataque.

El fuego arreció y nosotros, los de la segunda sección, seguimos agazapados, pero con los fusiles armados y prontos para avanzar al paso veloz.

—¿Listos?

—¡Listos, mi capitán!

—Adelante, muchachos; buena suerte.

La banda de guerra rompió a tocar "ataque" y al grito de ¡A ellos!, nos les echamos encima a los rebeldes.

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Noveno Batallón, hijos de la tal! ¡Aquí van sus padres!

Y saltábamos disparando por entre las piedras con ganas de llegar cuanto antes hasta el enemigo y agarrarlo a cuchilladas.

Junto a mí vi caer a un compañero redondito; al otro lado comenzó uno a renguear con una pata herida seguramente.

La balacera atrás de nosotros se había acabado y la del enemigo ya casi no se oía.

Nosotros seguíamos avanzando a toda carrera.

Me zumbaban los oídos y sentía que el sudor me corría por la cara. No llegábamos nunca a donde estaban los rebeldes y el chaparral. Se me nublaba la vista y se me agarrotaban los dedos de tanto tener apretado el máuser.

Allá a lo lejos oí a una corneta que tocaba "alto" y a poco rato después "diana de combate", toda la banda junta.

Habíamos ganado.

Me detuve y apenas me paré, se me doblaron las piernas y me caí sentado en el suelo; el fusil se me salió de las manos y me quedé como si estuviera dormido; a mi lado ladraba contento el perrito Catuche.

XI

Me habían herido.

Cuando volví en mí, estaba acostado sobre una cama de madera, en un cuarto del cuartel, que habían habilitado como hospital. En el mismo cuarto había tres o cuatro camas con compañeros también heridos en la misma acción.

Me pareció como si hubiera despertado de un sueño largo. ¿Qué cuarto es éste que no reconozco?, ¿por qué ahora estoy acostado en una cama y no en el vil suelo de la cuadra? Quise levantarme y me dolió la pierna derecha, que sentí muy apretada en el vendaje.

"Éste es un trancazo que atinaron —pensé—. Menos mal que fue en una pierna; tengo otra de refacción; si me ha tocado en la cabeza entonces sí me amuelan, a estas horas estaría platicando en el otro barrio con el difunto Otamendi".

Estaba yo medio ido; no pensaba bien, algo me acordaba del combate, pero no muy claro; las ideas pasaban a la carrera y no se detenían siquiera un ratito para precisarlas mejor.

Mi Chata Micaela llegó al poco rato y se puso muy animosa a platicar conmigo.

—¿Quiúbole?

—¿Quiubo?

—¿Ya despertaste?

—¿Pos qué estaba yo dormido?

—¿No te acuerdas de nada?

—¿Dónde andabas tú?

—¿Cómo te sientes?, ¿ya mejor?

—¿Tú cómo me ves, quedaré chueco?

—¿Cómo te sientes por dentro?

—¿Por dentro?

—¿Estás bien?

—¿Por dentro de dónde?

—¿De dónde quieres que sea?, de la pierna.

—¿De la pierna?

—Contéstame algo; no me preguntes tú también porque asina no nos entendemos.

—Tú también contesta y no preguntes tanto. Vamos con orden. ¿Cómo dice por ai el médico, o el curandero, o el que sea, que estoy yo?, ¿qué tengo?

—Estás herido de un tiro en una pierna. Dice el médico que el balazo no te llegó al hueso y dentro de un mes a lo más, ya estás listo para seguir cargando la mochila y el máuser.

—¿Y con qué me han estado curando?

—Con puro yodo; te pusieron algodones y te vendaron. Te van a tener a dieta.

—¡Qué novedad! Siempre ha estado toda la tropa a dieta, casi igual que los caballos de los regimientos.

—Perdiste mucha sangre y por eso estabas amodorrado como si te las hubieras tronado muy fuerte. Te trajeron en camilla desde allí donde caíste.

—¿A quién más le dieron?

—El teniente Gloria sacó un rozón en una mano; al cabo Pedro de la Cruz, aquel chaparrito, le tocó un pelotazo en la maceta y allí se quedó; a aquel soldado muy picado de viruelas, alto y seco, también le tocó y a otros dos más. Heridos, aparte del teniente, salieron ustedes cinco que están aquí. Tú eres el que está mejor, pues dicen que vas a quedar bueno pronto; aquel del rincón tiene un tiro cerca de la boca y en cualquier rato se va de este cochino mundo; aquel del otro rincón tiene un balazo en el estómago y todo el día se está quejando, puede que también se vaya; los otros dos tienen tiros en las piernas como tú, pero parece que van a quedar cojos porque les llegaron a los huesos.

—¿Y del enemigo?

—¡Uf!, daba gusto ver aquel campo sembrado de muertos. No hubo heridos, puros muertos. Dejaron como veinte. ¡Pero no train nada!, andan a la quinta pregunta como nosotros. Aquí les dan tres reales a cada soldado, pues a ellos creo que ni eso. Unos cuantos santos en el pecho y nomás.

—¿Pero cómo acabó aquello? Porque yo no me doy cuenta de lo que pasó a lo último.

—Pos dicen que ustedes, los de la segunda sección, dieron una carga al marrazo, pero que los otros no los esperaron, que pelaron gallo, agarraron sus caballos y se fueron al monte.

—¿Y no los persiguieron?

—¿Quién, los de la caballería? Estaban muertos de miedo con la pela que les dieron en la tarde. De los quince que fueron a explorar, volvieron cinco heridos y dejaron tirados a dos muertos.

—¿De manera que los rebeldes huyeron?

—¡Qué va! Se fueron de momento, pero allí están casi en donde mismo y ora andan más enchilados que antes.

—¿Y por qué no salen los de la caballería a perseguirlos?

—Pos por eso, porque... bueno, yo no sé por qué.

—¿Y los nuestros?

—Porque si salimos de aquí se meten al pueblo.

—¿De modo que estamos lo mismo que antes?

—Pior, porque tuvimos muertos y heridos y se gastó mucho parque.

—¿Y entonces?

—Dicen que ya viene el Once Regimiento completo, a hacer campaña.

—¿Viene el Once?

—Ésos tienen que ser buenos, ¿no has oído mentar a los lebrones del Once? A ver si el número no falla.

—¿Los demás compañeros como están?

—Buenos. El cabo Reynaldo Aguirre echando habladas como siempre. Carmona apesadumbrado porque su chamaco tiene tosferina; la pescó con estos friazos; Eulalio Villegas empelotado con la Trompitas; el capitán Salas, ¡lo hubieras visto cuando volvió a su casa después del combate! Su mujer lloraba del contento al verlo sano y salvo y sus criaturas lo abrazaban de las piernas. Debió haber dejado a sus gentes en Torreón o en Monterrey. Ese pobre señor ha de sufrir mucho, allá en su interior, Dios quiera y que no le toque un trancazo. El servicio sigue igual: guardia y puestos avanzados; desveladas todas las noches y frío hasta para aventar para arriba. Tú te puedes dar de santos mientras dure lo de tu herida; buena cama y reposo completo. ¡Quién te iba a decir que te habías de acostar en buen colchón!

—Ésa ha de ser la única ventaja de que le acierten a uno, lástima que no me puedas acompañar.

—Mejor, así vas a descansar de todo. Ojalá y nos manden otra vez a Torreón, ya me cayó mal este desgraciado pueblo; aquí no sabe uno de nada y ni se puede conseguir nada.

La corneta tocó "media vuelta" y la Chata tuvo que irse junto con las otras mujeres, para volver hasta el otro día.

Era tanta la diferencia que sentía entre el suelo duro de la cuadra y aquel colchón en que estaba acostado, que se me espantó el sueño. Toda la noche, desde el "silencio" hasta la madrugada, estuve oyendo

el quejido del compañero herido en el estómago; se conocía que ha de haber sufrido mucho el pobre amigo con su dolor, pues no paraba su lamento. Era un ¡ay!, largo, largo, que no se acababa nunca. Me dolía que aquel hombre se quejara tanto y que no hubiera ni una alma caritativa que estuviera junto a él. Su lamento era hondo y largo, como han de ser los lamentos de las ánimas en pena; era como una bolsa de aire que se estuviera desinflando poco a poco.

Al principio su voz era fuerte, casi se oía tanto como las de los centinelas del recinto del cuartel; se fue haciendo después más lenta como un murmullo, como el chorrito de agua de algún arroyo del monte. Se iba acabando el hombre, iba entregando su alma muy lentamente.

"Se está muriendo ese pobre compañero —pensaba yo—, sin que nadie le dé ni un trago de agua y sin una mano que se ponga en su frente o le cierre los ojos."

Parecía que ya todo había acabado y respiraba yo satisfecho de que hubiera por fin encontrado el descanso, cuando otra vez volvía a oírse el quejido de dolor. ¡Cuánto tarda a veces en salir el alma del cuerpo! ¡Como si no quisiera abandonar el cuerpo cansado, su compañero de muchos años!

La noche fría de diciembre se estiraba como si no quisiera irse nunca y la oscuridad del cuarto se hacía más negra, como si ya estuviera vestida de luto, por el difunto aquel que no había de llegar al toque de la "diana".

Me puse a rezar una oración por el alma de aquel compañero y a pedirle a Dios que se lo llevara pronto y que ya no lo hiciera sufrir más.

Cuando empezaron a entrar los primeros rayos de la claridad del día por las rendijas de la ventana, me quedé dormido y el compañero herido del estómago dejó también de quejarse.

Cuando desperté era ya media mañana, la Chata Micaela estaba junto a mi cama y dos camas estaban ya vacías; el herido en el estómago y el de la cabeza habían pasado a mejor vida.

No sentía yo ganas de hablar; la desvelada o mi debilidad me tenían postrado: La chata era la que hacía el gasto.

—Quedaron dos camas vacías, pero para de aquí a la tarde se van a ocupar; hace un rato que ya se estaban tiroteando las avanzadas y es seguro que no ha de tardar un agarrón en forma. ¿Tú te imaginas

si llegaran a tomar el pueblo los rebeldes? Estoy casi segura que lo primero que habían de hacer era venir a rematar a los heridos.

—¡Bonito consuelo!

—Eso es lo que yo pienso, por eso digo que estoy casi segura, pero no quiero decir que esté segura de a tiro. Pero no tengas cuidado, que mientras aquí haiga Pelones, toman una pura… Pero yo no sé en qué piensan estos jefes de nosotros que no mandan a los heridos para Torreón; aquí no hay ni medicinas, ni nada; si no se muere la gente de los balazos, se va a morir de cualquier infección. Dicen que Calixto Contreras trae mucha gente y que ha prometido tomar Cuencamé, cueste lo que cueste; cada rato manda a pedir la plaza, que le hagan favor de entregársela y de aquí nomás le dicen: "¡Tenga su plaza!", como si nomás fuera cosa de pedir. ¡Si vieras, viejo, qué escasa está aquí la yerba! ¡Cómo será la cosa que ni los de la banda han podido conseguir nada! Mezcal sí hay mucho, y también hacen aquí muy buenos chicharrones; calientitos y con unas tortillas también bien calientes y con tantito chilito picoso y una rama de perejil...

—¿Pero, no ves que estoy a dieta?

—Dispénsame, viejo, pero ahorita se me estaba antojando; lástima que no puedas comer, pero para que no te salga un grano y se te haga agua la boca, en la tarde te voy a dar una mordida de un taco; una mordida nomás y un traguito de mezcal para que te mojes la lengua.

—¿De veras?

—Ya lo verás.

—Pues ándale, vete para que no te dilates.

—Hasta que no den el toque, espérate un ratón. Mientras te contaré algo de mis andanzas: ¿conoces Guadalajara? Yo estuve allí en el cuartel colorado...

Pasados algunos días se condolieron de nosotros y nos mandaron a Torreón.

Una mañana temprano salimos de Cuencamé los quince o veinte heridos que nos habíamos ido juntando del Noveno Batallón o del Segundo Cuadro de Regimiento y que la malpasábamos amontonados en un cuarto destartalado que habían improvisado de enfermería, al cuidado del mayor médico del batallón, que casi ni nos tomaba en cuenta. Su receta era el yodo para las heridas y la dieta para el estómago.

Nos llevaban a Torreón en donde decían que había buen hospital, medicinas y médicos más considerados. En unos guayines con capacetes de lona nos apilaron a los enfermos; un oficial con una escuadra de soldados nos daba escolta y las viejas, como era la costumbre, iban por tierra, junto con la tropa.

El camino era malo para los carros; estaba en trechos cubierto de piedras y en partes habían hecho zanjas en la tierra las rodadas de otros carros, que pasaban de seguro cuando la tierra estuvo mojada por las lluvias y se formaron atascaderos.

Las mulas iban al paso de la infantería, como si ya estuvieran cansadas desde antes de salir. Sonaban las cadenas de las guarniciones, rechinaban las ruedas de los carros y gritaban a cada rato los carreros mientras adentro los enfermos se quejaban con las zangoloteadas del camino.

—Si no nos morimos en el pueblo con el médico, vamos a estacar la zalea en este camino.

—Siquiera hubieran puesto tantita paja en el piso.

—Amigos carreros, tengan cuidado con las piedras del camino.

Algunos, más renegados, echaban maldiciones y otros hasta bufaban de dolor con aquel traqueteo. Un pobre, de los de caballería, que iba herido en la caja del cuerpo y que se conoce que sufría mucho, estaba como loco y gritaba con todas sus fuerzas cada vez que sentía un tropezón.

—¡Ay!, ¡aaay! Paren; ya está bueno, ¿para qué tanto martirio?

—No hay modo de parar, hay que seguir adelante.

—Déjenme aquí tirado; tengan compasión, no sean herejes.

—Aguántate, ¿qué no eres hombre? Llegando a Velardeña se acaba esto y allí el tren es muy cómodo para seguir a Torreón.

—Yo no quiero nada; no quiero nada. ¡Ay!, ¡aaay! ¡Bájenme!, mátenme de una vez de un desgraciado balazo en la cabeza. ¡Ay!, ¡aaay!, compañeros que van ai a pie: dénme un balazo, por su madrecita; acaben de una vez conmigo. ¡Fusílenme! ¡Ay, Dios!, ¿no me oyen?; a ustedes les hablo hijos de la tal. ¡Mochos mulas! ¡Coyones! ¡Voy a que no me dan un tiro! No son hombres ninguno de ustedes. Ninguno de los que van ai afuera tiene alma para acabar conmigo. Les faltan tompiates; ¡jotos tales! ¡Aay, ay! ¡Ay Diosito! ¿Por qué no me muero, por qué no me matan mejor? ¡Ora oficial mula, hijo...! ¡Ese cabo que va ai caminando es puro tal! ¿No están contando siempre en el cuartel que al que aquí se insubordina lo

afusilan? ¿Pos qué esperan, pues, carbones? ¡Aaay! ¡Ay Dios!, ¿por qué no me muero?

Mucho ha de haber sufrido el pobre, cuando mejor quería que le dieran la muerte.

Y seguíamos traqueteando sobre las tablas duras de los carros que rebotaban cada vez que las ruedas pasaban por sobre las piedras boludas del camino aquel.

Como a la media mañana se detuvo el convoy; las mujeres nos dijeron que se veían unas polvaredas que podían ser del enemigo. Los soldados de la escolta se prepararon para resistir y nosotros, sin armas y sin poder caminar, teníamos que resignarnos a aguantar la parada, fuera como fuera. Seguro que los tiros del enemigo iban a ser para los carros, que eran los que presentaban mejor blanco. Si perdían los de nosotros, que sí habían de perder por ser tan pocos, allí nos iban a rematar a todos los heridos. Fue un rato de incertidumbre.

Nada veíamos los que íbamos adentro de los carros. Es lo peor sentir el peligro y no verlo de frente. Me parecieron siglos aquellos momentos. ¡Cuánto mejor hubiera querido estar con los de afuera, para poder pelear!

—¡Ya están ai!, ¡ya están ai! —gritaban asustadas las mujeres, tirándose de barriga debajo de las ruedas de los carros.

—¡Mejor, para que de una buena vez nos lleve la tostada! —decía el herido grave, como si para él fuera aquello el único remedio de sus males.

Sonaron unos tiros cerca... y unas cuantas balas pasaron silbando por sobre nosotros, Se me oprimió el corazón y me resigné con mi suerte.

Las mulas se espantaron y los carreros, amedrentados, se bajaron del pescante abandonando las riendas y tratando de escapar.

"Eso faltaba nomás —pensé en mis adentros—, que se encabriten las mulas y que arranquen desbocadas; la muerte en cualquier parte, a tiros o aplastados".

Me quise enderezar para brincar al suelo, pero el dolor de mi pierna me contuvo.

El oficial comandante se dio cuenta y les gritó a los paisanos:

—¡Al primero que corra, lo mato!

Se oyeron dos o tres tiros más de la pistola escuadra del oficial, que seguro les tiraba a los carreros para meterles miedo.

Se hizo la calma en un momento. El enemigo se había ido y había sido aquello nomás una escaramuza pasajera. Nos volvió el alma al cuerpo y seguimos el viaje.

—Dios quiera y lleguemos pronto a Velardeña —se oía en dondequiera.

Algunas mujeres, mientras caminaban al trote, iban rezando en voz alta.

Caminaban ahora los carros más de prisa y el movimiento de ellos era cada vez mayor; se trataba de llegar pronto al destino, por lo que pudiera acontecer.

El herido del Segundo volvió a berrear más fuerte y a echar maldiciones y quejidos con toda su alma adolorida o encorajinada.

La Chata Micaela tuvo una puntada buena: se encaramó en el carro, encendió un cigarro y se lo puso en la boca al quejumbroso, que estaba ya medio desmayado.

—¿Qué me das? —preguntó.

—Un cigarro de mariguana para que te lo chupes, a ver si así se calman tus dolores y aguantes bien el viaje —le dijo en voz baja la Chata.

—Dios te lo pague, mujer.

Le dio unas cuantas chupadas y se calmó.

Los carros arreciaron el camino y nomás se oían el ruido de las cadenas, el rechinar de las ruedas y las malas razones de los carreteros. Ya no sentíamos tanto los golpes, como si el camino se hubiera hecho mejor o como si nos hubiéramos ya curtido, a fuerza de sufrirlos tanto.

El sol tostaba las lonas de los toldos y eran hornos los carros, buenos para amasar; afuera una nube de polvo envolvió a la caravana de heridos y a la escolta que cansada cargaba el máuser y sacaba la lengua.

Los carros seguían caminando y a lo lejos brillaban ya los rieles del ferrocarril.

XII

Otra vez en Torreón.

Es el hospital civil, cerca de La Metalúrgica, el que me cobija ahora en lugar del cuartel del barrio de la Paloma Azul. Ha pasa-

do más de un mes, como si fuera un momento desde que llegué a Cuencamé. Aquella plaza se perdió; la tomaron los rebeldes apenas salieron las fuerzas del Noveno, que también ya estaban de nuevo en Torreón. El Once Regimiento que nos relevó, seguía peleando en el estado de Durango contra los Arrieta o Calixto Contreras, y cada vez perdía más terreno.

Decían los médicos que mi herida se había infectado algo y que se hacía necesario canalizarla bien; que iba todavía para largo y que por lo menos me soplaría un mes más, allí en el hospital. Yo estaba feliz y mi mayor gusto hubiera sido pasarme allí la vida o aunque fuera siquiera el tiempo que durara mi enganche. ¡Qué diferencia aquella vida a la del cuartel! Todo el día tirado en buena cama o tomando el sol en los arcos del corredor, con un buen camisón blanco de manta limpia. Los médicos, buenas gentes, me curaban con cuidado y a veces hasta me regalaban con cigarros; las enfermeras buenas mozas y la comida mil veces mejor que aquel rancho siempre igual de atole, frijoles y café; en el hospital había todos los días caldo, un pedazo de carnita, arroz y alguna verdura. Olor a yodoformo y a medicinas siempre, pero buenos modos y mejores palabras.

Un retén de soldados cuidaba el punto, que era un puesto avanzado de la Plaza, y a la vez nos cuidaba a los heridos, para que no fuéramos a desertarnos de allí, aprovechando alguna mejoría en nuestras heridas. Yo creo que nadie de nosotros pensaba en irse. ¿A dónde?, ¿para qué?

La Chata Micaela me veía todos los días y me llevaba las noticias de la calle. Mi comadre Juana con su chamaco, la Trompitas y la mujer del asistente del capitán Salas también me fueron a visitar un día y se estuvieron conmigo toda una tarde, contándome todas las minucias del cuartel.

Hasta la pobrecita vieja de mi madre y mi compadre Celedonio fueron a verme. Mi compadre, el pobre, me llevó un puño de centavos amarrados en la punta de un pañuelo paliacate; mi madre me llevó unas medallitas milagrosas de la Virgen del Carmen y una oración del Santo Niño de Atocha. Viéndolos a ellos dos, me parecía que había yo vuelto al rancho, después de una muy larga ausencia. ¡Cuántas cosas nos contamos! Conocieron por mi boca toda la vida dura del soldado; les veía yo en la cara la lástima que me tenían; me figuraba yo ser uno de esos pobres perros que se huyen

de la casa en que han vivido y que a poco vuelven aporreados de la calle y con mucha hambre, flacos y enteleridos; que reconocen el lugar de la querencia en donde siempre tienen un hueso que roer y una mano cariñosa que les alise la cabeza. Me oían contar mi vida, mi vida apenas de ocho meses de ausencia, como quien oye contar los recuerdos de las gentes viejas. Estaban pendientes de mis palabras y les notaba el asombro que les causaba cuanto yo les decía; nunca se imaginaron ellos dos que pudieran estar los hombres tan sobajados en la vida, ni que pudiera malpasarse nadie tanto. Más se asombraron cuando les aseguraba yo que muchos de nosotros, los de tropa, estaban ya tan hechos a esa vida que ni fuerzas les hacían los trabajos y que seguramente ni se irían ya a hallar fuera de todo aquello, cuando cumplieran el tiempo de su enganche y pudieran libremente volverse para sus ranchos o sus pueblos. Son hijos de la mala vida, les decía; a todo se acostumbra la gente y en todo acaba uno por encontrarle el lado mejor a las cosas y sobrellevar el trago amargo del infortunio y hasta hacer que se vuelva o parezca placentero lo que en realidad no es sino un infierno.

A mi madre se le rodaban las lágrimas oyéndome hablar y mi compadre se veía enternecido.

—Hemos tenido la suerte de vernos ahora que estoy herido; aquí no hay quien nos cuide tan de cerca y podemos hablar tranquilamente y sobre todo, me ven como a cualquier otro hombre que ande libre. ¡Cuánto hubiera yo sufrido en mi interior, si delante de ustedes dos, un cabo cualquiera, o un sargento, me pegara o me insultara! Pronto me han de dar de alta y volveré al cuartel. No vuelvan a verme hasta que yo esté libre, háganme esa caridad; cuando cumpla mi tiempo, si es que no me toca un mal trago en esta guerra, allá estaré con ustedes para seguir la vida tranquila que han de llevar aunque sea con miseria, pero con una poca más de tranquilidad que todo esto.

Aquella visita de mi compadre y de mi madre me causaba mucho gusto, pero al mismo tiempo me martirizaba el alma. No sé por qué se me puso una idea aferrada en la cabeza como con unas pinzas muy fuertes: se me figuraba que estaba yo en capilla, en vísperas de ser fusilado y que aquella visita que estaba recibiendo sería la última en mi vida; que yéndose aquellos familiares míos de mi lado, empezaba la noche de la muerte, el viaje a lo hondo.

Sentía gusto de ver y de oír a los míos, y al mismo tiempo, me daba cuenta de que su presencia me acobardaba y me quitaba todo lo de hombre que tuviera yo adentro.

Les tocó su turno de contar a ellos; fue mi compadre el que llevó la voz; mi madre nomás asentía o decía alguna que otra palabra de comentario.

Seguían viviendo en la hacienda del Horizonte; había pasado ya la pizca del algodón y toda la familia había tomado parte, como siempre, en el trabajo; hasta mi ahijado que ya tenía de edad seis años y se acomedía también en recoger capullos para aumentar la "pesada" y ganar unos cuantos centavos más. Ahora estaban ya rompiendo las tierras para prepararlas para la siembra que había de comenzar, como siempre, el mero día de La Candelaria. Se había regado mucho terreno, pero los jornales eran los mismos de hambre de todos los años; todo para los gachupines dueños de la finca y para los pobres la tienda de raya y una deuda que no se acababa nunca y que antes bien parecía crecer semana con semana; aquella deuda que pesaba sobre mi compadre seguiría con sus hijos y con los hijos de sus hijos, hasta el fin de los siglos. Cansancio, enfermedades y miserias; jacales de jara y cobijas ralas; ni una huerta de sandías, ni unos surcos de maíz, ni unos elotes o calabacitas; nada, la ración medida en la tienda de raya y trabajo, trabajo todo el día.

Mi hermano José se había huido de la casa; sabían que andaba de rebelde con la gente de don Sixto Ugalde. Mi madre pensaba con tristeza en el día en que nos fuéramos a encontrar los dos hermanos con las armas en la mano, cada uno en diferente lado. Si las miserias y los sufrimientos no acababan con la vida de nuestra pobre viejecita, aquel dolor seguro se la iba a llevar al camposanto.

La región lagunera ya andaba revuelta: Sixto Ugalde, aquel que había sido mayordomo de haciendas, levantaba a las peonadas del campo; con él decían que andaban Benjamín Argumedo, uno que había sido sastre en la hacienda de Santa Teresa; los hermanos Livas, de San Nicolás de las Habas; Luis Murillo, que fue cabo de serenos en San Pedro de las Colonias; *el Chueco* Margarito, del rancho de San Salvador; Pancho Tapia, el que fue policía, y una bola de gente conocida de aquellos lugares. Todavía no presentaban combates formales porque andaban mal armados, pero no dejaban de recorrer ranchos y haciendas levantando gente y haciéndoles promesas; buscaban carabinas y se robaban caballos y monturas.

Marcos Nájera, el juez de la Acordada de San Pedro de las Colonias, que casi siempre andaba junto con el teniente Zorrilla Guerrero del Tercer Regimiento de la federación, ya se había dado algunos agarrones con los alzados y les había hecho algunos muertos. A muchos peones pacíficos, nomás por sospechas, los había matado y habían colgado sus cuerpos con reatas de las ramas de los álamos de los tajos de riego. Los españoles estaban temerosos y habían armado con carabinas a mozos de sus confianzas para resguardar sus fincas; algunos de ellos mejor se habían ido a refugiar al mismo Torreón ante el temor de la venganza de los rebeldes que antes fueron sus peones, a quienes muchas veces cintarearon. Era la idea en todas partes de que la revolución había de triunfar.

Las últimas palabras de mi compadre Celedonio, al despedirse, fueron:

—No se le olvide, compadre, que en el otro lado anda su hermano José, procure no pelear; si puede seguir haciéndose guaje aquí en el hospital, mejor; si no, vea el modo de pelarse cuando le sea fácil. Piense que cada balazo que tire le puede pegar a su hermano.

Mi madre me dio su bendición y se fueron los dos muy despacito con rumbo a la estación.

Yo me quedé pensando en los consejos de mi compadre Celedonio: que procurara no pelear, que cada balazo que yo tirara pensara que pudiera pegarle a mi hermano... Aquello también debiera de haberlo oído mi hermano: no pelear, no disparar para donde yo estuviera; él podría escapar de la pelea, largarse para otra parte, ¿pero yo?... No matar a los de enfrente, ¿y entonces qué?, ¿dejarse matar por unos o por otros? Fácil es aconsejar desde lejos y torcer una vida que no es la de uno. No mates a tu hermano, déjate matar por él; no tires sobre los oprimidos; como si todos no fuéramos oprimidos por el mismo yugo y no sufriéramos todos de manera parecida. ¿Desertar?, ¿para que me mataran como al pobre de Otamendi o para que me fusilaran los míos? Mi compadre Celedonio no alcanzaba a comprender lo que cada uno llevábamos adentro, ni a distinguir el surco de cada sembrador.

Estábamos en guerra los pobres desamparados y hambrientos de los campos, contra otros pobres también desamparados y hambrientos, pero apergollados por una disciplina militar: la misma necesidad teníamos todos de justicia y en la desesperación de unos y de otros, peleábamos hasta matarnos, con toda nuestra alma, para

acabar de una vez no con los opresores de arriba, sino con nosotros mismos; acabar una vida que nunca había de ser mejor, para ver si era cierto que en el otro mundo se podía encontrar lo que aquí escaseaba para todos. ¿A poco creían los rebeldes que ganando ellos iban acabar con los poderosos, con los patrones, con los que tuvieron la suerte de educarse bien? Podrían tirar a un mandón, pero no sería sino para poner a algún otro en su lugar. ¿La igualdad? Imposible; siempre habría de haber ricos y pobres, desmedrados y opulentos; igualdad, sólo en la muerte y aun eso mismo estaba todavía por verse ¿Quién sabe el más allá? Y si era cierto lo que decían los curas, también en la otra vida habría de haber un infierno para los desafortunados y una gloria para los que tuvieron mejor suerte; y en vez de patrones españoles, jefes políticos, y cabos y sargentos, puede que hicieran allí sus veces los santos y los profetas y los mártires o como se llamaran, los que pudieran más en poder o en influencia. Los pobres de esta tierra puede que fueran los pecadores o los condenados en la otra vida; ¿no éramos los pobres aquí los que matábamos y robábamos y hacíamos todo el mal? ¿No eran los ricos aquí los que no derramaban la sangre de la gente y los únicos que podían rezar en una iglesia y hacer la caridad con su dinero? Forzosamente en el otro mundo tendríamos que seguir de igual manera.

¡No matar!; al contrario, matar mucho y pronto para acabar cuanto antes y ver si acaso en el otro mundo cogíamos mejor lugar; quien quita y en un descuido nos tocara ser mandones y tener el sartén por el cabo. Si Otamendi nos pudiera contar —él que tan bien decía las cosas— lo que estaba pasando en la otra vida, cuánto bueno habríamos de saber. Pero no; los que se mueren no vuelven y por algo ha de ser; bueno ha de estar aquello y algún día, tarde o temprano, lo hemos de saber.

Los días pasaban tranquilos, parejitos, siempre iguales, como si nada ocurriera fuera de aquel lugar: curación, comida, sol, dormir. De vez en cuando se moría algún herido, en otras ocasiones salían ya sanos, para volver otra vez a batallar con sus cuerpos. Yo me iba capoteando mi pierna sin ganas de aliviarme para no perder aquel bienestar; a veces me parecía que ya no era yo soldado y que cuando me hicieran, a la fuerza, salir de allí, iría a quedar ya libre. Era aquel un sueño del que no quería yo despertar.

Mi vieja me llevó unos libros para que me entretuviera, ya que sabía yo leer. Eran *Genoveva de Brabante* y *Los Doce Pares de Francia*. A mis compañeros enfermos les divertía que yo les leyera en voz alta y que les explicara aquello que no lograban entender; la misma Micaela dejaba de pensar en la tropa y estaba muy atenta oyendo mis palabras con más atención, seguro, que cuando en su vida llegó a oir a algún predicador.

Era aquel un remanso tranquilo, una enramada fresca en medio del calorón del desierto.

Cama suave, comida la necesaria, cobija calentadora, buenas palabras, descanso, ¿para qué más?

XIII

A principios del mes de abril me dieron de alta. No pude aguantarme más, a pesar de todas las luchas que me fue posible hacer. Una buena tarde me llevaron al cuartel a la hora justa en que estaban pasando la "lista de seis". Había poca fuerza, casi todos andaban en partidas o en retenes en los puestos avanzados; cuando gritaron mi nombre y contesté: ¡presente!, todas las caras se voltearon a verme con curiosidad y con cariño; el mismo capitán de cuartel me dijo por lo bajo:

—Te probó la herida, vienes hasta gordo y cachetón.

Cuando rompimos filas, me abrazaron los compañeros de la misma escuadra, y en un momento me pusieron al tanto de cuanto ocurría.

La plaza de Torreón estaba amenazada y era seguro que iba a haber un gran combate en cualquier día cercano. Habían hecho ya trincheras en el cerro de la Cruz y en los de enfrente del cañón del Huarache y las bocacalles del rumbo de La Alameda, por el lado de la Metalúrgica, tenían alambradas de púas bien tupidas y trincheras de tierra y de costales de arena; habían traído ametralladoras que las mandaba un teniente Miguel Velázquez, y también había otras fuerzas de infantería que estaban acuarteladas por el lado contrario al de nuestro cuartel de la Paloma Azul. Había unos voluntarios del estado de Nuevo León, de caballería, que les decían los *Amarillos*, porque así era el color del uniforme que traían; decían que éstos eran de veras bravos y que la mayor talla en todas partes la llevaban

ellos; buenos tiradores, atrabancados y de a caballo, en todas partes se agarraban macizo. El jefe de la plaza era un general de brigada que había mandado desde México el mismo don Porfirio; había sido su compañero en otras épocas lejanas, y se llamaba Emiliano Lojero; era ya viejito, con el pelo ya blanco en su cabeza y en sus bigotes; chaparro, con sombrero ancho tejano; uniforme gris y botas de cuero amarillo. Usaba buen caballo y un clarín de artillería le servía de asistente.

Me contaban que casi no había día que no hubiera novedad.

Recibí esa misma noche mi equipo, mi arma y la dotación de cartuchos. Me estrené en la mañana siguiente con un servicio de partida yendo a proteger a una cuadrilla de trabajadores del ferrocarril que iban a levantar un puente quemado por el rumbo de San Carlos, sobre la vía del camino a Durango; me dijeron los compañeros de la escuadra que casi diario eran esos servicios. Por delante de nosotros, por tierra, habían salido desde la medianoche los Amarillos. Íbamos los cincuenta hombres de la segunda sección, de la Segunda Compañía, al mando del teniente Gloria, que ya estaba aliviado de su herida en la mano, desde hacía más de un mes. El convoy era chico: una máquina, dos plataformas con durmientes y con los peones acomodados encima de la madera, dos góndolas de fierro para nosotros y un cabús para la tripulación del tren.

Íbamos despacio; casi a vuelta de rueda, como si no hubiera cuidado o no tuviéramos prisa por llegar.

El puente quemado, a poca distancia del caserío de la hacienda de San Carlos, todavía estaba humeando y con las brasas encendidas; lo habían quemado los rebeldes apenas la tarde anterior y había de andar por allí cerca la partida que hizo la fechoría.

Tomamos posiciones a los lados de la vía mientras la gente trabajadora hacía su obra. En los postes del telégrafo tres hombres recién muertos se campaneaban colgados del pescuezo con reatas nuevas.

Carmona, mi compañero de siempre, me dijo:

—Mira, a lo mejor esos tres infelices puede que ni siquiera fueran rebeldes.

—¿Entonces por qué los mataron?

—Son cosas de los Amarillos"; siempre lo hacen así. Cada vez que salimos con ellos van haciendo diabluras. Cuando agarran rebeldes no les perdonan y cuando no encuentran enemigo se emparejan aunque sea con los que encuentran, sean o no de la

revolución; dicen que lo hacen por aquello de las dudas y porque creen que al fin y al cabo todos son de los mismos, en cuanto ellos vuelven la espalda.

—Tendrán o no razón, pero pobre gente.

—Ya podrás figurarte lo malquistos que estamos todos los de la federación por estos terrenos. Yo estoy seguro que los que no son rebeldes, se hacen con todas estas tropelías.

—La guerra es dura.

—Y más que la hacen; yo hasta creo que es con toda intención todo eso; ha de ser para que quedemos todos tan mal parados, que no nos sea posible escapar y tengamos a fuerzas que pelear con ganas.

—Pudiera ser que eso fuera estudiado.

—¿Quién se va a desertar?, ¿para dónde?

—Imagínate que mi compadre Celedonio, el del rancho, aquel que te he contado, me aconsejaba que viera el modo de desertarme; me dijo que mi hermano José anda del otro lado.

—Ni lo pienses. Acuérdate del pobre compadre Otamendi; y eso que él era rebelde en el fondo de su alma; ¡ya viste lo que le pasó! Mocho que agarran, mocho que matan; de Amarillos ni se diga.

—¿Qué remedio nos queda, pues?

—Aguantar la parada y matar mejor, antes que nos maten. Hay que ganar, porque el que pierda se muere y de morir fusilado a morir peleando, más vale que mejor sea así.

Los peones trabajaban con temor, pero de prisa, como con ganas de acabar cuanto antes. A lo lejos, sobre la vía, se divisaba una humareda, sería un tren que caminaba para donde estábamos nosotros, o tal vez algún otro puente que estuviera ardiendo.

Entre el caserío del rancho se oyó de pronto un tiroteo; eran los Amarillos que se estaban agarrando con alguna partida del enemigo. Los peones dejaron su trabajo a toda carrera y fueron a esconderse detrás del terraplén del ferrocarril; la máquina del tren comenzó a moverse despacio, para atrás. Nuestro subteniente, Pedro Rodríguez, de un salto se encaramó en la locomotora y le apuntó con su pistola escuadra al maquinista, que lleno de espanto se detuvo. Se quedó allí un pelotón y avanzamos los demás en tiradores para el lado del tiroteo.

Pronto vimos a algunos a caballo que andaban corriendo por entre las casas.

—¡Disparen con confianza sobre los que no anden vestidos de amarillo! —mandó el teniente—. ¡Cuiden de no pegarles a los nuestros!

Empezarnos a tirar y el fuego nutrido se hizo en un momento. Llegamos a las casas y nos hacíamos de las tapias de adobe o de los bordos de la tierra. Muy claro se oían los gritos de ¡Viva Madero y mueran los mochos!

Las balas zumbaban por todas partes.

La partida rebelde era corta; no nos pararon bola mucho rato; apenas alcanzaríamos a gastar unos tres cargadores cada uno de nosotros. Empezaron a correr para el monte. Uno de ellos, ha de haber sido alguno de los más lebrones, vestido de charro y en buen caballo alazán, pasó a toda carrera, echando gritos, por la placita de la hacienda; llevaba lazado y arrastrando a uno de los Amarillos. Detrás de él, hechos unas fieras, le iban echando balazos muy tupidos todos los Amarillos. Seguramente que varios tiros le tocaron al charro al mismo tiempo; abrió los brazos y cayó de espaldas, primero en las ancas del caballo y después al suelo; el caballo salió de estampida a alcanzar a sus compañeros.

Los Amarillos, enfurecidos, llegaron hasta donde había caído el charro rebelde y le descargaron con furia sus carabinas y le dieron culatazos en la cabeza. El Amarillo que llevaba arrastrando el charro, estaba bien muerto.

En un portalito de un tendejón, estaba otro rebelde muerto y detrás del tronco de un árbol había un herido de los de Nuevo León.

Nos metimos después por todas las casas del pueblo y no encontramos un solo hombre; todos habían huido, hasta las mujeres y los perros.

Volvimos al puente quemado; el Noveno sin novedad y los Amarillos con su muerto y con su herido, y también con los dos cuerpos de los rebeldes que cayeron, para colgarlos de los postes del telégrafo, a hacerles compañía a los que ya estaban allí desde en la mañana.

Se reanudó el trabajo de reparación con ganas y acabamos la fatiga a media tarde y nos volvimos a Torreón con la máquina caminando para atrás, pero ahora más de prisa.

Apenas habíamos salido de San Carlos, el puente reparado comenzó a arder otra vez, pero ya no regresamos porque se había hecho de noche y la noche es mala para las sorpresas.

Otras partidas de nuestro batallón que habían salido también desde en la mañana a proteger trabajadores en reparación de puentes quemados, llegaron al cuartel poco después que nosotros; unos habían ido por el rumbo de Jimulco y otros por el de Bermejillo; también se habían tiroteado con guerrillas del enemigo; había habido un muerto y dos heridos de los nuestros y decían que habían matado a tres o cuatro de los otros. La cosa andaba mal.

Esa noche, después de la "retreta", llegó al cuartel el comandante de la policía de Torreón, un señor alto y fornido, de espesos bigotes negros, que se apellidaba Larriba, llevando entre varios policías a tres presos. Los entregó en la prevención y habló después, confidencialmente, con nuestro coronel.

—Ésos no amanecen —me dijo Eulalio Villegas.

—¿Tú crees?

—Como si lo estuviera viendo. Casi todos los días pasa lo mismo. Los agarran los policías por ai, por sospechosos y los meten aquí; no tienen el valor de matarlos ellos y se lavan las manos con nosotros. Nosotros los Pelones, semos los que ejecutamos.

—¿Y serán enemigos de veras?

—¡Ve tú a saber! A lo mejor son nomás puras venganzas o denuncios de adoloridos. Creen los de arriba que metiendo miedo o apretando fuerte se va a acabar esta bola.

—Puede que sea peor.

—¡Ah!, eso tenlo por seguro.

A la madrugada hubo descargas en el patio.

Se había agarrado ya costumbre de fusilar sin el aparato de antes. Nada de cuadro: los tiradores y nomás.

Cuando me llevó la canasta mi vieja Micaela al cerro de la Cruz, en donde estaba de servicio, me contó una porción de novedades:

—Ora sí se va poniendo esto refeo. Imagínate que ya no llegó ningún tren a la estación. Por dondequiera puentes quemados; no se dan abasto los peones de las secciones para repararlos, ni tampoco hay tropa para protegerlos bien. Dicen los ferrocarrileros que con Durango ya no se cuenta, que los rebeldes tomaron Santiago Papasquiaro, y Cuencamé lo tienen sitiado y que ya quedan pocos del Once. En Chihuahua están peleando muy duro; en Ciudad Juárez y en Zacatecas han salido montones de rancheros que los manda un tal Luis Moya, que creo que es la viva fiebre.

—Cualquier día los tenemos aquí.

—No pasa la semana y van a sobrar muchos chacós. Yo, la verdad, a este viejito general lo veo ya muy caduco; ya no puede con su alma. Puede que allá en sus tiempos fuera bueno, pero, ¡qué años hace! Qué bueno que ya estés tú sano, si no allí te rematan.

—Y tú me habías de extrañar, ¿verdad?

—Hombre, ¡cómo no! Te tengo ley, ¿no crees que te haiga ya dado pruebas?

—Puede que sí.

—¡Ah!, seguro; te asisto como es debido; te he seguido por ai, y aunque no me faltaría con quién enredarme, te doy mi palabra de macha de que te soy fiel y de que no le revuelvo. Pregunta y verás.

—No; si te lo creo.

—Oye, aquí en confianza; yo antes tenía mucha seguridad en la federación, pero ya no veo muy claro. A lo mejor perdemos.

—¡Qué más da!

—Pero se trata del pellejo.

—¿Para qué sirve el pellejo?, ni pa'huaraches.

—Pos a mí el mío sí me sirve.

—También a mí, pero si lo pierdo, ¿qué le vamos a hacer?

—Si no te importa perder el pellejo, menos te importará perder a la mujer.

—Todo me viene guango.

—Y a mí trombón, pero siempre no dejes de hacer la luchita cuando llegue la hora.

—¡A poco soy maniado!

Parece como si cada día, de los malos, llevara escrita las cosas que han de suceder mientras dure. Despierta uno inquieto, temeroso, sin saber ni de qué, y comienzan las malas noticias y los sinsabores.

Aquel día, 14 de mayo, vísperas de San Isidro Labrador, comenzó el rejuego duro y cantiado. Amaneció alegre, con mucho sol, pero se notaba un desaliento en todo; las caras de los jefes y de los oficiales estaban preocupadas; los sargentos y los cabos se mostraban muy amigables y decían las mujeres que la gente del pueblo andaba aprovisionándose a toda carrera de lo que habían de menester para comer en muchos días.

Desde muy temprano salimos varias partidas fuertes a expedicionar por los alrededores. Algunos salieron con dirección a Jimulco, otros a Matamoros, o al cañón del Huarache, y a mi compañía le tocó, toda entera, salir en tranvías hasta Lerdo. Íbamos municiona-

dos a doscientos cartuchos por plaza y ocupábamos una larga ringla de coches de segunda y plataformas.

Llegamos hasta la Plaza de Armas y no se veía una alma en las calles. Siempre fue triste el pueblo de Lerdo, pero entonces me pareció a mí un cementerio; nomás los chanates revoloteaban en los árboles armando ruido. Parecía como si el pueblo estuviera adolorido y en cada casa estuviera tendido un difunto.

Nos formaron para emprender la marcha a las afueras. Las caras de todos estaban serias, como si presintieran el peligro. Apenas empezábamos a caminar por una calle con rumbo a las huertas, cuando comenzaron los balazos; ya había rebeldes por allí escondidos.

No se veía enemigo, pero las balas zumbaban tupidas. Nos abrimos en dos hileras, cada una repegada a las paredes de cada lado y aguantamos el chaparrón; no había a quién tirarle.

Hubo un momento de destanteo y el mismo capitán Salas no sabía qué mandar; era lo peor aquello de no ver al enemigo. Algunos comenzaron a tirar al aire. Estoy seguro de que todos sentimos miedo y que en todos dominó el mismo sentir de ponernos a salvo, para organizar mejor el ataque.

Casi sin orden, nos desplegamos hasta los trenes eléctricos y nos trepamos volando con ganas de salir al campo raso.

Los trenes se movieron más que de prisa; en un instante dejamos atrás la Plaza de Armas, la Plaza de Toros y el Parque Victoria; por fin estábamos en el campo libre y en buenas condiciones para defendernos.

Los trenes se pararon; creímos que eso era porque así lo hubieran ordenado nuestros jefes y se supo después que fue porque se acabó le corriente. Nos tendieron en tiradores por sobre la alameda del viejo camino de los tranvías de mulitas.

A lo lejos, con dirección de los ranchos del perímetro de los Lavín, se veían polvaredas tupidas que no podían ser más que del enemigo. Las polvaredas avanzaban como si las levantaran muchos caballos al galope tendido.

Estábamos en malas condiciones; el enemigo en las casas de Lerdo, en Gómez Palacio también, pues desde allí habían quitado ya la corriente eléctrica y en gran número avanzaban por el frente.

La polvareda seguía adelante y ya se distinguían a los caballos corriendo. Hicimos unas descargas cerradas y pareció que aquello los contenía. Pensamos que irían seguramente a echar pie a tierra y

a encadenar su caballada para echársenos encima, pero no fue así; cambiaron de rumbo y en lugar de seguir sobre nosotros, torcieron para Gómez Palacio.

Casi matando su caballo, llegó a todo escape un oficial de órdenes del general Lojero.

—El enemigo está entrando ya a Gómez Palacio; hay que replegarse inmediatamente.

Podíamos quedar cortados y dieron desde luego la orden de retirada.

Los que ya estaban en Lerdo, rompieron el fuego desde la arboleda del Parque Victoria; un pelotón de nosotros formó un ala defensiva para contestarles y empezamos a retroceder, no ya con el rumbo de Gómez Palacio, sino dejándolo a un lado y tomando por la hacienda de Santa Rosa y la presa de las Calabazas.

Nos dejaron ir tranquilos; los de Lerdo no se atrevieron a abandonar sus árboles y los de Gómez Palacio estaban seguro entrando, más que al pueblo, a las cantinas del mismo.

El oficial ayudante que nos había ido a retirar, parecía que tenía mucha prisa, pues a cada rato le urgía al capitán para que apretáramos el paso.

El día estaba tranquilo, con mucho sol, sin aire y veíamos polvaredas por todos lados; se estaban juntando todos los rebeldes laguneros para atacar a Torreón. Seguramente que ya antes habían tomado San Pedro de las Colonias y avanzaban en triunfo.

En medio de lo feo que estaba la cosa, me alegraba en mi interior, deseando que hubieran atrapado en aquellas andanzas a Marcos Nájera, el de la Acordada de San Pedro, y le hubieran dado su agua, a él y a toda su gente; apenas así habrían pagado todas sus fechorías.

Atravesamos el arenal del seco río Nazas; pasamos por enfrente de las tapias del camposanto y entramos a Torreón por el barrio de la Constancia.

Cuando llegamos, se oía tiroteo por el rumbo del cañón del Huarache, de seguro por allí también se acercaba el enemigo que anduviera por San Carlos.

Entramos en columna de viaje por la avenida Hidalgo; al voltear por enfrente del hotel Iberia, con rumbo al cuartel, estaba una percha de españoles parados en la banqueta, mirándonos azorados; entre ellos estaba aquel maldito don Julián, de la hacienda de Le-

queitio, aquel a quien le debía yo ser soldado, el que me entregó a Marcos Nájera. ¡Con qué ganas me hubiera yo descolgado el fusil y le hubiera metido una bala en la mera cabeza de pelos colorados! Sólo por verlo así, lleno de miedo, me dio gusto que acabaran los rebeldes con todos nosotros para ver si de paso le tocaba a todos ellos también. Me acordé de mi madre cuando de rodillas le pedía que me pusiera libre y que tuviera compasión.

En el cuartel, la gente que se había quedado estaba sobre las armas. Nos dieron un bueno rancho: pan francés, galletas, carne y unas latas de sardinas. A cada uno nos dieron una buena ración para en la noche, dado el caso que bien pudiera ser que para entonces ya estuviéramos combatiendo y no hubiera manera de repartirnos más, durante la refriega.

Allí estaban todas las viejas espantadas como si fuera aquél el día del juicio final. Puras caras largas se veían por todas partes en espera del agarrón macho que era seguro había de llegar.

Mientras comíamos el rancho sin dejar de la mano los fusiles, todos hablaban; algunos se reían y sus risas más bien parecían gestos. Todos hablaban.

—Ahora sí va lo bueno.

—Súmanse bien los chacós, no los vayan a perder.

—Apriétense las correas de los huaraches.

—No tomen mucha agua porque es mala p'al combate; si los llegan a herir se desangran luego, luego.

—Cuídate, viejo, no saques la cabeza.

—Aquí se va a decidir de qué cuero salen más correas.

Todas eran habladas y risas sin ganas.

A formar y a salir a la calle a tomar posiciones.

A mi sección le tocó defender el cerro de la Cruz; otros subieron a las azoteas del cuartel; otros ganaron con rumbo a La Alameda. Los del Veintitrés estaban por La Fe y los cerros del cañón del Huarache; los Amarillos y la policía, andaban patrullando por las calles para auxiliar donde fuera necesario. Las dos ametralladoras estaban con nosotros emplazadas y apuntando para la orilla del río, por donde a fuerza tenía que pasar el enemigo que viniera de Gómez Palacio. El general y su Estado Mayor recorrían a caballo todos los puntos de defensa. Ninguna seña de preocupación se veía en el viejito aquel, que seguro recordaba sus buenos tiempos de las guerras pasadas al lado de don Porfirio Díaz.

Todos estábamos listos, bien pertrechados, esperando el agarrón.

XIV

Como a las tres de la tarde empezamos a ver las polvaderas por el lado de Gómez Palacio. Eran siempre esas polvaderas la demostración de que el enemigo estaba encima. Venían al galope tendido en sus caballos.

La cosa no tenía remedio ya. Era un mundo de gente la que iba a atacarnos; bien podían ser como unos tres mil o más, contra los trescientos o cuatrocientos que estábamos adentro.

Apenas se acercaron a la orilla del arenal del río, rompieron el fuego los compañeros apostados en la Casa Colorada, en las azoteas del cuartel y en la línea del Tajo del Coyote. Los del enemigo no trataban de pasar del río; agarraron por la orilla del otro lado, con rumbo del rancho del Pajonal y de las hortalizas de los chinos, que estaban a las afueras de Torreón. Iban a toda carrera y bien claro se veían sus caballos tendidos y a ellos con sus carabinas en la mano y picándole espuelas a sus pencos.

Una de las ametralladoras nuestras del cerro de la Cruz comenzó a traquetear echando un chorro de balas que polveaban en las patas de los caballos del enemigo o allá a lo lejos, si es que pasaban altas por encima de sus cabezas. Algunos animales caían redondos con todo y sus jinetes, como si de pronto se hubieran tropezado con el agujero de alguna tuza o de algún tejón; otras veces parecía como si los cuscos se aplastaran a los reparos, tiraran a sus hombres y después siguieran, ya libres, en la misma carrera de sus compañeros.

Caían hombres y caballos heridos o muertos, pero no se detenía la avalancha aquella desaforada, que se iba chorreando con rumbo a las últimas casas de la población.

¡Que bonito sonaba la ametralladora! En un instante quedaban vacíos los peines de a treinta cartuchos. Ni un tiro todavía partía del lado del enemigo; era aquella primera parte, como si estuviéramos tirándole al blanco a monigotes en movimiento, que nos hubieran puesto adrede para ejercitarnos.

Nosotros desde lo alto del cerro, veíamos todo aquello con mucha claridad; pasaron a toda carrera muchos cientos de jinetes y a lo lejos, por los rumbos de Las Huertas, de Matamoros y de Lerdo, otras polvaderas nuevas se habían desprendido y se acercaban a Torreón.

Cuando acabó de pasar toda aquella caballería enemiga, hubo una calma. Iba a comenzar lo mero bueno. Hasta entonces nomás los nuestros habían disparado; les tocaba el turno a ellos, cuando hubieran dejado sus caballos escondidos y encadenados y avanzaran pie a tierra, sobre la plaza.

No tardó mucho en comenzar con fuerza aquello.

Media hora escasa desde que habían pasado y dio principio el combate. El "esquitero" estaba nutrido por el lado de La Alameda; se conoce que el enemigo se había posesionado de las casas que quedaban afuera de las bocacalles atrincheradas o de los árboles de La Alameda y desde allí habían comenzado a pelear. Oíamos, los del cerro, el ruido de la fusilería y el zumbido de las balas, pero todavía no entrábamos en juego nosotros; el combate estaba en el otro lado de la población.

"Nuestro turno va a llegar —pensaba yo— cuando lleguen esos de la polvareda del rumbo de Lerdo; ésos se vienen de seguro sobre nosotros."

Así ha de haber pensado también nuestro capitán Salas, pues nos ordenó cambiar de frente y emplazar la ametralladora, apuntando al camposanto que venía a quedar allá abajo, en la falda del cerro, en lugar del frente que antes teníamos, hacia el lado del río.

Este enemigo nuestro no llegaba con tanta prisa; iba con precauciones, si acaso apenas al trote.

Hubo un momento en que se nos perdió de vista; hasta creíamos que se habría ido por algún otro lado. Era que se había ocultado entre los carrizales de los barrancos, de la orilla del río, para dejar allí su caballada.

No se dejaron venir sobre nosotros como llegamos a tener la esperanza de que así fuera, para barrerlos en un momento desde aquella posición tan formidable, como era aquel cerro de la Cruz; limpio de arboleda, casi liso y muy inclinado. No eran tan tontos; se fueron por detrás de los cerros de enfrente del barrio de La Constancia y de La Fe, para tomar también las alturas y tenernos así como quien dice: mano a mano.

Viendo aquello, volvimos a cambiar de frente, para esperar al enemigo que tenía que aparecer en los cerros de enfrente. No cabía duda que los que nos atacaban no eran tan maniados y que tomaban sus precauciones, para no meterse a lo loco.

Las trincheras nos cubrían bien y estábamos listos con nuestras armas, esperando que sacaran la cabeza los otros, para darles juego. Había temorcillo; puede que hasta miedo; así sucede siempre en todos los combates, cuando van a comenzar; las primeras balas son las que más enchinan el cuerpo; pasado un rato, se ven venir las cosas más malas como si no tuvieran importancia y fueran las más naturales del mundo. El que diga que nunca ha tenido miedo en un combate, no dice la verdad; todos hemos sentido frío en el espinazo, aunque fuera al comenzar la pelea. Cuando silban las primeras balas, no hay uno que no se encoja y que no suma la cabeza entre los hombros. Dan ganas de orinar y algunos, impacientes, lo hacen hasta en sus mismos calzones. "El miedo es familia" y el que diga lo contrario, miente; unos lo confiesan y otros se las dan de muy machos, pero todos lo sienten, aunque no lo digan. Esas balitas que pasan en lo alto y que hacen siempre,¡tzín, tzíiín!, van ya de pasada, pero tienen el privilegio de arrugar el cuero de quien las oye. Esos fogonazos que ve uno a lo lejos salir de las carabinas, y que no se sabe todavía para dónde irá a ganar la bala que soltaron, y que bien puede ir a clavarse en el cuerpo de uno, enchinan el cuero, digan lo que quieran los que se las dan de lebrones o de muy baleados.

A mí, que me ha tocado pelear mucho, unas veces ganando y otras perdiendo, me consta que el temor grande se siente al comenzar la pelea o cuando llega la derrota; el miedo se acaba en medio del combate y vuelve a salir cuando se tiene que soportar la persecución de los gananciosos, que se ensañan con los que perdieron y que, en el calor de la lucha, matan a lo frío, a los que ya vencieron. Siempre me dieron lástima a mí los perdidosos. El miedo lo tienen hasta los animales, cuantimás la gente. El hombre que está en su sano juicio, es lo más natural que sienta el miedo. Dicen que el hombre de vergüenza domina al miedo, ¡será el sereno!, pero yo he visto a gentes que los tenían por hombres de mucho amor propio, ponerse cenizos en los primeros tiros; después harían de tripas corazón y se pondrían a la altura que debían, pero al principio estoy seguro que sentían lo mismo que el más cobarde.

Comenzaron los tiros entre el cerro de enfrente de La Constancia y el cerro de la Cruz; dentro de mi temor muy natural, me dio aquello la idea como si fuéramos muchachos de escuela, que nos estuviéramos agarrando a las pedradas.

En un momento se trabó el combate con furia; de prisa, como si tuviéramos los dos bandos ganas de acabar pronto. Les tirábamos a las camisas blancas y a los sombreros de palma; nuestra ametralladora funcionaba sin cesar, mandándoles la muerte; las balas zumbaban en el aire o se estrellaban contra las piedras. Allá adelante, enfrente, los puntos blancos se movían buscando parapeto entre las peñas y disparando sus carabinas sobre nosotros; una banderita tricolor ondeaba en un picacho: bandera mexicana, como la nuestra, como la que habíamos jurado defender hasta perder la vida o alcanzar la victoria; era igual en sus colores, ¿qué diferencia había entre la una y la otra?

La visión de aquella bandera me hizo recordar que si acaso entre nosotros había algún enemigo, habría de ser otro diferente a aquel que teníamos enfrente. Volteé mi rifle y eché unos cuantos tiros para las ventanas del hotel Iberia, ¡quién quita y algún tiro se fuera a meter en la cabeza colorada del gachupín don Julián!

El tiroteo estaba nutrido por todas partes.

Recorría el viejito general Lojero todos los puntos, seguido por unos oficiales del Estado Mayor y por una escolta de caballería; iba en su caballo muy tranquilo, como si aquello no tuviera mucha importancia. Todos estábamos en nuestros puestos bien atrincherados y con bastante parque para resistir. Se peleaba al mismo tiempo en el cerro de la Cruz, en el cuartel, en toda la línea del Tajo del Coyote, en La Alameda y en el rumbo de la estación; el agarrón era parejo por todas partes, pues era mucho el enemigo que nos atacaba; los Amarillos, al galope, recorrían las calles, reforzando los lugares en que hacía más falta su ayuda.

Yo notaba a nuestro capitán Salas temeroso, como siempre, pero también como siempre, cumpliendo como bueno; era seguro que en medio del combate pensaba en su familia. El teniente Bruno Gloria y el subteniente Pedro Rodríguez, animosos y valientes; todos los de la tropa decididos y con ganas.

Era una balacera cerrada que no paraba ni un instante; se conocía que los revolucionarios estaban decididos a entrar en la plaza en esa misma noche, según se apreciaba el empuje que traían.

Toda la tarde se peleó muy duro y se nos echó la noche encima; habían cortado la luz eléctrica y estaba todo en la más completa oscuridad. Aquello era imponente, nomás fogonazos por todas partes y un estruendo como si estuviera desatada una gran tempestad.

La noche es una oportunidad en los combates, porque se puede hacer mucho entre las tinieblas, pero también se puede perder todo; no se sabe, bien a bien, en qué terreno se pisa, se presta a las confusiones y en un momento puede uno hacer pedazos a los mismos compañeros, confundiéndolos con el enemigo. De noche también, el peligro se ve más grande y se encoge más el cuerpo, ante el temor de lo que no se ve a las claras.

Como era de esperarse, el enemigo aprovechó las sombras de la noche para metérsenos entre las casas; ésa, seguramente, era su tirada. Apenas entrada la noche, comenzamos a sentir fuego por nuestra retaguardia, los que estábamos en lo alto del cerro; los rebeldes se habían metido por el jacalerío de la falda del cerro, por el lado de la población; es decir, nos cortaban de nuestros compañeros de la plaza. Era de urgencia retirarnos de allí, porque nos iban a agarrar a todos los defensores, entre dos fuegos.

A nuestra sección le tocó echárseles encima. Nos remunicionamos y bajamos del cerro haciendo fuego muy nutrido sobre los jacales de la falda, sin saber con certeza a quiénes les tirábamos, pues nada se veía. Como se les ocurriera meterse en esos momentos por allí a los Amarillos se iban a acabar todos, muertos por nuestras manos.

Ante el temor de que pudiera haber confusión y para no perder el contacto entre nosotros, entre disparo y disparo, gritábamos vivas al Supremo Gobierno; ellos nos echaban maldiciones y vitoreaban a Madero. Pesado estuvo aquello: peleábamos entre los jacales a diez metros de distancia unos y otros y a ratos hasta más cerca. Matamos a muchos y también de nosotros nos tiraron a varios; puede ser que también haya caído mucha gente pacífica, porque las balas de los máuseres atravesaban las paredes de los jacales y de seguro les dieron a los que estaban adentro. Ni modo de saber cuál era enemigo y cuál no.

Cerca de la medianoche sería, cuando logramos desalojarlos y ponernos en comunicación con la gente de nosotros. Supimos entonces que algo por el mismo estilo, estaba ocurriendo por el rumbo de La Alameda; que ya había enemigo en muchas de las azoteas de las casas, metido adentro de nuestras líneas, y que la cosa se estaba poniendo fea para nosotros; recibimos orden de no abandonar por nada el cerro de la Cruz, que era la posición más fuerte que tenía la plaza.

Se peleó toda la noche muy duro; el fuego no paró ni un solo momento, tirando todos a la buena de Dios, pues nadie alcanzaba a ver nada en aquella espantosa oscuridad.

Todos queríamos, con toda el alma, que amaneciera para darnos cuenta cabal de nuestra situación. ¡Qué pesados son los combates entre las tinieblas, sólo quien los ha sufrido, sabe lo que es eso!

La claridad del día nos trajo una poca de tranquilidad; por lo menos podíamos ver con quién teníamos que entendernos. Habíamos perdido terreno y bastante gente entre muertos y heridos, pero podíamos defendernos mejor. El fuego aminoró, como si unos y otros estuviéramos rendidos de cansancio.

Con la luz del día, empezamos a darnos cuenta de quiénes nos faltaban. Los comentarios se hacían de prisa, sin dejar de atender el fusil.

—Al subteniente Rodríguez se lo echaron de un tiro en la cabeza.

—Al indio Calequi también le tocó.

—El capitán segundo no aparece.

La falda del cerro estaba sembrada de muertos de unos y otros, y nomás blanqueaban los uniformes de la tropa federal o la ropa de manta de los revoltosos; parecía aquello como si fuera un tendedero de prendas de vestir, que se hubieran echado al suelo para secarlas al sol.

Todos los cerros, desde los del cañón del Huarache, hasta los de enfrente de La Metalúrgica, estaban en poder de los rebeldes; sólo teníamos nosotros el cerro de la Cruz. Por el lado de enfrente, habían agarrado los bordos del Tajo del Coyote y también, muchas de las casas del rumbo de La Alameda. Es decir, que estábamos más apretados en el cerco que nos habían puesto; la noche les había favorecido a ellos.

Los valientes Amarillos seguían recorriendo los puntos al tranco de sus caballos, cansados ya por la traqueteada que estaban soportando; faltaban ya muchos de aquellos hombres y algunos andaban heridos por rozones de balas, pero todavía muy enteros en el combate.

No paraba el fragor de la batalla. Había momentos en que disminuía el tiroteo nutrido, como si se resintiera el cansancio y en ratos se recrudecía la contienda, como si al mismo tiempo se levantara el ánimo de los dos bandos, después de un resuello, y quisiéramos todos acabar de una buena vez con todo.

Ni quien pensara en comer, ni mucho menos en levantar el campo. Montones de casquillos vacíos estaban regados por el suelo; "peines" de ametralladora y cajas de madera, abiertas a culatazos. Parecía el combate como oleada de viento, que de rato en rato alborotara la jicotera. A veces, se apaciguaba el estruendo y sólo quedaban tiritos aislados, que parecía que no habían de hacer nada, pero, ¡qué seguros eran! Ésos eran los que mataban o los que herían; eran los disparos de los cazadores de venados o de los tiradores al blanco; bien apuntados, con calma, con precisión; pausados como relojes y seguros como piquetes de avispa.

También nosotros hacíamos nuestros blancos en vías de entretenimiento: Jesús Villegas se dio cuenta de que a unos cien pasos de nosotros, cuesta abajo, con dirección al camposanto, un herido rebelde, abandonado por los suyos, se movía, con el ánimo seguro de ocultarse mejor, en espera de salvar la vida escapando de aquella lluvia de balas.

—Mira —me dijo—, cuánto vas a que le pego a aquél, en la mera cabeza.

—Tú siempre fuiste amargoso para el tiro al blanco.

—Al blanco sí, pero esto es diferente, éste está reteprieto.

—¡A ver!

—Ora lo verás.

El herido movía un brazo tratando de empujar su cuerpo. Apuntó despacio Jesús y apretó el gatillo; la bala fue a levantar polvo adelante del caído.

—¿Quiubo?

—Le jerré tantito, pero del otro no se me escapa.

Volvió a apuntar con más cuidado y en esa vez sí le atinó, pues el brazo aquel ya no se movió más.

—Ora sí le pegaste.

—Quién sabe, a la mejor se está haciendo el muerto.

Le disparó todo un cargador por las dudas.

—Ora te apuesto un día de haber a que mato al primero que salga por aquella calle de allí, de La Constancia, sea quien sea.

—¿Aunque sea mujer?

—Lo que fuere. Si no mato al primer tiro, pierdo.

—¡Zas!

Estuvo tanteando con su rifle tendido hacia la calle solitaria. Pasó un buen rato.

Por fin, salió un individuo: un hombre chaparrito o algún muchacho; no se veía bien, por la distancia.

Apuntó con tranquilidad y dobló al cristiano de un tiro. Quién sabe quién sería: rebelde o pacífico, viejo o muchacho; treinta y siete centavos de un día de haber costó aquella vida.

—Ora otro día de haber, a que no le metes un tiro al cabo Aguirre, que está allí cerquita.

—¡Ai si no!, porque me tuestan; pero si me la haces buena para la noche, juega.

—¡Juega!

Un tiro de los rebeldes pegó en el mero nueve del chacó del otro Villegas y se lo tiró al suelo; tres dedos más abajo y allí se muere.

—¡Hijos de la tiznada!, ya me agujerearon mi sombrero; ora cuando llueva me voy a mojar.

No le tocó a Eulalio Villegas en esa ocasión, pero a otro compañero de la tercera sección le atinaron un pelotazo en un ojo. Era bala expansiva y la cabeza le quedó hecha un asco: sesos revueltos con pelos de la cabeza y con dientes. Lueguito le echamos tierra a aquello para no ver más aquel horror.

Todo el día batallamos en empujes y repliegues. Las dos ametralladoras no paraban de sonar.

A las tres de la tarde, en medio de un solazo quemador, se recrudeció el combate, como si ya se fuera a acabar aquello.

Poco había de faltar.

Más polvaredas se divisaban a lo lejos, de fuerzas que habían de ser más gente del enemigo, que llegaban en auxilio de los suyos.

La tarde iba cayendo y el combate seguía con la misma fuerza con que había comenzado desde el día anterior.

El capitán nos decía:

—Muchachos, no se desanimen; de un momento a otro ha de llegar el refuerzo y entonces es la nuestra.

Refuerzo sí, pero para los otros.

Apenas oscureció, llegó, con miles de precauciones y de trabajos, un oficial de órdenes, y estuvo hablando largo rato con el capitán. Los dos vieron sus relojes y se conoce que los igualaron en la misma hora. Se volvió a ir con las mismas precauciones con que había llegado.

El capitán estaba preocupado seguro por lo que le había dicho el ayudante; algo grave íbamos a hacer. Nunca había yo visto tan triste

a mi capitán como en aquel momento; yo hubiera querido darle el ánimo que teníamos los que éramos más muchachos que él y que veíamos la vida como cualquier cosa.

Cerró la noche. Iba lo bueno; aquello se tenía que terminar forzosamente, por angas o por mangas.

Fue por mangas; el capitán había recibido la orden de evacuar el punto a las diez de la noche; la misma orden tenían todos los demás comandantes de líneas y de puestos, así nos lo dijo el capitán.

—Muchachos, el parque está para agotarse ya; no habría de alcanzarnos para resistir durante el día de mañana. Vamos a evacuar la plaza; ya volveremos después, con buenos refuerzos, a recuperarla. Muniçiónense lo más que puedan; retaquen las cananas y las cartucheras y cíñanse en el cuerpo las de los que han muerto. Procuren que no se quede ninguna arma en buen estado que pueda utilizar el enemigo; agarren los fusiles que ya no tienen dueño y quítenles los cerrojos y entiérrenlos, después de haber embalado los cañones, disparando contra las piedras o como Dios les dé a entender. A las diez en punto dejamos el cerro y buscamos la salida; que no se vaya a quedar ninguno, porque es seguro que se va a morir.

Lo hicimos todo como se nos ordenó. Nos abastecimos bien de parque y todavía quedó mucho, que no podíamos ya cargar.

A las nueve de la noche, era un solo tronido el disparo sin parar, de nuestras armas. Se trataba de gastar, lo más que se pudiera, las municiones, para dejar lo menos posible, y también de sorprender al enemigo con un fuego muy nutrido para preparar la evacuación. Era un infierno aquello a esa hora; la noche estaba oscura y buena para la escapada.

Cuando fueron las diez, el capitán nos dijo:

—Llegó la hora muchachos; la más peligrosa. Algunos podemos caer, pero los demás se salvarán. Que Dios nos ayude, ¡vámonos! Cadena de tiradores, no se amontonen y tengan calma, la noche es nuestra compañera y nos ayudará bien. ¡Adelante!

Hicimos hilo; por delante iba la ametralladora desarmada y aparcada en una mula; después, las otras bestias con los cofres del parque; más atrás, todos los que quedábamos; el capitán en medio de la tropa y junto a él, su asistente, Gregorio Pérez.

Estoy seguro de que todos sentíamos temor.

En un momento bajamos hasta las casas y nos metimos por la calle larga y derecha que le dicen Avenida Hidalgo. Íbamos por las

banquetas de la calle casi sin hacer ruido, sin disparar las armas, pero listos para repeler cualquier ataque; queríamos avanzar lo más posible sin que nos sintieran. El punto de salida era por La Metalúrgica, en donde se estaba oyendo muy fuerte el tiroteo. Era, seguramente, la que iba a ser vanguardia, que ya se estaba abriendo paso, por entre las líneas de los revolucionarios. Las casas nos protegían y sólo las bocacalles, que eran chiflones de balas, las pasábamos a todo correr.

Dicen que el miedo no anda en burros y así, pues, íbamos bastante aprisa.

En un momento llegamos a las orillas de Torreón y entramos en fuego para forzar la salida.

Nunca en mi vida he visto la muerte tan de cerca. Era aquello algo como un derrumbadero, en que caían los hombres como si de pronto se tropezaran para no levantarse. Una balacera como nunca lo hubiera podido pensar siquiera. Fuego nutridísimo por todas partes, un camino marcado por fogonazos en la oscuridad de la noche y los hombres doblándose o corriendo en ansias de salvación. Fue nomás un momento, pero, ¡qué momento!; para muchos el último de su vida y para los que quedaban, una marca de esas que no se han de borrar en toda la existencia.

Pasábamos por sobre los muertos, pisando a los heridos y atentos sólo a escapar de aquel fuego terrible.

Si alguna vez se acaba el mundo, lo que suceda ha de ser algo así como lo que pasamos entonces.

A los pocos minutos estábamos ya al otro lado del cerco, los que salimos con vida; los rebeldes, aglomerados en gran número, seguían disparando sobre los que les tocaba pasar por aquel portillo infernal y no se ocupaban por el momento de los que ya habíamos pasado.

—¡El que salió, salió; y el que venga atrás, que salga como pueda! Cada uno para su santo y Dios con todos.

No existía ya ninguna formación ni mando alguno; se trataba nomás de salir de la quema y de ganar terreno; era aquello de ¡sálvese el que pueda!, la derrota con todo su horror.

Íbamos al paso veloz; más bien a la carrera, como un rebaño de cabras correteadas por los lobos.

En un momento se quedaron atrás las casas de Torreón, y el fragor del combate se iba aminorando con la distancia. Lo que no

habíamos perdido de gente en los días de combatir, con seguridad que la habíamos dejado tirada a la salida.

El temor a la persecución nos hacía caminar de prisa, pero el cansancio nos iba dominando. Cuando ya consideramos que estábamos a salvo, fuera del tiro del enemigo, seguimos caminando al paso natural.

Mi vieja herida de la pierna me empezó a doler; ¡nada más eso me faltaba para acabarla de amolar, cuando ya estaba casi a salvo de lo peor!

En medio de aquella oscuridad, parecía como si renaciera el ánimo y el gusto por la vida; nos buscábamos unos a otros dando gritos:

—¡Esos del Noveno, no se desperdiguen!

—Por acá, Pelones, ¡sigan los rieles de la vía!

—¡Júntense todos, por las dudas, quién sabe lo que pueda todavía venir!

—¡Teodomirooo!

—¡Régulo!, ¿dónde estás?

—¡Sifuentees!

—¡Aquí voy!

—¡Espérate!

—¿Quién es el que me grita?

—Carmona: ¡espérame!

Era mi compadre, que había salido con bien. Me detuve a esperarlo; me pareció que iba herido, pues renqueaba al caminar.

—¿Qué te pasó?

—Un tiro en el cuadril, pero creo que no es gran cosa.

—¿Y los demás?

—A Jesús Villegas lo vide caer en la refriega. Eulalio ai va, más adelante. ¿Sabes a quién también le tocó?

—¿A quién?

—Al cabo Aguirre; cayó redondito.

—¿Quién lo mataría?

—¡A saber quién! Ni modo que un rayo.

—No; porque yo tenía una apuesta con Jesús Villegas, a que él se lo iba a echar.

—Ni tiempo ha de haber tenido; bastante haría él para atravesar aquello.

—Mira quién va ai.

—¿Quién?

—Una vieja, ¡jálala!

—¡Oiga!

—¿Qué quiere?; no me jalonee, que voy de prisa.

—¡Quién se ocupa de usted!, ¿dónde están las demás mujeres?

—Por ai vienen atrás, todas regadas. Suélteme, que voy a buscar a mi viejo.

—¿Oíste? —me dijo Carmona— las mujeres también se salieron; ¡qué machas son! Vámonos deteniendo a esperar a las nuestras.

—¡A ver si no les tocó morirse!

—Dios haya querido que no.

Nos paramos y empezamos a gritar:

—¡Juanaaa!, ¡Juanaa!, acá estoy.

—¡Chata Micaelaaa!, por aquí, vente.

Gritábamos mi compadre y yo, de rato en rato, y pelábamos los ojos con ganas de taladrar la oscuridad y encontrar a nuestras mujeres.

Seguían pasando soldados dispersos. Allá a lo lejos se seguía oyendo el tiroteo, pero ya muy menguado en su fuerza.

Pasó un buen rato.

A cada mujer que pasaba, tratábamos de reconocerla, para ver si era alguna de las nuestras.

Adelante de nosotros, comenzaban ya a oírse los silbatos de los oficiales que trataban de reunir a la gente.

—¿Qué hacemos, seguimos o no?

—Espérate otro rato, compadre, tengo ansia por mi chamaco.

A lo lejos se iba perdiendo ya el ruido de nuestros compañeros; íbamos quedando solos los dos. Empecé a sentir otra vez miedo de que llegara el enemigo y acabara con nosotros.

Comenzó a esclarecer.

Después de mucho batallar, ya había yo convencido a mi compadre que siguiéramos adelante, cuando apareció la comadre Juana, con la criatura a cuestas en la espalda, amarrada con su rebozo.

Carmona dio un grito de contento.

—¿Ya ves? —me dijo lleno de gozo—, ya apareció mi familia.

Y corrió a abrazarlos.

Lo que siguió fue más duro que el combate y que todo. Unas cuantas palabras nomás, y un dolor de esos que acaban con un hombre.

—¿Cómo les fue?

—Bien, me pude salir con la criatura, cuando aminoró la balacera. Ni guerra me ha dado el pobrecito; míralo nomás ai en mi espalda, puede que hasta se aiga dormido.

—¡A ver!

El niño estaba con la cabeza caída y las manos sueltas.

—¿Pero qué es esto?

—¡¡Qué!!

—¡Virgen Santa!

—¿Qué?

—¡Está muerto!

—¿Cómo?

—¡Muerto! ¡Mira nomás su cabecita, llena de sangre!

—¿Muerto? Lo mataron de un tiro... como si fuera un hombre...

—¡Hijos de la tiznada!...

Carmona estaba como loco; la mujer aterrada, y yo sentía como si se me quisiera salir el corazón del pecho y como si se me nublaran los ojos.

Besaba el padre a la criatura y apretaba su rifle con las manos, como si quisiera destrozarlo.

De pronto dio un grito; un grito muy grande como de un gigante herido en lo más hondo. Metió un cargador en la recámara de su fusil y echó a correr con rumbo a Torreón.

—¿A dónde vas?

—¡Párate!, ¿a dónde vas?

—¡A matar y a que me maten!

Y se perdió entre las sombras de la madrugada.

Quise seguirlo. Titubeé; era ir a la muerte seguro; a matarse inútilmente.

A lo lejos, con dirección a Jimulco, se oían apenas los silbatos de los oficiales tocando reunión. Atrás, hacia Torreón, a la distancia en que seguramente iría mi compadre buscando la muerte, se oyó un tiroteo.

Después reinó el silencio.

Mi comadre Juana, con su hijo muerto en la espalda, y yo, empezamos a caminar despacio por el terraplén del ferrocarril, sin decirnos palabra.

Comenzaba a salir el sol alegre.

XV

Nos detuvimos todos los fugitivos en una hacienda que se llama Nazareno. En la casa grande se hizo el cuartel.

Al pie de un montecito, cerca del caserío, con mi marrazo hice un hoyo hondo y allí enterramos a la: criatura, a aquel Juanito que habíamos bautizado en el cuartel de Monterrey. Mi comadre lo acostó en el fondo con mucho cuidado, como si estuviera dormido y no quisiera espantarle el último sueño. Lo arropamos con la tierra, muy despacio al principio, como para no hacerle daño; después con furia, con mucha tierra apisonada, para que no pudieran escarbar los coyotes y se fueran a comer aquellos despojos. Encima de la sepultura del angelito le pusimos una cruz de ramas frescas de mezquite, unas gobernadoras y las pocas flores amarillas que allí encontramos.

Ya sin el peso en la espalda, mi comadre me abrazó y rompió a llorar con mucha amargura; yo nomás la veía y hubiera querido darle algún consuelo con palabras cariñosas, pero nada se me ocurría; un nudo se atravesaba en mi garganta, que me impedía hablar.

Llegamos a un jacal; un perro alborotado no cesaba de ladrar. Le pedí un trago de agua y algo de comer por caridad, a la mujer que salió a indagar qué era lo que buscábamos.

No había tomado bocado yo desde hacía más de veinticuatro horas; tampoco sentía ya el hambre, nomás un desconsuelo que no acertaba siquiera a definir. Sentados en el suelo, nos comimos los dos aquel taco de tortillas con frijoles que nos dieron, sin decir ni una sola palabra. Cuando las penas son grandes, mejor se calla la boca.

Después nos fuimos a meter en la casa de la hacienda. Era aquel patio una revoltura de soldados y paisanos, de caballos de oficiales y mulas con parque. No existía allí ningún orden y parecía como si fuéramos ya todos libres, sin jefes y sin clases. ¡Ventajas de la derrota, que nos daba libertad!

Cada quien hacía lo que le parecía mejor: unos estaban tirados en el suelo, rendidos de fatiga; otros, sentados, acariciaban a sus viejas. En un rincón, Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas, atendía a un herido; nos acercamos a verlo.

Era el pobre capitán Salas el que estaba tirado, con un tiro en la mitad del pecho. Su asistente no hallaba qué hacer; no se le había

ocurrido más que arrimar una montura y ponérsela de cabecera al enfermo, desabotonarle la guerrera y romperle la ropa interior para que estuviera con más comodidad. Con la presencia de nosotros dos, tomó ánimos Gregorio Pérez.

—No sé ni qué pudiera hacer con mi capitán. Tiene un tiro bien dado; la bala no le salió. Por todo el camino se me desangró mucho; miren nomás cómo traigo la espalda. ¡Y dónde que pesa mucho!; ya sacaba yo la lengua. ¿Qué les parece?, ¡qué buena friega nos dieron!, ¿o no?

—¿Bueno, y qué le has hecho?, ¿qué le has dado?

—Pues nada; yo no entiendo de heridas. Si fuera siquiera alguna torcedura, sí podría hacerle algo. El médico quién sabe dónde jijos estará; lo he buscado por todas partes y ni sus luces. Se me está ocurriendo ir a buscar por ai tantito yodo y unas vendas. Ai se los encargo, orita vengo.

Ya se iba cuando el capitán, que estaba como adormecido, abrió los ojos y dijo:

—Gregorio, no te vayas.

—Voy a buscar tantito yodo, mi capitán.

—¿Para qué quieres el yodo?

—Para curar a usted, mi capitán.

—Déjate de todo eso. Esto no tiene remedio, me voy a ir de aquí a un ratito; yo entiendo bien de heridas y sé lo que tengo. Mejor quédate para hablar contigo mientras tenga todavía alientos. ¿No hay por allí algún oficial de la compañía o algún jefe?

—Sí ha de haber, ¡cómo no! Voy a buscarlos.

—No; no vale ya la pena, ¿para qué?

—Como usted lo ordene.

—Mira: esto ya se acabó, por lo menos para mí. Dentro de un momento se me ha de nublar la vista y se me ha de entorpecer la lengua; ha de llegar el silencio de todo. Óyeme bien y no me digas nada, porque el tiempo se viene encima. Cuando puedas, cuando ya no haya peligro, vete a Torreón, busca a mi familia y diles que aquí me quedé; que mi pensamiento estuvo con ellos siempre. Dile a mi mujer que quiero que el niño no vaya a ser soldado de grande; que sea cualquier otra cosa, menos soldado; que a las niñas las cuide mucho, pues con ellas tendrá un refugio en su vejez. Que cuánta razón tuvo en los consejos que me daba; que ahorita me acuerdo muy

bien de todo lo que hablamos. No se te olvide; recuérdalo bien. Tú has sido, Gregorio, mi último amigo, mi único amigo, yo siempre te quise en el fondo, y si alguna vez te hice algún daño, perdóname; te lo pide un hombre que está ya a las puertas de la muerte.

—Mi capitán…

—Déjame decir y no te conmuevas. Si puedes y quieres, si me has tenido tú también algún cariño, te voy a pedir un favor muy grande, ¿me lo podrás hacer?

—Mi capitán… mi capitán… Usted ordene y doy la vida.

—No llores. Te pido que cuides a mi familia; tú bien te das cuenta de lo desamparados que van a quedar. Vete con los míos cuando yo me haya muerto y cuídalas como si fueras su padre; como si fuera tu familia aquélla. Tú bien sabes que mis hijos te quieren mucho. Vive con ellos; juega con los niños como antes, como cuando yo estaba vivo. Viéndote a ti, estoy seguro de que se harán la cuenta de que no me he muerto. Cuídamelos, Gregorio, ¿me lo prometes?

—Mi capitán… ¿qué soy yo?, nadie. Mi vida es de usted y de los suyos. Le doy mi palabra.

—Con eso tengo y me voy tranquilo. Diles que si en el otro mundo algo puedo hacer por ellos, que no duden que lo haré... ¿No te lo decía?; ya se me comienza a nublar la vista. Dentro de muy poco voy a dejar de hablar, pero ya qué se le hace; ya te lo dije todo y parece mentira, me voy contento.

—Pero, qué fuerza es que se muera, mi capitán; anímese.

—¿Qué horas son?

—Cerca del mediodía.

—¿Hace sol?

—En toda su fuerza.

—Ya... no… lo veo...

—Mi capitán… mi capitán… mi capitán.

Tenía los ojos abiertos y la cara triste; respiraba ya con mucha dificultad.

—Ya entró en agonía —me dijo Juanita.

—Pobre capitán.

Al poco rato, comenzó a boquear.

El aire se iba saliendo poco a poco del cuerpo. La vida es aire que se vuelve al viento.

Juanita se hincó y se puso a rezar con mucho fervor. No duró mucho la agonía; se fue aquel hombre que había sido bueno.

En la tarde lo enterramos; quedó junto a Juanito, con una cruz más grande y mejor pulida.

A media tarde se vieron polvaredas por el lado de Torreón. Otra vez el enemigo.

Por propia conservación, casi sin mando, todos agarramos posiciones en las bardas de los corrales de adobe de la finca. Teníamos por delante un campo descubierto, muy bonito. Cuando los tuvimos a tiro, rompimos el fuego. No nos contestaron, dieron media vuelta y se fueron al galope. Todos pensamos que aquello no era sino una treta para jugarnos una mala pasada.

Convenía seguir caminando; así lo entendimos todos y emprendimos la marcha, apenas cerró la noche. Era casi el mismo desorden de por la mañana; cada quien por su cuenta, pero todos por el mismo camino, por todo el bordo del ferrocarril.

Conmigo iba Juanita; me había cogido de una mano, como para sentirse más consolada.

Íbamos al paso, sin prisa alguna; qué más daba quedarse a dormir en un lugar o en otro, si todos los sitios eran malos.

Caminamos como unas cinco leguas; era ya medianoche y nos sentíamos cansados. En un arenalito blando, nos sentamos primero y nos acostamos después. Las estrellas parpadeaban como si fueran ojos que nos estuvieran haciendo señas; los grillos cantaban por todas partes y la noche era oscura como si estuviera vestida de luto.

El sueño nos venció. A la madrugada, el frío nos empujó a juntar nuestros cuerpos para buscar calor a falta de cobijas. Nuestras bocas se encontraron en un beso y quedamos unidos fuertemente. Las estrellas guiñaban sus ojos con malicia y la noche, como si fuera una sábana pudorosa, nos tapaba.

Con la fresca de la mañana seguimos nuestro viaje. Estábamos ya, como decía la tropa, "arrejuntados"; los muertos a la tierra y los vivos a seguir la vida; así es el mundo.

—¿Por qué no te desertas ora que hay modo? Ya basta de esta perra vida.

—¿Para qué?, ¿para que me maten unos u otros?

—Nos vamos a mi tierra, a México o a Pachuca. Mira: ni siquiera te han de echar de menos; pueden creer que te mataron, ¿quién lo va a saber? ¿No te gustaría mejor trabajar por ai en cualquier cosa? A mí nunca me ha gustado esto y menos ahora con lo que he pasado.

—Bueno, sí; a mí tampoco me gusta; pero, ¿cómo le hacemos?

—Pues, mira; para que no le arriesgues, nos vamos caminando por aquí, por el mismo rumbo, despacio; como si fuéramos rezagados. Si no hay modo de escapar, qué se le va a hacer; pero si se puede, cuando pase ya el peligro, largas las armas y lo que te queda de uniforme y seguimos a pie hasta México; algún día hemos de llegar. ¡Ándale!, ¡anímate! Los dos solitos y tranquilos, ¿no quieres?, o a poco suspiras por tu Chata Micaela.

—¿Yo?, cómo te vaya comparar a ti con ella. No sabes tú las ganas que yo te tenía.

—¿Entonces?...

—Arreglado. Que Dios nos ayude.

Íbamos caminando despacio, agarrados de la mano, sin ganas de llegar hasta los compañeros, pero tratando de huirle al enemigo que pudiera alcanzarnos. A veces, nos parábamos a descansar un poco o simplemente a platicar; ¡teníamos tanto que contarnos!

Caminábamos distraídos, casi pensando sólo en nosotros; una mujer nos alcanzó.

—¡Ábranse, que vengo herida!

Volteamos sorprendidos.

—Mira quién viene aquí, Chonita.

—¿Quién?

—Chonita, la mujer de Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas; nuestra compañera, ¿no te acuerdas de ella?

Era ella que llegaba echando el alma de cansancio.

—¡Chonita!, ¿eres tú? —le dijo Juanita.

—¡Ábranse, que vengo herida!

Me apresuré yo a agarrarla.

—¡Párese!, a ver, ¿en dónde la hirieron?, ¿le tocó algún trancazo en la refriega?

—No —me contestó—, no fue en la refriega; fue entre la refriega y el ombligo; aquí, en el mero cuadril. Creo que nomás es un rozón; pero no pude seguirlos la misma noche y me tuve que quedar allá todo el día. ¡De buena se escaparon, cómo está aquello!

—Siéntese, a ver; cuéntenos.

—¿Dónde está mi viejo, mi Gregorio?

—Está bueno; ahí va adelante.

—¿Entonces, todavía no soy viuda?

—Todavía no, quién sabe más adelante.

—A lo mejor el muy desgraciado ya se estará creyendo libre.

—Ni lo creas, con lo apesadumbrado que está.

—¿Por qué, pues?

—Mataron al capitán; se murió en sus brazos.

—¡Virgen Santísima!, mira nomás; hijos de... ¿Dónde mero le dieron?, a ver, cuéntenme. ¿Y tú, por qué estás sola?, ¿qué pasó con Carmona?, ¿el chamaco?

Tuvimos que contarle todo. Ella después nos dijo lo que sabía.

—No cuente usted ya con la Chata Micaela; allí andaba: celebrando el triunfo montada en la cabeza de la silla de un rebelde. ¡Pobre caballo con tanto peso encima! Porque la Chata está gordita, ¿o no? Usted lo ha de saber bien. Cambió chaqueta la muy jija. No era de ley. Vieran nomás cuántas atrocidades han hecho aquellas gentes, allá en Torreón. Hay un saqueo allí, que da gusto: pianos en las calles, camas de latón, piezas de manta, pares de zapatos, chalinas. Yo creo que por eso se quedó la Chata; ora es cuando se va a hacer de rebozo nuevo. No ha quedado una tienda en buenas condiciones, y ¡tan buen comercio que había! Ya no queda nada; bueno sí, quedan los armazones. ¡Buenos para la rateada!, quién lo iba a pensar.

"Y no nomás es eso; han hecho una matazón que da horror. Los pobres chinos son los que han pagado el pato. Tienen la creencia que todos ellos, los que tenían hortalizas en las afueras, estaban armados para defender el pueblo, y con ese cuento se pusieron a matar a los pobres chales. Los sacaban, arrastrando de las trenzas, de sus hortalizas o de sus lavanderías y en la mitad de la calle los mataban a tiros y a puñaladas. ¿Se acuerdan del Banco Chino? Tiene tres pisos; pues cuando los pobres que estaban allí dentro se dieron cuenta de la furia de los maderistas, se escondieron a toda prisa en el último piso, y hasta allá subió a buscarlos una turba de desalmados; los agarraron de los cabellos y los aventaron por las ventanas hasta el suelo de la calle. Hay ahorita en Torreón más chinos muertos que soldados federales. En mi vida hubiera yo podido pensar en tanto horror. Algunos corrían desesperados por las calles, tratando de escapar y gritando en su idioma quién sabe qué cosas raras; detrás de ellos, todo el peladaje, eso sí, muy llenos de escapularios y de santos, los doblaban a tiros. Dicen que los españoles están muy temerosos, con miedo de que les pueda pasar una cosa igual. Ora es cuando todo el pueblo echa de menos a los federales con aquel des-

orden. Los burdeles están llenos de latrofacciosos y las güilas no se dan abasto; por cierto que toda esa bola de gorrones ni traen nada de dinero, andan viendo nomás a ver qué agarran. Hay una borrachera que para qué les cuento; por eso a ustedes no les hicieron nada ayer los que salieron a perseguirlos, porque todos los que venían no estaban en su juicio y pensaron seguro que estaban mejor allí en Torreón, que andando por acá, con el riesgo de doblar el pico. Y es un hervidero; yo no sé de dónde salió tanto desgraciado; con razón entraron, si son un diablal de gente".

—¿Y qué cuentan ellos?

—Dicen que no van a dejar a un solo pelón ni para remedio. Bueno, pero vámonos, que yo tengo ganas de alcanzar a mi viejo.

Continuamos la marcha; yo comencé a renguear como si me doliera la pierna herida, lo que hizo que Chonita se aburriera de ir tan despacio y se adelantara a nosotros.

Iba yo pensando en otra vida nueva, en pueblos diferentes, en Pachuca, en México...

Segunda parte

I

Dicen que todo cuanto le pasa a uno se encuentra escrito; será cierto o no, pero el caso es que mi sino era seguir siendo soldado y seguir marcando el paso. Ya parecía que me iba escapando, que iba a poder ser posible dejar el chacó y el fusil, pero las cosas se pusieron de modo que no hubo más remedio que seguir la carrera.

Desde aquella triste jornada de Torreón, ha pasado ya cerca de un año y medio. Con ser tan largo ese tiempo, para el que tiene que soportar las malas pasadas de la vida militar, para mí ha sido la mejor época que he podido tener.

En nada se parece esta vida a aquella de al principio, en que me engancharon de leva en el Noveno Batallón; no quiere decir esto que el Veinticuatro Batallón, al que ahora pertenezco, sea mejor que el otro, ni que el trato que recibe la tropa sea diferente al que les den en los demás cuerpos del ejército; en todas partes ha de ser igual, porque ésa es la costumbre y hasta llego a creer que si no fuera así, puede que no hubiera ejército. No; no han de ser diferentes los cabos, sargentos y oficiales de este batallón a los del Noveno, lo que

pasa es que yo he tenido la suerte de no tener que soportarlos. Soy asistente de un jefe y me la paso muy regaladamente.

El tiempo que ha transcurrido me parece un soplo y mi deseo más grande sería el poder seguir tal y como me encuentro, hasta llegar al final de los cinco irremediables años del "tiempo de mi empeño".

La suerte me socorrió cuando tuve el pensamiento de desertarme —después de la toma de Torreón por los revolucionarios maderistas—, entusiasmado por mi nuevo amor y por la esperanza de poder aprovechar la oportunidad de la guerra y largarme a otra tierra lejana, a trabajar en lo que me saliera al paso:

Todo aquello lo tengo muy presente.

Ya habían pasado varios días de lo de Torreón, y mi nueva vieja y yo seguíamos caminando por toda la vía del ferrocarril, con dirección a México; nos habíamos rezagado intencionalmente del grueso de los compañeros, que iban muy adelante, o que tal vez ya hasta habrían torcido por algún otro camino, o se habrían embarcado en algún tren que hubieran encontrado o que les hubieran mandado para levantarlos.

Me consideraba ya casi a salvo y estaba con ganas de tirar en cualquier chaparral las prendas militares, cuando una madrugada se detuvo un tren militar en la estacioncita en que nos habíamos quedado a dormir aquella noche. Se habían parado para que la máquina tomara agua; iba el tren atestado de tropa.

Por mi desgracia, dio conmigo un oficial que se había bajado a recorrer el convoy; yo estaba todavía dormido y me despertó a patadas y echando ajos y cebollas.

Salí del sueño real y de aquel otro que me había ya formado en la imaginación de dejar de ser soldado.

—Soy del Noveno Batallón, mi teniente; me pude escapar de la quema de Torreón y aquí voy chorreando, siguiendo a los míos, que han de ir por delante.

—¡Del Noveno! Estás muy tarugo tú para que me engañes.

—Es la mera verdad, mi teniente; vea usted los números de mi chacó y en la cartuchera.

—¡Del Noveno!; no cabe duda que eres un águila, pero yo ya tengo el colmillo grande. ¿Qué dijiste; nomás volteo el seis para abajo y ya es nueve? ¿No?

Imposible hacerle creer la verdad; para él y para los demás jefes y oficiales, era yo del Sexto y quería pelarme. Aquel tren, precisamente, llevaba al Sexto de infantería con destino a México; volvían de Chihuahua y a su paso por Torreón, después de ya firmada la paz en Ciudad Juárez, se habían amotinado aprovechando una fiesta en que se juntaron todos los oficiales federales y los maderistas, y en la ocasión en que Benjamín Argumedo, con su gente borracha, trató de atacar el cuartel en que estaban alojados. La juanada, casi todos reclutas, se habían aprovechado de aquélla para querer pelarse en bola y muchos lograr escapar. Los maderistas tuvieron que auxiliar a los oficiales para meter el orden y desarmar a todo el batallón. Habían quemado todos los papeles del detall y era aquella una bola de todos los diablos; allí no obedecían a nadie y a la fuerza, con auxilio de los maderistas, los habían embarcado en aquel tren y los llevaban a México a reorganizarlos o a refundirlos en otros cuerpos.

Como todos los soldados son iguales y no había modo de probar lo que yo decía, entré a formar parte de la bola aquella. ¡Qué iba yo a hacer sino conformarme con mi suerte! Siquiera me iría a tocar cambiar de aires y de paso, conocer a la mentada capital de la República.

Aquello era un desbarajuste enorme; toda la tropa desarmada; ni quién le hiciera caso a cabos ni a sargentos, ni a oficiales; la mariguana y el mezcal rolaban por todas partes; la oficialidad y los jefes estaban temerosos y no hacían más que consecuentar a la tropa, en espera de llegar a alguna población en que tuvieran algún respaldo para poder obrar.

Sería porque iba armado y bien municionado o porque tenía cara de más obediente, tuve la suerte de caerle bien a un mayor y me ordenó que me quedara como su asistente. Más que de ordenanza le serví yo, en aquel entonces, para cuidarle las espaldas. Temía y con razón, que le fueran a dar un golpe, alguno de los de la tropa alebrestada.

Me cayó aquello como anillo al dedo, pero tenía siempre el temorcillo de que se aclararan las cosas y me mandaran a mi cuerpo. Cuando tuve una poca de confianza con mi jefe, le insistía yo en mi dicho:

—Mi mayor, yo pertenezco al Noveno, que antes estaba en Monterrey y que nos pegaron en Torreón, el mero día de San Isidro.

—Tú eres del Sexto.

—Soy del Noveno, mi mayor.

—Tú eres del Sexto; te conviene a ti más y a mí también. ¿De dónde eres, dónde naciste?

—Soy de La Laguna.

—Magnífico; me gusta más la gente del norte que toda esta bola de indios. ¿No te gusta ser mi asistente?

—¡Cómo no, mi mayor!

—Entonces cállate ya y deja venir las cosas.

Así fue como mejoré mi condición.

Mientras el tren en que viajábamos hacía el recorrido hasta México, pude enterarme de muchas cosas: que aquel Sexto Batallón que antes de la revolución estuvo de guarnición en Querétaro, lo habían hecho casi pedazos los rebeldes de Chihuahua, en el cañón de Malpaso; allí habían matado a su coronel Guzmán y herido al teniente coronel Vallejo y al mayor Alessio Robles, y había habido muchísimas bajas. Que con la toma de Ciudad Juárez por los revolucionarios, se había firmado la paz y don Porfirio Díaz había dejado el poder y se había embarcado para Europa. Que había un nuevo presidente, que se llamaba León de la Barra, pero que el mero bueno era el chaparrito don Francisco I. Madero, ¡quién se lo iba a decir!

A mí me dieron mucho gusto aquellas noticias porque les veía el lado bueno para mí.

"Si ya ganaron los revolucionarios —pensaba yo—, son ellos los que van a formar ahora el ejército y a nosotros, los Pelones, nos van a echar a patadas para la calle. No nos han de tragar y apenas tienen razón, nosotros haríamos lo mismo. De suerte que apenas lleguemos a México, nos dan nuestro pasaporte y se acabó cargar el máuser y la mochila."

Eso pensaba yo al principio, pero pronto me convencí de que todo era al revés: a nosotros no nos licenciaron, al contrario, nos apergollaron más; y a los que mandaron a sus casas fue a los que se creían vencedores, a los maderistas. Les dieron cuarenta pesos a cada uno de los que no cayeron en los combates, les quitaron sus carabinas y sus caballos y creo que ni las gracias les dieron. Todos los licenciados iban echando lumbre, pues creíanse ya con derecho a todo. A los que les fue mejor los metieron a formar cuerpos rura-

les, pero sin darles uniformes ni armas nuevas y poniéndolos en los lugares en que no hubiera guarniciones federales.

Nuestros jefes y oficiales no tragaban a aquellas gentes; no les cabía en la cabeza que cualquier pelado sin escuela, de pronto, anduviera presumiendo por ai, de capitán y hasta de coronel. Todas eran habladas y cuchufletas y en no pocas ocasiones se agarraban a los golpes y hasta llegaba a haber muertos y heridos, como en la misma campaña que acababa de pasar.

En Puebla, les dio una llegada muy buena el famoso Veintinueve Batallón del coronel Blanquet, a una bola de maderistas que estaban en la plaza de toros; se dieron gusto matando allí. En Cuernavaca, Morelos, también se agarraron otros compañeros con la gente de un cabecilla Zapata. En las calles, ni se diga; siempre había diferencias entre los oficiales de un lado y otro. Y nosotros, la juanada, veíamos venir los golpes duros de un día u otro; todo era cuestión de que así lo determinaran los de arriba.

Cuando llegamos a México, al Sexto lo reorganizaron y a toda la tropa insubordinada la refundieron en otros cuerpos, y a mí y a mi jefe, el mayor Fernando Acuña, nos destinaron al Veinticuatro Batallón, que estaba de guarnición allí, en la capital.

Mi vida era otra muy diferente de la anterior; no tenía obligación de ir al cuartel de San Pedro y San Pablo, en donde se alojaba el batallón, más que a hacerme presente en las listas de las seis de la tarde o en la mañana a recibir el haber, y en los días de las revistas de equipo y armamento o en las de comisario de cada mes; de ai en más, me la pasaba yo en la casa de la familia de mi jefe, que vivía en la colonia de Santa María la Ribera, haciendo los mandados que se les ofrecían a las señoras, o cuidando y entreteniendo a los dos niños que me habían tomado cariño, porque jugaba con ellos, haciéndolos pasar el tiempo muy a su gusto.

Tuve la oportunidad de conocer a México y sentía el gusto de andar libre por las calles. Ni ganas sentía ya de dejar de ser soldado. Buena comida, un cuarto para dormir con mi vieja y uno que otro tostoncillo, de vez en cuando, además del haber, que también ya nos lo habían aumentado. Me ingeniaba yo siempre por acomedirme en todo, para no ir a perder aquel hueso tan sabroso, que me había dado la suerte.

Así que pasó algún tiempo y me acomodé ya bien en mi nueva vida, le escribí a mi compadre Celedonio dándole noticias mías y

pidiéndole también que me dijera algo de por allá, especialmente de mis gentes.

La contestación la recibí ya pasados muchos meses; cuando ya estaba perdiendo la esperanza de recibir noticias. Era una carta larga y con letra muy tupida. La leí despacio una vez, dos veces, muchas veces; me dio en el corazón que aquella carta era la última que iba a recibir; que era algo así como una despedida para siempre de una vida a la que ya nunca habría de volver. Aquella carta, con sus noticias, era para mí la última que había de recibir; yo mismo no quería saber ya más de mi tierra.

Decía mi compadre que no contara ya con mi madre, porque estaba muy enferma y que era lo seguro que fuera a entregar su alma al Creador; tanto por su edad avanzada, como por la vida de amarguras y por los golpes últimos, se había enfermado y no le encontraban remedio por más luchas que habían hecho. Que la pobre viejita seguro se iba a morir con el dolor de haber perdido a sus dos hijos, pues de José, que se había metido de maderista, no sabían nada, por más luchas que le hacían. Había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra; estaban seguros que lo habrían matado y que su cuerpo, abandonado en el campo, se lo habrían comido los coyotes, o lo habrían enterrado en alguna zanja, junto con otros muchos más. De mí, tuvieron la certeza de que también había muerto en la toma de Torreón, pues que hasta la misma Chata Micaela, a quien lograron ver después de la refriega, les contó que ella misma me había visto caer bien muerto. Para mi compadre y para mi mamá, no tenía la menor duda la muerte mía.

Decía en su carta que les causó mucho gusto saber que yo estaba bueno y sano, y que la pobre viejita se había alegrado mucho, aunque eso no le acarreaba bienestar alguno a sus dolencias. Que daba ella gracias a Dios por haberme salvado la vida en aquel trance tan fuerte y que me mandaba su bendición; que ella hubiera querido que tanto mi hermano José como yo hubiéramos sido siempre chiquitos y no hubiéramos crecido nunca, para habernos tenido siempre a su lado, que aquella anciana se estaba muriendo más que de la enfermedad, de la tristeza; que no había remedio y que la encomendara a Dios.

Después me contaba todo lo que allí había pasado con la revolución, todo lo que estaba pasando y lo que él creía que vendría: el saqueo que hubo en Torreón, la matanza de chinos; los desórdenes

de la plebe y el licenciamiento de los maderistas. Nunca pensaron que la guerra fuera tan dura, ni que los hombres fueran tan crueles; me contaba de casos de hombres que eran bien conocidos como buenas personas, incapaces de hacerle un daño a nadie, que de pronto se habían vuelto perversos y asesinos. Que habían muerto muchos conocidos y que otros habían logrado escapar; que aquel Marcos Nájera, jefe de la Acordada de San Pedro de las Colonias, había caído prisionero de los rebeldes, en un combate que hubo en la hacienda de San Marcos, antes de que tomaran la plaza de San Pedro y que, ya a punto de que lo fueran a matar, le había salvado la vida don Emilio Madero. Que las cosas en los ranchos seguían igual: el mismo trabajo, los mismos jornales, los mismos patrones. La Revolución no había sido nada más que una matanza de gente, sin provecho alguno; una explosión de odios acumulados y vuelta otra vez a lo mismo de antes.

Los que habían andado con las armas en la mano estaban echando lumbre al ver que todo había sido inútil y que era muy fácil que fueran a reventar otra vez, pero mucho más fuerte, para pelear por una mejoría que no lograron alcanzar la vez primera; que muchos alebrestados ya andaban por el monte y que a algunos españoles los habían matado.

Mi compadre veía las cosas peores que la primera ocasión y pensaba que en la bola que se aproximaba se iban a meter todos los que antes no lo hicieron. Ya no era el odio nomás para nosotros los Pelones, ora abarcaba también al mismo Madero que se había confiado en los federales y había hecho menos a los suyos, a los que le ayudaron a tirar a don Porfirio y a subirlo a él a la silla. Se despedía de mí, mandándome un abrazo.

Aquella carta tenía que ser la última, ¿para qué más noticias malas? A mi madre la di por muerta, a mi hermano por perdido y de mi compadre, ¿para qué quería ver sus letras plañideras y llenas de dolor? Un chorro de lágrimas, el papel escrito roto en mil pedazos como había de estar mi corazón, un puño de tierra tirado al aire con dirección a La Laguna y... a seguir viviendo como se pudiera.

Mi compadre tenía razón. Comenzaba la bola de nuevo, mejor dicho, no había parado de rodar.

Emiliano Zapata, general maderista, no se dejó que le licenciaran a su gente en el estado de Morelos y se fue al monte, pronunciado,

levantando la bandera de "Tierra y Libertad". Sobre aquellos nuevos rebeldes cargaron muchas fuerzas federales a batirlos. Primero fue el general Victoriano Huerta y después Juvencio Robles, los que tuvieron el mando de aquella campaña.

Platicaban los compañeros que las órdenes eran muy duras; primero, concentrar en los pueblos a la gente campesina y después, matar a cuanto calzonudo anduviera fuera de garita. Cuanta gente anduviera desperdigada de los caseríos, era considerada nada más por eso, como enemigo del gobierno. Los jacales del campo, los bosques y los cañaverales eran incendiados y la tropa federal andaba en campaña, como si anduviera en una cacería acosando alimañas salvajes. Por su parte, los rebeldes no se quedaban atrás; estaban encorajinados, conocían bien su terreno lleno de cerros y de tupidos bosques, y tenían más mala sangre que los del norte; peleaban a la mala, daban golpes seguros y cuando menos se esperaban; se fingían gente pacífica cuando les convenía y sacaban los rifles apenas pasaban las columnas federales, para darles por la espalda. Prisionero que lograban agarrar, lo martirizaban con saña y lo mataban ya de mucho que lo habían hecho sufrir. Era una campaña dura y difícil porque nunca presentaban combate bien a bien, y el enemigo estaba en todas partes y en ninguna. Era allí enemiga toda la gente, enemigo el clima abrasador, el terreno montuoso y hasta el animalero chico y grande que abundaba en todas partes.

Muchos creían que cuando subiera Madero a la Presidencia se compondría aquello. Subió y las cosas en vez de arreglarse se pusieron peores, pues su mismo consentido de antes, aquel mentado general Pascual Orozco, que tanto lo ayudó en Chihuahua, se le volteó con toda la gente que tenía a sus órdenes y en La Laguna, como un solo hombre, se levantó toda la peonada de los ranchos, encabezada por los que antes también habían sido maderistas, como Luis Murillo, los Livas, Benjamín Argumedo u otros nuevos cabecillas como Cheché Campos y Emilio Campa.

La nueva revolución tomó en un instante más fuerza que la de 1910; todo el estado de Chihuahua estaba en poder de los orozquistas y también toda la región de La Laguna, en tanto que el estado de Morelos casi lo dominaba Zapata con su gente y hasta se habían metido ya en parte de Puebla y en Guerrero.

Una poderosa columna militar, al mando del mismo secretario de Guerra, general González Salas, fue mandada a dominar a los re-

beldes del norte. Iban allí las mejores fuerzas de la federación y todo el mundo que vio aquella columna tan potente pensó que el triunfo habría de ser del gobierno. La columna salió de México, fuerte; se reforzó más todavía en Torreón con gente de los maderistas y avanzó, decidida, sobre Chihuahua.

En los cerritos de Rellano los hicieron pedazos los orozquistas; en un momento quedó hecha garras aquella tropa flamante y el mismo general en jefe, González Salas, de pura vergüenza, se dio un tiro en la cabeza. Aquello fue un desastre espantoso; el gobierno de Madero estaba en un hilo a punto de romperse.

Otra nueva columna militar, más fuerte que la primera, formada con todo lo más que pudieron, fue mandada al norte. Iba como general en jefe el general Victoriano Huerta, a jugar la última carta en favor del gobierno; lo mejor del ejército federal iba allí: los generales Rábago, Blanquet, Trucy Aubert, Téllez; el famoso coronel Rubio Navarrete con la artillería y los generales maderistas Emilio Madero, hermano del presidente, y un Pancho Villa, que decían que era la fiera para los balazos.

Tuve yo la suerte de que no me tocaran esos golpes; los que nos quedamos en México nomás estábamos pendientes, leyendo los periódicos, para ver cómo se ponían las cosas en el norte.

El general Huerta iba despacio, con calma, para que no le fuera a pasar lo que a su compañero González Salas; parecía a primera vista como si tuviera recelo de entrar en combate; pero era que tenía su plan y que no le corría prisa llegar, a donde quería, un mes o dos más tarde.

Llegó a Torreón con sus fuerzas, descansó; tomó datos, reorganizó su gente y hasta que no estuvo seguro de todo, hizo el avance.

Conejos, Rellano, Bachimba; tres batallas de las buenas y acabó con el asunto que le habían encomendado; le dio el triunfo al gobierno y lo hizo de veras fuerte.

Yo casi ya ni me sentía soldado; iba al cuartel como si fuera a una visita y mi vida toda la hacía en la casa de mi jefe o en la calle. Apenas si conocía a mis nuevos compañeros. Veía los combates de lejos; oía hablar de ellos como quien oye llover y no se moja, como quien ve los toros desde la barrera. Ya podrían pelear cuanto quisieran y ganar unos u otros con tal que nos dejaran, a mí y mi mayor, tranquilos, gozando de nuestro apartamiento.

Para mí, la vida pasaba tranquila como el remanso de un arroyo en la falda de un monte solitario. El cuartel con su juanada, con la mariguana, con las viejas mitoteras, con los sargentos insultativos y golpeadores, estaba allí cerca, a unas cuantas cuadras, pero yo lo sentía muy lejos, muy lejos de mí.

II

Todo es pasajero en el mundo y la buena vida dura poco.

El mundo corre muy de prisa cuando se está a gusto y los malos ratos se alargan y parecen años o siglos. Eso de que el tiempo corre igual para todos es un cuento.

También dicen que las noticias malas nunca van solas; una mala noticia va aparejada por lo menos con otra.

En un momento pasaron volando los meses como si fueran un soplo del viento y llegó la de malas. Mi mayor recibió orden de cambiar de Cuerpo y ni modo de que me llevara con él; era cosa muy difícil conseguir el cambio de un soldado de un batallón a otro; en todas partes puede haber asistentes y nadie es indispensable en la vida.

—Ya lo ves —me dijo mi mayor— me tengo que ir al Once. Te voy a extrañar, pero no tiene remedio. Ahora me arrepiento de no haberte hecho siquiera cabo, podrías volver a tu compañía siquiera con una cinta colorada y ya en mejores condiciones.

—Yo no hubiera aceptado, mi mayor; mil veces hubiera preferido estar como su asistente que ser clase.

—Me voy al Once, que manda Jiménez Castro y me va a tocar entrar, desde luego, en campaña.

—¿Se va usted a Morelos?

—No; vamos a Veracruz, a batir a Félix Díaz, que se acaba de pronunciar con el Diecinueve y con el Veintiún Batallón en el puerto.

—Arregle usted que me dejen ir a acompañarlo; ahora le puedo ser más necesario. Yo le cuidaré la espalda.

—Bien lo quisiera, pero no es fácil conseguirlo.

—Arréglelo, mi mayor. No me deje.

—Voy a intentarlo, pero no me parece nada fácil.

Habló con el coronel del Veinticuatro, habló con el teniente coronel, y después de miles de trámites apenas consiguió que me dejaran comisionado con él, mientras pasaba la campaña aquella que apenas iba a comenzar. Cuando lo supe, tuve la esperanza de que había de conseguirse más tarde que me dejaran de una buena vez al lado de aquel buen jefe, a quien le debía una tranquilidad y un bienestar que nunca se me habían de olvidar.

Todos los preparativos del viaje se hicieron de prisa, como en los buenos tiempos de campaña; las maletas de lona, la caja de madera, con equipaje de mi jefe, el albardón, el caballo, las armas; todo listo en la estación del Ferrocarril Mexicano, en Buenavista, para esperar el convoy del Once que tenía que llegar a México, de Morelos.

A media tarde del día 16 de octubre del año de 1912, salimos de México. En un tren muy largo iba amontonada la tropa del Once Batallón del coronel Jiménez Castro y también la del Segundo del teniente coronel Ocaranza; todos iban bien municionados; llevábamos ametralladoras y decían que atrás de nosotros iba a salir también artillería.

Los del Once llevaban uniformes de caqui de color verde y en lugar del chacó de cuero enfundado en blanco, los kepí de paño negro. Menos blanco para las balas; ¡cómo no se les ocurrió todo eso en la bola de 1910!

Salimos por la Villa de Guadalupe. Los trenes iban de prisa con órdenes de vía libre; ese día no había llegado ya a México el tren de Veracruz, pues los pronunciados no lo habían dejado salir de allá.

Sabía yo, por referencias, que el camino de México a Veracruz era precioso y por eso iba muy aguzado, observando cuanto podía por los vidrios de las ventanillas.

—A la mitad del camino, ya para bajar a la tierra caliente, están las Cumbres de Maltrata, fíjate bien —me había dicho un compañero que ya conocía aquello.

Seguramente íbamos a pasar de noche por allí; mientras tanto, yo veía la orilla del lago de Texcoco como un espejo muy grande, en trechos plateado y en trechos dorado por los rayos del sol, que ya se acostaba allá a lo lejos. Los dos volcanes cubiertos de nieve, por el rumbo de Puebla; al otro lado de la vía, magueyeras alineadas, como si fueran cabezas con pocos pelos, pero bien peinadas para aparecer menos pelonas.

San Juan Teotihuacán con sus pirámides. Ometusco, los llanos de Apan. Magueyes y magueyes; establos de leguas y leguas de vacas verdes, que en lugar de leche, dan pulque.

Cerró la noche antes de llegar a Apizaco. Mi jefe platicaba con el coronel y yo iba cerca de él, bien acomodado en un asiento de primera, cuidándole sus chivas y las mías. Por fuera en el campo, estaba todo oscuro; nada se veía ya, como no fueran los bultos de los árboles más negros que la noche sin luna. Hablaban ellos de la campaña de Morelos de donde venían los del Once y del agarrón que nos íbamos a dar al día siguiente, con seguridad, con los compañeros sublevados del Veintiuno y del Diecinueve Batallones que estaban en Veracruz, a favor de Félix Díaz. Eso sí que iba a estar bueno: Pelones contra Pelones, con iguales armas y con la misma disciplina. ¡Quién lo había de decir!

Como a la medianoche, paramos en la estación de Esperanza; allí comenzaba la sierra de Acultzingo, que había que bajar para llegar al plan.

Los jefes bajaron y fueron a ponerse a las órdenes del general Joaquín Beltrán, que era el que mandaba a las fuerzas del estado de Veracruz y que andaba haciendo la campaña contra otro general, que antes había sido de la federación, pero que andaba sublevado desde días antes por aquellas sierras de Maltrata y Acultzingo, que se llamaba don Higinio Aguilar.

El general Beltrán era un hombre flaco y de escaso bigote; le caímos como anillo al dedo, pues estaba ya saliendo, con la poca gente que tenía a sus órdenes, para avanzar a Orizaba a ver si podía tomar la plaza que estaba guarnecida con gente de uno de los batallones de Veracruz.

Con la llegada de las fuerzas del Once y del Segundo, tuvo ya seguridad y seguimos la marcha apenas cambiaron los ferrocarrileros máquinas a los trenes, para poder bajar las cumbres.

El primer combate lo íbamos a tener aquella misma noche entre aquellas montañas que rodeaban a Orizaba. Combatir entre las sombras y con gente de la misma; duro iba a ser aquello. A lo mejor nos íbamos a matar unos con otros, creyéndonos enemigos sin serlo. Los trenes militares iban pujando, cuesta abajo de las montañas; vueltas por la vía, que se retorcía por entre cañadas, túneles y precipicios.

Hasta cerca de la medianoche, bajamos la montaña; estábamos en el plano y se veían brillar muy cerca los focos eléctricos de la mentada Orizaba.

Toda la fuerza bajó de los trenes y la distribuyeron en columnas para avanzar al ataque; a unos, les tocó ir por el cerro del Borrego; a otros, por el que le dicen Escamela, y a nosotros por el centro, es decir, por el mismo camino del ferrocarril, para tomar la cervecería Moctezuma.

A las dos de la mañana debíamos comenzar el asalto; yo esperaba a cada momento oír el tiroteo, y nada. El enemigo se había ido a concentrar a Veracruz.

Entramos en la plaza, que estaba desierta; ni un alma por las calles.

Al poco rato se incorporó una fuerza de caballería; eran maderistas de aquellos rumbos, que estaban a las órdenes de Rafael Tapia y que ya para entonces estaban como rurales de la federación. Primera vez que me iba a tocar a mí pelear junto con los que antes habían sido enemigos y, cosa rara, contra compañeros de cuerpos de línea iguales en todo a nosotros.

También se incorporó el general Rafael Dávila.

Esa noche dormimos en las calles de Orizaba para seguir al día siguiente, a Veracruz.

Todo el día siguiente lo pasamos allí, en espera de la artillería, que llegó en la tarde. Se dio un descanso a la mulada que venía en malas condiciones y en la noche emprendimos el viaje por tren.

Estaba visto que no me tocaba conocer aquellas montañas con la luz del día. Más túneles y más barrancas profundas en la oscuridad de la noche.

Fortín: una oleada de aroma de gardenias. Córdoba: un enjambre de focos de luz eléctrica, sembrado entre una arboleda tupida, como si fueran luciérnagas.

Atoyac: ruido de agua cayendo por entre las piedras y los cerros.

La noche negra y los trenes a toda máquina con rumbo al mar.

A la madrugada llegamos a Tejería; un tiro de cañón y estábamos ya en Veracruz.

Allí dejamos los trenes.

El general dispuso que de Soledad llevaran bastantes provisiones.

Avanzaron todas las fuerzas a posesionarse de los médanos de arena que rodean Veracruz. Los artilleros allí sudaron la gota gorda para subir sus piezas; aquella arena movediza apenas los dejaba avanzar.

Allí me di cuenta de lo duro que es ser de artillería: cuando los caminos son malos, lo que no pueden hacer las bestias de tiro, le toca hacerlo a los hombres.

Pujidos y maldiciones, bañarse en sudor y hacer caminar las ruedas por un suelo que se mueve y que se hunde.

El camino era duro y nuestro avance lento; mientras la artillería no estuviera posesionada, teníamos que esperar. Hubo necesidad de dar un descanso largo.

Los de adentro de la plaza parecía que estaban muy confiados. Félix Díaz, el sublevado, sobrino de don Porfirio, tenía la seguridad de que no habría fuerzas federales que fueran a atacarlo y que antes bien se le unirían a él cuantas mandaran. Creo que estuvo mandando emisarios a nuestro general convidándolo a que se fuera con él.

Vi, por primera vez en mi vida, el mar. Desde lo alto de aquellos médanos se dominaba la inmensidad azul; allá a lo lejos, una raya derechita en donde se juntaban cielo y agua; dos azules diferentes, pero parecidos.

Abajo de los médanos el mentado puerto de la Santa Veracruz: un caserío grande por el que sobresalían las torres de la parroquia, el faro nuevo, el faro viejo y el fuertecito del Baluarte, el mar tranquilo de la bahía llegando hasta los pies del faro; metido entre las olas el famoso castillo de San Juan de Ulúa, aquella prisión en donde caían los hombres muy temidos y los pollos muy gordos; aquella prisión de donde decían que no salía nadie.

En medio de la bahía, los barcos de guerra, que según decían estaban de nuestra parte, pues no habían querido seguir a Félix Díaz. Ellos nos iban a ayudar en el ataque. Por la distancia, parecían unas mosquitas, que no harían ningún daño.

Después de todo aquello, el mar. México llegaba nomás que hasta el castillo de San Juan de Ulúa; de allí, para adelante, el mar inmenso, que no es de nadie. La riqueza de la tierra, el poderío, las ambiciones, llegaban hasta allí; para adelante, mar y cielo; el poder de los hombres: cáscaras de nuez, juguetes de las olas y del viento.

Me parecía que el mar era una enorme fuerza dormida, un gigante acostado que respirara apenas; el día que despertara, el día

que lo quisiera, se tragaría a la tierra con todo y sus montañas y volcanes, y sería todo de él. Un gigante que respiraba con sus olas y que roncaba con sus tempestades. Cielo y mar, hembra y macho dueños de todo el mundo...

Estábamos listos para el ataque. La caballería maderista se había ido para entrar por la playa norte; la artillería en los médanos y todos los infantes para entrar de frente.

El día 23 de octubre, a las seis de la mañana, se oyó el primer cañonazo de nosotros y comenzó el combate.

A la fuerza que llevaba mi mayor, le tocó entrar por los Cocos. Unas avanzadas del enemigo quisieron detenernos; rompimos el fuego y nos les echamos encima. Éramos muchos y no tuvieron más remedio que correr.

Estaban ellos parapetados en las casas más altas, en las torres de la iglesia y en el faro Benito Juárez.

¡Qué bonito sonaban los cañonazos!, ¡qué confianza nos daban! Las granadas reventaban siempre adelante de nosotros y nos protegían el avance. Aquello era pan comido. Yo había creído antes que el agarrón iba a ser duro, por tratarse de la misma gente nuestra, pero no fue así.

He conocido a muchos hombres valientes, pero ninguno como el jefe del Once, el coronel Jiménez Castro. ¡Qué hombre! Adelante, en su caballo, pistola en mano, echando tiros como cualquier soldado y con mucho más riesgo, por el blanco que presentaba siempre.

En la calle principal, que le dicen de la Independencia, se agarró él solo a tiros con uno de los jefes enemigos y le tocó recibir un balazo que por poco lo mata; tuvo la suerte de que la bala le pegara en su reloj y que por eso no le hiciera tanto daño.

Los cañonazos y el tiroteo nutrido de al principio, comenzaron a disminuir, y a las dos de la tarde la victoria ya era nuestra. Félix Díaz se había rendido y estaba prisionero, lo mismo que todos los jefes, oficiales y tropa de los batallones sublevados: Veintiuno y Diecinueve.

Apenas unos cuantos días pude disfrutar de Veracruz, de todo aquello que era tan nuevo para mí y que tanto me llamaba la atención: el mar inmenso, las palmeras, los platanares, la gente alegre y hablando de una manera tan diferente a la nuestra; se me figuraba como que aquello fuera otro país muy distinto a nuestro México, co-

mo si allí ya no fuera patria nuestra. Se me iban los ojos viendo el mar; allá adelante, muy lejos, hasta donde se acabara toda aquella agua azul y siempre alborotada, estaban otras tierras; las de los españoles, las de los alemanes, las de los ingleses. ¡Quién pudiera meterse en un buque y conocer el mundo!

Un calor endemoniado; toda la gente vestida de blanco, los hombres en camisa y las mujeres en bata, chancleteando por las calles; morenas requemadas, algunas negras de a tiro, ojos grandes maliciosos, bocas gruesas que daban ganas de morderlas y las batas delgaditas, puestas a raíz del cuerpo, como con la intención de señalar bien las piernas gruesas y provocadoras. Calor por fuera y calor por dentro, en el aire y en el cuerpo; ganas de dormir, de meterse entre las olas del mar y de estrujar a una mulata de aquellas.

Pocos días me duró aquello; a mi mayor lo mandaron para México con una fuerte escolta, llevando a los prisioneros para que los encausaran. ¡Ni remedio!, había que dejar aquello que tanto me estaba ya gustando.

Una mañana temprano dejamos el puerto. En un tren especial salimos dos compañías del Once y todos los presos. Siquiera me tocó conocer de día aquel camino tan famoso.

Atoyac, con su río y con sus cascadas; Córdoba, entre platanares y cafetales; el Fortín, gardenias y magnolias; olor a flores de jardín, a tierra mojada, a rica piña, a azahar de los naranjales, a café y a plátano.

Agua por todas partes, cañaverales, barrancas y túneles y montañas. Metlac, con su Infiernillo; Orizaba, con sus fábricas. Río Blanco, Nogales, Santa Rosa; las Cumbres de Maltrata, el Pico de Orizaba, como si fuera un faro en el camino, y por fin, la tierra conocida de la Mesa Central.

En la noche llegamos a México. El rebelde Félix Díaz quedó encerrado en la penitenciaría y los militares traidores en la prisión de Santiago Tlatelolco.

Unos dos días de descanso y una mala nueva para mí: orden de incorporarme a mi compañía del Veinticuatro Batallón. Se acababa allí la buena vida y otra vez a sufrir .

Nada pudo hacer ya mi mayor y no tuve más remedio que agarrar mis pocas chivas y presentarme al servicio, pronto para hacer lo que me mandaran y dispuesto otra vez a recibir los golpes o soportar las maldiciones de todos los que fueran mis superiores. Otra vez

a darle a la instrucción y al servicio y a las malas pasadas, o marcar el paso o a caminar siempre al son del tambor y al compás de la voz de los sargentos:

—Uno, dos; uno, dos; uno, dos...

III

Cuartel de San Pedro y San Pablo; vieja iglesia o convento de tiempos antiguos en la esquina de una calle; encrucijadas y galerones que antes han de haber sido celdas de frailes; paredes viejas mal encaladas, amontonamiento de indios, soldados y oficiales presumidos.

Los mismos modos, los mismos toques de las cornetas y de los tambores a las mismas horas; entrada y salida de viejas, contrabandos de chínguere y de mariguana, guantadas y maldiciones; revistas, instrucción, arrestos y plantones. Rancho malo, servicio duro y costumbres las mismas de todos los cuarteles.

Me parecía como si hubiera andado yo libre en una temporada y de pronto me hubieran aprehendido y me hubieran vuelto a meter, otra vez consignado, al servicio de las armas; como si hubiera vuelto a causar alta y comenzara la vida aquella desde su principio. Todo lo pasado, un sueño; la realidad iba a comenzar apenas, después de despertar de un reposo tranquilo y agradable.

Dos años muy largos todavía por delante, de cargar el máuser y de marcar el paso. Dura vida del cuartel me esperaba. Si siquiera hubiera bola y continuara la campaña, menos mal que aquel encierro agobiador de preso.

Me entró un desaliento grande; ni siquiera tenía ya la curiosidad de allá al principio, de conocer a fondo a mis nuevos compañeros o mis jefes; ¿para qué, si todos habían de ser lo mismo? Seguir la vida y cumplir de la mejor manera para esquivar los malos ratos.

A aquel Veinticuatro le había pasado lo que al Noveno, lo que al Sexto, y lo que a casi todos los cuerpos federales que habían andado en las campañas del norte, que en fuerza de perder gente por muerte o por deserción, los habían completado de nueva cuenta con reclutas agarrados de leva. En el Veinticuatro había mucha gente nueva, la mayoría eran surianos del estado de Morelos o de Guerrero; muchos de ellos habían sido zapatistas, o por lo menos les agradaban los planes de aquel jefe.

En ratos perdidos, me ponía yo a platicar con algunos de ellos, siquiera para enterarme de su vida de antes. Uno había que se llamaba Simón López, que me parecía a mí el más aguzado de entre todos.

—¿Tú de dónde eres nativo?

—De un pueblo que se llama San Miguel Anenecuilco, cerca de Villa Ayala.

—¿Del estado de Morelos?

—Sí, ¡cómo no!, soy paisano del mentado don Emiliano Zapata; es de mi mero pueblo. Puede que por eso nomás me haigan metido aquí, de pelón. Yo qué culpa tengo de haber nacido allí. Y mira nomás lo que son las cosas, yo tenía que haber sido poblano porque para puebla iba a ir mi madre a tenerme a mí, pero me cuentan que por aquellos días se vinieron unos aguaceros de esos que por allá se acostumbran y los caminos se pusieron que ni modo de andar por ellos. No hubo más remedio que nací yo en San Miguel Anenecuilco, pero a mí, por derecho, me tocaba ser de la mera Puebla.

—¿Y tú conoces a Zapata?

—Sí, ¡cómo no!; conozco a los dos: a don Emiliano y a don Eufemio. ¿No te digo que son de mi pueblo?

—¿Has andado con ellos?

—Les ayudé tantito, allá por el año de 1910, después ya no. Y eso que nos convidaban a todos a que siguiéramos en la bola, pero no, yo ya no quise seguir en la compañía. A mí me agarraron, la verdad de Dios, inocentemente.

—Eso dices tú.

—Palabra que yo no andaba de zapatista ni de revoltoso. Yo lo que hacía era nomás sacarles la vuelta a los Pelones cuando iban por allí, pero eso lo hacía nomás por las desgraciadas dudas; no fuera a ser que me fueran a fregar como a muchos otros. Vieras cuánto estropicio han hecho todas las tropas federales; así nunca van a acabar aquello. A mis pobres viejos los dejaron sin jacal, se los quemaron estos tales; a un hermano mío se lo echaron. A muchos del pueblo los colgaron.

—¿Y a ti, cómo te agarraron?

—Pos así, como dicen que le cayeron al Tigre de Santa Julia; alguien me echó de cabeza y yo ya me supongo quién ha de ser, y algún día me la ha de pagar. Y lo que más coraje me da es que me haigan metido a este batallón que tantos males ha hecho en mi

tierra. Para que más me arda, me meten de compañero entre los mismos que menos puedo ver. No le hace; también don Emiliano fue soldado federal.

—¿También?

—¡Cómo no! ; soldado de caballería del Noveno Regimiento; ha cargado el máuser y sabe lo que es todo esto.

—¿Y qué tal es él?

—Buena gente: con unos bigotes así de grandes; siempre bien vestido de charro y montado en buenos caballos. Dice que a todos nos tiene que dar nuestra tierra, que ya basta de que nomás los ricos sean los gananciosos.

—¿Y tú lo crees?

—Yo no creo nada, pero la verdad es que Madero nos tantió diatiro. Nomás lo subimos y si te he visto, no me acuerdo. No hay derecho. Por eso don Emiliano anda en el monte; le cayó muy mal la tanteada y ai anda viendo el modo de defenderse como puede: a veces pelea, a veces corre. ¿Qué va a hacer si no tiene armas?; ni modo que se ponga frente a frente con los federales; no es tan tarugo y más que ya los conoce y les sabe sus mañas. Por ai anda entre los cerros y entre los matorrales criando sangrito y cuando puede dar un golpe lo da. Yo lo único que siento es que a lo mejor cualquier día me va a tocar a mí echarles tiros a los que son mis paisanos y compañeros.

—Qué remedio, aquí caminas o cabresteas.

—Ni sé qué hacer.

—Aguantar, vale, aguantar nomás; ¡qué remedio!

Aquel Simón López parecía ser el más "leido" de entre todos los reclutas sureños; a lo mejor fue antes cabecilla de ellos, allí en el monte. Todos le decían "don Simón", así como él, a su vez, les decía a los cabecillas de la revuelta: don Emiliano, don Eufemio, don Genovevo.

Entre los soldados más viejos, estaba uno que le decían *el Barretero*, con todas las mañas de los que ya tienen tiempo en el servicio; no había pasado de soldado raso a pesar de tener ya dos renganches; decía que en sus buenos tiempos había sido minero, como aquel mi difunto compadre Carmona, pero ¡qué diferencia! Aquél era hombre cabal y este otro era mañoso, ratero y mariguano empedernido.

A otro soldado de la misma escuadra le decían el *Tlacuache*, seguro sería porque tenía el hocico muy parado y era prieto como él

solo. Uno rechoncho, entendía por el apodo de *Melencué* y nadie sabía qué quería decir aquello y a qué venía aquel sobrenombre.

El sargento Prudencio López y el cabo Doroteo Mendoza eran como todos los cabos y todos los sargentos: golpeadores, mal hablados y abusadores con los de abajo.

Muy parecido aquel Veinticuatro al Noveno; todos los cuerpos de seguro estaban cortados con la misma tijera.

Aquél era mi cuerpo y allí tenía que estar hasta cumplir la condena. Decían que era un batallón ameritado que había hecho muchas campañas y que en tiempos lejanos había sido su jefe el general Lauro Villar, cuando le decían de apodo el *capitán Rémington*. Era el mismo que había ido a los campos de Morelos a quemarles los jacales a los zapatistas.

Aquel era mi cuerpo y dentro de él tenía yo que seguir marcando el paso, hasta que Dios fuera servido.

IV

Cuando llegó la compañía a la prisión de Santiago Tlatelolco, ya habían salido de la aduana casi todos los carros de pulque y sólo uno que otro rezagado salía por el portón de rejas, cargado de barricas repletas de licor, hasta los topes.

El sol brillaba ya alto y calentaba amoroso a los centinelas encapotados del presidio, como para resarcirlos de la desvelada fría de la noche anterior.

Ya nos esperaban los compañeros del Catorce, formados en línea desplegada, a la derecha de la puerta principal. Los cornetas, entrante y saliente, tocaron el acostumbrado "paso redoblado"; se saludaron con las espadas de los oficiales de las dos fuerzas y fuimos a colocarnos también en igual forma que la tropa saliente, a la izquierda del Cuerpo de Guardia.

El relevo se hacía allí, más minucioso que en cualquiera otra guardia de las de la plaza. Era un largo cordón de centinelas y vigilantes apostados, que teníamos que relevar. Adentro, en la prisión, decían los veteranos que había no menos de trescientos encausados, algunos de ellos peligrosos y de cuidado.

La consigna era dura: nada de contemplaciones, a la menor tentativa de huida de cualquier preso: ¡fuego!

Las diez primeras hileras, con dos sargentos y cuatro cabos, entraron desde luego de servicio. Se fueron los compañeros del Catorce a su cuartel, y los que quedamos sin servicio inmediato, entramos a la prevención a colocar nuestras armas en el banco aplomado, de vieja madera.

Los oficiales se fueron al apoyo de afuera, a platicar o a leer los periódicos de la mañana, que acababan de salir y que voceaban escandalosamente varios chiquillos desarrapados. Los de tropa quedamos adentro apiñados en los camastros de la prevención, que todavía conservaban el calor, el humor y la peste de los soldados que acabábamos de relevar.

Apenas entramos allí, Godínez frunció las narices y dijo:

—Yo creo que estos del Catorce apestan más que nosotros. ¿Qué comerán que dejan tan malos aires?

—Es que tú no te has olido.

—Será eso, o será que ya me acostumbré.

—Bueno, y aquí en este carbón cuarto, ¿nos van a tener encerrados todo el día? —pregunté, pues hasta entonces nunca me había tocado hacer aquel servicio y sólo lo conocía por vagas referencias.

—Espérate nomás —me dijo riendo el Melencué—. Ya verás lo que es canela y lo redobladito que se viene el golpe. Nomás te digo que, dentro de un rato, vas a ver con gusto que te dejen estar aquí un momento para descansar. Y lo duro no es el servicio, es que hay que estar muy aguzado porque por nadita así, de centinela vas a parar en preso. Aquí está uno siempre en un hilo.

—¡Y qué conque estar preso!, poca diferencia habrá de ellos a nosotros.

—Poca, sí; pero a estos presos los tienen a medio chivo y el rancho que les dan es pior quel de nosotros.

—¿Pior?, ¿pos qué es posible que pueda haber algo pior?

—¡Újule!, ya lo verás al mediodía: atole, frijoles, dos tortillas y se acabó. El atole está acedo, los frijoles con gorgojos y las tortillas nejas, y todo o lo comen o lo dejan. Estos pobres hombres ya no tienen ni vieja que los remedie en algo; se les han ido porque... ¿pos qué van a hacer con un real diario?

—¡Me lleva!... Siempre hay alguien pior que uno.

En el cuarto estábamos apretados. ¿Cómo iría a estar aquello en la noche, a la hora de dormir?

Unas ventanitas muy altas y bien enrejadas apenas dejaban entrar una poca de la luz del sol mañanero; apenas la suficiente para mirar revolotear el polvito tupido del cuarto y para mirar los letreros y los monos pintados en las paredes.

Como siempre, ¿dónde había de faltar?, allí estaban las mentadas de madre y las malas razones de los compañeros de otros cuerpos.

Todo eso es lo que dice mi teniente Ruiz López que es el "espíritu de cuerpo": ponderar que nuestro batallón es el mejor, que todos los demás les vienen flojos; insultar a los otros, y después, cuando ya no haya más que decirles, entonces entra el "espíritu de compañía"; las peleas y los insultos entre los de la Primera y los de la Segunda, o entre los de la Tercera y los retaguardiados de la cuarta. Por si fuere poco, siguen todavía las diferencias entre las secciones de cada compañía, y entre los pelotones, y entre las escuadras, y por último, hombre a hombre de uno por uno, en cuanto se pasan unos tragos de más o se les dan dos o tres chupadas a la mariguana. Parece mentira y creo que es la condición de todos nosotros: todos estamos amolados igualmente y en vez de avenirnos unos con otros de buena manera, nos insultamos y nos peleamos en cuanto podemos hacerlo.

El Tlacuache, que también veía como yo los monos y los letreros del cuarto, pidió presuroso:

—¡A ver!, ¿quién tiene un lápiz pa contestarles aquí mismo a estos hijos de la tal del Catorce?

No faltó quien le prestara el lápiz y se dio vuelo pintando cochinadas y palabras de las fuertes. Era el Tlacuache el que mejor escribía de entre nosotros, haciendo a un lado al sargento Rodríguez; pero le faltaba inspiración.

Mientras él dibujaba los monos y las letras nuevas, todos le aconsejábamos; ponles esto, ponles l'otro; refréscales lo más podrido; diles que a nuestro Veinticuatro le sirven los del Catorce para lo de más allá; ponle algo que les arda.

Después de mucho dibujar en la pared, el Tlacuache dejó perpetuada la expresión de nosotros los del Veinticuatro, respecto a los compañeros a quienes acabábamos de relevar. Decía así el letrero: "Tizne a su madre el Catorce y el que se pique, son quince". Después de las letras seguían una bola de monigotes encuerados y miembros viriles arrogantes, todo ello como obsequio a aquellos que nuevamente irían a aquel mismo cuarto en que estábamos, al

día siguiente. Ya se encargarían ellos de leer a temprana hora nuestro mensaje y era seguro que no andarían tardos en dejarnos a su vez escrito algo, allí mismo.

Afuera del cuarto de la prevención, era un trajín agitado. Los centinelas de la puerta grande no se daban abasto gritando a cada momento: ¡Cabo de cuarto!, ¡cabo de cuarto!, cada vez que alguien deseaba entrar a la prisión. Por la puerta entraban y salían ordenanzas con oficios de los juzgados, escoltas custodiando presos o viejas con canastas para sus hombres detenidos. El sargento y los cabos de servicio se daban vuelo esculcando a las mujeres para impedir que introdujeran mariaguana o chínguere.

Nosotros curioseábamos desde la puerta de la prevención aquel batiboleo tan tupido.

—Mira al sargento López; nomás le brillan los ojitos cada vez que le mete mano a una vieja.

—¡Claro!, las compara con el redrojo que él tiene.

—Pero, míralo cómo se esmera en esculcar a las más buenas mozas.

—Pos a la güena si va a perder el tiempo con las veteranas.

—No; ésas se las deja a los cabos, por algo tiene en las mangas una cinta colocada más.

A las dos horas, me tocó entrar de centinela, junto con otros compañeros más. Me tocó en turno un puesto más o menos tranquilo, en la reja que da al interior del patio de la tropa encausada. El centinela saliente me entregó el puesto al rezarme al oído toda la letanía de consignas y me dijo disimuladamente:

—Ponte chango con aquel ensarapado que está allí; siempre anda queriendo conchabarse a los centinelas para que le dejen entrar yerba; no te dejes enredar, que es muy labioso.

Efectivamente, apenas se fue el cabo con el saliente, se me acercó el ensarapado a la reja y empezó a platicarme como si me conociera desde mucho tiempo atrás. Estaba todo greñudo y bigotón; andaba descalzo, deshilachado y lleno de mugre.

—¡Quiúbole, mano!; aquí siquiera estás más descansadito y entretenido que en la puerta de afuera o en la azotea. Ora te tocó buen día; ya sabes por qué, ¿verdá?

Me le quedé viendo sin contestarle, temeroso de que llegara el cabo.

—Se conoce que eres nuevo, mano. No hace falta que me digas nada; ya conozco yo el roll. ¡Imagínate, quince años de sardo, y cinco entradas en esta prisión! ¡Qué no sabré! Me llamo Santiago Quiñones y me dicen por mal nombre *Tiagonones*. Yo era del Once, de los "Tiznones del Once". Aquí tengo para un rato largo; se me fue la mano con un cabo de mi compañía y lo desgracié y me desgracié también yo. Me quieren ajusilar, ¿qué te parece nomás? La verdá es que yo no estaba en mi juicio; había chupado un cigarro con la yerba y en mala hora me dieron después un trago de mezcal. Me puse hecho un veneno y de buena suerte que nomás me eché a uno, porque como estaba, era pa haber acabado con todo el rondín que me echaron a meterme al orden. ¿Ves a aquel que está allí agarrando sol?, ¿aquel del capotito rabón?, también hirió a un sargento, pero es que el otro también lo traiba de encargo y lo tenía agorzomado a golpes. A ése no lo ajusilan; a mí puede que sí.

El hombre hablaba y hablaba tratando de ganarse mi confianza o por lo menos mi simpatía. Para mí era interesante su conversación. Por lo menos, por su boca me enteraba de todo lo de la prisión.

—Hay otros diez o doce que también están aquí por insubordinados, pero sin llegar a las vías de hecho, como le dicen cuando llega a haber sangre. Y en cambio, mira allá arriba, todos aquellos que están allí, asomándose a las ventanas, son jefes y oficiales; ésos están al revés de nosotros: ésos están casi todos por abuso de autoridad. Lo mismo la yerra uno de abajo pa arriba, que de arriba pa abajo. Allá en aquel otro lado, en aquellas ventanas altas, es el departamento de los generales. Ora no hay más que uno preso, pero es de los buenos; es el general Bernardo Reyes. A juerza lo has de haber oído mentar; fue ministro de la Guerra y fue aquel que hizo a los reservistas. Le tienen su recelo; es chaparrito, pero creo que muy tompiatudo.

"Yo, aquí abajo, entre la tropa, soy el amo. A mí no hay quien me grite aquí. A todos los tengo debajo a puros carambazos. Aquí, de la reja pa dentro, mando yo nomás. Mi trabajo me ha costado dominar a los que estaban presos cuando yo llegué y a todos los que van entrando después.

"Aquí no se está mal. La verdá es que estoy mejor que en el cuartel. No hago servicio ni tengo encima a los cabos; me convidan todos de las canastas que entran y no me falta un trago, ni una chupada de

yerba de vez en cuando; ni tampoco una refocilada con mi vieja o con las que vienen aquí a hacer el comercio, los días miércoles.

"Por eso te decía yo que éste era buen día, porque es miércoles hoy, y en la tarde tienen entrada libre todas las pizcapochas que vienen con nosotros, cada ocho días".

No pude menos de asombrarme de lo que oía en la charla del hombre aquel y aprovechando que el cabo estaba platicando con uno de los ordenanzas, le pregunté a Tiagonones:

—¿De modo que ora en la tarde van a dejar entrar mujeres de la calle, allá dentro, con ustedes?

—¡Claro que sí!, ésa es la costumbre desde hace tiempo. Dentro de un rato, ya cerca del mediodía, cada quien comienza a arreglar su camita, allá en las cuadras, o a poner paredes con periódicos o con cobijas para reposar con las visitas. También a los jefes y a los oficiales los vienen a ver, ya verás; ésas son más elegantiosas: traen medias caladas y zapatos con tacón y hay unas que ... que les rezumba. Ésas les han de cobrar no menos que unos dos o tres pesos.

"Dicen que más antes no entraban las mujeres aquí y que en el rancho echaban alcanfor y quién sabe qué otras tarugadas, para que a la gente no le dieran ganas de mujer. Creo que se estaba volviendo esto una bola de maricones y cuarenta y unos y pensaron con acierto, que el ejército siempre es el ejército, esté como esté; y que era mejor que tuvieran entrada libre las pizcapochas que no se fuera a volver esto un baile de la Coyuya o algo así. Así está muy bien, para nosotros y para las mujeres; para ellas mejor. Hay viejas que en la pura tarde se llevan hasta sus cinco pesos. ¿Qué te parece? Estoy seguro que a lo mejor sacan más de aquí de entre la tropa, que de los oficiales.

"Tú ya sabes que esos 'arregladitos', sobre todo los tenientes, muchachitos perfumados, siempre han sido mantenidos de las 'pizcas' de los burdeles buenos. Estoy seguro que no les cobran, antes creo que más bien les han de dar algo. Yo conocía a un teniente güerito de mi batallón que andaba mejor vestido que el coronel. Se traía de la cola a dos o tres viejas; una de ellas creo que era dueña de una casa, le daba cuanto quería, y le adivinaba el pensamiento. ¡Qué buenas canastas de comida le mandaba cuando estaba de guardia! Buenas hartadas me daba yo con las sobras, cuando era su asistente.

"Voy por allí adentro; orita vuelvo. ¡Ah!, oye, dentro de un rato va a venir mi vieja con tantita yerba muy bien escondida; hazte taru-

go para que me la meta, que me está haciendo muncha falta. No me digas nada; si quieres me la dejas pasar y si te pones gordo, pues ya vendrá otro más riata. A mí, de cualquier modo no me ha de faltar qué chupar y menos ora que's miércoles".

Tiagonones se fue a seguir conversando, seguramente con los otros reclusos.

En el centro del patio, sobre el borde circular de cemento de lo que posiblemente había sido una pila para agua, varios presos, de los de tropa, sentados, tomaban el sol. Arriba, en el segundo piso, tras de las rejas de las ventanas que daban al patio, pasaban pausadamente los oficiales procesados que seguramente distraían el tiempo caminando incesantemente, de un lado al otro del corredor de sus celdas.

A poco rato, el corneta de guardia tocó "rancho" y desde luego, la tropa presa se alineó en el patio, provista de sus escudillas de hojalata. Seis rancheros salieron de la cocina llevando el alimento. Un cabo de presos, chirrión en mano, hacía la distribución de la "de adentro". La tropa desfilaba, igual que nosotros en el cuartel, aprontando sus trastos delante de los peroles, que humeaban sabroso. Escaso "forraje" para los detenidos: un cucharón de atole, uno de café aguado y dos tortillas nejas. Cada uno de los presos fue a sentarse en cuclillas a comerse despacio la escasa ración. Apenas lo necesario para no morirse de hambre.

Todos ellos estaban sucios, greñudos, y muchos andaban casi en cueros, cubriéndose el cuerpo con una rala cobija de las del desecho del equipo.

Las canastas que mandaban algunas viejas de los más afortunados comenzaron a llegar. Los canasteros, presos escogidos de buena conducta, llevan tres o cuatro canastas en cada viaje, ya bien revisadas, desde la puerta principal, por el sargento y el cabo del primer turno. El cabo Mendoza, de mi puesto, todavía le daba otra revisada más a los jarros y a las cazuelas, picando los trastos con su marrazo, por si algo se le hubiera escapado a los de la puerta.

Comenzó el griterío de los canasteros:

—¡Ese Pedro López, a la reja, por su canasta!

—¡Ese Lorenzo Retes, a la reja!

—¡Ese Liborio Juárez!

Cada uno de los que llamaban, ocurría a recoger su canasta y se iba a consumir su contenido a algún rincón del patio. Con aquello

que les llevaban de fuera, completaban su sustento, los que podían hacerlo; los que tenían vieja que pudiera conseguirse la vida por allá afuera, haciendo su lucha para vivir y para llevarle alguna cosa de comida a su hombre.

Cuando llegó la canasta del Tiagonones, llamé al cabo de cuarto.

—¿Qué ocurre?

—Tenga usted cuidado, mi cabo; en esa canasta puede ir algo de yerba; me dieron de consigna que vigilara bien todo lo de ese amigo. Dicen que es mariguano, de los meros.

—Yo lo conozco. A mí no se me pasa nada.

El cabo revisó con escrúpulo y dejó pasar la canasta. El Tiagonones, que ya la estaba esperando, me cerró un ojo y le dijo descaradamente al cabo:

—¿Está seguro, mi cabo, de que no trai nada?

—Seguro. Pasa.

—Bueno, pues que conste, ¿eh?

Se metió con su canasta para adentro de la cuadra de la tropa y se entretuvo allí mucho rato; ya cuando me estaban relevando de mi cuarto, se acercó a la reja a devolverla con los trastos vacíos. Tenía los ojos colorados y parece que ya no tenía ganas de hablar, como antes.

Me tocó después un turno de vigilante, junto del banco de armas. Después, algo de descanso en la prevención. Dos o tres escoltas conduciendo presos a los juzgados y en el turno de la tarde, entre cuatro y seis, volvía otra vez de centinela a la reja interior; el cabo Mendoza también estaba en mi turno.

Casualmente me tocaba la hora animada de aquel día miércoles; la llegada de las mujeres que iban a hacer visitas carnales a sus hombres o simplemente iban a hacer su lucha entre los presos, a ver quién había juntado algo de centavos y quería gastarlos a cambio de un rato de gozo.

Nomás le brillaban los ojos al cabo Mendoza y se relamía los bigotillos al pensar que iba a pasarse un buen rato manoseando a las pizcapochas que iban a llegar. Ya tenía instrucciones del sargento de esculcarlas bien, para que no fueran a meter mariguana entre las ropas. Yo me puse chango aunque fuera para ver desde lejos las vaciladas del cabo con las mujeres en el cuartillo cercano, en que las iba metiendo para el esculque.

La primera en llegar fue una gordita pantorrilluda, con medias color de rosa y zapatos bayos; cachetoncita y con un diente de oro. Llevaba en la mano la boleta del pase de la dirección.

—Pásale aquí, al cuarto, para ver qué llevas —le dijo el cabo.

—¿Yo?, ¿qué quere que lleve?, nomás lo que tengo.

—¡A ver!, a ver; veremos.

Al poco rato salieron; ella componiéndose la ropa y él muy colorado.

—¡Pasa!

La reja se abrió y entró la mujer rezongando:

—¡Diablo de cabo, tan sobón!, me registró todita.

Después llegaron dos juntas: una descalza y otra retinta, cabos prietos, toda desgreñada. Entraron al cuarto con el cabo. Se oyeron risas y maldiciones.

—¡Pasan las dos!

—Ai donde ves —me dijo el cabo al oído— la prietota no está mala; tiene unas piernas que parecen troncos de árbol.

—¡Ay, mi cabo!, ¡qué vacilada está usted dando!

—Pos, si no es ora, ¿cuándo?

—¿Y no llevan nada?

—Nada... bueno; la descalza puede que lleve hartos piojos.

Llegó una rezongona, mascando chicle.

—Pásale pa dentro, mi alma, pa darte una registradita.

—A poco es usted el consejo, ¿o qué?

—Anda, anda.

—A mí no me registra nadie de balde.

—Entonces, no entras.

—¿Por qué?, ¡adiós!, ¡vaya! No es la primera vez que vengo a hacer mi lucha.

—Si no te dejas registrar, no hay paso.

—¡Me lleva la tristeza! ¿De cuándo acá tanto aspaviento?

—¿Entras o no entras?

—Me canso de entrar con los presos.

—Primero tengo que registrarte, allí adentro.

—Y pa qué tanto misterio. Mire, no llevo nada.

Se levantó las enaguas allí mismo y nos enseñó a todos los presentes cuanto tenía.

—¡Pasa, pasa!

Lueguito la arrebató uno de los presos y cargó con ella para la cuadra.

Llegaron tres juntas, muy emperifolladas y elegantes; iban a visitar a los oficiales del segundo piso. El pase que llevaban las ponía a salvo del registro.

—Mira lo que son las cosas: a estas curras sí me gustaría registrarlas bien. ¿Te fijaste qué bien huelen y qué bien vestidas van?

—Sí, mi cabo, pero esas pulgas no brincan en el petate de la tropa.

Estuvieron llegando más y más. Se completaron como unas veinticinco cuzcas de todos pelos; unas regularcitas y otras deatiro redrojos.

El cabo ya no se aguantaba de tanto manoseo. Yo estoy seguro de que con una de aquéllas se entretuvo más de la cuenta y desahogó sus deseos mal contenidos.

Allá en el interior de la prisión, todo era tranquilidad aparente; el patio estaba casi vacío de presos, pues la mayoría estaba en las cuadras refocilándose con las mujeres o echando verso y vacilando.

De pronto, cuando menos lo esperábamos, se formó un escándalo en la cuadra de la tropa. Se oyeron gritos y salieron corriendo por el patio muchos presos y mujeres.

—¿Qué pasa? —gritó el cabo, desde la reja.

—¡Ai viene!, ¡ai viene! —gritaban azorados los presos, corriendo por todo el patio.

—¡Auxilio!, ¡guardias!; ¡auxilio!

Las mujeres chillaban y querían salir atropell
adamente por la reja; los presos corrían desaforados.

—¿Qué pasa, con un demonio?

—Un mariguano, que ya mató a uno y anda con un cuchillo, queriendo echarse a otros más.

—¡Auxilio!, déjenos salir.

—¡Cabo de cuarto!

Acudió el capitán en persona; la guardia se puso sobre las armas; rápidamente se reforzaron las azoteas; el corneta de guardia tocó "generala" y se presentó al poco rato el coronel, jefe de la prisión. Se oyeron los ruidos de cerrojos de los máuseres y las caras de todos estaban pálidas.

A todas las mujeres se les dio salida pronta, mientras que en el patio, el mariguano, que no era otro que el Tiagonones, cuchillo

en mano, correteaba a los presos, que asustados corrían en todas direcciones. Parecía un toro furioso; saltaba, corría y bufaba con los ojos colorados y con la boca llena de espuma.

A un pobre, que al correr se resbaló, le dio una puñalada en la barriga y lo dejó allí muerto.

Entraba por la cuadra, salía al patio, se encaramaba por las rejas de las ventanas, y volvía a entrar de nuevo a la cuadra y a salir otra vez, corriendo siempre, cuchillo en mano, detrás de sus compañeros que le huían muertos de miedo.

A uno que no podía correr ligero porque le estorbaba la cobija o porque tendría los fríos, lo tiró al suelo de un golpe en el pecho; cayó en el mero borde de la pila seca. El mariguano, encorajinado, se le echó encima y lo cosió a puñaladas. Nomás veíamos entrar y salir el cuchillo en el cuerpo de aquel infeliz.

Todo pasó en un momento.

El coronel me gritó, casi en las mismas orejas:

—¡Hágale fuego y mátelo!

Apenas me daba cuenta de lo que hacía; tan asombrado así estaba.

Metí el fusil por entre los cuadros de la reja; volteé la aleta; apunté apenas y jalé el gatillo.

El Tiagonones, herido, cayó sentado en el interior de la pila seca.

Volví a cargar.

Otros compañeros, desde la azotea, ya estaban también apuntando. Casi al mismo tiempo, disparamos diez o doce balazos.

El mariguano se quedó acostado, muerto, junto con el pobre encobijado.

Salió un suspiro muy grande de alivio de toda la prisión.

Fue renaciendo la calma poco a poco. Una escolta entró a la prisión a meter orden entre los presos y a hacer un esculque de armas; salieron muchas chavetas y "puntas".

Los ambulantes que habían llegado a toda prisa en un carro, recogieron a los muertos y a dos heridos que encontraron en la cuadra de la tropa. El capitán, comandante de la guardia, ayudado por los tenientes, se puso a levantar el acta de los hechos en el cuarto de la prevención.

Me relevaron de mi puesto, para que fuera a declarar. Una bola de preguntas y un relato muy grande de lo que pasó, apenas en un instante.

Después, las conversaciones con los compañeros francos.

—¿Dónde mero le metiste la bala?

—¿No te tembló la mano?

—¡Lo que es la yerba, revuelta con margallate! ¡Quién le iba a decir al Tiagonones que había de acabar ajusilado, como un perro del mal!

—Nadien sabe en dónde estaca la zalea.

—Ya tienes qué contar, mano, porque esa muerte la debes tú.

Yo la verdad, no sabía ni qué contestar a tanta cosa. Pasó todo tan de prisa que casi ni me acordaba de cómo fue el suceso.

La tarde se hizo larga. Apenas probé la comida que me llevó la vieja; tenía un nudo en el estómago y una inapetencia como si estuviera enfermo. Por todos lados se oía el cuchicheo de los que hablaban nomás de los muertos.

En los árboles de la plaza de enfrente todavía se veía el sol y adentro de los paredones, ya casi estaba oscureciendo.

—Si vieras, mano —me dijo el Tlacuache— qué grandes son las tardes aquí, en la prisión. Parece que nunca se va a meter el sol; como si tuviera una pachorra de esas que ya ni se usan. Pa los pobres presos y pa sus custodios, cada día es como si fuera una semana entera. De aquí a que se mete el sol y llega la noche, pasa una eternidad.

Allá en el cuartel de artillería de la esquina, tocaron "llamada de banda" y a poco rato "lista de seis".

Nuestro corneta de guardia también tocó "lista", primero afuera y después en el interior de la prisión. Hasta donde yo estaba se oían los gritos de los presos que respondían a sus nombres:

—Preeesente ... preeesente... sente ... esente... ¡Senteee!

Parte:

"Guardia, sin novedad. Prisión: cuatro muerto y dos heridos".

Otro jalón de tiempo largo y pasmoso, desde las seis de la tarde hasta el toque de "retreta". La prisión ya oscura, lóbrega y sólo los foquitos de luz como luciérnagas sembradas en la noche. Los soldados, envueltos en las sombras, parecían negros africanos y el centinela de la puerta paseándose siempre, siempre, como un perrito amarrado, en todo lo largo de su cadena.

¡Cómo duraba el tiempo entre la "retreta" y el "silencio"!

Cuando tocó la corneta el último mandato del día, parecía como si estuviera llorando su "silencio", largo, largo, larguísimo, por los

muertos y por los pobres prisioneros. Como si bostezara, como si tuviera mucho sueño y unas ganas muy grandes de dormir; pero de dormir mucho, mucho; para toda la vida.

En el primer cuarto de la noche fui destinado para un rondín. Al recorrer los puestos de los centinelas, me pareció la cárcel más grande de lo que seguramente era. ¡Qué muros tan pesados; qué barrotes de hierro tan gruesos; qué triste caserón, lleno de penas!

Parecíamos los rondines almas en pena recorriendo el penal, mientras allá abajo, en las cuadras, dormían los presos amontonados, con las luces encendidas como era de rigor.

Comenzó la letanía de siempre, de correr la palabra:

—¡Uno, alerta!

—¡Dos, alerta!

—¡Tres, aaalerta!

Y así, hasta el número catorce, y después los rondines y los vigilantes. Y apenas acababa de cantar el último número, daba comienzo el primero.

Toda la santa noche fue gritar y vigilar, a veces de centinela, a veces de rondín, a ratos de vigilante. Y en el curso de la noche, el jefe de día, los capitanes de vigilancia, el capitán de guardia, el comandante de la compañía destacada, el coronel jefe de la prisión, los oficiales, los sargentos, los cabos; una plaga enorme de gente dispuesta a no dejar cabecear al pobre soldado de guardia en la prisión.

Al amanecer, el frillito de la madrugada, entumecedor y endemoniado. Las orejas y las narices como si fueran de hielo; los dedos engarabitados en el guardamonte del máuser y los capotes azules delgaditos, que no cobijaban nada. Calienta más —como decía el sargento— una mentada de madre.

El griterío de los alertas, el frío, un malestar de crudez en el estómago y las estrellas brillando y parpadeando muy hondas adentro de la noche negra, negra.

Todavía con las estrellas muy altas, pasó por la calle solitaria, rechinando en el empedrado, el primer carro de pulque con dirección a la aduana. Se oían los chicotazos y las malas razones de los carreros, revueltos con el rechinar de los ejes y con el rodar de las ruedas sobre las piedras boludas de la calle. Las mulas tiraban cansadas del armatoste lleno de barricas, como los pobres soldados tirábamos también del fusil y del equipo, y del frío y de la desgracia, que nos encadenaban de igual manera que a los animales.

Pasaron otros carros; se fueron las estrellas a dormir y llegó la vieja del puesto de hojas.

¡Qué bien sabe un jarro de hojas calientes con refino, después de una desvelada!, se siente como un consuelo; el alma que llega al cuerpo; un calorcito suave que baña por dentro y que nos da ánimo y vida, mientras que aparece el sol.

La "diana" alegre; el día que llega.

Y al poco rato, el relevo; otros que van a comenzar la misma jornada que acaba de pasar.

Cuando, ya de regreso al cuartel, dejamos las armas y fuimos a descansar a la cuadra, se me acercó el Barretero y me dijo:

—Ya me contaron que te tocó matar a un mariguano, allá en Santiago.

—Sí, hombre, vieras nomás qué pena tengo.

—¿Por qué?

—Por eso, porque debo yo esa muerte.

—¡Qué lástima y que no me hubiera tocado a mí!

—¿Te hubiera gustado?

—¡Claro, hombre!, ¡claro! Se ha de sentir bonito matar a alguno y que no le pase a uno nada.

V

Estaba saliendo el mes de enero de 1913 y casi todo nuestro 24º Batallón salió a destacamentos, fuera de la capital. Se fueron todos aquellos indios y el zapatista Simón entre ellos. Al capitán Bruno Gloria, que había ascendido y estaba recién llegado a nuestro batallón, también le tocó salir. Por cierto que con su buen carácter se había granjeado ya la buena voluntad de toda aquella gente con quienes ahora iba.

Nada más nos quedamos unos sesenta hombres con la matriz del cuerpo en nuestro cuartel de San Pedro y San Pablo, a las órdenes del jefe del detall, mayor Casto Argüelles y del capitán segundo Pompilio Aldana. Nos quedábamos nosotros para recibir reemplazos y completar la fuerza de las otras compañías.

Escaseaba el servicio y apenas cubríamos el de la guardia de prevención, dedicándose toda la tropa sobrante a hacer ejercicio a tardes y a mañanas, para entrenar a los reclutas recién ingresados.

La vida estaba llena de aburrimiento, se notaba una calma grande en todas partes, pero, al mismo tiempo, se tenía el presentimiento de que aquello no podía durar. Dicen que la gente de mar presiente el huracán aunque las aguas estén en calma, y así ha de ser. Los pensamientos de la gente alebrestada bullen en el viento y llevan indicios hasta a aquellos que nada saben; barruntos, sospechas de algo que puede suceder y que ya se está tramando.

Fuera de aquel malestar que se adivinaba, yo vivía feliz, en lo que puede ser, con mi Juana.

¡Qué diferencia de esta a aquella Chata Micaela! En nada la extrañaba yo. Ésta no tendría la experiencia de la otra, pero era más mujer; le rendían más los centavos y me daba más gusto; hubiera yo querido ser libre y vivir con ella como viven los matrimonios, como Dios manda; aunque fuera en un jacal de los más pobres, en lo alto de algún cerro, o en lo espeso de un monte. Con qué gusto la hubiera visto hincada enfrente de un metate echando tortillas o atizando las brazas del fogón. Ella no era para la vida del cuartel, ni yo tampoco; nos hicieron torcer nuestro camino y así nos encontramos; algún día habrán de cambiar las cosas; no hay mal que dure cien años y todo tiene su fin. Algún día dejaríamos de oír el toque alegre de la "diana", que para nosotros era triste, porque indicaba que nos habíamos de separar, después de pasar la noche acurrucados, muy juntos debajo de la misma cobija. Ya no tendría ella que estar pendiente del toque de "media vuelta" del mediodía, ni la manosearían los cabos y los sargentos en cada entrada al cuartel. Algún día dejaríamos de ser como animales para convertirnos en gentes. No más mariguana para olvidar las penas, no más mezcal para entonar el cuerpo, no más cargar la mochila y el fusil.

Qué bien ha de ser aquello de poder decir: "Hoy no tengo ganas de trabajar y no trabajo"; "mañana me quedo acostado hasta el mero mediodía, porque así se me antoja"; "Juana, vamos para otra tierra, porque ésta ya me aburrió". ¡Qué bien disponer cada quien de su persona y sentir la libertad! Con razón las gentes y los pueblos pelean por su libertad, por conseguirla y para no perderla. Y después de todo, con ser tan grande la libertad, se puede convertir en cualquier cosa: un techo, para no mojarse con las lluvias y para cubrirse el sol, una mujer que se quiera, cualquier cosa que comer, y una lumbre que arda y que caliente; con eso es suficiente y nada más.

Dos años me faltaban de servicio; dos años y a vivir. Tantita paciencia y aguantar con resignación los malos ratos, eso era todo; era medio camino recorrido ya, y se podía pensar que lo más malo había pasado.

Cuando menos lo esperábamos, una mañana tronó el cohete. Era el día 9 de febrero, domingo por cierto.

Apenas acabábamos de comer el rancho, después de la primera lista del día, cuando se presentó en persona y sin anuncio alguno, el comandante militar de la plaza de México, general de división don Lauro Villar. Piocha larga, fornido; cara de hombre resuelto y acostumbrado a mandar siempre; aunque anduviera vestido de paisano, cualquiera que lo viera había de pensar que aquel hombre no podía ser sino un general.

Habló con el mayor unas cuantas palabras de prisa y a toda carrera nos hicieron armar y nos municionaron a doscientos cartuchos. En menos que el aire, estábamos ya en la calle marchando camino a los trancazos.

En un momento corrió la voz. Se habían sublevado varios cuerpos de la plaza; había habido un cuartelazo y teníamos que pelear, a los pocos minutos, con los mismos de nosotros.

Íbamos al Palacio Nacional, que decían que estaba ya en manos de los muchachos de la Escuela de Aspirantes, que desde Tlalpan habían llegado sublevados y se habían apoderado de él, desarmando a los del Veinte Batallón que daban guardia en las tres puertas principales. Teníamos que recuperarlo nosotros, aquellos sesenta hombres no muy buenos que éramos nosotros, supuesto que llevábamos muchos reclutas faltos todavía de experiencia.

En columna de viaje salimos a la calle y en vez de agarrar por todas las calles del Reloj, para llegar más pronto al Palacio, tomamos por la calle del Carmen, y la del Correo Mayor después, para caer en el cuartel de zapadores de la calle de la Acequia. Aquel cuartel daba al Palacio Nacional por la parte de atrás y estaba entonces como quien dice desocupado, pues los zapadores estaban fuera de la capital y allí sólo se alojaba por aquellos días un escuadrón del Primer Regimiento de Caballería, a las órdenes del teniente coronel Juan Manuel Torrea, que estaba de parte del gobierno.

Apenas comenzaba a ser de día. A la cabeza de nuestra columnita iban el general Villar, nuestro mayor Argüelles, el capitán segundo y unos dos civiles, acompañantes del general.

Entramos sin ninguna dificultad al interior del cuartel: en el patio estaban los del Primer Regimiento al pie de sus caballos, con su teniente coronel Torrea, al frente de ellos.

Conferenciaron de prisa los jefes con el general y de seguro acordaron el plan que teníamos que seguir y que lo hicimos desde luego. Casi no tuvimos tiempo ni de pensar en nada y todo pasó en un instante. Comenzábamos desde ese momento a vivir de prisa; había que obrar y ya después. los que quedaran con vida, pensarían en todo aquello y platicarían muy largo sobre lo que había pasado.

Nos ordenó el mayor forzar una puerta que daba del cuartel de zapadores al jardín interior del Palacio. La puerta estaba bien cerrada y fue menester casi romperla con unas barretas que por allí encontramos. Algunos compañeros subieron a la azotea a tomar posiciones y a cuidarnos de cualquier ataque que pudieran hacernos los sublevados. La tropa de caballería montó en sus caballos y fue a formarse "en batalla" en el Zócalo, enfrente de la tienda conocida por el nombre de La Colmena.

Franca la puerta, nos metimos con las armas embrazadas y listas para disparar; los jefes llevaban las pistolas en la mano. Iba a comenzar lo bueno.

Nos habíamos metido en la boca del lobo, pero llevábamos la ventaja de la sorpresa que les íbamos a dar, ya que les llegábamos por la retaguardia, por donde de seguro no esperaban enemigo.

En un momento llegamos al patio de honor y mientras un pelotón nuestro, al paso veloz, se echaba sobre la guardia de la puerta, compuesta todavía por gente del Veinte, y los desarmaba, los demás seguimos al patio central y nos hicimos de los pilares de la arquería. Había allí más de cien cadetes de infantería de los aspirantes; muchachos todos ellos fuertes, resueltos y bien instruidos. Los teníamos a boca de jarro; no iba a haber tiros perdidos allí y de seguro todos iban a dar en el blanco.

Sin embargo, no pasó nada.

El general Villar, ¡qué hombre!, se adelantó él solo y les habló a los muchachos rebeldes. No recuerdo cuántas cosas les dijo, que logró lo que de seguro se había propuesto. Les habló del honor militar, de la carrera, de la patria y los muchachos aquellos nomás le oían asombrados. Cuando habla un general, el que es soldado obedece; no importa que se le tenga por enemigo, siempre es un jefe y

la disciplina no se pierde en un mal rato, y si ese general es del pelo y la presencia de don Lauro Villar, el triunfo está seguro de su parte.

Primero les habló por la buena, los convenció, y después, ya seguro de su dominio, les mandó como sabía hacerlo.

—¡A formar!; ¡empabellonen, armas!

Los hizo desfilar, ya desarmados, hasta las caballerizas de palacio y allí los encerró. El Palacio Nacional era ya nuestro, pues los del Veinte, ya con su jefe, el coronel Morelos, que había llegado allí, volvieron sobre sus pasos y se aprestaron a defender al gobierno, junto con nosotros.

Otro general, Francisco de P. Méndez, según supe después que se llamaba, también se hizo presente al general Villar en aquellos momentos.

El primer golpe estaba bien dado y no se había disparado un solo tiro, gracias a la audacia y el valor del general Villar.

Dicen que las malas noticias vuelan y aquéllas corrieron como pólvora encendida; los muchachos aspirantes presos, los del Veinte, o algunos curiosos, nos pusieron al tanto de todo.

Se había pronunciado en la madrugada casi toda la guarnición de México; los aspirantes de infantería, desde Tlalpan, habían ocupado a la fuerza los trenes eléctricos y se habían venido a México, ocupando el Palacio Nacional por sorpresa y sin resistencia alguna. Los de caballería se habían juntado con las fuerzas con que estaban ya de acuerdo sus jefes para dar el golpe y que eran la artillería de Tacubaya, todo el Primer Regimiento de Caballería, menos el escuadrón que habíamos encontrado de zapadores a las órdenes del teniente coronel Torrea, y también el Primer Regimiento de Artillería del cuartel de la calle de la Libertad.

Toda aquella fuerza, mandada por el general Gregorio Ruiz, se había ido directamente a la prisión militar de Santiago Tlatelolco, pues la tropa que estaba allí de guardia, que era también del Primero de Caballería, desde luego había hecho causa con los suyos. Pusieron en libertad al general Bernardo Reyes y toda aquella columna, ya mandada entonces por este prestigiado general, se fue derecha hasta la penitenciaría y allí obligaron al director que pusiera también libre a Félix Díaz. No había habido tampoco ningún tiro. Estábamos hasta aquellos momentos ya en guerra, pero sin tiros y sólo a golpes de audacia; la bola aquella tenía que reventar muy pronto.

En la calle andaban los de la rebelión y era seguro que iban al Palacio Nacional; nosotros estábamos listos: en la puerta central, dos ametralladoras emplazadas, al mando de un teniente güero y gordo de apellido Carazo, rodeadas de costales de tierra como trincheras, con sus cabos sentados en los banquillos, listos para romper el fuego y con todos sus sirvientes en sus puestos. En las banquetas del frente del Palacio, los del Veinte y nosotros los del Veinticuatro, pecho a tierra y todos dispuestos para la pelea; en el costado sur, enfrente de La Colmena, el escuadrón del Primer Regimiento, pie a tierra y con sus caballos en mano, también dispuestos a lo que viniera. Enfrente, entre la arboleda del Zócalo y hasta arriba del kiosco de la música, cientos de curiosos apiñados como si fueran a ver una formación en día de fiesta patria.

Eran como las siete de la mañana.

El enemigo apareció por donde menos lo esperábamos y en una forma que más bien parecían compañeros nuestros que gente que estuviera en nuestra contra. A lo mejor aquella juanada ni sabía que andaba ya en contra del gobierno.

Fueron los del Primer Regimiento de Caballería los que iban saliendo en columna de a cuatro por las calles que están a un costado del Palacio Nacional que se llaman de la Moneda; llevaban los sables envainados Y las carabinas en guardia. Avanzaban al paso tardo de sus caballos; al frente de aquella fuerza iba su coronel Luis G. Anaya y otro que después supe que era el general Gregorio Ruiz; iba vestido de gris y con sombrero ancho. Aquella fuerza no parecía que llevara la intención de pelear con nosotros; ni siquiera nos daba el frente; salieron por las calles de la Moneda como si fueran a atravesar el Zócalo y de pronto se detuvieron; la cabeza de aquella columna estaba casi enfrente del kiosco.

El general Ruiz se separó de la columna y avanzó al tranco de su caballo con dirección a la Puerta de Honor. Nosotros, los del Veinticuatro estábamos precisamente allí, pecho a tierra y listos para romper el fuego. Avanzó lleno de confianza como si fuera a pedir la venia para entrar.

El general Lauro Villar, acompañado por el otro general, Méndez; por su ayudante, el mayor Malagamba; por nuestro mayor Argüelles y por los dos civiles que le acompañaban desde antes, avanzó a recibirlo.

Se encontraron como a una distancia de unos tres metros enfrente de nuestra cadena de tiradores. Clarito pude oír lo que dijeron.

—Vamos a derrocar al gobierno —dijo el general Ruiz—. Usted debe unirse con nosotros. Contamos con toda la artillería y las fuerzas de la plaza; vienen detrás de nosotros los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Mondragón.

El general Villar le contestó:

—Por ningún motivo defeccionaría .

—¡Ríndase! —gritó Ruiz, queriendo echar mano de una de las pistolas que llevaba en la cabeza de su montura.

—¡Quien debe rendirse es usted! Yo por ningún motivo faltaré a mis deberes, ni traicionaré al gobierno del señor Madero. Un militar no traiciona ni se debe meter en asuntos políticos; yo me sostendré hasta perder la vida.

—¡Ríndase! —volvió a gritar el general Ruiz, agarrando una de sus pistolas.

—¡Ríndase usted! —gritó más fuerte el general Villar, sacando de su bolsa una pistola chica y le apuntaba con su mano derecha al mismo tiempo que le agarraba el caballo por las bridas.

—¡Dése preso! —volvió a gritar el general Villar.

Y entonces todos sus acompañantes obligaron a la fuerza a bajarse del caballo al general Ruiz y bien sujeto le metieron arrestado por la puerta central.

La fuerza sublevada del Primero de Caballería estaba sin hacer la menor demostración de amago para nosotros. Han de haber estado sorprendidos por lo que acababan de ver; de seguro que nunca pensaron perder a su jefe tan fácilmente o creían que el general Villar había de secundarlos a la primera invitación que le hicieran.

Otra vez volvió a salir a la calle el general Villar acompañado de su gente. Apenas habían pasado unos cuantos minutos.

Una nueva columna de rebeldes apareció de pronto. Salía también de la calle de la Moneda, pero ésta no siguió para el Zócalo, sino que avanzó por la acera de Palacio pasando por enfrente mismo de las bocas de nuestros fusiles. Iba al frente el general Bernardo Reyes, vestido de paisano y montado en un brioso caballo retinto que manejaba muy bien; detrás de él iba un grupo de gente sin formación militar: paisanos y oficiales revueltos y siguiéndolo, como si fueran en una manifestación o en un convite.

El general Villar, que estaba en la puerta central, se adelantó a recibirlo.

Aquello fue rapidísimo.

—¡Ríndase usted! —le gritó el general Bernardo Reyes, tratando de rodear con su caballo al general Villar para aislarlo de su gente.

—¡Quien debe rendirse es usted! —le contestó nuestro general y al verse amenazado con el caballo encima, nos ordenó a nosotros.

—¡Fuego!

Se desató la balacera de nuestros fusiles y traquetearon las ametralladoras.

El caballo retinto del general Reyes se encabritó y lo sacó de la montura a tiempo que el fuego de una de las ametralladoras le clareó el pecho. Cayó al suelo, bien muerto, y el caballo salió disparado por entre los árboles del Zócalo.

En un momentito se llenó de muertos aquello. Nuestros tiros eran seguros. De los que iban con el general Reyes no quedó ninguno; los que no quedaron allí sin vida, corrieron. Los rebeldes del Primer Regimiento se desparramaron por todas partes y en el Zócalo quedaron montones de cuerpos de paisanos curiosos.

Muchos caballos sin jinete salieron corriendo por la calle del 16 de Septiembre, con rumbo a su cuartel de Tacubaya, a donde tenían su querencia. No menos de quinientos muertos, entre rebeldes y gente curiosa, hicimos en aquellos cuantos minutos de fuego intenso.

Cuando tocaron "alto el fuego", era aquello un tendedero de muertos como nunca los había visto en tanto número y en tanta revoltura. Militares, gente del pueblo, catrines, papelerillos, caballos y hasta perros, cayeron en aquel momento, para no levantarse más.

Una tormenta se había desatado con toda su furia y había pasado en un momento dejando un tendedero de difuntos.

Entre la arboleda del Zócalo y de la Catedral se oían lamentos de gente herida y a lo lejos se perdía el tropel de los caballos sueltos que iban sin jinetes con rumbo a su cuartel. Allí, enfrente de nosotros, a unos cuantos pasos, estaba el cuerpo del que fuera el arrogante general Bernardo Reyes: un cuerpo chaparro, encogido y un copete y una barba canosos, teñidos de sangre.

A nuestro general Villar le manaba sangre de un hombro, que en vano trataba de contener con un pañuelo. Casi no había habido novedad de nuestra parte.

A poco rato, por la calle de Plateros, se oyó un fuerte rumor de gente que se acercaba. Creímos que sería de otra nueva columna de rebeldes que iría a atacarnos y nos dispusimos a pelear de nuevo.

Pero no, era el propio presidente Madero el que llegaba montado en un caballo tordillo rodeado y con una bandera nacional empuñada; a sus lados una turba de gente que lo vitoreaba y, como guardia para su persona, todos los cadetes del Colegio Militar. Me cayó muy bien entonces aquel chaparrito sin sombrero, sonriente, y con la bandera de la patria en la mano; lo rodeaba pura gente del pueblo y unos cientos de muchachos que pronto irían a ser oficiales del ejército.

Apenas llegó enfrente de nosotros, se adelantó a saludarlo y a darle las novedades el general Villar.

—¡Qué hombrote es usted, general! —le dijo Madero.

—No, señor —le contestó Villar—; los hombrotes son éstos que están aquí, en la cadena de tiradores —y nos señaló a nosotros.

Entraron todos a Palacio y a poco rato supimos que herido como estaba el general Villar, no podía seguir en su cargo y que en su lugar había puesto al general Victoriano Huerta, aquel que tanto se había distinguido en la campaña de Chihuahua contra Pascual Orozco.

Se tomaron algunas otras providencias contando ya con el refuerzo del Colegio Militar y de la gente voluntaria, tomando las alturas de las torres de la Catedral y las azoteas del Palacio. A mí me tocó quedar en la puerta central, allí en donde habían metido preso al general Gregorio Ruiz; me tocó custodiarlo a las órdenes de otro general que se había presentado unos momentos antes como leal; un viejito de barba blanca, que se llamaba Eduardo Cauz.

Ayudantes del Estado Mayor presidencial subían y bajaban, dando órdenes, y muchos de los oficiales del general Huerta también eran todo actividad.

El general Ruiz parecía estar tranquilo y si algún temor sentía, su cara no lo demostraba; le había fallado su golpe y tenía que esperar las consecuencias que, por cierto, no se hicieron esperar; una órden transmitida desde mero arriba, llegó hasta abajo, hasta nosotros y nos puso en movimiento.

Nuestro capitán, Pompilio Aldana, le mandó al general Ruiz que se dispusiera a salir con una escolta que formábamos cinco soldados y el sargento Juvencio López, todos del Veinticuatro Batallón.

Esperábamos con las armas terciadas que se levantara el reo de su asiento.

—¿A dónde me van a llevar? —preguntó inquieto el general Ruiz.

—Tengo orden de pasarlo a usted por las armas.

—Eso no puede ser, ¿quién dio esa orden?

—Es una orden superior y mi deber es cumplirla.

—Díganle al presidente de la República que soy diputado y que tengo fuero.

—Tengo orden de ejecutarlo a usted inmediatamente.

—Tengo fuero; soy diputado del Congreso de la Unión; quiero que lo sepa el presidente. Además, tengo algunos bienes de fortuna y necesito a un notario para arreglar mis cosas. Más todavía, soy católico y necesito a un sacerdote para bien morir.

—Nada puedo hacer yo; hágame favor de acompañarme desde luego.

Se conoce que aquel hombre viejo, veterano de quién sabe cuántas guerras extranjeras y contra hermanos, se resignó con su suerte; sacudió su temor y su esperanza y se levantó tranquilo, sereno, dispuesto a ir a la muerte. Se puso en su lugar, en el que ya conocía que se destinaba a los presos, quién sabe desde cuánto tiempo atrás, desde que él también haría fusilar a sus prisioneros de guerra.

Voces breves del capitán:

—¡De frente... hileras a la derecha!, ¡marchen! ¡Derecha!... ¡Oblicuo a la izquierda!...

Salimos del cuerpo de guardia, atravesamos el patio central, y seguimos el mismo camino que habíamos recorrido hacía un rato apenas; fuimos a dar al jardín trasero de Palacio. Frente al paredón del fondo hicimos alto. El general Gregorio Ruiz, sin que nadie se lo indicara, avanzó y se puso de espaldas a él, dándonos frente a nosotros. Nos formamos en fila; el capitán Aldana desenvainó su espada. El asunto realmente iba de prisa, como si no tuviera la menor importancia. Entregó el general Ruiz al capitán unos papeles que llevaba en su bolsa y unas alhajas.

Pidió como última gracia, que le permitieran mandar su ejecución. No hubo ningún inconveniente, ¿por qué había de haberlo? El caso era que se muriera y lo mismo daba que mandara el capitán o que mandara él.

Tomó la postura militar sacando bien el pecho y antes de dar las voces de mando nos dijo:

—Muchachos, les pido que no me tiren a la cara; apunten bien al corazón.

Después, despacio, fue dando las voces con toda entereza, como si en vez de mandar su ejecución, estuviera mejor instruyendo a una escuadra de reclutas.

—¡Preparen!, ¡apunten!... ¡fuego!

Una descarga cerrada y cayó redondo.

López, el sargento, le dio el tiro de gracia a aquel viejo general.

Aquello se había acabado.

A otra cosa.

VI

Al mediodía llegaron las viejas con las canastas de la comida y con muchas noticias. Sabían más que nosotros, con todo y que nos había tocado andar en medio de toda aquella bola desde en la mañana. Nos lo contaron todo en un momento. Aquello apenas iba comenzando con todo y lo duro que había estado; faltaba lo mejor.

Otra columna de rebeldes encabezada por Félix Díaz y por Manuel Mondragón, que iba detrás de la gente que seguía al general Bernardo Reyes, al ver que éste no pudo entrar al Palacio Nacional, torció por otras calles y fue a dar hasta la Ciudadela en donde estaban metidos y hechos fuertes; allí había habido también su matazón; a un general Villarreal que la defendía por cuenta del gobierno, lo habían matado los mismos por detrás y también habían matado con ametralladoras a muchos policías que estaban allí habilitados como soldados, defendiendo aquella vieja fortaleza. Félix Díaz estaba allí con mucha artillería, con las fuerzas sublevadas y con mucha gente simpatizadora que lo seguía.

Juana me daba detalles:

—Si vieras cuánto gachupín hay allí metido adentro. ¿Por qué les gustará tanto meterse en nuestras cosas a esa gente? ¿Te acuerdas de *los Ratones*?

—¿Cuáles Ratones?

—Esos soldados voluntarios del batallón de Seguridad que les dicen los Ratones por los uniformes grises que traen; esos que están destinados nomás para cuidar a los presos de Belén.

—¡Ah, sí!

—Pues iban dizque a defender la Ciudadela y nomás llegaron y voltearon chaqueta. La policía montada también está allí y hasta el mismo inspector general de policía, que por cierto que dicen que es del Estado Mayor de Madero y que es mayor y se apellida López Figueroa.

—¡No me digas!, ¿también ése?

—Y un chorro de catrines y hasta la misma guardia presidencial.

—¿La de Madero?

—La misma que antes también fue de don Porfirio.

—¡Me lleva!...

—Y como dicen que allí en la Ciudadela hay tantísima arma y tantas municiones, se va a poner esto terrible. De seguro que van a sobrar muchos sombreros.

—¡Tú dirás nomás!

Todo el resto del día se pasó sin novedad y si hubiéramos atacado desde luego la Ciudadela de seguro la habríamos tomado, pues según decían las viejas era aquello un desorden y una borrachera en grande, pero el general Huerta no era de los arranques del general Villar, que en mala hora fue herido. Esperaba el general Huerta más fuerzas y el mismo presidente Madero fue a traerle, hasta Morelos, a las tropas del general Felipe Ángeles.

Las ambulancias recogieron a los heridos y a los muertos del Zócalo y a nosotros nos mandaron avanzar bastante calles adelante del Palacio para darle mayor seguridad.

Pasamos la noche en vela; al otro día iba a ser el combate duro.

Se organizaron al día siguiente muy temprano las columnas de ataque y a nosotros nos tocó ir a las órdenes del general Sanginés. Avanzamos por la calle de Nuevo México, abiertos en dos hileras.

A las diez de la mañana se rompió el fuego.

Nos tiraban con ametralladoras y con fusiles desde las azoteas de las casas y desde las bocacalles; nosotros nos protegíamos en los quicios de las puertas y tratábamos de avanzar. La cosa estaba dura.

En un momento se desató la tormenta de fuego; cañonazos, traqueteo de muchas ametralladoras y fusilería herían el aire. Les

habíamos dado tiempo a los rebeldes y se habían hecho ya fuertes; iba a costar mucha sangre aquello.

El asunto se presentaba difícil, porque todas las calles que iban a dar a la Ciudadela y por las que teníamos que avanzar, estaban barridas por las balas. En el primer empuje que duró toda la mañana nada hicimos y sí perdimos bastante gente.

Después pensaron nuestros jefes, con acierto, que más nos valía seguir otro camino y dispusieron que nos metiéramos en las casas que fuéramos avanzando unos por las azoteas y otros por el interior haciendo agujeros en las paredes.

La gente pacífica que vivía en las casas en que teníamos que entrar nos recibían espantadas o de plano no nos habrían las puertas y teníamos que echarlas abajo. No era para menos su temor, pues íbamos a hacerles agujeros y a estropearles sus muebles, aparte del peligro que les representaba nuestra vecindad, porque los de la Ciudadela tiraban cañonazos para todas partes, pero con más seguridad para las casas que íbamos tomando. Sus tiros eran siempre seguros y si no mataban gente, a las casas no les erraban. Muchas veces los mismos agujeros que abrían sus granadas nos servían a nosotros para avanzar por ellos.

Pasábamos por patios de vecindad, por casas humildes y por residencias lujosas. ¡Qué diferencia de maneras de vivir de una gente a otra! Una pared de por medio, y dos familias enteramente diferentes una de otra, tanto en la pudiencia como hasta en el mismo modo de ser y de sentir.

El trabajo era duro y el avance lento; cada dos o tres horas nos turnábamos, los tiradores de las azoteas con los trabajadores, los picos y barretas con que agujerábamos las paredes. No sabía uno qué cosa preferir, si exponerse a recibir un balazo o sudar la gota gorda con el pico y la barreta.

El fragor del combate no paraba un instante. Empezamos a tener bajas, muertos y heridos, todos con tiros en la cabeza, lo cual era lo natural porque estando como estaban parapetados en los pretiles de las azoteas de las casas, las balas sólo podían pegarle en lo único que sacaban, que era la cabeza. Con toda seguridad que muchos de los del otro bando deberían de caer con heridas semejantes.

Me di cuenta allí de cómo se desperdicia el parque en los combates; la mayoría de la gente dispara sin apuntar y muchos reclutas ni

siquiera sacaban la cabeza, sino que disparaban para el cielo. Gasto de municiones sin objeto y sólo con el afán nomás de meter ruido.

Llegó la noche y el combate siguió con la misma fuerza sin que se viera por ningún lado de parte de quiénes se ponía la victoria. Nunca pensé yo que pudieran resistir tanto los de la Ciudadela; pensamos nosotros que aquello sería cosa de un combate de unas tres o cuatro horas y nada más; cómo podía creerse que gente, parapetada en una casa de un solo piso, como lo es la Ciudadela, pudieran resistir el fuego de alturas mayores y el empuje de fuerzas más grandes que las que había allí adentro.

Lo más duro de todo aquello era que no sabía uno ni contra quién peleaba; el enemigo podía ser cualquier paisano o cualquier soldado de los mismos; había en los dos bandos de la misma gente, de los mismos números de cuerpos y hasta con los mismos uniformes. A lo mejor le pegaba uno a un compañero creyéndolo enemigo o dejaba ir tranquilamente a uno que verdaderamente lo era, pensando que era de los mismos de uno.

La mera verdad era que a nosotros los de la tropa, nos daba igual un lado que otro; en una y otra parte había jefes, oficiales, sargentos y cabos; en las dos partes habíamos forzados, que por nuestra propia voluntad jamás hubiéramos peleado contra nadie. ¿Qué culpa teníamos nosotros de las diferencias o dificultades de los de arriba?, ¿por qué no se agarraban ellos, unos con otros y nos dejaban a nosotros en entera libertad? Pero, no; Madero, por un lado, mandando desde el Palacio Nacional, y Félix Díaz, por el otro, escondido en la Ciudadela, mandando desde allí también a su gente. Los generales y los jefes, también dizque dirigiendo, pero bien protegidos por las paredes y nosotros, la juanada, a exponer la barriga, a tirar casas, a echar balazos, a dar o recibir la muerte de manos de otros juanes iguales a uno, a quien no odiábamos y de quien sabíamos que tampoco nos habían de querer mal. Semos los soldados como esos aros con que juegan los chiquillos, que se van por donde los avientan: a veces ruedan por las banquetas, por los caminos, por los jardines y otras veces van a dar contra los carros que pasan por la calle o contra los otros aros que manejan enfrente otros muchachos. Por donde les dé la gana echarnos, por allí nos vamos los de tropa como borregos, a matar a quien nos dicen. Semos carne de cañón de todos los tiempos; de los presentes, de los que han pasado y de los que vengan también; matando o muriendo, sólo servimos para ser escalón de

los que nos echaron por delante. ¿Hasta cuándo dejaremos de ser bueyes y embestiremos a los que nos arrean?

A la madrugada amainó un poco el fuego y a media mañana del martes se soltó otra vez con la misma fuerza de antes. Todo el santo día peleamos y apenas logramos avanzar unas cuantas casas. Nos municionaban mal y la comida escaseaba; las pobres viejas nuestras lograron dar con nosotros hasta ya bien entrada la noche; nos llevaban, como siempre, lo que buenamente habían podido conseguir, que era mucho menos de lo acostumbrado, ya que todo el comercio estaba cerrado y escaseaba todo. Más que comida nos llevaron noticias malas:

Que las fuerzas del gobierno iban muy despacio y que no se notaba ningún empuje; que el Séptimo Batallón que mandaba un coronel Castillo que había llegado del estado de Morelos, lo habían metido por una de las calles cercanas a la Ciudadela y que lo habían hecho pedazos las ametralladoras enemigas; que el mismo coronel había encontrado allí la muerte, el teniente coronel y más de ciento cincuenta hombres; que a un regimiento de rurales maderistas lo habían hecho cargar a caballo por las calles de Balderas y que también los habían barrido; que la cosa estaba de toditos los diablos.

El Tlacuache hacía sus comentarios conmigo:

—Yo estoy viendo esto muy raro —me decía—, ¿cómo es posible que las fuerzas del gobierno no puedan tomar esa casa? Aquí hay gato encerrado y algo han de estar tramando los de arriba, no te quepa la menor duda.

—¿Pero qué puede ser?

—Sabrá Dios, pero esto no me cuadra. Dicen por ai que allá en tiempos viejos aquel mentado general Sóstenes Rocha tomó esa misma fortaleza en sólo dos horas y eso que entonces estaba la cosa peor, porque no había tantas casas y la Ciudadela estaba en un llano y hasta rodeada por un foso muy grande, y con todo y eso en un momento logró meter a sus fuerzas hasta adentro y acabar con todos los rebeldes que estaban allí parapetados, igual que éstos.

—Pero entonces no había ametralladoras.

—Tampoco pienso que tiraban con migajón; lo mismo se moría la gente y se hacía buen uso de la bayoneta, no como ora que para todo sirven, menos para dar cuchilladas a la gente.

—Oye nomás cómo gastan parque.

—Claro, lo que les sobra son balas; tienen en su poder todos los almacenes.

—Bueno, pero ¿por qué si se sienten tan fuertes no salen ellos y se echan sobre nosotros?

—Pues ai está lo que te digo, que veo muy raro esto.

—¿En qué irá a parar este rejuego?

—A mí se me ocurre que últimamente nos vamos a juntar todos y vamos a hacernos todos unos.

—¿Y en favor de quién?

—Pues ni modo que de Madero.

—¿Entonces?

—De Félix Díaz o de algún otro. Acuérdate de lo que te digo y verás si tengo narices y las huelo bien. Fíjate: esta mañana oí, ai en la azotea, a uno de los oficiales que decía que había orden de no avanzar, ¿qué sacas tú de eso?

—¡Ah, canijo!

—Para lo que va a resultar de esto, no vale la pena matar compañeros y exponerse uno a que le den un trancazo.

No se me olvidaron las palabras del Tlacuache y pude comprobar que era cierto lo que decía: nuestros altos jefes no tenían ningún empeño en tomar la Ciudadela, ni los otros tampoco de salir de allí; sin embargo, no por eso dejábamos de echar balas y de matar cristianos. Era una pelotera aquella que parecía como si fuera un solo trueno que no se acababa nunca; un trueno compuesto de tiros de fusilería, de ametralladoras y de cañón que repercutía en los aires y que agujereaba casas y segaba vidas.

Aquello de haber metido a los maderistas a caballo por una calle para que los mataran como a borregos estaba bien claro, pues sólo siendo muy animal se podía creer que pudiera tomarse una fortaleza montados a caballo y caminando por un lugar barrido por el fuego de las ametralladoras. ¿Querían acabar con Madero porque no era de los suyos? Bueno; para luego era tarde, ¿qué esperaban?, ¿para qué hacían matar tanta gente inocente?

Yo no entendía aquellas cosas ni me parecía fácil que habiéndose derramado ya tanta sangre fueran a ponerse de acuerdo unos jefes con otros. No; aquéllas no eran sino suposiciones del Tlacuache que siempre fue malicioso y amante del chisme; tenía fama en el batallón de enredador y me vino a la memoria que en una ocasión

me contó a mí y a otros varios que el sargento Paulino Arredondo dejaba que su mujer lo engañara con uno de los tenientes, nomás para que éste se contagiara de los males que llevaba ella y para que así pagara el oficial su propia falta.

Allí lo que había de suceder sería de seguro que el general Huerta era más precavido y menos audaz que el general Villar y por eso íbamos poco a poco para dar un golpe a lo seguro.

Al tercer día todo seguía igual: fuego por las dos partes, muy duro, muertos y heridos a montones y la situación en el mismo estado que al comenzar la pelea. Aquello lleva trazas de eternizarse; ya hasta me estaba yo acostumbrando a aquel traqueteo y pensaba que había de salir con bien de todo, cuando me tocó la de malas. Fue en la mañana del miércoles cuando me pegaron.

Estaba yo apuntándole, desde la azotea de una casa de la calle Ancha a unos que estaban como a una cuadra de distancia, cuando me sentí herido; sentí como si me hubieran dado un golpe en el brazo y a poco me vi correr la sangre. Fue en el brazo izquierdo, abajo del hombro; quise mover la mano y me di cuenta de que no podía hacer movimiento; me había quebrado el hueso la bala.

Ni modo de seguir peleando; estaba yo inútil por el momento y quién sabe si por toda la vida. Me enviaron al hospital.

Estaba el hospital militar testo de heridos y los médicos no se daban abasto para atender a todos. No alcanzaban las camas para los que iban llegando a cada rato y nos dejaban los ambulantes en donde había sitio en el suelo.

Apenas llegué a aquel lugar, sentí un dolor muy fuerte; se me había enfriado la herida y apenas podía yo soportar el sufrimiento que me causaba.

Recuerdo como en sueños, que un mayor médico me examinó el brazo y me hizo sufrir más todavía con sus manipulaciones.

—No hay más remedio que operar —dijo.

Me montaron en una carretilla y me metieron a un cuarto blanco. Alguien me dio a oler no sé qué cosa muy fuerte, sentí que me iba de este mundo. No supe ya de mí.

Como en un sueño recuerdo que batallaba yo con toda mi alma para sacudir la modorra que se aferraba en mi cuerpo y que oía muy apenas los lamentos de los otros heridos y allá, más lejos, el

estruendo del combate, igual que el primer día. Seguía la danza de la muerte y yo era de los pisoteados. A ratos, los lamentos se hacían muy débiles, como si les faltara el aliento a los quejumbrosos y el cañoneo y el ruido de la fusilería se perdía en la distanci.; me zumbaban los oídos y en medio de aquel barullo oía claramente el redoble de los tambores al "paso de camino" que pasaban por dentro de mi cabeza y se perdían a lo lejos. Después, una corneta que me tocaba en las orejas, hasta ensordecerme, "atención, fajina y marcha"; luego, la cabeza que me daba vueltas, como si fuera un trompo y visiones como relámpagos de combates, de fusilamientos, de victorias y de derrotas. ¡Tatará, tatará, tatará!; ¡fuego!, fuego por descargas, muy nutrido; cargas de caballería, fuego de ráfagas de los cañones. Granadas de tiempo explotando, ametralladoras tartamudeando sones de muerte, marchas al paso veloz, gente que cae y que ya no se levanta; sudor, sangre, maldiciones y lamentos largos, largos, que no se acababan nunca. Mi cabeza volvía a detenerse después de aquel baile de perinola y los lamentos seguían, pero no eran ya los lamentos de los sueños, eran los que daban los compañeros heridos del hospital.

Cuando pude darme cuenta bien de todo, se había acabado ya el combate. A un lado de mi cama estaba mi vieja fiel, mi Juana sufrida. Pensé en aquella otra vez que me hirieron, allá en Cuencamé, y que también estuvo a mi lado la Chata Micaela. ¡Qué diferencia de mujeres y también qué diferencia de heridas! En aquel entonces fue un rozón nomás en una pierna y ahora despertaba con un brazo menos. Estaba inválido y ya no volvería más a cargar el fusil. ¡Qué gusto, dejar esa vida y qué desgracia no servir ya para nada!

—¡Vieja, viejita querida!, ¿ai estás?

—Aquí estoy, mi viejo, ¿crees que te pudiera abandonar?

—Mírame nomás, ora sí soy "mocho" de veras.

—¡Pobre "Juan"!...

—Se acabó todo.

—Todo no, te quedo yo.

—¡Pobre Juana!... ¿Qué vas a hacer con un hombre inválido?

—Ya no cargarás el máuser, se te acabará el servicio y ya no te harán que pelees más contra nadie.

—Ya no cargaré el fusil, ni podré manejar la pala, ni el azadón, ni el arado...

—Me tienes a mí, viejito querido.

—Acércate junto a mí, junto a mi brazo mocho, para no echarlo tanto de menos.

Me cogió la cara, me besó y me hizo caricias como si fuera un niño; mis ojos se llenaron de lágrimas y me sentí como si fuera una criatura débil, incapaz de nada.

A lo lejos sonaban campanas alegres y redobles de tambores que tocaban "diana".

—¿Ganaron los nuestros?

—Ganaron unos y otros. Tenía razón el Tlacuache.

—Entonces…

—Lo que tenía que suceder, mataron a Madero y ya hay nuevo presidente.

—¿Félix Díaz o Huerta?

—Huerta.

—Lo mismo da uno que otro. Pobre chaparro Madero, tenía que suceder. ¿Qué más novedades hay?

—Ahorita están quemando montones enormes de muertos, aquí, en los llanos de Zoquiapa, ¿no te llega hasta aquí el olor a chicharrón?

—Muchos deben de ser.

—Miles; se retuercen los brazos y las piernas de los difuntos al achicharrarse; da horror ver aquello. ¿Te acuerdas del capitán Gloria?

—¿Qué le pasó?

—A él nada. Toda la guarnición del Veinticuatro que estaba en Amecameca, aprovechando estos días de combates aquí en la capital, como casi todos habían sido antes zapatistas, encabezados por aquel don Simón, se sublevaron y mataron a todos los oficiales menos al capitán Gloria, a quien querían, y se fueron al monte.

—¿De modo que el capitán Gloria anda ahora de zapatista?

—Por la buena o por la mala, pero allí anda. Se fueron al monte porque no querían a Madero y la erraron, aquí acabaron con él. Todo está tranquilo, ya se acabaron los combates.

—¿Se acabaron?, ¡quién sabe si sea ahora cuando van a comenzar de veras!

—Todo el ejército está con Huerta.

—El ejército, los agarrados de leva, pero quedan los libres, los que pelean por su gusto, ¿tú crees que la gente se va a conformar? Otro Madero saldrá y entonces... entonces, ¡quién sabe!

Por la calle pasaba una tropa de infantería al paso acompasado de sus tambores; el sonido parejo de los parches lo sentí muy triste, como si fuera a un entierro, como si aquellos golpes iguales fueran los latidos de mi propio corazón.

Fui soldado de levita de esos de caballería *

Francisco L. Urquizo

Mi nombre es Desiderio González: fui soldado de las caballerías de la Revolución desde sus principios, y hoy soy veterano ya bastante averiado, aun cuando soy de buena madera; de mezquite norteño. Tengo bastantes años y bastante que contar. No voy a hacerlo desde mi nacimiento porque eso a nadie le interesa, ni siquiera a mí mismo. Ahí va, sin ton ni son:

Habíamos entrado a México, la capital de la República, el 20 de agosto de 1914, con don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, pues éramos su escolta montada, junto en el Cuarto Batallón de Sonora, que también lo escoltaba desde que salió de aquel estado; nosotros andábamos con él desde antes, desde Coahuila.

Era ya principios de noviembre, más preciso el merito día de muertos. Estábamos felices en la capital que no conocíamos, bien vestidos y mejor armados. Las cosas se estaban poniendo mal por la Convención de Aguascalientes, y estábamos viendo venir un agarrón con Villa en cualquier momento.

Don Venustiano había salido por tren a Puebla a ver al general Francisco Coss; lo escoltaba una compañía del Cuarto de Sonora,

* Urquizo, Francisco L., *Fui soldado de levita de esos de caballería*, México, Fondo de Cultura Económica, Obras escogidas, 2003.

al mando del capitán Guillermo Palma, *el Chapo*, como le decían porque era muy chaparro, pero muy fornido.

Después de haber pasado lista de las seis se nos leyó la orden: el regimiento debería emprender la marcha a la mañana siguiente. El personal quedaba franco desde esa hora hasta la "diana"; la marcha sería por tierra sin decir hacia dónde.

Todos vivíamos en el cuartel, aunque algunos tenían ya viejas que se habían agenciado, como siempre, para cuando la permanencia se hace por varios días. Las viejas eran de procedencia federal, ya acostumbradas a andar con la tropa.

—Mañana tempranito nos vamos.

—¿Para dónde?

—¡Quién sabe! Parece que es a Puebla y nos vamos por tierra.

—¿Y cómo los seguimos nosotras?

—Como puedan. Ni modo que las llevemos en ancas, y si no aquí la cortamos. Muchas gracias por su compañía y aquí se rompió una taza y cada quien para su casa.

—Ya nos estábamos encariñando.

—Puede que más valga así y nunca falta un roto para un descosido.

A la lista de "diana" no faltó uno, y más bien sobraron, pues se presentaron tres o cuatro muchachones que se habían dado cuenta de la salida y querían darse de alta, lo cual era fácil dado que el cuarto escuadrón del regimiento estaba en formación.

Del coronel abajo todo era trajín en el cuartel. Cada quien iba provisto de su itacate para el camino, y a cada uno de los de la tropa se les había dado ya un morral con cinco kilos de cebada, que era el forraje del caballo, para pienso del mediodía y cena de la noche.

A las seis de la mañana toda la banda tocó el primer toque: botasillas. Los cabos y sargentos empezaron a pasar revista a su gente: de aseo, de armas, de municiones, de montura, de todo. A las seis y media el segundo toque: llamada de tropa. Revista de los oficiales, de todo también, como la habían pasado un rato antes los cabos y sargentos.

A las siete de la mañana el tercero y último toque por toda la banda: asamblea.

Todos ya al pie de sus caballos ensillados; el regimiento formado pie a tierra; los tres escuadrones, y los pocos del cuarto escuadrón

en formación, todavía no completo; la plana mayor de los jefes, la banda y la impedimenta formada por las acémilas cargadas con las cajas de municiones de reserva, la papelería del detall y la pagaduría; las medicinas del médico y los equipajes de los oficiales en cajas de madera pintadas de color plomo y con el nombre de cada uno de sus dueños.

Toda la gente uniformada de caqui color plomizo, sombrero tejano con toquilla azul celeste, que era el color del regimiento; pañuelo paliacate colorado amarrado en el cuello, polainas de cuero color café, acicates, correaje del mismo color café con dotación de cien cartuchos; carabina, máuser a la granadera y sable. Morral para el bastimento. En las monturas, el capote, la manta de cama y la manga de hule, el otro morral con la pastura del caballo y la caramañola con el agua para beber.

El trompeta de órdenes del coronel ordenó "A caballo".

Cada capitán ordenó a su escuadrón que se numeraran por cuatro.

El trompeta de órdenes volvió a ordenar "mano al sable", formar columna por cuatro y emprender la marcha batiendo la banda el alegre toque de nuestra "marcha dragona".

Salimos de nuestro cuartel, que estaba en la plaza de la Ciudadela, volteamos por la calle de Balderas hasta llegar a la Alameda; de allí, por la avenida Juárez y las calles de San Francisco y Plateros, hasta el Zócalo. Rodeamos el Zócalo por el Portal de Mercaderes, el Palacio Nacional y la Catedral.

Parecía que nos íbamos despidiendo de todo lo más conocido.

¡Adiós Palacio Nacional! ¡Adiós Catedral! Ya nos vamos. ¡Quién sabe dónde!, pero si Dios es servido, hemos de volver ya para estar aquí más largo tiempo, y si no, pues quiere decir que por ahí estampamos las zaleas. Nuestra vida es caminar y siempre caminar, y también echar bala o que nos la echen. Ése es nuestro oficio.

Seguimos por Santo Domingo hasta Peralvillo. La gente curiosa nos veía pasar. Siempre es bonito ver desfilar soldados, más si éstos son de caballería y van tocando la "marcha dragona". El ruido de los caballos abulta mucho el tamaño de la fuerza; parece que son muchos más de los que realmente son. Y nuestro regimiento —para qué es más que la verdad— estaba bastante bien. Muchachones

parejos, "sencíos", todos norteños; bien vestidos; buena caballada y mucha instrucción. No podía ser menos, era escolta del Primer Jefe don Venustiano Carranza. Nos veían pasar con satisfacción y se daban cuenta también de que aquello no era un desfile de esos de relumbrón, sino que era una fuerza que iba a campaña; así lo decía la indumentaria; sobre todo los pañuelos paliacates amarrados al cuello y las mulas cargadas con la impedimenta.

En la garita de Peralvillo, el trompeta de órdenes mandó callar la banda y envainar los sables. Continuamos la marcha a la sordina por la calzada de Guadalupe. Traspusimos silenciosos La Villa, y al enfocar por el camino que va a Pachuca, la primera sección del primer escuadrón se adelantó a cubrir el servicio de vanguardia, y el regimiento de columna de a cuatro pasó a la de a dos, que es la formación de las caminatas en campaña.

Quedé, como siempre, junto a mi compañero de hilera, a quien conocíamos todos por el mote de *Melencueres*, también de mi mismo pueblo de Coahuila, de Parras. Ya podíamos hablar, pero no fuerte.

—¿Para dónde iremos, tú?

—Pues mira, si pasamos Venta de Carpio y seguimos derecho, seguro que vamos a Pachuca; pero si volteamos a la derecha, entonces quiere decir que vamos a Veracruz.

—Ojalá y así fuera, entonces se nos hará conocer el mar. ¿Tú conoces el mar?

—Yo de agua en cantidad, sólo conozco la Laguna de Mayrán, y esa laguna sólo tiene agua cuando le sobra al río Nazas, allá cada tres o cuatro años, de allí en más es aquello como el desierto de Mapimí.

La columna, ya de a dos, se hizo larguísima.

La trompeta de órdenes tocó "al trote". La caballada sobrada por tantos días de descanso en la capital, tomó el aire y comenzó el zangoloteo, y con esto se alborotó el polvo del camino y se hizo la polvareda de siempre. Se acabó la platicada, pues tuvimos que taparnos las narices y la boca con los paliacates. Todas las cabezas de los jinetes se volvieron coloradas por los pañuelos, parecíamos asaltantes del camino real. Poco duró el trote.

Mandaron hacer alto y echar pie a tierra.

Era el primer alto horario de toda la jornada para desaguar hombres y caballos, para ajustar las monturas y para estirar las piernas.

Montamos de nuevo. De allí para adelante por cada hora de camino diez minutos de alto.

Pasamos por Venta de Carpio y torcimos a la derecha. Íbamos, pues, a Veracruz.

Al mediodía un gran alto para sestear, por media hora. La trompeta ordenó, por medios toques, "forraje" y "rancho". Desembridamos los caballos y les pusimos los morrales con la cebada, y la gente desenvolvió sus itacates para comer lo que llevaran, que siempre eran tortas compuestas, tacos de tortillas con frijoles, barbacoa o huevos, naranjas o algún pedazo de caña. Después de la comida emprendimos la marcha a pie, jalando los caballos para hacer la digestión y evitar el sueño. Volver a montar y seguir al paso, al trote, y a veces un poquito de galope, con sus paradas de diez minutos por cada hora de camino.

Ya para caer el sol, rendimos la jornada, que había sido de doce leguas; estábamos en el pueblo de San Juan Teotihuacán. Buen cuartel hecho para la caballería.

Antes de aposentarlos paseamos la caballada, en tanto que el capitán ayudante, con gente de la plana mayor, obtuvo forraje para tender en los pesebres y paja para las camas de los animales, y conseguir que las autoridades dispusieran que el comercio atendiera a la tropa en su alimentación a precios justos. Justamente ese día había habido matanza en el pueblo y había muy buena carne y sabrosos chicharrones. Se prohibió, con nuestra llegada, la venta de pulque y de licores, ni siquiera cerveza se permitió vender.

El primer escuadrón, que había tenido a su cargo el servicio de seguridad, cubrió las guardias del cuartel y los puestos avanzados que se establecieron.

Caímos redondos hasta el toque de "diana".

Como el día anterior, a las siete de la mañana ya estábamos en marcha. Ahora el segundo escuadrón tenía el servicio de seguridad y llevaba guías proporcionados por el presidente municipal, pues íbamos a caminar a campo traviesa para abreviar el tiempo.

A mediodía se puso el cielo nublado y a poquito se desató un aguacero. Salieron a relucir los impermeables y el camino se puso pesado con el lodo resbaladizo y, por consiguiente, la marcha se hizo lenta.

La vanguardia cambió unos tiros con tres o cuatro rancheros que osaron dispararles, huyendo a todo correr.

Ya para llegar al pueblo de Otumba se observó que gentes coronaban las azoteas de las casas y que hombres montados galopaban por las calles como si estuvieran aprestándose para combatir, y así era. Había una guarnición fuerte allí, y al tener aviso de que se acercaba gente armada (ahora nosotros), y no sabiendo de qué partido éramos, ya que el país estaba en una indecisión grande, villistas, zapatistas y carrancistas, tomaban sus precauciones. El regimiento hizo alto hasta que el jefe nuestro, y el de la plaza, se entendieron por medio de emisarios y llegaron a convencerse de que éramos carrancistas unos y otros.

Pasamos por entre los alarmados de Otumba, que por cierto resultaron de nuestro propio terreno.

Rendimos jornada en Apan, ya cuando estaba por oscurecer.

Allí había habido novedad. El día anterior se habían levantado en armas dos hermanos hacendados de apellido Méndez, que radicaban en el pueblo, y se habían ido al campo acompañados de cerca de un centenar de sus peones, a quienes habían armado. No se sabía qué bandera llevaban, pero desde luego no eran carrancistas. Conocían el terreno bien, ya que allí tenían sus propiedades, y bien pudieran darnos un golpe de mano durante la noche.

El pueblo estaba triste; casi a oscuras, pues los foquitos de la calle apenas alumbraban. Nuestro cuartel era un corral amplio con unos cuantos cuartos techados. Encontramos forraje y agua en abundancia, y también comida para la gente.

El segundo escuadrón, al cual yo pertenecía, que había traído el servicio de vigilancia durante el camino, siguió con el servicio de seguridad durante la noche, extremándolo más por las noticias de los levantados que andarían por allí cerca. Todo el escuadrón quedó de servicio cubriendo los puestos avanzados que se establecieron en los lugares más acertados, y una sección con los caballos ensillados, pero sin frenar para que comieran su forraje, quedó de imaginaria listo para montar.

A la medianoche se apagó la poquita luz eléctrica del pueblo. Gentes de ahí, de seguro amigas de los alzados la habían apagado. De seguro nos iban a dar el albazo. ¡A nosotros! ¿De dónde? ¡Bien baleados como estábamos y por primerizos! Y así fue. Entre tres y

cuatro de la mañana comenzó la balacera bien tupida. Una media hora de fuego y el enemigo se retiró. Debía de estar por allí cerquita.

La sección que estaba de imaginaria, en la cual estaba yo, montó y nos llevaron hasta donde había estado muy tupido el fuego. Ya comenzaba a amanecer y se veían ya las caras de las gentes. Nos dieron el rumbo hacia donde se habían retirado los atacantes y hacia allí fuimos al trote y sable en mano. Nos mandaba nuestro teniente Soto, y llevaba un trompeta. Ya nos había prevenido que íbamos a cargar en forrajeadores.

No esperaban los rebeldes una persecución tan inmediata; estaban hechos bola. Les caímos de sorpresa, tendidos sobre nuestros caballos, a toda carrera blandiendo los sables y armando la gritería que se acostumbra siempre, maldiciones de las más fuertes y con el trompeta tocando a todo dar: "carga en forrajeadores". En un instante nos revolvimos con ellos, repartiendo duro machetazos de punta y de filo. Les entró el pánico y corrieron los que pudieron hacerlo, pero muchos quedaron ahí tendidos, muertos o heridos.

Fue cosa de unos cinco minutos, cuando más, aquella carnicería.

El trompeta dejó de tocar "carga" y empezó a tocar "diana".

Toda la banda del cuartel repitió aquel toque.

El teniente Soto, con su pistola, repartía balazos. Uno de los del enemigo le gritó al teniente:

—No me mate, señor, que ya estoy herido.

—¿De dónde estás herido?

—De aquí del hombro.

—No te mataré, pero te voy a dejar cojo. —Y le dio un tiro en un pie—. Así te vas a quedar acostado unos dos meses, para que te dejes de andar en estas cosas.

Ya era de día. Quedaba allí el tendedero de heridos y muertos. De nuestra parte ninguna novedad de sangre, nomás una buena desvelada.

Me decía Tito, el asistente de nuestro coronel, que el presidente municipal de Apan le pedía al coronel que no nos fuéramos hasta acabar con aquellos que habían salido huyendo, y entre los cuales iban los hermanos Méndez, pero que el coronel le había dicho que ni modo, que nuestra orden era juntarnos con don Venustiano Carranza cuanto antes. Que ya daríamos parte allá arriba para que

mandaran gente a hacer la campaña. Que también le había dicho el presidente municipal que tuviéramos cuidado porque en nuestro camino íbamos a pasar a un ladito de la hacienda de los Méndez, y que a lo mejor estarían allí y nos pondrían alguna emboscada.

Salimos de Apan a la hora acostumbrada, y ahora era el tercer escuadrón el que llevaba la vanguardia y la seguridad, llevaba guías conocedores del terreno. Íbamos contentos, pues hasta botín llevábamos: veinte caballos ensillados y otras tantas carabinas.

—Estuvo bueno el agarrón de anoche —me dijo mi compañero.

—Bueno y facilito. Dejamos un tendedero. ¿A que no te acuerdas de aquella otra carga que dimos en Hermosillo, Sonora?

—¿Cuál carga, hombre? Tú estás soñando.

—No, ¡qué va!, acuérdate: nuestro regimiento estaba muy metido en la instrucción y al mismo don Venustiano le gustaba de vez en cuando ir a vernos maniobrar al campo. Lo acompañaba el jefe de su Estado Mayor, algunos ayudantes y un americano alto, flaco, que usaba una barbita medio canosa, que era periodista y se llamaba míster Weeks, *el señor Semanas* le decían todos por broma. Pues a ese señor se le ocurrió hacer una película de cine para sus informaciones. Pidió permiso para hacerlo y planearon, él y nuestro jefe, cómo debería hacerse. Primero evoluciones a caballo; después combate a pie, en tiradores, avanzando y retrocediendo en escalones y, finalmente, volver a montar y dar una carga violenta.

"Allí estaba frente a nosotros míster Weeks con sus fotógrafos americanos, muy entusiasmados".

"Hicimos todo; las evoluciones y el combate a pie, como de costumbre, muy preciso, sólo faltaba la carga. El coronel, antes de hacerla, nos advirtió con voz fuerte: 'Mucha atención. Vamos a hacer una carga en forrajeadores. Debemos hacer todo con el mismo ardor y entusiasmo que en otras ocasiones; al mismo tiempo deben hacer todos la arrancada de sus caballos a toda carrera. Figúrense que tienen de veras enfrente al enemigo y que van a acabar con él. No hagan caso de esos señores fotógrafos; procuren no verlos. Tienen todos libertad para gritar cuanto quieran, hasta malas razones. Estamos listos, míster Weeks'".

"'Oll rair!', contestó el gringo".

"¡Escuadrones de frente, al paso!… ¡Marchen! ¡Al trote!… ¡Para cargar! ¡En forrajeadores!… ¡Carguen!"

"Partimos a toda carrera, abriéndonos y gritando insolencias. Mentadas de madre y alaridos de indios broncos".

"Míster Weeks y sus gentes huyeron despavoridos y la cámara cinematográfica, que era de aquellas de tripié, quedó hecha pedazos por las patas de los caballos desbocados."

—Ya me acordé. ¡Qué chistoso estuvo aquello! No volvió el gringo aquel a querer sacar películas.

Hicimos alto. Estábamos a medio kilómetro de la hacienda que decían que era de los Méndez. Se destacó una exploración para ver si había allí gente armada.

No encontramos a nadie.

A media tarde rendimos la jornada en Apizaco. Allí ya había fuerzas de nuestro bando, por lo cual no había necesidad de poner puestos avanzados.

Supimos allí que don Venustiano, que había estado en Puebla, había pasado por allí y que ahora estaba en Córdoba, Veracruz.

Allá teníamos que ir, pues.

Quién sabe cómo lo sabían y cómo le harían, el caso es que allí estaban esperándonos la mayoría de las viejas con quienes habíamos hecho amistad en México. Soldaderas del antiguo régimen huertista, y tres o cuatro piscapochas de nuevo ingreso que se habían enredado con los oficiales.

Supimos que las cosas se seguían poniendo mal, y que los gringos no tenían ganas de salirse del puerto de Veracruz.

El coronel dispuso que en un furgón de caja del ferrocarril se acomodara la mayor parte de la impedimenta que traíamos cargada en las acémilas: las papeleras del detall, la pagaduría y las monturas y armas que traíamos como botín de Apan. Que el pagador se hiciera cargo de todo aquello y que les permitiera a las viejas viajar allí aunque fueran amontonadas o en el techo las que no cupieran, para que el primer tren de carga que pasara se las llevara hasta Córdoba, que era nuestro punto de destino.

Nosotros seguiríamos por tierra marchando con todas las reglas militares en jornadas chicas o largas. Muy corta fue la de Apizaco a Huamantla; largas las de Huamantla a San Andrés Chalchicomula, y de este lugar a Orizaba, y muy chiquita de Orizaba a Córdoba.

Todo el tiempo que caminábamos callada la boca, me servía a mí para hacer recuerdos de otras caminatas por otras partes del país, y siempre con don Venustiano Carranza.

De Parras, mi tierra, habíamos salido varios muchachones dados de alta con el mayor Roberto Rivas, muy hombre por cierto; después lo mataron por lo mismo. Salimos con él; éramos cerca de cincuenta, a buscar a don Venustiano, que lo encontramos en su mera tierra: en Cuatro Ciénegas, a donde había llegado derrotado de Monclova, pues le habían cargado muchas fuerzas federales.

Las fuerzas del coronel Pablo González, a las órdenes directas de don Venustiano Carranza, habían combatido en Candela derrotando por completo a la caballería de Rubio Navarrete, pero al mismo tiempo que eso pasaba, la columna huertista de Mass había avanzado sobre Monclova, semidesguarnecida, pues las fuerzas, casi todas, habían sido llevadas a Candela. Ni quien esperara que aquella columna de Mass fuera a avanzar. ¡Tanto tiempo que hacía que estaban allí indecisos frente a Monclova! Pero así fue. Atacaron a Monclova. La poca fuerza rebelde no pudo contener el ataque, y aun cuando la gente nuestra regresó violentamente, fue llegando por partidas al combate y a todos les fueron dando. La derrota fue completa. Don Venustiano, con dificultades, pudo pasar por Monclova y fue a dar a Cuatro Ciénegas, en donde lo esperábamos los que íbamos por él para convidarlo a que fuera a Torreón, para atacar aquella plaza con los revolucionarios de Durango.

Era casi a mediados del mes de julio de aquel año de 1913.

Llegó don Venustiano abatido a su pueblo; lo acompañaban los de su Estado Mayor. Aquel golpe de sorpresa de Mass, y seguramente su avance inmediato hacia el norte del estado, lo llevaría hasta Piedras Negras, y los nuestros, derrotados, tendrían que salir para ir a revolucionar a Nuevo León o andar de guerrilleros por aquel mismo terreno que se acababa de perder.

Don Venustiano estuvo de acuerdo en ir con nosotros para La Laguna, para atacar a Torreón con las fuerzas de Durango, que eran muchas.

El día 14 salimos de Cuatro Ciénegas en la madrugada. Éramos como unos cien hombres los que servíamos de escolta, y esos cien hombres estaban constituidos por tres grupos independientes de a treinta, más o menos, cada uno con un jefe. El de más categoría lo era el coronel Gregorio García, un joven moreno y fuerte, que

había sido maderista y que don Panchito Madero lo había mandado a estudiar milicia a la Escuela de Aspirantes. Le había tocado la Decena Trágica en México, y cuando mataron al presidente Madero se desertó y se fue a levantar gente a La Laguna, de donde era oriundo. El otro jefe era el mayor Roberto Rivas, de mi pueblo, de Parras, con quien andaba yo; hombre de mucha acción y muy campirano, y el otro jefe era el mayor Manuel Cárdenas, de Saltillo, medio pariente de don Venustiano; gordo y bigotón. Con el tiempo esos tres grupos se unieron mucho y fueron un solo núcleo bien entendido.

Pasamos por el Valle del Sobaco y fuimos a dar al rancho de Asutralia, propiedad de don Panchito Madero, rancho de ganadería mediana, más bien de terreno guayulero. Allí remudamos algunos caballos. Atravesamos la pelona Sierra de la Paila y fuimos a bajar al Barreal de aquel desierto, con intenciones de llegar a Parras, mi pueblo.

Para eso teníamos que pasar por la vía del Ferrocarril Internacional, que va de Torreón a Piedras Negras, precisamente por la estación Madero, que así se llama aquel paraje por estar en terrenos de los señores Madero. No había temor de trenes, pues la vía estaba en reparación.

Allí se nos apareció el diablo. Allí nos estaba esperando Benjamín Argumedo, el cual había sido primero maderista y después orozquista, lagunero nativo del rancho de Gatuno, entre Matamoros y Viesca, muy peleador.

Ya estaba pardeando la tarde. Nosotros éramos ciento y tantos, y los de Argumedo lo menos serían el doble. Ni modo de sacarles la vuelta y volver atrás. ¿A dónde? Había que entrarle y así lo dispuso don Venustiano. El coronel Gregorio García le aseguró al jefe que él con su vida le garantizaba el paso, y se empeñó el combate cuando ya era casi de noche.

De veras era bravo aquel joven coronel; con el ejemplo de su persona enardeció a la gente, y pasamos por sobre el tendedero de muertos y heridos que en un instante cayeron. Perdimos a nuestro coronel Gregorio García. Cumplió su palabra, dada al jefe, de garantizarle el paso con su vida. Redondito cayó con un tiro muy bien dado. Lo pudimos sacar en su mismo caballo.

Esa misma noche fuimos ·a dar a San Lorenzo, y allí le dimos sepultura al valiente coronel, que si hubiera vivido habría llegado a ser general de los afamados, pues su empuje era muy grande.

Llegamos por fin a Parras, y después de un descansito la emprendimos a Torreón, que ya estaba siendo atacado por los de Durango a las órdenes de los jefes revolucionarios Urbina, Calixto Contreras, Orestes Pereyra y otros.

Salimos con precauciones de Parras, haciendo un rodeo por el Cañón de Aguichila y Aguanaval, para llegar a Avilés, Lerdo y Gómez Palacio.

Allí estaba el cuartel general de las fuerzas revolucionarias. El mando lo tenía Tomás Urbina, y a sus órdenes estaban voluntariamente los jefes Calixto Contreras, Orestes Pereyra, Juan García, Martín Triana, Cándido Aguilar, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Pánfilo Natera, Eulalio Gutiérrez y otros muchos más. Cinco o seis mil hombres. Defendiendo Torreón había puesto Huerta a un aguerrido general de aquellos que todavía quedaban de la Intervención Francesa, llamado Ignacio Bravo, ya con setenta y tantos años de edad, achacoso pero todavía con grandes ánimos. Tenía a su mando como a unos cuatro mil hombres con artillería y muchas ametralladoras.

Entre su gente estaba ya el famoso Benjamín Argumedo, de *Colorados* orozquistas, con quien habíamos peleado días antes en la estación Madero, cuando nos mataron a nuestro coronel Gregorio García. También estaba Cheché Campos con toda aquella peonada lagunera que él había logrado levantar para irse con Pascual Orozco, y que ahora se había juntado con el usurpador Huerta. Estaban bien fortificados y con hartas municiones.

Los nuestros habían logrado posesionarse de parte de los cerros desde la Metalúrgica hasta el cañón del Coyote. Ya tenían allí varios días haciéndole la lucha pero no lograban nada. Resistían muy bien los de adentro y los nuestros no empujaban con ganas, y el parque con que contaban ya no era mucho. Se tiroteaban federales y revolucionarios día y noche y no pasaban de allí. Ni atravesaban los nuestros ni salían los de adentro. Era aquello un quiste que no reventaba.

Le informaron al Primer Jefe de la situación con todo detalle para que se hiciera cargo de cómo estaban las cosas y dispusiera lo que mejor le pareciera. También le informaron que el día anterior a nuestra llegada se había presentado, allí en Lerdo, él solo, huyendo

de Torreón, el general José de Jesús Campos, de los Colorados de Orozco, que estaban con sus fuerzas a las órdenes del general Ignacio Bravo, pero que éste, según decía, le había mandado desarmar a toda su gente y lo andaba buscando para fusilarlo a él. Que había tenido aviso a tiempo y que había preferido reunirse con nosotros, a donde de seguro lo seguiría su gente. Que quería hablar con don Venustiano para explicarle todo y recibir sus órdenes.

Don Venustiano dijo que él nada tenía que hablar con los traidores, que para eso estaba la ley que acababa de expedir, y así, pues, le formaron Consejo de Guerra. Cosa que hicieron esa misma noche y, naturalmente, lo sentenciaron a muerte.

Yo fui a curiosear al reo. Lo tenían bien custodiado en una pieza interior de la presidencia municipal. Era un hombre fornido, bastante alto y sumamente gordo. Estaba sentado en un catre de latón, y en un cajón que estaba a la mano había restos de la cena que acababa de tomar.

Decían que era de muy buena familia, emparentado con los Luján de Chihuahua; hacendado en La Laguna, en donde era dueño del rancho El compás. Que era muy querido por la gente del campo, pues era de muy buen carácter, consentidor de los peones, jugador de gallos y de carreras de caballos, despilfarrado y muy mujeriego. Había sido muy popular en todo el rancho, y en las casas de las "güilas" de Torreón lo adoraban. Cuando se había levantado en armas contra Madero, lo siguieron miles de hombres que lo querían, pero que él no pudo o no quiso meter al orden. Su gente era de lo peor y por eso de seguro el general Bravo se los desarmó.

Estuvo tomando muchas tazas de café en la noche y platicando con los que tenía a la mano.

Cuando llegó la hora de la ejecución, pidió que no lo llevaran a pie, porque estaba mal de sus piernas, que le prestaran un caballo.

La gente que lo tenía a su cargo era la de Calixto Contreras, que lo odiaban a muerte y eran de la misma calidad de los de Cheché; igual de indisciplinados unos y otros. No admitieron que se le diera caballo; querían que fuera a pie hasta el panteón, que está retirado del pueblo, pero como el reo no podía caminar, le consiguieron un burro aparejado, y en él lo montaron. ¡Semejante hombre en un escuálido animal! Salió de la prisión entre la mofa y la gritería de la gente. Algunas viejas le reclamaban a gritos la honra de sus hijas.

Le querían hasta pegar. El hombre, resignado, nada decía y seguía en su burro su camino.

A mí me repugnó aquel cuadro y no fui hasta el panteón. No vi su muerte.

Tuvo don Venustiano una junta con todos los jefes, y acordaron darle "un entre" a Torreón, con ganas, para acabar de una buena vez. Había de ser el empuje al amanecer de aquel día 30 de junio; lo tengo bien presente.

A la madrugada, toda la gente, sin hacer ruido, se fue para los cerros a reforzar a los que allí estaban, para el empujón parejos todos.

Apenas aclaró, se rompió el fuego con muchas ganas; nos contestaron de igual manera, no eran los contrarios ningunos "maneados".

Muy duro se peleó toda la mañana. Era un esquitero tremendo. Se avanzaba tantito y se volvía a retroceder. Don Venustiano, con su Estado Mayor y su escolta, recorría todas las líneas para animar a la gente con su presencia. Pero nada. No se conseguía ablandar aquella resistencia, y las municiones comenzaban a escasear.

Conociendo el jefe la fama de los de Calixto Contreras, allí nos quedamos con él hasta cerca de las tres de la tarde, en que aquello se vino abajo.

Cerca de esa hora los de don Calixto, ante un cargón que dieron los que estaban al frente, y que eran los de Argumedo, se levantaron feo y echaron a correr, a pesar de la presencia de don Venustiano, que les ordenaba que se sostuvieran. Todos los del Estado Mayor trataban de contenerlos, y mi jefe, Roberto Rivas, indignado, hecho una furia, casi ronco de tanto gritarles, agarró su carabina y disparó varias veces sobre los que corrían. Logró tumbar a un coronel y a un mayor, que eran los que iban más adelante y los que daban el mal ejemplo. Logró contenerlos de momento, pero iban a acabar con él los soldados de aquéllos, indignados por la muerte de sus jefes. Don Venustiano personalmente se interpuso y le ordenó a Rivas que se retirara.

Aquello se desmoronó. De balde ocho días de peleas para no conseguir nada. La retirada general era hacia Pedriceña. Los federales no se atrevieron a perseguirnos. Llegamos con don Venustiano, esa noche, hasta Avilés, y hasta allá fueron también muchos de aquella gente de Contreras que habían corrido y que, ahora,

alebrestado, iban a pedirle a don Venustiano, con su jefe a la cabeza, que les entregara a Roberto Rivas para matarlo.

Don Venustiano de ninguna manera consintió, y en la puerta de la casa en que iba a alojarse, le repudió a don Calixto Contreras el proceder de la gente. Don Calixto titubeaba y trataba de calmar a su gente, pero el mismo Roberto Rivas estuvo a punto de echar a perder todo por su intemperancia.

Carabina en mano se enfrentó ante la chusma:

—¡Aquí está Roberto Rivas! No me arrepiento de lo que hice, y lo que siento es no acabar con todos ustedes, correlones. ¿No les da vergüenza haber corrido delante del Primer Jefe, cuando éste les estaba dando ejemplo de su valor?

Se armó una gritería; cortaron cartuchos de sus carabinas, y se hubiera armado una balacera en la que hasta al mismo don Venustiano le hubiera tocado.

Gracias a Dios, don Venustiano logró calmar aquello. Se ordenó a Rivas que se metiera al cuarto, y a don Calixto que retirara a su gente.

Temprano salimos para Pedriceña, y de allí, ya en tren, seguimos hasta Durango.

Allí en Durango descansamos unos días. Aquello estaba tranquilo como si no hubiera revolución. Todo el estado estaba limpio de federales, y había un gobierno que trabajaba bien. Estaban allí los hermanos Arrieta —cuatro o cinco eran— con miles de hombres y todo en calma. Nos dieron dinero como haberes y hasta algo de ropa.

Un descanso de casi dos semanas, y adelante rumbo a Sonora; pero, para llegar allí, había que atravesar la Sierra Madre.

De Durango salimos a Canatlán, Santiago Papasquiaro, Tepehuanes, y entramos a la sierra hasta el mineral del Rosario, y tantito después al Parral, ya esto en el estado de Chihuahua. Era esto por mediados del mes de agosto de aquel año de 1913.

Allí en Parral estaban los jefes Manuel Chao y los hermanos Herrera, Maclovio y Luis. Villa apenas comenzaba a alear. Buena guerra había de dar al poco tiempo, empezando por tomar aquel Torreón que no pudimos nosotros, pero que él sí lo logró, haciendo entrar a la viva fuerza a los de Contreras, que les llovían balas de los federales de adentro, como de la gente de Villa por la retaguardia.

Todo esto después lo supimos; cuando pasamos por Parral, Villa todavía no figuraba.

De allí de Parral para adelante, ya comenzaba la viva sierra; íbamos bien provistos y nos llevaba un buen guía, un nativo de por allí que se llamaba Pablo Heredia. Conocía aquello como sus manos. Veredas y pasos que nadie veía y que él parecía que los adivinaba. Siempre acertaba. Subir y bajar por barrancas hondísimas. Vueltas y revueltas; bosques tupidos; terrenos resbalosos y llenos de piedras picudas. Nunca se desorientaba el guía, y llegábamos al punto que él había nombrado en cada partida. Seguramente pasábamos por donde nunca había pasado un hombre, como no fuera aquel amigo Heredia.

Pasamos por el mineral de Guadalupe y Calvo, y ya no volvimos a ver gente hasta otro mineral que se llamaba Calabacillas, ya para bajar a Sinaloa, a donde fuimos a dar a un pueblo llamado Chinobampo.

Un mes entero había durado aquella pesada caminata y llegábamos barbones, agotados y sucios a aquellas tierras de Sinaloa. El Fuerte se llamaba el pueblo, a donde ya encontramos fuerzas de la revolución de las que mandaba el general Ramón Iturbe. Allí en El Fuerte, conoció don Venustiano Carranza al general Álvaro Obregón, que era el que tenía el mando de todas aquellas fuerzas revolucionarias.

Ya embarcados en tren, la emprendimos hacia el norte, hasta Hermosillo, Sonora. El tren sólo llegaba hasta Cruz de Piedra, estación inmediata al puerto de Guaymas, que seguía en poder de los federales, a quienes se les tenía sitiados. En Cruz de Piedra tuvimos que volver a montar a caballo para hacer un rodeo prudente, salvando a Guaymas. Este camino de pocos kilómetros, era tiroteado frecuentemente por los federales, y cañoneado también por los barcos de guerra. El rodeo terminaba en la estación de Maytorena, en donde estaba el cuartel general de los constitucionalistas que asediaban al puerto.

Don Venustiano Carranza pasó allí revista a las fuerzas sonorenses; batallones de indios yaquis y mayos muy bien organizados pertrechados. Daba gusto ver a aquellas gentes enteras, aguerridas: siempre vencedores. Habían limpiado a su estado de Sonora de huertistas, que sólo quedaban de ellos aquellos que estaban sitiados en Guaymas al amparo de los barcos de guerra, pero inmóviles, sin

salir del puerto y del poco terreno que pisaban. Todas las tropas con sombreros de palma y con toquillas de listón colorado, en camisa con pantalones de caqui y con huaraches: con varias cananas cada uno de ellos, recargadas de cartuchos; armados con fusiles máuser con sus bandas de guerra y con unos tamborcitos indios repartido, en las compañías, que tocaban incesantemente cuando hacían su movimientos; cuando emprendían la marcha; cuando variaban de dirección; cuando se emprendía el combate; o cuando tenían que retirarse. Eran los tamborcitos, repiqueteando, como si fueran una ayuda de las voces de mando de los oficiales o de los sargentos. Eran la demostración de la herencia de las tropas yaquis y mayos, y seguramente deben haber inspirado miedo al enemigo. ¡Qué digo miedo! ¡Pavor al enemigo, y ánimo y ardor a los que atacaban!

Los oficiales andaban uniformados de caqui, con sombreros tejanos o con gorras militares, todos con insignias. Llevaban todos el paso acompasado cuando marchaban, y los movimientos con su sarmas eran precisos y uniformes. Eran como tropa de línea federal, pero éstos no eran soldados de leva, eran voluntarios; muchachones prietos, fuertes, decididos. Con sólo ver a esas tropas se levantaba el ánimo y se aseguraba la fe del triunfo.

En Hermosillo fuimos alojados en el cuartel del Catorce; así le decían porque allí estuvo antes un cuerpo de rurales que llevaba ese número.

Allí estaba también, junto a nosotros, un regimiento de artillería de campaña, formado con los cañones que les habían quitado a los huertistas. Lo mandaba el mayor Juan Mérigo.

Era para nosotros otra vida allí en Sonora. Como la tierra firme que encuentra el navegante después de una travesía muy movida.

Buenos compañeros eran aquellos. Los indios yaquis y mayos encontraron en nosotros otra especie de tribu que llegaba de tierras lejanas, de allá de Coahuila, y así nos decían *los Cagüilas*.

Nos dieron ropa nueva de caqui amarillo; sombreros tejanos, polainas de cuero, cananas nuevas, camisas y ropa interior, frazadas, muy buenos zapatos, y hasta mangas de hule.

Se comía muy bien y sabroso la carne seca que, allí en Sonora, le dicen machaca, con unas tortillas de harina grandotas y muy suaves

y delgadas; menudo con chile verde; buena carne, y hasta tortuga, que allí le nombran caguama.

Teníamos dinero, pues ya nos comenzaron a pagar haberes, en unos flamantes billetes que había mandado hacer don Venustiano, y que nada le pedían a los billetes dólares americanos.

Había gobierno en toda forma, ferrocarriles, y correos y todo.

Y mientras don Venustiano organizaba su gobierno, recorría el estado y arreglaba todo, a nosotros nos dedicaron de lleno a la instrucción. Mañana y tarde estábamos marchando a pie, o a caballo, para que no desmereciéramos ante aquellos compañeros que parecían tropas de línea de la Federación.

El general Álvaro Obregón había tomado con sus fuerzas la capital de Sinaloa, Culiacán, y le hizo invitación al Primer Jefe a que fuera para allá y seguimos con él. Pasamos nuevamente el camino que ya habíamos recorrido a nuestra llegada. Íbamos en tren hasta la estación de Maytorena, en donde desembarcamos para rodear a caballo el puerto de Guaymas, y volver a embarcarnos en tren, en Cruz de Piedra, y continuar para Sinaloa.

Pasamos por los fértiles terrenos de las zonas de los ríos Yaqui y Mayo. Llegamos al pueblo de Navojoa, y ahí hicimos una parada para que don Venustiano fuera a visitar el pueblo de Huatabampo, en donde había nacido y tenía su casa el general Obregón. Allí visitó a sus familiares.

Llegamos a Culiacán, recién tomada. Todavía estaban en los cerros las trincheras de los federales, y una nube de albañiles estaban construyendo a toda prisa una gran escalera desde el plan del suelo, hasta una capillita que estaba en lo alto de una loma, en donde se venera a una Virgen, patrona del pueblo. Esa escalera se hacía por órdenes del general Ramón Iturbe, que se lo había prometido así a la Virgen, si le hacía el milagro de que se tomara la plaza. Se tomó; él cumplía su promesa.

Desfilaron ante don Venustiano las tropas que habían tomado parte en la acción. Eran unos miles de hombres, de Sonora; bien alineados, infanterías, lo mismo que los de Sinaloa; menos bien la caballería de Juan Carrasco y de los hermanos Arrieta, de Durango, que había tomado también parte en el asedio, así como la artillería del mayor Mérigo —nuestros compañeros de cuartel en Hermosillo—, que también se habían batido y habían aumentado el número de sus cañones.

Seguramente que Culiacán era mejor ciudad que Hermosillo; pero, para nosotros, los de la escolta, Hermosillo era mejor, sería por la gratitud de cómo nos habían tratado allí, o simplemente por mera simpatía.

Unas dos semanas permanecimos en Culiacán, entregados, como siempre, a la instrucción.

Un buen día, ordenaron de la jefatura de la guarnición que todos los hombres de guerra de los batallones y regimientos salieran a recorrer las calles de la población tocando "diana". Había caído Ciudad Juárez, Chihuahua, por un golpe de sorpresa dado por el general Francisco Villa.

Parecía cosa increíble. Sabíamos que el general Villa había ido a La Laguna y se había hecho cargo de aquellas fuerzas de Durango, con las que atacó Torreón don Venustiano Carranza, sin lograr tomarla. Que Villa, a punta de balazos, había hecho entrar a la pelea a todos aquellos y había derrotado a los federales, y se había hecho de un gran botín de guerra, quitándoles artillería, trenes, armas y municiones, y que muy fortalecido había dejado a Torreón, pues no que pudo ocurrírsele. Sin dejar de amagar a la plaza de Chihuahua, y teniendo la seguridad de que Huerta mandaría muchas fuerzas a recuperar la plaza de Torreón que tenía tanta importancia. Villa se había retirado de Torreón con muchos elementos, y se había vuelto sobre Chihuahua con ánimos de tomarla, sin conseguirlo, a pesar de su esfuerzo, y en vista de ello se le ocurrió un plan, el más grande que pudo ocurrírsele. Sin dejar de amargar a la plaza de Chihuahua, con sigilo retiró una parte de sus fuerzas, bien escogidas, capturó un tren de carga en las inmediaciones, y en él embarcó sus caballos y a su gente, bien ocultos. Obligó a los jefes de estación, y a los telegrafistas, que hicieran aparecer aquel tren como uno ordinario que iba a Ciudad Juárez, y a las once de la noche de aquel día 6 de noviembre del año de 1913, el tren de Villa, con sus gentes ocultas, penetró a Ciudad Juárez, salvando sus puestos avanzados y sus trincheras, y cargó sobre los cuarteles desprevenidos; hizo una matanza y se posesionó de la plaza en un instante. Golpe de audacia como ése no los había habido nunca.

Era una puerta muy grande abierta en la frontera, y por ella metió el general Villa cuanto más pudo; desde luego, armas y municiones. Bien sabía que había dado un golpe con tanta suerte, que no lo iban a perdonar los enemigos y que caerían sobre él lo más

pronto que pudieran. Como así fue. De Chihuahua mandaron los federales cuanto más pudieron de gente para volver a hacerse de Ciudad Juárez. Villa, con toda su fuerza que ya había concentrado allí, salió a esperarlos afuera de la plaza, en el lomero que se llama Tierra Blanca.

Allí fue el agarrón entre los federales, que iban, y los de Villa, que los esperaban.

El triunfo fue de Villa. Los hizo pedazos en un solo formidable empuje.

Ciudad Juárez quedaba ya definitivamente en poder de la Revolución, y no sólo eso, sino que la misma Chihuahua, capital del estado, estaba siendo evacuada por las fuerzas que allí quedaban, que salían, no para Torreón, que sería lo más indicado, sino para el pueblo de Ojinaga, en la frontera con los Estados Unidos. Aquella batalla de Tierra Blanca fue el día 25 de noviembre, algo más de quince días después de la toma por sorpresa de Ciudad Juárez.

Otra vez las bandas de guerra en Culiacán tocando "diana" y recorriendo las calles llenas de gente jubilosa.

El general Francisco Villa invitó al Primer Jefe, don Venustiano Carranza, a que fuera para allá y allí nos encaminamos.

El general Obregón le pidió al Primer Jefe que llevara con él, como escolta, junto con nosotros, al Cuarto Batallón de Sonora, que era hechura de él, que lo organizó con indios mayos de su tierra de Huatabampo, y con él había peleado desde que era teniente coronel, desde los tiempos del orozquismo, y que también ordenaba ya que un escuadrón de caballería, que estaba en la frontera, y que mandaban el mayor Ignacio Enríquez y el capitán Cruz Gálvez, se incorporara a la escolta montada de coahuilenses, que éramos nosotros, para reforzarnos. La pasada de la Sierra Madre, de Sonora a Chihuahua, sería ahora por el norte, por un punto conocido como cañón del Púlpito.

El general Obregón iba a seguir su camino de triunfos sobre el puerto de Mazatlán, para ver si podía tomarlo, y si no, dejarlo entonces sitiado y aislado, como estaba Guaymas, y continuar adelante con Tepic, pasar la sierra y caer sobre Jalisco.

Íbamos de regreso a Sonora en dos largos trenes; en uno el jefe con su comitiva, su Estado Mayor y nuestra escolta, y en otro el Cuarto Batallón de Sonora, que lo mandaba el teniente coronel Francisco Manzo, y era su segundo el mayor Francisco Bórgez, y entre los oficiales estaban Pablo Macías, Pedro Almada, Guillermo Palma, Juan Jaime y pagador Abelardo Rodríguez.

Llevábamos prisa. Fuimos hasta Nogales. Ahí desembarcamos y nos detuvimos sólo unos días para continuar, también por tren, hasta Naco, que, como Nogales, es también puerto fronterizo. De ahí para adelante todo había de ser ya por tierra.

Era ya como media tarde cuando los trenes llegaron a Naco. La gente del pueblo se había reunido en la estación, y había allí mucho americanos del otro lado, que también querían conocer al Primer Jefe de la Revolución.

Una escuela de niños y niñas, todos vestidos de blanco, estaban allí formados frente a donde había de parar el tren. Llevaban una Bandera Nacional.

Cuando apareció en la puerta del carro en que viajaba don Venustiano Carranza, hubo aplausos fuertes. El Primer Jefe bajó del andén en medio del silencio. Los chicos de la escuela miraban asombrado aquel señor con barbas que imponía respeto. El maestro de la escuela, con su batuta, marcaba compases para que empezara el coro de lo niños, pero estaban atemorizados. Se hacía largo y bochornoso el tiempo. El maestro de la escuela tuvo una inspiración: él mismo, para animar a los niños, empezó a cantar:

"Mexicanos al grito de guerra"…

Ya con el ejemplo se animaron los niños y cantaron todos nuestro himno patrio.

¿Por qué será que cuando el Himno Nacional lo cantan los niños, emociona tanto? Llega al fondo del alma y hasta hace que broten la lágrimas.

Al día siguiente, con una jornada corta, llegamos a Agua Prieta. Un buen batallón, el S;eptimo de Sonora, que lo mandaba el mayor Alberto Cabañas, le hizo los honores al jefe.

En la lista de seis se nos previno que íbamos a hacer una travesía por la Sierra Madre, pasando por el llamado cañón del Púlpito, para salir a Chihuahua y llegar a Ciudad Juárez. Que por lo menos

la travesía duraría una semana y que, por tal motivo, deberíamos proveernos para atender a nuestras necesidades, especialmente en lo relativo a la comida. Que el pagador nos iba a adelantar los haberes de una semana, y que teníamos el día siguiente franco, para los preparativos y compras necesarias. La plana mayor del regimiento nos proporcionaría, durante el viaje, desde luego, el forraje para los caballos y carne fresca de res, harina, manteca y café ya hecho, para la alimentación de la tropa. Que el completo de nuestra comida ya era cosa nuestra, y que nos sugería que entre nosotros se formaran grupos chicos para atenderse mejor unos a otros, y que en el lado americano, en la población de Douglas, que así se llamaba la que está enfrente de Agua Prieta, podríamos adquirir lo que necesitáramos para el viaje, con facilidades en la aduana para el pase de lo que se comprara allá, y que si nos hacía falta —y para no cargar más de la cuenta a los caballos—, la plana mayor podría facilitarnos, a los grupos, acémilas aparejadas para cargar lo que fuera menester.

El grupo mío se formó por la primera sección del Segundo escuadrón, y todos me eligieron a mí como su ranchero, pues se habían dado cuenta, durante la otra travesía de la Sierra Madre, que a mí me salían sabrosas las gordas de harina, que la carne asada no se me quemaba y quedaba en su punto, y los huevos fritos o revueltos quedaban bien, y que hasta algún guisito sencillo lo podía hacer.

Ser ranchero era una ganga porque le quitaban a uno el servicio, y hasta del caballo, desde forraje y agua, se encargaban los compañeros.

Fuimos en grupos al lado americano, a la ciudad de Douglas, que tan buen comercio tenía, y allí nos dimos vuelo comprando cuanto nos pareció mejor para las comidas del largo viaje: latas de sardinas y verduras; un molinito de mano para moler carne y hacer picadillo; sartenes para freír, ollas de peltre y cucharones; latas de chiles, y hasta dulces y pastas secas; tablas y palotes para las tortillas de harina; polvos para hacer huevos revueltos, y hasta harina para *hot cakes*; mostaza, sal, pimienta. Parecíamos niños chiquitos que se preparaban gustosos para un día de campo.

Con nuestro cargamento regresamos a Agua Prieta, a nuestro cuartel. Allí aprovechando una de las listas, el sargento primero Félix Martínez pidió permiso para decirnos unas palabras:

"Quiero prevenirles, nos dijo, que aquí están en posibilidad de escribir a sus familias. Sus cartas depositadas en el otro lado y con

timbres americanos, de seguro llegarían, pues irían a Eagle Pass y de allí pasarían a Piedras Negras, llegarían a Parras o a La Laguna, pero tomen en cuenta que aunque sólo sea ésta una satisfacción para ustedes y para ellos, pueden ocasionarles contrariedades, pues las cartas que mandaran de seguro las abriría el correo huertista y les ocasionaría dificultades a sus gentes, aparte de que el enemigo se daría cuenta de dónde andamos y qué hacemos. Les recomiendo que mejor no escriban. Eso es todo."

A pesar de la recomendación, muchos escribieron.

Un viejo de fábula, estadounidense, peleador contra los indios, fornido, de gran cabellera, bigotes y piocha, todo ya canoso; el famoso coronel Búfalo Bill, empresario de un gran circo que casualmente estaba en esos días dando funciones en Douglas, fue a Agua Prieta a conocer y estrechar la mano de don Venustiano Carranza.

Dos viejos canosos, cada uno en su género, se saludaron con simpatía. Eran empresarios los dos de grandes espectáculos ecuestres.

Íbamos a salir de Sonora y aquello no parecía que fuera a quedar muy bien. Se sentía en el viento algo pesado que podría trastornar aquello en cualquier día. El general Obregón andaba con la mayor parte de sus fuerzas por Sinaloa, y ya estaba para salir de ahí avanzando al interior. En Sonora quedaba, al frente de lo militar, el coronel Plutarco Elías Calles, que no estaba nada bien con el gobernador Maytorena, y este mismo tampoco parecía ya llevarla bien con el Primer Jefe porque ni siquiera había ido a despedirlo. El general Felipe Ángeles, que parecía que había sido punto de discordia, iba con nosotros camino a Chihuahua.

El Cuarto Batallón de Sonora se nos adelantó dos días en la marcha. Como era de infantería, sus jornadas eran cortas en relación con los que íbamos montados. Nos esperarían a la entrada de la sierra.

Pancho Villa había mandado a dos personas de su estimación para que, en su representación, acompañaran al Primer Jefe en su camino hasta sus dominios. Se llamaban los comisionados Federico Ramos Barrera y Pepe Garza. Este Pepe era un hombre sumamente gordo, pasaba de los 150 kilos. Costó mucho trabajo encontrar un

caballo que pudiera resistir su peso. En el otro lado se le halló y lo compraron, desde luego. Sólo así.

—¿Por qué no te vas —le habían dicho— mejor por tren en el lado americano y nos encontramos en Ciudad Juárez?

—Forzosamente me tengo que ir a caballo. Primera comisión que me da el general Villa, y no cumplirla sería imperdonable.

Una buena mañana salimos de Agua Prieta.

Dos secciones de caballería llevaban el servicio de seguridad en la vanguardia y en los flancos, dirigidas personalmente por el general Felipe Ángeles y por los oficiales de su Estado Mayor, que lo eran los mayores Federico Cervantes, José de Herón González y Gustavo Bazán. El general Ángeles iba gustoso, y el servicio naturalmente era perfecto y al pie de la letra en lo militar.

La jornada de ese día debería rendirse en la colonia mormona Morelos, a donde deberíamos llegar al oscurecer.

Toda la gente iba contenta, feliz, conversadora. Pepe Garza era la nota sobresaliente. Se había comprado un magnífico equipo de carrancista, que no le faltaba detalle: sombrero tejano, paliacate al cuello, anteojos para el polvo; flamante pistola, ánfora, gemelos de campaña, traje de caqui y buen abrigo de fina lana.

Pepe sacó a relucir su gran repertorio de chistes y sucedidos: era el de la voz cantante. Iba feliz.

Hasta media mañana todo iba bien, pero cuando el sol comenzó a calentar más de la cuenta, Pepe se sintió acalorado e incómodo; perdió aquella postura gallarda que había adoptado y comenzó a sentarse de ladito: primero sobre la sentadera izquierda y después sobre la derecha. Cerca del mediodía, había dejado de contar chistes y apenas si hablaba, y ya para llegar a la sesteada, iba con los pies fuera de los estribos y con la rienda abandonada. Su gesto alegre se iba poniendo avinagrado.

Cuando se hizo alto, al mediodía, no desmontó del caballo como es debido; se dejó resbalar de él sin hacer uso del estribo. Apenas podía caminar de cansancio; resoplaba como un enorme fuelle.

Con ser tan tragón Pepe, ese día no probó bocado, y de mala gana, previa la ayuda de dos soldados, volvió a montar a "Sísifo".

Ya no platicaba, estaba enojado. En vano trataron de hacerle hablar sus compañeros cercanos. Él, que siempre fue persona educada

y amable, lanzaba miradas furibundas y palabras ásperas a su caballo cada vez que trotaba y sacudía bruscamente su persona.

A cada caminante que encontrábamos a nuestro paso le interrogaba Pepe prontamente:

—¿Qué tan lejos está la colonia Morelos?

—Ya está cerca, señor.

Un poco de ánimo para la marcha.

Más adelante a otro:

—¿Cuánto tiempo tardaremos, amigo, en llegar a la colonia Morelos?

—Ya nomás un ratito, señor; ya mero llegan.

Nuevas esperanzas, trotadas incómodas y desesperación final. Ya caía la tarde y la jornada primera se alargaba demasiado.

—¿Todavía está lejos la colonia Morelos?

—Ay nomás, tras lomita.

Caminar y más caminar sin ver el fin y el apetecido descanso. Pepe iba furioso; ya no interrogaba a los viandantes, y echaban chispas de rabia sus ojos enrojecidos por el polvo del camino. Estaba para estallar.

Un arriero, solícito, que se cruzó con nosotros, espontáneamente le informó a Pepe Garza:

—Ahora sí ya están llegando a la colonia; ay están ya las casas.

Pepe, fuera de sí, con toda la fuerza de sus robustos pulmones, le gritó iracundo:

—¡Tu tiznada madre!

El general Villa necesitaba quien le dirigiera su artillería y solicitó del Primer Jefe que le comisionara al general Ángeles; iba a librarse una acción fuerte en Torreón y toda la División del Norte estaba lista para el ataque.

El general Ángeles y sus ayudantes Cervantes, Bazán y Gonzalitos nos abandonaron. partiendo rápidamente para incorporarse con Villa, por el ferrocarril americano hasta Ciudad Juárez, y de allí a la cercanías de Torreón; en cuanto ellos llegaran empezaría el combate.

Si cualquiera de nosotros hubiera caído de improviso en aquella colonia Morelos, hubiera jurado y perjurado que se encontraba en una aldea norteamericana del territorio de Arizona: *bungalows* de made-

ra alineados en una ancha calle de una semejanza extraordinaria uno a otro; hombres, mujeres y niños rubios rozagantes; ni un solo habitante de color moreno, ni una palabra en castellano; inglés y sólo inglés en el ambiente. Son aquellas gentes mormonas que han dado vida a la desierta región con su trabajo sistematizado y eficiente, y han encontrado, asimismo, una tranquilidad que no tuvieron en los Estados Unidos, su país de origen. Cada hombre mormón tiene en su hogar cuatro, cinco o más mujeres que hacen vida marital con él, en perfecta armonía entre sí. Todas ellas trabajan en el campo y en su casa común, y ayudan en cuanto pueden a su marido. Cada familia es una pequeña tribu: un jefe, varias mujeres, muchos niños. Toda la colonia la gobierna un obispo, que es el director espiritual de la comunidad y a la vez su administrador.

El obispo de la colonia Morelos era una especie de *cowboy*, rubio, mocetón, fuerte, de sombrero tejano y chaparreras de baqueta de amplio aletón adornado de argollas metálicas. Era un hombre agradable, de cierta cultura y extremadamente servicial; nos proporcionó forrajes y alojamientos, y nos acompañó dos largas jornadas por el camino del cañón del Púlpito.

—No pierde ocasión de predicar el obispo.

—¿Cuál obispo?

—Ese gringo de las chaparreras.

—El primer obispo que veo de chaparreras.

—Es hombre de campo y de acción; en cuanto hace alto la columna para sestear o para pernoctar, el hombre saca su Biblia y la emprende con don Venustiano y con los que le rodean.

—Trata de hacer adeptos; no le vendría mal formar otras do tres colonias con nosotros.

—Y viéndolo bien, es buena idea esa de tener cada uno las mujeres que puede mantener.

—Y todas a la mano.

—A mí me gustaría ser mormón.

—¿Y a quién no? Pero ¿tú crees que nuestras viejas mexicanas se avendrían a tener un marido en sociedad? ¡De dónde!

—Bueno, pues que no sean mexicanas; si este obispo quiere que seamos mormones, que nos dé el remedio y el trapito, que nos consiga gringas.

A los dos días, Pepe Garza se había hecho ya a la vida de campaña; ya no se fatigaba y el buen humor y la alegría habían vuelto a ser

sus compañeros de siempre. Subíamos serpenteando por entre las rocas ariscas de la Sierra Madre, baluarte formidable entre Sonora y Chihuahua. El cañón del Púlpito, imponente, era el camino forzoso que teníamos que seguir; un sendero estrecho en el fondo de las montañas escarpadas y tenebrosas. Unos cuantos hombres posesionados de las alturas fácilmente podían detener el paso de un ejército.

El viento frío de la sierra batía a las montañas y llegaba hasta los huesos.

A la entrada de la sierra, en donde propiamente comienza el cañón del Púlpito, encontramos al Cuarto de Sonora, y proseguimos ya junto con ellos jornadas cortas de infantería de cinco o seis leguas diarias.

La sierra era dura; ya la conocíamos, pero aquí tenía un cañón angosto y retorcido por donde íbamos pasando muchas veces de uno en fondo.

De allí me di cuenta de lo pesado que es ser de infantería. Caminando entre piedras movedizas, las más de las veces resbalando y cargando sobre la espalda el equipo, además del fusil y las municiones. Y luego las avanzadas durante las noches, trepando por aquellas montañas hasta lo más alto, para vigilar y, por si fuera poco, el frío, que todavía duraba a pesar de que ya estábamos en marzo.

Se hicieron largas y penosas las jornadas; parecía que aquella sierra no se acababa nunca, que se retorcía el camino cada día más y más, y hasta los pobres animales resoplaban con fatiga.

Muchos de nuestros caballos se quedaron descalzos, pero por fortuna llevábamos herraduras de repuesto para calzarlos de nuevo; de otra suerte no podrían seguir.

Habíamos hecho alto para comer y para sestear, como era costumbre. La comida que yo les había hecho a los compañeros estaba sabrosa: un caldo con pastas; arroz, y guisito de carne cortada en cuadritos y guisada con chile colorado.

Acertó a pasar por nuestro lado el gordo aquel Pepe Garza, y al percibir el olor de nuestra comida, se detuvo y sin más nos dijo:

—Qué bien huele lo que van a comer. Véndanme un taco y les doy un dólar.

—Aquí no tiene valor el dinero, señor —le contesté—; pero le invitamos con mucho gusto a que coma con nosotros.

—De mil amores. ¡Cómo no!

Sin más se sentó en el suelo y le servimos. Era de muy buen diente. Se le veía feliz y no paraba de hablar.

—Que me dispense don Venustiano que ahora no coma con él. Ya estoy harto de la carne asada que hace siempre Secundino, el asistente del jefe. Esto es otra cosa, ¡qué sabrosura! ¿Cómo le hacen?

—Es la misma carne que comemos todos los que vamos aquí, pero nos damos habilidad para ir cambiando el modo de cocinarla; en guisito como éste que ahora estamos comiendo; en picadillo, traemos un molinito para molerla; en albóndigas; otro día cocida, y en fin, ay le vamos dando. También tenemos manera de hacer huevos revueltos, pues traemos polvo americano, y hasta harina para hacer *hot cakes*.

—Pues está resabroso. ¿Por qué no me admiten como socio de ustedes? Pago lo que sea.

—Venga usted todos los días, como si fuera socio. No hace falta pagar nada porque ya todo está pagado.

—Bueno, pues se lo agradezco y mañana mismo voy a traer a don Venustiano a que coma aquí con ustedes; bueno, nosotros. Y yo desde ahora le convido a comer conmigo cuando lleguemos a Ciudad Juárez. Iremos al otro lado al mejor restaurante a comer todo muy bien. ¿Cuántos son ustedes? A ver, uno, dos tres… dieciocho. Pues a los dieciocho los convido.

—Pero de veras.

—Me cae de madre si no lo hago.

Era Pepe Garza platicador y gracioso. Supimos por él mismo que toda su vida había trabajado en los bancos y que ahora esperaba que el general Villa, de acuerdo con don Venustiano, lo utilizara en las finanzas o en los consulados. Así como nos contó de él, inquirió sobre la vida de todos nosotros. A todos nos tuteaba, ¡claro! Nosotros a él, no.

Al día siguiente, a la hora de la comida se presentó Pepe Garza acompañado por don Venustiano; iban a comer con nosotros.

El jefe siempre infundía respeto y su presencia siempre no dejaba de atemorizarnos.

Yo había preparado la comida lo mejor que había podido.

Nos sentamos en el suelo todos en rueda y comenzamos a comer.

Por respeto, nosotros no hablábamos y el que llevaba la conversación era Pepe Garza, que no paraba de hablar. Tenía una bola de ocurrencias y chistes que nos hacían reír de un hilo. Al mismo don Venustiano le hacían mucha gracia sus pláticas.

Al terminar, don Venustiano me dijo:

—Estuvo muy sabroso todo. ¿Dónde aprendiste tú a cocinar?

—Nadie me ha enseñado. Soy lírico. La necesidad lo hace a uno cavilar.

—¿De dónde eres? ¿Desde cuándo andas conmigo?

—Soy nativo de Parras. Era de la gente de Roberto Rivas, y cerca de usted ando desde que lo fuimos a buscar a Cuatro Ciénegas para ir al ataque de Torreón. Si le gustó nuestra comida, señor, venga todos los días, como va a venir aquí don Pepe. Yo procuraré ir variando dentro de lo poco que traemos.

—Gracias, gracias. Pepe sí puede venir diariamente. Yo tengo que atender a las gentes que son de mi comitiva y comer con ellos la carne asada y las tortillas que nos hace siempre Secundino. Ya comeremos todos juntos, y mejor, cuando lleguemos a nuestro destino.

Después de no sé cuántos días, pues había perdido la cuenta, por fin, a una media tarde, salimos de la sierra; la habíamos traspuesto.

El Cuarto de Sonora iba por delante y sus tamborcillos yaquis repiqueteaban alegremente. Era que les daba gusto a todos ellos, infantes, dejar de andar con trabajos en la serranía y caminar más ligeros ya en terreno plano.

Acampamos a campo raso como lo veníamos haciendo desde que salimos de Agua Prieta, pero antes, en cierto modo, nos cobijaban como paredes las rocas y los árboles de la sierra, y ahora aquí en los llanos de Chihuahua ni siquiera mezquites había, y el viento helado soplaba sin clemencia alguna.

Apenas cerró la noche comenzó un ladrerío de perros. ¿De dónde salían si no había en derredor casa alguna, jacal, ni nada? La noche era clara y la luna brillaba y alumbraba el llano. Seguía el ladrerío, pero no se veía a los perros. ¿Serían cosas del otro mundo? ¿Almas en pena? ¿Espíritus?

Los del Cuarto de Sonora nos explicaron todo. Ellos ya conocían aquel terreno porque habían operado contra Pascual Orozco. Efectivamente había ladridos de perritos chihuahueños que allí viven en el llano como ardillas, en pozos que ellos mismos hacen. Que beben

de raíces que sacan de la tierra y ladran siempre, especialmente de noche, y más si hay luna.

Al día siguiente el sol se declaró en huelga, siendo algo así como si la tarde hubiera comenzado desde la mañana. Junto con la falta de sol llegó el viento con intenso frío. Al mediodía se fue el viento llegó la lluvia, y ésta se transformó en fuerte nevada.

En un instante el llano pardo se hizo sábana blanca.

Por fortuna la jornada de ese día la rendimos en el rancho de Ojitos, primer lugar poblado al que llegábamos desde que salimos de Agua Prieta.

Nos cayó de perlas estar en las habitaciones, en los galerones, en los jacales y en los mismos corrales de aquel bendito rancho.

Nos apretujamos unos con otros para defendernos del intenso frío y tomamos harto café bien caliente repetidas veces. Afuera, en los corrales, resistían los caballos la fuerte nevada, y en las avanzadas los compañeros a quienes les había tocado el servicio, se las estarían viendo negras.

Amaneció igual, nevando. Don Venustiano dispuso que ese día no se caminara, y habiendo tenido conocimiento de que en la bodega del rancho había dos barricas de aguardiente, le ordenó al pagador que las comprara y que de ahí se diera a toda la columna una ración de armada para contrarrestar el frío intenso. Nos supo a gloria aquel buen trago de aguardiente que entonaba el cuerpo aterido. Nos entró, junto con el alcohol, el buen humor y nos salimos al campo cubierto de nieve. Parecíamos chiquillos jugando con la nieve, correteando, haciendo monigotes de nieve y lanzándonos bolas uno contra otros. Don Venustiano, bien abrigado con un grueso capote de pieles, parecía, con su florida barba y con aquella ropa, un rey legendario de esos de los cuentos nórdicos.

Fue hasta el día siguiente cuando proseguimos la marcha.

Antes de llegar a Casas Grandes, Chihuahua, el telégrafo nos llevó la grata noticia de la caída de Torreón en poder de las fuerzas constitucionalistas. Se había librado una serie de combates sangrientos en los que se luchaba rudamente; los de Villa pudieron más que los del federal Refugio Velasco. Fue una batalla imponente: Huerta había reunido en Torreón a lo más granado de su gente, a sus valiosos elementos, y los había pertrechado espléndidamente,

y por su parte, Villa había reforzado a su División del Norte con la gente de Durango que, ahora, bajo su dirección, resultaba de un empuje arrollador. Las cargas de caballería de los revolucionarios doblegaron a los soldados federales y los hicieron huir. Torreón, la perla de La Laguna, quedó definitivamente del lado del constitucionalismo.

Los restos del derrotado ejército federal fueron a refugiarse a San Pedro, Coahuila, con ánimo, según decían, de recuperar Torreón. Nuevas y numerosas tropas de refresco mandadas por De Maure, Argumedo y varios generales más, fueron a reforzar allí a Refugio Velasco, y hacia ellos fue Villa con su victoriosa gente. Un combate, quizá más intenso que el Torreón, fue el de San Pedro, con el mismo resultado que el anterior. El enemigo, derrotado por completo, en absoluto desorden, abandonó San Pedro, no sin haber incendiado bárbaramente las casas de la calle principal del pueblo, en venganza estúpida de su derrota. Tomaron el camino de la Laguna de Mayrán, con dirección a Paredón y Saltillo.

El subsecretario de Guerra, general Felipe Ángeles, en amplio telegrama efusivo felicitaba al Primer Jefe por los triunfos alcanzados. "Villa —decía— es un general de altos vuelos."

Nuestra caravana llegó hasta el semiabandonado pueblo de Casas Grandes, y de ahí continuó hasta Ciudad Juárez. El general Manuel Chao, gobernador provisional de estado, fue a encontrar al Primer Jefe en un tren especial; le acompañaban lo miembros de su Estado Mayor; constituían todos ellos una especie de comitiva fúnebre; llevaban negros uniformes de pies a cabeza, sin ningún adorno ni vivo de color diferente que rompiera aquella poco alegre nota de su indumentaria. El Primer Jefe y sus acompañantes abordaron el convoy del gobernador de Chihuahua, y nuestra caballería continuó por tierra a través del médano espeso hasta la ciudad fronteriza, meta de nuestro viaje.

Ciudad Juárez nos recibió con la misma amabilidad con que recibe hasta ahora a sus visitantes, sean éstos del país o americanos. Cabarets, cantinas y casas de juego abiertas día y noche; famosas carreras de caballos, corridas de toros, "Kenos", mujeres galantes y alegría perenne desde el caer de la tarde hasta el amanecer.

"El Gato Negro" y el "Tívoli" estaban atiborrados de "gringas" deseosas de juerguear con los revolucionarios, prontos a hacer

blancos con sus pistolas en los focos eléctricos, o en los espejos de aquellos restaurantes. Músicas destempladas, pianistas que se hacen acompañar por bombos y platillos, primeros tanteos atrevidos de lo que más tarde ha de ser la famosa música americana mundialmente conocida por *jazz band*, y en aquel ambiente de música extravagante, de olor de puros y tabaco mascado, de penetrantes frituras de *beefsteak* de a dólar, vuela un rumor de besos pagados con bilimbiques, de blasfemias y de carcajadas.

Apenas los cabarets cierran sus puertas, se abre al público el despacho de la Agencia Financiera de la División del Norte, que maneja Lázaro de la Garza por cuenta de Villa. Allí se vende, a los comerciantes de El Paso, el algodón capturado a los españoles de La Laguna, o se cambia por rifles y municiones.

Cuando tramonta el mediodía y reina una relativa tranquilidad en la ciudad viciosa, suele interrumpirse el sueño de los que duermen siesta, con balaceras nutridas de los constitucionalistas; sucede esto cuando alguien descubre que un Colorado, de los ex orozquistas, se ha colado astutamente en aquel dominio de la revolución. Aquello comienza generalmente con un grito aislado: "¡Ahí está un Colorado! ¡Mátenlo!". El hombre corre, trata de escapar por el puente internacional para el vecino país; le estorban el paso los de la garita; quiere cruzar a nado el río, le alcanzan las balas de sus perseguidores, y cae, casi siempre acribillado a tiros, en la margen mexicana del río limítrofe.

A veces quien muere es realmente un enemigo de la Revolución; otras veces quizá no ha sido sino una venganza de algún adolorido, o una lamentable y trágica equivocación.

Al caer la tarde, vuelven las gringas, los cabarets, la juerga.

Pepe Garza, el gordo, cumplió su palabra, nos fue a buscar a nuestro cuartel y obtuvo, de nuestro jefe, que nos diera permiso a los que habíamos sido sus compañeros de comida en la travesía de la sierra, para que fuéramos a comer con él al otro lado.

Fuimos con él los dieciocho y nos llevó al mejor restaurante de El Paso. Hizo poner una mesa larga para todos nosotros, él en medio, y comimos un buen caldo y un gordo *beefsteak* con papas; muy buenos tarros de cerveza y hasta un puro nos dio a cada uno. Él llevaba la voz, tenía un gran repertorio de cosas graciosas que

contar y lo hacía con mucho ánimo. Nos bromeaba a todos por parejo. Fue una comida, aquélla, de las que dejan recuerdo grande.

Ya al terminar la comida, ya para volver al cuartel, al pasar de nuevo el puente del río Bravo, se despidió de mano de cada uno y nos dijo:

—Me mandan a Nueva York de cónsul; si algo se les ofrece nomás díganmelo y lo cumplo con mucho gusto.

—¿Pero qué se nos puede ofrecer?

—Lo que sea. Ya saben que Pepe Garza es su amigo.

Después de unos días, don Venustiano se fue en tren para Chihuahua, y con él se fueron los del Cuarto de Sonora. Nosotros, por tierra, nos fuimos también. Jornadas largas y pesadas por terreno arenoso árido.

Llegamos a Chihuahua en los momentos en que Huerta, desde México, hacía esfuerzos inauditos para desencadenar una guerra con los Estados Unidos y salvar de esa manera a su comprometido gobierno. Había ocurrido el incidente en Tampico, que originó el conflicto y seguidamente la ocupación de Veracruz por marinos de guerra del país vecino.

Huerta adoptaba una pose patriótica e invitaba a nuestra gente a unirse con él para batir al invasor, a la vez que uno de sus familiares, en un momento de alegría o de entusiasmo, arrastraba con su automóvil, por las calles de México, la estatua de Washington, de la colonia Juárez.

Fue entonces cuando don Venustiano Carranza se dio a conocer verdaderamente como patriota, lanzando a los Estados Unidos sus vibrantes notas llenas de energía y de dignidad. Los constitucionalistas pelearían contra los americanos y contra Huerta también; la revolución no detendría su marcha por una maniobra más o menos hábil del usurpador.

Llegó Villa, el vencedor de Torreón, a saludar al Primer Jefe, en su cuartel general establecido en la quinta Gameros. Una pequeña escolta le había acompañado en su viaje; con él iba el general Ángeles.

La entrevista fue cordial; Carranza y Villa eran antiguos conocidos de la revolución de 1910; eran amigos y simpatizaban, recíprocamente, desde que don Venustiano era secretario de Guerra

del gobierno provisional de Madero, y Villa sólo era coronel, con mando de poca gente, y enemigo irreconciliable de Pascual Orozco.

Al caer la tarde de ese día, un oficial de la Jefatura de Armas nos comunicó la disposición del jefe de la plaza para que las tropas de la guarnición estuvieran al día siguiente a temprana hora formadas frente a la Jefatura, para una revista que pasaría a las mismas el general jefe de la División del Norte.

A la hora ordenada formamos el Cuarto Batallón de Sonora, que mandaba Manzo, y la escolta montada, que era a mi mando. Largo rato estuvimos esperando la llegada del general Villa, sin que éste apareciera. Casi hasta la media mañana recibimos orden de regresar a nuestros cuarteles. Fue hasta entonces cuando supimos que estuvimos a punto de presenciar un fusilamiento; el del general Manuel Chao, gobernador provisional de Chihuahua y jefe de una brigada. Se nos había llevado para formar el cuadro fatídico. Villa era quien quería matar a Chao, y nosotros, los encargados de fusilarlo, o, por lo menos, de presenciar la ejecución.

Las fuerzas de la guarnición de Chihuahua en aquellos días se componían de gentes de la Brigada Benito Juárez, que mandaba Chao, y de las del Cuarto de Sonora y el Regimiento Escolta, que pertenecíamos directamente al Primer Jefe. Villa había llegado con reducidísima escolta, insuficiente para llevar a cabo lo de quitar de en medio al gobernador del estado.

Propiamente este incidente del frustrado fusilamiento de Chao fue el primer paso para el distanciamiento, primero, y la ruptura después, entre Carranza y Villa.

Apenas se enteró don Venustiano, por Alfredo Becerra, de que el general Chao estaba a punto de morir, hizo comparecer a Villa, y tuvo lugar, entonces, el choque irremediable entre aquellas dos enormes voluntades.

Contaban los ayudantes del Primer Jefe que nunca le habían visto tan indignado. Hubo palabras fuertes, voces descompasadas de uno y otro, amenazas; a punto estuvieron de llegar a las pistolas, y por fin el viejo Carranza doblegó la rebelde voluntad de Villa y le obligó a mandar poner en libertad a Chao.

—Yo lo quiero fusilar —decía Villa—, porque es un mal elemento.

Y después, cuando tuvo que obedecer, a pesar suyo, al jefe, le dijo a Valdés Leal, el telegrafista del señor Carranza:

—Mire, capitán, vaya allí a la Jefatura de Armas, y dígale a un ayudante, de parte mía, que suspenda la "ejecución".

Aquello fue el principio de la separación de los constitucionalistas.

Intempestivamente llegó la noticia inconcebible: las fuerzas norteamericanas habían desembarcado en Veracruz. Se había efectuado un combate sangriento en aquel puerto, y el enemigo extranjero se había posesionado definitivamente del lugar. En vano habían sucumbido cadetes heroicos de la Escuela Naval, paisanos del puerto, reclusos de la prisión. El general huertista Mass, y su gente, habían evacuado la plaza sin disparar un solo tiro al invasor, dejando la defensa a cargo de quien quisiera aceptarla.

Una vez más era heroica Veracruz.

Huerta había conseguido lo que tanto buscara afanosamente para sostener su régimen: la intervención americana.

En seguida llegó lo esperado, lo que buscaba Huerta; cimentarse bien para consolidarse definitivamente. Los jefes huertistas empezaron a hacer gestiones ante los constitucionalistas para buscar su unión y batir conjuntamente al enemigo extranjero. Según ellos, ya no había razón de pelear entre hermanos; todo debía olvidarse y deberíamos todos unidos —claro, bajo el mando de Huerta—, aprestarnos a abatir al enemigo común.

Fue con este motivo como pudo apreciarse mejor, todavía, la actitud de Carranza: el hecho de que el extranjero hubiera hollado el suelo patrio, no quitaba a Huerta la responsabilidad; se pelearía contra Huerta y contra el invasor.

Qué lástima que las cosas no anduvieran bien cuando ya íbamos para el triunfo total. Cuando las cosas empiezan a ponerse mal, siguen, no se detienen. No sólo era lo grande, lo que se ponía malo, es decir, la invasión americana y el barrunto de disgusto entre el Primer Jefe y el general Villa; también esa racha llegaba hasta más abajo. Me llegó a mí. Separaron a nuestro jefe del mando del Regimiento Escolta y lo mandaron como jefe del Estado Mayor del general Calixto Contreras, y a él se le ocurrió llevarme a mí como su asistente "prestado", decía; mientras a él le daban, en la brigada

a donde iba destinado un asistente, y entonces me regresaría a mí de nuevo a juntarme con mis viejos amigos y compañeros. Ni modo; el que es soldado va donde lo mandan, y ahí vamos a Torreón, y nada menos que con la gente aquella con la que habíamos tenido dificultades cuando el primer ataque a Torreón, que eran lebrones, desordenados y faltos, en absoluto, de disciplina. Ni modo; uno va a donde lo mandan. Así como yo, de seguro pensaría mi jefe, pues lo observaba yo triste y desanimado.

Durante el viaje en tren, largo y aburrido, me lo contó:

Resultaba que el general Villa no quería a don Calixto Contreras, ni a sus fuerzas, porque no peleaban como él quería y como estaba acostumbrado. Para meterlos en fuego tenía el mismo Villa a su escolta de Dorados; los arreaba a tiros por la retaguardia para hacerlos pelear y evitar que corrieran como estaban ya acostumbrados. Y don Calixto se aguantaba porque no tenía más remedio; pero bien le hubiera gustado cambiar de jefe o ir a revolucionar a otra parte, lo cual no lo conseguiría. Que don Calixto tuvo la idea de componer su situación, y había mandado una comisión de jefes de su brigada que fueran a entrevistar a don Venustiano a Chihuahua, exponiéndole su situación y haciéndole ver lo mal que estaban con Villa, la mala voluntad que éste le tenía. Decía don Calixto, por boca de sus comisionados, que ellos no tenían la culpa de no estar disciplinados, pues no eran militares de profesión, y sólo eran revolucionarios, eso sí, desde el año de 1910. Que le pedían a don Venustiano que les mandara a un jefe de su confianza que desempeñara la instrucción militar, y que le obedecerían con muchísimo gusto; que ya vería cómo cambiaban. Y a eso iba mi jefe, y junto con él este soldado que lo está contando.

Llegamos a Torreón recientemente tomado después de fuertes luchas.

Los federales habían quedado deshechos en la región lagunera, ahora ya para siempre.

Don Pablo González había tomado, en días antes, la plaza de Monterrey, y por este motivo don Venustiano Carranza lo había ascendido a general de división, así como también había ascendido a ese grado al general Álvaro Obregón, no así a Villa que, a pesar de sus grandes triunfos, seguía de general de brigada.

El enemigo huertista sólo quedaba, en el norte, en Saltillo, en donde se habían concentrado los derrotados de Torreón, y para el sur estaban muy fuertes todavía en Zacatecas, en donde había de ser, seguramente, el agarrón más fuerte de todos.

Torreón estaba lleno de fuerzas revolucionarias. Allí estaba concentrada toda la División del Norte, con muchos miles de hombres la mayor parte de ellos de caballería, aun cuando se estaban formando también batallones de infantería utilizando a los prisioneros federales, y muchos cañones bien abastecidos de parque; todo ello del gran botín quitado a los federales, y toda esa artillería estaba bajo el mando del general Felipe Ángeles.

La brigada del general Calixto Contreras se llamaba "Benito Juárez", y se componía de tres regimientos de caballería. El cuartel general lo había instalado en el piso bajo del edificio conocido como el Banco Chino, porque allí había estado el mismo cuando funcionaba; ahora sólo quedaban los anaqueles, escritorios, cajas fuertes vacías y ventanillas de despacho para el público. Estaba frente a la plaza de armas. Ahí recibían el general, su secretario Mejía, los de su Estado Mayor, el trompeta de órdenes, que era figura destacada porque tocaba muy bien la trompeta. También están allí viviendo lo asistentes, y en el suelo y en los escritorios las monturas y avíos de los caballos de todos ellos.

Se presentó mi jefe, y yo con él, a recibir órdenes del general Contreras, que era un hombre chaparrito, de aspecto medio indiada, moreno y de escaso pelo lacio. Parecía hombre sencillo, de cara bondadosa, campirano del rumbo de Cuencamé, Durango; de edad ya madura; era servicial y atento con todo el mundo. Había sido maderista y tenía mucho prestigio en sus terrenos. Con mucha facilidad había levantado en el maderismo a miles de gentes. Lo mismo que ahora en la lucha contra la usurpación huertista. Lo quería su gente pero no tenía dominio sobre ellos, de ahí que fuera, ya por costumbre, por hábito, desordenado, de lo cual tenía fama bien ganada. A nosotros nos constaba eso, cuando atacamos la primera vez a Torreón, y que, debido a su desorden, no pudimos tomar.

Mi antiguo jefe, Roberto Rivas, había tenido que matar a un coronel y a un mayor de ellos, y por poco le cuesta la vida, que logró salvársela exponiendo la suya el propio Primer Jefe. Bien lo recordaba yo todo aquello cuando estuvimos enfrente del general.

Don Calixto, sentado ante un escritorio vacío, vestido de paisano y con gran sombrero tejano, recibió a mi jefe amablemente. Con él estaban los oficiales de su Estado Mayor, y su secretario, el profesor Mejía. Le dijo a mi jefe que le daba mucho gusto que lo hubiera mandado el Primer Jefe a tratar de componer a su gente; que todos eran muy buenos, que él los quería como a sus hijos; pero que ahí entre ellos nadie sabía nada de milicia y peleaban como podían porque eran revolucionarios, pero sin reglas algunas. Que tenía carta blanca para hacer y deshacer, y que él lo respaldaría en todo. Que esa misma tarde estaría la brigada en la Alameda, formada, para darlo a conocer, aunque fuera sencillamente, a su modo.

Ordenó a su secretario que, en ese mismo momento, se entregaran a mi jefe cien pesos de plata, y a mí veinte, para los primeros gastos. Eran aquellos pesos que nos daban, de los famosos que había hecho don Calixto en Indé, de pura plata; que tenían por un lado el sol de la libertad y, por el otro, el águila nacional, y con letras a modo de emblema, un letrero que decía: "Ejército Constitucionalista", "Muera Huerta". Esos pesos ya iban, desde entonces, siendo raros. Eran casi del doble de los comunes y corrientes de plata, y su ley muy superior. Cada peso de aquellos significaba un puñado de billetes bilimbiques.

Y a no le quedaban muchos pesos de plata a don Calixto, y se los administraba su hombre de confianza, que lo era su secretario. Con ese dinero le pagaba a él, a su Estado Mayor y a sus coroneles.

Esa tarde, a las cuatro, estaban formados en un costado de la Alameda los tres regimientos de caballería, y enfrente de ellos el general Contreras, mi jefe y los oficiales del Estado Mayor.

No estaban uniformados; cada quien llevaba la ropa con la que seguramente salió de su casa. Armados con carabinas 30-30 o máuseres de los quitados a los federales; cananas de parque bien surtidas. Caballada regular, más bien buena. El trompeta de órdenes tocó "atención", y el general Calixto Contreras alzó la voz, tratando de que le oyeran todos para dar a reconocer a mi jefe. Pocas palabras pero bien claras:

—Nuestro Primer Jefe, el señor don Venustiano Carranza, a petición mía nos ha mandado como jefe del Estado Mayor de esta Brigada "Benito Juárez", al teniente coronel Francisco Urquizo,

aquí presente. Viene a ser como si fuera mi segundo, y lo han de obedecer como a mí mismo. Se trata de hacer instrucción militar, de tener disciplina para quitarnos esa mala fama que tenemos. Es todo por nuestro bien y por el bien de nuestra causa.

Mi jefe tuvo que decir también algo, y lo dijo:

—Compañeros: me han mandado a esta brigada como jefe del Estado Mayor, y lo haré con todo entusiasmo. Les pido su buena voluntad para el trabajo, y ténganme no sólo como a su segundo jefe, sino también como a su amigo y compañero.

La gente desfiló a sus cuarteles y nosotros al cuartel general de la brigada, en donde hubo esa misma noche una junta, estando ahí presentes los jefes de los regimientos y los capitanes comandantes de los escuadrones. Mi jefe les expuso su plan de trabajo. Se haría instrucción todos los días en las mañanas, de las seis a las ocho, y por las tardes de las cuatro a las seis. La instrucción se haría a caballo, siempre que la gente no resintiera la falta de la cabalgadura, conociendo el modo de ser de los campiranos. Y a más adelante se variaría. Más que marchas y formaciones, la instrucción se haría con ejercicios de combate a caballo, cargando en forrajeadores, o a pie encadenando la caballada. Avanzar o retirarse en escalones. Los tres regimientos estarían presentes, aun cuando no tomaran parte en los ejercicios, pero para que vieran a los compañeros maniobrar. De seguro que les iba a gustar a todos la enseñanza porque iba a ser muy entretenida; ya lo verían.

El profesor Mejía, por encargo de don Calixto, llevó a todos a cenar al restaurante de Los Negros.

Todos estaban contentos, pero esa misma noche hubo balazos y muertos.

Siempre fue Torreón una ciudad de juerga desde los tiempos de las bonanzas algodoneras en que el dinero corría a manos llenas; con mucha más razón lo era con las tropas federales o revolucionarias que entraban y salían de aquella plaza en que unos u otros la consideraban como punto de mucha importancia.

Los burdeles que había en Torreón eran famosos, y no se encontraban mejores en todo el norte del país.

Estaban instalados en casas construidas especialmente para ese negocio, y las prostitutas más hermosas de la misma capital ahí mismo hacían gran negocio.

Las tres casas de calidad eran las de María Ortega, Paulina y *la Niña*, con unas veinte o treinta mujeres cada una de ellas. Eran las que daban el servicio desde la tarde hasta la madrugada, a los jefes y oficiales, sin contar a los prostíbulos de menor calidad, que eran a donde iban los de tropa. Todos esos establecimientos estaban agrupados en el mismo barrio, y era ahí donde el jefe de día, con una fuerte escolta, que se componía de un escuadrón montado, ejercía su mayor servicio, sofocando desórdenes y balaceras. Tenía el jefe de día facultades omnímodas para ejercer su autoridad, y lo hacía con grande amplitud.

Aquella noche de la cena, tres oficiales de los de Contreras se agarraron a balazos con dos de los de Urbina, y los mataron. Rodolfo Sierra, que estaba de jefe de día, ocurrió rápido al lugar de los acontecimientos y, sin más ni más, personalmente, con su pistola, mató a los supervivientes. Así se metía orden en un momento, y no quedaba ni rastro de los belicosos.

Cosa corriente era apagar los focos a balazos. Mujeres, copas y reyertas, eran el pan de cada día.

Comenzó la instrucción desde el día siguiente con gran entusiasmo de todos. Le tomaron sabor y hacían los ejercicios con gusto, casi con alegría. Era un pasatiempo muy útil y agradable.

A tardes y mañanas estábamos allí en el campo todos los de la brigada, y al mismo don Calixto Contreras le gustaba ir a ver aquello, y se le veía lleno de satisfacción.

Casi no sobraba tiempo para nada que no fuera la instrucción y la firma de papeles del detall y la pagaduría. Alguna que otra vez mi jefe, por encargo del general, tenía que ir al cuartel general de la división, que estaba allí, a una cuadra, en lo que había sido otro banco, el de Londres y México. Ahí estaba el general Villa con su jefe de Estado Mayor, coronel Manuel Medinaveytia, su secretario Luis Aguirre Benavides y sus ayudantes.

En una ocasión, recuerdo que mi jefe, a quien yo acompañaba, se encontró allí a un compañero que había sido condiscípulo en la escuela, y a quien había dejado de ver desde que eran, los dos, niños. Era ayudante del general Villa y se había hecho famoso; se llamaba Manuel Banda, y la gente de la brigada de don Calixto Contreras le tenía más miedo al *Chino* Banda —como le decían desde chico porque tenía cara de asiático—, que al propio general Villa, y que a

los federales. Lo veían con horror, con pánico, y tenían muchísima razón.

El Chino Banda era el encargado, por Villa, de hacer entrar a combate a los rezagados o miedosos. Recorría por la retaguardia las líneas de fuego, a caballo, o en motocicleta, armado de pistolas automáticas, disparando sobre los que no entraban, titubeaban o de plano corrían para atrás.

Mi jefe y Banda se abrazaron con mucho gusto y agarraron larga plática. Yo hubiera querido oír su conversación, pero no me fue posible.

Ya en la noche, cuando mi jefe se iba a acostar, me atreví a preguntarle:

—Mi teniente coronel, ése con quien platicó usted largo, esta mañana, ¿no es el famoso Chino Banda a quien tanto le temen los de la brigada?

—El mismo. Estuvimos juntos en la escuela aquí en Torreón, y si vieras, entonces este Chino era un muchacho tranquilo, callado, que no se metía con nadie. Nunca supimos entonces que hubiera tenido algún pleito con ningún otro muchacho. Cuando llegó a los quince años ya parecía hombre formal. Nunca, ni cuando fue niño, llegó a usar medias de popotillo como todos los demás; él siempre de pantalón largo. Salió de la escuela y se puso a trabajar en el comercio. Era cobrador de facturas de la casa de don Francisco Lozano, comerciante y comisionista muy conocido aquí, y siempre andaba en bicicleta, azotando calles, con sus facturas.

En la primera toma de Torreón se dio de alta con Villa y quedó en su Estado Mayor. Ahora es una fiera.

Esta mañana me decía:

—No creas que me agrada mucho la comisión que tengo.

—¿Cuál es tu papel?

—Hacer entrar a los trancazos a la gente, a punta de bala.

—¿Habrás tenido que herir ya a alguno?

—¿Herir? ¡Matar! Yo no hiero, yo mato. No conviene herir, hay que matar de una vez para no dejar pendientes. Un herido se cura y puede matarme a la buena o a la mala. Yo tiro a matar, y cuando no acierto, entonces no paro hasta no acabar con el hombre.

—¿Cuántos habrás matado?

—Muchos. He matado muchos; puede ser que haya yo matado tantos como los federales en algunos combates. Es el sistema de mi

general Villa, y te diré que me ha dado buenos resultados, sobre todo con esta gente de Durango. ¿Tú sabes cómo eran estas fuerzas antes que las mandara el general Villa?

—¡Cómo no lo voy a saber!

—No paraban bola en ningún lado; a los primeros tiros corrían como borregos. Dicen que a esta brigada, en la que estás tú ahora los federales de Bravo, en lugar de decirle Brigada Contreras, le decían Brigada Carreras, por lo "juilones" que eran. De los que más hemos matado por no entrar a los reatazos, o por escapar de ellos, han sido de los de Calixto, o de los de Arrieta. Ya me conocen y me tienen pánico. Apenas me ven en la motocicleta, con la pistola en mano, dan unas empujadas para adelante tremendas. Así fue como tomamos Torreón. Ahora esta gente de Contreras está desconocida; ya pelean igual que todos los demás, puede que hasta mejor. Ya saben que el que no muere por los federales, se muere por nosotros allá atrás. Aquí no hay quien corra; el que corra se lo lleva la tiznada.

—Tienes fama.

—Sí, ya sé que tengo fama. ¡Qué le voy a hacer!

—Tan tranquilo que eras de muchacho en la escuela. Con nadie peleaste, con nadie te disgustabas.

—Ya ves ahora.

—¿Y el primero que mataste?…

—No fue uno, fueron varios casi al mismo tiempo. Claro que comenzó por uno que corrió cobardemente y estuvo a punto su miedo de levantarnos toda la línea de una posición. Cayó muerto de un tiro. A los compañeros del muerto les vi cara endemoniada, como de querer parárseme y me jugué el todo por el todo, y logré imponerme matando a varios. No se puede uno quedar a medio camino; una vez que se comienza, hay que acabar. Es triste la misión pero no tiene remedio. Yo te garantizo que si no fuera por estas medidas que toma mi general Villa, no habríamos hecho nada; andaríamos a salto de mata en los cerros o en los montes. Ni modo de pelear con terrones de azúcar; para ganar hay que echar bala para adentro, y para que esta gente lo haga bien necesita también sentir las balas por la espalda y estar amenazada de que si corre, hay un Dorado a la mano que lo deja tendido ahí mismo.

—Y, ¿no te gustaría —le dije— más matar a enemigos que a compañeros.

—Hombre, claro —me respondió—, pero yo tengo que hacer lo que me manda el jefe.

Yo me había hecho amigo de Ambrosio Martínez, asistente del general Calixto Contreras. Nos caíamos muy bien el uno al otro. Grandes platicadas echábamos, y él lo hacía sabrosamente. Era de la misma tierra de su jefe y se consideraba como si fuera de su familia, gozando de su confianza. No tenía dobleces y me contaba todo cuanto sabía de su jefe y, sobre todo, de su situación.

Se sentía don Calixto distanciado de Villa; no simpatizaban entre sí. Se daba cuenta, ¡quién no!, de que le tenían ojeriza a su gente; que tenía mala fama, y no les proporcionaba el cuartel general ni equipo, ni municiones suficientes, y el hueso más duro en los combates les tocaba a ellos, y no obstante, se les despreciaba.

Me decía Ambrosio que la pedida al Primer Jefe de una persona de su confianza para que fuera jefe de su Estado Mayor, no era para que diera instrucción, ni organizara, ni nada de eso; que lo quería sólo para defenderse algo de Villa y enfrentárselo a él cuando fuera necesario. Por lo que vine a caer en la cuenta de que mi jefe estaba, sin que lo supiera, en una situación difícil, y así se lo hice saber para su gobierno y para que viera el terreno que pisaba.

Corrió el rumor de que la División del Norte iría a tomar Saltillo, y así fue.

Sólo quedó en Torreón una guarnición no muy grande, y toda la división, incluyendo los treinta y seis cañones de artillería, fue transportada por trenes, en sólo dos días, de Torreón hasta la estación de Hipólito, pues ya de ahí para adelante estaba levantada la vía férrea en muchos kilómetros.

El enemigo estaba en la estación de Paredón, y era fuerte con cinco mil hombres con artillería. Era una especie de puesto avanzado de la plaza de Saltillo, en donde estaba el general huertista Maas y también los irregulares de Pascual Orozco. Todos juntos, decían que llegaban a los doce mil hombres, no muy bien seguros, pues la mayor parte de aquellos eran de los que habían sido derrotados en San Pedro de las Colonias, unas cuantas semanas antes.

Los de Paredón ni cuenta se dieron de que las fuerzas de Villa estaban ya casi sobre ellos en Hipólito, es decir, a cuatro o cinco leguas nomás. Confianza o descuido que les costó bien caro. Ha-

bían hecho trincheras y tenían cañones, y muchas ametralladoras, pero tenían también el temor que tiene siempre el perdidoso, y sólo ahí cinco mil que se las iban a ver con toda la División del Norte, peleadora y acostumbrada siempre a ganar.

Se emprendió la marcha por tierra, dando un rodeo al enemigo que no se había percatado de nada; el rodeo era para cortarle, su retirada a Saltillo y destrozarlos por completo.

El general Villa y su Estado Mayor recorrían las columnas y daban instrucciones. El general Ángeles ya había emplazado sus cañones.

Estábamos como a unos tres kilómetros del enemigo. Allí se hizo alto y el mismo general Villa dispuso la formación para el ataque. En una línea como de una legua de larga, se formaría toda la caballería en línea ya desplegada en forrajeadores, para cargar a la hora en que se diera la señal, pues iba a ser el estallido de una bomba.

El general Contreras le dijo a mi jefe que se quedara a su lado cuando se hiciera el avance, y mi jefe le pidió que le permitiera entrar con la tropa en la carga.

—Es la primera vez que voy a estar en un combate con sus fuerzas y quisiera que me vieran sus soldados al lado de ellos.

Consintió gustoso don Calixto.

Eran como las diez de la mañana de aquel día 17 de mayo, y nos lanzamos a toda carrera sobre las trincheras del enemigo. Estábamos muy cerquita. Apenas unos dos cañonazos nos dispararon, y sólo los fusiles y las ametralladoras de ellos nos hacían fuego muy tupido. Nosotros a rienda suelta, gritando y disparando sin ton ni son, les caímos como una tromba.

La artillería nuestra ni siquiera llegó a disparar, pues ya estábamos revueltos matando gente a boca de jarro. Fue una matazón como nunca la había yo visto. De nosotros también caían hombres y caballos.

La caballería federal logró salir, y en un intento quiso cargar por un flanco de nuestra línea, pero fuimos sobre de ellos dispersándolos.

Fue la cuestión de media hora, y la victoria fue nuestra.

No menos de quinientos muertos allí quedaron tendidos; una infinidad de heridos, y sólo la caballería que salió pudo escapar huyendo, y sobre ellos mandó el general Villa a la brigada del general Robles en su persecución.

Entre los muertos estaba el jefe de ellos, un general Muñoz. Otro general de nombre Francisco Osorno, y un coronel de nombre Linares, también murieron. Diez cañones, muchas ametralladoras, tres mil fusiles y parque en cantidad, fue el botín.

El general Robles los persiguió toda esa tarde, y hasta el día siguiente en que llegaron a Saltillo los perdidosos y contagiaron su miedo a los que ahí estaban, y todos juntos evacuaron la plaza con rumbo a San Luis Potosí.

Los constitucionalistas entraron, triunfantes, a Saltillo, el día 20.

Nosotros nos dedicamos a levantar el campo, a entregar nuestros heridos a los médicos del tren sanitario, y después nos volvimos a Torreón.

Nuestra brigada había entrado como las buenas, sin necesidad de que el Chino Banda tuviera que echarles balazos por la retaguardia.

Ya de vuelta en Torreón parecía que la vida se reanudaría como antes del combate de Paredón, pero no fue así. No había instrucción para darle un descanso a las tropas. Se notaba desgano e indolencia.

Un día me dijo Ambrosio, mi nuevo amigo, asistente del general Contreras:

—No sé si te habrás dado cuenta de que las cosas no andan bien.

—Pues realmente no lo he notado.

—Nada bien anda todo esto.

—¿Y eso?

—El general Villa quiere romper con Carranza. El otro día hubo una junta de generales y Villa les informó que había tenido dificultades con don Venustiano. Yo creo que el asunto viene de cuando quiso fusilar al general Chao y no lo dejó el jefe, y después creo que no lo dejan que avance al sur, a tomar Zacatecas, pues parece que don Venustiano quiere que esa plaza la tome el general Natera, que ya lo intentó y no pudo, y quiere el jefe que Villa le preste fuerzas a Natera, y Villa dice que eso sí que no; que las fuerzas son suyas, y que si han de ir a Zacatecas él será el que lleve el mando, y ahí andan las dificultades. Les dijo el general Villa que él quiere bien a don Venustiano y que lo respeta; pero que tiene a su lado a una bola de mulas que lo malaconsejan; que ese es el inconveniente, y que convendría quitarle esa gente a Carranza y darles una "afusiladita".

Que al jefe no; que puede seguir, pero, eso sí, sin esa gente que lo perjudica a él y a la causa, pues son muy intrigantes.

—Mira, pues ni me las había olido. Mi jefe de seguro no sabe nada. Yo creo que don Calixto nada le ha dicho.

—¡Qué le va a decir! Si a tu jefe lo ha de considerar más de Carranza que de Villa.

—¡Ah! Pues eso sí.

—Ya lo ves; ahí está. Pues en esa misma junta Villa les preguntó a los generales si contaba con ellos o no, y todos estuvieron de acuerdo en estar con él, llegado el caso.

—¿Y don Calixto, también?

—También; así me lo contó él mismo la otra noche.

—Pero si él estaba distanciado de Villa porque no lo querían ni a él ni a su gente, y él lo sabía.

—Pues así es, pero a la hora de decidir, escoge mejor a Villa.

Bueno, hasta el mismo general Chao, a quien iba a fusilar, también está con él.

—¿Pero qué me dices?

—Lo que estás oyendo.

—Todo eso es increíble.

—Pues es la pura verdad; ya lo verás muy prontito; ya ves que Villa es de resoluciones prontas.

—Pero eso es una barbaridad.

—Son calentamientos de cabeza. Si Villa le echa la culpa de todo lo malo a los que rodean al Primer Jefe, también él tiene su gente que siempre le anda atizando.

—¡Eso! Son todos los que no quiso don Venustiano en Sonora vinieron a refugiarse aquí con él. El mismo general Ángeles ha de andar en eso.

—¡Ah! Ése es el primero. Quién sabe que le hicieron por allá que lo tiene ardido.

—¿De modo que tú, por lo que has sabido, crees que cualquier día pasa algo serio?

—Estoy seguro. Si don Venustiano, que está ahorita en Chihuahua, viene para acá, para Torreón, aquí lo aprehenden. Así lo ha dispuesto el general Villa, y si se llega a oler que no viene, pues entonces allí mismo, en Chihuahua, le pasa lo mismo.

—Pero trae fuerzas…

—¡Qué tantas pueden ser! Villa cuenta con toda su división, que ya ves que es brava y resuelta.

—Eso sí que ni qué. Y tan bien que iba todo esto. Ya Huerta está para caer.

—Caerá, eso no tiene remedio ya. Ahora que el que le dé el mate, puede que no sea Carranza, sino que sea el general Villa.

—Ya me pusiste a cavilar con tus pláticas.

—Pero ultimadamente a nosotros qué más nos da. Yo no creo que sea cosa de agarrarnos unos con otros, porque el jefe sea uno u otro.

—Bueno, pues en eso sí tienes razón.

—Que venga lo que venga. ¿No te parece?

—Pues, sí; que venga lo que venga.

Todo se lo conté a mi jefe y se alarmó. Él también había oído algo, y atando cabitos llegó a ver que la cosa andaba por los suelos.

Esa misma noche le escribió una larga carta a don Venustiano Carranza, contándole todo cuanto había sabido, y con un muchacho, pariente suyo, y en el tren de la mañana, se la mandó a Chihuahua, con instrucciones de entregar aquel escrito en la propia mano del señor Carranza.

El general Villa había salido de Torreón con su compadre, el general Tomás Urbina, a la hacienda de éste, de Las nieves, o algún otro lugar; el hecho es que Villa no estaba en Torreón cuando llegó don Venustiano Carranza. Seguramente con toda intención así lo hizo.

Una buena mañana llegó en un tren con sus acompañantes, el Regimiento Escolta y el Cuarto Batallón de Sonora. Lo recibieron en la estación, sólo tres generales: Eugenio Aguirre Benavides, que era el jefe de la guarnición; don Orestes Pereyra y Calixto Contreras. No hubo desfile de tropas ni nada. Más frío no pudo haber sido ese recibimiento.

Se alojó don Venustiano en la casa en que antes fue el Banco de Coahuila.

Al mediodía hubo un banquete regularmente concurrido, que hubiera sido mejor que no lo hubieran hecho, porque ahí, a la hora de los discursos, uno o dos de los concurrentes más allegados a Villa se desbordaron al hablar, y casi llegaron hasta faltarle al respeto al

jefe. Fue un banquete, según me contó después mi jefe, una cosa bien molesta; falto de entusiasmo, y don Venustiano Carranza, ante la acometida se vio obligado a contestar con dignidad. Gracias a Dios acabó pronto, y en medio del silencio se retiró el señor Carranza.

Mi jefe habló dos largas horas con don Venustiano, y cuando salió me dijo que desde ese momento terminaba nuestra comisión en la Brigada Contreras, y que volvíamos de nuevo a nuestro regimiento.

Esa noche se reforzó la guardia del alojamiento del Primer Jefe, y las fuerzas del regimiento y del batallón quedaron acuarteladas en el mismo tren en que habían venido de Chihuahua.

Al día siguiente, a temprana hora, sin despedida de nadie, salimos para Durango, dominio de los hermanos Arrieta, que con sus fuerzas guarnecían el estado y eran, desde tiempos atrás, enemigos irreconciliables de Villa.

Días después supimos que cuando se enteró Villa que no habían aprehendido a don Venustiano, hizo un coraje porque no lo habían obedecido, y hasta les dijo a sus generales que les habían faltado huevos para cumplir sus deseos.

En Durango la cosa ya era otra. Recibieron al Primer Jefe con grande entusiasmo. Mucha alegría de la gente aglomerada para el recibimiento, desfile de tropas y hasta un gran baile hubo en la noche, que resultó muy lucido.

Don Venustiano, instalado en el palacio de gobierno del estado, despachaba, al parecer tranquilo, tanto los asuntos militares como los del gobierno, como si todo fuera normal. El enemigo estaba en Torreón, y entre él y nosotros, gruesos contingentes de fuerzas de los Arrieta se interponían.

Hizo un viaje el Primer Jefe hasta Sombrerete, Zacatecas, para entrevistarse con el general Natera y sus generales. Revistó sus tropas y planeó, con todos ellos, el ataque que debería hacerse a Zacatecas contando con el refuerzo que mandaría Villa para ese efecto, según lo tenía ordenado. Orden suya que, por cierto, no llegó a cumplirse. Las cosas en vez de componerse se ponían peor.

Tenía don Venustiano que ir a Saltillo, la última plaza tomada por Villa, para ponerse de acuerdo con el general Pablo González y disponer el avance sobre San Luis Potosí. El asunto era un tanto

arriesgado, pues para ir a Saltillo, había que regresar a Torreón, para de ahí seguir hasta allá por la vía férrea, y en esta ocasión, a lo mejor Villa y su gente le impedirían el paso. Pero no había otro remedio que hacer el intento con audacia, aprovechándose de alguna oportunidad, y así se hizo.

Según una información que se tuvo de que Villa había salido a Chihuahua, con sigilo, una noche, salimos de Durango, en tren, para Torreón, con el ánimo de no detenernos allí, sino de continuar hasta Saltillo.

Llegamos a Torreón cuando ya era de día. El viaje había sido de sorpresa y hubiéramos seguido, desde luego, si no fuera porque la máquina se descompuso y era necesario cambiarla por otra, pero el jefe de trenes de Villa se negó terminantemente a proporcionarla. Fue necesario que una escolta del Cuarto de Sonora, a viva fuerza, obligara a aquel ferrocarrilero a darnos la máquina, y de paso nos lo llevamos preso.

Allá atrás quedaban Torreón, y los de Villa, ya casi contrarios a nosotros.

Saltillo recibió esa tarde al Primer Jefe en medio de un entusiasmo nunca visto ahí. Era el gobernador de Coahuila que regresaba triunfal de aquellos incidentes que, para la mayor parte de la gente, eran desconocidos. Era una lucha sorda entre Carranza y Villa que todavía no reventaba, pero que estaba latente y no habría de parar.

Allí entre las fuerzas del general Pablo González, tan numerosas como las de Villa, don Venustiano podía imponerse, o por lo menos estar en condiciones de tratar, pero ya de poder a poder, con la autoridad que da el respaldo de la fuerza.

Saltillo estaba inundado de tropas revolucionarias, pero la tranquilidad que siempre tuvo parecía sobreponerse a aquella invasión. Su clima agradable, sus arboledas, sus gentes buenas, parecían seguir siendo lo mismo que habían sido en años y años. Ni el paso por sus calles empedradas, de federales o rebeldes, cambió aquello ni alteró ni apresuró la vida de todos los días, reposados y sin prisa alguna.

Monterrey, Tampico y Laredo, habían caído. No quedaban ya federales en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, y las fuerzas del noreste que mandaba Pablo González, estaban ya concentradas en Monterrey y Saltillo, listas para avanzar a San Luis Potosí.

Don Venustiano tuvo largas conferencias con Villa, que estaba de vuelta en Torreón; le ordenó que mandara la gente que ya le había pedido para reforzar al general Pánfilo Natera para que atacara a Zacatecas, y Villa se negó; quería él ir con toda la división que mandaba, a hacer el ataque. Don Venustiano persistió en no dejarlo ir a él, y Villa enojado pidió que lo relevara del mando de la División del Norte, y don Venustiano estuvo conforme. ¡Qué mejor solución! Y le ordenó que se reunieran ahí mismo, en donde estaba el telégrafo, por el cual estaban conferenciando todos los generales de la división, para que se pusieran de acuerdo y propusieran quién debería sustituirlo.

Se reunieron los generales, y entre todos acordaron que Villa no debía dejar el mando de la división, y así se lo dijeron a don Venustiano Carranza, haciéndole de pasada un extrañamiento y, ultimadamente, desconociéndolo como Primer Jefe.

Es decir, que se insubordinaban y rompían de plano.

La cosa no podía ser.

El general Pablo González le propuso a don Venustiano que una comisión de generales de los de él, fueran a ver a Villa y a los generales de la División del Norte, para tener un arreglo decoroso y digno, y para que no faltara la unidad, por lo menos hasta derrotar por completo a Huerta.

Mientras se efectuaban en Torreón pláticas largas entre los representantes del cuerpo del Ejército del Noreste, y los de la División del Norte, nos dedicamos, nosotros, los de la guarnición de Saltillo, a juzgar y matar federales prisioneros, de acuerdo con las estipulaciones de la Ley de 26 de enero del año de 1862.

El coronel Severiano Rodríguez, jefe de las armas, nombraba Consejos de Guerra de entre los jefes de las fuerzas acantonadas, y seguidamente mandaba la formación de los cuadros de tropas para los fusilamientos, que se efectuaban siempre en el mismo lugar escampado a la orilla de la ciudad, y al lado de una amplia calzada por donde llegaban las tropas que formaban el cuadro, y por donde, asimismo, regresaban a sus cuarteles. Era aquel un entretenimiento vigoroso, en las primeras horas de la mañana, que se llevaba a cabo una o dos veces por semana.

Hubo entonces un fusilamiento que, singularmente, me llamó la atención por lo inusitado.

La víspera habían sido sentenciados a muerte, por el Consejo de Guerra, seis oficiales del Ejército Federal, que habían caído prisioneros en uno de los combates últimos. Uno de ellos era coronel; otro teniente coronel; los demás, oficiales, desde capitán hasta subteniente. Estaban convictos de haber servido a la usurpación en su ejército; la defensa —débil defensa— se empeñó inútilmente en salvarlos; fueron condenados a muerte por unanimidad de votos del Consejo.

Era una mañana tónica y azul, ligeramente fresca, y perfumada ampliamente por el otoño. El rodar de los carros mañaneros sobre el disparejo empedrado de la ciudad, tenía sonoridades cristalinas. Las tropas avanzaban por las calles con su ritmo normal, medido perfectamente por la voz de los cobres y por la explosión de los tambores. En el espacio parecían vibrar cuerdas lejanas, infinitamente llenas de melancolía.

Se formaron silenciosamente los tres lados del fatídico cuadro: cámara de la muerte. Alejo González tenía en aquel momento el mando de la ejecución, con investidura de coronel jefe de día.

En medio de una escolta de infantes, demacrados, pero animosos, con esa presencia de ánimo, casi innata en los militares que están al borde del sepulcro, llegaron los componentes del lado faltante del cuadrilátero fatal.

Las tropas tenían las armas terciadas; las miradas de todos convergían sobre los seis reos; había imberbes subtenientes, maduros capitanes, canosos jefes. Aquellos seis hombres, seis conductores de tropas del enemigo, iban a rodar ensangrentados dentro de breves momentos. La mañana era tranquila, tibia, otoñal.

Alejo González dispuso que no se fusilara a los seis prisioneros al mismo tiempo, sino que uno por uno fueran ante los fusiles, según el turno que eligieran.

Penosamente se fue desarrollando la tragedia.

Primero, el subteniente menos antiguo, el más joven del grupo; la cortesía militar, innata en aquellos bravos, imponía la forma de desfilar marcialmente hacia la muerte.

El oficial, cuadrado ante su inmediato superior, ligeramente pálido, habló con arrogancia, como si fuera a ejecutar algún acto

del servicio, allá en su cuartel de México, o en la escuela militar en que se educó.

—Con permiso de usted, mi capitán, voy a que me fusilen estos tales.

Entre ellos mismos, por los rigurosos conductos debidos, subió la instancia hasta el coronel. Uno a uno fueron abrazando al que primero se iba.

Ahí se acaba el acto oficial de la vida militar de aquel subteniente; sobre nosotros, los del cuadro, pasó una mirada de desprecio intensamente profundo, positivamente sentido, y colocándose en el sitio señalado, lanzó con toda su alma la maldición más fuerte que puede decir un mexicano.

Una descarga desigual tronchó la vida de aquel valiente, digno de mejor suerte.

Uno a uno fueron desfilando, en orden de categorías y antigüedades, hasta llegar al coronel. Todos se pedían permiso entre sí para morir; todos se abrazaban, y antes de la descarga fatal, nos insultaban. Sólo el viejo, el coronel, habló, sin encono alguno hacia nosotros, de su carrera, de su deber y de la patria.

Ante el montón ensangrentado de cadáveres, desfilamos torpemente al compás enronquecido de los tambores y el alegre vibrar de las cornetas.

Después desfilamos hacia el centro de la ciudad, camino de los cuarteles. Algunos chicos que supieron, o vieron la ejecución, nos miraban con angustia, con terror, y yo sentí hondamente la mirada de aquellas criaturas, porque sé, por mí mismo, que los niños jamás olvidan el terror ni la angustia, y que constantemente los llevarían grabados en su alma, a través del porvenir.

Las pláticas que tuvieron los representantes del Cuerpo del Ejército del Noreste con Villa y sus generales, no lograron el resultado que hubiera sido de desearse. Era del todo imposible llegar a un avenimiento con la División del Norte; demasiado minado estaba ya todo aquello por civiles políticos, que por algún motivo tenían algo que sentir de don Venustiano Carranza. Villa era un instrumento dócil a ellos, y la oportunidad que deseaban para encumbrarse se presentaba, y por ningún motivo conveníales desecharla.

Villa no admitía subordinarse nuevamente a la Primera Jefatura del ejército; estaba dispuesto a seguir luchando, pero nunca bajo el dominio de Carranza, y para demostrar su dicho, desde luego

marchaba con todas sus fuerzas a atacar el núcleo federal hecho fuerte en Zacatecas. Con él quedaba, como brazo derecho suyo, como consejero principal, el general Felipe Ángeles, subsecretario de Guerra, encargado del despacho, del gobierno provisional del Primer Jefe.

Casi en seguida de haber dado término aquellas pláticas de Torreón dio Villa la batalla de Zacatecas. Fue un largo combate, rudo y sangriento; la pujanza reconocida de la División del Norte se puso de manifiesto una vez más, allí.

Sin duda alguna fue, aquella batalla de Zacatecas, una de las más importantes de la campaña contra Huerta. Hubo destreza y valor de los revolucionarios, y fuerte resistencia demostrada por los enemigos. La muerte segó las vidas de unos y de otros en grande abundancia.

El ejército federal fue completamente aniquilado allí.

Simultáneamente con el ataque de los del norte a Zacatecas, el general Obregón, con su victorioso Cuerpo de Ejército del Noroeste, derrotaba a los federales de Jalisco, y después de una serie de combates felices, tomaba la capital de aquel estado.

Don Pablo González, con sus fuerzas, se posesionaba, sin combatir, de la ciudad de San Luis Potosí, y se iniciaba ya, francamente, el avance decidido hacia la meta final: la ciudad de México.

Llegó el día de la marcha. Una mañana, a bordo de varios trenes militares, salíamos de Saltillo con dirección al sur; adelante de nosotros iba todo el material rodante de que se podía disponer, atestado de tropas; por los caminos, la caballería avanzaba levantando grandes columnas de polvo. Todo un ejército triunfante se dirigía presuroso hacia el último reducto del enemigo: México.

Se suponía que pudiera haber un combate en Querétaro o sus cercanías; quizás otro más. La resistencia fuerte tal vez la hiciera en la propia ciudad de México; aún quedaban varios millares de federales bien armados y pertrechados, y era de suponer una potente resistencia, ya que no ignorarían que en esta ocasión no iba a suceder lo que en la vez anterior, en la revolución de 1910, cuando quedó

el enemigo con toda su fuerza y prestigio en condiciones de tomar la revancha con todo vigor, como en realidad sucedió.

En esta vez, la derrota del ejército federal significaría su total dispersión; no en vano había corrido tanta sangre y se tenía la amarga experiencia de Madero.

Al caer la noche llegamos a San Luis Potosí, y continuamos al día siguiente hacia adelante. Íbamos a toda prisa hacia el final, apenas si había tiempo de pensar en ello.

El aspecto de nuestro avance era grandioso; una línea interminable de trenes militares marchando uno tras otro; los humos negros de las locomotoras, escalonados a lo largo de la vía férrea, se perdían en el horizonte, y a un lado y otro, por los caminos, o a campo traviesa, las caballerías envueltas en polvo, trotando afanosas por caminar al parejo de los trenes. Era aquello la ocupación definitiva del terreno enemigo, la consolidación del triunfo del pueblo armado.

Llegamos a Querétaro sin novedad; el enemigo estaba hasta México, y en Querétaro había ya algunas fuerzas del Noroeste, del general Obregón, que llegaban de Jalisco.

San Juan del Río, Tula. Un poco más, todavía, sin combatir, Húehuetoca, Teoloyucan…

Se hace alto y las tropas constitucionalistas se disponen a tomar dispositivos para emprender la última lucha.

Huerta y sus más allegados habían huido al extranjero unos días antes, y en su lugar quedaba el licenciado Francisco Carbajal, quien pretendía representar la legalidad dentro de la usurpación. Le parecía fácil ser el puente de unión entre el pretorianismo del recién salido y la revolución. Inútiles fueron sus esfuerzos para lograr su objeto, y ante el dilema de combatir o rendirse, optó por lo último.

En Teoloyucan se firmaron los tratados de la rendición de la ciudad de México a los constitucionalistas, y la disolución del Ejército Federal. Firmaron aquellos importantes documentos el general Gustavo A. Salas, en representación del Ejército Federal, y el vicealmirante Othón P. Blanco, en representación de la Armada Nacional, ambos con poderes suficientes del ministro de la Guerra federal, general José Refugio Velasco. Representando a la revolución, firmaron, en primer término, el general Álvaro Obregón, y en segundo lugar, el

general Lucio Blanco; también firmaron el nombrado gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, y el representante de los constitucionalistas en México, el ingeniero Robles Domínguez.

La capital de la República era entregada a nosotros, y el Ejército Federal se declaraba vencido, haciéndonos entrega de todo su armamento y pertrechos; la tropa quedaba licenciada, y los generales, jefes y oficiales quedaban a disposición de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista.

Al día siguiente, 15 de agosto de 1914, entraron triunfantes a la ciudad de México las fuerzas constitucionalistas, a las órdenes del general Obregón.

Un año y medio había durado la campaña contra la usurpación de Huerta. Los tamborcillos yaquis, que habían resonado antes sólo en los campos de Sonora, hacían vibrar sus redobles de muerte, ahora con ritmos de alegría, en la avenida San Francisco, de la capital de la nación. Las caballerías norteñas, ariscas y desconfiadas, seguían recelosas a los infantes de Sonora.

Un mar de gente jubilosa recibía a los triunfadores; una ola de bienestar llenaba el ambiente; parecía que allí terminaba todo lo malo pasado, que en adelante todo sería bienandanza y tranquilidad; que, caído el pretorianismo, llegaba una era totalmente opuesta a las pasadas; que se había acabado la guerra y que llegaba, al parecer, la bendita paz tan necesaria para la adolorida patria.

Mientras tanto, el Primer Jefe esperaba en Tlalnepantla. Las cosas en Sonora marchaban mal; el gobernador Maytorena y el comandante militar del estado, general Calles, habían terminado por romper sus no muy cordiales relaciones y se vislumbraba, claramente ya, un estado de rebelión.

Por ver si aún era factible atenuar aquella situación, fue nombrado como comandante militar de Sonora, el general Benjamín Hill.

Maytorena había logrado atraerse a las fuerzas yaquis de la columna del general Salvador Alvarado, y había logrado aprehender al mismo, juntamente con sus jefes y oficiales de mayor confianza. Había, asimismo, puesto en libertad a todos los prisioneros federales recluidos en la penitenciaría de Hermosillo, y los cuales llegaban a unos dos mil.

Villa, en el norte, esperaba el curso de los acontecimientos, en perfecto acuerdo con el gobernador de Sonora.

El día 20 de agosto de 1914, hizo su entrada triunfal, a la ciudad de México, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza. Montaba el mismo caballo prieto que le había acompañado en toda la campaña, y llevaba el mismo sombrero tejano, la filipina de caqui y las mitanzas de Saltillo, que trajera desde que desconoció a Huerta y se lanzó a la magna aventura. A su derecha iba el general Obregón, a su izquierda el general Pablo González; atrás de ellos, en grupos nutridos, iban los principales generales y jefes de las fuerzas victoriosas: Lucio Blanco, Jesús Carranza, Francisco Coss, Juan Cabral, Jesús Dávila Sánchez, Cesáreo Castro, Francisco Murguía, Jesús Agustín Castro, Cosío Robelo, y muchos otros más que escapan a la memoria.

Formaban todos ellos, generales y jefes, con sus ayudantes respectivos, un grupo marcial y pintoresco.

Atrás de todos ellos seguía la escolta; campesinos de Coahuila que acompañaron en la jornada al gobernador de su estado. Los caballejos, trotadores de las andanzas, caminaban con el mismo paso reposado de la campaña; igual iban por las asfaltadas calles de San Francisco, que por las llanadas polvosas de Chihuahua. En vano los jinetes trataban, tirando de las riendas, de levantar las caídas cabezas de los animales de trabajo, más deseosos de un buen forraje y un largo descanso, que de caracolear como los de las formaciones.

De las torres de las iglesias bajaban, como una lluvia sonora y alegre, las cristalinas notas de las campanas.

Lentamente avanzamos desde Tlalnepantla hasta Tacuba y la Tlaxpana, y de allí, por la calzada de la Verónica, hasta Chapultepec, para proseguir por el Paseo de la Reforma, avenida Juárez y San Francisco, hasta el Palacio Nacional. Ahí quedó el Primer Jefe instalado, y la escolta montada fue a alojarse al cuartel que antes ocupara la Guardia Presidencial, frente a la Ciudadela.

Todos los de la escolta del Primer Jefe nos llevábamos muy bien; más que como compañeros, parecíamos hermanos. La campaña,

las hambreadas y los sufrimientos nos habían juntado. Nunca hubo pleitos ni diferencias entre nosotros.

Tres grupos éramos los que nos juntábamos en Cuatro Ciénegas para servirle de escolta a don Venustiano Carranza, cuando fuimos por él para ir a atacar Torreón. Los del coronel Gregorio García, que nos lo mataron en estación Madero, cuando al pasar la vía férrea tuvimos que pelear con la gente huertista de Benjamín Argumedo, gente que, a la muerte del coronel, su jefe, quedaron a las órdenes de su segundo, el mayor Alberto Cuevas; los del mayor Manuel Cárdenas, medio pariente de don Venustiano Carranza, y los del teniente coronel Roberto Rivas. De este grupo éramos yo y varios de nuestro pueblo, Parras de la Fuente. Mis más amigos de éstos eran, de entre ellos, Rito Pérez y Adolfo Lesa, jornaleros como yo, y un indio que no era nativo de Parras, sino oriundo de Michoacán, en donde lo habían agarrado de leva y lo metieron de soldado a un batallón de la Federación, y lo habían mandado a pelear contra nosotros, pero él había buscado la manera de desertarse y fue a juntarse con nosotros los alzados; se llamaba José Rodríguez, y quién sabe por qué, le decíamos el *Picholo*. Los tres nos llevábamos muy bien y nos procurábamos siempre.

Adolfo Lesa era el más águila de nosotros, puede que más de la cuenta. Era blanco, muy narizón, de ojos medio claros y con mucha cabellera. Mujeriego hasta donde más, muy conversador; buen amigo, servicial, acomedido, audaz y pendenciero en sus líos con viejas. No se paraba en pintas cuando se trataba de acomodarse para su propio bienestar. Había encontrado que ser asistente era una buena chamba, y así se acomodó primero como asistente de uno de nuestro oficiales, con lo que se escapaba del servicio, y como siempre se andaba haciendo presente en cuanta ocasión se le presentaba, pronto se fijaron en él y pasó a ser asistente de uno de los del Estado Mayor de don Venustiano, el teniente Lucio Dávila; más tarde lo fue del mayor Alfredo Aragón, y finalmente, de nuestro propio jefe. Él siendo asistente del teniente Lucio Dávila, servía por parejo a todo; siempre andaba de ofrecido y era muy buscado por lo útil que era: creo que hasta a la alcahueteada le daba. Conseguía por sus comedimientos buena ropa, y hasta lo habilitaron con una pistola, que portaba con alarde. Cómo sería de listo y audaz, que en una ocasión en Hermosillo, en una de tantas noches se vistió con uno

de los uniformes del mayor Aragón, y se fue a presumir al burdel, pero allí lo reconocieron y le cayó buen arresto.

Cuando llegamos a Culiacán, Lesa se metió con una mujer comprometida con un soldado de los de Juan Carrasco, que por aquellos días andaban asediando a Mazatlán. Un buen día regresaron los de Carrasco, y de sorpresa les cayó, el amasio engañado, a Lesa y compañía. Se armó la trifulca. El de Carrasco se le echó encima a Lesa armado de un cuchillo, tirándole golpes. Lesa se defendía blandiendo su sombrero, que recibió varias cuchilladas. Se vio precisado a correr, pero el otro lo seguía. Un carruaje estacionado en la calle le sirvió algo de refugio momentáneo. Lesa y su enemigo daban vueltas en derredor del coche. Uno tras del otro, hasta que Lesa se acordó que llevaba una pistola, pues el miedo y la sorpresa le habían hecho olvidarse de su arma; la desenfundó y, sin más, le disparó al de Carrasco un tiro, con tanta suerte que le atinó al corazón. ¡Qué bonito golpe!; ni pío dijo el muerto. Pura casualidad. Lesa nunca había disparado un tiro con pistola, que la llevaba en la cintura sólo para presumir, y porque se la habían dado los del Estado Mayor.

El miedo que tenía cuando comenzó la pelea se le aumentó cuando observó que un policía llamaba a sus compañeros, sonando el pito de alarma de que están provistos los policías de todas partes.

Echó a correr a toda mecha, ¿a dónde?, pues al cuartel, que no estaba muy lejos. Llegó jadeante; lo perseguían ya dos policías, que tuvieron que detenerse ante el centinela del portón. Salió el cabo de cuarto y el comandante de la guardia. Querían que les entregaran al delincuente, lo cual no era posible; tenían que pedirlo de oficio.

Lesa creyó que allí, entre los suyos, estaba a salvo, y todos nosotros bien lo hubiéramos hecho protegiéndolo, pero la superioridad no pensaba lo mismo, y no hubo más remedio que entregarlo a las autoridades civiles, al día siguiente.

Le hicieron proceso, pero él no era ningún maneado. Cuando el juez, al que fue consignado, le notificó que estaba formalmente preso, y que ponía a su disposición al defensor de oficio para que lo defendiera, teniendo el derecho de nombrar a otros defensores si acaso los tenía, Lesa contestó:

—Está muy bien que me defienda el defensor de oficio, pero si me permite nombraré a otros defensores más.

—Puede usted designar a cuantos quiera. No hay límite.

—Bueno, pues que vaya anotando el señor secretario a las personas que le voy a decir.

El secretario se dispuso a anotar.

—Nombro defensores al señor licenciado Isidro Fabela, encargado de la Secretaría de Relaciones del Gabinete del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza.

—¿Pero usted cree que acepte ese señor? —le preguntó un tanto alarmado el juez.

—Sí, señor juez. Estoy seguro que aceptará, pero no es él solo ; voy a designar a otros.

—Nombro defensores también, a todos estos señores que voy a decir: al general Felipe Ángeles, subsecretario de Guerra y Marina; al licenciado Rafael Zubarán Capmany, encargado de la Secretaría de Gobernación; al licenciado Juan Sánchez Azcona; al licenciado Jesús Acuña, encargado de Gobernación; al poeta José Santos Chocano; a don José María Maytorena, gobernador de Sonora; a don Felipe Riveros, gobernador de este estado de Sinaloa, y a Octavio Campero, secretario de gobierno de este mismo estado.

—¿Nada más? —preguntó ya impaciente el juez.

—Por ahora nada más esos señores, ya más adelante veré a quiénes más les doy la molestia.

—¿Pero usted está loco o viene irrespetuosamente a burlarse de la justicia?

—No, señor juez; yo nunca he estado loco, y si nombro a esos señores es porque me conocen y creo que me estiman.

—¿Y usted cree que aceptarán?

—Estoy segurísimo. Si alguno de los que he nombrado no acepta, usted me manda fusilar. Nomás eso sí; tengo que notificárselo yo personalmente. Usted, señor juez, me hace el favor de mandarme bien custodiado a ver a esos señores, y le garantizo que van a aceptar y vendrán aquí, al juzgado, ante usted, a confirmarlo. Le aseguro que en una misma mañana quedan todos notificados, pues afortunadamente todos están juntos con don Venustiano Carranza.

Accedió el juez y Lesa fue, acompañado de dos policías, a pedirles a los nombrados que fueran sus defensores. Todos ellos aceptaron gustosos.

El licenciado Isidro Fabela era el más entusiasta, y encabezó al grupo para ir a aceptar los nombramientos al juzgado que llevaba la causa. Lo tomaban a broma y era motivo, y pretexto, para todos

ellos, para charlar, decir discursos y conversar sabroso, ya que todos eran personas de carrera y distinción. El juez de la causa estaba maravillado con su juzgado lleno de tanta persona distinguida. De pronto se había convertido aquello en centro político y literario. Feliz estaba el hombre, conversando y atendiendo a tan distinguidos visitantes. Aceptaron sus nombramientos, y el mismo juez dio lectura, ante todos ellos, del acta levantada con las primeras diligencias ; documento curioso que, entre otras cosas, decía, después de los preludios rutinarios, cosas que causaron risa y carcajadas de los defensores allí reunidos. El juez le pidió a Lesa —el reo— que dijera, honradamente, apegándose a la estricta verdad, si el día de autos no estaba él bajo la influencia de bebidas espirituosas o drogas estupefacientes, cosa que Lesa, dada su ignorancia, no entendía, hasta que el defensor de oficio hubo de explicarle al reo, aclarándole la pregunta:

—Pregunta el señor juez si el día de la tiznadera no estabas tú "pedo".

Así sólo entendió Lesa, y contestó en seguida:

—No, señor, yo no estaba tomado ni mucho menos "grifo". En cambio el difunto sí parecía estar borracho, y se me figura que hasta enmariguanado. Me pelaba unos ojotes colorados y bufaba. Primero me mentó la madre, y sin darme tiempo a contestarle la "rayada" del mismo modo, me tiró la primera cuchillada. No tuve más que quitarme los golpes con el sombrero y echar a correr; "el difunto" me seguía, encorajinado, tirándome golpes de muerte.

—¿Cómo es eso de que el difunto le tiraba cuchilladas? —preguntaba el juez.

—Bueno, el "difunto" todavía no se moría; estaba bien vivito, bufaba y quería acabar conmigo. No me dio tiempo para que yo explicara por qué estaba yo con aquella mujer, que, según parece, era de su pertenencia. Yo no sabía que aquella mujer estuviera comprometida con él, y si lo hubiera sabido, tampoco me hubiera importado.

Decía que al fin de cuentas, a él le había dado entrada, y ¡en qué forma! Que él lo había matado por pura casualidad de un disparo con la pistola que llevaba, y con la cual nunca había disparado ni un solo tiro.

—Pero usted, como soldado, seguramente ha disparado muchos tiros —continuó el juez.

—Sí, señor, he disparado muchos tiros pero con carabina, nunca con pistola. Las pistolas son armas de los oficiales y yo "traiba" el arma por pura casualidad; el arma era de mi teniente Lucio Dávila. El disparo que hice, ante el temor de que me matara el difunto, fue casual, accidental. Lo más seguro era que no le hubiera atinado, pero para bien mío no fue así, y de no haberle atinado de pura chiripada, entonces el muerto hubiera sido yo, y usted a estas horas estaría hablando con mi cadáver.

Al final dijo que lamentaba haber dado muerte a su compañero, pero que eso fue accidental; que ya no lo volvería a hacer, pero que más vale que el muerto haya sido el otro y no él, que, como quiera que sea, le tiene mucho apego a la vida.

Fue un verdadero éxito la lectura de las declaraciones de Lesa. Isidro Fabela, con permiso del juez, interrogó al reo:

—¿Tú conocías al difunto?

—Bueno, lo conocí hasta momentos antes de que se muriera; él se me presentó solito, y en qué forma, mentándome la madre.

—¿Y a la mujer desde cuándo la tratabas?

—Ese mismo día también la conocí. Yo pasaba por delante de su casa y ella me echó un piropo.

—¿Te echó un piropo a ti?

—Sí, licenciado, aunque parezca mentira. Ya ve usted que nunca faltan ofrecidas, ni siquiera sé su nombre.

—¿Qué opinas tú de las mujeres de Culiacán?

—Que están muy buenas; me parecen mejor que las de Sonora, para qué le digo más. ¿Y usted qué opina, licenciado?

—Mi opinión no te la voy a decir. No viene al caso. Se trata de lo tuyo. Señor juez, me parece que el caso está muy claro.

Acto seguido fueron hablando todos los defensores.

Hermosos y brillantes discursos se pronunciaron por aquellas personas tan descolladas por su talento y su capacidad oratoria. Chucho Urueta dijo una de sus más floridas arengas, como sólo él sabía hacerlo. Sánchez Azcona, Zubarán, Jesús Acuña. Todos hablaron sobre el amor, la hombría, el deber, la amistad, y todos cayeron en lo que era lo esencial, entonces, en la grandeza de la Revolución. Hasta el poeta Santos Chocano aprovechó para declamar su último poema:

Hay en los violines,
mientras que se apagan bronces y timbales,
sonidos que llegan desde los confines,
como si balaran corderos pascuales.

Con aquella aplanadora de la defensa conjunta, Lesa quedó libre; casi, casi, en aquellos momentos, llegó a ser un héroe.

Con aquel asunto de Culiacán subieron sus bonos; era más solicitado y más popular.

Cuando vino el rompimiento con Villa, estando el Primer Jefe en Veracruz, se organizaron fuerzas para la campaña, y así con nosotros, que éramos la escolta montada, y con la compañía del Cuarto de Sonora, que se elevó a batallón, se formó la Brigada de Supremos Poderes, y más después fue división, con fuerte reclutamiento que se hizo y refundición de fracciones aisladas.

Había una partida que mandaba un viejo revolucionario de la región, el mayor Severiano Leal, hombre de respeto, ya de edad. A su gente, al refundirlos en la nueva división, se le llamó "Cuerpo de Exploradores Supremos Poderes", para hacer funciones algo así como guerrilleras.

Don Venustiano Carranza, que le gustaba tanto la historia, especialmente la parte relacionada con la Guerra de Reforma, dispuso que a ese cuerpo de exploradores se les uniformase a semejanza de los chinacos: sombrero de palma, camisa de color rojo y pantalón charro azul marino. Los oficiales podían usar chaqueta, pero de color rojo como las camisas de la tropa. A esa corporación fue a dar Adolfo Lesa como subteniente, por gestiones eficaces que hizo en su favor el mayor Leal, pensando, y con razón, que siendo tan estimado por las gentes allegadas a don Venustiano Carranza conseguiría con ellos en seguida lo que él, por gestiones oficiales, no pudiera hacerlo en favor de la gente a sus órdenes. No estaba errado el mayor; Lesa le fue muy útil.

Ya uniformado de chinaco, un día se presentó a nuestro cuartel. Iba a saludar a los viejos compañeros suyos, y a presumirles con su sombrero ancho de palma, su chaqueta roja con su espiguilla de subteniente en las bocamangas, su pantalón azul y flamante espada.

Se alborotaron todos al verlo y aquello fue una gritería.

—¿Qué andas haciendo vestido de payaso?

—¿Qué ahora eres monosabio?

—¿En qué circo trabajas?

No esperaba Lesa aquel éxito de risa.

—Soy su superior, desgraciados. ¡Cuádrenseme!

—Eres un cabrón —le contestaron.

El escándalo llegó al capitán del cuartel.

—¿Qué ocurre aquí?

—Mi capitán, estos tales no me toman en serio.

—Mira, Lesa, tampoco los tomes tú en serio. Ni modo que vayas a arrestar a todo el regimiento.

Carcajada general.

Se fueron a la campaña Lesa y su gente.

No lo volvimos a ver. Corrió la noticia de que había muerto a consecuencia de una herida.

Mi jefe, en las conversaciones que solía tener conmigo, me contó lo que él sabía:

"La última vez que le vi, fue en una visita practicada al Hospital Militar. Paseaba por uno de los patios tomando el sol; había abandonado el capote militar y se cubría el cuerpo con una frazada roja; su cabellera en desorden y su cara demacrada denotaban la penosa enfermedad que le consumía; llevaba pantalón de montar sin polainas, y las cintas de sus zapatos arrastraban por el suelo; todo él era un abandono completo.

Al verme intentó cuadrarse, yo le palmeé la espalda cariñosamente.

—¿Cómo estás, Lesa?, no sabía que estuvieras enfermo.

—Sí, señor; hace ya dos meses que estoy aquí y cada día me siento peor.

—¿Qué tienes?

—No sé. Es un dolor que me da aquí en el costado como si tuviera una cuchillada adentro. Ni los médicos saben qué es lo que tengo.

—¿Te atienden bien?

—Muy bien. En ninguna parte estaría yo mejor que aquí. ¡Ay, mi jefe!, yo creo que yo no me alivio ya.

—No pienses en eso, tú no eres viejo, no has sido vicioso, estás fuerte. Te aliviarás y podrás irte a pasear a Parras.

—¿Para qué?

—Para que te vea tu madre, para que te vean tus amigos ya de capitán.

—Lo que me importan a mí los amigos, y mi madre está aquí en México y viene a verme todos los días, ¿qué más quiero? Dice el dicho que 'a la cárcel donde penaste ni de capataz vuelvas'. ¿Qué iba yo a hacer a Parras, de donde salí huyendo del hambre?

—Anda, anda, procura aliviarte pronto para que sigas presumiendo con las mujeres.

—No, señor, ya no; si me alivio, que no lo creo, no volveré a ser ya lo mismo. La única que existe para mí es mi madre. Yo ya no soy el mismo, ya no quiero ser el mismo. Yo soy un ignorante, siempre lo he sido; no sé, pero me parece que veo ahora alguna cosa que no sé cómo decirle a usted, mi jefe, pero que es muy bonito. Cuanto más me duele mi dolor, más claro creo ver.

—Pero ¿qué es lo que ves?, explícate.

—Pues…, pues eso, eso que no sé decirle. ¿Usted no ha fumado alguna vez 'mariguana' ?

—¡Hombre!

—Dispénseme, pero luego sucede que por curiosidad…

—No tengas cuidado, sigue.

—Pues una vez, me chupé yo un cigarro que me dio aquel Romero, su asistente, ¿se acuerda?, y sentí muy bonito: como si volara, como si oyera pajaritos, como si viera muchos vidritos de colores y oropeles, muchas velitas, olor de agua florida, ¡quién sabe cuántas cosas juntas! Pues ahora sin chupar la hierba, porque aquí no la dejan entrar, y además no me gusta, nomás me da el dolor con fuerza y me pongo de todo alegre porque siento y veo y oigo todo eso que le quiero decir.

—¿No te estarás tú volviendo loco?

—¡Quién sabe, señor, quién sabe! Pero aunque fuera así, porque al cabo sería un loco manso, porque no me da por arrancar.

—Ja, ja.

—Lo que pasa, mi jefe, es que yo ya me voy a morir, ya lo verá usted.

—No, Lesa, tú eres un buen muchacho y has de vivir, sanarás y seguirás siendo útil.

—Creo que no, jefe —y luego, secándose una lágrima, me dijo respetuoso y sumiso como nunca lo había sido hasta entonces—: ¡Señor, yo lo quiero y lo he querido con todo mi corazón!…

—Pero, ¿qué te pasa, hombre? La enfermedad te acobarda, tú no eres el mismo.

—No, señor; usted sabe que yo no soy un cobarde; usted me conoce bien, yo no tengo miedo de morirme ahora, le doy mi palabra. Le digo la verdad.

—Bueno, hombre, bueno.

—Si me hubieran matado en un combate me hubiera muerto riendo con un tiro bien pegado de esos que se llevan al cristiano en un ratito, pero así como estoy yo, parece que me van matando tantito cada día, ¿por qué se dilatará tanto la muerte conmigo?

—¿Pero qué empeño tienes tú en morirte, hombre?

—No es que yo quiera, es que llega uno a la raya.

—No, no; anímate, Lesa, y deja esos pensamientos. Adiós, ¿eh?, procura aliviarte, pon algo de tu parte; yo vendré a verte pronto. ¿Necesitas algo?

—Nada, señor, y adiós. Ni siquiera le recomiendo a mi madre porque está tan viejita ella que cualquier día me sigue a mí. Adiós, mi jefe, acuérdese alguna vez de mí, de cuando fui su asistente.

A los pocos días, de una manera repentina, dentro de la gravedad de su enfermedad, murió Adolfo Lesa en los brazos de la humilde mujer que le dio la vida.

Una tarde lluviosa partió la comitiva fúnebre del Hospital Militar hacia el Panteón de Dolores.

El agua caía copiosa encharcando las calles, y los flacuchos caballos del escuadrón nombrado para hacerle honores al difunto, salpicaban de barro a los contados transeúntes que caminaban de prisa en el trayecto de la lúgubre comitiva. Las melancólicas notas de la "marcha dragona" eran atenuadas por el ruido del aguacero.

El otro amigo, el indio José Rodríguez, a quien le decíamos el *Picholo*, era completamente diferente a Adolfo Lesa; tarasco de Michoacán, su pueblo se llamaba Chimiquitio. Allí era medio alborotador de la gente y, por eso, por disconforme, le agarraron de leva y lo metieron a un batallón de infantería, de los que hacían la campaña en el norte. Se desertó y se juntó con nosotros. Era muy cumplido en sus deberes como soldado, escrupuloso y valiente sin hacer alarde. No tenía vicios, ni siquiera fumaba y hablaba nomás lo que era necesario.

Don Venustiano nos conocía bien a todos los que salimos con él de Coahuila; hasta nos hablaba por nuestros nombres. Un día, en Hermosillo, el Picholo se atrevió a pedirle una audiencia, lo recibió el jefe y habló con él largo.

Me lo contó después:

—Me arriesgué y le pedí una audiencia al Primer Jefe, me preguntó qué se me ofrecía y yo le dije que nada, que nomás quería que supiera cómo vivían tan pobres los indios de mi pueblo. Me estuvo oyendo con mucha atención, y a veces él me preguntaba lo que seguramente yo no explicaba bien. Le dije que cuando ganara la Revolución que él encabezó, yo le pedía que le diera una manita a las gentes de los pueblos pobres de Michoacán, que les hacían falta escuelas y tierra para cultivar ellos mismos y sacar así su alimentación sin depender de los hacendados que los trataban como animales. Yo creo que le gustó cuanto yo le dije y me prometió que cuando llegáramos a México compondría todo lo que pudiera y que yo le iba a servir en mi mismo pueblo. ¿Qué te parece?

—Yo creo que tienes madera de político, y que si no te mueres en el camino puedes llegar a ser cacique.

—Yo no quiero ser cacique, nomás quiero servir de algo.

De cuando en vez, don Venustiano, cuando estaba desocupado, mandaba llamar al Picholo y platicaba largo con él.

Cuando entramos a México, el jefe ordenó su baja en la escolta y que le dieran unos centavos en la pagaduría. Se fue a su pueblo y después supimos que era presidente municipal, y que lo hacía muy bien.

Un día se nos presentó en el cuartel con buena gorra tejana, bien vestido y con flamante pistola. Nos dijo que estaba feliz en su tierra, y que si algún día de casualidad íbamos por allá, lo buscáramos y que nos trataría a cuerpo de rey. Que todo el pueblo lo quería y que él hacía el bien por parejo, pero eso sí, con preferencia a los pobres. Que allí a su Chimiquitio había llegado la Revolución con él, y que allí nada más sus chicharrones tronaban.

Ojalá y no cambien sus buenas intenciones. Yo estoy seguro que no va a cambiar, lo he conocido bien.

Apenas habíamos entrado a la ciudad de México, se le ocurrió a don Venustiano pasar un día de campo en el Desierto de los Leones,

hermoso bosque situado arriba de San Ángel. El día fijado para el agasajo era un domingo, y don Venustiano, su familia y algunos invitados harían el viaje en automóviles hasta el lugar, para recorrerlo y comer en el convento que allí se conserva.

Un día antes salimos dos escuadrones del regimiento para dar seguridad a los paseantes. Cinco o seis leguas serán las que median entre la ciudad de México y el famoso desierto. Llegamos antes del mediodía a Cuajimalpa, que estaba guarnecida por fuerzas del general don Pablo González; el jefe de allí era el coronel Estanislao Mendoza, el *Chueco* Mendoza le decían por su cojera causada por un balazo en la campaña. A sus órdenes tenía unos cien hombres de caballería.

Informó Mendoza a nuestro jefe que el Desierto estaba en poder de los zapatistas y que tendríamos, desde luego, que desalojarlo, para lo cual él con su gente, conocedora del terreno, cooperaría con nosotros. La emprendimos en seguida.

A poco caminar de Cuajimalpa está el pobladito de El Contadero, ya al pie del Monte de las Cruces, y de allí de El Contadero sale el camino para el tupidísimo bosque del Desierto de los Leones.

La media legua que dista el Desierto de El Contadero la recorrimos al trote y al galope; en unos cuantos minutos habría que caerles de sorpresa y desalojarlos con la luz del día. Así fue. Unos cuantos tiros y salieron huyendo los zapatistas que estaban en el convento. Allí conocimos a los calzonudos: grandes sombreros de petate, camisa y anchos calzones blancos, dispararon unos cuantos tiros y se perdieron en desorden por entre la espesa arboleda que rodeaba a aquel precioso lugar. Dejaron abandonadas algunas pobres "chivas" y algunas "viejas" soldaderas.

Los del Chueco Mendoza echaron pie a tierra y los persiguieron por entre el espeso monte, en tanto que nosotros nos posesionábamos del convento, después de registrarlo minuciosamente, y estableçíamos puestos avanzados.

El Chueco Mendoza era un hombre pintoresco de gran simpatía. Norteño él, creo que de Chihuahua, había sido orozquista, pero andaba con la gente del general González desde hacía ya mucho tiempo. Era hombre rudo, campirano y de poca instrucción, debido a lo cual le achacaban una bola de cuentos que él mismo los sabía y hasta se regocijaba contándolos. Era muy conocida una arenga que seguramente la confeccionó, en el cuartel general de don Pa-

blo, alguno de los oficiales del Estado Mayor que antes había sido periodista. En ella aparecía Mendoza como zapatista, cosa que no lo era y decía así:

Orden pa'la brigada espedicionaria "Tanislao Mendoza".

Jefe e día pa'hoy: Mi compadre Espiridión y pa'mañana mi tío Celedonio.

Oficial de vigilancia en la colurnia: Hoy el tuerto Zenaido con 25 güenos pa'los riatazos de la gente suya y pa'mañana Nicéforo el de Azochapa con otros tantos de los d'él y del mesmo pelo.

De manguardia por delante: Hoy mi sobrino Candelario, con 50 escogidos de la gente de Jojutla y pa'mañana el Mocho Perfecto, también con otros 50; pero de los que trujo de Atencingo.

En la retaguardia po'atras: Hora, Catarino el de Ayala, con unos 30 de los d'él y pa'mañana Pascasio, el de Chinameca con los que llegaron de Ocuituco; pero que se fije mucho en las aiciones de Simón, porque no sé por qué, pero le tengo recelo.

Desposiciones:

Tigres de la Revolución, Panteras que melitáis a las órdenes del Chueco Mendoza, ora yo, grifos jijos de su mal dormir, han llegao a mis óidos algunas mermuraciones: que por qué son tantas idas y venidas, tantas güeltas y regüeltas, sin saber que son estregias melitares y pa'que estas cosas no cundan entre todos, dispongo yo, el Chueco Mendoza, jefe de la Brigada que soy el mesmo, que con esta fecha causa baja mi compadre Bardomiano por mermurador, vociferativo y jijo y si pa'largarse quere montar la mula pinta que lu'aga y si no, que se monte en su reverenda; pero que se pele'onde no lo güelva a ver todo y su gente; pero oritita mesmo.

Y pa'lante, ya lo saben, todo aquel general, jefe, oficial, tropa u lo que sea, que se ande miscuyendo en asuntos que no son de su concupiscencia, será afusila' o con sus propias armas y en el mesmo lugar en que si'alle.

Ha llega'o el ratito de'vacuar Anenecuilco y jalar pa'arriba, pa'atacar Jonacatepé y ya lo saben, al llegar ay' las infanterías de a pie se van afornicando de a dos en dos en las esquinas y todo aquel que no cohabite con nuestras ideas o que conciba con los hombres del Gobierno, lo quebran sin más ni más. Yo, mientras con los

monta'os doy la güelta por las filas y con mis espejuelos especulo al enemigo.

Si pa'cuando esté el sol alto no podemos estarnos en Jonacatepé, que me siga la colurnia y que le jalen; pero que le jalen duro, porque a lo mejor nos corretean a toda riata los *carranclanes*.

Haber si se puede respetar en el pueblo a las mujeres y al padrecito nomás.

Lo que se comunica a todos pa'que jalen parejo y no anden barriando a l'ora de los riatazos.

Lo que se comunica toditito el personal de la Colurnia pa'su conocimiento y cumplimiento.

D.O.S. el Chueco Mendoza, comunicada a mi ahija'o Melitón, ayudante comandante que soy yo mesmamente.

El coronel Mendoza nos mandó con su gente carne para asar, tortillas y café; él mismo cenó con nuestros jefes, con quienes charló sabrosamente. Ya entrada la noche se retiró. Reinaba la oscuridad más imponente dentro de aquel caserón abandonado que había sido convento, en donde había de haber de seguro hasta aparecidos y ánimas en pena. Entre la tupida arboleda del bosque el viento zumbaba moviendo las hojas de la arboleda. Ya para la medianoche empezaron a oírse sonidos de cuernos que tocaban los zapatistas, que era la señal que usaban ellos, algo así como los tamborcillos de los yaquis de Sonora. Alguno que otro tiro nos disparaban, que lo contestaban los nuestros desde luego. Nos toreaban con prudencia, sin hacer empuje serio hasta la "diana" que tocaron nuestros trompetas cuando amanecía. Cuando llegó la luz del día se acallaron los cuernos y se acabaron los tiros aislados.

A media mañana, en tres automóviles, llegó don Venustiano con las gentes que le acompañaban a pasar su día de campo. Señores civiles y algunas damas, formaban la comitiva. Pasaron el día muy contentos, pues iban provistos de canastas bien surtidas de comestibles; estaban encantados con el paisaje, y recorrieron el convento, admirándolo todo y oyendo los explicaciones que les hacía el ingeniero Félix Palavicini, que conocía aquello muy bien.

Ya cuando empezaba a caer la tarde, volvieron a oírse tiros aislados del enemigo, y nuestro jefe le advirtió al señor Carranza la conveniencia de que se retiraran, atendiendo a que iban allí señoras. A

don Venustiano le pareció prudente la advertencia, y así lo hicieron, ordenando el Primer Jefe que nosotros también nos retiráramos cuando a nuestro jefe le pareciera prudente.

Apenas cerró la noche, los zapatistas se envalentonaron y se nos echaron encima tocando sus cuernos, dando alaridos y disparando sus armas.

¿A poco nos iban a espantar? Cargamos sobre ellos con tupida balacera y huyeron como liebres. Agarramos a uno que no pudo escapar a tiempo. Era un peladote grandote, moreno, de gran sombrero de palma, calzonudo y con dos cananas de parque sobre el pecho. Disparaba una carabina máuser y no paraba de gritar maldiciones.

—¡Puta madre! ¿Qué parió? Hijos de tal.

Lo llevamos prisionero al convento, pues nuestro jefe no quiso que lo matáramos allí mismo.

Nuestro jefe quiso hablar con él y le estuvo preguntando largamente cuanto podía ser de interés. El hombre se mostraba entero, no demostraba temor y hablaba con decisión; hasta caía bien por ser como nosotros, un revolucionario. Lo dejarían a nuestro cuidado y, por precaución, le amarramos las manos. Al rato se las soltamos para que comiera la carne que le convidamos. Estaba tranquilo y con ganas de platicar.

—Yo soy igual que ustedes —nos decía—. Bueno, mejor que ustedes porque yo peleo un Plan mejor que el que ustedes traen.

—¿Cuál es el Plan tuyo?

—El Plan de Ayala. Repartir la tierra a los pobres y sacarlos de parias. ¿Y el Plan de ustedes cuál es?

—El Plan de Guadalupe.

—¿Y ése es un Plan de santos, o qué ? ¿Qué prometen ustedes a los labriegos?

—No prometemos nada como no sea puros trancazos. Acabar con los de Huerta y vengar la muerte de Madero.

—Bueno, pues eso ya se acabó. Ya se fue Huerta. ¿Ahora qué?

—Ahora quedan ustedes y los inconformes de Villa.

—Semos los mesmos.

—Así parece, pero no lo es. Falta saber quién va a mandar y eso lo vamos a resolver a puros reatazos.

—A ver de qué cuero salen más correas.

En esas pláticas, por cierto muy poco amistosas, pasamos la noche hasta que fue de día y tocaron "diana".

El zapatista seguía envalentonado, tenía su ley a pesar de que estaba prisionero, y nos dijo a los allí presentes cerca de él, que seríamos seis o siete:

—Yo les digo a ustedes, valedores, que tendrán su Plan como yo tengo el mío. Ganará el que más pueda. Pero yo les juro que como hombre me fajo con cualquiera y a las pruebas me remito.

—Tú estás prisionero y lo que más te conviene es callarte el hocico.

—De eso se agarrarán para no entrarle ¡coyones! Uno por uno, me tienen miedo y no son capaces de entrarle a los golpes sino con armas.

—No seas hablador, cabrón; escoge al que quieras para luego, luego.

Se fijó en mí tal vez porque me vio el más flaco de los allí presentes.

—Me gusta éste para darle en la madre.

No era la primera vez que me buscaban. Ya me había pasado en alguna otra ocasión.

Me han visto flaco y desmedrado y se han equivocado, por vida de Dios.

Se me quedó viendo el zapatista y se atrevió a decirme:

—Para que entres en calor, te voy a dar un consejo.

—¿Cuál?

—Que vayas y chingues a tu madre.

Nunca me lo hubiera dicho. Se me subió la sangre a la cabeza y me le eché encima dándole un topetazo con mi frente, que sé que es el hueso más duro que tenemos del cuerpo. Le pegué con toda mi alma en las narices y en la boca. Por poco lo tiro al suelo; no esperaba que lo atacara tan de repente. Creo que le rompí los huesos de la nariz y le tiré uno o dos dientes. Sangraba fuerte.

Me tiró una guantada con toda su alma y me la atinó en un ojo, dejándome a media luz y con un dolor bárbaro.

Le metí yo en seguida un puñetazo en la parte baja del estómago que le hizo encogerse, lo que aproveché para darle un rodillazo en los testículos. Nomás dio un bufido y cayó sentado. Me le eché encima y le caí al pescuezo, y para pronto se lo apreté con todas mis fuerzas con la sana intención de ahorcarlo.

Yo estaba ardiendo de coraje y los compañeros me separaron a la fuerza de él.

Lo solté, pero agarré una piedrota que estaba allí a la mano para con ella darle en la maceta, pero ya no me dejaron. Estaba yo que echaba lumbre; ni hablar podía.

El otro, adolorido y tranquilo, fue el que habló primero.

—Ya estuvo suave, valedor. Ay'que quede. Contigo me equivoqué.

—Pues no te andes equivocando, desgraciado.

—Le jerré. No te tengo rencor. Si queres me das la mano, y si no, no.

—Sí te la doy.

Ya en el camino de regreso a México, nuestro jefe dispuso:

—A este prisionero se lo dejamos a la pasada por El Contadero al coronel Mendoza.

El preso saltó.

—No, jefe, por su santísima madrecita no me entregue con el Chueco Mendoza, porque me mata sin remedio. Ya lo conocemos bien. Lléveme hasta México y allí métame en la cárcel. Este Mendoza me mata, y mire, honradamente no es eso justo. Semos revolucionarios ustedes y nosotros, tráteme con la verdad de su conciencia.

Ganó el zapatista y continuó con nosotros hasta nuestro cuartel en la Ciudadela, a donde llegamos por la tarde. Allí quedó arrestado.

Nos olvidamos de él. No lo consignaron a la guarnición, ni nada.

Una mujer, tal vez la suya, le llevaba todos los días de comer. No se metía con nadie, y más bien parecía querer granjearse con todos.

El sargento primero le dio un uniforme viejo para que se quitara la camisa y los calzones blancos, y unos zapatos también viejos para que dejara los huaraches.

Cuando salimos de México, por su propia voluntad se vino con nosotros.

—¿Y tú por qué no te vas con los zapatistas tus compañeros?

—Pues mira, valedor, la verdad es que ya me acomodé aquí y la voy a seguir con ustedes que me parecen menos peores.

Cada vez que se encuentra conmigo, se acuerda de cómo nos conocimos.

—Oye, ¿te acuerdas?, ¡qué chinga me pusiste aquel día!

—De veras, ¡quién lo iba a decir que habíamos de ser compañeros!

La cosa reventó. Ya estábamos en guerra otra vez, apenas acabada de pasar la que tuvimos todos juntos contra los federales de Huerta. Ahora era entre los mismos. Los de la Convención, o sea Villa y Zapata, contra Carranza. Eran dueños los convencionistas, para empezar, de la mayor parte del país, desde el norte, Sonora y Chihuahua, toda la Mesa Central hasta los dominios de Zapata en Morelos y Guerrero. Hasta Puebla había caído en sus manos casi sin combatir. A don Venustiano sólo le quedaba una parte de Coahuila, o sea el norte, Tamaulipas, Nuevo León, Veracruz y el sureste. Él no quería irse porque era tanto como darle el gane al general Villa. Y por si fuera poca su mala situación, estaban en el puerto de Veracruz los americanos, con quienes negociaba don Venustiano para ver si nos hacían el favor de irse y dejarnos aquí solos para pelearnos a gusto unos contra otros.

Convinieron los americanos en que se irían, pues, y fijaron hasta la fecha. Sería el 23 de noviembre de aquel año de 1914. Decían los americanos que sí se iban, que cómo no. Que ellos en realidad no tenían nada con los mexicanos y que su ocupada de Veracruz había sido sólo por dificultades con Huerta, y que como éste ya no estaba, pues que ya no tenía caso. Eso decían, pero a lo mejor quién sabe.

Las fuerzas del general Cándido Aguilar comenzaron a moverse acercándose al puerto. A nosotros también nos tocó tomar parte en la operación.

Don Venustiano se quedó en Córdoba, escoltado por la compañía del Cuarto de Sonora, que mandaba el capitán Palma, y nuestro regimiento, por tierra, salió a Soledad Doblado.

El mando de las fuerzas lo llevaba el general Cándido Aguilar, quien dispuso que se formaran tres columnas para avanzar sobre el puerto. Una iría por el sur, por Mocambo; otra por el norte, por Vergara, y la otra por el centro, por Los Cocos.

Al amanecer del día 23 de noviembre se hizo el avance general. La orden era avanzar despacio y no disparar ni un tiro, a menos que los americanos dispararan sobre nosotros.

Las fuerzas de infantería iban por delante, y a la retaguardia los de caballería. Había nerviosidad, no miedo, sólo el temor de que no fuera cierto que los americanos fueran a irse, o de que a alguno de ellos, o de nosotros, por nervios no controlados, se le saliera un tiro y se encendiera la balacera, y se convirtiera aquello en un combate que sería terrible y desigual. Nosotros no íbamos a volver atrás; allí quedaríamos de seguro tendidos en los arenales de los médanos o en las calles del puerto. Allí nos moríamos ¡por vida de Dios!

A nuestro avance lento, veíamos ya los barcos acorazados americanos en la bahía y fuera de ella. Un poco más y ya estábamos subiendo a los médanos que rodean al puerto. Los puntitos amarillos que allí parecían los soldados americanos, se movían de un lado a otro y nosotros seguíamos avanzando, arma en mano, silenciosamente. El ángel de nuestra patria de seguro nos sonreía desde las nubes blancas de aquel cielo azul.

Los americanos fueron bajando de los médanos. Unos cien metros nos separarían de ellos.

Paso a paso, bajaron de las lomas arenosas y entraron en las calles de la ciudad. Parecía que no tenían muchas ganas de irse, y a nosotros aparentemente no nos corría prisa alguna, pero dentro de nuestro ser hubiéramos querido que se acabara aquella marcha tan lenta.

Todo en silencio. Cuadra por cuadra era dejada por los americanos y ocupada por nosotros.

Mucha lentitud, como si el tiempo caminara ese día mucho más despacio que de costumbre.

Por fin llegaron al malecón y se embarcaron en las lanchas que los estaban esperando. Con la misma lentitud se abrieron del muelle y se fueron a embarcar en los acorazados. Los marinos suyos los esperaban. Cuando hubo subido a bordo el último infante de marina yanqui, la banda de música del acorazado insignia tocó el himno de los Estados Unidos, al tiempo que izaba su bandera, y en seguida, con asombro de todos nosotros, y con muchísima emoción, izaron también nuestra bandera mexicana y tocaron nuestro himno patrio.

A algunos de los de nosotros se les rodaron las lágrimas, lo mismo que a las gentes paisanas del puerto. Todo en silencio, sin un aplauso, ni un viva, ni un muera, calladamente. La emoción cuando es muy grande se atora en la garganta y sale sólo por los ojos.

A los tres días hizo su entrada al puerto de Veracruz don Venustiano Carranza. Entonces sí hubo alegría manifiesta.

Los americanos habían dejado de pisar tierras mexicanas, pero allí estaban en sus barcos a la vista.

Se acababa una etapa que había sido dura, peleando contra Huerta y con aquel malestar de los americanos, pero iba a comenzar una segunda parte, que de seguro iba a ser más dura que la primera, peleando carrancistas contra villistas, zapatistas y felicistas.

¿Descansar? ¿Cuándo? Hasta que Dios fuera servido.

Los que hayan tenido paciencia de leerme, se habrán dado cuenta, dentro de mi capacidad para contarlo, de lo que fue aquella primera parte de la lucha contra la usurpación. Yo fui uno de tantos y cuento lo que supe y lo que pasé. Mi alcance no puede ser grande por la misma razón de mi situación de clase de tropa. Todos los que como yo tuvimos la suerte de formar parte en la Revolución tenemos el derecho, yo creo que hasta la obligación, de contar cuanto supimos de la Revolución, para que sirva siquiera como datos para los que escriban la historia.

Éramos muchachos los que comenzamos la Revolución; gente ya madura pero no vieja, eran nuestros jefes, y ganamos seguramente por nuestra juventud, entusiasmo y desinterés que teníamos todos. A los jóvenes nada les duele ni les hace falta, y peleábamos contra soldados profesionales, contra tropas que habían sido cogidas de leva y que las mandaban oficiales del Colegio, pero que sus jefes, que habían sido buenos en sus tiempos, ya estaban viejos. Generales y jefes de sesenta años y hasta de setenta, y el cuerpo humano tiene su ocasión de servir bien, pero al fin se va agotando y llegan los achaques, las dolencias y las enfermedades.

Las fatigas grandes de la campaña, las caminatas, las hambres, las lluvias, los fríos del invierno, las desveladas, sólo las resisten bien los muchachos, y nosotros lo éramos entonces. Todos voluntarios, sin sueldo siquiera; sin más ropa que la que llevábamos puesta. No teníamos médico ni medicinas, y al que le tocaba un tiro o algún golpe, sanaba o se moría; casi no había término medio.

Sueldos, como decía, no los había; si acaso, cuando los jefes echaban un préstamo forzoso, nos repartían a prorrata lo que tocara. Por cierto que en realidad ni falta hacía el dinero. ¿Para qué?

Si andábamos en los cerros o corriendo en los llanos. ¿Comida? Se mataban reses y se asaba su carne; nos daban harina de trigo para hacer tortillas y cada quien las hacía como podía hacerlas. A veces los jefes mandaban hacer en gran cantidad, chicharrones de matanza con la carne de las cabras frita en su propio sebo. Esa carne dura meses y hasta años sin echarse a perder.

Forraje para los caballos, eso sí. Sin forraje no hay caballo. En campaña primero ha de comer el caballo y después el hombre. El caballo es la salvación, y cuando se cansa, se agota y le salen mataduras, entonces hay que abandonarlo y remudarlo con otro que se escoge de donde lo haya. El caballo debe estar fresco y listo para cargar al hombre.

A veces los jefes llevaban tintura de yodo y vendas, únicos remedios con que se podía contar, y eso era suficiente; ni modo; no había más.

¿Ropa limpia? ¿De dónde? Olíamos a leones.

Nuestros jefes, cuando echaban un préstamo forzoso, siempre daban una razón:

"Pagaremos al triunfo", decían.

Me acuerdo que en una ocasión, allá cerca de Torreón, cuando lo estábamos atacando, un compañero vio "afueritas" de un jacal a una gallina y, desde luego, le echó mano. La dueña del animal, al darse cuenta, salió gritando:

—No se lleve mi gallina, desgraciado.

—La pagaremos al triunfo, señora.

Al ruido salió del mismo jacal el marido tal vez de la mujer, carabina en mano, cortando cartucho y, apuntándole a mi compañero, le dijo:

—Aquí ya triunfamos, tal por cual. ¡Suelte la gallina!

Y no hubo más remedio que obedecerlo.

Era una diversión aquello, y todos tan contentos. Es porque éramos muchachos y todo nos venía "guango", y nuestros contrarios eran gente forzada, mandados por profesionales; gente de orden que peleaban con reglas fijas, que tenían familia a quien cuidar y a quien mantener, mientras que nosotros ni familia ni nada, ni a quién hacerle falta. El que caía, caía, y ni quién lo extrañara. Nosotros éramos la gente del pueblo, los que no tienen nada y por tal razón nada les importa. Sólo tienen la vida, y la vida, cuando nada se tiene, también poco vale.

Los dictadores y los usurpadores viven mientras el pueblo no se yergue y se los sacude. El pueblo es soberano, y contra él no se puede nada.

Nosotros éramos, aparte de jóvenes de cuerpo y alma, desinteresados, y endurecidos para las fatigas por nuestros anteriores trabajos campestres.

Éramos muchachos y con esto está dicho todo. Don Venustiano solía decir: "Para viejos, conmigo basta". Y eso que él no era viejo.

Efectivamente, los viejos valen un carajo.

Otra ventaja que teníamos era que no cargábamos con viejas. Agarrábamos por ay' las que se podían, pero nada de andar cargando con ellas.

Por otra parte, y esto era lo principal, peleábamos por una causa justa, y la opinión de las mayorías estaba con nosotros.

Todos unidos derrotamos a los federales.

Salió Huerta y cayeron todos los suyos. Ahí debería haber acabado todo, pero no fue así. Después, casi en seguida peleamos unos contra otros, y éramos todos revolucionarios, como decía Francisco Villa. "Todos semos los mesmos, nomás que estamos desavenidos."

Cosa triste pelear entre sí cuando los ideales son los mismos y al final de cuentas ninguno de los contendientes es mejor uno que otro.

Yo seguí, como todos, caminando y peleando, pero, honradamente lo digo, ya sin el mismo ánimo ni entusiasmo que cuando íbamos contra un enemigo que lo era de verdad porque era contrario a la inmensa mayoría del pueblo.

A todo esto que he escrito, le puse por título : "Fui soldado de levita de esos de caballería", porque me gustaba un huapango huasteco, con esa letra, pero, en realidad, yo no fui soldado de leva; fui voluntario, por mi absoluta voluntad. Tampoco he usado nunca levita, y bien a bien ni conozco esa prenda de ropa. Sólo por llamar la atención le puse ese título, para que los que me lean, sepan que aquí está un soldado olvidado, pobre y viejo. Soy veterano de la Revolución "diplomado", pero nada más eso tengo. Bueno, también tengo necesidad de todo y me falta la salud. Nada tengo y estoy conforme.

Junto con otros muchos luché y me tocó la suerte de no quedar en la raya; quién sabe si haya sido mejor o peor. Tiramos una dictadura y una usurpación funestas, y con nuestro esfuerzo hicimos un gobierno con leyes buenas para los de abajo; si así lo reconocen,

bien, y si no, qué le vamos a hacer. Ahora nos llaman "cartuchos quemados", y en realidad así viene a ser. Cuando pudimos disparamos, y con los últimos disparos se acabó la juventud, y con ella misma se va acabando la vida. Así es. Nada quieren ahora con los viejos, con estos viejos que también fueron muchachos que hicieron todo esto de que ustedes disfrutan. Estos viejos, muchachos de hoy, fueron sus padres, y lo siguen siendo. Si lo que hicimos, poco o mucho, lo quieren reconocer, estará muy bien, y si no, ni modo. Pocos quedamos; todos se están yendo ya; casi no hacen bulto.

Muchachos de ahora que gozan de la vida y que van a toda carrera, no nos vayan a pisar; yo por mí nada les pido. Bueno, sí; les pido cinco dedos juntos, y esos cinco dedos se convierten en dos de orilla y uno de profundidad.

Aquí me despido, y antes de irme definitivamente para el otro barrio, quiero recomendarles a los que mandan y manejan lo que logramos nosotros, que no se vuelvan para atrás, para que no haya necesidad de otra bola como la que hicimos nosotros y que fue tan dura.

Las revoluciones son cosas de cuidado porque las hacen los que nada tienen que perder, los desheredados, los pobres que no pueden perder más que lo único que poseen, que es su propia vida, y ésta, para muchos, no vale nada y más bien es un estorbo. Las revoluciones nunca las hicieron ni las harán las gentes ricas o acomodadas. Cuídense de los pobres y de los desesperados; son muchos más que los otros y nada tienen que perder.

Aquí me despido…

La Ciudadela quedó atrás *
Francisco L. Urquizo

Escenas vividas de la Decena Trágica

Palabras preliminares

El lector encontrará en las páginas de este libro las memorias de un subteniente, de un joven oficial que apenas llegaba a la mayor edad cuando acaecieron los sucesos que se narran. Procedía de las filas de los rebeldes maderistas en donde llegó hasta capitán, y don Francisco I. Madero, cuando fue presidente de la República, lo llevó a su lado a formar parte de su Guardia Presidencial con el grado de subteniente dentro del ejército regular.

Los recuerdos se graban en la mente según haya sido la intensidad de lo efectuado. El niño conserva detalles de su infancia en el decurso de su vida porque su mente estaba virgen y las primeras impresiones de su conciencia, se grabaron con gran claridad. El joven, ya con una experiencia, aunque precaria, conserva con mayor vigor lo que más le impresionó en la pubertad y en el principio de la vida ya activa e independiente de la tutela paternal. El hombre maduro vive la vida con la intensidad que se le presenta y el viejo es el que al margen ya de la jornada, vive de sus recuerdos, vuelve a su existencia retrospectivamente, deteniéndose en aquello que más le impresionó y que con más fuerza se quedó en su mente.

* Urquizo, Francisco L., *La Ciudadela quedó atrás*, México, Fondo de Cultura Económica, Obras escogidas, 2003.

Los recuerdos son los únicos que nos hacen entrever en poco la eternidad y constituyen un gran placer acordarse de los trabajos pasados cuando se ha salido de ellos. Los recuerdos pasados son más intensos que la realidad actual.

Todo mundo vive de los recuerdos; constituyen un alimento intelectual y son en sí una especie de rebelión contra el olvido. Vivir es recordarse.

El peso de los recuerdos de una larga vida, es una carga para los ancianos; por eso quizás van algunos encorvados.

Bella es una esperanza pero más dulce un recuerdo.

El recuerdo es siempre grato. Los tiempos pasados fueron mejores aunque no sea sino porque entonces éramos menos viejos. Lo amargo no deja recuerdo, piadosamente el olvido lo aleja.

Los sufrimientos pasados, por malos que fueron, se alejan de nosotros y a nuestra vez, nos alejamos de ellos, echándoles un espeso manto de olvido para no atormentarnos. Los sufrimientos físicos, desde luego, no los recordamos con la fuerza de lo que fue realidad y si acaso recordamos los sufrimientos amorosos, es con un dulce recuerdo, como un escozor que atinadamente llaman los galaicoportugueses *saudade*.

Es grato recordar lo que nos dejó un sabor agridulce que además de lo pasado, por duro que haya sido, va unido a un tiempo pretérito que por lo menos tuvo la suerte de haberse efectuado años atrás, es decir, cuando teníamos menos vejez, lo cual es —en cierto modo—, un consuelo.

Es un mar la mente y las alas son los pensamientos que como ellas, son superficiales; son la esencia, el olor del mar que flota y que se percibe. Las olas, material físico, se van y no vuelven; y los pensamientos, con ser invisibles, etéreos, podemos atraparlos y fijarlos en la mente y plasmarlos en letras sobre el papel.

Los malos recuerdos no perduran: no deben perdurar. Son cadáveres; y —siguiendo con el mismo símil del mar—, los cadáveres se van al fondo como carroña inmunda y nosotros no podemos ni debemos bajar a buscarlos. La podredumbre debe ser sepultada, ya nos reuniremos con ella cuando, a nuestra vez, seamos podredumbre también.

La mente es dócil y va a donde nosotros queremos que vaya.

Escribir memorias no ha de ser sólo una prerrogativa de los magnates que fueron, de los artistas distinguidos o de los grandes

generales. Cualquiera puede escribir lo suyo siempre que tenga algún interés o, si no lo tiene, que se lo sepa dar.

Eduardo Zamacois, novelista español, tuvo un éxito con unas *Memorias de un vagón de ferrocarril*. El vagón, por la pluma amena de Zamacois, expresaba cuanto había ocurrido en el interior de él: dramas, comedias, sainetes y hasta porquerías. Yo tuve también el punto de escribir, por el mismo sistema, las *Memorias de una acémila*, una bestia de carga que anduvo en la Revolución y fue botín de guerra en los combates de quienes resultaban triunfadores. La acémila, imparcial, y sufrida, tenía su propio criterio para enjuiciar a unos y a otros e incluso para reír de todos.

Cualquiera puede escribir memorias; que las lean ya es otra cosa.

Se escribe por escribir, porque así nace y la mejor fuente es la propia. Si se pudiera saber por qué se escribe, se sabría al mismo tiempo por qué se vive. Escribir es una función biológica en que participan todos los componentes intuitivos del ser. Y si se escriben recuerdos, la fuente es inagotable, sobre todo si los escriben o relatan los viejos, porque los ancianos envejecen menos rápidamente que los jóvenes.

Éstas, lector, son las memorias de un subteniente; los puntos de vista de un testigo, de un actor modesto, más bien de un comparsa. Ingenuidades quizás. Un estudio sesudo de lo que ocurrió, no lo es. Es el relato ingenuo de uno que sólo tenía veinte años entonces.

Al escribir las páginas que van en seguida, el autor ha vuelto a vivir; ha vuelto a ser joven. Oficial de ambiciones, pobre, bohemio ilusionado. Ha vuelto a ser ingenuo y bienintencionado. A ver las casas como fueron entonces y no como —a través de los años, ¡cincuenta y tantos!—, se verán ahora.

Si las cosas se repitieran pero con un lapso de largos años, ya no se resolverían del mismo modo.

Yo, el que esto escribe, he plasmado en letras mis recuerdos de entonces; no sé si tengan emoción, lo ignoro, pero desde luego afirmo que hay absoluta sinceridad en mi narración.

La mente se aferra a aquello que ha vivido intensamente, aun cuando pasen los años, por largos que sean. No recordamos con precisión lo que nos ha ocurrido recientemente, pero aquello que nos emocionó, que definitivamente nos puso en el camino de la vida, eso sí lo recordamos con absoluta precisión.

Piensan los viejos que todo tiempo pasado fue mejor y así es para los que tal piensan, como lo será para los jóvenes de ahora cuando lleguen a la senectud y evoquen su pasado que ahora es su presente. Esto es un decir evidente en todo tiempo, como lo es también que fue la juventud desinteresada y la gente del campo y de la provincia los que hicieron la Revolución Mexicana.

Sin jactancia, porque es la verdad, puedo afirmar que éramos honrados, sinceros; sanos de cuerpo y de alma. Éramos buenos, ingenuos, desinteresados. Sin ambiciones; sin deseos para un futuro bienestar en provecho propio. Éramos disciplinados por íntima convicción; por saber que una colectividad armada necesitaba una disciplina que respondiera a una acción conjunta. Sin disciplina no hay subordinación y en consecuencia tampoco podría haber un ejército, aun cuando proviniera del propio pueblo en armas. La disciplina la entendíamos como lo que es; entonces sin límites de tiempo ni de circunstancias. Disciplina entre todos, dentro de una fraternidad colectiva.

Vivíamos en el cuartel o en el campo raso. Nos poníamos en marcha de inmediato y estábamos siempre prestos a la acción.

Éramos valientes, no sólo por el valor personal o colectivo de pelear, sino por exponernos a la fatiga, a la intemperie, al hambre.

Sin paga alguna y con la comida escasa que consistía en carne asada y tortillas de harina de trigo, que cada quien se confeccionaba. Sin más equipo que el que cada uno llevó al enrolarse.

Malas armas, inferiores a las del enemigo, y con municiones poco abundantes. Sin medicinas ni médicos. Cada herida, por pequeña que fuera, podría ser mortal por el abandono de las curaciones.

Con esa fuerza de la juventud, del desinterés, de la abnegación quizás inconsciente, llegamos al triunfo.

Viene al caso decirlo porque es la verdad, que ese desinterés y esa abnegación, al llegar a la victoria pasaron a un segundo término. Ya fuimos otros, triunfantes. Se fue retirando la camaradería fraternal poco a poco, sensiblemente. Nos fuimos alejando unos de otros en virtud de que ya no estábamos en el campo luchando codo con codo, con penurias y necesidades. Conquistamos a la capital de la República por el esfuerzo colectivo del pueblo levantado en armas, por la fuerza imponente de la opinión. La ciudad se entregaba vencida; el enemigo había huido o se había dispersado. La Ciudadela y los federales ya no disparaban; habíamos triunfado y

teníamos un botín rico, exuberante, sabroso y agradable: armas y municiones; numerosos voluntarios —de los mismos vencidos— para aumentar nuestras filas; dinero, mujeres, uniformes nuevos, casas y automóviles.

La gran ciudad se nos entregaba y caíamos en sus brazos sedientos de placer; sus brazos y sus piernas eran tentáculos que nos cogieron, nos exprimieron y nos dejaron libres, con un cerebro semilavado a bordo de sendos automóviles.

He pensado que fue el automóvil, el vehículo primero que nos dieron a cada jefe, para su uso personal, el que materialmente hizo alejarnos a unos de otros. Compañeros seguíamos siéndolo, pero ya no con aquella fraternidad que antes existió.

Tuvimos cada uno un automóvil del botín del enemigo y a ellos montamos con nuestros subalternos de confianza. Los automóviles nos distanciaron materialmente por los caminos y, afectivamente por las estimaciones. Nos alejaron y ya no tuvimos la camaradería del vivac[1], ni el compañerismo de antes.

El automóvil fue el primer causante de la desunión, como la desgracia y el sufrimiento habían sido el motivo de la unión y la fraternidad entre los que luchaban.

El origen de este libro es el cuartelazo del mes de febrero de 1913. La Ciudadela fue el albergue de los rebeldes y allí en su seno, se fraguó el crimen; la confabulación de atacantes y atacados, que unidos dieron al traste con un gobierno absolutamente legal y asesinaron a los mandatarios. La Ciudadela fue el cerebro del mal y el cobijo material de los maleantes. Tenebrosa encrucijada de la ciudad de México.

Fue construida en la época colonial en despoblado. Una manzana rectangular con gruesos muros de piedras y, dentro de ellos, habitaciones, grandes almacenes para armas y municiones; amplios patios y un foso circundante, hicieron de la edificación una verdadera fortaleza.

Dentro de la Ciudadela estuvo prisionero, los últimos días de su vida, nuestro gran Morelos; de allí salió conducido hasta San Cristóbal Ecatepec, donde fue fusilado el día 22 de diciembre de 1815.

[1] Paraje donde las tropas pasan la noche al raso.

La Ciudadela desempeñó importante papel en las innúmeras revoluciones a raíz de la Independencia. Quien se apropiaba de ella, podía considerarse como dueño de la capital.

Siendo uno de los puestos militares más importantes, allí se originaron no pocos cuartelazos, y en ocasiones se adhirieron a los rebeldes las fuerzas de la guarnición.

Los más destacados movimientos fueron el del 4 de agosto de 1847 (en plena invasión norteamericana) durante la administración del presidente Mariano Paredes y Arrillaga. Se pronunciaron los generales Mariano Salas y Juan Morales, aprehendieron al presidente y lo depusieron para hacer que, otra vez de tantas, volviera al poder el nefasto Santa Anna.

A raíz del golpe de Estado de Comonfort, de acuerdo con Zuluaga, éste se pronunció en la Ciudadela el 11 de enero de 1858, declarando que el mismo Zuluaga se encargaría de la presidencia, en tanto que una Junta de Representantes de la Nación, nombraba presidente interino. Ese mismo día, y a consecuencia de este pronunciamiento, Comonfort puso en libertad a Juárez, a quien tenía preso, y éste desde luego huyó a Querétaro, donde estableció su legítimo gobierno.

El día 1 de octubre de 1871, los generales Cosío, Pontones, Carrillo, Toledo y Negrete, se pronunciaron contra el gobierno de Juárez. El movimiento fue sofocado, a costa de mucha sangre, por el general Sóstenes Rocha.

Dos horas de lucha bastaron al general Rocha para tomar la Ciudadela. Comenzó el combate a las diez de la noche. Prometía ser dura la pelea contra los amotinados resguardados dentro de los muros de la fortaleza, pero aprovechando Rocha una imprudente salida de los envalentonados, cayó sobre ellos a la bayoneta, con ímpetu, haciéndolos retroceder y penetrando tras de ellos al recinto. Allí, en las tinieblas, se combatió con inaudita rudeza. Corrió la sangre en abundancia; se consumó la victoria para los del gobierno, que defendía el general Rocha, quien cegado por el triunfo efectuó innumerables fusilamientos de los pronunciados.

El último pronunciamiento ocurrido en la Ciudadela fue en el mes de febrero de 1913, y a eso se refiere este libro.

La Ciudadela ya no es un reducto; tampoco lo era cuando la Decena Trágica. Sus muros de un solo piso —común y corriente—, siguen siendo fuertes. No tiene fosos ni puentes; no está en despo-

blado con campos de tiro y la dominan casi todas las construcciones que se levantan en su derredor. Las armas modernas y la aviación la abatirían en un momento. Ya no espanta a nadie, es sólo un símbolo maligno. Es un fantasma que languidece, que ya murió; un cadáver que debiéramos sepultar demoliéndolo. Nada agradable recuerda. ¿Qué objeto tiene conservarlo?

Allí no ha habido nada bueno ni grato que recordar; antes bien, verla es pensar en pasadas felonías, sangrientas luchas, asesinatos, fusilamientos. Siempre fue el reducto de la traición y de la inconformidad con lo que era justo. Es lo que fue y significó La Bastilla en París.

Siempre estuvo del lado malo de las cosas; nunca del lado legal. Ha sido siniestra.

Hecho este exordio, el lector puede, si lo desea, empezar la lectura del libro.

F. L. U.

I

Tenía entonces veinte años de edad.

Mi padre había muerto dos años antes y yo, el mayor de la familia, quedé al frente de lo que dejaba: unos terrenos por San Pedro de las Colonias, pero allá abajo, en la Laguna de Mayrán. Terrenos buenos cuando las avenidas del río Nazas eran grandes, regaba las tierras de arriba y el sobrante llegaba hasta la laguna, lo cual no ocurría año por año sino de vez en cuando. Entonces se sembraba algodón, trigo y maíz.

En los años de sequía la laguna se iba secando y se convertía en páramo. Sólo el monte de los mezquites quedaba en las orillas y en el llano verdeaba la yerba gobernadora.

La opulencia de un año bueno era seguida de la pobreza de dos o tres malos.

Sin cultivo las tierras por falta de agua, se cortaba leña para vender y se criaban cabras.

El ganado cabruno y las gallinas viven con cualquier cosa. A aquellos terrenos de Mayrán pomposamente les llamamos Hacienda de la Bética; en realidad sólo era un rancho compuesto de una

casa de madera, unos jacales y corrales para el ganado. Frente al rancho la estación de Benavides, del ferrocarril de Torreón a Monterrey, que allí corría día tras día sobre una vía férrea brillante que era una recta inmensa que atravesaba las cinco leguas que medía la laguna y continuaba en su misma rectitud hasta perderse en el horizonte. El humo de las locomotoras, durante el día, o sus fanales en la noche, se percibían desde media hora antes de llegar a la estación

Vino la Revolución que acaudilló Madero cuando reinaba la sequía. El remolino nos "alevantó" y fuimos rebeldes. Miles de hombres del campo fuimos a la bola.

Pasamos hambre y sed. De cualquier modo se pasaban con la sequía.

Caminamos, corrimos y peleamos. Hombres de campo endurecidos por el trabajo y resistentes para la fatiga, aquello resultaba un bienestar. Teníamos además veinte años; éramos jóvenes y solteros.

Sorpresivamente la victoria llegó.

Ganó Madero y don Porfirio Díaz hubo de irse.

Los rebeldes, unos fueron licenciados y otros quedaron como fuerzas rurales.

Yo había llegado a capitán y mandaba un escuadrón del veintidós Cuerpo Rural de la Federación que comandaba el coronel Orestes Pereyra.

Guarnecimos varias plazas y hasta hicimos una fugaz campaña en Durango contra un brote de descontentos que estaban en favor del general Bernardo Reyes. Los golpes que les dimos en Tepehuanes y en San José de Cañas acabaron con el intento.

El general Reyes se entregó, sin combatir, en Linares, Nuevo León.

Reinaba la paz.

Llegó para mí el cambio de vida: de capitán primero de rurales pasé a ser subteniente de la Guardia Presidencial, con gran satisfacción de mi parte y sincera pesadumbre de mis compañeros, a quienes abandonaba.

Me pareció un sueño el camino desde Torreón a México. Dejé mi indumentaria de maderista en casa y, vestido de paisano, me presenté en mi nuevo cuartel, llevando sólo la maleta de mi reducido equipaje y una espada, única cosa que conservé de mis andanzas anteriores.

Era yo el único oficial de la Revolución que ingresaba al ejército de línea; posteriormente ingresaron a la Escuela Militar de Aspirantes, de Tlalpan, en calidad de subtenientes en instrucción, el coronel Gregorio García y su ayudante José de la Luz Ocampo.

Yo tenía un recuerdo vago y agradable de lo que era la Guardia Presidencial; era un recuerdo de la niñez, de cuando estaba interno en el Liceo Fournier: los domingos, cuando salíamos los alumnos de paseo, provistos del consabido tostón que nos daban para nuestros gastos del día de asueto, a donde generalmente íbamos era a la Alameda Central; allí, paseando bajo los altos toldos de lona que instalaba domingo a domingo la empresa alquiladora de sillas, oíamos el concierto de la Banda de Policía, y veíamos pasear a la gente "bien" de la capital: caballeros de relucientes chisteras y fúnebres levitas cruzadas; damas con complicadísimos sombreros; cadetes del Colegio Militar de Chapultepec; alumnos uniformados, con llamativa banda verde en la cintura, del Colegio de Mascarones, rival del nuestro y con quienes tratábamos de armar camorra cada vez que se podía; militares con dormanes de alamares rojos que más tarde supe eran gendarmes del ejército; y, lo que más me llamaba la atención, los militares de dormanes con aplicaciones de color azul y franjas en los pantalones del mismo color. Imperaba en la milicia todavía la moda francesa y, por consecuencia, se usaba el kepis y el pantalón abombado. Aquellos militares de azul, me parecían totalmente diferentes a los otros; los veía más buenos mozos, más altos, más marciales. Agradaba a mi vista contemplar a aquellos hombres. Por aquel entonces, aparecieron unos versos que lograron popularidad; eran dedicados a una chica rubia y decían, entre otras cosas agradables:

> …Y sus ojos tan azules
> como las franjas que usan
> los guardias presidenciales.

En realidad, era un azul atrayente el reglamentario para las franjas y "vivos" del uniforme negro de la guardia. Y si agradaba el uniforme del diario, ¿qué sería el de gala?: penacho, cordones, pantalón blanco, botas de charol, magníficos caballos, etcétera.

II

Una buena mañana salí de Torreón. Me despedí emocionado de mi madre y de mis hermanos, aún pequeños. No había de volver a verlos sino años después, tras de luchas, miserias y fatigas. Iba yo realmente a comenzar una vida nueva, a tomar definitivamente mi camino.

Aún recuerdo los detalles de mi salida.

El tren acababa de llegar y un sinnúmero de gente pugnaba por bajar de él, y otro por subir, con esa ansia que tienen todos los viajeros de llegar cuanto antes y ese temor de perder el viaje, de los que van a partir. Cuando calmó algo la excitación, subí al carro de primera y me acomodé en el primer sitio que encontré vacío. Mi asistente me seguía, y colocó a mi lado la modesta y vieja petaca, herencia de mis mayores, en que traía mi equipaje, el bulto con el capote y la manta y en medio de ambos mi espada, única prenda de militar que se distinguía de mi indumentaria.

Eulalio, mi asistente, tal vez por permanecer más tiempo a mi lado por hacer más larga la despedida, mucho rato estuvo buscando acomodo a mis objetos, y al fin hubo de decidirse por ponerlos bajo mi asiento; después, con toda confianza, nacida del largo tiempo que tenía de andar a mi lado, se sentó cómodamente cerca de mí, se quitó el ancho sombrero, se rascó la melenuda cabellera, y medio suspirando me dijo eso que en situaciones semejantes suele decirse por hablar algo:

—¿Con que siempre se va, mi capitán?

Me sonreí comprendiendo el significado de las palabras del pobre hombre.

—Qué remedio —contesté—, tengo que irme.

Eulalio, mi asistente, se resistía a creer que yo lo abandonara; pensaba sin duda en la campaña que acababa de pasar, en las noches de insomnio en que huyendo del enemigo, superior a nosotros, atravesábamos llanos y sembradíos, y ganábamos el monte como única salvación; pensaba quizá en las tristes noches de nuestros campamentos, cuando al amor de la lumbre y tomando café se narraban anécdotas o cantaban corridos de la tierra; pensaba tal vez en el cariño que se tenían mi caballo el Alazán, y su Borracho, el retinto; en las escaramuzas, en que alguna vez estuvimos parapetados tras la misma piedra haciendo fuego y defendiéndonos del

enemigo; pensaba sin duda, que él no había sido mi asistente sino mi compañero, mi amigo, más aún, algo como de la familia. Habíamos cruzado las mismas veredas, habíamos comido de las mismas tortillas, habíamos bebido de la misma cantimplora. Pensaba que al irme yo de su lado le faltaría algo; que hasta su caballo, el Borracho, echaría de menos al mío, el Alazán. Pensaba de seguro todo eso, y no podría decírmelo por la emoción que sentía al verme quizá por última vez, y condensaba su sentimiento, su amargura, su reproche cariñoso con sus vulgares palabras:

—¿Con que siempre se va, mi capitán?

—¿Por qué no te vienes conmigo? —le dije, sintiendo cierto remordimiento—; haré que causes alta en la Guardia Presidencial, adonde yo voy.

—Ni modo, mi capitán, ¿no ve que tengo acá mis animalitos, mi siembra, mis muchachos?… Yo no nací para soldado, usted bien lo sabe, yo me metí porque hacía falta, ahora ya no, ¿para qué? Ya conseguimos lo que queríamos, ya don Panchito es nuestro presidente; cuando se ofrezca otra vez, otra vez estaré listo como antes.

En pocas palabras sintetiza Eulalio el sentir del pueblo. Abandonó sus modestos intereses, su familia, su siembra, sus animales, todo cuanto tenía y que para él era un tesoro, y se fue al monte, y peleó y sufrió; y la intemperie, y el hambre, y el cansancio martirizaron su nervudo cuerpo; y la nostalgia de su jacal y el pensamiento de los suyos martirizaron su alma; y todo lo sufrió con resignación, con esa resignación innata de nuestra raza, con esa fe que hace que las causas justas triunfen al fin. Y ahora satisfecho, sin laureles, sin honores, regresaba a su hogar, al lado de los suyos que lo lloraron por muerto; en su mismo caballejo que lo acompañó en las correrías, con su misma montura vieja, llena de remiendos en los arciones, que ahora le serviría ya no para bélicas andanzas, sino para acarrear el rastrojo de la milpa y los bultos de algodón; con su misma carabina de doce, que antes era para los venados en las cacerías por Semana Santa, y que después sirvió para derrocar una tiranía de treinta años.

El convoy dio muestras de partir, y Eulalio se levantó trabajosamente.

—Adiós, mi capitán, Dios le ayude —me dijo, y al abrazarme una lágrima rodó por su tostada mejilla.

—Adiós —le contesté estrechando su garrudo cuerpo, y con intensa emoción agregué—: Acuérdate alguna vez de mí.

—Siempre, mi capitán —me contestó emocionado. Y bajó rápidamente del tren.

Saqué la cabeza por la ventanilla para verlo por última vez, y así permanecí hasta que perdí de vista su ancho sombrero de paja ribeteado de negro, que quedaba allá atrás, en la estación de mi pueblo, y que quizá no volvería a ver más.

Lleno de emoción quedé largo rato extasiado.

El tren corría velozmente por la inmensa llanura de la región de La Laguna; los plantíos de algodón pasaban rápidamente por mi vista y al verlos pensé, con nostalgia en mi pasado, en mi vida tranquila de antes de ser soldado.

¡Cuántas veces vi crecer esas pequeñas plantas!, ¡cuántos desvelos al lado de mi padre, trabajando para que se desarrollaran sin tropiezo alguno!; ¡cuántos años entre la gente del campo, asistiendo a todas sus faenas, animándolos! ¡Cuántas veces deseamos mi padre y yo, por los calurosos meses de junio, una providencial lluvia bienhechora que salvase las labores, amarillentas de sed, decaídas, sin esperanza casi de salvación! ¡Cuántos corazones al unísono del mío, oraron al cielo, pidiendo la lluvia a tiempo para que no faltara el trabajo a la peonada!; y cuántas veces, ¡oh dolor!, la lluvia no vino, y la sequía asoló todo, marchitando las plantas y los corazones.

Después, el grito del apóstol, grito de redención y de justicia. Y la peonada aquella, abandonando los arados, marchando a su lado a derrocar una tiranía ignominiosa. El apóstol habló al corazón de la gleba, y el corazón respondió, y los gañanes fueron soldados y vencieron, y muchos con su sangre regaron los surcos que antes habían regado con el sudor de su frente.

¡Por qué extraña casualidad vine a realizar un sueño de mi niñez: ser soldado! De la Revolución que triunfaba salía yo para ingresar al ejército de línea, uniformado e instruido; al ejército sostenedor de un gobierno legítimo, emanado de la voluntad popular; y yo pasaba a ser oficial, subteniente de uno de sus mejores cuerpos, la Guardia Presidencial.

Pensando en mi próximo porvenir, en los uniformes que tendría que usar, en el servicio que desempeñaría, en los libros militares que aglomeradamente había leído antes de mi marcha, para no hacer

un mal papel entre los militares de profesión, y en cuantos consejos recibí de aquellos que habían sido militares, me quedé dormido.

Apenas llegué a la capital, desde luego me encaminé al cuartel del cuerpo en que iba a ingresar. Estaba frente a la plaza de la Ciudadela, en cuyo centro la majestuosa estatua del cura Morelos, el más grande soldado mexicano, se erguía desafiadora e imponente. Edificios de marcado aspecto militar la circundaban. Una larga línea de altas ventanas protegidas por fuertes barrotes de hierro, me indican desde luego mi futuro alojamiento.

Un sargento correctamente vestido de paño negro, con franjas azul acero, con brillante fornitura de charol de donde pende reluciente sable niquelado, y con guante calado, estaba en la puerta.

—Dispénseme —le pregunté—, ¿es aquí en donde se aloja la Guardia Presidencial?

—Sí, señor —me contesta.

—¿Podría hablar con el oficial de servicio?

—Pase usted —y con toda atención me condujo a la Sala de Estandartes—; dentro de un momento vendrá —agregó.

La sala era una pequeña habitación decentemente amueblada y decorada. Un pequeño escritorio, una máquina de escribir, un sillón giratorio, un ajuar; algunas columnas de madera que sostenían objetos artísticos de bronce; cuadro de escenas militares con inscripciones en francés: "Antes del combate", "Después del ataque", etcétera.

El oficial de servicio llegó a los pocos momentos; era un joven alto y esbelto, vestía un uniforme igual al que había visto al sargento, y en el pecho le adornaban cordones de oro y una condecoración esmaltada que pendía de un listón con los colores nacionales.

—Soy —le dije después de saludarlo—, el nuevo oficial que va a causar alta aquí, según esta orden. —y le mostré el oficio de la Secretaría de Guerra que contenía tal ordenamiento.

Leyó el oficial el pliego, y en su cara se notó satisfacción. —Hace días le esperábamos —me dijo—; sabíamos ya su ingreso por la Orden General de la Plaza; no sabe usted cuánto gusto nos da tener un nuevo compañero que nos ayude. El capitán comandante llegará dentro de un momento; antes, si quiere, puede venir conmigo para que le enseñe el cuartel.

Causóme gusto la invitación, y sin vacilar le acompañé. A esa hora la tropa se dedicaba a asear la caballada y el edificio. ¡Qué diferencia de los soldados de dentro, al sargento que había visto en la puerta! Éstos vestían kepí blanco, larga blusa de dril crudo y amplios pantalones de igual género. Con largas escobas barrían unos, mientras otros regaban el amplio patio; otros con útiles de limpia aseaban la caballada. Hermosísima era ésta; de haberlos visto yo en la calle, nunca hubiera creído que eran caballos de soldados; más parecían, por lo hermosos, destinados a jefes; tan gordos y tan bien cuidados estaban.

Los macheros fueron para mí una sorpresa; no parecía que aquello fuera para alojar animales; perfectamente limpios, cada caballo en su separo, éstos aseadísimos, de madera barnizada, abundante forraje, y un pequeño letrero con el nombre del caballo que debía estar allí: El Lucero… El León… El Pavo…

El dormitorio para la tropa, sumamente amplio; cada soldado con su cama fuerte de hierro pintada de blanco, y su cómoda de madera al lado para guardar los objetos de su pertenencia; más parecióme aquello un colegio que un cuartel. El personal era perfectamente seleccionado: hombres todos altos, fornidos, bien parecidos, educados y atentos, revelaban desde luego la magnífica educación que recibían.

—¿Qué le ha parecido? —me interpeló mi acompañante.

—Qué quiere usted que le diga. Estoy satisfecho de haber venido aquí; nunca agradeceré debidamente la deferencia que han tenido conmigo mandándome a un Cuerpo tan brillante como éste.

Súbitamente se oyó un fuerte choque de acicates que se unen violentamente uno contra otro, hecho por la tropa que estaba en el patio al tomar la posición marcial de firmes. Después todo quedó en silencio.

El oficial me dijo:

—Es el capitán que llega.

En pocos días me puse al corriente de cómo se hacía, el para mí nuevo servicio, y de las costumbres de la corporación. Por turno riguroso entre los tenientes y los subtenientes se desempeñaba el servicio de cuartel, de guardia en Chapultepec y escoltas.

El servicio de cuartel era sin duda el más pesado. Comenzaba a las ocho de la mañana, al toque de "asamblea". El oficial que des-

empeñaba este servicio recibía el cuartel y la caballada, armamento, etcétera, del oficial saliente, y era el responsable ante la superioridad de todo cuanto en el día se hacía en el interior: aseo del cuartel, limpieza de la caballa da, instrucción al personal, policía de cuartel, enfermedades de caballos, rondines nocturnos, y en fin, de todo cuanto era la vida diaria del escuadrón.

La guardia en Chapultepec constituía, para la oficialidad, el más deseado servicio; solamente duraba veinticuatro horas, y se montaba en la caseta de la entrada a la rampa del cerro; su misión consistía tan sólo en hacer honores al presidente. Así pues, cuando desempeñaba uno este servicio, tenía tiempo sobradísimo para leer, escribir y recibir visitas de amistades; además, lo ameno del lugar hacía ver constantemente paseantes en el bosque, oír música, y hasta "presumir" un poco con el uniforme de gala.

El servicio de escoltas se hacía todas las noches; consistía en un pelotón de guardias montados al mando de un oficial, que se tendía por parejas desde la glorieta de Colón, en el Paseo de la Reforma, hasta el Castillo, y permanecía apostado hasta que el presidente, por conducto de su ayudante de guardia, ordenaba que se retirara. Este servicio tenía por objeto vigilar el trayecto indicado, por si el presidente salía por la noche al teatro o cualquiera otra parte. En las largas noches de invierno o de lluvia, era pesadísimo estar de escolta.

Pronto pude desempeñar mi cometido por haberme preparado convenientemente mis nuevos compañeros, y gracias al empeño que tomé para ello. Desempeñé los servicios que me correspondían por roll, y algunos extraordinarios de escoltas personales al presidente, fuera de la capital. Me acostumbré a la vida del cuartel y le comencé a tomar cariño a la carrera de las armas.

Con mis compañeros oficiales había hecho buenas migas, especialmente con los de mi grado, subtenientes. Vivíamos todos en el cuartel, y los subalternos estábamos alojados de a dos en cada habitación; mi compañero era Nicolás Martínez; tan luego como el capitán comandante del escuadrón ordenó que yo me alojara a su lado, puso desde luego buena cara y así me lo manifestó con su habitual franqueza.

—Hombre —me dijo tuteándome con toda confianza—, me alegro que hayas sido tú, y no otro; yo también, como tú, soy fronterizo.

—El gusto es para mí, y celebro también la designación hecha pues usted me pondrá al tanto de los detalles del servicio, que todavía desconozco.

—¡Cómo no! Sí, con todo gusto. Empezaré por decirte que los tenientes de aquí son "muy gordos".

—Pues a mí me han parecido más bien flacos —repuse yo inocentemente.

—No, hombre —repuso riendo—, si digo "gordos" es porque "traen sables". ¿No me entiendes tampoco? Pues quiero decirte que son pesados, que abusan mucho de la otra esquiguilla con nosotros los subtenientes; nos fastidian mucho, ¿sabes?

—Sí, sí, ya entiendo.

—Pues ponte chango, y sobre todo con el capitán; no he visto cosa igual en mi vida; ni en la escuela eran tan duros.

Un domingo estaba yo de cuartel, y Martínez se acercó a mí y me dijo:

—Oye, tú tienes un traje de paisano, ¿verdad?

—Sí, hombre, un azul marino con rayas.

—Pues préstamelo para ir a los toros, porque no se puede ir al sol de uniforme.

—¿Pero no tienes tú también otro?; yo te he visto algunas veces de paisano.

—Sí, yo tengo el mío y lo voy a llevar; pero he convidado a un compañero del Décimo y él no tiene, y le quiero prestar el tuyo; a la salida de los toros, o mañana a más tardar lo tienes ya aquí de vuelta.

—No tengo inconveniente, llévalo.

Y vistió al amigo y se fueron a la corrida ambos. Inútilmente esperé mi único traje, y terminó la semana y no pareció más.

—¿Qué pasa con mi trajecito, tú? —le pregunté un día a Martínez, en vista de que ya aquello se estaba olvidando.

—Si vieras —me dice—, estoy muy apenado contigo; el compañero aquel que lo llevaba, recibió orden al salir de los toros de incorporarse rápidamente a su regimiento para marchar a Chihuahua, y es seguro que se lo llevó; pero no tengas cuidado, cuando tú necesites andar de paisano yo te prestaré el mío; te quedará algo corto, pero te puede servir en las noches si llevas abrigo; y además, cuando termine la campaña orozquista y venga otra vez el Décimo de Guarnición aquí, le quitaremos tu traje al compañero, y si ya

no lo tiene, o está en mal uso, le quitaremos algo de su equipo; la pistola, el albardón, o cualquiera otra cosa que no tenga empeñada.

No me satisfizo mucho la respuesta de Martínez, pero hube de conformarme al fin, en vista de los hechos consumados.

Otro oficial había, tipo clásico del bohemio militar, que cuando le tocaba el servicio, andaba a las carreras consiguiendo todo, pues nada tenía; o lo que tenía, lo tenía ignorado: "Hermanito, tu espada, por favor, préstamela"; "un uniforme de paño, porque me hundo"; "unos cordones, porque me arrestan"; "unos acicaes, unas botas que me vengan bien"; "ayúdenme por favor, me lincha el capitán…". "Hermanos de armas, no me abandonen…".

César Ruiz de Chávez, el teniente más antiguo del escuadrón, era también una buena persona, amigo de los subtenientes y tipo original a su modo.

Un día me llamó a su habitación, que la tenía coquetamente arreglada; foquillos de colores en el chifonier, esencias, multitud de retratos de mujeres, y de él en diversas posturas y con diferentes uniformes, pequeña biblioteca, etcétera. Me hizo sentar, me invitó un cigarrillo, me conversó de asuntos mil, y por fin, me llevó al terreno que quería:

—¡Ya tiene usted uniforme de diario para el servicio de cuartel?

—Ya, mi teniente, me lo mandaron de la sastrería hace una semana.

—Pero ese uniforme nuevo, ¿se lo va usted a poner todos los días?

—Cuando sea necesario únicamente.

—No, no conviene; son carísimos los uniformes y se maltratan mucho con el trajín del servicio de cuartel; úselo solamente para la calle, para el interior del cuartel le hace falta un uniforme viejito, o puede suplirlo con un pantalón de paño y un chaquetín de dril. Casualmente yo tengo aquí uno que le sentaría a usted admirablemente; ahora lo verá.

Y diciendo y haciendo, abrió su ropero, y me mostró a la luz de los foquillos eléctricos de su habitación, un pantalón de paño de pie a tierra con franjas azules, perfectamente planchado y al parecer en buen estado.

—A mí no me hace falta agregó—, porque yo tengo muchos, y a usted se lo puedo dar muy barato; le va a quedar bien con toda seguridad.

Titubeé algo, y al fin me aventuré a preguntarle:

—¿Cuánto vale, mi teniente?

—A usted no le gustaría que yo se lo regalara, como es mi intención, pero se lo voy a dar en cualquier cosa; diez pesos, ¿le parece?

—Arreglado.

Como era día de decena, llevaba yo dinero, y le pagué en seguida. Salí triunfante con mi nuevo pantalón, con la idea de estrenarlo al día siguiente. Me fue imposible hacerlo; el pantalón, no era aquel negro que yo había visto la noche anterior, sino que tenía ya un color de verde botella de puro viejo; se estaba, además, deshaciendo, y la polilla amenazaba destruirlo en varias partes. Fui a reclamar:

—Usted mismo lo vio anoche; ¿no le dije que era viejito?; ¿no se lo quiere usted poner?

—La verdad, no.

—Bueno, mándemelo, yo sí lo puedo usar todavía.

Se lo mandé, pero no me devolvió mis diez pesos. Después supe que ese dichoso pantalón lo había vendido ya a todos los oficiales cuando ingresaban, Y casi siempre el trato era en idénticas condiciones a la mía: siempre lo mostraba en la noche a la luz del foco eléctrico, que era como salía más favorecido el pantalón. Irremisiblemente el pantalón volvía a su antiguo dueño, y el dinero por lo regular no lo devolvía, invocando a veces la palabra empeñada del camarada, y hasta su "honor militar", etcétera.

Enrique García, otro teniente, siempre estaba riñendo con su asistente. No había vez que entrara uno a su habitación, que no estuviera él indignadísimo con el pobre asistente, que se disculpaba de alguna pequeña falta cometida, y regañaban durante horas enteras. Enrique no podía ni verlo del coraje que le tenía al pobre soldado, ni éste a su jefe, de quien decía entre sus compañeros tontería y media; parecían enemigos irreconciliables; un odio mortal manifestaban tenerse uno al otro, y sin embargo, cuando se trataba de hacer algún daño a cualquiera de ellos, estaban prontos ambos a defenderse mutuamente hasta lo indecible; ninguno de los dos toleraba que se hablase mal de otro; sólo ellos podían hacerlo.

César Felipe Moya era también subteniente del escuadrón; lo conocía yo desde mi pueblo, en que estuvimos juntos en la escuela primaria. Era sobrino del revolucionario Luis Moya, muerto en la toma de Fresnillo, Zacatecas, de donde era oriundo también César, quien había seguido la carrera militar, estudiando y graduándose

en la Escuela Militar de Aspirantes. César era un magnífico militar: fuerte, enérgico y admirable jinete.

El capitán segundo Jesús Loreto Howell, era el segundo comandante y tenía a su cargo el detall del escuadrón. Había salido del Colegio Militar de Chapultepec, destinado a artillería como teniente táctico, pero con grande afición por los asuntos hípicos, había pasado a caballería, y después de una estadía en Fort Raley, de los Estados Unidos, perfeccionándose en equitación, había ingresado a la Guardia Presidencial. Era una persona culta, bien educada, atenta y de aspecto distinguido, parecía un norteamericano.

¡Ah!, pero el bueno, el alma de la corporación, era el capitán primero Manuel M. Blázquez.

El capitán comandante era enérgico, sumamente enérgico; no toleraba el menor descuido en el servicio, en el comportamiento del personal, tanto en su vida oficial cuanto en la privada, o en el debido y correcto uso de las prendas del uniforme. Los oficiales secundaban al capitán admirablemente, y los sargentos y cabos, quizá con sus inferiores, en los menores detalles.

El capitán comandante tenía una soberbia presencia: alto, más bien delgado; mirada penetrante, bigote erguido y una magnífica voz de mando que repercutía imponente en los muros del cuartel, atemorizaba en la instrucción en el campo e imperaba del Castillo de Chapultepec al Palacio Nacional mandando al escuadrón cuando daba escolta al presidente.

¡Qué magnífica presencia y qué voz del comandante!

Su vida la constituía esencialmente aquel Escuadrón de Guardias de la Presidencia que mandaba; era la prolongación de él mismo. Su satisfacción más grande se la daban sus amigos o compañeros cuando alababan su escuadrón, y sus dolores de cabeza más fuertes se los proporcionaban, asimismo, las deficiencias que él encontraba o creía encontrar en los componentes del mismo. El escuadrón era su orgullo y pesadilla.

Cuando llegaba al cuartel, su presencia en él se hacía notar por la primera voz que daba, y todo era silencio y actividad; actividad silenciosa.

Regaños para todo el mundo; acuartelamiento para los oficiales, y arrestos y plantones para la tropa.

Cuando por alguna circunstancia no iba al cuartel, era el teléfono el que transmitía sus instrucciones terminantes. El teléfono era tam-

bién una prolongación de su persona e infundía casi tanto temor el repiqueteo del timbre del aparato como la voz del capitán:

—Habla el comandante del escuadrón. Tome usted nota: que el subteniente fulano quede acuartelado cuatro días por andar en las calles de San Francisco sin los guantes calados; ocho días de arresto para el sargento mengano por llevar el calzado desaseado; que el guardia perengano quede en la policía del cuartel por quince días por traer en la calle la gorra a media cabeza; que el teniente H quede acuartelado cuatro días por llevar dragona de gala en la espada con el uniforme de guarnición; cuatro días a fulano, cuatro días a mengano; cuatro días…

A los "señores oficiales" les guardaba la deferencia de no arrestarlos, sino de "acuartelarlos".

El escuadrón era una máquina de precisión absoluta. Tantos minutos para equiparse; tantos minutos para armarse; tantos minutos para ensillar y montar.

Los disparos de salva eran de una precisión absoluta: el disparo de las noventa carabinas parecía como si fuera uno solo. Se imitaba también con las carabinas, el fuego de una ametralladora, y quien no viera a los soldados disparar sus armas, seguramente creería que era un arma automática la que estaba disparando.

Con los caballos se hacían maravillas: volteo, cuadrilongo, pirámides, carreras cosacas, carrusel, marchas de costado o hacia atrás; medias vueltas sobre las manos o sobre las patas de los animales, y en las marchas al trote inglés se llevaba el compás de igual manera que la infantería lleva el paso.

El capitán estaba al tanto de la vida privada de cada uno de sus subalternos, y cuando sabía de algo incorrecto se lo decía claramente al interesado, delante de todos, el día de la instrucción a caballo que él daba personalmente. Allí era donde más alarde hacía de su portentosa voz.

Alguna vez supo de un guardia que no se manejaba bien con sus padres, y al primer error que cometió en la instrucción le gritó:

—¡Mal hijo! ¡Mal hijo! ¡El que es mal hijo no puede ser buen soldado! ¡Para esto había de ser bueno, talísimo, y no para manejarse mal con sus padres!

Otra vez supo de uno que le agradaba jugar albures con la baraja y le gritó:

—¡As de copas en la puerta! Para esto había de ser bueno, no para los albures.

Al sargento primero, cuando anduvo torpe, le gritó:

—¿Dónde tuve yo la cabeza cuando lo hice a usted sargento primero?

—¡Señor oficial! ¡Salte usted el obstáculo; no importa que se rompa las piernas!

—¡Señor oficial! ¿De veras es usted oficial? ¡Yo no quiero oficiales redrojos!

—¡El caballo quiere hacer el movimiento y el señor que va arriba no lo deja! ¡Es más inteligente el animal que el otro animal que lo monta!

A un guardia de quien supo que le gustaba el pulque le gritaba:

—¡Borracho! ¡Borracho de pulque! ¡Y no lo paga!

A un guardia, recluta aún, que se salió de la línea, le gritó:

—¡Lárguese! Váyase con todo y caballo y con todo y arma. No lo quiero ya. Váyase a su casa con todo y todo. ¡Pinacate fregado!, por no decirle una mentada.

A veces iba al teatro por la noche, y si al salir de la función con algún amigo suyo le ponderaba su escuadrón, lo llevaba a aquellas horas al cuartel para demostrar la eficiencia de la gente a su mando.

Llegaba con su amigo al cuartel, tomaba las novedades del oficial del servicio y ordenaba que el trompeta de guardia tocara "levante" y "botasilla". El personal que dormía, como si fuera el cuerpo de bomberos que corre a sofocar un incendio, volaba de las camas, se calzaba las botas, armábase y corría a los macheros a ensillar y montar. El capitán, reloj en mano, contaba los minutos ante los ojos absortos de su acompañante.

Cuando el escuadrón estaba montado y formado en el patio, el Capitán, satisfecho, le decía a su amigo:

—¡Lo ve usted! ¡Exactamente siete minutos! y después, satisfecho, le ordenaba al oficial de servicio:

—Mande usted desensillar y que la fuerza descanse.

Era duro, enérgico, molesto; pero mandaba a gente que teníamos veinte años de edad, que todo lo tomábamos por el lado más agradable de la vida. Hasta parecía gracioso todo aquello.

III

Cuando yo ingresé al escuadrón de guardias presidenciales imperaba, en uniformes y costumbres, la moda alemana: casco niquelado con moharra o *gerbuch* para gala, caponas y fornituras doradas, guerrera, pantalón de montar de piel blanca, botas de charol. Consecuentemente con la indumentaria, usaba, quien lo tenía, el bigote al estilo kaiser. Las actitudes de la tropa y de los oficiales eran garbosas, de una petulancia manifiesta; había la idea de demostrar fuerza y energía. Al cuadrarse un guardia ante un oficial, juntaba los pies con fuerza haciendo estrépito con sus acicates, al mismo tiempo que levantaba su mano hacia su visera de la gorra y se erguía altanero con la mirada penetrante.

La voz constante de los oficiales en cualquier acto del servicio, siempre era la misma: ¡Fibra! ¡Fibra! ¡Más fibra!".

Reinaba una disciplina prusiana en el cuartel. Más que un escuadrón del ejército era aquello una escuela de cadetes. Aseo esmeradísimo en el edificio, en las personas, en los caballos. Aseo desde el toque de "diana" hasta el de silencio. Aquellos hombres que se veían por la calle pulcramente presentados cuando andaban francos, en el interior del cuartel trajinaban, con largas blusas de dril y kepís enfundados, barriendo con tupidas escobas o derramando el agua por las baldosas del patio; llevaban algunos, eso sí, en previsión de la salida a la calle, la bigotera puesta para conservar la rigidez del bigote kaiseriano.

El servicio era sencillo, rutinario: una guardia fija en la entrada de la rampa de Chapultepec; una escolta montada, noche tras noche, sobre el Paseo de la Reforma; parejas de servicio como ordenanzas en Palacio, y rondines en las terrazas del Castillo, durante la noche.

Con la disciplina exagerada que reinaba en la corporación, el capitán era un ser tan elevado, que no tenía a bien descender a intimar con ningún oficial. Los tenientes se llevaban seriamente entre sí, y sólo los subtenientes éramos la gente alegre del escuadrón: César Moya, Martínez Luna y yo. Pocos meses después de mi llegada, ascendía Moya, y en su lugar fue un jovencito recién salido de la Escuela Militar, Bernardo Pérez.

Nuestra vida fuera del servicio era de una monotonía un tanto agradable: la comida casera en compañía de camaradas de hospedaje en la honorable casa en que generalmente nos asistían. Al caer

la tarde, un recorrido a pie por las calles de San Francisco, a la hora del desfile de los carruajes de la aristocracia, con su correspondiente estacionamiento en el Salón Rojo o en El Globo; por la noche, una tanda en el Teatro Principal.

Nuestro cuartel, vetusto caserón sin apariencia alguna exteriormente de tal, estaba situado precisamente enfrente de la Ciudadela; en la contraesquina estaba la imprescindible cantina de un español, de Ángel el asturiano, mezcla confusa de cantinero, pelotari y tahúr; amigo grande de todos nosotros y protector nuestro de vez en cuando, con préstamos monetarios un tanto interesados. Su cantina tenía un reservado y era aquél un punto estratégico de citas amorosas. Tenía un rival Ángel, y éste era don Manuel Pérez, español y también montañés, cantinero, etcétera, que tenía su establecimiento ubicado una cuadra más adelante que Ángel, en la esquina del jardín Carlos Pacheco, en la calle de Revillagigedo. Don Manuel servía mejor, era más fino, más diplomático; sabía obsequiar una copa a tiempo, invitar una comida, un puro, lo que se ofreciera.

Los ponches calientes en la madrugada de los días de guardia, los tomábamos siempre en la cantina de Ángel, que a esa hora ya estaba levantado y abierto su negocio; don Manuel era para el aperitivo del mediodía o para la copa de la tarde.

Recuerdo aquellos meses de la Guardia Presidencial con agrado. Eran el principio de la vida aventurera de años después. Estábamos todavía en México en una tranquilidad tan grande, tan imperturbable, que hacían que el hombre soñador se diera al romanticismo. Allí, durante las largas noches de guardia o en las tardes lluviosas, comencé a emborronar mis primeras cuartillas; cuentos aquellos, que no tenían más lectores que mis tres compañeros de grado. Algunas de aquellas producciones, más tarde llegaron a publicarse y aun reproducirse en periódicos extranjeros: "El Cuache", el perrito prieto del escuadrón que nos seguía a todas partes; "Somnolencia", recuerdos tristes del hogar ausente; "Julieta", la niñita que acechaba mi paso a la casa de huéspedes en que tomaba mis alimentos, la niña que quería que yo fuera su novio porque le gustaban los militares de franjas azules.

Estábamos en la época en que los oficiales de artillería de Tacubaya daban gallo a las novias tocando guitarras y cantando "Virgencita del alma, pura y bohemia"; en la época de los regalos de flores

de cartas románticas en prosa rimada, y de pleitos con los rivales en las esquinas.

¡Tiempo dichoso de bohemio militar, de juventud pasada!

El personal del escuadrón era seleccionado y constituía un triunfo pertenecer a él, pues la selección no sólo consistía en los antecedentes de la conducta del individuo, sino hasta en la presencia del mismo. El equipo era magnífico; el armamento de lo mejor, y la caballada, soberbia.

Usaba el personal un uniforme que lo distinguía de las demás corporaciones del ejército: el de diario, de paño azul-negro; con franjas azul celeste en el cincho de la gorra, en las marruecas de la guerrera y en el pantalón; botonadura dorada; dobles sardinetas doradas en el frente del cuello. Los oficiales usaban cuatro sardinetas doradas en las bocamangas y cordones de hilo de oro como el Estado Mayor especial de entonces, y la tropa llevaba las insignias de sargento primero en color azul igual que el de las franjas; acicates dorados para la oficialidad y niquelados para la tropa, en el zapato de charol con el pantalón pie a tierra, o en las botas de charol negro se llevaban con el pantalón de montar.

El uniforme de gala se componía de casco alemán niquelado, con moharra o con *gerbuch* de cerda blanca, según que la ceremonia a que se asistiera fuera más o menos importante. Los guantes de cabritilla blancos se cambiaban, con el uniforme de gala, por manoplas también blancas y con ancho puño que cubría parte del antebrazo. La oficialidad llevaba caponas, bandolera y cinturón dorados; pistola reglamentaria y espada; la tropa, caponas, bandolera y cinturón de cuero blanco; pistola, sable y carabina. Pantalón de montar blanco para todos y botas de charol. Se montaba en albardón inglés con bolsas delanteras y maletín de paño en los colores del uniforme, y las bridas de los caballos eran de cuero color café con aplicaciones de color blanco en el frontal y en el pecho-pretal.

La tropa, para las faenas, en el interior del cuartel, o para la instrucción diaria, usaba ropa de dril blanco-crudo con kepís enfundado y blusa amplia suelta para las fajinas, que se anudaba para los ejercicios.

La disciplina era admirable. Más que un escuadrón del ejército parecía aquello una escuela militar.

Un día nos encontramos en la calle a un compañero de César Moya, teniente ya y comisionado como instructor del regimiento

en que prestaba sus servicios. Después de charlar un poco se empeñó en llevarnos a su cuartel para que viéramos cómo había logrado prodigios con sus soldados.

—Verán ustedes —nos decía—, son unos teutones. No les piden nada a sus guardias presidenciales.

Efectivamente así era, pero ¡en qué forma!

Cuando llegamos a su cuartel y formó a su tropa, a la indiada aquella cogida de leva por el interior del país, pudimos apreciar lo que habían aprendido.

Parecían monos, animales amaestrados ante su domador.

Yo veía diariamente la instrucción de nuestros guardias, instrucción dura y enérgica, pero hecha con muy buena voluntad por el personal escogido que teníamos, personal voluntario, bien comido y fuerte. Aquello era totalmente diferente: infelices indios de mirada triste, de semblante amarillento a causa de la vigilia obligada por la rapacidad del coronel del cuerpo, gente sin ánimo, presa en un cuartel de altos muros infranqueables; gente sin zapatos, en huaraches, para dejar aquéllos únicamente para las formaciones; en calzones para no gastar los pantalones, por igual motivo; con grotescos chacós de cuero de suela embetunados de negro y enfundados en la tela blanca. Fantoches humanos, monos de circo haciendo gracias bajo el azote del saltimbanqui audaz.

Nuestro compañero, con toda la "pose" de un instructor alemán, daba las voces de mando con la misma entonación con que antes se las diera a él el mayor López Figueroa, en la Escuela de Tlalpan.

Era exigente, sumamente exigente con sus soldados. Cuando observaba que no se ejecutaban los movimientos con precisión y energía requeridas, lleno de ira se lanzaba hacia el soldado torpe y le abofeteaba la cara, insultándolo soezmente. Para él no tenía ninguna importancia la madre de aquellos infelices y las blasfemias eran cosa corriente en su lenguaje.

Los soldados aquellos, marchaban, marchaban, daban flancos, hacían todo cuanto se les ordenaba, maquinalmente, inconscientemente. De igual manera matarían también a sus hermanos, los demás indios, los libres, los no cogidos de leva.

Los domingos veía pasar por las calles a las juanadas de los cuarteles. Iban por media calle como si fueran presos, custodiados por oficiales y por sargentos armados de sables y de pistolas. Iban

contentos; casi siempre, cogidos de las manos de sus viejas, de sus compañeras de sufrimiento; comían cañas o naranjas, y paseaban satisfechos.

Los oficiales temían mucho aquel servicio; recibían a los soldados contados a la salida del cuartel, como si fueran animales y debían de entregarlos de igual manera a su regreso. Desgraciado del oficial que le faltaba uno; menudo lío se le armaba con la deserción; ya tenía para rato en actas y declaraciones, y no era lejano el caso de apechugar con un proceso.

¡Pobres Juanes! "Juan soldado", carne de cañón de todos los tiempos; pedestal para encumbrar a grandezas no siempre grandes; alma y nervio de los ejércitos que han sido. Héroe ignorado, anónimo trabajador del campo arrancado del arado para defender una tiranía. Sufrido Juan, malaventurado Juan. Producto ignominioso de las levas de Santa Anna, de Miramón, de Márquez, de Porfirio Díaz, de Huerta.

Juan, soldado desconocido en todas las luchas, alma del pueblo, paria no redimido, eres tú la fuerza de la raza, la nacionalidad, el nervio; el porvenir de la patria está en tus brazos fuertes, endurecidos por el trabajo noble del campo, del taller o de la mina; tú eres el cimiento mejor de una dulce y de una suave patria nueva, remozada y robusta.

IV

Allá en el norte brotó la Revolución como una hoguera gigantesca. Pascual Orozco desconoció al gobierno con todas las fuerzas que bajo su mando guarnecían el estado de Chihuahua; lo secundaron en La Laguna las fuerzas que mandaba Sixto Ugalde, a quien desconocieron y abandonaron para seguir a Benjamín Argumedo. Cheché Campos levantó a sus peonadas y miles de rebeldes brotaron por toda la región. Allí andaban José Campa, *el Indio* Mariano, Hesiquio Barbosa, Escajeda, Luis Murillo, aquel antiguo cabo de serenos de Torreón y, después, "capitán primero, primer ayudante del Primer Regimiento de Caballería de La Laguna". Muchos de aquellos camaradas maderistas peleaban contra nosotros con mucha más intensidad que antes lo hicieron. Vinieron los combates, las

batallas; el desastre del general González Salas, la salida de Huerta con la poderosa División del Norte; Rellano, Bachimba.

Una tarde en que me encontraba franco de servicio, haciendo uso de la prerrogativa que me daba el uniforme de la Guardia, fui a Chapultepec y me hice conducir por el elevador hasta el último piso del Castillo, hasta el patio de las grandes terrazas en que solía estar a aquellas horas, descansando, el presidente Madero. Como me lo suponía, estaba solo.

Con aquella sonrisa de niño bueno que tenía constantemente en su rostro agradable, me saludó afectuosamente, levantándose de la silla de mimbre en que reposaba.

—¿Cómo te va? ¿Cómo has estado?

Me tuteaba desde que me conoció, allá en San Pedro de las Colonias, Coahuila, nuestro pueblo de origen.

—Muy bien, señor presidente, para servir a usted.

—Siéntate; charlaremos un rato; puedo hacerlo ahora.

—Siéntese usted, señor presidente, y permítame, se lo suplico, estar de pie a su lado.

—Bueno, bueno. Ya veo que estás hecho un militar de veras. ¿Estás contento?

—Estoy muy contento por estar a su lado. Creo que he aprovechado el tiempo que llevo en el ejército y quisiera ser mucho más útil a usted.

—¿Quieres irte a otra parte?

—Si hace falta a su servicio, sí, señor; si no, solamente le pido me escuche, en bien de usted mismo, salvando en esta ocasión el conducto debido que militarmente debería de ser.

—Sí, hombre, dime todo lo que quieras, pues no faltaba más.

—Esta Guardia Presidencial que usted tiene es la misma que escoltó a don Porfirio, es gente de él, formada por él y a quien deben todo. Yo soy el único maderista que ahí está…

—Es gente leal, no te quepa la menor duda.

—¿No cree usted que pudiera ser conveniente, previendo cualquier cosa, que fuera yo a Torreón y escogiera siquiera unos treinta hombres de aquellos que anduvieron con nosotros antes, de los de don Emilio Madero, y que vinieran a incorporarse a la guardia para mayor seguridad de la persona de usted?

—No hace falta, hombre; ¿para qué? Yo no tengo ningún temor.

—¿Sabe usted?, fuera de la Guardia Presidencial que conoce mi procedencia, los demás oficiales del ejército, como me consideran de los mismos, hacen comentarios conmigo y todo me demuestra que no lo quieren a usted. Pudiera ser que no fueran leales en un momento dado.

El presidente dejó de sonreír, se levantó y animándose en su conversación, como lo hacía frecuentemente, me dijo:

—No, no, no; tú estás mal informado como muchos otros. Juzgas por apariencias superficiales; tú no llegas al fondo de lo que crees observar. El ejército es leal al gobierno constituido y aquí el gobierno lo represento yo. Cuento con el ejército. Ya lo estás viendo en el norte, cómo pelean contra Orozco. Anda, anda, vete tranquilo. Te agradezco tu buena voluntad.

—Con permiso de usted, señor presidente.

—Adiós, adiós.

No bien había terminado la campaña del norte venciendo al orozquismo, cuando en el puerto de Veracruz se sublevó el general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, arrastrando a la rebelión a dos batallones que guarnecían la plaza. Fue batida con todo éxito por las fuerzas leales al mando del general Joaquín Beltrán. Se capturó al rebelde Félix Díaz; un Consejo de Guerra lo sentenció a muerte, pero ésta no se cumplió desde luego sino, mediante un amparo de la Suprema Corte, fue trasladado a la ciudad de México, encarcelándolo en la Penitenciaría.

Mientras tanto seguíamos la vida cuartelera tranquila y un tanto bohemia. Observando nimiedades me dio el deseo de escribir. Una niña y un perro fueron mis primeros temas: la niña se llamaba Julieta, el perro "el Cuache".

Julieta

Nunca he sido simpatizador de los niños, más bien me han repugnado; no obstante, conservo un imperecedor recuerdo de una niña, que me quiso tal vez con el cariño con que es capaz de querer una pequeña a un codiciado juguete.

Siempre que salía yo del cuartel, cuando estaba libre de servicio y me dirigía a la modesta casas de huéspedes en que me alojaba, tenía que pasar, pues era mi camino, por las calles de Victoria. Habíame fijado en una casa de alegre aspecto, en cuya ventana, llena casi siempre de pájaros y de flores, una hermosa niña de cuatro o cinco años, rubia, de ojos azules, aseadísima, jugaba siempre con sus muñecas, y al pasar yo, el ruido que producían la espada y los acicates la hacían suspender su juego y se me quedaba viendo, llena de curiosidad y alegría, propia tal vez de su corta edad. Nunca dejaba de verla al pasar por su casa; yo siempre llamaba poderosamente su atención, tal vez me esperaba y sentía gusto de ver el brillo de la espada y de los botones y los colorines del uniforme.

Un día, que como de costumbre, pasaba yo por su casa, oí su dulce vocecita que me llamaba:

—Oye, militar.

Me paré y le hice un cariño.

—¿Qué quieres?

—Quiero que seas mi novio.

Me hizo gracia la petición, y dándole un beso le dije:

—Muy bien, ya somos novios, ¿cómo te llamas?

—Julieta, ¿y tú?

—Fulano.

—Me gusta mucho la Guardia Presidencial, más que los otros.

—¿Por qué?

—Porque llevan azul en lugar de colorado.

—Mira, pues tienes buen gusto —le dije riendo—, ¿y nada más eso te gusta?

—Sí, y porque tienen bonitos caballos y cascos con plumas blancas.

—Bueno, pues ya sabes que soy tu novio, ¿eh?, hasta mañana.

—Adiós, militar.

La besé y se quedó contentísima; feliz tal vez por contar con nuevo juguete.

Todos los días la veía y me divertía muchísimo su inocente y alegre charla. De vez en cuando solía llevarle dulces y alguna que otra chuchería, y esto le causaba una alegría inmensa. Me platicaba de todo lo que hacía, las diversiones a donde iba, lo que más le había gustado; de sus juguetes, de su papá que era rico, de su primo Pepito que era de su edad y que jugaban los dos; y de haber tenido

tiempo, me hubiera relatado las historias y cuentos de hadas con que la dormían.

Me había tomado tanto cariño, que cuando pasaba un día sin verla, me preguntaba al siguiente día con cierto enojo, que dónde había estado, que por qué no había pasado, que si ya no la quería, y tenía que demostrarle lo contrario y que hacerle ver que había estado de servicio.

Un día que me encontraba ocupadísimo en el cuartel, en arreglar un sin fin de papeles de fines del mes, se me acercó el sargento de la guardia y me dijo:

—Mi subteniente, lo llaman a usted por teléfono.

—Por teléfono, ¿quién?

—Parece una niña, mi subteniente.

Era Julieta.

—¿Cómo has sabido mi teléfono? —le pregunté.

—Mi mamá lo anduvo buscando en el libro hasta que lo encontró.

—¿En cuál libro?

—Pues en ése, en el de los teléfonos.

—¿De dónde me estás hablando?

—De la casa de mi primo Pepito.

—¡Ah! ¿de tu primo Pepito? Ya me han dicho que es tu novio.

—¡Mentiras! ¡No es cierto!

—Sí, sí es cierto, y yo estoy muy enojado por eso contigo.

—No, militar, si tú quieres, ya no le vuelvo a hablar, es muy chocante.

En estos momentos tocaban las trompetas "limpia" y su ruido nos interrumpió un momento la conversación.

—¡Qué bonito están tocando las cornetas!

—Sí, muy bonito.

—Oye, ¿y por qué tocan?

—Porque van los soldados a limpiar sus caballos y a barrer el cuartel.

—¡Ah! Pero, ¿qué también barren los soldados?

—Sí, también.

—¿Y por qué no tienen criadas que barran?

—Porque son muy pobres.

—¡Pobrecitos! se han de ensuciar mucho sus uniformes.

—Tienen otro más corriente para el trabajo y otro más.

—¿Y cómo si tienen tantos uniformes no tienen para pagar quién barra en lugar de ellos?

—Porque los uniformes se los dan.

—¿Quién se los da? ¿Don Panchito Madero?

—Sí.

—¡Ah!

—Ya me voy; voy a verlos que barran bien. ¡Adiós!

—¡Adiós! ¿Cuándo vienes a verme? ¿Mañana?

—No, hasta: el lunes, porque mañana me voy a Chapultepec de guardia.

—¡Ah!, pues entonces te veo yo allí. ¿En dónde estarás, en el Castillo?

—Sí, en el Castillo, ¡adiós!

Al día siguiente monté de guardia en Chapultepec; era un día bueno; siempre prefería uno las guardias de los domingos, en que siquiera se veía gente y se oía buena música. Mucha gente pasaba endomingada por nuestra caseta y algunos se detenían a contemplarnos vestidos de gala, con cierta admiración. Las muchachas nos sonreían y los hombres nos veían con cierta envidia, pensando todos, probablemente, en que seríamos felices. ¡Cuán ajenos estaban! El aburrimiento nos embargaba a todos; estar allí sujetos, pudiendo pasear o por lo menos descansar, era un fastidio; el brillante traje de gala, tan incómodo con tanto arreo, nos molestaba ya al llegar la noche; nos amenazaba terriblemente el sueño en esas largas noches de invierno y nos hacía sufrir el frío de la madrugada.

Había yo sacado una silla fuera de la caseta y escuchaba un rítmico vals que tocaba la banda en el quiosco. Empezaba a caer la tarde cuando apareció Julieta con su niñera; tan luego como me vio, echó a correr llena de contento y fue a saludarme. La criada me contó que desde la noche anterior había estado contentísima pensando en mí y que muy temprano en la mañana de ese día quería ya venir a verme. ¡Pobrecita! Le encantó la guardia, los soldados, los sables, todo; me hacía miles de preguntas a cual más simples; ¡era feliz! Daban ya la seis de la tarde, oscurecía y aún no quería irse; tan contenta estaba.

Aquellos "amores", como cualesquiera otros "formales", tuvieron un triste fin. Un día, que acompañaba yo a una señorita, me la encontré que iba con su mamá; al verme se le rodaron las lágrimas; noté en su carita la profunda tristeza que le causaba el encuentro y lo sentí en el alma; sentí hacer sufrir inconscientemente a aquel

pequeño corazón de niña; de buena gana hubiera corrido tras ella y la hubiese contentado; no lo hice.

La busqué al día siguiente y fue en vano; pensé que tal vez otro día podría verla, inútil todo; la ventana estaba vacía, los mismos pájaros, las mismas flores, todo igual, pero faltaba ella. Aquella costumbre de verla había creado en mí un pequeño cariño; yo la quería con esa satisfacción, con ese agradecimiento que se tiene a aquellos que sabemos de fijo que nos quieren; sentía un gran remordimiento por haberle proporcionado tal vez su primer desengaño; sentí haberla hecho sufrir tan pequeña; las lágrimas que por sus tiernas mejillas vi rodar por causa mía, me produjeron una impresión profunda.

¡Pobre niña! Quizá ahora, ya de grande, de señorita, recuerde a este novio militar que tuvo y compare el desengaño aquel con los inevitables nuevos, y su corazón lleno de sentimientos y de idealismos, desarrollado ya, sufrirá tal vez desengaños más fuertes que aquel primero de cuando era niña, o quizá, ¿quién lo sabe?, la desilusión aquella le haya hecho ver con sus desconsoladoras fases, la triste realidad de la eterna comedia de la vida.

El Cuache

Nació, probablemente, cuando las trompetas tocaban "diana", y entre las blasfemias de la tropa y las coces de los caballos, en los tabiques de madera de los macheros, al ser sacados a la limpia: vio la primera luz en un día nebuloso y frío, y tiritando sobre un montón de paja, aulló lastimeramente.

Su madre lo abandonó apenas pudo andar, y poco a poco fue conociendo aquella vida, a la que estaba condenado.

Al toque de "diana", todavía con el frío y la niebla de la madrugada, se limpiaba la caballada, después se repartía el rancho, más tarde se daba instrucción, en seguida agua, luego se pasaba lista de doce, se repartía nuevamente rancho; más tarde, otra vez limpia, forraje; lista de seis, retreta y silencio; sus oídos nunca pudieron acostumbrarse al sonido de las trompetas; desde que empezaba a tocar llamada la banda, hasta que terminaba la contraseña del Cuerpo, herían sus delicados tímpanos aquellas notas vibrantes, y aullaba, aullaba siempre.

Fue diferenciando, poco a poco, a las personas, de los animales por más que algún trabajo le costó con algunos reclutas; aquéllos eran buenos, le acariciaban al igual que la tropa; ésta le enseñaba a hacer piruetas, le hacía que recogiera los objetos que le tiraban, y por último, le daba las sobras de su rancho. Los oficiales eran otra clase de gente: presumidos todos ellos, en cuanto se les acercaba moviendo el rabo, temían que les ensuciara sus brillantes botas y dábanle puntapiés, y no pocas veces diéronle cintarazos si se les acercaba a la hora de la instrucción. Nunca le dieron de comer nada, siempre se encerraban en sus habitaciones para yantar.

De los animales, notó luego la diferencia entre los caballos y las acémilas; aquéllos eran buenos compañeros, le dejaban dormir tranquilo en la paja de los macheros y no le molestaban jamás; no pasó lo mismo con las acémilas, que cuando les daba por jugar con él, en vez de lamerlo, mordíanlo atrozmente y, no pocas veces, al acercarse, recibíanlo a coces; algunas otras, en la edad de la inexperiencia, llegó a lamentar alguna que otra bromita de esas que lo dejaban adolorido por varios días.

En su corto criterio de perro, llegó a notar cierta semejanza entre los animales y las personas, y clasificolas: más parecidos los caballos a la tropa, y las acémilas a los oficiales.

La tropa, amante de poner nombres extravagantes a los animales, le puso Cuache, y a los pocos días ya entendía perfectamente por su nombre y acudía adonde le llamaban.

En la instrucción, acompañado de Nerón y Otelo (compañeros más antiguos de la corporación), formaba en fila exterior, y cuando marchaban los pelotones, servían, al igual que los sargentos, de costados derechos, y en la columna de viaje iban delante de la banda. Con qué gusto, después de una larga instrucción en el campo, se metía en algún charco y tomaba largo rato su baño.

Fue adquiriendo con el tiempo lo que los militares llaman "espíritu de cuerpo" y, en general, amaba más a la caballería que a las demás armas, y en particular, y con cariño profundo, a su hermoso Escuadrón de Guardias Presidenciales, sobre todos los cuerpos del arma. Causábanle un profundo desprecio los falderillos de infantería, que marchaban con los comandantes de los pelotones, y muchísimo más, los civiles, ya fueran galgos o *bull-terriers*; él a gala tenía ser del país. Cruzado de galgo y mastín, negro como el azabache, de musculosa estructura y largos dientes.

Conocía el servicio de su cuerpo como el mejor; cansado estaba de hacer guardias y retenes en Chapultepec, y patrullas y escoltas presidenciales; orgulloso se sentía en las fiestas nacionales, al pasar por la Reforma y escuchar a su paso el Himno Nacional y las imponentes notas de la marcha de honor.

Habituado en aquel medio, y feliz en lo que cabe, vivía tranquilo el Cuache, cuando un día, al levantarse, encontróse con la infausta nueva de que el Otelo había muerto envenenado, y en derredor de su cadáver algunos guardias hacían comentarios de su muerte. Por lo que él pudo adivinar, la muerte de Otelo se debía a una disposición del capitán, ordenando al mariscal que, no queriendo ya más perros en el cuartel, procediera desde luego a envenenar a todos los que hubiera. Si el carro cargado de forraje le hubiera pasado por mitad del cuerpo, no le habría causado tanto dolor como aquella disposición; y no era por el temor de perder la vida, a lo que estaba destinado desde al nacer, sino de perderla de aquella manera infamante, por considerársele nocivo.

Escapóse rápidamente del grupo que rodeaba a Otelo y corrió a ocultarse al cuarto donde se guardaba el forraje; y allí, escondido y a salvo del peligro que lo amenazaba, rompió a llorar amargamente y renegó de su perra vida. ¿Con que de aquel modo se premiaba su celo y su lealtad? ¿Con que así se querían pagar sus servicios? ¿Con que no tenía derecho a seguir al escuadrón en sus marchas y servicios? ¿Con que perjudicaba con consumir las sobras del rancho? ¡Ah! ¡Cuán ingratos son los hombres! Luego se consolaba pensando: "Me iré a Gendarmes del Ejército, ya que aquí no me quieren; siquiera serán allí algo más humanos, y… ¿si allí fuesen lo mismo…? Me retiraré del ejército…".

Pero no, no abandonaría su escuadrón. ¡Imposible sería olvidar tantas personas y objetos tan queridos…! Al cabo Rodríguez, el sargento Paredes, el teniente Martínez, y ¿dónde encontraría otros iguales? Además, los hermosos alazanes del pelotón de descubierta, el azul celeste de los uniformes, los relucientes cascos, los penachos blancos; no tendría ya derecho de llevar el collar azul al cuello… ¡No! ¡Imposible! ¡No se iría! Ahí esperaría la muerte, en su puesto; no comería nada más, para no morir envenenado; comería en la calle. Que lo matasen a balazos si tenían corazón para ello.

Salió de su escondite al cabo de dos días, débil y tambaleándose; se acercó a un grupo de soldados, moviendo cariñosamente el rabo.

Uno de los del grupo dijo a los demás: "¡Miren, aquí viene el Cuache! ¡Pobrecillo, estaba escondido para que no lo mataran! ¡Cuache! ¡Cuachito! Toma, ven, no tengas miedo; tú te salvaste, tú fuiste indultado; tú estarás siempre en el escuadrón".

Sintió el pobre animal una alegría inmensa, como nunca la había sentido; corrió, corrió largo rato retozando por el patio: ¡era feliz!

V

La ciudad de México por el año 1913 era provinciana, tranquila, apacible. Su vida nocturna terminaba cuando concluían las funciones de los teatros. Nada perturbaba la calma reinante desde esas horas de la medianoche hasta el amanecer, que lo anunciaban los pregones de los vendedores y el rodar de los carros por las empedradas calles.

La Academia Metropolitana era el único centro en que sábado a sábado verificaba bailes que se prolongaban hasta la luz del día. La Academia Metropolitana era un teatro ubicado por las calles de la Independencia, en la plaza Santos Degollado. Un coliseo exclusivamente destinado a variedades.

Los mejores artistas de este género, provenientes del extranjero, tenían allí el sitio adecuado para su actuación. Lydia de Rostow, escultural bailarina rusa que se exhibía en mallas, y Alegría y Enhart, sorprendentes malabaristas, habían dado fama al lugar. Bien situado, cómodo, amplio y decoroso.

Los sábados no había función teatral. Se retiraban las butacas del patio y éste quedaba convertido en pista de baile. En el escenario tomaba acomodo una orquesta danzonera famosa entonces, que dirigía Babuco, negro cubano, y que tocaba los timbales y que tenía alegría y gracia para dirigir su grupo. Cornetín, timbales y güiro eran la base de aquel baile que estaba de moda entonces.

La gente habitual a las funciones de teatro, la gente decente, se inhibía de asistir a los bailes de la Academia, que eran famosos por su concurrencia. Iban allí las mujeres más llamativas de los lupanares de la Francis, de Carmen *la Gallega* y la Pency del callejón de la Teja; las de María Ortega, de la calle de la Polilla; las del Salto del Agua; las francesas del callejón de Pajaritos, y las que no tenían lugar fijo, pero que eran de postín y hacían el rodeo por San Juan

de Letrán y el Correo. Luz Gil y María *la Japonesa* eran habituales, conocidas y famosas.

La concurrencia masculina estaba a tono: niños mal de casas bien, bohemios de chambergo de anchas alas y corbatas de chalina, toreros principiantes, *souteners*, o mantenidos, y militares de uniforme que no solían bailar por mantener el decoro y que concurrían sólo para "ver qué pescaban".

Los bailes comenzaban a las diez de la noche, pero la animación grande era hasta las dos de la mañana, cuando las mujeres de las mancebías elegantes llegaban, es decir, cuando terminaba el compromiso de "hacer sala" y atender a la clientela habitual.

Era aquella la noche del sábado 8 de febrero de 1913.

Al día siguiente me tocaba entrar de guardia en el Castillo de Chapultepec. Junto conmigo, pero de servicio en el cuartel, entraba el subteniente Bernardo Timoteo Pérez, joven recién salido de la Escuela de Aspirantes.

Ambos nos pusimos de acuerdo para darnos una vuelta a la Academia a la hora de la mayor animación, y oportunamente salimos del cuartel de la Ciudadela, embozados en nuestras pelerinas grises; íbamos a paso ligero. Relativamente cerca estaba de nuestro cuartel la calle de la Independencia, y aunque hubiera estado lejos nada le hacía. Solíamos ir a pie hasta el Teatro María Guerrero —o María Tepache como le decían—, que estaba hasta las calles de Peralvillo.

Un peso costaba la entrada al baile. El negocio estaba en el consumo interior de los licores de la cantina.

Nos acomodamos en una platea y nos dispusimos a observar. Frente a nosotros, pero en la parte alta, en uno de los palcos, dos oficiales de Aspirantes —los conocíamos a distancia por la doble sardineta que llevaban en el cuello— charlaban animadamente sin parar mientes en las gentes que bailaban y también sin compañía de mujeres. En otro palco, oficiales de artillería observaban igual actitud.

Babuco y su gente reventaban danzones. Bramaba el cornetín, batían los timbales y raspaban los güiros. Música caliente, lánguida, sexual.

Las parejas estrechamente unidas, como si hombre y mujer fueran un solo cuerpo, danzaban con furor cuando resonaba el cornetín, o languidecían cuando dominaban las cuerdas. Danzaban como si se estuvieran entregando mutuamente hombres y mujeres.

—¡Hey familia! ¡Caballería! ¡Qué bien estamos gozando caballeros!

—Gritaba el negro Babuco para animar más a la clientela, ya animada de suyo.

Nos entreteníamos viendo a los que danzaban. Es divertido ver bailar: los que lo hacen bien y quieren que los admiren; los que lo toman en serio y lo ejecutan ceremoniosamente, y los que bailan como si fueran caminando sin preocupación alguna.

Mi compañero Bernardo Pérez me comentó:

—Qué raro que esté aquí y a estas horas el capitán Santiago Mendoza, *el Sebo*, como le dicen de apodo; es el segundo comandante del Escuadrón de Caballería de Aspirantes, y aquellos oficiales artilleros. No parece que a ninguno de ellos les interese el baile. Están misteriosos. ¿Qué se traerán?

Había rumores alarmantes que eran del dominio público. El presidente Madero no era estimado entre el ejército, y el relevo del mando de la División del Norte, del general Victoriano Huerta, triunfador en brillante campaña sobre la rebelión de Pascual Orozco, que lo había cubierto de gloria, consideraban los militares una injusticia tal disposición.

Iba yo a contestar su comentario cuando me dio un codazo y se puso de pie. Frente a nosotros estaba un capitán de vigilancia; en su cuello brillaba la dorada gola de los que están de servicio.

—Sírvanse retirarse desde luego a su cuartel —nos ordenó.

—Mi capitán, acabamos de llegar. Estamos correctos. Hay otros oficiales también aquí.

—Todos deben retirarse. Es orden de la Comandancia Militar.

No tuvimos más remedio que salirnos malhumorados por la inútil desvelada.

Ya para llegar a nuestro cuartel de la Ciudadela vimos a un grupo de oficiales —probablemente de los Almacenes de Artillería o del "Tren de Transportes a lomo"— que conversaban animosamente. Estaban en la acera de la cantina de Ángel, cuyas puertas ya estaban cerradas a esas horas.

Nos acercamos curiosos con intenciones de tomar parte en la reunión.

Apenas nos observaron, enmudecieron. Palpablemente se observaba su contrariedad.

Sumisamente saludamos y nos metimos a nuestro cuartel.

—Entramos de servicio dentro de un rato. No hay más remedio que irse a dormir.

—Hay noches perdidas y hay sábados sin sol.

Bien ajenos estábamos los de la Guardia Presidencial que a aquellas horas justamente, había empezado ya el movimiento militar, el cuartelazo contra el presidente Madero, negra página de nuestra historia conocida por Decena Trágica.

Amigos y partidarios de los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, presos el primero en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, y el segundo en la Penitenciaría, fueron los organizadores y propagandistas de la sublevación. Los más activos eran el general Manuel M. Mondragón, distinguido artillero, y el civil Cecilio Ocón. Habían minado cuidadosamente a la guarnición de la Plaza, especialmente a los oficiales.

La Escuela Militar de Aspirantes, ubicada en Tlalpan, fue la iniciadora del cuartelazo. Se posesionó sorpresivamente del Palacio Nacional, en tanto que la artillería y dos escuadrones de caballería y el escuadrón de caballería de los aspirantes sublevados, en unión de los partidarios civiles de los generales Reyes y Díaz, se dirigieron a la prisión militar de Santiago, primero, y después a la Penitenciaría, y obligaron a los directores de ambas prisiones a poner en libertad a los dos reos.

Sabiendo que el Palacio Nacional estaba en poder de los aspirantes, hacia allá se dirigieron los generales seguidos por sus partidarios.

No contaron con que el golpe de los aspirantes asestado al Palacio Nacional había sido audazmente reprimido por el comandante militar de la Plaza, general Lauro Villar, quien personalmente, al frente de un núcleo de fuerzas leales, entrando por las espaldas del Palacio Nacional, por el cuartel de zapadores, situado en la calle de la Acequia, logró desarmar a los guardias rebeldes apostados en las tres puertas del Palacio y apresar a todos los infantes de la Escuela de Aspirantes.

Rápidamente organizó la defensa estableciendo una cadena de tiradores pecho a tierra en la acera del Palacio Nacional, apoyados por dos ametralladoras, así como una fuerza leal de caballería, la colocó en los portales de La Colmena, frente a la Catedral, Zócalo de por medio.

Cuando se presentó ante el Palacio Nacional como avanzada, el general rebelde Gregorio Ruiz, al frente de dos escuadrones del Primer Regimiento de Caballería, fue recibido por el propio valeroso general Lauro Villar, quien, pistola en mano, lo obligó a desmontar, haciéndolo prisionero, a tiempo que ordenaba se rompiera el fuego sobre los acompañantes, que huyeron en desorden. El general infidente Gregorio Ruiz quedó preso en la guardia de prevención de la Puerta Central de Palacio, y horas más tarde fue fusilado en el jardín interior.

El general Bernardo Reyes, al frente de una columna formada por aspirantes de caballería y partidarios civiles, que seguía a Ruiz, ignorando el suceso acaecido tan rápidamente, se presentó ante el Palacio Nacional, seguro de llegar hasta él.

Félix Díaz se le separó para seguir hasta la Ciudadela, para apoderarse de ella, en donde había de encontrar abundantes pertrechos de guerra.

El general Lauro Villar quiso repetir con Reyes lo que había hecho con Ruiz, sin conseguirlo. Se rompió el fuego sobre los que llegaban. Los infantes que defendían Palacio y las dos ametralladoras apostadas hicieron una verdadera matanza sobre los que iban con el general Reyes, quien cayó muerto del caballo que montaba al recibir el impacto de muchos tiros de ametralladora. Cientos de los acompañantes, curiosos muchos de ellos, perdieron allí la vida. El general Villar también resultó herido en un hombro.

Parecía que la calma renacía después de su heroica y eficaz actitud.

VI

Debía yo de montar guardia la mañana del día siguiente, domingo 9, en el Castillo de Chapultepec. Con la anticipación debida me levanté y pasaba revista a la fuerza que debía acompañarme al servicio, cuando recibimos noticia telefónica del Palacio Nacional, dada por el cabo de la pareja de guardias que entraba al servicio, comunicando al cuartel que el Palacio estaba en poder de la infantería de la Escuela de Aspirantes, que se había sublevado en contra del gobierno.

El capitán primero, comandante del escuadrón, Manuel M. Blázquez, andaba fuera de la capital; parece que había ido a Veracruz, con permiso. El capitán segundo, Jesús Loreto Howell, y el teniente César Moya, estaban organizando un cuerpo de voluntarios en el estado de San Luis Potosí. Sólo quedábamos de oficiales en el escuadrón, los tenientes César Ruiz de Chávez y Enrique García, y los subtenientes Nicolás Martínez Luna y Bernardo Pérez. Martínez Luna estaba en guardia ese día en Chapultepec, y era a él a quien debía relevar yo; Bernardo Pérez estaba de servicio de cuartel.

Mi servicio en Chapultepec quedó suspendido. La fuerza del escuadrón fue puesta sobre las armas.

Éramos cuatro oficiales y unos cuarenta de tropa. Uniformes de dril para montar; cartucheras abastecidas.

Los albardones, ya con los sables, en los propios macheros para ensillar con premura cuando fuera ordenado. Los dos fusiles-ametralladoras Madsen con sus sirvientes en el patio y las acémilas enjaezadas; los bastes y los cofres con las municiones.

Ninguno de mis compañeros presentes había estado en campaña. En sus hojas de servicio, en el renglón correspondiente al "valor" diría, sin duda alguna: "Por acreditar"; o bien, "Se le supone". Estaban un tanto nerviosos y consecuentemente indecisos.

Se dispuso que el subteniente Bernardo Pérez quedara en la puerta del cuartel con diez hombres, y que el resto de la tropa y los dos fusiles-ametralladoras fueran colocados en la azotea para defender el punto, dado el caso de que los pronunciados nos atacaran.

Mientras tanto, el presidente Madero, que vivía en el Castillo de Chapultepec, al tener conocimiento de lo acaecido en el Palacio Nacional, se aprestó a cumplir con su deber.

Acostumbraba él —todos los domingos— montar a caballo y hacer un recorrido por algún lugar cercano. Era un hábil jinete y lo acompañaban, en sus jiras hebdomadarias, el ayudante de guardia del Estado Mayor, un oficial de la Guardia Presidencial y los asistentes que cuidaban los caballos.

En esta ocasión no fue un paseo el que hizo, sino una marcha triunfal hasta el Palacio Nacional, lugar oficial de la residencia del presidente de la República.

El Colegio Militar, cuyo recinto estaba anexo al Castillo, estaba sobre las armas. Las tres compañías de cadetes en línea desplegada, presentaron armas e hicieron los honores reglamentarios. El presi-

dente Madero, desde su caballo, arengó a los cadetes; les hizo saber la situación que prevalecía y los invitó a que lo acompañaran. Fue vivamente vitoreado. El general Ángel García Peña, secretario de Guerra y Marina, también habló a los cadetes.

Una descubierta de alumnos abrió la marcha; en seguida el presidente y sus acompañantes; detrás, en dos largas hileras abiertas, el resto del Colegio.

Descendieron por la rampa y tornaron por el Paseo de la Reforma; los cadetes iban con los fusiles embrazados. Se marchaba a la sordina.

Como la noticia de la subversión había cundido, las gentes salían de sus casas y se adherían al bando que fuera de su simpatía. A Madero se le adhirieron cientos de gentes que lo vitoreaban. Él saludaba con su sombrero. Alguien le dio una bandera que tremolaba. Los cadetes del Colegio Militar, y los partidarios suyos que se le iban reuniendo, eran su mejor escolta; los pechos de ellos eran su escudo.

Existe por cierto una interesante fotografía en que aparece el presidente cabalgando en su caballo tordillo rodado. En su diestra levanta el sombrero en actitud de saludar a la multitud; a su lado, algunos de sus ayudantes, cadetes con el fusil embrazado, y en primer término, un hombre de edad madura, un paisano con el ánimo y la decisión reflejados en su rostro broncíneo, que empuña una pistola. Ese hombre se llamó Eduardo Ortiz, antiguo empleado de los Madero allá en Parras, Coahuila, y en esa época administrador del Hospital General; revolucionario maderista había sido.

El presidente se vio obligado a refugiarse en la Fotografía Daguerre, de la avenida Juárez, cuando tiroteó a la columna un grupo de rebeldes posesionados de las alturas del Teatro Nacional, en construcción. Allí se le hizo presente el general Victoriano Huerta, y allí fue también en donde se le encargó del mando de las tropas leales en vista de encontrarse heridos ya el general Ángel García Peña, secretario de Guerra, y el valiente general Lauro Villar, comandante general de la Plaza.

Logró llegar el señor Madero hasta el Palacio Nacional pasando por el Zócalo, sembrado de cadáveres.

La cadena de tiradores todavía permanecía pecho a tierra y las ametralladoras con sus sirvientes estaban listas para disparar. Felicitó efusivamente al general Villar, a quien le ordenó retirarse a

atender a su herida y a quien le presentó a su sustituto, el general Huerta.

—¡Qué hombrote es usted, general Villar!

—Los hombrotes son estos soldados, señor presidente.

Y luego Villar, viendo a Huerta, a quien mucho conocía, le dijo:

—¡Mucho cuidado, Victoriano!

Seguramente pensó el general Villar que Huerta era capaz, pero que tenía sus mañanas y sus ambiciones.

En la Ciudadela, frente a nuestro cuartel —plaza de por medio—, y en el Tren de Transportes a Lomo, a un costado, también tomaban sus precauciones.

La tropa coronaba las azoteas. Llegaban cientos de policías de a pie que habían sido desarmados por los aspirantes —cuando ocuparon Palacio—, seguramente enviados por la Inspección General de Policía. Ese contingente era introducido al interior de la Ciudadela, armado y municionado y reforzaba al escaso personal de obreros militares dispuestos para la defensa. Era el jefe del punto el general Rafael Dávila, y a sus órdenes —para los trabajos de la Maestranza, Fábrica de Armas y Almacenes— tenía oficiales técnicos de artillería, asimilados oficiales guardalmacenes, guardaparques y obreros militares.

La Comandancia Militar, considerando la importancia que tenía la Ciudadela, mandó a hacerse cargo del punto al propio mayor de órdenes, general Manuel P. Villarreal, quien desde luego asumió el mando, dejando como su segundo al general Dávila.

Seguramente a petición del general Villarreal un contingente de trescientos hombres de la Montada, pero pie a tierra, llegó a reforzarnos; iban al mando de los capitanes Ernesto Ortiz y Gustavo Benítez, comisionados en la policía como primero y segundo comandantes de la Montada. Ciento cincuenta de aquel contingente fue colocado en las azoteas de nuestro cuartel y en las vecinas del propio edificio que daban hasta la calle de Enrico Martínez, y el resto fue tendido en las calles de Balderas.

Eran como las diez de la mañana cuando llegó en su automóvil el mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de policía, quien seguía conservando su anterior comisión de ayudante del Estado Mayor Presidencial, a quien bien conocíamos. Inspeccionó nuestro dispositivo encontrándolo adecuado, pero dispuso que la

fuerza de su dependencia, o sean los montados, se retiraran por necesitarlos en otra parte y nos dijo que enviaría en su lugar a otra fuerza de infantería del Batallón de Seguridad, que también estaba bajo su mando. Quedamos, como en un principio, cuarenta hombres.

Abunda la gente curiosa y el pueblo de la ciudad de México lo es en grado superlativo.

Por su curiosidad innata, por su novelería, cientos de gentes cayeron esa mañana en el Zócalo, cuando el general Reyes intentó llegar al Palacio Nacional. Con ese propio afán muchas gentes estaban en las calles cercanas y en las azoteas de los edificios.

Yo tenía el mando de los defensores apostados en la azotea. Estaban nerviosos. Primera vez que iban a disparar sobre enemigo real y no al supuesto de la instrucción, de la magnífica instrucción que tenían.

Inesperadamente sentimos unos disparos sobre nosotros. El clásico zumbido de las balas pasó sobre nuestras cabezas. ¿De dónde procedían los disparos si abajo, en la calle, no se veían soldados, sino solamente curiosos? Nos tiraban de otras azoteas y ventanas de edificios cercanos que estaban a nuestra espalda, en la calle del Ayuntamiento.

Ordené que cinco soldados dispararan sobre la gente que desde aquellas casas nos observaba y de donde, sin duda, procedían los tiros.

Desaparecieron desde luego los curiosos. Dispuse que se tuviera en observación a aquellos lugares por si volvía a aparecer la gente y nos hicieran nuevos disparos.

Nuestros tenientes que estaban en el patio del cuartel, me hicieron saber que tenían noticias de que el enemigo en gran número estaba llegando por las calles de Bucareli, hasta el reloj monumental ubicado a una cuadra del cuartel.

Pasaban cosas raras. Un grupo de gente civiles, enarbolando una bandera blanca, se desprendía del reloj de Bucareli y llegó hasta la puerta de la Ciudadela. Parlamentaron sin duda sin conseguir su objeto, pues minutos después se retiraron hacia el lugar de donde habían salido. Junto con aquella gente iba un guardabosque del Bosque de Chapultepec, montado, conocido por su indumentaria: salacot con moharra dorada y uniforme de paño amarillo oscuro con franjas rojas.

El individuo aquel llegó hasta la puerta de nuestro cuartel y habló con el teniente Ruiz de Chávez y le dijo que iba de parte del coronel Freiria (nombre desconocido), para que la Guardia Presidencial saliera a hacer honores al general Félix Díaz. Se le dijo que el coronel aquel no era conocido y que la Guardia sólo hacía honores al Presidente de la República.

Yo lo hubiera aprehendido por lo menos.

Serían como las once de la mañana cuando un cañonazo partió del reloj de Bucareli. Seguidamente se rompió el fuego de fusilería.

Mis soldados, acurrucados tras del pretil de la azotea, disparaban al aire.

—¿A quién le tiran? Saquen la cabeza y apunten.

Calmados sus nervios, empezaron a disparar ya con calma sobre la gente rebelde que estaba por la Escuela de Comercio, hacia las calles de Bucareli.

Unos minutos de fuego intenso y de fusilería, y de las ametralladoras de la Ciudadela.

Una corneta desde allí mismo tocó "cesar el fuego".

Parecía que habíamos ganado, pero no fue así:

Félix Díaz y los suyos entraron triunfantes en el reducto que no lograron abatir a balazos, sino esgrimiendo la traición entre los defensores. El general Villarreal, jefe del punto, había muerto asesinado por los suyos. El general Rafael Dávila, su segundo, estaba prisionero; los oficiales de la Ciudadela habían batido, con ametralladoras, por la espalda, a los propios defensores del reducto.

Nosotros absortos, sin mando alguno ya, permanecíamos a la expectativa en nuestro puesto.

El conocido automóvil del inspector general de policía llegó a la Ciudadela y de él descendió el mayor López Figueroa, y se constituyó, por su propia voluntad, prisionero de los felixistas.

Estábamos atónitos.

El coronel Hilario Rodríguez Malpica, jefe del Estado Mayor Presidencial, y por consecuencia, jefe superior de nuestro Cuerpo, no daba ninguna orden a pesar de requerirlo constantemente para ello; los tenientes del escuadrón no se atrevían a tomar una providencia audaz en aquel momento dc confusión tan fácilmente aprovechable, para atacar al enemigo por sorpresa o, en todo caso, para marchar al lado del presidente de la República.

El teniente Ruiz de Chávez, jefe accidental del escuadrón logró, después de mucha insistencia, comunicarse telefónicamente con el propio presidente Madero. Le expuso la situación y el señor Madero le dijo que en esos momentos saldría a recuperar la Ciudadela el Batallón de Seguridad, que nos sostuviéramos.

La medida era, sin duda, eficaz. Un batallón, en aquellos momentos, y el apoyo nuestro, hubieran logrado la recuperación del codiciado punto, abastecido de magníficos elementos de combate: fusiles, ametralladoras, artillería y municiones en gran cantidad.

El tiempo se hacía largo en espera de *los Ratones*, apodo por el que eran conocidos los del Batallón de Seguridad del Distrito Federal, a causa del color gris de sus uniformes.

En la Ciudadela había desorden, confusión, alegría. Más tarde habría borrachera. Entraban y salían las gentes en confusión: "niños bien" de la aristocracia, militares, gente del pueblo y españoles residentes, que eran los que más manifestaban su alegría con su sello característico, inconfundible.

El Batallón de Seguridad llegó al fin.

Llegaron los Ratones pero no a socorrernos ni a recuperar la Ciudadela, sino a engrosar a los rebeldes.

VII

Nuestro jefe accidental no dejaba de telefonear al Estado Mayor, a la Presidencia, a la Secretaría de Guerra. Daba cuenta de lo ocurrido, pedía órdenes. Todo era confusión allá arriba y con más razón en nuestro cuartel: "Que salgan; no, que esperen nuevos refuerzos; que se sostengan."

Incertidumbre, desasosiego, perplejidad. Tal era nuestro estado de ánimo. El tiempo precioso, aprovechable para algo resolutivo, tocaba a su fin. Aquello se hundía.

Un oficial de los rebeldes se presentó en el cuartel con orden de sus jefes para que el comandante de nuestra fuerza fuera a la Ciudadela.

El teniente Ruiz de Chávez, acompañado del teniente Enrique García fueron a conferenciar. Larga fue la plática y al cabo regresaron.

En la comandancia de la corporación, nuestro jefe accidental nos informó a los oficiales, que sólo éramos Enrique García, Bernardo Pérez y yo.

Nos dijo que Félix Díaz, en presencia de Mondragón y otros jefes rebeldes, y de connotados civiles, le había conminado a que se rindieran los hombres que él mandaba y que él se había opuesto terminantemente.

Que ante la insistencia, y teniendo en cuenta la superioridad del enemigo, había argüido con Félix Díaz —sabiéndolo sobrino de su tío el general Porfirio Díaz—, lo indebido que sería que la Guardia Presidencial, que era la misma exactamente que le había servido hasta lo último, escoltándolo incluso hasta el puerto de Veracruz cuando marchó al destierro, y que ahora servía con lealtad al presidente de la República, fuera ahora a traicionar sus honrosos antecedentes convirtiéndose en facción rebelde. Que él, don Félix Díaz, sobrino del glorioso general Díaz, debía ser el primero en ayudar a aquella guardia de don Porfirio, a conservar limpio el prestigio que hasta entonces había tenido.

Que posiblemente había logrado influir en el ánimo de don Félix Díaz y hacerle cambiar su exigencia de rendición, y que éste le había dicho: "Tiene usted mucha razón, siga cumpliendo con su deber y lo felicito por su conducta". Que acto seguido se dirigió a uno de sus acompañantes, que era el licenciado Fidencio Hernández, ordenándole que levantara una acta en que se hiciera constar que el escuadrón de guardias de la presidencia no se rendía ni aceptaba unirse a la rebelión. Que el acta aquella la llevaba consigo y que la iba a dar a conocer al escuadrón.

Se hizo descender a la fuerza que aún estaba en la azotea y se le formó en el patio. Se mandó hacer el saludo y nuestro jefe accidental, antes de leer el documento, dirigió unas palabras de felicitación al personal por su comportamiento, haciéndoles saber que era él también el conducto de la felicitación que les enviaba el primer magistrado de la nación, el secretario de Guerra y Marina y el jefe del Estado Mayor Presidencial.

En seguida leyó el acta levantada que contenía los puntos que antes nos había expuesto, pero además otros conceptos: que el escuadrón reconocía la bondad de la causa de la rebelión, pero que fiel a sus principios y en vista de la inferioridad numérica, no atacaríamos a los sublevados, sino que permaneceríamos "neutrales".

Allí terminaba todo.

Pedí permiso para salir a comer —no habíamos tomado alimento en todo el día—, y se me concedió.

Fui a mi cuarto, me quité el uniforme, me puse la ropa que usaba la tropa para la limpia: blusa larga de dril y pantalón; me anudé la blusa, me puse un sombrero de paisano, como acostumbraban hacer los ordenanzas cuando salían a la calle a hacer algún mandado. Dejé la espada, que no me habría de servir más y sólo me quedé con la pistola reglamentaria oculta en la cintura y salí a la calle.

Allí en mi cuarto quedaban mis escasas pertenencias, los uniformes brillantes, los cordones, el albardón, la espada, la poca ropa interior, el capote, la pelerina, los arreos y el casco; una caja de madera reglamentaria para llevar el equipo a lomo de mula y un catre de campaña. Quedaban allí, en el cuartel, aparte de mis cosas materiales, mis ilusiones todas.

No caía el sol todavía. Largo, larguísimo era aquel primer día trágico.

En la Ciudadela reinaba el alboroto y el entusiasmo, que se exteriorizaba hasta la plaza en que se yergue la estatua del gran Morelos.

Mi deber y mi convencimiento eran ir al Palacio Nacional, en donde estaba el presidente de la República.

Hacia allí me dirigí.

Las calles casi estaban desiertas. En la esquina de Plateros y Coliseo Nuevo, un retén de infantería me impidió el paso. Hube de identificarme con el oficial comandante, a quien conté brevemente lo sucedido y me concedió continuar mi camino.

En el Portal de Mercaderes estaba el Colegio Militar, con servicios establecidos a uno y a otro lado del portal, el grueso, el Colegio descansaba con sus armas empabellonadas. Los oficiales me conocían.

Ya no había cadáveres de gentes en el Zócalo, y sólo algunos caballos muertos; ramas arrancadas de los árboles y postes de hierro de la luz eléctrica agujereados por las balas, como señales del combate de en la mañana.

Ante el Palacio Nacional, en dispositivo de combate: en la Puerta Central dos ametralladoras Hotchkiss emplazadas, cubiertos los tripiés con adobones de césped arrancado de los prados del Zócalo. En las torres de la Catedral, y en las azoteas del Palacio, se veían infantes.

Sentado en el fustecillo de una de las piezas y en actitud de manejarla estaba el teniente de artillería Ramón Carazo, a quien yo conocía. Tenía deseos de charlar y yo de llegar hasta el presidente. Me parecía que mi información pudiera ser de interés inmediato.

Por fin pude llegar hasta las oficinas del Estado Mayor y presentarme con el jefe, capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica. Me escuchó con suma atención y me hizo varias preguntas que contesté ampliamente. En seguida me condujo ante el señor Madero, a quien repetí cuanto yo sabía. Lo noté complacido por mi actuación y así me lo demostró cuando le dijo al jefe de su Estado Mayor:

—Coronel, ordene usted que este muchacho sea ascendido al grado inmediato. —Y luego, dirigiéndose a mí—: Muy bien, muy bien. Ahora vete al Castillo de Chapultepec. Allí está mi esposa. Ponte a las órdenes del general Joaquín Beltrán, quien se hará cargo del punto.

—¿No le seré más útil aquí, señor presidente?

—No. Yo voy a salir ahora mismo a Cuernavaca. Vete a Chapultepec.

—Lo que usted ordene.

Estaba yo satisfecho. Muy contento. Hasta el hambre se me había quitado.

Salí de Palacio para mi destino. Largo era el camino para hacerlo a pie, pero era la única manera de llevarlo a cabo.

Cuando llegué al Paseo de la Reforma ya oscurecía.

La ciudad estaba tranquila por aquellos rumbos. Casi desierta. Las sombras de la noche me cogieron cuando rebasaba la estatua de Cuauhtémoc. En el Paseo de la Reforma ni un vehículo ni transeúnte alguno.

Ya para llegar a la caseta, al pie de la rampa del cerro de Chapultepec, el centinela de nuestra guardia habitual, no conociéndome por la indumentaria que yo portaba, me marcó el alto. Grande fue su sorpresa, y la de todos los componentes de la guardia, cuando me reconocieron. Todos ellos, inclusive su comandante, mi compañero el subteniente Nicolás Martínez Luna, me veían con curiosidad, con alegría. Sabían de los acontecimientos que se habían desarrollado en la ciudad, de un modo un tanto vago.

Nicolás, que era un amigo además de mi compañero, reía satisfecho.

—¡Qué facha traes! ¿Por qué vienes así? ¿Qué ha pasado?

Me rodearon todos ávidos de saber noticias, especialmente de nuestra corporación. Me dieron asiento y estaban pendientes de mis palabras.

—Vengo rendido de cansancio y con mucha hambre. Denme algo de comer si acaso tienen.

Me dieron unas tortas que devoré.

Les conté con todos sus detalles cuanto yo sabía. Sumo interés tenían todos ellos en saber del escuadrón, del cuartel en donde quedaban sus pequeñas pertenencias. Un cambio de vida saltaba a la vista y una incertidumbre para el inmediato porvenir. Se quedaban con lo puesto y habían de venir, casi de inmediato, fuertes combates para recuperar la Ciudadela.

La única fuerza que en esos momentos custodiaba el Castillo, era aquel pelotón de Guardias y algunos cuantos cadetes nóveles del Colegio Militar que no habían sido llevados a la ciudad.

Me pusieron un catre de campaña para que durmiera. El personal que hacía este servicio en la caseta de la entrada de la rampa, había sido provisto, por la esposa del presidente Madero, doña Sarita, de catres de campaña y colchonetas. Era éste un lujo inusitado y hasta indebido, pues los componentes del servicio no podían desvestirse durante su facción.

A mi lado Martínez Luna, recostado en su catre, me seguía inquiriendo.

—¿De modo que este escuadrón nuestro, se acabó?

—Por completo. No quedamos más que los que estamos aquí, sin casa, equipo, caballos y, lo que es más, sin jefes.

—¿Y el capitán?

—Que anda por Veracruz.

—¡Pero hombre! Pero dónde se ha visto que una fuerza militar sea neutral, y menos la Guardia Presidencial.

—Pues ya tú ves.

—¡Qué barbaridad! y tú, ¿cómo la ves?

—Yo creo que indudablemente el gobierno ha de ganar. El general Huerta es muy capaz. El presidente, a estas horas, estará llegando a Cuernavaca, sin duda para traer acá a las fuerzas del general Ángeles, y quizás de otras partes también vengan otras fuerzas. Yo creo que es cuestión solamente de un combate fuerte. Tal vez mañana mismo.

—Va a ser duro el agarrón.

—¡Quién lo duda!

Afuera las ramas de los ahuehuetes se mecían con el viento apacible; la noche era oscura y la quietud absoluta.

VIII

Lunes por la mañana. Segundo día de la llamada Decena Trágica.

Un guardia de los del servicio nos fue a comprar, al cercano rancho de El Chivatito, algo para desayunar, a Martínez Luna y a mí. Poco dinero teníamos, pues era fin de decena y lo seguro sería que no nos pagaran al día siguiente.

Casi al lado de la caseta de la guardia, está la gruta del cerro. Elegante marquesina y magnífico portal. Al final de la gruta el elevador presidencial que conduce a las habitaciones del Castillo. Los oficiales del Estado Mayor Presidencial y los de la Guardia teníamos franco acceso.

Me hice subir hasta las terrazas con el propósito de ver a la esposa del Presidente.

Conversaba doña Sarita con una de las muchachas protegidas de la familia. Me conocía.

Saludé y le hice presente que estaba allí abajo para servirle en lo que pudiera serle útil.

Me preguntó si había visto a su marido el día anterior. Al contestarle afirmativamente me expresó que por teléfono había estado en contacto con él, y que posiblemente a esas horas ya estaría de regreso de Cuernavaca.

Agradeció mi atención de ir a saludarla y me despedí.

Me asomé por la terraza norte, la que da hacia el Paseo de la Reforma, que estaba desierto; a lo lejos, en la ciudad, con la luz del sol, brillaban las vidrieras de algunos edificios. No parecía que hubiera pasado nada. Todo estaba en calma, en absoluta calma. Atisbé por el Colegio Militar: el gran patio vacío y sólo una escasa guardia de cadetes noveles en la entrada de la rampa.

Regresé con mi colega Martínez Luna a la caseta de la guardia. Era ya el mediodía y había que comer. Mala costumbre es tener que alimentarse tres veces al día cuando las circunstancias no lo permiten.

Al caer la tarde regresó el Colegio Militar. Columna de viaje. A la cabeza el teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias, subdirector, y en funciones de director, ya que éste, el coronel de artillería Miguel Bernard, estaba, desde tiempo atrás, en el estado de Morelos con el general Felipe Ángeles.

Con tantos servicios que hacíamos en Chapultepec, conocíamos bien al personal del Colegio. Todos iban allí: el mayor de ingenieros Tomás Marín, jefe del detall; el ayudante capitán Diego Manuel Ramírez, el subayudante teniente Serrano, amigo personal, éste, del presidente Madero, por ser ambos masones; los capitanes de las compañías, el capitán Francisco A. Cuenca, conocido mío, y de todas las gentes de Torreón, mi pueblo, por haber sido él el instructor de los oficiales de la Segunda Reserva afiliados en la región, de aquella Segunda Reserva que creó el general Bernardo Reyes. Los capitanes Gabriel Cuevas y Flores Rivas.

La llegada del Colegio significaba confianza y seguridad. Supimos que el Presidente había regresado ya de Cuernavaca, después de su arriesgado viaje por terrenos en que merodeaban partidas de zapatistas. Las fuerzas del general Ángeles empezaban ya a llegar a Tacubaya.

El general Joaquín Beltrán llegó a Chapultepec a hacerse cargo del mando militar del punto. Se instaló en las oficinas del Estado Mayor en el Castillo. Estaba de paisano. Ante él me presenté; estaba solo cuando llegué a su presencia.

—Subteniente Urquizo del escuadrón de Guardias de la Presidencia. Mi general, el jefe del Estado Mayor Presidencial me ha mandado quedar a las órdenes de usted. No me presento uniformado porque tuve que huir de la Ciudadela —ocupada traidoramente por los alzados— con esta indumentaria.

El general Beltrán, sentado ante un escritorio, me examinó detenidamente. Yo permanecía firme ante él.

—¿Cómo estuvo eso? Cuénteme.

Hice el relato, por cuarta o quinta vez, de lo ocurrido. Me escuchó con suma atención. Le interesaban datos y detalles. Él odiaba a Félix Díaz y a sus gentes desde que al mando de las fuerzas del gobierno lo atacó y derrotó en el puerto de Veracruz, y lo hizo prisionero. Los felixistas decían que el general Beltrán los había traicionado, y que si había logrado entrar a Veracruz había sido

porque llevaba enarbolada una bandera blanca. Esto le indignaba, lo enardecía.

El subdirector del Colegio Militar, teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias llegó a darle novedades. De vez en cuando el timbre del teléfono repicaba y él mismo atendía al aparato. Por lo que él hablaba se deducía que le comunicaban movimientos de tropas.

—Ordene usted, teniente coronel, que se proporcionen alimentos del Colegio a los soldados de la Guardia que están abajo en la entrada de la rampa. Asimismo, ordene al picadero que cada vez que lo requiera este oficial (ahora yo), se le proporcione inmediatamente caballo ensillado para transmitir las órdenes que yo le dé. Se sobreentiende, ¡claro está!, que el Colegio queda acuartelado.

—¿Algo más que ordenar?

—Patrullas de vigilancia por el bosque. —Y luego, dirigiéndose a mí—: ¿Cómo me dijo que era su apellido?

Le repetí mi nombre.

—Pueden retirarse a descansar; yo también lo voy a hacer. Mañana va a comenzar el juego.

La noche se pasó con tranquilidad. A la "diana" ya estábamos en pie. Desayuno frugal en el Colegio.

El general Beltrán me ordenó que montara y que fuera a Tacubaya a los cuarteles de la subida de San Diego, en donde debía estar el Séptimo Batallón procedente de Cuernavaca. Que me apersonara con su comandante, el coronel Juan G. Castillo, y le comunicara su orden de ponerse desde luego en marcha por el Paseo de la Reforma hasta el hotel Imperial. Que el batallón a su mando, y otras corporaciones dispuestas, en otros puntos de la ciudad, emprenderían el ataque precisamente a la diez de la mañana. Que yo regresara a informarle cuando ya el batallón se hubiera puesto en marcha.

Fui al picadero del Colegio y monté el caballo que ya me tenían listo. Descendí por la rampa.

El caballo mansurrón y, consecuentemente, flojo. Muchos talonazos hube de darle para que tomara el trote.

En la caseta de guardia me detuve y eché pie a tierra.

—¿A dónde vas? —me preguntó Martínez Luna.

—A una comisión, pero este caballo que me han dado es un matalote, parece de infantería. Que alguno de tus guardias me preste sus acicates porque este animal no entiende de talonazos.

Me calcé los acicates que me prestaron y monté. Al primer contacto de los acicates, el caballo partió al galope.

En la subida de San Diego, en Tacubaya, estaban juntos dos cuarteles, el del Segundo Regimiento de Artillería de Campaña, y el del Primer Regimiento de Caballería.

Los dos cuarteles estaban vacíos: la artillería sublevada, y del Regimiento de Caballería, tres escuadrones rebeldes y uno leal al gobierno. El Séptimo Batallón, que había llegado en la noche anterior del estado de Morelos, estaba en uno de ellos.

Cuando yo llegué el batallón estaba ya formado y dispuesto para partir; las acémilas de las ametralladoras aparcadas. El coronel Juan G. Castillo, hombre de edad madura, al parecer, bajo de estatura, estaba ya montado, ya su lado estaban los otros jefes, su ayudante y los subayudantes montados ya, también, todos ellos.

Me di a conocer y transmití la orden que llevaba.

—Avise usted al general Beltrán, que en estos momentos salgo.

—Con permiso de usted, espero a que el batallón salga. Así es la orden que tengo.

Acto seguido el batallón se puso en marcha a la sordina, en columna de viaje, con los fusiles sin marrazos, suspendidos del hombro.

Cuando el batallón pasaba a la altura de Chapultepec, me desprendí y fui a dar parte al general Beltrán, a quien me encontré en la terraza del Castillo, viendo con sus prismáticos la marcha de la tropa.

—Cumplida su orden, mi general.

—Tiene usted que volver en seguida. Hay que darle detalle preciso al coronel Castillo del lugar del ataque.

Tenía el general a su vista, sobre la balaustrada de la terraza, un plano de la ciudad de México, que sin duda ya había visto antes de mi llegada.

—Dígale usted que en la avenida Morelos variará a la derecha para tomar la calle de Bucareli; por allí será su ataque a la Ciudadela. Acompañe usted a la fuerza y venga a darme parte cuando ya el batallón haya entrado en fuego.

Repetí la orden, como era la costumbre en las maniobras, y noté que le causó satisfacción.

Salí a escape.

Al pasar por la caseta del pie de la rampa, me gritó Martínez Luna:

—¿A dónde vas?

—A entrarle a los trancazos. Comienzan a las diez.

Por la Columna de la Independencia alcancé al batallón. Le comuniqué la orden al coronel Castillo y seguí a su lado.

Ya para llegar a la avenida Morelos, silenciosamente la tropa dejó la formación de columna de a cuatro para marchar sólo en dos hileras abiertas a ambos lados de la Reforma. Las armas, de suspendidas del hombro pasaron a ser embrazadas.

En aquel dispositivo: la tropa en dos hileras y el coronel y sus ayudantes por el centro, se volteó por la: avenida Morelos.

Se creía que el enemigo estaba en la Ciudadela y que acaso tendría puestos avanzados a una o dos cuadras antes de la fortaleza.

No fue así. Estaban allí mismo, a nuestro paso. El dominio de los rebeldes se extendía a varias calles de las cercanas al reducto. Sigilosamente estaban ocultos en lo posible.

Eran ya las diez de la mañana y la artillería de las fuerzas del gobierno rompió el fuego.

Súbitamente, inesperadamente un vivo fuego de ametralladoras cayó sobre nosotros.

Quedó muerto el coronel Castillo. Yo caí en tierra lanzado por mi caballo encabritado, que, herido por varios proyectiles, cayó también. Muertos y heridos había muchos. Fue. una sorpresa tremenda; una verdadera siega. Los caídos en tierra seguramente pasaban del centenar. Milagrosamente nada me pasó como no fuera la pérdida del caballo que montaba. El quicio de una puerta, suficientemente amplia y providencialmente a mi alcance, me sirvió de refugio.

Cuando amainó el fuego enemigo y se rehizo la fuerza, pude salir.

Los infantes del Séptimo avanzaban enardecidos.

La batería de cañones emplazada en el cercano hotel Imperial no cesaba de disparar. Se oían cañonazos por todas partes en fuegos de ráfagas, y las ametralladoras y la fusilería disparaban sin cesar.

Era el infierno.

Me fui retirando hacia Chapultepec, por la Reforma. Otra vez como el domingo por la tarde; entonces reinaba la tranquilidad, aun cuan-

do fuera aparente. Ahora era ya el mediodía y una lucha tremenda estaba desatada.

A medida que me iba alejando del combate, sentía que el fragor de los disparos se iban aminorando, que la fatídica Ciudadela iba quedando atrás.

—Otra vez vienes a pie.

—Ya ves; me mataron al matalote. ¡Pobre!, era malo pero no merecía tal castigo.

IX

Los oficiales de la guardia que por turno hacíamos el servicio diario de escoltas montadas, o de guardia en la entrada al Castillo de Chapultepec, teníamos el contacto natural con los ayudantes del presidente, nuestros superiores inmediatos, y habíamos hecho conocimiento y hasta amistad con los empleados y la servidumbre de la residencia presidencial. Particularmente yo había hecho amistad con el encargado del conmutador de los teléfonos. Con él conversaba con frecuencia, pues había encontrado en aquel Adolfo Laisón Banuet una simpatía, proveniente de que él había sido, como yo, partidario activa del señor Madero desde antes que fuera presidente.

En el desempeño de su trabajo con la red telefónica, con el deseo de inquirir bien, y con la habilidad que había adquirido, unido todo ello a su ferviente partidarismo, estaba al tanto de lo que ocurría en aquellos aciagos días. Me lo comentaba todo, y yo, cuando consideraba que alguna noticia pudiera ser de interés, se lo transmitía al general Beltrán. A veces algunas llamadas eran para el propio general, para que ordenara la conducción y escoltas de pertrechos de artillería del Laboratorio de Artificios de Belén de las Flores, o de la Fábrica de Pólvora de Santa Fe, hasta las baterías leales, o exploraciones y vigilancias en los alrededores.

Con aquellas informaciones tenidas con Laisón, con lo que yo observaba y con lo que oía cuando charlaban los jefes del Colegio Militar con el general Beltrán, pude —en ratos perdidos— anotar en una pequeña libreta mis observaciones. Una especie de diario sintético escribí, con la intención de ampliarlo cuando estuviera en condiciones de poder hacerlo.

Pude saber que aquel día 11 de la iniciación del fuego para recuperar la Ciudadela, a la misma hora en que caía muerto el coronel Juan G. Castillo en la avenida Morelos, dos cuerpos de rurales, de procedencia maderista, eran lanzados en una carga inusitada desde la Alameda Central, por la calle de Balderas, sobre la Ciudadela. Carga cerrada, a sable, contra los defensores de un reducto, de una fortaleza coronada de ametralladoras y defendida por cañones apostados en las bocacalles. Los felixistas los habían dejado acercarse hasta casi llegar a la Ciudadela, y entonces rompieron un fuego atroz sobre aquellos infelices, mandados al sacrificio quizás premeditadamente.

Los dos Cuerpos de rurales maderistas habían sido deshechos. Apenas iniciado el fuego, como al mediodía, el capitán segundo de ingenieros, Francisco Pradillo, partidario de Félix Díaz, trató de minar las fuerzas del general Ángeles incitando al subteniente Leopoldo E. Arroyo para pasarse con la tropa a su mando al enemigo; el capitán Pradillo fue capturado, y por órdenes del general Ángeles se le fusiló en el propio lugar del soborno, que fue el hotel Imperial.

La batalla en ese día fue favorable para los rebeldes.

Ese mismo día, ya por la tarde, se presentaron en el Castillo el capitán Manuel M. Blázquez y los tenientes Ruiz de Chávez y Enrique García. El capitán había regresado de Veracruz, y los tenientes pudieron salir del cuartel. Sólo quedaban allí el subteniente Bernardo Pérez y el personal de tropa, al parecer prisioneros primero, y quizás a esas horas combatientes del lado felixista.

El capitán y los tenientes quedaban a las órdenes del general Beltrán, jefe del punto. No hicieron comentario alguno con mi insignificante persona.

Toda la noche siguió el cañoneo y el fuego de la fusilería y las ametralladoras. Desde la terraza del Castillo se veía la ciudad, que había quedado a obscuras, dentro de un fuego grandioso, imponente, de cañonazos y en medio de un marco de detonaciones. Espectáculo impresionante, solemne; pirotecnia macabra.

Los felixistas, con la captura de la Ciudadela, habían tomado una fuerza enorme. Los pertrechos existentes en los Almacenes eran 55 000 fusiles, 30 000 carabinas, veintiséis millones de cartuchos, 13 000 granadas, 120 ametralladoras y como cuarenta cañones de

diversos calibres, dos de ellos de los barcos de la Armada, abastecidos con granadas en profusión.

Además, contaban con las baterías organizadas de los regimientos sublevados Primero y Segundo de Artillería; tres de ellas de campaña y una de montaña.

La artillería rebelde fue emplazada en las bocacalles que daban a la Ciudadela, y las ametralladoras en las azoteas de la fortaleza y en las de los edificios cercanos a la misma.

En contraste con la potencia de fuego del enemigo, las fuerzas leales sólo contaban con cinco baterías de cañones. Una que había quedado leal del Primer Regimiento, dos de las fuerzas del general Ángeles; dos más que pudieron organizarse en plena lucha, una de ellas mixta por la diversidad del material que la componía, servida, por cierto, esta última, muy eficazmente por personal de alumnos del Colegio Militar.[2] Una sección de cañones de montaña, un mortero y un cañón aislado. Granadas para los cañones del gobierno solamente había la dotación de los cofres, por lo que había que estar recurriendo constantemente al Laboratorio de Artificios en Belén para cargar rápidamente los cascos vacíos.

El emplazamiento de la artillería leal era, por el Paseo de la Reforma, la del general Ángeles; en la Rinconada de San Diego una sección, y en el Campo Florido el resto. Los objetivos eran la Ciudadela, en primer término, la cárcel de Belén y la Asociación Cristiana de Jóvenes, sitio éste, el más elevado de los que ocupaban los felixistas.

El objetivo de la artillería felixista era la ciudad entera. Causar daños a la población civil para que ésta presionara ante el gobierno y éste se derrumbara.

El fuego de artillería amenguó durante la noche del día 11, pero se reanudó violentamente a las seis de la mañana del día 12. Era tan sólo la Ciudadela la que disparaba, desesperadamente, sobre un objetivo fijo y por demás cercano. A boca de jarro tiraban sus cañones sobre el muro de la cercanísima prisión de Belén.

Fuego que no cesó hasta conseguir abrir un boquete por el que dieron salida en masa a los numerosos presos que allí estaban re-

[2] Esta batería estaba al mando del teniente Carlos Rodríguez Malpica.

cluidos. Ese contingente de criminales fue a engrosar las filas de los felixistas.

Ese mismo día 12, a media tarde, otra carga de rurales por las calles de Balderas fue aniquilada. Parecía que había el propósito de mandar al matadero a los elementos del gobierno, a aquellos que parecían más leales, incorruptibles al soborno y a la deslealtad.

Esa misma tarde el general José Delgado, jefe de una de las columnas de ataque a la Ciudadela, logró llegar hasta la sexta demarcación de policía, situada en las calles de Victoria, y posesionarse de ella. Fue desalojado de allí, y la torrecilla del reloj del edificio quedó abatida de certeros cañonazos.

Otro día perdido para las fuerzas del gobierno.

Al general Eduardo Cauz se le había puesto a su mando una fuerza de caballería, un escuadrón del Primer Regimiento, el que había quedado leal, y dos de los rurales de la federación. Estaba su fuerza por los llanos de La Condesa, prácticamente dependía del jefe del punto de Chapultepec, general Joaquín Beltrán. Tenía a su cargo practicar reconocimientos sobre Santa Fe, en observación de los zapatistas del Ajusco, y escoltar remesas de cascos vacíos de granadas disparadas y surtir a las baterías de nuevas granadas recargadas.

Fui comisionado para conducir a la fuerza del general Cauz, enviada a llevar cascos y regresar con granadas, desde La Condesa hasta el Laboratorio de Artificios en el Molino de Belén. No conocían los dragones los vericuetos del camino para llegar al establecimiento. Una sección de caballería escoltaba al carro que conducía los cascos primero y las granadas después.

A la artillería del gobierno no llegaron a faltarle granadas durante la fatídica decena.

El jueves 13 el combate cobró mayor intensidad y vigor que los días anteriores. El fuego, reloj en mano, se inició con suma intensidad a las nueve de la mañana, y perduró con igual violencia hasta las doce y media para volver a reanudarse a las cuatro de la tarde y decrecer a las siete de la noche. Volvió a reanudarse a las once de la noche prolongóse hasta las dos de la mañana del día 14.

Aquello era el infierno.

Ya para las once de la mañana los batallones Séptimo y Segundo de las fuerzas leales habían logrado adelantar hasta las calles de Vic-

toria y avenida Morelos, dentro de un fuego intensísimo de fusilería y ametralladoras.

El cañoneo era tan intenso que muchos de los cristales de las ventanas de las casas se rompían por la vibración atmosférica. Por todos lados se oía el zumbar de las balas. Los proyectiles de la artillería cruzaban por todos los rumbos de la ciudad enviando innumerables fragmentos y balines que iban a incrustarse en las ventanas y en los muros de las casas, y hacían cientos de víctimas entre las gentes no combatientes.

El general Aureliano Blanquet, que estaba en Toluca con su famoso Veintinueve Batallón, había recibido órdenes para trasladarse a la capital, y lo hizo el día 12, pero no llegó hasta el día 13, por haber encontrado quemados dos puentes pequeños en la vía del ferrocarril en que efectuaba el traslado de su fuerza. Desembarcó en Tacuba y fue a acampar en la Tlaxpana, a la altura de la calzada de la Verónica. Allí permaneció los días 13 y 14.

Ese día, que era viernes, el combate fue intenso, tanto o más que los de los días anteriores.

Se inició a las seis y media de la mañana, recrudeciéndose hasta las once. Dentro del combate mismo, dos compañías del Veintinueve Batallón, al mando del capitán Juan Francisco Barrios, con todo y sus ametralladoras se separó del batallón y fue a unirse a los rebeldes de la Ciudadela.

El día 15 el general Blanquet, y lo que le quedaba de su Veintinueve Batallón, fue llevado al Palacio Nacional para cuidar del recinto oficial y de la seguridad del presidente Madero. Ese día el cañoneo se había iniciado terrible desde las tres de la mañana, continuando hasta en la tarde.

El cuerpo diplomático, por insistentes gestiones hechas ante el gobierno y los rebeldes, consiguió que se hiciera un armisticio para que los no combatientes pudieran alejarse de la zona peligrosa. El paro del fuego sería por veinticuatro horas, comenzando desde las dos de la mañana del día domingo 16. Súbitamente aparecía un descanso dentro de aquel fragor.

Las gentes pudieron salir a las calles a procurarse elementos para la alimentación, a ver a los conocidos, a inquirir noticias.

Sorpresivamente, sin motivo aparente alguno se rompió el fuego por ambas partes, a las dos de la tarde. Muchos civiles que con-

fiadamente transitaban por las calles, quedaron muertos o fueron heridos.

El día 17, lunes, el cañoneo fue ligero en comparación con los días anteriores. Fuego intermitente y como que tendiese a desaparecer.

Se rumoreó que al día siguiente sería el asalto formal y decisivo a la Ciudadela. El fuego se inició intenso desde temprana hora. Los rebeldes lograron incrustar una granada en la Puerta Mariana del Palacio Nacional.

Llegábamos al final de la cruenta jornada. Era el martes 18, diez días después de los primeros tiros de aquella vergonzosa acción.

X

El fuego aminoró al mediodía. Suponíamos que de un momento a otro se iría a reanudar con mayor violencia, ya que se creía que iba a efectuarse el asalto final, el decisivo. No fue así.

Nada pasó ya. Enmudecieron los cañones y callaron los fusiles y las ametralladoras. El silencio es a veces precursor de los grandes acontecimientos.

Iban a hacer mutis las masas de comparsas para dejar sólo en la escena a los personajes connotados: víctimas y victimarios.

A las dos de la tarde fue aprehendido en el Palacio Nacional el presidente de la República, don Francisco 1. Madero, y todo su gabinete, por el general Aureliano Blanquet al frente de su famoso Veintinueve Batallón. Minutos antes habían sucumbido a manos de los ayudantes del presidente, Gustavo Garmendia y Federico Montes, los secuaces de Blanquet, teniente coronel Jiménez Riveroll y mayor Izquierdo.

El general Huerta, comandante de la Plaza había aprehendido simultáneamente en el restaurante Gambrinus, de las calles de Plateros, al señor Gustavo Madero, hermano del presidente, a quien Huerta había invitado a comer para agasajar al coronel Francisco Romero, que ese día había ascendido a general. Gustavo Madero y el intendente del Palacio Nacional, Adolfo Bassó —quien también había sido aprehendido—, fueron remitidos por el general Huerta a la Ciudadela, para que Félix Díaz y los suyos los ejecutaran cruelmente esa misma noche al pie de la estatua del cura Morelos.

El general Ángeles, tenido por sumamente leal e incorruptible, fue llamado a la Comandancia Militar y apresado.

Huerta el atacante, y Félix Díaz, el defensor, estaban de absoluto acuerdo, se habían entendido por medio de intermediarios e incluso se habían entrevistado. El embajador americano, Henry Lane Wilson, había sido el alma de aquellas componendas siniestras, y a las nueve y media de la noche de ese día 18, en el local de la embajada americana, presentes Victoriano Huerta y Félix Díaz, acompañados por sus más destacados partidarios, hicieron un pacto solemne. Huerta sería el presidente provisional con un gabinete impuesto por Félix Díaz, quien quedaba en condiciones de ser el futuro presidente de la República, después de unas elecciones que se verificarían al menor tiempo posible. El Senado de la República, encabezado por el licenciado Francisco León de la Barra, deponía al presidente legítimo, don Francisco I. Madero, y daba el mando del Poder Ejecutivo al general Huerta.

El día 19, siguiente a aquel en que se efectuó la consumación del atentado, Huerta puso su primer telegrama, ya investido del mayor poder, a los gobernadores de los estados y a los comandantes de las zonas y comandancias militares del país: "Autorizado por el Senado, he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el presidente y su gabinete".

Las chusmas azuzadas por los vencedores, prendían fuego y saqueaban la casa del padre del presidente Madero de la calle de Berlín, y el edificio del periódico *La Nueva Era*, y se desbordaban por las calles vitoreando a los flamantes mandatarios.

En la capital de la República reinaba el júbilo; en los estados posiblemente había indiferencia, conformidad con lo acaecido.

Sólo dos gobernadores protestaron: el de Coahuila, don Venustiano Carranza, y el de Sonora, don José María Maytorena; pero éste, a raíz de su protesta, solicitó un permiso a la Legislatura de su estado y salió del país, dejando el mando a un sustituto nombrado que lo fue el señor Ignacio L. Pesqueira.

Don Venustiano Carranza, ese mismo día 19, desde Saltillo, apoyado por la Legislatura local, lanzó un decreto desconociendo a Huerta y aprestándose para una lucha que había de ser desigual, cruenta e implacable. Sólo contaba con trescientos hombres armados de las fuerzas irregulares del estado. En Sonora había fuerzas

considerables, también irregulares, que respaldaban la actitud del gobierno de su estado.

Doña Sarita, la esposa del presidente Madero, cuando supo de los acontecimientos, abandonó sus habitaciones del Castillo de Chapultepec y, a bordo de su automóvil Mercedes, fue a refugiarse a la legación del Japón.

Terminaba todo: un gobierno emanado por el voto unánime del pueblo caía por el golpe artero de una casta militar. Por primera vez en la historia de México, un presidente civil había llegado al poder por la voluntad manifiesta y espontánea de la inmensa mayoría de los ciudadanos, y caía por un golpe premeditado, asaz, espurio y vergonzoso.

Vuelta atrás, a la Edad Media mexicana. Vuelta a la oscura noche del pasado. Vuelta atrás de los desheredados que vieron, con Madero, el asomo de una luz de esperanza y redención.

La Ciudadela, monstruo ficticio, fantasma terrorífico, había sido creado por los unos y por los otros. Los que aparecían como rebeldes y los que fueron a combatirlos. Renacía Huitzilopochtli sediento de sangre, y a sus pies se sacrificaron miles de seres humanos. Ante él se inmolaron a las nuevas víctimas, no ya a golpes de cuchillos de obsidiana, sino a cañonazos y a tiros de fusiles y de ametralladoras. Moderno y flamante Huitzilopochtli era la Ciudadela. Las bandas de guerra que tocaban "diana" deberían de tocar "silencio" por los caídos; asesinados, tal es la palabra; la noche caía sobre el infortunado país y las campanas de los templos echadas a vuelo debieran de tocar lúgubremente a muertos.

Se llenaba de lodo inmundo el ejército, y aquel lodo salpicaba a la propia ciudad, a la capital, y enfangaba a sus habitantes que vitoreaban a los vencedores.

El fango quedaba aquí, en la ciudad grande.

No había de llegar a la provincia. Algo limpio había de quedar de aquella porquería. Un pedazo de tela por donde coger la sábana ensuciada y sacudirla y lavarla, si es que fuera posible, o tirarla al fuego para purificar el ambiente corrompido.

Se habían disparado en la ciudad once mil granadas de cañón, y varios millones de cartuchos habían lanzado las ametralladoras y fusiles. Todo sobre carne mexicana.

Mientras repicaban las campanas de los templos echadas a vuelo, anunciando a los fieles la victoria, los carros de la basura del Ayuntamiento recogían por las calles los cadáveres de las gentes caídas, como ordinariamente, antes, recogían los desperdicios de las casas.

Cargamentos fúnebres que eran llevados a los llanos de Zoquipa, allá por Balbuena, hacia San Lázaro, donde está el rastro en· que matan a los puercos. Y allí, amontonados en pirámides, ardían los cadáveres en piras siniestras. Tomaban nuevamente, brevemente, vida los muertos al contacto con el fuego y se retorcían, se volteaban; estiraban las piernas y crispaban las manos. Parecían, en un supremo, en un desesperado, último e infinito esfuerzo, maldecir a los asesinos, crispando los puños hacia el cielo; amenazando con una justicia inmanente que había de llegar un día.

Quemaban las llamas, freían los cadáveres y esparcían por el ámbito el olor penetrante del chicharrón humano, como normalmente se esparcía por las barriadas el olor del chicharrón de los puercos sacrificados diariamente en el rastro de Zoquipa.

Había que barrer la ciudad, quemar los muertos, quitar los despojos, lavar la sangre; que las calles quedaran limpias y fueran engalanadas para que por ellas desfilaran los héroes de la Ciudadela.

De la trágica jornada quedaba un saldo oprobioso: sangre, sudor, ignominia, dolor y mugre.

El desfile de la victoria fue el día 20, y se inició a las cuatro de la tarde, partiendo de la Ciudadela.

La prensa diaria, ya normalizado su funcionamiento, nos daba detalles del suceso.

El recorrido fue desde la Ciudadela, por la calle de Balderas, hasta la avenida Juárez, calles de San Francisco, Plateros y Portal de Mercaderes, hasta el Palacio Nacional.

La descubierta de la columna la integraban los alumnos de caballería de la Escuela de Aspirantes, que por cierto iban montados en nuestros magníficos caballos del escuadrón de Guardias de la Presidencia. Llevaban una bandera nacional enlutada, en señal de duelo por los caídos.

Seguían doce automóviles con partidarios que habían combatido. Civiles combatientes y gente del pueblo llevando grandes lienzos con letreros alusivos: "Viva el valiente general Félix Díaz", "Viva el héroe de la Ciudadela", "Viva la patria".

Detrás ocho automóviles más con partidarios, y en seguida otros ocho automóviles que ocupaban los miembros de la Asociación del Colegio Militar.

Vestido de azul marino y montando brioso corcel retinto, el general Félix Díaz, llevando a su lado a su eficaz colaborador, general Manuel Mondragón.

Las calles estaban engalanadas en todo el trayecto con banderas y lienzos tricolores, y en los balcones damas y caballeros aplaudían frenéticos y arrojaban flores a los desfilantes, especialmente al héroe. Tras de Félix Díaz, en varios landós descubiertos, de los de la Presidencia, algunos miembros del nuevo Gabinete, los ingenieros Alberto Robles Gil y Alberto García Granados, y el licenciado Jorge Vera Estañol, acompañados por militares de alta graduación. Jefes y oficiales del Estado Mayor en otros carruajes.

Seguía la columna propiamente militar: los aspirantes de infantería, las dos compañías del Veintinueve Batallón, que se habían unido a última hora; el Batallón de Seguridad (los ratones), el Primer y Segundo Regimientos de artillería. Voluntarios combatientes y, cerrando la columna, la gendarmería montada.

Finalmente coches con simpatizadores.

A las seis y media de la tarde llegaron al Palacio Nacional. Allí desmontaron Félix Díaz y Mondragón, y bajaron de los landós los nuevos ministros y penetraron hasta el Salón de Embajadores, en que ya los esperaba el general Huerta, rodeado por el resto del Gabinete: licenciados Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra y Toribio Esquivel.

Huerta y Félix Díaz se dieron un efusivo abrazo. Estaban rodeados de militares y de personas distinguidas.

Solamente Huerta dijo a Félix Díaz una especie de discurso:

> Querido hermano: Dios quiera que tengamos la fortuna: de que jamás vuelvan a registrarse sucesos sangrientos como los que de tal modo nos han consternado. Yo espero, general, y querido discípulo, que nos reunamos todos en estos momentos en que pasa la tragedia, para que unidos laboremos por el bien de la patria, a fin de que sea una de las primeras potencias del mundo.

El viernes 21, la prensa expresó con grandes caracteres que la paz era un hecho en toda la nación. Se rendían al nuevo gobierno los

rebeldes Pascual Orozco, Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave, Juan Andrew Almazán, Cheché Campos y Benjamín Argumedo. Sólo faltaba por hacerlo Emiliano Zapata, pero pronto lo haría también.

XI

El general Beltrán dejaba el Castillo de Chapultepec, uno de sus familiares en un automóvil fue a recogerlo. Se notaba amargura en su rostro. Antes de irse dispuso que el personal de la Guardia Presidencial se reintegrara a su cuartel, ya que no tenía objeto aquel servicio que se venía haciendo.

Funcionaban ya los tranvías, y en ellos, como era la costumbre, nos trasladamos hasta la garita de la Piedad, y allí, pie a tierra, a nuestro cuartel.

El mando de la pequeña fuerza lo llevaba el sargento segundo José Paredes. El capitán y los oficiales formábamos un grupo que caminaba por separado de la tropa. Con nosotros iba un oficial nuevo, que se había incorporado en Chapultepec, el subteniente Jorge de Caso, procedente de un regimiento de caballería; era hijo de un amigo íntimo del señor Madero, parecía un buen muchacho.

Caminábamos indolentemente, sin prisa alguna; con curiosidad, observando los estragos de la lucha.

Por las calles de Bucareli todos los vidrios rotos en las ventanas de las casas. Los muros con incontables impactos de las balas. La torrecilla del reloj —regalo de una colonia extranjera cuando se celebró el Centenario de la Independencia—, yacía derribada por efectos de los cañonazos.

Nuestro cuartel abandonado. La puerta abierta de par en par. Ni un hombre en la cuadra ni un caballo en los macheros. El equipo había volado. Uniformes, albardones, armas, muebles: nada había. En el patio una montaña de estiércol que despedía un olor fétido; olor inmundo y penetrante mezcla de las suciedades de los caballos con cadáveres en descomposición. Muertos que allí habían quedado y que estaban ya en franca putrefacción.

En todas partes excremento y orines.

Una verdadera cloaca; una asquerosidad.

Dispuso el capitán que la tropa dejara sus armas en el cuarto de la Prevención, que sólo quedaran dos guardias como vigilantes, y que todo el personal quedase franco un día entero.

Fui a dar a la casa de mi tío Marcos Benavides. Vivía por la colonia Roma. Pariente de los Madero, había venido a radicar a la capital con su familia; era viudo y le acompañaban sus hijos: María, Marcos, José Ángel, Luis, Carlos, Rodolfo y Gustavo, que había entrado ese año como cadete en el Colegio Militar. María cuidaba de la casa, Marcos trabajaba desde años antes en los ferrocarriles y los demás muchachos trabajaban como meritorios en oficinas del gobierno.

Me recibieron con el cariño de siempre. La familia estaba triste por todo lo acaecido. Con la caída del presidente Madero se derrumbaba para ellos un mediano pasar que apenas se había iniciado.

Me di un buen baño, que buena falta me hacía. Ropa limpia y un traje de uno de mis primos me fue proporcionado, así como comida y cama.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi tío.

—Voy a pedir mi baja y me iré para la tierra a trabajar en lo de siempre.

—No; tú debes irte con Venustiano o con Emilio Madero, que sin duda se ha de ir a levantar en armas. Allí está tu lugar.

—Tiene usted razón, así lo haré, pero antes pienso ir a ver a mi madre y a mis hermanos a Torreón.

Por la tarde escribí a mi madre anunciándole mi próxima ida en cuanto me dieran mi baja. Escribí también mi petición de licencia absoluta a la Secretaría de Guerra y Marina.

Dormí cómodamente, de un tirón, como hacía ya tanto tiempo que no lo hacía.

Cuando llegué al cuartel, al día siguiente, el personal franco y los que habían estado en la Ciudadela se habían incorporado ya. El día anterior gente de salubridad había ido a recoger a los difuntos sepultados entre la montaña del estiércol acumulado en el patio. Eran tres los cadáveres ya en putrefacción que allí estuvieron. Ya no olía tanto a muerto pero seguía el olor del estiércol.

Al encontrarse los que habían estado en la Ciudadela con los que quedamos en Chapultepec, parecía como si hubieran dejado

de verse por un largo tiempo. Mucho había que contar. Los de la Ciudadela se sentían ufanos, superiores a los otros, a los que miraban con cierto menosprecio. Estaban bien fogueados o presumían de estarlo.

Narraban que el segundo día de la Decena Trágica, ya sin los tenientes que los habían abandonado y al mando sólo del subteniente Bernardo Pérez y el sargento primero Francisco Márquez, habían sido apresados por fuerzas del Batallón de Seguridad y desarmados; entre filas fueron conducidos desde el cuartel hasta la Ciudadela. Que allí quedaron relativamente como prisioneros, pero sin vigilancia alguna, y de haberlo querido hubieran podido salir, pero que varios de ellos habían encontrado pronto acomodo como asistentes de Félix Díaz y de otros jefes por ser conocidos de ellos; y los demás, voluntariamente se alistaron con los rebeldes, entre ellos el propio subteniente Pérez, que había encontrado entre los aspirantes a amigos y compañeros.

Nos dijeron que nuestro cuartel había sido ocupado por parte de los presos que habían sacado de la prisión de Belén; que peleaban desde las azoteas; que esa gente maleante era la que había cogido cuanto teníamos, la que nos había limpiado materialmente de nuestras pequeñas pertenencias personales y de los depósitos de vestuario y equipo del escuadrón.

Ellos vieron cómo fue la muerte de Gustavo Madero y Adolfo Bassó. Tenían muy fresca su visión porque lo ocurrido apenas había sido dos noches antes, precisamente la del día 19.

Esa noche, oscura como todas las de la Decena Trágica, por la falta del alumbrado eléctrico, llegaron a la puerta principal de la Ciudadela dos automóviles conduciendo a don Gustavo Madero y al intendente del Palacio Nacional, don Adolfo Bassó, custodiados ambos por jefes y oficiales de los allegados al general Huerta. Descendieron los ocupantes de los dos vehículos y se introdujeron en la fortaleza hasta el cuarto que ocupaba Félix Díaz, quien estaba acompañado por el general Mondragón, por el licenciado Rodolfo Reyes, Cecilio Ocón y otras personas. Los presos eran conducidos a empellones, y entre una gritería de felixistas que pedían la muerte de ellos.

—¡Que muera *Ojo Parado*! ¡Que muera Bassó!

Gustavo Madero era apodado Ojo Parado por la prensa contraria al gobierno, a causa de que uno de sus ojos, que había perdido,

era sustituido por uno de cristal. A Adolfo Bassó lo consideraban autor de la muerte del general Bernardo Reyes el primer día de los trágicos acontecimientos, pues suponían que Bassó había manejado la ametralladora que desde Palacio Nacional le había causado la muerte.

La luz macilenta de una lámpara de petróleo alumbraba la estancia, los rostros enardecidos de los vencedores y las caras desencajadas de los dos presos.

Dentro de la gritería de los que exigían su inmediata ejecución, la sentencia fue dictada. Muerte inmediata.

Fueron arrastrados los presos materialmente desde el aposento de Félix Díaz hasta el exterior del recinto, en la plaza de la estatua de Morelos.

Gustavo Madero pedía clemencia, suplicaba, ofrecía. Era golpeado, befado e insultado ferozmente por una turba llena de odio. Un farol de mano iluminaba el rostro patético de Gustavo, y uno de los sicarios, con un golpe de marrazo le había herido el ojo bueno, dejándolo ciego en un instante y presa de un profundísimo dolor.

Un verdadero alarido, tan fuerte, tan profundo, que se impuso a la gritería de los asesinos, fue lanzado por Gustavo. Gritaba, lloraba, llamaba a su mamá.

—¡Ojo Parado! ¡Chillón! ¡Cobarde! ¡Muere!

Balazos y puñaladas abatieron al hombre.

Un linchamiento. Un horror.

Adolfo Bassó fue ejecutado en seguida. Fue menor la crueldad y mayor su entereza.

Fue colocado en el pedestal de la estatua de Morelos. Su firmeza y arrogancia se impusieron a sus asesinos.

—Permítanme un solo momento —les dijo—; tan sólo para ver por última vez en mi vida a la estrella polar, que tantas veces me guió en mi vida de marino.

Se lo permiten, ¡qué más daba uno o cinco minutos más de vida!

Arriba el cielo estrellado, dentro de la noche oscura, lucía la brillante estrella polar. Bassó la miró plácidamente, como ignorando su cercano fin. En un minuto, probablemente, pasó por su mente, su vida toda en el mar. Respiró hondamente, y poniéndose firme, con voz serena y calmada dijo:

—¡Estoy listo!

No fue una descarga ordenada sino una balacera la que dio fin a la vida del valiente.

Otro maderista, el prefecto de Tacubaya, Manuel N. Oviedo, también había sido aprehendido y asesinado en la Ciudadela.

Los tres cadáveres fueron llevados a nuestro cuartel y sepultados en el gran montón de estiércol que se hacinaba en el patio de la instrucción.

Estaba deshecho aquel flamante Escuadrón de Guardias de la Presidencia. No había armas, ni caballos ni equipo, y en el personal se percibía un desgano y cierto desprendimiento de la rigurosa disciplina que siempre reinó.

El capitán y los oficiales trataron de reorganizar aquello. Ante todo había que asear la casa y ponerla en condiciones de habitabilidad. Sacar el estiércol, barrer, regar. Se conseguiría simultáneamente todo lo que faltaba. Todo el personal de tropa se constituyó en fajina de policía de cuartel.

Ordenaba el capitán con su potente voz y le secundábamos los oficiales. La tropa trabajaba, pero podía notarse que no lo hacía con el mismo ardor antes acostumbrado. Pensé yo que en el ánimo de aquella gente el capitán y los oficiales habíamos perdido mucho de la autoridad moral que parecía que antes tuvimos.

Se había derrumbado aquel castillo de naipes.

El único trompeta que quedaba y que era el que estaba de guardia en Chapultepec durante toda la Decena Trágica, tocó lista de seis. Los instrumentos de la banda, junto con todo lo demás, habían desaparecido.

Se pasó lista y se dio parte que el personal estaba completo. Saldría franca la tropa a dormir a sus casas para presentarse a la "diana". No tenía caso que permanecieran en el cuartel, sin abrigos, ni camas y, sobre todo, sin armas. Sin objeto alguno además. Sólo quedaría un servicio en la puerta con uno de los sargentos.

Antes de retirarnos solicité hablar con el capitán. Estaba en la comandancia, cuarto vacío, apenas con un pequeño escritorio y unas sillas que había conseguido el cabo escribiente. El capitán, sentado, me miraba con la dureza que le era habitual cuando trataba con sus subalternos. Esta vez me pareció más acentuada. Yo frente a él estaba en la posición de firme.

—Mi capitán —le dije—, hago a usted entrega de mi solicitud al ciudadano secretario de Guerra y Marina para obtener mi licencia absoluta. Circunstancias especiales anteriores me hicieron militar y las circunstancias que prevalecen me hacen solicitar mi separación del ejército.

En seguida me respondió violento:

—Señor oficial, desde que ha estado usted en este escuadrón, a donde vino en mala hora, es ésta la primera satisfacción que me proporciona pidiendo irse a su casa, su rancho o lo que sea. Déle su oficio al cabo y tenga usted la absoluta seguridad que su petición será contestada de conformidad. —Y dirigiéndose al cabo escribiente, añadió—: Tramite usted esa solicitud desde luego. Mañana mismo, y junto con ella formule una petición de ascenso para el sargento primero Francisco Márquez, para que sustituya a este individuo. Pancho Márquez es el veterano de la tropa del escuadrón desde el tiempo del glorioso general Porfirio Díaz. Ésta será la manera más justa de desagraviar a este escuadrón manchado por la presencia de este señor. —Dirigiéndose a mí—: Puede usted retirarse.

Así fue mi despedida oficial del Escuadrón de Guardias. Todavía pasaron unos días más esperando la respuesta de la secretaría, favorable para mí, sin duda alguna.

XII

La prensa diaria manifestó, la mañana del día 23 de ese aciago mes de febrero, que el presidente de la República, don Francisco 1. Madero, y el vicepresidente, licenciado José María Pino Suárez, habían muerto la noche anterior cuando eran trasladados de la Intendencia del Palacio Nacional, en que estaban presos, hacia la Penitenciaría. Que eran conducidos en dos automóviles, y escoltados, Madero por el mayor de rurales Francisco Cárdenas, y Pino Suárez por el teniente también de rurales Rafael Pimienta, acompañados por algunos de sus soldados, y que cuando estaban ya para llegar a la prisión, un grupo de maderistas armados había tratado de liberar a los dos reos,

viéndose precisados los custodios a repeler la agresión, muriendo en la balacera que se efectuó, los dos mandatarios.

Nadie creyó el infundio tan burdo y descarado.

Los asesinos materiales fueron: Francisco Cárdenas, de Madero; y Rafael Pimienta, de Pino Suárez y la orden de los asesinatos salió de Huerta, Félix Díaz y todo el flamante gabinete.

Los cadáveres de los magnates fueron autopsiados y entregados a sus deudos.

Madero fue sepultado en el Panteón Francés, y Pino Suárez en el Español. Ambos entierros deslucidos de acompañantes. Contadísimas gentes fueron los concurrentes.

Sic mundus esto.

Inopinadamente fue relevado del mando del escuadrón el capitán Blázquez. Salía él primero que yo. Pequeña justicia inmanente de las pequeñas cosas. Lo sustituía el mayor de artillería Alberto Quiroz, emparentado con el general Huerta, y naturalmente de su absoluta confianza.

Así que hubo tomado posesión de su cargo el nuevo comandante, y que fue enterado de todo lo relativo a la corporación, me llamó a la comandancia.

Era el mayor Quiroz bajo de estatura, afable en su trato.

—Estoy enterado —me dijo— de la solicitud de usted pidiendo su licencia absoluta. No veo el motivo de su separación. Usted puede continuar en este mismo escuadrón.

—Mi mayor —le contesté—, yo he sido militar por un verdadero accidente, por un compromiso con el señor Madero. Yo no tengo vocación para la carrera militar, y tengo pequeños intereses abandonados que requieren mi presencia. Hago falta en mi casa para mantener a mis gentes. Con lo que aquí gano no es posible, y mucho menos ahora que he perdido todo mi equipo y habría de reponerlo con sacrificio del haber, que no me alcanzaría.

—Tengo la mejor voluntad para usted.

—Gracias, mi mayor, se lo agradezco infinitamente, pero las circunstancias me hacen volver a mi pueblo.

—Como usted lo desee. Queda usted relevado de todo servicio y en absoluta libertad para marcharse a su tierra.

Me tendió la mano y se la estreché efusivo.

Estaba libre. Me había liberado. Sentí como si se me hubiera quitado una carga de encima, como si hubiera salido de una pesadilla, aunque el despertar no sería nada agradable sino una cruel realidad. Pero me sentí dueño de mí mismo, sin el aherrojo de una disciplina dura y un mucho deprimente. Estaba pobre, maltrecho, desilusionado, pero dueño de mi voluntad para tomar el camino que mejor me acomodara. Volví a encontrarme, a nacer de nuevo, con el ánimo bien dispuesto, dentro de mi juventud, para ir por donde mejor me pareciera.

Volver a empezar como cuando fuimos con Madero llenos de ilusiones. Dentro de la oscura noche en que se sumía el país por el manto de la ignominia, una tenue luz aparecía en el norte, en mi tierra viril. Aquella lucecita podría ser el asomo de una claridad. Allí estaba el principio de una dignidad ultrajada; allí estaba el pundonor; el deber de ciudadano consciente, quizás la inmolación y el sacrificio, pero también la conciencia bien clara de lo procedente.

Cuando llegué a la casa de mi tío Marcos Benavides y les di la noticia tan satisfactoria para mí, a él y a mis primos les causó alegría. Gustavo, mi primo, que apenas había ingresado como cadete del Colegio Militar, también dejaría de serlo.

—Vete con Venustiano —me repitió mi tío.

—No tengo dinero para el pasaje del ferrocarril, pero de algún modo me iré.

—Yo te conseguiré la manera de que puedas irte —me dijo mi primo Marcos, que trabajaba como taquígrafo en las oficinas de los ferrocarriles.

—¿Podrás arreglar el pasaje?

—Boleto para el viaje no lo conseguiría, pero de algún modo lo lograré. Mañana, o en pocos días, yo tengo la solución.

—Puedes ir a Saltillo donde todavía está Venustiano, o si no a La Laguna con Emilio Madero; la cuestión es que salgas de aquí y vayas a donde puedas ser útil.

No tardó mucho en llegar la contestación de la carta que le había puesto a mi madre. Me decía que les había dado mucho gusto que yo hubiera salido con bien de los recientes combates, y que mucho les hubiera agradado verme, pues desde hacía más de dos años sólo sabían de mí por carta, pero que no debía de ir a Torreón porque podría ser aprehendido o por lo menos molestado. Ya las auto-

ridades no eran las mismas; habían sido sustituidas por enemigos de los maderistas. Nuestro rancho de La Bética había sido incendiado por gentes de Benjamín Argumedo y de un tal Escajeda, todos ellos orozquistas, y que esas gentes y la de Cheché Campos dominaban la región junto con los federales; que lamentaban mucho no verme pero que mi deber era irme a unir con don Venustiano Carranza, pues que Emilio Madero y todos los familiares de Panchito Madero habían tenido que salir violentamente para San Antonio, Texas. Por lo demás, ellos estaban bien de salud, nada más de salud; la iban pasando más mal que bien, con penurias y escaseces. Mi hermana le ayudaba en la casa y mis hermanos chicos seguían yendo a la escuela, algo mal vestidos y trasijados, pero que, en fin, estaban bien gracias a Dios; que saludara de su parte a su hermano Marcos y a sus sobrinos, y que yo recibiera el cariñoso saludo de mis hermanos y el corazón y la bendición de ella.

Honda pena me invadió de pronto. Yo, el hijo mayor, el que sustituyó a mi padre, desde su fallecimiento, al frente de los intereses que nos legara, el que debía de haber sido el jefe de la familia y el sostén de ella; el segundo padre de mis hermanos todavía muy pequeños, de nada les había servido por haber salido mala cabeza y haberme dado por irme a la bola siguiendo a Madero, y ahora que hubiera deseado volver al trabajo, a rehacer la vida y ser útil a mis gentes, no podía hacerlo porque las circunstancias me llevaban a seguir una carrera empezada como revolucionario y después como soldado.

Mi camino, pues, quedaba bien trazado.

Una mañana fui a la pagaduría del Estado Mayor Presidencial —ubicada en el Palacio Nacional—, para que me pagaran mis haberes dejados de percibir desde que había empezado la asonada.

Tres pesos doce centavos diarios era el sueldo de un subteniente, y además, por estar en la Guardia Presidencial, una asignación de cuarenta pesos mensuales. Total unos ciento treinta pesos, última paga que me hacía el gobierno.

Una vez que hube cobrado, y cuando atravesaba el Patio Central para salir del Palacio, me encontré con el coronel Jesús Agustín Castro, que llegaba sin duda para ir a la Secretaría de Guerra. El coronel Castro era el comandante del Veintiún Cuerpo Rural de la federación, procedía de los antiguos maderistas de la Segunda

División del Norte que mandó don Emilio Madero, hermano del presidente sacrificado. Iba vestido de charro con el uniforme reglamentario de los rurales.

Me dio gusto verlo y me apresuré a saludarlo. Era mi conocido, en cierto modo mi jefe maderista. Una idea cruzó con rapidez por mi mente, una esperanza: maderista como había sido el coronel Castro, seguramente, como yo, tendría la misma indignación por todo lo acaecido. Mandaba, además, un cuerpo rural. Lo lógico sería que se levantara en armas contra los usurpadores.

¿Qué mejor ocasión para quedar a su lado en vez de hacer un viaje largo hasta el norte en busca de don Venustiano Carranza?

Me saludó con afecto y yo le conté brevemente la situación mía.

—Y a usted, mi coronel, ¿no le tocó cargar con su Cuerpo, sobre los de la Ciudadela?

—Afortunadamente no. Mi Cuerpo está casi intacto. Sólo unas cuantas bajas tuvimos. Si me hubieran ordenado cargar como a los otros compañeros, no lo estaría contando.

—¿Qué opina usted de lo que ha pasado?

—A mí me parece todo muy bien.

—Pero usted fue maderista.

—Fui, usted lo ha dicho. Tiempo pasado.

Súbitamente se desvaneció mi fugaz esperanza.

—Yo ya estoy dado de baja, mi coronel, me vuelvo a nuestra tierra. ¿Se le ofrece algo por allá?

—Nada. Que le vaya a usted bien.[3]

[3] El coronel Jesús Agustín Castro llegó a Piedras Negras, Coahuila, cuartel general de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, por mayo de 1913. Iba a hacerse presente y ponerse a las órdenes de don Venustiano Carranza. El Veintiún Cuerpo Rural que él mandaba, y que estaba acuartelado en Tlalnepantla, de procedencia absolutamente maderista, por instrucciones de su comandante, el coronel Castro, se había sublevado contra el usurpador Huerta y había abandonado su cuartel lanzándose a la revuelta, combatiendo con cuanto enemigo encontró a su paso en una marcha triunfal hasta el estado de Tamaulipas, donde ya los constitucionalistas, a las órdenes del general Lucio Blanco, hacían magnífica campaña y se habían adueñado de las plazas fronterizas de Matamoros y Reynosa.

Yo ya estaba incorporado al Estado Mayor de la Primera Jefatura en Piedras Negras, Coahuila, cuando llegó allí el coronel Castro. Sorpresa agradable le causó cuando me encontró allí.

—Mi coronel —le dije—, yo hubiera querido haberme incorporado con usted en la capital. ¿Recuerda usted que lo saludé en el Patio Central del Palacio Nacional?

Ya para salir a la calle me encontré a otro coronel maderista y comandante de un Cuerpo de rurales, Martín Triana. Le saludé tan sólo y no conversé con él. Probablemente su actitud sería la misma del coronel Castro.

El coronel Martín Triana obró de manera semejante al coronel Jesús Agustín Castro, aun cuando las fuerzas rurales que él mandaba y que combatían en el estado de Morelos contra los zapatistas, no tuvieron el éxito que las del Veintiún Cuerpo Rural. Todos sus elementos, sin embargo, fueron a dar a las filas de los revolucionarios constitucionalistas. El Veintiún Cuerpo Rural conservó su cohesión absoluta y hasta engrosó sus filas grandemente.

XIII

El ambiente que predominaba en la ciudad era de absoluta simpatía para Huerta y Félix Díaz. La inmensa mayoría de los habitantes de la capital, de una manera entusiasta manifestaban su aprobación por el final de un régimen que sólo había durado escasos dieciséis meses. Don Francisco I. Madero había sido presidente de la República desde el día 6 de noviembre de 1911, hasta el 22 de febrero de 1913, cuando fue asesinado.

Nadie recordaba ya el recibimiento apoteósico que la misma ciudad de México le había hecho cuando llegó triunfante. Más de 200 mil personas lo aclamaron calurosamente el 7 de junio de 1911, a su llegada a la estación de Colonia. Un verdadero frenesí había sido el recibimiento, y apenas unas dos docenas de personas humildes fueron a su sepelio.

Todos fueron a la Ciudadela, todos habían combatido contra Madero. El ejército era el salvador del pueblo y los aspirantes eran unos héroes.

—¡Qué asco de gente!

—Comprendí sus deseos inmediatamente que usted me habló. Yo ya tenía hecho mi propósito de rebelarme contra Huerta, pero quería sacar a mi Cuerpo íntegramente. Debía tener sumo cuidado; era arriesgado y peligroso salir del seno del enemigo. Tenía que ser muy cauto. Ni a mis mismos oficiales de confianza les había confiado mis propósitos.

—Tuvo usted razón de sobra. Fue una ingenuidad de mi parte pensar que pudiera yo haberme incorporado a sus fuerzas. La indignación que me embargaba me empujaba a buscar cuanto antes un lugar en la lucha contra el usurpador.

Mi primo Marcos ya tenía arreglado que yo pudiera viajar por ferrocarril sin costo alguno. Me llevó a la estación de Colonia en donde él trabajaba, y allí me presentó a un íntimo amigo suyo de nombre José María Villarreal, joven agradable, fronterizo como nosotros y con empleo un tanto relevante en los ferrocarriles. El señor Villarreal como todos los empleados de alguna significación, tenía, para su uso, un pase anual para poder viajar en los trenes cuantas veces quisiera sin el requisito de tener que proveerse de boleto. Bastaba la presentación de la tarjeta-pase al conductor y firmar una pequeña forma al propio conductor. Ni siquiera era necesario manifestar a dónde se iba, ni mucho menos el objeto del viaje.

—Sólo tiene usted que ensayar a falsificar mi firma, que es la única identidad de mi persona y está puesta en el pase. Con esa firma ha de signar la forma que le presentaría el conductor. Nada más que cuando usted haya llegado al final de su viaje, no deje de devolverme por correo certificado mi pase, porque me hace mucha falta.

—¿Y si algo me preguntan los empleados del tren, o tratan de conversar conmigo durante el trayecto?

—No es probable porque yo pertenezco a los servicios especiales, es decir, a la policía de la empresa que tiene por misión la vigilancia e investigación de los empleados. Ver su comportamiento y reportar lo que no esté correcto. Se traduce todo esto en una cierta antipatía hacia nosotros, y si usted se mantiene reservado nada pasará. Por lo demás, usted verá que mi firma es muy simple, no tiene rúbrica al estilo americano, que es el que predomina en el ferrocarril.

Le agradecí el gran servicio que me hacía y juntos los tres nos fuimos a tomar una copa a la cercana cantina. Él era un ferviente admirador de Madero y, de haber estado en condiciones, quizás hasta algún dinero me hubiera proporcionado.

Dos días estuve pacientemente ensayando hacer la firma de aquel amigo J. M. Villarreal hasta conseguir imitarla lo más exacta. Si acaso, al usarla a bordo del tren no salía del todo exacta a la de la tarjeta-pase, podría achacarse al bailoteo del tren en marcha, cosa perfectamente creíble.

Los Benavides me proporcionaron una petaca pequeña corriente, y en ella colocó mi prima María dos mudas de ropa interior, mi ropa aquella de dril crudo que había usado durante la Decena Trágica, ya bien lavada la blusa y el pantalón, unos pañuelos y una

novela de Ponson du Terrail para leer en el camino. En una bolsa de papel de estraza puso un pollo cocido, cuatro piezas de pan y tres plátanos.

A los ciento treinta pesos de mi sueldo cobrados, les agregué cuarenta más que me dieron en un bazar de la calle de Vergara por mi pistola reglamentaria.

Me despedí con fuertes abrazos de mi tío y de mis primos, y una buena mañana salí de la estación de Colonia, en el tren ordinario, con destino a Saltillo.

El carro de primera en que yo viajaba iba casi lleno. Antes de llegar a Tlalnepantla el conductor del tren revisó los boletos de los pasajeros. Vio mi tarjeta; sacó de uno de los bolsillos un pequeño block de formas impresas y me hizo firmar al calce de una de ellas. Comparó la firma estampada con la pase y encontrándola correcta, me la devolvió.

Adosado a la ventanilla de mi asiento veía el paisaje pintoresco del Valle de México que se iba alejando, que iba quedando atrás.

En el asiento que estaba frente al mío, una señora y una niña conversaban. La niña preguntaba ingenuidades, y la señora, su madre seguramente, le respondía complaciente.

Pasan a mi vista, y huyen, las tierras bien cultivadas, sin desperdicio alguno, cubiertas de alfalfares y de milpas. Líneas rectas de árboles que señalan, sin duda alguna, los linderos de las pertenencias de cada propietario rural; arboledas sombrías, frescas y acogedoras. Diversos matices de color verde, desde el suave o tierno hasta el oscuro intenso. Puntos blancos regados sobre la alfombra verde son las camisas de los hombres que trabajan. Cielo azul resplandeciente y limpio, y en el fondo, donde pudiera ser el horizonte, hacia Puebla las montañas nevadas de los volcanes guardianes del hermoso Valle de México.

Va quedando atrás el bello paisaje, como quedó atrás también la capital de la República, y dentro de ella la nefasta Ciudadela. Entra el terreno bronco y áspero del suelo patrio, que ha de continuar de allí en adelante hasta los linderos del río Bravo del norte. Desierto huraño, salpicado acaso por varios oasis que constituyen algunos de los poblados del trayecto.

Va pasando el tren por la tierra pelada y polvorienta, reseca por la falta de agua. Miserable y pobre tierra sin cultivo. Rancherías de jacales que mal cubren de la intemperie. Niños semidesnudos,

sucios y famélicos; hombres y mujeres tristes. Perros que apenas tienen ganas de ladrar y lo hacen con desgano, como para cumplir con una obligación.

En el monte rebaños de cabras y, en derredor de los jacales, gallinas que picotean el suelo. Cabras y gallinas vegetan; viven con nada y, en cambio, dan a sus dueños huevos y leche.

Cerros azules en la lejanía, con cierta belleza; y pelados, grises y feos cuando se llega a ellos.

Tierra pobre, polvorienta, vegetativa. Hombres como la propia tierra, pobres, sudorosos, desgreñados, ceñudos y tristes. Mujeres demacradas, de rostros hieráticos, mezcla de rudeza y de resignación.

El camino férreo serpentea escalando o descendiendo por montes y collados cubiertos de aridez, y cuando pasa por los llanos, éstos son matorrales, o bien planicies con la vegetación rígida del desierto: biznagas, cardos, órganos y nopales; arbustos todos ellos cubiertos por espinas en vez de hojas.

Monotonía de un paisaje cruel que se desliza, al compás del fragor violento y brusco de las ruedas del tren, sobre el camino férreo.

A media tarde llegamos a Querétaro. Agradable oasis en el camino.

Ciudad señorial, joya de la Colonia. Histórica: cuna de la iniciación de la Independencia y escenario trágico de la caída del Segundo Imperio, el de aquel príncipe rubio, Maximiliano, que cayó atravesado por las balas republicanas en la colina de Las Campanas.

Un manto de verdura placentera envuelve la ciudad. Un acueducto monumental, de esbelta arquería, parece ser una gigantesca balaustrada. La vía férrea, ya para llegar a la ciudad, serpentea, y en cada vuelta que da el convoy, un paisaje diferente se ofrece a la vista del pasajero. La Cuesta Chica, el camino carretero fragoso que de México conduce hasta Querétaro. El cerro del Cimatario, pelado y bronco, teatro de fuertes combates entre sitiados y sitiadores del año 1867. Entre las hondonadas de los cerros que casi rodean a Querétaro, La cañada, verdura intensa de unos baños famosos.

En la planicie, al pie de los cerros, por donde desciende el tren, la hermosa ciudad colonial con sus calles empedradas y limpias; sus casas de un solo piso, con balconería de hierro forjado. Las atrevidas bóvedas del convento de la Cruz. Esbeltas torres y bellos cimborrios de un gran número de templos coloniales.

Se antoja la existencia tranquila y placentera que han de llevar los que tienen la dicha de morar en Querétaro. Lugar ideal para un remanso de la vida.

Cuando partimos de Querétaro cae ya el sol.

El paisaje torna a ser bronco, pero el crepúsculo atenúa sus aridezces y la luz tenue de la penumbra parece hacerlo mucho más suave.

Cae la noche. Las sombras invaden el campo y el paisaje es ya sólo un espeso telón negro.

El vagón está iluminado con la luz débil de sus lámparas, que medio disipan la oscuridad y apenas sirve para denunciar la presencia de los viajeros, que más parecen bultos parlantes que roncan o que cuchichean.

El monótono ritmo de las ruedas del tren sobre los rieles, y el movimiento acompasado y continuo del furgón, llaman al sueño que flota suspendido en el ambiente y acaba por caer sobre los viajeros.

XIV

Al mediodía hemos llegado a Vanegas, estación de comida entre San Luis Potosí y Saltillo, con restaurante de chinos, cantina y principio de un ramal de ferrocarril que lleva a Matehuala.

Los veinte minutos que suelen dar a los viajeros de los trenes para tomar sus alimentos, se convirtieron en dos horas. Habían quemado dos puentes, en las cercanías de la estación de Carneros, los rebeldes carrancistas.

No podríamos continuar porque la reparación se llevaría unos dos días, pues apenas se iba a alistar un tren de auxilio con materiales de reparación y trabajadores expertos, para ir al lugar del siniestro, debidamente escoltados.

Mientras tomaba yo un café en el restaurante de los chinos, oía la conversación que, en una mesa de al lado, tenía un mayor con unos ferrocarrileros. Así me enteré que los rebeldes causantes de los daños eran un minero de Concepción del Oro llamado Eulalio Gutiérrez, y un tal Pancho Coss, de cerca de Saltillo. Que no eran gente de pelea para enfrentarse al gobierno, pero que no dejaban de molestar la vía férrea, y hasta pudiera esperarse alguna voladura con dinamita ya que andaban mineros entre los alzados. Que a él,

con cincuenta hombres que tenía, y dos "cóconas" (así les llamaba a los fusiles ametralladoras), le venían "guangos" todos los alzados. Que Carranza ya había tenido que salir de Saltillo y andaba a salto de mata, con apenas unos trescientos hombres.

Regresó el tren a San Luis Potosí, a donde llegamos ya de noche.

No tenía caso que yo fuera a Saltillo. Debería de ir a San Antonio Texas, y hacerlo cuanto antes en razón al poco dinero que llevaba: Me alojé en un hotelucho cercano a la estación.

A media mañana del día siguiente salí en el tren que me llevaría a Tampico, para continuar a Monterrey, y de allí a Laredo.

Tren mixto de lento caminar y con grandes demoras en las estaciones en que dejaba o tomaba carga con esas maniobras complicadas y un tanto misteriosas de todos los trenes de esa índole: se desprende la locomotora del convoy con parte de los furgones; toma otra vía; parece dejar a uno o varios de los carros que remolca y tomar otros; los lleva, los trae; camina para adelante y para atrás. Vemos pasar por las ventanillas a nuestra locomotora muchas veces, y al cabo de repetidas y cortas marchas, el convoy vuelve a quedar como estaba y sigue el camino con la innata velocidad que tomó desde que iniciara su marcha.

Al conductor del tren, que revisó mi tarjeta-pase, y a quien le firmé la forma impresa respectiva, le vi cara sonriente y me pareció adivinar en él un deseo de conversar en cuanto terminara su revisión de los boletos del pasaje. Eché mano de la novela que llevaba en mi petaquilla y fingí embeberme en su lectura para lograr esquivar al conductor. Ni siquiera puse atención al paisaje tropical del camino.

Ya oscuro el día arribamos a Tampico. Me alojé en un hotel cercano a la estación, de bajo precio.

Al día siguiente emprendí el viaje a Monterrey, haciendo el recorrido en el tren ordinario de pasajeros sin ninguna novedad y gastando lo menos posible en mi alimentación. Arribé a Monterrey ya anochecido y quise continuar desde luego el viaje a Laredo en el tren directo, para llegar a la frontera por la mañana a temprana hora, pero me encontré con que dicho tren había sido anulado, en virtud de que había algún puente y algunas alcantarillas quemados en las cercanías de Lampazos. Los desperfectos, me informaron, fueron ocasionados por los rebeldes al mando directo de don Jesús Carranza, hermano de don Venustiano.

Otro desvío en mi camino. Ahora debería de ir a Matamoros para allí cruzar el río Bravo y llegar a la tierra norteamericana por Brownsville, Texas.

Como ya venía siendo mi costumbre, dormí en el hotel más cercano a la estación del ferrocarril, y también en el que me pareció más modesto.

A media mañana partí de Monterrey en otro tren mixto parecido en todo al de San Luis Potosí a Tampico, pero sin correr a través del paisaje tropical de la Huasteca, sino ahora por las características tierras norteñas, resecas, áridas y cubiertas de chaparrales, de mezquites, cactus y yerba gobernadora. Última revisión de mi tarjeta pase, y postrera firma con aquel nombre de J. M. Villarreal que iba usurpando.

Ya era de noche cuando arribamos a Matamoros.

Tomé un coche tirado por escuálido caballejo para que me llevara hasta el "dipo"[4] del lado americano.

No era yo el único que llevaba por destino el lado americano. Una familia llegada, en el mismo tren, también contrató un vehículo con el mismo fin.

Ya para llegar al puente internacional me oprimió un cierto sobresalto, una incertidumbre por si algo inesperado fuera a impedirme el paso. Gracias a Dios nada ocurrió. Viéndolo bien, nada podía ocurrir. ¿Quién era yo, humilde subteniente dado de baja del ejército? Uno de tantos mexicanos de los que pasan todos los días por los puentes internacionales en busca de un trabajo que no encuentran en su patria.[5]

Pasó el coche por la garita aduanera del puente sin detenerse.

Quedaba atrás definitivamente el suelo patrio; Matamoros con sus calles semioscuras, polvosas y llenas de hoyos.

Pasamos frente a la garita de la aduana americana, bien iluminada y limpia. Rápida revisión de mi maleta casi vacía. En una ventanilla de la propia oficina cambié mi escaso dinero por dólares. Dos pesos mexicanos por uno de los Estados Unidos.

---

[4] En ambos lados de la línea divisoria fronteriza del norte, le decían "dipo" a la estación del ferrocarril. En inglés *depot* es la designación correcta del lugar.

[5] En el año de 1913, y todavía en 1914, la frontera mexico-norteamericana era cruzada por los nacionales de los dos países sin requisito alguno de inmigración o salubridad, y la sola formalidad era la revisión de las aduanas.

Brownsville, ciudad bien iluminada, con casas de agradable aspecto y con calles adoquinadas, contraste notorio con la vecina Matamoros.

El "dipo" americano estaba desierto y la ventanilla de los boletos cerrada. En el pizarrón anunciador de la llegada y salida de trenes se leía que ninguno saldría esa noche, sino hasta por la mañana.

Me senté en una banca de la sala de espera.

Un hombre cincuentón, fornido, de pelo y tupido bigote, entrecano, con la indumentaria que usa la gente trabajadora del campo, y portando una maleta semejante a la mía, llegó y fue a curiosear al pizarrón del movimiento de los trenes. Largo rato estuvo contemplando el horario y, un tanto desilusionado, fue a sentarse junto a mí.

—Ni modo —comentó conmigo—, hasta *tomorrow morning*.

—Sí —hasta por la mañana habría tren.

—¿Tú también vas a San Antonio, como yo?

—Para allá voy.

—¿Vienes de México a buscar chance a los *Estates*?

—A eso vengo.

—Haces bien en meterte más adentro, porque aquí en la frontera ahorita como no sea el "desenraice"[6], no hay nada, y ese chance para mí no me acomoda. Ya estoy viejo y cojeo, por eso voy a San Antonio, que es pueblo grande y allí puede que encuentre algún trabajo menos peor. ¿Tú ya conoces San Antonio?

—Bueno, sí. Soy de Coahuila y algunas veces he ido a San Antonio.

—¿Has trabajado en el campo?

—He trabajado en el cultivo del algodón.

—Eso es bueno. Aquí hay mucho de eso. ¿Eres bueno para la pizca y para el arado?

—Bueno… yo personalmente no lo sé porque nunca lo he hecho; yo tenía peones.

—Así no tiene chiste. Mandar es bonito, hacerlo ya no tanto. —Se me quedó viendo un rato y agregó—: No te veo facha de que puedas servir pal "desenraice" ni pal arado. Yo te voy a buscar, al fin vamos juntos al mismo pueblo, un chance bueno para ti. ¿Hablas inglés?

—Tantito. A lo mejor como usted.

[6] "Desenraice" es cavar la tierra y sacar las raíces de los troncos de los árboles talados para que el terreno quede laborable.

—Como yo, no; yo nací aquí; soy de Falfurrias, Texas. Allí me casé y nacieron también allí mis hijos. A todos los enterré en Falfurrias, me quedé solo, viejo, medio cojo y pobre. Así es la vida.

Él tenía la palabra y parecía satisfacerse en hablar y en tener compañía con quien hacerlo.

—Tú conocerás San Antonio, pero habrás ido allí desde Laredo o de Eagle Pass; pero por aquí, desde Brownsville, se me hace que no. No creas que es cosa sencilla.

—Lo mismo ha de ser, ¿por qué había de ser diferente?

—Es otra cosa. De Laredo o de Eagle Pass, agarras el tren nomás y te bajas en San Antonio. Los trenes van derechos y no sesgan de un lugar al otro. El tren de aquí no va derecho a San Antonio, va para el norte y hay que saber en donde hay que hacer desbordes.

—¿Desbordes?

—Sí, dejar a un tren para agarrar otro.

—¡Ah!, transbordar.

—Así les dirán ustedes los mexicanos. Tú no te me despegues. Yo conozco bien ese *bussines*. Si te me despegas, cuando acuerdes ya no te bajaste a tiempo y la tienes que seguir por otro rumbo: te apean más adelante, pierdes el tiempo y te cuesta más *money*.

Consideré que tenía razón.

—Por lo pronto vamos por ai a tomar un cofi y a ver dónde pasamos la noche, porque aquí no dejan. Los sherifes andan muy águilas y en todas partes creen ver gente vaga.

Fuimos a un restaurancito y cenamos parcamente.

Un galerón destartalado fue nuestro albergue. Doce catres de lona, con sendas almohadas sucias, era todo su ajuar. Era aquel el lugar barato para alojar a trabajadores mexicanos que van a bracear al lado americano. Veinticinco centavos de dólar costaba la dormida.

Afortunadamente nosotros dos éramos los únicos huéspedes esa noche.

—Si esto llega a estar lleno —le comenté a mi nuevo amigo—, puede que nos robaran la maleta, la ropa y quizás hasta los mismos zapatos.

—No lo creas. Aquí no pasa eso. En tu tierra así será. En este país el que roba le cae una condena de años y nadie se escapa. Cuando llegan acá, son muy mansitos ustedes por la cuenta que les tienen.

A la mañana siguiente desayunamos temprano y compramos unos emparedados para el camino. El pasaje a San Antonio me costó doce dólares y centavos.

Largo fue el trayecto y, efectivamente, hubo que hacer dos "desbordes" —como decía mi nuevo amigo— para llegar a San Antonio, a donde arribamos ya anochecido.

Por el camino hubo tiempo sobrado para que mi acompañante —o mejor dicho a quien yo acompañaba—, me refiriera su vida toda y un sinfin de cuentos e historias. Su gusto era hablar; mal lo hacía, pero no paraba. Refería lo suyo y lo demás nada, nada le interesaba. No era curioso en indagar vidas ajenas y, consecuentemente, nada inquirió sobre mí. Ni siquiera preguntó por mi nombre y, en cambio, me dijo el suyo: Pat Reyes, o sea Patricio, pero abreviado, para tener, sin duda, un acento norteamericano.

Lo que contaba era sencillo, simple.

Pude estimar que era hombre bueno, honrado y de trabajo. Rudo y franco, pero sin dobleces. El haber quedado viudo y sin hijos lo hacían buscar acomodo en algún lugar que, aunque fuera remotamente, pudiera olvidar su soledad.

Parecióme que yo le había caído bien y me miraba con aire de paternidad, quizás pensando que yo pudiera ser su compañero en el trabajo.

En San Antonio nos alojamos en una casa parecida, en todo, a aquella en que habíamos dormido la noche anterior en Brownsville.

XV

—Oiga don Pat, voy a dar una vuelta por el centro.

—No te vayas a perder.

—Pero ¿quién se puede perder en San Antonio, que sólo tiene dos calles, que son las de Comercio y Houston, y las dos van a la Plaza del Álamo?

—Mira, pues sí conoces bien.

—No le he dicho que soy de aquí cerquita. No más del otro lado.

—Bueno. No te entretengas. Te espero para el mediodía. Yo mientras voy a buscar chance para los dos.

—Ai le encargo mi equipaje.

—Aquí no se pierde nada. Cuándo acabarás de entender.

Fui en busca de doña María Barrera, pariente lejana por el lado materno. Sabía que era propietaria de un restaurante elegante de comida al estilo mexicano y que su establecimiento estaba ubicado por la Plaza del Álamo.

Me fue fácil dar con el lugar. Realmente era atractivo aquello. Bien decorado el salón con motivos mexicanos discretos; notorio aseo en las mesas y en la servidumbre. La especialidad de la casa —mejor dicho, lo que allí sólo podían servir— eran tamales, enchiladas, cabrito y chile con carne. Todo ello, según supe después, de una excelente calidad.

No estaba doña María a la hora que yo llegué; me informaron que era segura su presencia a la hora de la comida del mediodía, y muy especialmente en la cena o merienda, que era cuando la clientela era mayor. La ausencia de la dueña no fue óbice para que me dieran la dirección de la casa en que estaba alojada la familia Madero. Eran bien conocidos por ser parientes de la propietaria y con suma frecuencia iban allí a tomar sus alimentos.

Don Emilio Madero escuchó con suma atención cuanto yo hube de contarle de lo de la Decena Trágica; claro que no era mucho lo que podría narrar un oficial subalterno; terminé pidiéndole estar a su lado para la nueva lucha. ¿Con quién mejor que con él, con quien había andado anteriormente, y con mis viejos compañeros maderistas?

—La familia Madero —me dijo— no va a tomar participación alguna. Es un propósito que nos hemos impuesto todos los familiares de nuestro desaparecido hermano. Yo te agradezco en el alma, en nombre mío y de toda mi familia, tu buena intención, tu desinterés y la abnegación que demuestras. Para nosotros, con la muerte de Francisco y de Gustavo, ha terminado todo; los perdimos a ellos y hemos tenido que abandonar la tierra y todos nuestros intereses. Estamos sumamente adoloridos y decepcionados. Nada queremos. Si tú, que eres joven y con ardor para luchar, quieres hacerlo, vete con don Venustiano Carranza, el gobernador de nuestro estado, que está tratando de organizar fuerzas contra los traidores. Con él encontrarás a muchos conocidos y amigos. Es muy sencillo llegar con él; debe de andar por las cercanías de Saltillo o por Monclova. Piedras Negras está en su poder, y el jefe de las armas de allí es Gabriel Calzada, a quien tú conoces bien; allí puedes ir si lo deseas. Aquí mismo, en San Antonio, anda el teniente coronel Garfias, que

lo envió don Venustiano Carranza para ver si conseguía que la familia Madero diera dinero para fomentar la lucha. ¿Qué dinero vamos a dar nosotros si nos quedamos sin nada? Además, no deseamos inmiscuirnos; es ésa nuestra determinación. ¿Conoces a Garfias?

—Bastante. Era el segundo jefe del Estado Mayor Presidencial.

—Búscalo. Es fácil dar con él. Aquí en San Antonio se encuentran las gentes unas con otras, todos los días. Está alojado en la casa de doña María González, una señora que ha sido muy maderista. Renta cuartos amueblados y su casa está en la calle de Houston, pasando el hospital de Santa Rosa, casi enfrente, no sé el número, pero es muy conocida. Cualquiera te da razón de su casa.

Garfias te contará cómo andan las cosas en Coahuila y le ha de dar gusto oír lo que tú le cuentes de México.

—Ya que usted no va a luchar, me iré con don Venustiano; créame, mi general, que lo lamento. Yo no puedo soportar lo que ha pasado. No podría nunca resignarme con la felonía. Me arde la sangre y me sacude el odio como no se lo puede usted imaginar, y como yo debe de haber muchos. Tenemos que pelear como sea y donde sea. Panchito, su hermano, nos despertó y nos hizo ver algo mejor para nuestra patria, y sólo la muerte podrá adormecernos.

—Me agrada tu ánimo; me satisface en lo más hondo del ser, si no fuera por… —Lo vi emocionarse un momento. Me miró complacido y agregó—: Me doy cuenta de que viniste con sacrificios y de que has de andar muy mal de dinero. Quisiera ayudarte bien, pero no puedo. Ten estos veinte dólares, que es lo único que puedo darte como una insignificante ayuda para tus gastos. Cinco dólares cuesta el pasaje de aquí a Eagle Pass; con el resto puedes adquirir algo de ropa para la campaña.

—Gracias, mi general.

Un fuerte abrazo y un apretón de manos.

Allá en San Antonio, Texas, en la calle Houston, una cuadra más adelante del hospital de Santa Rosa, tenía su domicilio doña María González, furibunda maderista de pelo en pecho, capaz de hacer cualquier sacrificio que se le pidiera en favor del movimiento reivindicador naciente. En la puerta de su *bungalow* de madera, ostentaba el consabido rótulo de tantas casas americanas: *Furnished rooms*. Rentaba cuartos amueblados y, si era preciso, proporcionaba también los alimentos a sus huéspedes.

Doña María se ayudaba, con la renta de los tres o cuatro cuartos que podía rentar, para sus gastos personales, por demás modestos. Se decía que guardaba dinero que había adquirido explotando un hotel en la Plaza de Santa Rosa, cerca de la "marqueta".

Hembra brava, de pelo en pecho, robusta y decidida, era doña María González, sin duda alguna, de las mujeres más destacadas de la Revolución; todo su anhelo, su interés, sus ahorros, su energía, estaban consagrados a la causa libertaria.

Sus huéspedes, ¡claro es!, eran solamente personas afiliadas a la Revolución. ¡Qué esperanza que algún enemigo en ideas pudiera alojarse ahí! Tan sólo maderistas vivían en su casa, y los visitantes a la misma debían de ser también gente del mismo modo de pensar. A quien podía pagarle, le cobraba un bajo precio, y al que no podía hacerlo, le daba albergue y los alimentos gratuitamente, le prestaba dinero y le proporcionaba, finalmente, los cinco dólares que costaba el pasaje del ferrocarril de San Antonio a Eagle Pass, para que el candidato a revolucionario de acción se incorporara a las filas de don Venustiano.

El mismo ardor que expresaba doña María para querer a los revolucionarios, lo ponía, acrecentándolo más aún, para odiar a los huertistas, comenzando por el cónsul, continuando con sus esbirros y policías, y finalizando con los mexico-texanos simpatizadores del usurpador, entre los que, en primer término, figuraba el coronel Chapa, ex *sheriff* y dueño de una conocida botica en Comercio Street. Doña María los odiaba a muerte y no despreciaba la ocasión que se le presentara para desahogar su inquina en contra de ellos.

Vecina como era, doña María, de los Estados Unidos, conocía a la perfección las leyes americanas y el uso práctico que podía hacer de ellas. Sabía, por ejemplo, que quien da, supongamos, una cachetada a una persona, tiene la obligación —según jurisprudencia asentada por la Corte— de pagar, como multa, diez dólares. Que quien da un pescozón paga cinco, y quien da una gaznatada, quince, y así sucesivamente. Tenía en su casa, para su uso particular, una verdadera tarifa escrita de penas monetarias impuestas por riñas vulgares y callejeras. Bien aprovechaba doña María aquella tarifa, llegado el caso.

De sus ahorros iba reuniendo poco a poco la cantidad que juzgaba le era necesaria, y cuando ya la tenía reunida, se daba el gusto de donarla al erario norteamericano a título de multas.

Salía, el día elegido, de su casa y tomaba rumbo hacia la botica de Chapa, cuartel general de los huertistas.

Pasaba por la acera, retadora, y le echaba ojo a su víctima.

Penetraba a la botica a pedir cualquier cosa, y mientras la despachaban, se desahogaba diciendo a voz en cuello improperios en contra de Victoriano Huerta, y haciendo alusión, casi de una manera directa, a su candidato escogido desde un principio. Se armaba el cuento, y doña María, fuerte y decidida como era, se enfrentaba con su contrincante y lo cacheteaba, o le apretaba el cuello, según fuera la cantidad de dólares de que dispusiera.

Después, llegaba la policía, era citada a la Corte y pagaba sin regateo las multas a que era condenada, y cuyo monto sabía de antemano.

Todos los que para incorporarse al movimiento revolucionario de 1913 pasaron por San Antonio, Texas, conocieron a doña María Gonzáles y, sin duda, los que viven deberán guardar un grato recuerdo de aquella matrona fuerte del principio de la Revolución.

Allí encontré al teniente coronel Luis G. Garfias, que había sido el subjefe del Estado Mayor Presidencial, y por tanto me conocía bien. Le dio gusto verme y hube de narrarle cuanto yo sabía. Él, a su vez, me contó la indignación que les produjo al gobernador del estado de Coahuila, don Venustiano Carranza, y a ellos, los del Regimiento Mariano Escobedo en reorganización, pues sus filas habían sido grandemente mermadas en la campaña contra Pascual Orozco, el odioso cuartelazo, y el respaldo decisivo que ellos —los jefes y oficiales del regimiento que él mandaba— le dieron al señor Carranza. Me informó que él tenía ya el grado de coronel del ejército que se estaba creando, y se llamaba constitucionalista, del cual era el Primer Jefe don Venustiano Carranza; él su jefe de Estado Mayor, y Jacinto Treviño, que ya era teniente coronel, el segundo jefe. Asimismo, me dijo que estaba en comisión en San Antonio para tratar de buscar dinero para el fomento de la Revolución.

—Desde este momento estoy a sus órdenes, mi coronel. Ordéneme lo que debo hacer.

—Queda usted incorporado, desde hoy, al Estado Mayor de la Primera Jefatura. Me acompañará aquí durante mi permanencia y nos iremos a Piedras Negras un día de estos. Véngase a vivir a esta

casa; doña María le dará un cuarto, y comeremos usted y yo por ahí en cualquier parte.

—Enterado, mi coronel. Con permiso de usted voy a recoger mi corto equipaje.

Ya caía la tarde cuando llegué al lado de mi amigo del día anterior.

Estaba enojado; su cara hosca así lo denunciaba y me lo manifestó en seguida.

—¿Qué diablos pasó? Mira nomás qué horas de volver. Tú diatiro la friegas. Ya me tenías con cuidado; nomás piense y piense: ¿qué le habrá pasado a ese tarugo? Ya tengo chance para los dos para comenzar mañana temprano. Se trata de arrear "un mueble"[7]. Yo manejo y tú cargas y descargas.

—Un momento, don Pat. Déjeme explicarle. Hasta ahorita lo puedo hacer porque ya estoy bien orientado. Yo no he venido a los Estados Unidos a buscar trabajo. Fui revolucionario maderista y después militar de línea en la Guardia Presidencial del presidente Madero; estuve con él hasta que lo asesinaron los generales Huerta, Félix Díaz y todos los militares del ejército federal que los secundaron. He venido huyendo, y mañana o pasado mañana me voy para Eagle Pass para pasar a Piedras Negras y juntarme con don Venustiano Carranza, que está luchando contra los traidores y trata de que en mi patria haya un gobierno legal que ahora no existe. Voy a pelear en una lucha que ha de ser dura. Dispénseme que no se lo haya dicho antes, pero tenía que ver primero a algunas gentes aquí en San Antonio, y saber con exactitud cuál era mi camino. Ahora ya lo sé y sólo he venido a despedirme de usted, que es hombre bueno, y en quien he podido apreciar sus cualidades y su deseo de ayudarme.

Se quedó asombrado. Me miró con cierta admiración, y medio turbado expresó:

—Bueno, y yo que creí…

Le di un abrazo, cogí mi maletilla, y ya para alejarme, alcanzó a decirme:

—Dispénseme usted.

Dejaba de tutearme; quizás se desvanecía en su mente la ligera ilusión de una amistad y un compañerismo apenas iniciado.

[7] En la frontera y en Texas le llamaban "mueble" a los vehículos tirados por caballos.

XVI

El coronel Luis G. Garfias era una persona estimable, de vasta cultura, de trato afectuoso y un tanto nervioso. Siete años de estudios en el Colegio Militar lo habían hecho oficial del Estado Mayor Especial. Simpatizaba grandemente con el presidente Madero, y queriendo serle más útil, cuando le pareció más necesario, solicitó, y obtuvo, salir del Estado Mayor Presidencial, del cual era el segundo jefe, para ir a organizar en Coahuila un regimiento de caballería que llevó por nombre Mariano Escobedo, para combatir la rebelión de Pascual Orozco; lo acompañó en tal misión el capitán Jacinto B. Treviño, facultativo de artillería, y también del propio Estado Mayor. Otros oficiales fueron comisionados con él. Con mineros voluntarios de la región carbonífera, organizaron un regimiento que fue partícipe activo en la campaña que el general Huerta había hecho con brillantez en Chihuahua. Diezmado su regimiento, tras de fuertes combates, habían sido destacados él y los suyos a Saltillo para reclutar y organizar otro nuevo Cuerpo que llevaría el mismo nombre del primero. En la organización del segundo Mariano Escobedo les sorprendió el cuartelazo, y ellos —a excepción de algunos oficiales, que fueron apresados—, los primeros en secundar la digna actitud del gobernador Carranza.

Yo quedé convertido en su ayudante. Charlaba conmigo, comíamos juntos y solíamos dar un paseo o tomar alguna copa en la cantina y restaurante Manhattan, de la Plaza del Álamo; allí siempre encontrábamos a personas conocidas, simpatizadoras del maderismo. Escribía cartas y telegramas que yo depositaba en las oficinas correspondientes, y a veces me enviaba a efectuar algunos encargos. Él, desde luego, sufragaba mis gastos.

Vida tranquila de unos cuantos días.

La prensa local nos enteraba de los acontecimientos ocurridos en nuestra patria, y por ende supimos que el coronel Álvaro Obregón, con fuerzas de Sonora, había combatido y desalojado a los federales huertistas de la plaza fronteriza de Nogales, Sonora.

El único periódico que en idioma español se editaba en San Antonio, publicó unos reportajes que yo escribí, relacionados con los sucesos ocurridos en la capital de México durante la Decena Trágica. Era yo el primer testigo presencial que llegaba allí, y mis artículos fueron leídos con interés, según pude darme cuenta.

Cierta mañana que yo regresaba del correo con destino a la casa en que nos alojábamos, oí una voz tenue, quejumbrosa, que me llamaba:

—Pancho.

Era un hombre andrajoso, de larga cabellera hirsuta y luengas barbas negras, de ojos hundidos en grandes ojeras, quien decía mi nombre. Me pareció reconocerlo.

—Soy Josafat.

El nombre bíblico, y aquella apariencia, me hicieron exclamar:

—¿Josafat, el rey de Judá?

—No, Josafat López, el cómico. ¿Me recuerdas?

Caí en la cuenta. ¡Claro que lo conocía!, y bien. Era un desafortunado. Cómico de la legua había quedado botado en mi pueblo natal, San Pedro de las Colonias. Artista de muy poca monta y de muy mala estrella. Era un comodín del teatro, hacía de todo: tramoyista, pintor de telones y de trastos del escenario, desempeñaba papeles cortos pero esencialmente era apuntador. Él se sentía artista teatral de "verso", es decir, de drama y comedia. Veía con menosprecio a los zarzueleros. La mediana compañía en que él iba fracasó en mi pueblo; salieron de allí, como rata de barco que se hunde, todos menos Josafat, que creyó que allí podía subsistir pintando caricaturas y platos de porcelana a los escasos viajeros que llegaban a los dos únicos hoteles de la localidad. Algo le daban los viajantes por sus trabajos. Así lo conocí, y viéndolo tan atrasado lo llevé a mi cercano rancho como huésped. Allí tuvo comida y cama, y yo me entretenía con su charla fecunda llena de anécdotas. La bola maderista revolucionaria nos separó.

—¿Te escapaste del escenario sin desvestirte ¿Y de qué andas tú disfrazado, ahora?

—De miserable. Pero de miserable de verdad, no de personaje teatral.

—¿No te ha cambiado la suerte?

—En nada. Ahora es peor. Vine con una compañía a hacer los Tenorios y aquí perdimos hasta las trusas y las espadas. Estoy algo así como en huelga de hambre. ¿Tú vas a radicar aquí? Podrías ayudarme.

—Mi permanencia es muy corta y mi ayuda muy precaria. —Le di un dólar—. Rasúrate y córtate el pelo. Mañana te veré.

Al día siguiente lo encontré afeitado y limpio, era otro; hasta su ropa parecía menos vieja.

—Vamos a tomar una copa aquí al Manhattan.

—Es muy elegante y muy caro allí. ¿Por qué no me das mejor lo que fueras a gastar y con ese dinero yo puedo mejor comer?

—Tienes razón. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a permanecer siempre así? ¿Has pensado en algo?

—¡Pensar! No hago más que pensar. Si yo pudiera hacer un negocio que se me presenta, yo solucionaría mi vida. Pero para este negocio se necesita dinero y no lo tengo.

—¿Qué cantidad? —le pregunté por pura curiosidad.

—No puede ser menos de dos dólares.

—¡Dos dólares! ¿Qué negocio es ése?

—Es un mexicano que tiene un metate y lo quiere vender en un dólar y medio. Es una oportunidad porque el metate vale más. Si yo pudiera se lo compraría, y con los cincuenta centavos restantes compraría los ingredientes para hacer chocolate en tablillas que yo vendería. Negocio redondo y de todos los días.

—Yo estoy menos pobre que tú y, desde luego, te resuelvo tu asunto. Ten estos cinco dólares.

—Me haces feliz. Me sacas de la miseria.

Partió escapado.

La prensa diaria dijo que Eulalio Gutiérrez y Francisco Coss habían tomado Concepción del Oro, Zacatecas; y que don Venustiano Carranza había atacado a Saltillo, sin lograr tomarlo.

A mí me pareció que el coronel Garfias y yo estábamos perdiendo un tiempo precioso y hube de preguntarle:

—¿Cuándo nos vamos, mi coronel?

—De un día a otro, no se desespere.

Doña María González, que había oído mi pregunta, me llamó aparte a su recámara, cerro la puerta sigilosamente, y me dijo:

—Si tú de veras viniste con la intención de ir a pelear, vete desde luego. Este Garfias creo yo que no va a volver. Lo vengo observando desde que llegó; no le veo trazas. Es una lástima porque es hombre que vale. No sé qué cosas tiene de familia, o de faldas, que lo retienen aquí. A lo que dice que vino, a buscar apoyo de dinero, ya no hubo nada. ¿Qué espera? Vete tú. Yo te doy para el pasaje.

—No hace falta, doña María. Mañana mismo me voy.

Por la noche abordé al coronel.

—Mi coronel —le dije—, le agradezco infinito la acogida que usted me ha dispensado, y haciendo uso de la confianza que me ha permitido, le solicito su anuencia para irme desde luego a Piedras Negras a tomar parte activa en la lucha.

Se me quedó mirando un momento. Meditaba quizás en sus problemas íntimos. Al cabo me contestó:

—Puede usted irse a Piedras Negras. Yo tardo todavía unos días más. Aprovecharé su viaje para enviarle a don Venustiano una comunicación que usted le entregará en mano. Ahora mismo la escribiré.

Al día siguiente adquirí en el comercio un sombrero tejano, un uniforme de caqui, polainas y zapatos.

Cuando salía de la tienda con mis compras, encontré a mi conocido Josafat. Se le veía satisfecho.

—Gracias a ti, ya arreglé todo. Mi negocio está en marcha.

Se me ocurrió una idea y se la dije en seguida:

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo a México? Mañana salgo…

—¿Qué vas a hacer allá?

—Voy a unirme con don Venustiano Carranza, a la Revolución.

Me vio sorprendido y me contestó rápido:

—Yo estoy pobre, como tú lo sabes, pero no estoy loco.

—¿Crees que es una locura?

—Ni duda cabe. Que te vaya bien.

Me despedí de doña María González y del coronel Garfias,[8] que me dio una carta para don Venustiano, y después de tres horas de cómodo viaje en ferrocarril, llegué a Piedras Negras. Era el día primero del mes de abril de 1913.

---

[8] El coronel Luis G. Garfias no regresó al ejército de la Revolución, donde sin duda hubiera sido, dados sus antecedentes, una figura destacada. Ignoro los conflictos íntimos que haya tenido para tomar la decisión de alejarse del movimiento tan digno del que él había sido uno de sus iniciadores. No paró ahí su rara actitud, pues más tarde se unió al ejército huertista e hizo insistentes gestiones entre los que habían sido sus conocidos y sus subalternos —que militaban en el Ejército Constitucionalista—, para que abandonaran al señor Carranza y se fueran al lado del usurpador. Varias cartas se recibieron de él, ya en plena lucha, haciendo tan indigna invitación.

Hay cosas inexplicables que sólo el que las ejecuta sabe el por qué de ellas.

XVII

Piedras Negras, Coahuila, era el cuartel general de la Revolución, en los principios de la lucha contra Huerta; en el astabandera del edificio de la Aduana fronteriza, ondeaba el gallardete rojo y blanco que demostraba, de una manera ostensible, el mando de las fuerzas. Aquella señal roja y blanca era idea del teniente coronel Jacinto Treviño, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, y mía también, capitán primero del propio Estado Mayor. Los colores expresados de la banderola eran los prevenidos en el Reglamento para el servicio de campaña del ejército, como señal correspondiente al general en jefe de un Cuerpo de Ejército. Creíamos, Jacinto y yo, que las nuevas fuerzas llegarían, con el tiempo, a tener el número suficiente de hombres para constituir un Cuerpo de Ejército. Usábamos los miembros del Estado Mayor del Primer Jefe, brazales en el antebrazo izquierdo, con los mismos colores del gallardete.

Había calma en las operaciones militares. Se dominaba toda la parte norte del estado de Coahuila: desde la estación del ferrocarril denominada Espinazo, hasta Piedras Negras. El grueso de las fuerzas, unos trescientos hombres al mando del coronel Pablo González, se encontraba en Monclova. El coronel Jesús Carranza expedicionaba hacia el rumbo de Laredo y Lampazos, con unos doscientos hombres; al teniente coronel Lucio Blanco, con otros tantos, se le había mandado a revolucionar en el estado de Tamaulipas, y el teniente coronel Francisco Coss operaba en las cercanías del estado de Coahuila.

Don Venustiano había llegado a Piedras Negras después de haber atacado, sin éxito, la Plaza de Saltillo, y haber lanzado, a su paso por la hacienda de Guadalupe, el famoso Plan que dio forma al movimiento revolucionario de 1913.

Los federales, a las órdenes de Mass, se preparaban seguramente para salir de Saltillo sobre nosotros, y a la vez, en nuestro bando nos preparábamos, no solamente a la defensa, sino a organizar y difundir la Revolución en todo el país.

Llevábamos una vida tranquila de pueblo; no parecía que hubiera Revolución. Nuestro alojamiento estaba en el mismo cuartel general; ahí teníamos nuestros catres de campaña. A temprana hora, antes de salir el sol, nos despertaba Secundino Reyes, el asistente de

don Venustiano, llevándonos sendas tazas de café caliente. Salíamos a hacer un recorrido a caballo por los alrededores. Regresábamos a la hora de almorzar para tomar el consabido chorizo con huevos y tortillas de harina de la frontera.

Después, a hacer oficios dando instrucciones, órdenes de movimiento, autorizaciones para reclutar gente, proclamas, manifiestos, nombramientos, telegramas en clave, conferencias telegráficas del Primer Jefe con sus subalternos destacados a larga distancia, o entrevistas con las escasas personas que iban a visitarlo.

A mediodía, generalmente, comíamos en la fonda de una señora viuda, doña María, madre de 4 o 5 niñas, y cuyo establecimiento se encontraba ubicado en la calle principal de la población. Hacíamos el recorrido a pie desde la aduana hasta la fonda, acompañando a don Venustiano las cuatro o cinco personas que le servíamos de ayudantes. Solía charlar él con la señora y con las niñas, a quienes acariciaba siempre.

Comíamos en sana paz, como si fuéramos una familia; pagaba don Venustiano el consumo que se hacía, echando mano a su cartera y extrayendo de ella un billete cuidadosamente doblado; recibía el sobrante dinero y apuntaba, con todo cuidado, en un pequeño librito, el gasto hecho.

Nuevamente a la aduana a trabajar hasta la noche. Merienda frugal; una o dos vueltas por la Plaza de Armas, y a descansar hasta el día siguiente.

En aquellos días hicimos, el teniente coronel Jacinto Treviño y yo, algunas cosas de provecho dentro de la organización del nuevo ejército: formulamos, de memoria, pues no teníamos ningún libro a la mano, una pequeña Ordenanza para el Ejército Constitucionalista. Sería curioso encontrar algún ejemplar de ese folleto, que apenas tendría unas treinta páginas de reducido tamaño. Formulamos los decretos por los cuales se admitía, en el seno del ejército, a los militares ex maderistas o federales, siempre que se presentaran éstos dentro de los treinta días siguientes a aquella fecha. Hicimos el escalafón de jefes y oficiales, y pusimos en vigor una disposición, que nos firmó el Primer Jefe, creando nuevas insignias para la oficialidad constitucionalista. Fue aquella una innovación digna de mencionarse: se disponía que las insignias de los grados militares se usaran únicamente en las mangas de las guerreras o chaquetines, y que no fueran ya de galones o espiguillas, sino únicamente estrellas

pequeñas de cinco picos, doradas o plateadas, según el arma. Los subtenientes llevaban una estrella; los tenientes, dos; los capitanes tres alineadas; los mayores, una más que los capitanes, colocada encima de las tres de ellos; los tenientes coroneles llevaban cinco estrellas, y los coroneles seis.

En realidad, eran muchas estrellas para los tenientes coroneles y coroneles; pero esta cuestión de estética no nos preocupaba mucho porque no abundaban las modas ni creíamos nunca que pudiera haber tantos jefes como resultaron después, al correr el tiempo.

El loco *Centavo Prieto*, de Piedras Negras (en cada pueblo hay un loco), no lo estaba tanto. Un día llegó hasta la mesa en que estábamos comiendo, bostezó largo rato, se rascó la cabeza, y dijo:

—Oiga, don Venustiano, usted me gusta a mí pa presidente.

Todos reímos y el loco insistió en su especie de predicción.

Empezó a tener éxito el movimiento revolucionario. Supimos que Sonora, como un solo hombre, se volvía contra Huerta, y los nombres de aquellos compañeros fueron familiares, desde entonces, para nuestros oídos: Obregón, Pesqueira, Maytorena, Calles, Cabral, Diéguez, Hill, Bracamontes.

Por otra parte volvíamos a saber de antiguos colegas de 1910, más tarde comandantes de cuerpos rurales, que desconocían a Huerta y sus fuerzas, y se lanzaban a la lucha en contra de él: Cándido Aguilar, el primer general de la Revolución, con sus valientes del Treinta y ocho; Millán, Alberto Palacios, Portas, Guadalupe Sánchez; Agustín Castro con su Veintiuno, y sus oficiales Nafarrete, Navarrete y Jiménez Méndez; Orestes Pereyra con su Veintidós, y sus hijos Orestes y Gabriel; Calixto Contreras y los hermanos Arrieta, en Durango; Iturbe, en Sinaloa; Gertrudis Sánchez, en Michoacán, y algunos más que escapan a mi memoria.

Un día se presentaron ante don Venustiano, en Piedras Negras, unos muchachos estudiantes, procedentes de la ciudad de México; iban a ofrecer su contingente personal; eran: Aarón Sáenz, Manuel Pérez Treviño, Jesús Garza y Alfonso Breceda.

Pérez Treviño quedó incorporado a la artillería que fabricaba, en la maestranza del ferrocarril, el ingeniero Carlos Prieto; los demás fueron enviados a Sonora a incorporarse a Obregón.

Empezaron a llegar civiles al cuartel general de la Revolución: el ingeniero Manuel Urquidi, Carlos Esquerro, José Quevedo, el licenciado González Garza, Luis Peredo, Jesús Acuña, Fito de la Huerta, Roberto Pesqueira, Alfredo Álvarez, César de la Reguera, Sommerfield. Amistosamente se dividió en dos partes el grupo, para atender a su alojamiento. Los más exaltados fueron a habitar la que se llamó Casa de las Fieras, y los más tranquilos fueron a dar a la que denominaron ellos mismos Casa de las Palomas.

Pudieron adquirirse armas y municiones en los Estados Unidos, y se organizaron nuevos Cuerpos para la lucha que se avecinaba.

Hombres ennegrecidos por el carbón, que surgían del fondo de las minas; rancheros, especie de *cowboys*, de las márgenes del Bravo; indios kikapús, del Nacimiento; ferrocarrileros entusiastas; viejos de piocha afrancesada, que fueran revolucionarios allá en la época de Garza Galán; muchachos imberbes, y gente del campo y de los pueblos, todos se aprestaban a la lucha contra el usurpador Huerta; cada cual buscaba su arma y se unía al grupo de gente que más le simpatizaba. No había más interés que derrotar a los traidores; se carecía de haberes y las raciones para alimentación que podían darse no siempre eran oportunas ni abundantes. Nada importaba por el momento; sólo una idea persistía insistentemente en cada nuevo revolucionario: luchar, luchar hasta vencer o hasta morir; de antemano se había hecho ya una suprema renunciación a la vida sojuzgada por la bota pretoriana de un militarismo insolente.

XVIII

Hemos llegado al capítulo final de este episodio.

Brevemente pasé por mi vida de revolucionario maderista, me detuve para narrar con detalle mi vida de subteniente de ejército al servicio del señor Madero en su Guardia Presidencial. Consumado el crimen, mi huida y mi incorporación al ejército nacido del verdadero pueblo. Final de una etapa y principio de otra.

Sólo estando apartado de la vorágine se puede apreciar la intensidad de ella; sólo cuando amaina el vendaval es dable conocer la magnitud que tuvo; sólo cuando las circunstancias o los años nos apartan

un tanto del curso inicial de nuestra vida activa, es cuando podemos apreciar de una manera prudente los actos buenos o malos de que fuimos testigos o actores, en un tiempo pasado, ya muy lejano.

Quizás ahora, a distancia de los hechos ocurridos al principio de la lucha, pudieran aparecer a los ojos de la gente nueva, o de la que pudo conservarse al margen de la contienda, como faltos de piedad, y abundantes, en grado sumo, de crueldad innecesaria. Siempre las cauterizaciones fueron dolorosas; luchaban hombres contra hombres, pasiones contra pasiones. La Revolución la hicieron los de abajo, el pueblo humilde, trabajador, inculto; fue un impulso soberano de la mayoría contra una casta encumbrada merced a la audacia y falsía de unos cuantos impuros. La sangre de Madero, el bueno, el inmaculado, el apóstol, clamaba venganza; la sangre pedía sangre y corría ésta en abundancia; murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían; los que por su gusto fueron a buscar el arma libertaria y los que, enganchados por la leva, fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra partes; la piqueta que derrumba un edificio achacoso para levantar otro nuevo en su lugar, no puede respetar talo cual parte del material del mismo que, aparentemente, aún está en buen uso; el fuego que purifica una herida ponzoñosa quema también la parte de la carne sana que la circunda. Las pasiones siempre cegaron a los hombres y nunca fueron los juiciosos, los viejos o los acomodados los que hicieron las revoluciones en ninguna parte. Unida a la acción fue siempre la pasión, y la pasión nació de la fe; unido al crimen fue siempre el castigo.

La guerra es pasión y es, asimismo, abnegación; para matar es preciso consentir en que se puede morir; la guerra es destrucción: matar, disparar, incendiar, demoler todo, causar el terror y llegar, finalmente, a la victoria.

Es necesario, pues, que al evocar recuerdos de la contienda, nos situemos, para apreciar lo acaecido, en el momento en que ocurrieron los hechos, sin tomar en cuenta para nada los resultados posteriores.

Muchos de los de aquella época que aún viven, no harían ahora quizás lo que antes hicieron. Quien mandó matar a alguno en determinado momento de la lucha, tal vez ahora se resistiría para disponer de la vida de un semejante, y aún quizás no llegaría a

hacerlo. Tuvo razón, entonces, cuando las circunstancias lo obligaron, y la tendría también ahora en que las mismas son totalmente diferentes. Todo tiene su época, y lo pasado razón tuvo de suceder; el mundo camina sin cesar, y quienes en él conviven, marchan y luchan también de acuerdo con el tiempo, único señor de todo, y se va evolucionando paulatinamente, a pesar de cuanto se interponga a la marcha siempre ascendente de la humanidad. Con frecuencia la marcha es dolorosa, se va caminando con los pies ensangrentados por encima de los caídos. ¡Cuántas veces el cadáver de un hermano es el escalón para continuar adelante!

La Gran Unión Minera Mexicana, establecida en el norte de Coahuila, proporcionó miles de soldados para la causa de la Revolución; de su seno salieron los voluntarios que integraron los dos regimientos denominados "Mariano Escobedo", que tomaron parte en Bachimba y Rellano, a las órdenes del teniente coronel Luis G. Garfias, y el capitán Jacinto B. Treviño, durante la asonada orozquista; de ahí salieron las fuerzas del estado de Coahuila, a las órdenes de Alberto Guajardo, Pablo González y Jesús Carranza, y de ahí salió la mayor parte del contingente que luchó contra Huerta en los primeros meses de la Revolución en el noreste.

Un recuerdo grato de mi vida activa es el mando que tuve del Batallón de Zapadores, que formé y organicé con gentes mineras de aquella región.

Primero fueron unos veinte hombres que formaban la guardia permanente de la aduana de Piedras Negras, a los que instruí militarmente, y a quienes veía todos los días el Primer Jefe y apreciaba su adelanto; después fueron llegando pequeñas partidas de los minerales de Agujita, Lampacitos, Cloete y Rosita; eran todos ellos conocidos, amigos, antiguos compañeros de trabajo y de peligro en las minas; a todos los animaba un vehemente deseo de combatir contra el tirano.

Con la buena voluntad de todos ellos la instrucción fue cosa rápida. A tardes y a mañanas salíamos a hacer ejercicios al campo. Se había dotado a los quinientos hombres del cuerpo, de uniformes de caqui amarillo, sombrero tejano con toquilla roja, saco de ración de lona para los cartuchos, y flamante fusil; contábamos también con un equipo individual de útiles de zapa, granadas de

mano fabricadas rudimentariamente en los talleres del ferrocarril, y no faltaba la indispensable banda de cornetas y tambores.

Con el entusiasmo de la gente pronto pudo obtenerse un magnífico aprovechamiento en el tiro al blanco; maniobraban con toda violencia y eficacia en orden disperso; sabían arrojar bombas de mano con certera precisión, y ejecutaban obras rápidas de atrincheramiento pasajero, con sus útiles de zapa.

El enemigo inactivo nos daba tiempo para perfeccionar el entrenamiento de la gente nueva.

Mientras Carlos Prieto fabricaba sus cañones en la maestranza, y el teniente coronel Benjamín Bouchez adiestraba a sus artilleros, nuestro batallón verificaba marchas diarias para acostumbrar a los mineros a las fatigas de las jornadas que, sin duda, habían de efectuarse en la campaña.

Faltaba el bautizo de sangre para la gente nueva. El batallón flamante pidió al Primer Jefe la oportunidad de demostrar su eficiencia, y el señor Carranza, gustoso, hubo de acceder a ello. La primera función de armas en que debutaría el nuevo cuerpo, tendría lugar en Candela, Coahuila.

Mass, con una fuerte columna huertista, nos acechaba, al parecer inactivo, frente a Monclova, en tanto que su colega Rubio Navarrete, con otra fuerza enemiga también numerosa, controlaba la línea férrea de Monterrey a Laredo, con cuartel general en Lampazos, Nuevo León; su caballería, acantonada en Candela, la mandaba el célebre dragón federal José Alessio Robles. Ante la presencia de este enemigo considerable, don Jesús Carranza, que operaba en la región, se había visto precisado a evacuar el pueblo y a retirarse en observación de los movimientos del enemigo, que bien pudiera intentar avanzar hacia nosotros.

Rubio Navarrete y los suyos permanecían a la expectativa, sin intentar nada en contra nuestra. El Primer Jefe resolvió dar un golpe y fue nuestro batallón el encargado de darlo.

Desde Piedras Negras fuimos trasladados por ferrocarril hasta Monclova, y en seguida hasta la estación Gloria; y de ahí, por tierra, nos acercamos hasta las inmediaciones de Candela. Iban con nosotros casi todas las fuerzas disponibles de la región; en Monclova, punto avanzado hacia el enemigo (Mass), sólo quedaba el teniente coronel Emilio Salinas con pocas fuerzas; en Piedras Negras que-

daba el mayor Gabriel Calzada con escasa guarnición. Mandaba la columna el jefe, don Venustiano Carranza.

La víspera del combate estuvimos ocultos del enemigo detrás de los cerros conocidos por el nombre de Cañón de la Carroza, y apenas cerró la noche avanzamos decididamente a tomar posiciones a la orilla del pueblo ocupado por los federales, para asaltar al romper el día siguiente.

Hacia la medianoche hubo unos cuantos tiros con un rondín federal. El Batallón de Zapadores estaba desplegado en toda regla, ocupando lo que debiera ser frente del combate; la caballería cubría los flancos y había marchado parte de ella a detener cualquier auxilio que pudiera llegar al enemigo desde Lampazos.

Apenas desaparecieron las tinieblas de la noche se lanzó el batallón al ataque; sus líneas de tiradores, perfectas, como las hacíamos en la instrucción en Piedras Negras, avanzaban disparando sobre el enemigo, posesionándose de las alturas del pueblo. Unas ametralladoras adversarias, desde el campanario del pueblo, traqueteaban sin cesar; las dos nuestras, manejadas por Bruno Gloria y Daniel Díaz Couder, asimismo dejaban oír su siniestro tableteo. El escuadrón de Poncho Vázquez también se lanzó al ataque; el resto de nuestras fuerzas quedó como reserva.

El empuje de los nuestros era arrollador; la compañía de granaderos del batallón lanzaba, con admirable precisión, sus proyectiles hacia las casas en que se hacían fuertes los federales. La infantería iba tomando, uno a uno, cada reducto enemigo; era tal el entusiasmo de la gente, y tal su ardor para abatir completamente a los huertistas. El jefe de ellos, coronel José Alessio Robles, huyó herido, acompañado de unos cuantos, con rumbo a Lampazos; su gente, cuatrocientos o quinientos hombres, quedaron en el pueblo, muertos, heridos o prisioneros de nosotros.

Los zapadores tuvieron un bautizo rumboso; ante el Primer Jefe se presentó el batallón, todo él montado en los caballos recogidos al enemigo; a Bruno Gloria se le entregaron las ametralladoras capturadas; entre nuestras filas iban doscientos prisioneros.

Algunas visiones de la jornada:

Comenzaba el combate; se avanzaba hacia el pueblo; silbaban las balas, repartiendo la muerte.

No son siempre los que van adelante los que caen primero. Toda la infantería entró a la lucha en primer término; la caballería quedó fuera, a la expectativa de la suerte de la acción. Uno de aquellos soldados, sedientos o antojadizo, se desmontó y fue a cortar, con su cuchillo, una caña del tupido cañaveral de la orilla del pueblo; ya se disponía a comer el primer canuto, limpio de corteza, cuando una bala enemiga lo hirió en el estómago. Los lamentos de aquel infeliz partían el alma.

Sólo quedaba por tomarse el cuartel de los federales, situado en la Plaza de Armas; las casas circunvecinas estaban en poder de los nuestros. Un grupo de soldados federales y de auxiliares de aquellos bravos voluntarios neoloneses que tanto ayudaron a Huerta, y a quienes les decían *los Amarillos*, por el uniforme de caqui que vestían, trató de escapar audazmente, intentando una salida, en masa, del cuartel, disparando sus armas. Se jugaban el todo por el todo; o morían o lograban escapar.

Casi todos cayeron en el intento. Se combatía a diez o veinte metros, y los tiros eran irremisiblemente certeros.

Uno de aquellos Amarillos, un hombre robusto, de edad madura, que usaba sombrero de charro de fieltro gris, y que montaba magnífico caballo y esgrimía con rara habilidad una niquelada pistola, cayó de un tiro que le disparó un zapador novicio con un viejo fusil Remington de grueso calibre; de su frente brotó un chorro de sangre. Su caballo escapó espantado, libre ya del jinete.

De aquellos fugitivos, los que caían heridos y quedaban abandonados en la calle barrida por el fuego, morían luego, a poco, tocados por numerosos proyectiles de nuestra gente.

En una inmunda cuadra del cuartel federal yacían, tirados en el suelo, quince o veinte hombres heridos recientemente en el combate; algunas soldaderas los acompañaban. En la misma habitación, a un lado de la tropa, en camas de lona de campaña, dos oficiales, heridos también, esperaban tranquilos lo que les deparara el destino. Nuestra gente llegó hasta la puerta.

Alguien gritó:

—¡Háganse a un lado las viejas!

Como un rebaño de ovejas temerosas, las soldaderas se separaron de sus hombres heridos.

Se hizo un tiroteo y los heridos federales fueron muertos.

Al atravesar la plaza, para tomar el cuartel, un zapador cayó herido por una bala, en la boca; el proyectil interesó probablemente la lengua, y lanzaba aquel hombre unas exclamaciones indescriptibles, mezcla del llanto de un niño y del gemido de un perro.

Alfredo Aragón, capitán primero del Escuadrón Poncho Vázquez, y posteriormente conocido diplomático del gobierno emanado de la Revolución, resultó herido al comenzar el combate, de un tiro que le tocó la frente y que a punto estuvo de causarle la muerte.

Más tarde, allá en Hermosillo, ya en franco triunfo de la Revolución, Alfredo presumía con la ostensible cicatriz de su frente.

¡Envidiábamos su herida!

Personalmente pude proteger a un subteniente federal herido en una pierna, de apellido Dueñas. Lo llevamos con nosotros en cómodo carruaje hasta la estación Gloria, y de ahí en tren del ferrocarril hasta Monclova.

Entre los prisioneros federales, iba uno que a las claras se veía que no era individuo de tropa, sino oficial disfrazado de tal con la esperanza, quizás, de salvar la vida. Marchaba junto con sus compañeros. Uno de aquellos soldados, acobardado en grado máximo, lloriqueaba en una forma humillante, y el hombre aquel, en un acto de suprema entereza, abofeteó al infeliz, exigiéndole se portara con dignidad. Los demás lo denunciaron desde luego, Era un oficial..
En las afueras del pueblo, un soldado federal parecía muerto. Salinas se dio cuenta de que el hombre entreabría los ojos, y al percatarse de que lo veían, los cerraba violentamente. Nuestro oficial descendió de su caballo, se acercó al caído y disparó su pistola sobre su cabeza.

Hacia la Estación de Salomé Botello, la estación más cercana a Candela, se pudo distinguir el humo de varias locomotoras: era el auxilio que, tardío, enviaba Rubio Navarrete a su caballería. A poco comenzaron a enviarnos tiros de cañón.

Nos retiramos sin ninguna precipitación; no había la idea de entablar un nuevo combate.

Don Venustiano y las personas de su comitiva y Estado Mayor, reposaban bajo la sombra escasa de unos raquíticos árboles, a la orilla de un arroyuelo seco. Cuando me vio llegar con el batallón montado y con tanto prisionero, me dio un abrazo y ahí mismo me ascendió a mayor.

Dispuso que se hiciera cargo de todos los prisioneros que llevábamos el capitán Tránsito Galarza, y que los condujera escoltados por su escuadrón. Galarza marchó, desde luego, con su gente.

Muchas familias de Candela abandonaban la población, temerosas de la revancha de los federales; habían elegido como punto de reunión para emprender la marcha, precisamente el arroyuelo aquel en que descansaba el Primer Jefe; conversaban con él con esa franqueza y confianza innata en las gentes del norte. Iban algunos hombres también.

Creí reconocer a uno de ellos: era exactamente la cara del capitán veterinario del escuadrón de Guardias de la Presidencia, al que había pertenecido yo pocos meses antes. Cansado estaba yo de atender sus indicaciones —estando de servicio de cuartel— con respecto a las enfermedades de los caballos. Me dio gusto verlo y me acerqué a saludarlo, deseoso de impartirle mi protección. Me desconoció con una naturalidad tan clara que me hizo disculparme por la equivocación. Me manifestó que nunca había sido veterinario, ni mucho menos militar, que él era comerciante, al igual que el joven que le acompañaba, y que precisamente aprovechaba aquella oportunidad para huir de los federales y establecerse en zona de la Revolución.

Todas aquellas familias emprendieron la marcha incorporadas a nuestra columna.

Galarza, con los prisioneros, marchaba delante de nosotros; iba dejando huellas sangrientas en el camino. De trecho en trecho, iba fusilando prisioneros, quizás a los que supo que eran oficiales, a los que trataban de huir, o tal vez a aquellos que menos le simpatizaron. Los muertos quedaban a un lado del camino y los soldados de retaguardia registraban sus ropas, les quitaban el calzado y las piezas de oro de las dentaduras, a los que las tenían; se valían de las piedras o de las culatas de las carabinas para arrancar el oro de la boca de los muertos.

Reconocimos entre los fusilados al oficial aquel que abofeteó al soldado.

Más adelante, con sorpresa, presencié los cadáveres de quien me había parecido el veterinario del escuadrón de Guardias, y el de su acompañante. Ambos estaban abrazados; así habían esperado la muerte en una despedida eterna; veían al cielo. Las piezas de oro habían desaparecido de sus bocas y la sangre fresca bañaba sus rostros.

Después me informaron que los había delatado la misma familia que los ayudó a escapar de Candela, y a quien acompañaban; alguna circunstancia inesperada medió, que fue fatal para ellos.

Quizás yo hubiera podido salvarlos si me hubieran tenido confianza.

Aquello era sólo el principio de una lucha. Habían de venir triunfos y derrotas. Era tan sólo la iniciación de un movimiento que habría de ser gigantesco, cruel, justiciero y redentor del oprimido.

Habían de surgir luchadores improvisados de la gente del pueblo, voluntarios y desinteresados para enfrentarse a los soldados profesionales del gobierno usurpador. El vasto territorio nacional sería un enorme campo de batalla de todo un pueblo en lucha contra un ejército. Habría de haber escaramuzas, emboscadas, albazos, combates y batallas.

Cansancio, sudor, sangre y tiros, incendios, cañonazos, polvaredas. Marchar y marchar, velozmente; despacio; a rastras; con el pecho en la tierra o con el pecho descubierto. Hacia atrás, hacia adelante; con sigilo o resueltamente.

Marchar y pelear con el calor o con el frío, con la lluvia, en el desierto, en el monte o en la montaña; con hambre, con sed y con odio.

Aquello que comenzaba no había de terminar hasta llegar a su meta.

La Ciudadela, con sus hombres, traidora y triunfante, había quedado atrás, y sobre ella volvíamos con la firme decisión de abatirla para siempre.

Memorias de campaña *
Francisco L. Urquizo

La hora de la limpia

Invariablemente a las tres de la tarde, todos los días, la banda de trompetas del regimiento tocaba "limpia", y de inmediato la tropa, conducida por los sargentos, desfilaba desde sus cuadras hasta los macheros en que estaban los caballos. Su uniforme era de dril crudo: quepí enfundado, blusa larga, amplia y suelta que llegaba hasta las rodillas; pantalón ajustado y cañones de botas con acicates. En sus manos traían, en un lío, hecho con el ayate, la almohaza, el cepillo y un trapo. Llevaba también, cada uno, un cabestro y bozal tomados de la montura para conducir a los caballos de los macheros al patio del cuartel.

El acto de la limpia o aseo de la caballada tenía en los regimientos tanta importancia como la misma lista de las seis de la tarde. Hasta el propio coronel, jefe de la corporación, estaba presente. Era una tradición, casi un acto solemne. Ahí estaban presentes los jefes, todos los oficiales y, desde luego —¡claro!—, la tropa y la caballada; es decir, estaba el regimiento todo. La colocación en el gran patio del cuartel era la conocida de antemano: los escuadrones en línea, cada oficial y sargento en su puesto, y los caballos tenidos por el ronzal de cada soldado que, con su lío de útiles de limpia, esperaba la orden para dar comienzo a la fajina. El oficiante de aquella misa

* Urquizo, Francisco L., *Memorias de camapaña*, México, Fondo de Cultura Económica, Obras escogidas, 2003.

era el capitán del cuartel, quien, previo permiso obtenido de sus superiores, daba las órdenes correspondientes, pues no era cosa de que cada quien limpiara su caballo como mejor le pareciera.

—¡Escuadrones! ¡Para limpiar la caballada! ¡Den almohaza!

Así que ya estimaba el capitán que había sido suficiente el uso de la almohaza, seguía ordenando:

—¡Den cepillo! ¡Den ayate! ¡Den trapo!

Cuando ya los caballos brillaban de limpios, el capitán recomendaba a los oficiales:

—¡Cerciórense los señores oficiales de que la caballada está ya bien limpia!

Cada uno de los oficiales revisaba los caballos de su facción, pasándoles las manos por el lomo y las ancas, dándoles pelo y contrapelo para ver si no quedaba polvo en los dedos. Una vez terminada la limpia, el capitán de cuartel pedía permiso a sus superiores ahí presentes para ordenar que se retiraran personal y caballada.

Característica de la tropa de caballería era la blusa de dril crudo, larga. Era el traje que diariamente se usaba dentro del cuartel y aun en las maniobras o en campaña. Los chaquetines con botonadura metálica sólo se llevaban en las formaciones y servicios de plaza. Con blusa recogida y anudada en la cintura podían ponerse las fornituras del sable y las cartucheras de la carabina.

No solamente la tropa usaba la blusa larga, también los oficiales tenían autorización de hacerlo, y aun se les proveía de ellas para su uso en el interior del cuartel, o en campaña, y evitarles así el deterioro de sus uniformes. Los oficiales usaban las blusas anudadas en la cintura, como suelen hacerlo los charros y los campiranos, sin perjuicio de llevar siempre su espada y su pistola reglamentaria. Antojábase muy mexicana prenda la blusa anudada.

La blusa para el hombre de a caballo era como el rebozo y el zagalejo de las mujeres de México. Era parte ostensible del charro; era la tradición del chinaco guerrillero de la Intervención. Prenda humilde, sencilla, sin adornos, daba, a quien la portaba, prestancia, porte altivo y machismo.

Por lo demás, para los oficiales, pobres como lo fueron siempre, constituía una ayuda el economizar el uso del uniforme que habían pagado, o estaban pagando aún en abonos decenales con sus reduci-

dos haberes. Los uniformes sólo para los servicios, las formaciones o los días francos; pero para el cuartel, para las partidas o para las fajinas, la blusa larga de limpia.

Por decoro, por dignidad, no debería andarse nunca en mangas de camisa, así como sin la espada al cinto. No traer espada equivalía a aparecer como sujeto a un proceso, es decir, aparecer como indigno. ¿Andar en camisa? ¡Nunca! Por respeto a la propia persona, por decencia y honestidad.

Siempre fueron pobres los militares. A principios de siglo, un coronel ganaba diariamente diez pesos, un mayor seis, los capitanes cuatro y tres los subalternos.

Los capitanes generalmente eran ya hombres maduros y casi siempre casados. Se las veían negras para vivir fuera del cuartel y tener que pagar renta. Los subalternos —tenientes y subtenientes— vivían en el cuartel en cuartos destinados uno a cada dos de ellos. Todo oficial subalterno debía tener su catre de campaña, pues en los cuartos sólo había, cuando más, un armario de madera, un lavabo de metal con palangana y jarra, un perchero, una mesa y dos sillas. El oficial debía, también, estar provisto de una caja de madera de tamaño y color reglamentarios con su nombre estampado para ser identificado con rapidez. Estas cajas eran para llevar el equipaje del oficial y constituir cada dos de ellas la carga de una acémila cuando se saliera a campaña. La corporación le proporcionaba, como a la tropa, dos mantas de cama —que le servían de colchón— y una cobija. El foco de luz eléctrica debería arder toda la noche al igual que la luz de las cuadras de la tropa. La mesa y las sillas se empleaban para hacer los partes y tomar la comida, que tres veces al día llevaba en un portaviandas el asistente.

Desde el toque de "diana", al amanecer, hasta el de "silencio", ya caída la noche, fajinas, servicios, limpieza del cuartel y de la caballada, y por si fuera poco, instrucción con armas, sin ellas, pie a tierra o a caballo.

Gobernaba el país don Francisco I. Madero como consecuencia del triunfo de la Revolución que él encabezara contra la dictadura del general Porfirio Díaz, quien se había visto obligado a retirarse al extranjero después de haber ejercido el poder durante treinta largos años. El ejército federal, que él había organizado y que fue siempre su apoyo, continuaba de pie, ahora como fuerte sostén del presi-

dente Madero, quien había licenciado a las fuerzas revolucionarias que antes acaudillara.

Madero, con su incipiente gobierno, pensaba que con su buena intención y la pureza de sus manejos en la administración, bastaría para darle un cambio favorable a la marcha de la nación. Que no habiendo dictadura y principiando el gobierno de la democracia, se habría logrado la marcha regular en la política del pueblo y para el pueblo de un modo efectivo y, en consecuencia, favorable para la mayoría, especialmente para la clase proletaria. Pensó que la sonrisa y la mano blanda sustituirían a la mano férrea dictatorial, y creyó —¿por qué habría de dudarlo?— que el ejército respaldaría y sostendría al gobierno como era su obligación.

La reacción se movía bajo el agua. Era una minoría, aunque poderosa y sumamente activa: los ricos, los favorecidos por el régimen anterior que temían por sus intereses y prerrogativas de clase privilegiada, que vislumbraban un despertar del letargo del pueblo capaz de barrer con su bienestar y acabar con sus canonjías acumuladas por años. Veían que un movimiento, el encabezado por Madero, y que ahora ya era gobierno, podría llevar a cabo los aumentos de salarios a los obreros e, incluso, la repartición de tierras para los peones de las haciendas. Había que evitar un caos que se adivinaba llegar, y para lograrlo era preciso conspirar contra el nuevo gobierno, valiéndose de lo único que podría impedirlo: la gente armada, ya fueran los propios revolucionarios que encabezara Madero, a quienes había relegado y estaban descontentos, o el mismo ejército federal, que seguía pensando que su verdadero jefe y caudillo era el general Porfirio Díaz, aunque estuviera en el destierro —de donde podría volver—, o designar el mando en los generales de su confianza.

Tres intentonas hizo la reacción. Encabezó la primera el general Bernardo Reyes, prestigiado militar y magnífico gobernante del estado de Nuevo León. Se levantó en armas en el norte creyendo contar con los numerosos partidarios que había poseído, y con el ejército, que lo tenía en alta estima por sus cualidades y antecedentes militares; además, había sido secretario de Guerra y Marina, con palmaria ejecutoria de organizador y progresista. Nadie respondió a su llamado bélico, y hubo de rendirse, quedando preso y sujeto a proceso en la prisión militar de Santiago Tlatelolco.

Después fue Pascual Orozco, caudillo de la Revolución de 1910, y una especie de segunda figura después de Madero. Se levantó en Chihuahua y su movimiento tuvo un éxito sorprendente: miles de hombres, antiguos revolucionarios, se fueron con él y estuvo a punto de derribar al gobierno. Una fuerte columna militar al mando del general José González Salas, secretario de Guerra, fue sobre él, pero Orozco y los suyos la derrotaron completamente, al grado de que el propio comandante en jefe, general González Salas, optó por suicidarse. Una nueva columna, más poderosa que la anterior, mandada por el general Victoriano Huerta, fue enviada a batir al rebelde victorioso, y esta nueva columna del gobierno de Madero, hábilmente conducida, sí dio al traste con la rebelión, dispersando a los rebeldes y obligando al propio Orozco a huir al extranjero.

La tercera intentona la efectuó el general Félix Díaz, sobrino del ex dictador Porfirio Díaz, quien en el puerto de Veracruz logró conquistarse a dos batallones y, al frente de ellos, se pronunció en contra del gobierno. Vencido, hecho prisionero y procesado, fue conducido a la ciudad de México y recluido en la Penitenciaría.

Emiliano Zapata, revolucionario de 1910, descontento con Madero porque a su juicio no procedía con la necesaria celeridad a repartir las tierras de las haciendas del estado de Morelos, de donde él y los suyos eran oriundos, estaba levantado en armas y peleaba contra las fuerzas del gobierno. Era una campaña circunscrita al estado de Morelos, no trascendente, aunque sí molesta.

En esas circunstancias estaba el gobierno de Madero cuando se produjo la cuarta intentona de la reacción para derrocarlo. Esta vez sí tuvo éxito. Llegaba la llamada Decena Trágica, en que había de caer el gobierno, y en la que el propio Madero sucumbiría asesinado por los pretorianos.

La Decena Trágica

Para proteger la persona del Presidente de la República había sido creada una fuerza militar desde el tiempo en que gobernaba al país el general Porfirio Díaz. Escuadrón de Guardias de la Presidencia se denominaba aquella corporación formada por personal rigurosamente seleccionado, de buena presencia física e intachable conducta. El escuadrón estaba perfectamente instruido, muy bien

armado —pistola, sable y carabina— y montado. Su alojamiento era un cuartel que existía en la plaza de la Ciudadela, precisamente frente a la fortaleza, plaza de por medio, y el servicio del personal consistía en proporcionar diariamente una guardia en el bosque de Chapultepec, a la entrada de la rampa del cerro del Castillo, y en dar servicio en el recinto del Castillo en donde estaban las habitaciones particulares del presidente de la República y de sus familiares. Debían, asimismo, dar escoltas montadas, estableciendo por las noches, cuando el presidente regresaba del Palacio Nacional, o cuando tenía que concurrir a alguna función teatral o visita social, parejas de guardias en el trayecto del Paseo de la Reforma. Daban también servicio de estafeta al Estado Mayor Presidencial, así en el Palacio Nacional como en el Castillo de Chapultepec. Escoltaba toda la corporación al Primer Mandatario en sus solemnes asistencias oficiales: al rendir informes ante la Cámara de Diputados, al desfile militar del 16 de septiembre o del 5 de mayo, a la ceremonia del "Grito" en el Palacio, al reparto de premios al Colegio Militar, o al rendir homenaje a los héroes de la patria. Cuando el jefe del Estado Mayor Presidencial lo estimaba conveniente, personal del escuadrón, vestido de paisano y armado de pistolas ocultas, hacía servicio secreto de guardaespaldas del Presidente.

El personal del escuadrón era joven, apto, voluntario, bien seleccionado y magistralmente instruido: ¡parecía una escuela militar! A ese brillante escuadrón pertenecía el que esto escribe con el grado de subteniente, adonde había llegado por órdenes directas del presidente Madero, procedente de las fuerzas revolucionarias que habían andado con él.

Era yo el único elemento de origen revolucionario que ingresaba como oficial a las filas del ejército regular y, excepcionalmente, al seno de una corporación tan distinguida. Aquella Guardia Presidencial era, íntegramente, sin faltar ninguno de sus miembros, la que había escoltado y cuidado al general Porfirio Díaz desde que fue formada hasta que el viejo dictador hubo de salir al exilio y embarcarse en Veracruz con destino a Europa. Esa guardia lo acompañó hasta el pie de la escala del navío *Ipiranga*, y allí, con lágrimas en los ojos, lo vio partir hacia el destino de donde no habría de volver más a la patria. Esa lealtad, ese cariño para el viejo presidente, esa ternura en su despedida, quizás conmovieron al propio nuevo pre-

sidente, Madero, quien conservó la misma guardia sin quitar ni a su comandante.

Allí fui a dar, y tuve en verdad una gran acogida. Aquella gente distinguida eran militares de una pieza, además de correctos y decentes; claro que tenían un grato e imperecedero recuerdo de don Porfirio Díaz, pero de él, para ellos, no quedaba más que la remembranza. La abnegación y el deber estaban ahora con el nuevo presidente de la República, quien, por lo demás, era un representante legítimo del pueblo que lo había elegido por unanimidad de votos. Además, era una persona amable, culta y desbordaba simpatía. Incluso se daba la feliz coincidencia de que Madero fuese gran aficionado a los caballos y jinete muy consumado a la usanza moderna del albardón, y la Guardia Presidencial era campeona en el ejército en cuestiones ecuestres por la calidad de su personal muy bien instruido y la magnificencia de su caballada. Madero montaba casi a diario; y sin falta los domingos. Hacía grandes recorridos al trote inglés o al galope, y lo acompaña personal del escuadrón. Don Porfirio Díaz, por su avanzada edad y sus achaques físicos, no montaba. Madero lo hacía muy bien. Solía caminar —a pie— largos tramos del Paseo de la Reforma, y contrastaba la alegría y la sonrisa de su rostro con la adustez del ido.

Aquel domingo 9 de febrero de 1913, por la mañana temprano, me disponía a cumplir el servicio que me señalaba el rol: cubrir la guardia en la entrada de la rampa del cerro de Chapultepec. Revistaba a mis hombres en el patio del cuartel, y ya nos disponíamos a marchar cuando estalló el cohete.

Uno de los guardias de la pareja que hacía servicio en el Estado Mayor Presidencial, en el Palacio Nacional, nos puso al tanto por teléfono de las novedades que acababan de ocurrir: los componentes de la Escuela Militar de Aspirantes, ubicada en Tlalpan, se habían trasladado, en tranvías eléctricos requisados, al Zócalo de la ciudad de México y, descendiendo rápidamente, al paso veloz, asaltado las tres guardias establecidas en el Palacio Nacional, posesionándose de él. También ocuparon las torres de la Catedral. La compañía de infantería de la Escuela de Aspirantes se hizo sorpresivamente del Palacio Nacional, mientras el escuadrón de caballería de la propia escuela se trasladaba por tierra hacia México, y posiblemente ya había llegado o estaba llegando. Nos decía también el guardia que

el comandante militar de la plaza, general Lauro Villar, que no se hallaba en el recinto cuando lo tomaron los aspirantes, había reaccionado rápidamente, y con un puñado de tropas leales que sacó del cuartel de San Pedro y San Pablo, se introdujo en el propio Palacio Nacional por la parte trasera del Zócalo, es decir, por el cuartel de zapadores, arrancándoselo de las manos, también por sorpresa, a los infidentes aspirantes. Que el Palacio Nacional, nuevamente en poder de tropas leales, fue atacado por fuerzas rebeldes encabezadas por el general Bernardo Reyes, quien acababa de ser puesto en libertad de la prisión militar de Santiago Tlatelolco, en donde estaba recluido, por fuerzas sublevadas de la guarnición, y que también habían libertado de la Penitenciaría al otro preso, general Félix Díaz. Que hacía apenas unos minutos se había registrado un tremendo combate entre los rebeldes, encabezados por el general Bernardo Reyes, que trataban de tomar el Palacio Nacional, y las fuerzas leales. Que resultaron centenares de militares infidentes muertos o heridos, así como gran número de paisanos curiosos que ocurrieron a presenciar los acontecimientos. Que, finalmente, el general Reyes había perecido en la trifulca, muerto por los disparos de una ametralladora emplazada en la Puerta Mariana del Palacio. También se sabía que los rebeldes repelidos se dirigían ahora hacia la Ciudadela, con el general Félix Díaz al frente. El combate trabado entre los defensores leales del Palacio Nacional y los atacantes rebeldes había sido, aunque breve, muy intenso, y el Zócalo estaba totalmente cubierto de cadáveres especialmente de gente civil que, habiendo ido a curiosear los acontecimientos, fue sorprendida por el intenso fuego de las ametralladoras.

El capitán primero, comandante de nuestro escuadrón, se encontraba con permiso fuera de la capital; el capitán segundo y uno de los tenientes también estaban fuera en comisión del servicio; en el escuadrón sólo quedábamos dos tenientes y tres subtenientes; el más antiguo de los tenientes habría de asumir el mando.

Desde luego fue suspendido el servicio que iba a desempeñar en la guardia de la rampa de Chapultepec, relevando a mi colega el subteniente Martínez Luna. Mi pelotón y yo cambiamos rápidamente de indumentaria; nos quitamos los uniformes de paño y vestimos los de dril. La tropa fue subida a la azotea del cuartel

y colocada tras de sus pretiles para resistir desde allí al enemigo que, según se decía, iba hacia allá.

Como a las nueve de la mañana llegaron los dos guardias que habían ido desde temprano a Chapultepec con el objeto de acompañar al presidente Madero en el recorrido que, a caballo, solía hacer todos los domingos. Aquel domingo, 9 de febrero, no había salido a recorrer algún lugar de los alrededores de la capital. Montó, sí, pero para dirigirse al Palacio Nacional; y lo escoltaron cadetes del Colegio Militar. Fue un recorrido —temerario— del Paseo de la Reforma al Zócalo. En la Fotografía Daguerre, ubicada en la avenida Juárez, tuvo que detenerse: hacían fuego francotiradores del enemigo. En aquel histórico lugar, conociendo, como conocía, los hechos ocurridos en el Zócalo, así como que estaba herido el comandante de la plaza, general Lauro Villar, designó para sustituirlo al general Victoriano Huerta. Los guardias contaban que presenciaron el Zócalo cubierto de cadáveres y que, como iban al lado del presidente Madero, habían oído la felicitación de éste al general Villar:

—Es usted un hombrote, general Villar.

—Señor presidente, los hombrotes son estos soldados que han estado en la cadena de tiradores.

Toda esa mañana fue de inseguridad e indecisión.

La comandancia militar, considerando la importancia de la Ciudadela, destacó como jefe del punto al mayor de órdenes, general Manuel Villarreal, quien asumió el mando de inmediato. Quedábamos, pues, directamente a sus órdenes.

Que el escuadrón montado salga de su cuartel y se incorpore al Palacio Nacional. Que se sostengan y esperen los refuerzos que han sido ordenados. El teléfono no cesaba de funcionar, pero no transmitía nada preciso, claro. Las azoteas de la Ciudadela que teníamos frente a nuestro cuartel, plaza de por medio, estaban coronadas por los obreros de los talleres ahí instalados, y por gran número de policías de a pie, quienes, dispersos, habían ido incorporándose.

A nuestro escuadrón llegó un escuadrón pie a tierra de la gendarmería montada y, desde luego, fue a sumarse a nuestros guardias en los pretiles de la azotea. Más tarde fue bajado para ser conducido a otra parte. Llegó el inspector de policía, mayor Emiliano López Figueroa, y se marchó prometiendo enviar el Batallón de Seguridad, a cuyos miembros apodaba el pueblo *los Ratones*, por vestir un

uniforme gris que los asemejaba a dichos roedores. Se hablaba al Palacio Nacional y nada se sabía ni daban orden alguna. Se creía que el Presidente había salido del recinto y, más tarde, de la capital; se creía que iba en automóvil a Cuernavaca a refugiarse con las fuerzas que mandaba el general Ángeles, comandante militar del estado de Morelos.

En esa confusión de noticias, y en esa incertidumbre, apareció el enemigo por las calles de Bucareli y se detuvo donde se erguía el reloj. Tanto los de la Ciudadela como nosotros abrimos fuego, que resultaba ineficaz para unos y otros, pues los rebeldes no daban bien a bien, la cara. Habían emplazado una sección de cañones al pie del reloj y lanzaron un cañonazo hacia la Ciudadela. Un corneta de órdenes de la propia Ciudadela ordenó "cesar el fuego". Un grupo de rebeldes fue hasta la puerta central de la fortaleza y penetró tranquilamente al interior. Habían triunfado sin combatir, con la eficaz ayuda de la traición emboscada entre los propios defensores del recinto. Había sido asesinado el jefe de punto, general Manuel Villarreal, y cientos de policías armados apostados en los pretiles fueron abatidos por el fuego de las ametralladoras, por la espalda.

La Ciudadela era del dominio del enemigo; y por si ello fuera poco, el Batallón de Seguridad (los Ratones), que habían prometido enviar a reforzar a los defensores, llegó, pero no a reforzarlos, sino a unirse con los de la cuartelada al grito de "¡Viva Félix Díaz y muera Madero!"

Sólo quedaba el escuadrón de Guardias de la Presidencia sin rendirse, pues los rebeldes se habían posesionado en la Ciudadela y penetrado en su interior. Reinaba confusión y desorden entre los que llegaban, y era propicio el momento para hacer algo.

Yo, único maderista de origen dentro del escuadrón porfiriano, que sentía hondamente lo que estaba ocurriendo, sugerí al teniente que había asumido el mando:

—Aprovechemos la confusión y salgamos; es el momento adecuado y único. La caballada está ensillada y todo es cuestión de montar, abrir de par en par el portón y salir a aire vivo. No se darán cuenta los rebeldes, y si se dieran, a los cinco minutos habremos volteado la calle y estaremos a cubierto de su fuego. Así llegaremos hasta el Palacio Nacional en cumplimiento de nuestro deber.

Titubeó, no se atrevió y el tiempo corría velozmente. Los triunfadores se dieron cuenta de que nuestra fuerza no estaba todavía

bajo su control, y mandaron llamar al que fuera comandante para que se presentara ante el propio Félix Díaz. Allá fueron, sumisos, nuestros dos tenientes, el comandante accidental y el que le seguía, y quedamos con la fuerza los dos subtenientes.

Tardaron más de dos horas conferenciando. Ya caía la tarde cuando regresaron; nuestro comandante traía un papel en la mano y parecía satisfecho. Mandó que toda la fuerza se formara en el patio, y tras de pronunciar unas cuantas palabras, dio lectura al documento que llevaba y que, en síntesis, decía que el Escuadrón de Guardias de la Presidencia era el mismo que había servido al general Porfirio Díaz hasta que éste hubo de exiliarse, y que por un deber militar servía ahora al actual presidente de la República; pero reconocía, dado su origen, la pureza del movimiento militar contra el gobierno, aunque no estaba de acuerdo con secundarlo, dada su especial misión de dar protección a la persona del mandatario. Los rebeldes no permitirían que el escuadrón se incorporara a cumplir su específico deber y, en consecuencia, se pactaba entre ambas partes (Félix Díaz y escuadrón de guardias) que esta fuerza no sería desarmada, pero sí se comprometería a permanecer neutral mientras durara el desarrollo de los acontecimientos.

Allí terminaba el documento y allí terminaba también la vida limpia de un escuadrón que era sepultado ignominiosamente en el estiércol, pudiendo haber hecho algo grande o, al menos, haber sucumbido cumpliendo con su deber.

—¡Escuadrón! ¡Saludo! ¡Rompan filas!

Nos invadía una ola de tristeza a todos.

Mi blusa

Cabizbajo, fui a mi cuarto y me quité el uniforme. Aquello se había acabado. ¿Qué tenía que hacer yo allí, en una fuerza cuyo deber era estar con el presidente, pues era su guardia, y que cuando podía serle más útil se declaraba "neutral"? ¿En dónde se había visto cosa semejante? Aquella guardia presidencial dejaba de serlo; yo, maderista, salía sobrando allí: mi deber era buscar al presidente y estar a su lado.

Me quité el uniforme de oficial federal, que nunca más volvería a ponerme, me puse el pantalón y la blusa de limpia de dril

que usaba la tropa, me anudé la blusa en la cintura, dejé la espada —quedándome con la pistola reglamentaria oculta en la cintura—, me puse un sombrero tejano que conservaba de mis antiguas andanzas revolucionarias, y le pedí permiso al teniente para salir a comer, pues no habíamos tomado alimento alguno en todo el día. Salí del cuartel cuando atardecía. Allí, en el cuartel de cara a la Ciudadela, quedaban mis escasas pertenencias y mis ilusiones de militar de profesión. Con aquella blusa larga y anudada, no era yo nadie: un hombre cualquiera que pasa inadvertido en cualquier parte. Aquella blusa humilde, ¿quién me lo había de decir?, llegó a ser para mí prenda muy querida, prenda que me recordaba la tragedia, aunque sacándose con bien. De allí en adelante, en el transcurso de muchos años, aquella blusa querida me acompañó siempre como si hubiera sido un talismán, un escapulario protector, un amuleto que atraía los peligros, pero que tenía la virtud de repelerlos.

Aquella blusa larga de limpia la tuve puesta durante la Decena Trágica, febrero de 1913, así como durante la no menos trágica noche de Tlaxcalantongo, 20 de mayo de 1920.

Estas reminiscencias, lector que me sigues, están inspiradas en aquella humilde prenda de vestir.

Comenzaba la nefasta Decena Trágica. Días de lucha cruenta, pérfida, malintencionada. Lucha pactada entre los jefes militares de ambas partes, rebeldes y seudoleales, quienes, unidos, dieron finalmente al traste con el gobierno de Madero, abatiéndolo y asesinándolo juntamente con el vicepresidente José María Pino Suárez.

No voy a narrar en estas reminiscencias detalladamente aquellos días de lucha conocidos como la Decena Trágica, pues tales recuerdos han sido insertos en un capítulo al que intitulé *La Ciudadela quedó atrás*. A él puede ocurrir el amable lector, si es que lo hasta aquí narrado le ha abierto el apetito de indagación más prolija.

Sólo hablaré del primero de aquellos diez días en que me tocó participar y en el que mi blusa tuvo su bautizo de sangre.

Me presenté en Palacio Nacional y el propio presidente Madero me ordenó que fuera al Castillo de Chapultepec, en donde estaba su esposa, y allí me pusiera a las órdenes del general Joaquín Beltrán, que había sido designado jefe de punto. Fui durante aquellos diez días

su oficial de órdenes; para ello se me proveyó, en el Colegio Militar, anexo entonces a la residencia presidencial, de un caballo ensillado.

Iba a comenzar el ataque a la Ciudadela contra los amotinados. Tomarían parte las fuerzas leales que había en la plaza, y las tropas que se habían estado trayendo de lugares cercanos a la capital, entre las cuales estaban las que mandaba el general Felipe Ángeles venidas de Cuernavaca.

A la "diana" de ese día ya estábamos en pie. Desayuno frugal en el Colegio Militar.

El general Beltrán me ordenó que montara y que fuera a Tacubaya a los cuarteles de la Subida de San Diego, en donde debía estar el Séptimo Batallón procedente de Cuernavaca. Que me apersonara con su comandante, coronel Juan G. Castillo, y le comunicase su orden de ponerse, desde luego, en marcha por el Paseo de la Reforma hasta el hotel Imperial. Que el batallón a su mando, y otras corporaciones dispuestas en otros puntos de la ciudad, emprendieran el ataque precisamente a las diez de la mañana. Que regresara a informarle cuando ya el batallón se hubiera puesto en marcha.

Fui al picadero del Colegio y monté el caballo que ya me tenían listo. Descendí por la rampa. El caballo era mansurrón. Muchos talonazos hube de darle para que tomara el trote.

Allí, en la caseta de la guardia; de la entrada de la rampa, me detuve; estaba de servicio mi camarada Martínez Luna, al frente de la única fuerza que quedara en nuestro infortunado escuadrón.

—¿A dónde vas? —me preguntó mi amigo.

—A una comisión; pero este caballo que me han dado es un matalote, parece de infantería. Que alguno de tus guardias me preste sus acicates porque este animal no entiende de talonazos.

Me calcé los acicates que me prestaron y monté. Al primer contacto, el caballo partió al galope.

En la Subida de San Diego estaban juntos dos cuarteles, el del Segundo Regimiento de artillería de campaña, y el del Primer Regimiento de caballería. Ambos cuarteles se hallaban vacíos; la artillería, sublevada, al igual que tres escuadrones del Regimiento de caballería; sólo uno había permanecido leal al gobierno y estaba en el Palacio Nacional.

El Séptimo Batallón había pasado parte de la noche —pues llegó en la madrugada— en uno de los cuarteles.

Cuando llegué, el batallón estaba formado y dispuesto a partir; las acémilas de las ametralladoras aparcadas. El coronel Juan G. Castillo, hombre de edad madura, bajo de estatura, se hallaba montado, así como los otros jefes, su ayudante y los subayudantes.

Me di a conocer y transmití la orden que llevaba.

—Avise usted al general Beltrán que en estos momentos salgo.

—Con permiso de usted, espero a que el batallón salga. Así es la orden que tengo.

El batallón se puso en marcha a la sordina en columna de viaje con los fusiles sin marrazos, suspendidos del hombro.

Cuando el batallón pasaba a la altura de Chapultepec, me desprendí y fui a dar parte al general Beltrán, que examinaba un plano en la terraza del Castillo.

—Cumplida su orden, mi general.

—Tiene usted que volver en seguida. Hay que darle detalle preciso al coronel Castillo del lugar del ataque. Dígale que en la avenida Morelos virará a la derecha para tomar las calles de Bucareli, por allí atacará él a la Ciudadela. Acompañe usted a la fuerza y venga a rendirme cuenta cuando ya el batallón haya entrado en fuego.

Salí a escape. Alcancé al batallón; participé al coronel Castillo la orden que llevaba y me coloqué a su lado.

Ya para llegar a la avenida Morelos, la tropa dejó silenciosamente la formación de columna de a cuatro para marchar sólo en dos hileras abiertas a ambos lados del Paseo de la Reforma.

Las armas de suspendidas, como las llevaban, pasaron a ser embrazadas, es decir, dispuestas ya para combatir.

Así se dio vuelta por la avenida Morelos.

Se creía que el enemigo estaba en la Ciudadela y que acaso tendría puestos avanzados dos cuadras antes de la fortaleza. No fue así. Estaba allí mismo, a nuestro paso. El dominio de los rebeldes se había extendido bastante. Sigilosamente estaban, en la medida de lo posible, ocultos.

Eran las diez de la mañana y la artillería de las fuerzas del gobierno rompió el fuego.

Súbitamente, inesperadamente, un vivo fuego de ametralladoras cayó sobre nosotros.

Quedó muerto el coronel Castillo. Yo caí en tierra lanzado por mi caballo encabritado que, herido por varios proyectiles, cayó también muerto. Fue una sorpresa tremenda; una verdadera siega. Los

caídos en tierra seguramente pasaban de un centenar —casi todos heridos—. Milagrosamente nada me pasó, como no fuera la pérdida del caballo que montaba y un ligero golpe como consecuencia de la caída. El quicio de una puerta suficientemente amplio y providencialmente a mi alcance, me sirvió de refugio.

Cuando amainó el fuego enemigo pude salir.

Los infantes del Séptimo avanzaban enardecidos. La batería de cañones, emplazada en el cercano hotel Imperial, no cesaba de disparar. Se oían cañonazos por todas partes en fuego de ráfaga, y las ametralladoras y la fusilería disparaban sin cesar.

Aquello era el infierno.

Don Venustiano, Piedras Negras, los zapadores

Aquel episodio sangriento, mancha indeleble en nuestra historia patria siguió su desarrollo hasta culminar con el entendimiento entre los mandatarios de atacantes y atacados para terminar uniéndose y dar fin al gobierno democrático del presidente Madero, asesinando a él y a su vicepresidente Pino Suárez.

Cuando se hubo consumado el crimen y el general Huerta se enseñoreó del poder imponiéndose férreamente, salí de México con la mira de incorporarme a don Venustiano Carranza, gobernador del estado de Coahuila, que, levantado en armas con escasos hombres a su lado, pugnaba por enfrentarse al usurpador con una bandera legal para imponer el imperio de la Constitución mancillada por los militares traidores.

Completamente escaso de recursos, hube de hacer un viaje penoso hasta llegar con don Venustiano Carranza a la ciudad de Piedras Negras, Coahuila, lugar al que acababa de arribar después de haber promulgado el Plan de Guadalupe en la hacienda de ese nombre, a raíz de haber atacado la ciudad de Saltillo, y en donde había sido rechazado.

Era el día 1º de abril del año 1913, cuando me presenté a don Venustiano Carranza, y fui designado su ayudante en el Estado Mayor que comandaba el teniente coronel Jacinto Treviño, que antes había pertenecido al Estado Mayor del presidente Madero. Él, Treviño, y el coronel Garfias, subjefe del Estado Mayor Presidencial, estaban en Saltillo reclutando gente para formar un batallón,

cuando los sorprendió el cuartelazo de la Ciudadela y, desde luego, dada la ideología de ambos, secundaron la actitud del gobernador Carranza uniéndose a él con las fuerzas que estaba reclutando.

Comenzaba una lucha desigual entre Carranza, al frente de cuatrocientos o quinientos hombres escasamente pertrechados, y el usurpador Victoriano Huerta, con el ejército federal y antiguos rebeldes antimaderistas y todo el poder de un gobierno.

Yo llegaba a unir mi pequeñez aportando juventud y entusiasmo, y llevando por todo equipaje un maletín que contenía tan sólo tres mudas de ropa interior, dos camisas y mi blusa de limpia que había de acompañarme de allí en adelante en todas mis andanzas bélicas.

Ordenó el señor Carranza a don Gabriel Calzada, diputado de la Legislatura de Coahuila, y habilitado como mayor, jefe de las armas en Piedras Negras, administrador de la aduana, presidente municipal, y con facultades para resolver todo lo que a cuestiones de autoridad se refiriera en la ciudad, que me proporcionara el equipo necesario para desempeñar la comisión de ayudante de campo de Calzada. Yo mismo, provisto de dinero por Calzada, fui al lado estadounidense, a la pequeña ciudad de Eagle Pass, y compré dos uniformes de caqui, un sombrero tejano, unas polainas y una pistola con su fornitura, y dos cajas de municiones. El señor Calzada me asignó, asimismo, un buen caballo debidamente ensillado.

El cuartel general se había establecido en el edificio de la aduana fronteriza; allí despachaba don Venustiano Carranza con el escaso personal que le acompañaba: jefe de Estado Mayor, teniente coronel Jacinto B. Treviño; su secretario particular, Alfredo Breceda, y su nuevo ayudante, que era yo. Mis compañeros, los otros ayudantes suyos —capitán Rafael Saldaña Galván y los tenientes Juan y Lucio Dávila y Destenove—, se habían quedado en Monclova.

Existía calma en toda la región dominada por el gobernador Carranza; no parecía que hubiera revolución. Se dominaba desde la estación de Espinazo, al sur de Monclova, todo el norte del estado de Coahuila. Algunas fuerzas revolucionarias excursionaban por Tamaulipas a las órdenes de Lucio Blanco, y otras por las cercanías de Laredo al mando de don Jesús Carranza, hermano de don Venustiano. El coronel Pablo González mandaba el resto de las fuerzas desde Monclova hasta la frontera.

Seguramente las columnas federales del general Mass, de Saltillo, y de Rubio Navarrete, de Lampazos, Nuevo León, irían sobre no-

sotros, pero no parecían tener prisa alguna. Mientras tanto nosotros nos preparábamos para la defensa y, sobre todo, para hacer que se propagara el movimiento armado por todo el país.

Llevábamos una vida tranquila de pueblo, nuestro alojamiento estaba en el mismo cuartel general. Allí dormíamos en catres de campaña. A temprana hora, antes de salir el sol, nos despertaba Secundino Reyes, el asistente de don Venustiano, llevándonos sendas tazas de café caliente. Salíamos a hacer un recorrido a caballo por los alrededores. Regresábamos a la hora de desayunar para tomar el consabido chorizo con huevos y tortillas de harina, o bien chile con queso o cabeza de cabrito asada.

Después, hacer oficios dando instrucciones, órdenes de movimiento, telegramas en clave; autorizaciones para reclutar gente, proclamas, manifiestos, nombramientos; conferencias telegráficas del Primer Jefe con sus subalternos, a larga distancia, o entrevistas con las escasas personas que iban a visitarlo allí, a la aduana.

A mediodía, generalmente comíamos en la fonda de una señora viuda española, doña María, madre de cuatro o cinco niñas, y cuyo establecimiento se encontraba ubicado en la calle principal de la población. Hacíamos el recorrido a pie desde la aduana a la fonda, acompañando a don Venustiano las cuatro o cinco personas que trabajábamos con él, sin disfrute de sueldo alguno. Solía él charlar con la dueña y siempre acariciaba a sus hijitas.

Comíamos en sana paz como si fuéramos una familia; pagaba don Venustiano el consumo que se hacía, echando mano a su cartera y extrayendo de ella un billete cuidadosamente doblado, recibía el dinero sobrante y apuntaba con todo cuidado en un librito el gasto hecho.

Nuevamente a la aduana a trabajar hasta la noche. Merienda frugal; una o dos vueltas por la Plaza de Armas, y después a descansar hasta el día siguiente.

Empezó a tener éxito el movimiento. Todo el estado de Sonora respondió, y los primeros combates serios contra los federales fueron allí. Sonora logró expulsarlos de su territorio primero que nadie. Antiguos comandantes de cuerpos rurales maderistas se levantaban en armas contra Huerta en diversas partes del país. Cándido Aguilar, en Veracruz; Calixto Contreras, Orestes Pereyra y los hermanos Arrieta, en Durango; Gertrudis Sánchez, en Michoacán; Jesús

Agustín Castro, en Tlalnepantla, es decir, muy cerca de la capital de la República.

Empezó a llegar del cuartel general gente prominente. Pudieron adquirirse armas y municiones en los Estados Unidos…

Llegaban hombres ennegrecidos por el carbón, que surgían del fondo de las minas; rancheros, especie de *cowboys*, de las márgenes del Bravo; indios kikapúes del Nacimiento, del pueblo de Múzquiz; ferrocarrileros entusiastas; viejos de piocha afrancesada que fueron revolucionarios en la época de Garza Galán o de Flores Magón en Las Vacas o en Viezca; muchachos imberbes; gente del campo y de los pueblos, se aprestaban a la lucha contra el usurpador Huerta; cada quien buscaba una arma y se unía al grupo que más le simpatizaba. No había más interés que derrotar a los traidores; se carecía de haberes y las raciones para alimentación que podían darse no siempre eran oportunas ni abundantes. Nada importaba por el momento; sólo una idea persistía insistente en cada nuevo revolucionario: luchar, luchar hasta vencer o morir; de antemano se había hecho ya una suprema renunciación a la vida sojuzgada por la bola pretoriana de un militarismo imperante.

Los veinte hombres que constituían la guardia permanente de la aduana fueron instruidos militarmente por mí, en los ratos perdidos del trabajo oficinesco. A don Venustiano, que entendía bien aquello, pues él mismo había sido oficial reservista cuando el general Bernardo Reyes implantó aquella famosa y popular Segunda Reserva, le agradaba ver la instrucción que yo les impartía. Le agradó a don Venustiano la forma, vio el progreso de aquellos pocos hombres de la guardia, y dispuso sobre la marcha que fueran el pie veterano de un batallón de zapadores del nuevo ejército constitucionalista que estaba naciendo.

En unos cuantos días llegaron a Piedras Negras hasta quinientos mineros de carbón. Fueron uniformados y armados, y con ellos se hizo el batallón de zapadores, compuesto de tres compañías y una plana mayor. A capitanes ya fogueados se entregó el mando de las compañías, y a algunos oficiales subalternos también; otros fueron habilitados, así como los sargentos y cabos.

El personal era joven, fuerte y animoso. No tendrían haberes diarios, pero el equipo era de lo mejor que podía conseguirse en el comercio del lado norteamericano: sombrero tejano, camisola

y pantalón caqui; zapatos fuertes, una cobija para abrigarse y para dormir; un juego de ánfora de aluminio con una taza, un plato, una cuchara y un tenedor; una bolsa grande de lona para llevar ropa y provisiones; cartucheras y portafusiles de cuero para las carabinas; correas para amarrar las cobijas terciadas sobre el cuerpo durante las marchas, y un trozo de lona para amasar la harina y hacerse ellos mismos las tortillas.

Para la plana mayor fueron requisadas acémilas aparejadas para llevar en ellas municiones de reserva, dinamita, palas, picos, cables con garfios para escalar muros, rollos de alambre y detonadores, así como el equipo de los oficiales.

Se adquirieron cornetas y tambores para formar la banda, algunas tiendas de campaña para los oficiales, y peroles y tasas para cocinar algunos complementos de las raciones frías del rancho diario.

La maestranza del ferrocarril confeccionó unos gafetes metálicos para el batallón —una pala y un fusil cruzados, y en medio una granada estallando—, gafetes que llevaría la tropa en los sombreros, y los oficiales en el cuello de las camisolas.

Allí mismo hicieron, también, con pedazos de tubo recortados, recipientes para rellenar con dinamita y hacer estallar con detonadores accionados por mechas mineras Bickford.

El color distintivo del nuevo cuerpo fue el solferino; toquillas, "golpes" de los individuos de la banda, y banderines de las compañías, eran de ese color.

—Hay que hacer pronto este batallón para mandarlo a campaña —me dijo un día don Venustiano.

—Nomás un mes le pido, señor, para enseñar a esta gente tan animosa a tirar al blanco; muchos no han disparado en su vida un tiro. Hay que acostumbrarlos a caminar; sólo han trabajado en las minas de carbón. Hay que enseñarles a maniobrar y la especialidad de zapadores a que van a ser dedicados.

La instrucción fue una cosa muy especial, acorde con las circunstancias imperantes; esencialmente práctica y rápida para lograr de inmediato hacer hombres de lucha pronta y eficaz.

Los oficiales me secundaron admirablemente.

Al toque de "diana" el batallón ya había tomado una taza de café caliente y salíamos al campo de instrucción en las cercanías de la ciudad.

Primero se les enseñó a conocer y manejar su arma: accionarla, limpiarla, apuntar y disparar sin cartuchos; aprovisionarla de municiones y descargarla de ellas. Después a tirar sobre blancos a corta distancia y apuntando cuidadosamente. Se gastaron unos miles de cartuchos, pero se aprovecharon magníficamente.

Después a caminar: en el campo, por el camino real hasta la Villita, alargando las jornadas cada día hasta llegar a la marcha reglamentaria de veinte kilómetros. Al principio se cansaban, pero a los pocos días ya les era habitual la marcha con el equipo.

Intercalábamos en las marchas ejercicios de orden disperso, desplegando el batallón en formación de combate con sus cadenas de tiradores, sus sostenes y sus reservas, cambiando de frente y avanzando o retrocediendo en escalones. De las tres compañías del batallón, dos eran maniobreras y también de zapadores, y la tercera únicamente de granaderos o aplicación de explosivos. La instrucción de ésta consistía esencialmente en ejercitarse lanzando piedras a larga distancia, como deberían hacerlo con las bombas de dinamita. Llegaron a ser expertos y certeros arrojando granadas, y la explosión de ellas en los ejercicios entusiasmaba a la tropa y les levantaba grandemente el ánimo. Los zapadores llegaron a hacer trincheras para tiradores y lograron escalar muros sirviéndose de los cables con garfios de hierro.

Don Venustiano gustaba de presenciar de cuando en cuando la instrucción de la tropa, y se veía que le complacía ver el rápido adelanto de los nuevos soldados. Era clara su simpatía por el batallón de zapadores, y envió a dos parientes suyos a que formaran parte de él: a su sobrino Bulmaro Guzmán, jovencito aún, siempre alegre y sonriente, que fue subteniente-ayudante de la plana mayor, y a su primo Eloy Carranza, hombre ya maduro y de porte un tanto extravagante. Llegó Eloy al batallón tocado con bombín, con una banderita nacional puesta en la toquilla, impecablemente vestido: levita cruzada, pantalón y calzado negros; inconcebible atuendo en aquel caluroso mes de mayo en Piedras Negras; su cara magra y afeitada le daba un aspecto de clérigo o funcionario judicial de corte antiguo. En contraste con la indumentaria negra y el aire un tanto fúnebre, el carácter de Eloy era festivo, sonriente, afable y servicial.

Tenía la particularidad de repetir la última frase de lo que decía, y de reírse abiertamente al final.

—¿Es usted primo de don Venustiano?

—Sí, el Primer Jefe, es mi primo… es mi primo; ja, ja. Yo vengo a ayudarlo en lo que pueda. No quiero ser oficial, quiero ser tropa… quiero ser tropa…; ja, ja.

Lo hicimos sargento pero lo admitíamos a comer con los oficiales. Tenía muy buena letra y era culto.

—Yo no debía comer con ustedes, que son oficiales y yo soy tropa… soy tropa; ja, ja.

—A la hora de comer todos somos iguales, ¿verdad?

—Seguro, para eso andamos peleando… andamos peleando… ja, ja.

Era alegre, al igual que Bulmaro Guzmán, pero en otra forma. Era contagiosa la alegría de los dos. En las marchas por el camino se oían a distancia las carcajadas de uno y otro, que alejaban el cansancio y el aburrimiento.

Candela

La inactividad del enemigo nos había permitido dar un buen entrenamiento a la gente nueva.

Faltaba el bautizo de sangre. El flamante batallón de zapadores, por mi conducto, pidió al Primer Jefe la oportunidad de demostrar su eficiencia, y el señor Carranza gustoso accedió a ello. El primer hecho de armas en que participaría el nuevo Cuerpo iba a ser en Candela, Coahuila.

Mass, con una fuerte columna huertista, nos acechaba, al parecer inactivo, frente a Monclova, en tanto que su colega Rubio Navarrete, con otra fuerza enemiga también numerosa, controlaba la línea férrea de Monterrey a Laredo, con cuartel general en Lampazos, Nuevo León; su caballería, acantonada en Candela, la mandaba el célebre dragón federal teniente coronel José Alessio Robles.

Ante la presencia de este enemigo considerable, don Jesús Carranza, que operaba en la región, se había visto precisado a evacuar el pueblo y a retirarse en observación de los movimientos del enemigo, que podría intentar avanzar hacia nosotros.

Rubio Navarrete y los suyos permanecían a la expectativa, sin intentar nada en nuestra contra. El Primer Jefe resolvió dar un golpe y fue nuestro batallón el encargado.

Desde Piedras Negras fuimos trasladados, por ferrocarril, hasta Monclova, en seguida hasta la estación Gloria, y de ahí nos acercamos a pie hasta la inmediaciones de Candela. Iban con nosotros todas las fuerzas disponibles de la región; en Monclova, punto avanzado hacia el enemigo (Mass) sólo quedaba el teniente coronel Emilio Salinas con pocas fuerzas; en Piedras Negras quedaba el mayor Gabriel Calzada con escasa guarnición. Mandaba la columna el propio Primer Jefe, don Venustiano Carranza.

Pasamos la víspera del combate ocultos del enemigo detrás de los cerros conocidos con el nombre de Cañón de la Carroza, y apenas cerró la noche avanzamos decididamente a tomar posiciones en las lindes del pueblo ocupado por los federales, para efectuar el asalto al romper el día siguiente.

Hacia la medianoche hubo unos cuantos tiros con un rondín federal. El batallón de zapadores estaba desplegado en toda regla, ocupando lo que iba a ser el frente del combate; la caballería cubría los flancos, y parte de ella había marchado a detener cualquier auxilio que pudiera llegar al enemigo desde Lampazos.

Inexplicablemente el enemigo, que se componía de un regimiento de caballería, o sea cuatrocientos hombres con dos ametralladoras pesadas y dos fusiles ametralladoras Rexes, no había tenido la precaución de colocar puestos avanzados para su propia seguridad, por lo cual pudimos, sorpresivamente, llegar hasta el propio pueblo sin ser sentidos; los propios granaderos de nuestro batallón lograron introducirse al interior y colocarse en las inmediaciones del cuartel para lanzar sus granadas al romperse el fuego.

Al amanecer se dio la orden de ataque y el batallón se lanzó impetuosamente al combate con un fuego nutrido. Junto con el batallón de zapadores también atacó, por el lado opuesto, el escuadrón Vázquez, que mandaba el intrépido Pancho Vázquez. Sonaba la fusilería y traqueteaban las ametralladoras nuestras que manejaba Bruno Gloria. El estruendo de las granadas de los zapadores daba al ataque un vigor extraordinario, sin duda alguna pavoroso para el enemigo refugiado en el cuartel, y con sus ametralladoras emplazadas en las torres de la iglesia, disparando sin causar daño alguno a nuestra gente, ya que toda ella habíase colocado dentro de los án-

gulos muertos del fuego de las piezas enemigas. En unos instantes estábamos ya todos nosotros frente al propio cuartel y lo rodeábamos. El comandante de los federales, teniente coronel José Alessio Robles, que tenía aureola de bravo, seguramente vio negra la cosa y, audazmente, montando brioso caballo (era un hábil jinete), salió del cuartel entre el nutrido fuego de nuestra fusilería, y a toda rienda escapó, abandonando a la fuerza que mandaba. Lo seguía un charro, hombre maduro que montaba un buen caballo y disparaba una pistola, pero recibió en la frente un tiro de mosquetón de los nuestros y cayó redondo a pocos metros de nosotros.

La fuerza federal quedaba sin mando. Después, cuando hubo pasado el combate, nos dimos cuenta de que aquella fuerza federal no pertenecía a un solo regimiento, sino que eran fracciones del Primer y Noveno regimientos, al mando de oficiales.

No había ningún otro jefe fuera de Alessio Robles, que con su huida dejaba a aquella fuerza sin ninguna coordinación. Sin embargo, seguían combatiendo en desorden y aún intentaron una salida montados, pero como nuestro fuego estaba concentrado especialmente en la puerta del cuartel, los primeros jinetes que aparecieron quedaron muertos, junto con sus caballos, y constituyeron un positivo impedimento para la salida de los demás, que finalmente optaron por rendirse.

Un trompeta de ellos tocó "parlamento" y "cesar el fuego", y un poco después apareció un soldado enemigo en la azotea del cuartel con una bandera blanca, y a voz en cuello nos gritó:

—¡Estamos rendidos!

Yo, que era el oficial de mayor categoría, y además comandante del batallón, le contesté:

—Aceptamos su rendición. Salgan todos ustedes desarmados y formados, y colóquense en línea desplegada a la derecha de la puerta del cuartel. Que solamente queden adentro los heridos que no puedan caminar. Que los que están en la torre de la iglesia con las ametralladoras las bajen.

Casi en seguida fueron saliendo del cuartel los rendidos, en dos hileras, y se formaron al lado del portón del cuartel. Pasaban de doscientos y todos iban uniformados de dril, con la blusa larga de limpia, igual a la mía, que ese día llevaba puesta. No se veía a ningún oficial; posiblemente irían entre la tropa, con la misma indumentaria, con la esperanza de salvar la vida.

Los que estaban en la torre de la iglesia descendieron y entregaron las dos ametralladoras, que habían estado manejando, a uno de nuestros oficiales, quien les ordenó que penetraran al cuartel y sacaran de allí las acémilas destinadas a la conducción de las piezas, y que montaran en ellas el material y las municiones para llevarlos con nosotros.

Una parte del batallón quedó cuidando a los prisioneros y el resto entramos en el recinto.

La caballada estaba ensillada y las armas alineadas en la pared; el correaje tirado por el suelo.

En un cuarto, cajas de municiones y algo de equipo. Numerosos cadáveres de gente de tropa en las azoteas y en el patio. En otros cuartos, soldaderas que trataban de curar a algunos heridos.

Un capitán yacía muerto en un camastro; a su lado un subteniente de apellido Dueñas, conocido mío desde la capital, herido en una pierna. Al reconocerme me pidió que le salvara la vida, y así se lo prometí.

Nuestros soldados, registrando todo aquello, encontraron a tres soldados del enemigo que trataban de pasar por heridos sin estarlo, y allí mismo los mataron.

El enemigo había quedado totalmente deshecho y el botín era soberbio: armamento, municiones, caballada, dos ametralladoras, dos fusiles ametralladora Rexer y más de doscientos prisioneros.

El batallón de zapadores dejaba en esos momentos de serlo, para convertirse en flamante regimiento de caballería. Todo él quedaba montado.

Nuestros heridos fueron acomodados en los caballos y en las acémilas y, en unos vehículos que se requisaron por el ayuntamiento, fueron llevados nuestros cadáveres hasta el panteón, para que allí les dieran sepultura inmediata. El botín fue cargado en carretones, y con todo emprendimos la marcha hacia el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, quien desde afuera del pueblo había dirigido y presenciado el combate. Estaba muy satisfecho de la acción y, al participarle las novedades, tuve la inmensa satisfacción de escuchar su felicitación y oír de su boca que, desde aquel momento, quedaba ascendido al grado inmediato: mayor.

Llevaba aquel día mi blusa larga. Mi gente, considerando de buena suerte aquel detalle, y viendo que nuestros prisioneros usaban

también aquel atuendo, los despojaron de las blusas, dejándolos en camisa, para ponerse ellos aquellas cómodas prendas de la caballería de la federación.

No había intención de conservar la plaza de Candela. La idea del mando era solamente dar un golpe, y lo fue certeramente. Era de esperarse que el enemigo, con fuertes elementos, acudiera a recuperar la plaza.

Era ya media tarde, y hacia la estación del ferrocarril de Salomé Botella, la más cercana a Candela, se distinguió el humo de varias locomotoras; era el auxilio tardío que enviaba Rubio Navarrete a su caballería. A poco comenzaron a enviarnos cañonazos.

Don Venustiano y las personas de su Estado Mayor reposaban bajo la sombra escasa de unos raquíticos árboles a la orilla de un arroyuelo seco. Dispuso que de las ametralladoras capturadas se hiciera cargo el capitán Bruno Gloria, quien gozoso vio añadirse a las dos que tenía las cuatro que le llegaban. El personal de tropa federal que conducía las acémilas en que iban las piezas quedó, desde luego, incorporado. Asimismo, dispuso el Primer Jefe que el capitán Tránsito Galarza se hiciera cargo de todos los prisioneros que llevábamos, para que los condujera hasta Monclova. Posiblemente Galarza tenía ya instrucciones sobre el particular, pues de camino fue fusilando a varios de ellos, en quienes reconoció a oficiales federales disfrazados con indumentaria de tropa.

Muchas familias de Candela, al amparo nuestro, abandonaban la población, temerosas del desquite de los federales; habían elegido, como punto de reunión para emprender la marcha, precisamente el arroyuelo en que descansaba el Primer Jefe; conversaban con él con esa franqueza y confianza innata de la gente del norte. Iban algunos hombres también.

Creí reconocer a uno de ellos; era exactamente la cara del capitán veterinario del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, al que había pertenecido yo pocos meses antes. Cansado estaba de atender sus indicaciones —estando en servicio de cuartel— con respecto a las enfermedades de los caballos. Me dio gusto verlo y me acerqué a saludarlo, deseoso de ofrecerle mi protección. Me desconoció con tal naturalidad que me hizo disculparme por la equivocación. Me manifestó que nunca había sido veterinario ni mucho menos militar, que era comerciante, lo mismo que el joven que lo acompañaba,

y que precisamente aprovechaba aquella oportunidad para huir de los federales y establecerse en zona de la Revolución.

Nos pusimos en marcha cuando ya cerraba la tarde y, a poco andar, ya de noche, pernoctamos en pleno campo, con las seguridades que nos dio la caballería, la cual no había tomado parte en el combate. Disfrutamos, asimismo, de una buena comida preparada por ellos, que consistía en carne asada de varias reses sacrificadas, tortillas de harina y café caliente. Nuestra flamante caballada también disfrutó del primer pienso dado por los revolucionarios, sus nuevos dueños.

Cuando ya rayaba el sol del día siguiente, reanudamos la marcha.

Tránsito Galarza, con su escuadrón y los prisioneros, marchaba muy adelante de nosotros; iba dejando huellas sangrientas en el camino. De trecho en trecho fusilaba prisioneros, quizás de los que averiguó que eran oficiales, a los que trataban de huir, o tal vez a aquellos que menos le simpatizaban. Los muertos quedaban a un lado del camino, y los soldados de retaguardia registraban sus ropas, les quitaban el calzado y las piezas de oro de las dentaduras a los que las tenían; se valían de las piedras, o de las culatas de las carabinas, para arrancar el oro de la boca de los muertos.

Con sorpresa vi los cadáveres de quien me había parecido el veterinario del Escuadrón de Guardias y el de su acompañante. Estaban abrazados. Así habían esperado la muerte en despedida eterna; miraban al cielo. Las piezas de oro habían desaparecido de sus bocas y la sangre fresca bañaba sus rostros.

Después me informaron que los había delatado la misma familia que los ayudó a escapar de Candela, a la cual acompañaban. Alguna circunstancia inesperada debió de mediar, fatal para ellos.

Quizás yo hubiera podido salvarlos, de haberme tenido confianza.

No sólo fueron fusilados federales en aquel sangriento regreso de Candela; también uno de los nuestros cayó en el camino, atravesado por balas constitucionalistas. Fue el capitán Morales, ameritado oficial de antecedentes honrosos y valor reconocido, a quien le cupo tan mala suerte.

Entre las familias que abandonaron el pueblo huyendo de los federales, al amparo de nuestras fuerzas, iba una agraciada joven que llamó la atención, de seguro, al capitán Morales, de las fuerzas de Murguía, quien, a viva fuerza, cometió con ella repugnante atentado. La atribulada madre de la víctima fue a dar, con su queja, jus-

tamente al lugar en que estaba el Primer Jefe Carranza. Indignado, y como medida de orden y ejemplo de moralidad indispensable en el naciente ejército, ordenó el inmediato fusilamiento del culpable.

Por sus mismos compañeros fue aprehendido y desarmado Morales. Se le fusiló a un lado del camino, del mismo modo que a los federales prisioneros. Dicen que protestaba a voz en cuello que era inocente, que le dolía en el alma que lo mataran sus propios compañeros. Todo fue inútil, y en aquel camino sembrado de cadáveres enemigos quedó también el suyo.

Monclova

Al oscurecer llegamos a la estación Gloria, de regreso triunfal de Candela. Una noticia importante recibió allí el Primer Jefe: mientras nosotros atacábamos y vencíamos a los federales en Candela, la columna enemiga de Mass, estacionada en Espinazo, Coahuila, había avanzado decididamente hacia Monclova, derrotando, desde luego, a la pequeña fuerza que servía de punto avanzado en Bocatoche.

Desde luego ordenó el Primer Jefe que saliéramos en un tren los zapadores, a las órdenes directas del coronel Pablo González.

Tuvimos que abandonar nuestros caballos, quitados al enemigo, dejándolos a las otras fuerzas. Sólo fuimos regimiento de caballería durante un día: volvimos a ser infantes. Reabastecidos de municiones, nos subimos al tren, llevando con nosotros a nuestros heridos, entre ellos a mi prisionero federal, herido, el subteniente Dueñas.

Ya entrada la noche llegó el tren a Monclova; descendimos e hicimos entrada en el poblado de la estación a tambor batiente; nos considerábamos con derecho de recibir los aplausos de la gente civil partidaria nuestra. Casi estaba desierto todo aquello.

Se alojó la fuerza y quedó acuartelada. A primera hora deberíamos salir al encuentro del enemigo que avanzaba ya de la estación de Bocatoche al pueblo de Castaños.

Con el triunfo obtenido en Candela, estábamos deseosos de combatir nuevamente y de conquistar un lauro más. Nuestra moral era inmejorable.

A primera hora del día siguiente, después de ligero refrigerio, partimos en un tren hacia el sur. Se oían cañonazos aislados. A

pocos kilómetros comenzamos a encontrar gente nuestra, de caballería, que se retiraba a galope hacia Monclova; iban en dispersión y sin señales de haber combatido; brillaban las cananas repletas de cartuchos, y sus carabinas iban perfectamente guardadas en las fundas. Entre los fugitivos iba don Emilio Salinas, cuñado de don Venustiano, con el grado de teniente coronel, que había quedado con el mando de la plazas mientras nosotros íbamos a pelear en Candela.

No quedaba ya ninguna fuerza nuestra ante el enemigo, que sin temor ninguno avanzaba hacia su objetivo: Monclova, desguarnecida, pues el grueso de nuestras fuerzas de caballería, que nos había acompañado a Candela, tardaría mucho en llegar a pesar de forzar la marcha para acudir a salvar la amagada plaza de Monclova.

Empezamos a sentir el fuego de la artillería federal sobre nuestro convoy. Se veían ya claramente la infantería y caballería enemigas disponiéndose a tomar posiciones de combate.

Brillaba el sol mañanero sobre la verde campiña.

Descendimos del tren y nos desplegamos en tiradores, avanzando hacia el enemigo. Llevábamos el mismo ánimo del día de nuestro bautizo de sangre; teníamos la seguridad de vencer como antes.

Fue roto el fuego por ambas partes, nutrido y arrasador; estábamos pecho a tierra y sobre nosotros se deshacía una ráfaga de cañonazos.

Dos mil quinientos hombres, de las tres armas, que constituían la columna de Mass, estaban frente a nosotros.

Nuestro batallón estaba totalmente empeñado en la lucha, y a nuestra retaguardia no teníamos fuerza que nos sirviera de reserva, refuerzo o apoyo para maniobrar.

Cuando menos lo esperábamos, el tren que nos había conducido se retiró hacia Monclova; en él viajaba nuestro jefe inmediato, el coronel Pablo González, quien con seguridad iba a la plaza, objetivo del enemigo, para organizar la defensa con las fuerzas que fueran llegando de la caballería nuestra.

El enemigo dejó una parte de su columna batiéndose, y el resto se dirigió resueltamente a posesionarse de la plaza, que estaba hacia nuestra izquierda, un poco retirada de la estación del ferrocarril y con un punto muy defendible, la loma de la Bartola, punto clave para la defensa o toma del poblado.

A los pocos momentos de combate teníamos ya bajas de consideración. Cuando fue indispensable retirarnos, dejamos en el campo a treinta hombres sin vida.

Lentamente, sin precipitación, y en formación de escalones, hicimos la retirada, manteniendo el contacto con el enemigo y sin dejar de hacer fuego. Algunos soldados llevaban a compañeros heridos.

Íbamos abatidos, en perfecto orden, pero derrotados por completo. ¡Qué diferencia de los primeros combates del flamante batallón!

Delante de mí, agotado, iba el soldado más joven del batallón, casi un niño, de doce o catorce años: Santoyo, Santoyito, aprendiz de corneta, de soldado, pero ya hecho un hombre. Flaquito, desmedradito, pero entero.

Se oían tiros por otras partes. Era la caballería nuestra que venía de Candela, y que conforme iba llegando se empeñaba en la acción. El enemigo pudo batir, en detalle, a cada fracción y derrotarnos.

Cuando llegamos, muertos de fatiga y de sed, a la estación de Monclova, el enemigo entraba al pueblo y don Venustiano Carranza, con su Estado Mayor y algunos soldados, se retiraba hacia Cuatro Ciénegas.

Previamente, los ferrocarrileros habían estado evacuando los trenes del patio de la estación, y sólo quedaba el último, que abordamos nosotros, y en el cual nos retiramos del lugar de la lucha, llevando a nuestros heridos, e incendiando los puentes de la vía férrea apenas pasábamos por ellos.

Había transcurrido todo el día en la dura jornada.

Nos detuvimos en la estación de Hermanas; allí, en el andén, estaba don Pablo González, ya ascendido a general brigadier. Fui a darle las novedades y a pedirle instrucciones.

Conversó conmigo comentando los sucesos ocurridos. Habíamos sufrido una magna derrota. Toda la caballería estaba dispersa. Don Venustiano Carranza había logrado pasar y estaría ya en Cuatro Ciénegas. La única fuerza organizada con que se contaba en aquel momento era la que yo llevaba.

—Siga usted con su batallón —me dijo— hasta Salinas. Allí queda usted destacado; para allá enviaré también a Bruno Gloria con sus ametralladoras. Lo nombro a usted jefe del sector que comprende toda la región carbonífera, y le confiero amplia autoridad

sobre los municipios para intervenir y recoger sus recaudaciones, así como efectuar las requisiciones que sean necesarias para las necesidades de la guerra. Procure darle a la gente, además de la comida, un haber, aun cuando sea corto, como un tostón a los de tropa, y un peso y medio, o dos, para los oficiales.

"Yo voy a establecer mi cuartel general aquí, en la hacienda de Hermanas. Reuniré a los dispersos de la caballería, los reorganizaré y hostilizaré al enemigo. Cuando vengan los combates fuertes los llamaré a ustedes. Procure usted requisar prudentemente, para no dejar a los dueños en la calle, ganado cabrío, hacer matanza con las cabras y freír la carne para conservarla en chicharrón, encostalarlo y enviármelo para bastimento de las fuerzas. Consiga y mándeme también harina, azúcar y café.

"Establezca un puesto de observación rumbo a Lampazos, no sea que a Rubio Navarrete se le ocurra avanzar sobre nosotros y nos coja desprevenidos, como nos cogió Mass. Parte diario de novedades.

—Se cumplirán sus órdenes, mi general.

El remanso de Sabinas

Sabinas, centro —pudiera decirse— de la región carbonífera, era algo así como el hogar de la gente minera que constituía el batallón. Estación ferrocarrilera de importancia, con hotel y restaurante atendido por chinos. Pueblo risueño, alegre, con un gran río caudaloso, aledaño, cuyas márgenes estaban pobladas de tupidos noguerales, a la sazón en plena producción. Aquel denso nogueral de las márgenes del río se prolongaba varios kilómetros, y el fruto de los árboles constituía, año tras año, una buena cosecha; cuya recolección y venta hacía el gobierno federal; la compraban comerciantes, que a su vez la enviaban a los Estados Unidos. Minas de carbón paralizadas en su explotación. Una compañía cervecera en actividad. Buena planta eléctrica; presidencia municipal, plaza de armas, pequeños comercios y, en las afueras del pueblo, según costumbre en los poblados norteños, dos "zumbidos": lupanares o mancebías para el servicio y desahogo de los numerosos trabajadores de las minas de carbón.

Oscurecía cuando nuestro convoy llegó a Sabinas; allí descendimos. El presidente municipal del pueblo nos esperaba, prevenido por los telegrafistas del ferrocarril, grandes simpatizadores de nuestra causa, y nos tenía ya alojamientos y alimentación preparados. El convoy continuó su marcha hasta Piedras Negras, llevando a los heridos a nuestro único hospital, allí ubicado.

El batallón quedó instalado en unos almacenes desocupados, propiedad de la compañía carbonera, con gran patio y portón de entrada. A la oficialidad le fue designada una escuela para alojamiento.

No habíamos probado alimento en todo el día; llegábamos, pues, muertos de hambre y de fatiga. Aquel buen presidente municipal, previsor y enterado de las circunstancias, había mandado preparar carne asada, frijoles, pan y café; todo en abundancia para la tropa del batallón. A la oficialidad nos llevó al restaurante de los chinos, en donde había mandado preparar una gran cena.

La jornada del día había sido muy dura y caímos todos rendidos, como piedras, vencidos por el sueño profundo y reparador.

Al día siguiente, con excepción del servicio de la guardia de prevención y del personal de un puesto avanzado, instalado a larga distancia del pueblo, sobre el camino de Lampazos, el batallón quedó franco. A cada quien se le dio un jabón, proporcionado por la presidencia municipal, y se le indicó que fuera al río a bañarse y a lavar su ropa. A la fresca sombra del nogueral, el río se pobló de gente alegre y bullanguera.

Mientras la gente se bañaba, la compañía cervecera, con anuencia nuestra, mandó disponer dos burdos y grandes cajones llenos de hielo y botellas de cerveza en la Prevención del cuartel, para que el personal, con la autorización del comandante del servicio de cuartel, tomara cuanta cerveza quisiera. La compañía no ponía coto alguno al consumo. Era pleno mes de julio y el calor insoportable.

Aquel día de asueto y descanso para el batallón lo aprovechamos para organizarnos en nuestra guarnición, de acuerdo con las instrucciones de nuestro general. Cité a los presidentes municipales de mi jurisdicción y tuve larga conferencia con ellos. Les hice ver mis necesidades y las instrucciones que tenía del cuartel general para que, entre ellos, se encargaran, según sus posibilidades, de todo lo que yo necesitaba de inmediato. Con la buena voluntad que todos tenían de

ayudar a nuestra causa, pronto se pusieron de acuerdo. Diariamente me entregarían, para haberes del batallón y para la batería de ametralladoras, cuatrocientos pesos; cada individuo de tropa recibiría cincuenta centavos diarios y cada oficial dos pesos. Además, nos darían carne, frijol, harina y azúcar para la alimentación, y forraje para las acémilas. Harían requisiciones de ganado menor, a fin de sacrificarlo y hacer con la carne chicharrones, con el fin de meterlos en costales y enviarlos a nuestras fuerzas estacionadas en el frente de Hermanas, juntamente con la harina de trigo que yo requeriría en los molinos de la jurisdicción.

Asimismo podía disponer de cuanta cerveza quisiera, de la compañía de Sabinas, a cambio de carbón de piedra de las minas abandonadas. La casa Trueba Hermanos, españoles establecidos en Piedras Negras, con una sucursal en Sabinas, nos compraría toda la nuez de la cosecha, la pagaría al precio normal del mercado y adelantaría dinero, a cuenta de las cantidades que fueran requeridas. El trabajo de la pizca lo haría la gente del batallón, a quien se pagaría un salario. Útiles para el trabajo, costales y transportes los proporcionaría la casa Trueba.

Gente del pueblo, simpatizadora, nos prestó algunas cosas para amoblar la casa destinada a jefatura de armas. Allí dormíamos y despachábamos. Nuestra cocina quedó instalada, y los dos o tres asistentes, habilitados de cocineros, llegaron a darnos verdaderos banquetes con las provisiones que obteníamos. Asistían los oficiales de ametralladoras Bruno Gloria, Daniel Díaz Couder y José González, y todos los del batallón: Julio Soto, Diego V. González, Primitivo González, Bulmaro Guzmán, Pancho Peña, Arrilez Sánchez, el subayudante; Alfonso González, Evaristo Sustayta, Maurilio Rodríguez, Guillermo Serret, el capitán Garduño; como una concesión especial admitíamos también al sargento Eloy Carranza, primo de don Venustiano, que se empeñó en comenzar su carrera militar como soldado. Hombre enjuto, rasurado totalmente, de pelo largo y lacio, tenía un marcado aspecto clerical, en abierta contraposición con su carácter un tanto burlesco.

La compañía cervecera de Sabinas, como antes dije, nos proporcionaba toda la cerveza que se le pidiera, a cambio de combustible para sus calderas. En el cuerpo de guardia del cuartel siempre había disponible un cajón lleno de botellas de cerveza bien helada para

quien quisiera tomarla. En el alojamiento de los oficiales, con mucha más razón, abundaba la cerveza.

Era un consuelo aquella cerveza helada en el caluroso mes de agosto que corría.

Con toda aquella facilidad para tomar, no llegó a darse el caso de que se emborrachara nadie.

La "señora" Juana Gudiño era dueña del mejor "zumbido" de Sabinas; en su casa se alojaban las mujeres alegres de más cartel en todos los minerales de los contornos. Constituía el "zumbido" de Juana Gudiño, para los mineros de la región, un peligro casi comparable al terrible gas grisú del fondo de la mina. En los buenos tiempos de bonanza se dejaban allí los hombres el dinero y la salud.

Administraba su negocio con todo esmero y dedicación, y había obtenido ya magníficos frutos de él. Contaba con no menos de veinte mujeres, y su casa, especie de mesón, tenía habitaciones suficientes para todas las parejas ocasionales del momento. Se bailaba en un amplio salón destartalado, a los acordes de un fonógrafo de enorme bocina que, en un tiempo, fue dorada. El imprescindible joto de estos lugares servía la bebida a los parroquianos.

La Gudiño se había dedicado a aquel negocio como pudo haberlo hecho con cualquier otro; de igual manera que eligió un prostíbulo pudo haberse instalado en negocios de carnicería o abarrotes. Tenía ojo comercial y había acertado en su negocio. Aquella actividad suya era sólo el modo de lograr bienestar personal, de cualquier modo que fuese, sin importarle los medios empleados.

No era una mala mujer. Su negocio, siendo inmoral, tenía cierto aspecto de honradez dentro del medio. No toleraba abusos ni escándalos, y se decía que era liberal con mujeres y clientes.

Cuanto dinero caía definitivamente en sus manos como utilidad, lo empleaba íntegro en la compra de ganado menor; tenía ya cerca de seiscientas cabras y borregas en magnífico estado de gordura. Cuidaba con más dedicación a su ganado que al otro, y cifraba, especialmente en sus cabras, la esperanza de su vejez, no muy lejana.

Tenía ella, como casi todo el mundo, sus imprescindibles rivales. Había un japonés, en Clote, que tenía más cabras que ella, y de tan buena calidad como las suyas, y a dos cuadras de su casa estaba otro "zumbido", que regenteaba Esteban, persona agradable y activa que, con peores mujeres, se llevaba a los mejores clientes.

Tanto Juana Gudiño, como Esteban y el japonés de las cabras habían lucido desde el principio de la bola un decididísimo color revolucionario; odiaban a los de Huerta y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio por los otros.

Los dos prostíbulos no dejaban de tener cierta importancia para nosotros. A ellos tendrían que ocurrir a desfogarse nuestros hombres y los que llegaran, con permiso, del frente de Hermanas. Había que cuidar que no contrajeran alguna enfermedad que los imposibilitara para la lucha. Con tal motivo se citó en la presidencia municipal a los propietarios de los dos negocios y al médico encargado, por el ayuntamiento, de la revista semanaria de las pupilas. Don Indalecio Hojas, presidente municipal, y yo, exhortamos a Juana Gudiño y a Esteban a que fueran sumamente cuidadosos con la salud de las mujeres, evitando bajo su mayor responsabilidad que ejercieran el oficio aquellas que el médico municipal reportara como enfermas. Sufrirían fuerte multa y hasta clausura del negocio, en caso de queja de la clientela y de comprobación de enfermedad contraída allí. Además, deberían evitarse los escándalos y el aseo del personal tendría que ser manifiesto.

Por principio de cuentas, con la anuencia de los dueños de las casas, y en dos camiones que facilitó la casa Trueba, con la vigilancia de policías fueron llevadas todas las pupilas a bañarse río arriba. Buena falta les hacía. Teniendo un hermoso río a mano, como si no estuviera…

Dicen que comentaban después Juana Gudiño y Esteban que había sido una buena idea aquel baño general, pues no faltaron curiosos que atisbaron a las bañistas y, como consecuencia, en la noche habían tenido casa llena.

Todas las mañanas, después del desayuno, a excepción de la fajina para la recolección de la nuez, hacía instrucción el batallón. Por las tardes quedaban francos.

Había en Sabinas una pequeña imprenta que atendía un jovencillo, menudito él y de trato agradable, llamado Luis Herrera, que había hecho amistad con los oficiales del batallón, quienes le pusieron de apodo *el Coqueto*. Tuvimos la idea de aprovechar aquella imprenta para hacer un pequeño periódico redactado, por los oficiales, en guasa. Fue denominado *El Cabo de Cuarto*. Llegaron a salir tres

o cuatro números, y tuvo positivo éxito entre los que lo leían, sobre todo nuestras fuerzas y los simpatizadores de la región.

Cuando más tarde hubimos de evacuar Sabinas, y aun el estado de Coahuila, el Coqueto abandonó la imprenta y se dio de alta en nuestras fuerzas. Llegó el triunfo de la Revolución, pasaron los años y aquel jovencito impresor de Sabinas llegó hasta el generalato. Nadie lo conocía por su nombre y era muy popular por su apodo el Coqueto.

Al cabo de una semana pude enviar a don Pablo González la primera remesa de comestibles en un furgón: costales de chicharrón de chivo, sacos de harina.

Otras remesas se hicieron después.

Un periódico de México, que fue a dar casualmente a nuestras manos, nos informó que la columna de Mass, que nos derrotó en Monclova, había arrebatado de nuestras garras al subteniente Dueñas, que habíamos cogido herido en Candela y que estuvo a punto de perder la vida. Se le hacía aparecer como a un héroe y a nosotros no se nos bajaba de latrofacciosos y bandoleros.

Todo tiene su fin. Se acabó la buena vida de Sabinas, teníamos que marchar al frente para tomar parte en un combate grande que se preparaba.

Hermanas

Partimos en un tren, dispuesto al efecto, llenos de ánimo. Horas antes ya había pasado otro convoy, con la artillería, procedente de Piedras Negras.

En la estación de Hermanas descendimos y, pie a tierra y a tambor batiente, desfilamos hasta la casa grande de la hacienda, convertido en cuartel general. Cuando llegamos, el licenciado Isidro Fabela, que acababa de incorporarse a la Revolución, arengaba a la fuerza montada del teniente coronel Alfredo Ricaud. Allí supimos que se trataba de atacar Monclova. Se había trazado un plan que debería llevarse a efecto desde luego.

—Van ustedes a cubrirse de gloria —arengaba Fabela. (¡Sí, cómo no!) Hablaba con el entusiasmo del recién llegado, sin percatarse de las fuerzas reales de los contendientes.

Al caer la tarde emprendimos la marcha bien municionados. Los zapadores fuimos en tren hasta donde era factible llegar hacia el sur, a la estación de Adjuntas; hasta allí la vía férrea estaba en buen uso. La caballería y la artillería hicieron la jornada por tierra. Pernoctamos en una ranchería y se dio a conocer la orden de ataque para la madrugada del día siguiente. Deberíamos avanzar antes del amanecer para tomar posiciones y atacar al romper el nuevo día.

Súbitamente el cuartel general recibió informes de que la plaza que íbamos a atacar había sido evacuada por los federales. Todos habían salido ese día rumbo al pueblo de San Buenaventura y Abasolo, es decir, que se les había ocurrido también a ellos atacarnos a nosotros, pero no de frente, sino efectuando un magno movimiento de flanqueo.

Nos hicieron retroceder rápidamente hasta Hermanas a los zapadores, ametralladoras y artillería, y ponernos en estado de defensa, ocupando las cuestas de los cerros cercanos a la estación. Allí esperamos inútilmente al enemigo toda la noche.

Al día siguiente una columna nuestra de caballería, al mando del coronel Antonio I. Villarreal, integrada por varios escuadrones —entre otros, el afamado de Poncho Vázquez—, salió a batir a los federales, que ya habían llegado al pueblo de Abasolo. Lamentablemente, los nuestros cayeron en una emboscada que les puso el enemigo en unos sembrados de maíz. Simultáneamente funcionó la artillería, y el rechazo y la derrota de los nuestros fue palpable. Hubieron de retirarse en cierto desorden hasta donde estábamos nosotros, en Hermanas, llevando sus numerosos heridos, entre los cuales iba Poncho Vázquez.

Al día siguiente, 15 de agosto, la columna enemiga apareció a nuestra vista, acampó formando el clásico "cuadro", con sus fuerzas montadas y de infantería, y en medio sus dos baterías de artillería.

A guisa de exploración rompió el fuego de sus cañones sobre la estación y la cercana hacienda de Hermanas, y también sobre nuestros trenes, sin que llegara a causar daño alguno.

Suspendieron el fuego de cañón al anochecer.

Posiblemente nadie de los combatientes, de uno y otro bando, durmió aquella noche, esperando una sorpresa desagradable.

A la mañana siguiente fue el combate. El enemigo tomó la iniciativa; abrió fuego de artillería con intensidad. Nuestros cañones hechos en casa, en la maestranza ferrocarrilera de Piedras Negras, por Carlos Prieto, dos de ellos tipo campaña, sin rayar el ánima, y otro pequeño, tipo montaña, al que llamábamos el Rorro, construido por Patricio León, conocido ferrocarrilero, hicieron fuego a su vez. Mandaba nuestra incipiente artillería el teniente coronel Benjamín Bouchez, oficial de Estado Mayor especial, graduado en el Colegio Militar de Chapultepec, y que se había incorporado a nuestras filas tras de abandonar su puesto de ingeniero de la comisión del Nazas, que funcionaba en la región lagunera. Los oficiales improvisados, artilleros constitucionalistas, eran el inventor Carlos Prieto, Agustín Maciel, Manuel Pérez Treviño, Alberto Salinas, Plinio Villarreal y los hermanos Aponte. Mucha oficialidad para nuestros dos cañones y medio.

Nuestro fuego era ineficaz por su corto alcance y por las granadas que salían de las bocas de fuego dando maromas por la falta del rayado que diera estabilidad y dirección. El Rorro tuvo la suerte de colocar uno de sus tiros, casualmente, en el centro de una línea de forrajeadores de la caballería enemiga, que avanzaba al trote a tomar contacto con nuestra caballería, apostada al borde de la vía férrea.

Comenzó el fuego de la fusilería. Las ametralladoras de Bruno Gloria, emplazadas en las líneas de los zapadores posesionados del cerro cercano a la estación, abatían a la infantería enemiga que avanzaba al asalto, protegida por el intenso fuego de su artillería.

La caballería, mandada por el intrépido teniente coronel Elías Uribe, combatía en su flanco, protegida por el terraplén de la vía del ferrocarril contra los escuadrones enemigos.

A los pocos momentos de iniciado, el combate se hizo intenso. Empezamos a tener muertos y heridos, a pesar de estar parapetados entre los peñascos del cerro. De seguro el enemigo experimentaba más pérdidas que nosotros. No obstante, tenía a su favor la calidad de su armamento y lo numeroso de sus contingentes.

Cuando fue inminente el despliegue total del enemigo, la artillería nuestra emprendió la retirada con todo orden. Poco después empezó a retirarse también en orden la caballería, dispuesta más delante de nosotros; finalmente, cuando ya trepaban el cerro los

plomizos infantes federales, nos vimos precisados a retirarnos poco a poco también nosotros.

Entre los heridos llevábamos al teniente Daniel Díaz Couder, de la batería de ametralladoras, con un balazo de máuser que le perforó la cabeza de la nariz a la nuca y, providencialmente, no le ocasionó la muerte.

Fue en aquella ocasión cuando conocimos la habilidad y la ciencia del doctor Ricardo Suárez Gamboa, recientemente incorporado a nosotros, quien sin contar con los elementos necesarios para su cometido atendió de una manera rudimentaria, pero absolutamente eficaz, la herida de Díaz Couder. Allí, sentado el herido en una de las toscas bancas del cabús del tren en que nos retirábamos, fue curado por el hábil médico.

A las tres semanas escasas de su hospitalización en Piedras Negras se incorporaba a nosotros, perfectamente bueno y sano, Díaz Couder. Tenía en la nariz una pequeña cicatriz, del tamaño de una espinilla.

La curación había sido perfecta y rápida.

Nos retiramos hasta Oballos y allí pernoctamos; al día siguiente seguimos hasta la estación Aura, donde se estableció el cuartel general. La infantería y las ametralladoras fuimos nuevamente a Sabinas, en tanto que la artillería iba hasta Piedras Negras.

Nuevamente volvimos a la vida de guarnición en Sabinas; era aquél el último descanso que tomábamos antes de emprender, ya en forma, la vida del revolucionario activo. Los federales, crecidos con sus triunfos, pronto habrían de continuar su avance hacia el norte y nos obligarían a despejar el camino. Llevaban como guía a un perfecto conocedor del terreno y de toda la gente de la región: marchaba a su vanguardia el coronel irregular Alberto Guajardo, antiguo maderista y jefe de las fuerzas del estado de Coahuila, durante la campaña contra Pascual Orozco.

Descansábamos en espera de una nueva embestida de los federales para salir de nuestro terreno e ir a llevar el fuego de la Revolución a otras partes. En realidad nos haría un beneficio el enemigo desalojándonos de nuestra tierra, en donde teníamos amigos en todas partes y relativa tranquilidad no exenta de comodidades; nos obligaría a tener actividad y, por consecuencia, a llevar la llama de la

Revolución por lugares antes tranquilos, llenos de quietud y ajenos a agitaciones bélicas.

Desde su cuartel general establecido en la estación Aura, don Pablo González movía incesantemente sus escuadrones de caballería hostilizando al enemigo, amagando y atacando por la retaguardia y destruyéndole las comunicaciones para impedir su abastecimiento. Se combatía diariamente, pero la fortuna no estaba del lado nuestro, favorecía al enemigo. El repliegue se hizo inevitable.

Los zapadores destruimos la vía férrea desde Aura hasta Sabinas, levantando los rieles, destruyendo los depósitos de agua, las alcantarillas y el telégrafo.

El enemigo avanzaba lenta pero seguramente. El batallón de zapadores, para prepararse a la retirada, debía efectuar ciertas requisiciones en los lugares vecinos a nuestra residencia y proceder a aprehensiones de determinadas personas que el cuartel general sabía eran simpatizadores del enemigo, por haber comprobado que estaban en comunicación constante con él.

Uno de los capitanes del batallón, con cincuenta hombres, fue en un tren especial hasta el mineral de La Rosita y de allí hasta San Juan de Sabinas, y decomisó toda la mercancía útil para las tropas existente en la mejor tienda de la localidad. Aprehendió también al propietario del comercio y a dos o tres personas más. Era la primera vez que nuestras fuerzas efectuaban un acto semejante. A aquel señor dueño de la tienda más próspera de San Juan de Sabinas, enemigo nuestro según el cuartel general, lo arruinamos en un momento. Todo su capital invertido en telas o en comestibles, sus ahorros quizás de varios años de lucha comercial, de economías, pasaron a nuestras manos; su libertad también pasó a ser controlada por nosotros y, finalmente, a los dos días, le arrancamos también la vida en el cementerio de Allende, Coahuila, una noche lluviosa, horas antes de emprender la retirada huyendo del enemigo. Nunca pude saber si tuvimos o no razón al matar a aquel infeliz viejo cuyo nombre, si acaso sonaría en mis oídos alguna vez, pero que ya no recuerdo por más esfuerzos que hago.

Los civiles del pueblo de Sabinas que habían hecho amistad con nosotros, temiendo alguna mala pasada de los federales próximos a llegar, se alistaron para seguirnos.

El viejo Calvillo, secretario eterno del ayuntamiento, aficionado ferviente al producto de la cervecería de la localidad, medio orador populachero y de buen humor constante, se dispuso a seguirnos. Luis Herrera, el Coqueto, el impresor con quien hacíamos nuestro periódico *El Cabo de Cuarto*, se iba también con nosotros. El repórter de guerra de nuestro órgano *El Demócrata*, que publicaba José Quevedo en Eagle Pass, también abandonó su carnet de noticias y lo hicimos subteniente de zapadores; Ángel Lomelí se llamaba.

Juana Gudiño, la dueña del "zumbido", movilizó a sus muchachas y a sus cabras hacia el norte; fue a dar a Allende. Esteban, el otro dueño de mancebía, esperó estoicamente a los federales.

El gran puente ferrocarrilero sobre el río de Sabinas había sido preparado por los zapadores para ser volado con dinamita en cuanto pasara por él el último convoy nuestro procedente de Aura.

A lo lejos se oía cañoneo.

Al oscurecer empezó a llegar al pueblo fuerza de caballería que se retiraba del frente. Cuando cerró la noche, casi toda la columna constitucionalista estaba ya en Sabinas. Se había prendido fuego a la planta de luz eléctrica y el edificio era una soberbia antorcha en la negrura de la noche, tachonada de relucientes estrellas.

Circulaban los jinetes por las calles; había juerga en los burdeles y borrachera en las cantinas.

A un tren larguísimo subían tropas de infantería. Los cuatro o cinco prisioneros civiles, acompañados por mujeres familiares suyas, esperaban, fuertemente custodiados, en el andén de la estación la hora de partir, también, con destino hacia lo desconocido, que para ellos en aquella ocasión era el otro mundo.

Cuando apareció el sol del nuevo día, sólo quedábamos en el pueblo los componentes de una compañía de zapadores que debería servir de extrema retaguardia de las fuerzas en retirada. Llevábamos el último convoy e iríamos levantando la vía férrea con gruesas cadenas enganchadas a la locomotora, que no iba adelante sino en la parte posterior del tren y caminaba dando marcha atrás. Se volaban con dinamita las estaciones, los tanques de agua y los depósitos de combustible para el trayecto.

El enemigo avanzaba temeroso. Sentíamos ya el cañoneo cercano que enviaba hacia el tupido nogueral del río, tratando de descu-

brir alguna emboscada nuestra, incierto de su posición e incrédulo de su victoria.

Los soldados novicios se sentían nerviosos; les parecía que nuestra salida del pueblo se prolongaba demasiado, y también, que podíamos caer en manos del enemigo.

A media mañana salimos en nuestro tren. Los ferrocarrileros hicieron sonar repetidas veces el silbato de la locomotora, en son de burla para los federales. Nuestra máquina, pitando, "toreaba" a los federales.

La nubecilla azul de una granada de tiempo apareció encima de nuestro tren, y a poco, el silbido de los balines se dejó escuchar. Otras granadas estallaron sobre el pueblo abandonado.

Nos retiramos poco a poco; a vuelta de rueda.

A los dos kilómetros nos detuvimos y empezamos nuestra labor concienzuda de destruir la vía; teníamos ya bastante experiencia en ello.

Mi tío Bernardo

Nos veíamos obligados a salir de nuestros lares. El enemigo nos desalojaba de nuestra tierra natal y nos impelía a partir a la ventura por otras tierras, llevando el fuego de nuestra naciente Revolución.

El enemigo, en cierto modo, y sin quererlo, nos hacía un favor, no a nosotros, sino a la causa. Las circunstancias nos obligarían a una actividad permanente; a caminar de día o de noche para dar albazos, golpes de mano, destruir las comunicaciones del enemigo; quemar puentes; asaltar guarniciones pequeñas, poner emboscadas; atacar cuando las circunstancias fueran favorables, o huir cuando así conviniera; hacer guerra de guerrillas sin parar y sólo dar golpes seguros. Vivir en el terreno que se pisara y aprovisionarse del propio enemigo, de sus municiones, de sus armas. Vivir a la desesperada, sin base de operaciones. Sin recursos que llegaran y hasta sin médicos ni medicinas. Para el aventurero revolucionario cualquier herida leve podía volverse grave por la falta de elementos curativos. Se acababan los escasos haberes de que antes se disfrutaba y la comida sería la que se encontrara en el camino, que no podría ser otra cosa que la carne asada de las vacas de los potreros, sin sal y sin tortillas.

Salimos de Coahuila a revolucionar a Nuevo León. En el pueblo de Allende se concentró toda la fuerza revolucionaria. Mandaba en jefe el ya general Pablo González. Dispuso que el contingente se dividiera en tres columnas para marchar por caminos diferentes hacia el estado de Nuevo León. Los columnas irían al mando, respectivamente, del propio general Pablo González —quien llevaría a su lado al coronel Jesús Carranza, hermano de don Venustiano—, el coronel Antonio I. Villarreal y el coronel Francisco Murguía. Las columnas estaban integradas por escuadrones disparejos en fuerza y estructura; se designaban por el nombre de su capitán comandante y tenían fuerza mínima o máxima, según lo que hubieran perdido en la campaña.

Mi querido batallón de zapadores allí en Allende tuvo su fin. De los quinientos hombres que salieron de Piedras Negras, cuatro meses antes, sólo quedaban trescientos; los demás habían muerto en el hospital constitucionalista trasladado al lado norteamericano. Con los trescientos zapadores se formó un escuadrón de fuerza máxima y se le puso de comandante al capitán que fuera de la primera compañía, Julio Soto. El resto de la fuerza fue distribuido entre los escuadrones de menores contingentes.

La fuerza revolucionaria que evacuaba Coahuila, en tres columnas, sumaría unos mil quinientos hombres.

Yo quedé agregado a la columna del coronel Antonio I. Villarreal como segundo jefe del Estado Mayor. Como jefe del mismo fue designado el teniente coronel José E. Santos, a quien apodaban *el Cabezón*, gran conversador, hombre alegre y, desde luego, amigo de la intimidad de nuestro coronel. Siete escuadrones bien fogueados formaban la columna; entre ellos iba uno, flamante, que mandaba el capitán Julio Soto, integrado por quienes habían sido zapadores.

Amanecía cuando salió la columna de Allende. Llovía a cántaros. Buena falta le hacía el agua del cielo a aquel siempre terregoso pueblo; agua como para calmar una intensa sed de largos meses de sequía. Íbamos camino de Rosales. Nadie hablaba.

De no ser por el ruido del tropel de caballos pisando los charcos, sólo se escucharía la canción intensa de la lluvia pertinaz. Jinetes callados, fríos, como fantasmas lúgubres, negros como la misma noche. Marchaba la muerte en busca de la muerte.

Maquinalmente seguía la columna por el camino serpenteante y resbaloso. Todos iban confiados por el sendero que señalaban

los guías. Si en vez de huir del enemigo, como lo hacíamos, nos hubieran llevado hacia él, habríamos seguido con igual confianza, tratando sólo de proteger el cuerpo de la lluvia tenaz y penetrante. Atrás, por la estación del ferrocarril, venciendo a la lluvia se alzó enorme llamarada y, simultáneamente, se escucharon sordas detonaciones bien diferentes de las del cielo. Eran los grandes montones de durmientes hacinados, que pudieran servir al enemigo para reparar la vía férrea. Las detonaciones procedían de la voladura de los cañones rudimentarios construidos en la maestranza ferrocarrilera de Piedras Negras. La deficiente artillería nuestra desaparecía para evitar ser botín ostentoso de los vencedores.

Aclaraba el día. Amainaba el temporal.

Se destacaban a lo lejos, como mosquitos, los exploradores y los guías. A la cabeza de la columna, el coronel Villarreal, de enhiestos mostachos que no lograban abatir el agua, marchaba enigmático con la vista fija en la serranía aún lejana y confusa. A su lado, el Cabezón Santos, su jefe de Estado Mayor, trataba de distraerlo, abriéndole su repertorio de anécdotas. El jefe no lo oía, profundamente abstraído en los planes que tendría que desarrollar para salvar aquella maltrecha columna y conducirla a revolucionar el vecino estado de Nuevo León.

El primer obstáculo fue el arroyo del Gato, de suyo tranquilo y seco, y ahora, con las lluvias, crecido y enfurecido, con un inmenso caudal de agua turbia. La columna se apiñaba en el vado. Poco a poco, entre gritos y blasfemias de la gente, fueron pasando uno por uno, con el agua a la rodilla. El fondo del arroyo estaba cubierto de piedras movedizas, y al pisarlas los animales resbalaban y caían con jinete y todo. Yo fui uno de los caídos y por poco me ahogo; milagrosamente salí, ayudado por mi caballo. Llevaba mi blusa larga, la famosa blusa que siempre usé en los combates y, entonces, como amuleto, en los otros peligros de la campaña.

Una vez pasado el arroyo la columna quedó a salvo, por el momento, de la persecución del enemigo. El Gato seguiría creciendo con el temporal. Con él, los demás arroyos servirían de barrera a los federales, aún ocupados en llegar a Piedras Negras para darse tono recuperando todo Coahuila, y dejarían en paz a rebeldes fugitivos hacia Nuevo León.

Nuestra columna arribó, al caer la tarde, a la hacienda de Guadalupe, no aquella cercana a Saltillo en donde se firmó el famoso Plan, sino la próxima a Río Grande, tierra de mi madre y de mis mayores por el lado materno.

Desde los lejanos años de la niñez no había vuelto por aquellos lugares.

La hacienda de Guadalupe es un amplio caserío de adobe que circunda una plazuela sombreada por verdes álamos; en los corrales de las casas abundan los nogales y en el campo se agitan alegres las plantas de maíz. Propiamente, la hacienda de Guadalupe es una congregación; cada uno de sus habitantes tiene casa y terreno propios, animales y sus aperos para el trabajo. Algunos de los vecinos han sido, y son, más ricos que los otros; pero todos conservan entre sí magnífica armonía inmemorial. Se consideran todos parientes, aun cuando en realidad no lo sean, y constituyen una numerosa familia perfectamente bien avenida.

No tardé en encontrar a mi tío Bernardo Sotelo. Ya estaba viejo, canoso, arrugado, pero fuerte aún y lleno de energía como en sus años mozos; llevaba sombrero tejano, chaqueta de cuero, pantalón de pana y botas de *cowboy* americanas, con numerosas costuras hechas a máquina, formando caprichosos dibujos. Mi tío, en sus mocedades, había sido de todo: soldado a las órdenes de Naranjo cuando la Intervención Francesa; contrabandista en las márgenes del río Bravo; gendarme fiscal más tarde; revolucionario en tiempo de Garza Galán; corredor de ganado, agricultor y amigo de todo el mundo. Era dicharachero, habilidoso y grandemente conocido en toda la región.

Mi tío se avino gustoso a servirnos con todo entusiasmo; nos consiguió alojamiento, comida, pastura para los animales y personalmente salió a caballo conmigo para indicarme los lugares apropiados en donde deberíamos colocar las avanzadas. Me llevó a cenar a su casa la carne asada de un cabrito que él mismo mató y destazó en un santiamén, y el café negro que hizo en su *moka* tan veterana como él. Me presentó a su numerosa prole, mis desconocidos primos y sobrinos; seis o siete muchachones y hombres ya macizos, fuertes y sanos, fronterizos francos, leales y de una sola pieza.

Mientras se secaba ante la lumbre de la cocina mi blusa larga, muy húmeda todavía por mi caída en el arroyo del Gato, mi tío Bernardo me narró, aquella noche, una porción de cuentos y anéc-

dotas entretenidas y de sabor completamente norteño. Cuentos de indios comanches; de víboras de cascabel; de cuando mataron, cerca de Rosales, a aquel coronel francés de apellido Tabachissky, de cómo lo lazaron, lo arrastraron y le cortaron la cabeza; de cuando se agarraban a balazos con los fiscales para meter un contrabando, y de cuando, más tarde, era él quien impedía los contrabandos de la gente de la región, pues a todos les conocía las mañas. Me estuvo dando consejos útiles para la campaña; cómo tratar al caballo para que resista mejor la jornada; cómo hacer que el animal beba en cuantos arroyos se encuentran en el camino, previendo que más adelante puedan escasear; cómo ensillar con cuidado para preservarlo de las mataduras; cómo sentarse bien en la montura y no variar de postura, para lo mismo; ni correr sin motivo para que el caballo esté descansado y pueda servir en un momento de apuro; cómo buscar la pastura de preferencia a la comida del jinete; cómo cuidar las armas, engrasarlas, no malgastar el parque, apuntar siempre al ombligo.

"Así, si le yerras tantito para arriba o para abajo, no le hace; de cualquier modo el cristiano se viene al suelo".

"No te precipites nunca; calma, cachaza y mala intención".

"Cuídate de las juidas falsas y sé siempre desconfiado".

"Un buen trago de mezcal al comenzar la pelotera tiempla los nervios, evita la sed y da más ánimos; no hay cosa peor que tomar agua cuando se está peleando; si te hieren puedes desangrarte mucho".

"Por estos terrenos abundan mucho las víboras de cascabel; procura siempre, al acostarte, hacer una rueda al derredor de tu cama con una soga de cerda; si es prieta, mejor; las víboras no pasan nunca por encima de un mecate de ésos".

Con esto último, me acordé de que en cierta ocasión mi tío Bernardo conversaba con un amigo suyo, sentados ambos en el tronco de un árbol. Fumaban y charlaban animadamente; aquellos vastos terrenos eran propiedad del millonario Patricio Milmo, de Monterrey; terrenos extensos cubiertos de verde pasto y cubiertos de numerosas cabezas de ganado vacuno y lanar, y de manadas de yeguas, todo del millonario. La conocida marca de hierro, impresa en las ancas del ganado, ponía de manifiesto la riqueza del dueño.

Charlaban animados los dos campesinos, cuando inesperadamente terció en la conversación el silbido siniestro de una víbora de

cascabel. El amigo de mi tío, rápido, descolgó la reata de su montura y se dispuso a azotar al venenoso reptil.

Mi tío saltó y detuvo a su amigo.

—No la mate, no haga esa barbaridad.

El amigo quedó sorprendido, estupefacto.

—¿Cómo que no la mate? ¿Por qué?

—Porque se enoja Patricio Milmo; cuanto animal hay en este potrero es de él.

—¿Y por qué no se viene usted conmigo, tío?

—Yo ya estoy viejo, ¿qué voy a hacer?

—Todavía está usted fuerte, todavía aguanta las malas pasadas.

—Eso sí, todavía estoy listo para lo que se atraviese. Pero no; yo ya no me meto; tengo familia, mi maicito, mis animales. Yo les he estado ayudando a ustedes bastante desde aquí. Les he encampanado gente; les he dado algunos caballos, reses; en fin, lo que he podido y de mi pura voluntad, porque ni quién haya venido a quitarme nada.

—Y ahora que vengan los federales, ¿no cree usted que puedan perjudicarlo?

—Pues, hombre, no sé por qué.

—¿Cómo por qué? ¿Pues no me está diciendo usted mismo que nos ha ayudado por su propia voluntad?

—No; si me quieren perjudicar me pelo para el monte con todos mis hijos.

—¿Y si no le dan tiempo? ¿Usted cree que van a venir y a andar tanteándolo a usted primero y después le van a notificar que van a molestarlo de tal o cual manera? Ellos tienen que saber que usted nos ha ayudado; hasta sabrán que ahora mismo usted me anduvo enseñando dónde teníamos que poner las avanzadas, y nos ha conseguido alojamiento y comida y cuanto se ha necesitado; ellos sabrán todo eso y puede costarle, quién sabe si hasta el pellejo. Mejor véngase de una buena vez con nosotros.

—Mira, mira; acuéstate a dormir, que ya es muy noche y déjame a mí tranquilo. No me vengas a dar consejos. Yo sé lo que hago. Acuéstate. Hasta mañana.

Después del almuerzo empezó a desfilar la columna.

Mi tío se presentó con seis de sus muchachos, todos montados y armados.

—¿Siempre se animó a venirse con nosotros?

—A poco crees tú que porque me metiste miedo me voy con ustedes. No, hombre, ¿qué tienes? Voy a encaminarlos a ustedes allí nomás hasta el otro arroyo.

—Y entonces, ¿para qué trae a todos sus muchachos?

—¡Hombre! porque ya estoy viejo.

—¿Y las carabinas?

—Porque vamos después a ver si tumbamos un venado.

—¿Un venado o un pelón?

—¡Diantre de muchacho!

Me dio una palmada en la espalda y quedó incorporado con los suyos a nuestra columna.

Un hombre

El tiempo estaba metido en agua. Llovía intensamente todas las noches y largas horas del día. Era un lodazal espantoso por donde caminábamos; a veces hasta se atascaban los caballos cuando se apartaban del camino. Existía malestar en la columna, intranquilidad, cierto temor a aquella nueva vida de aventuras sin plan fijo ni determinado; caminar, caminar, combatir lo estrictamente indispensable, y siempre a la segura, para hacernos de armas y de municiones; dar algún golpe rápido de sorpresa, si se presentaba la ocasión; huir del enemigo fuerte, evitar su presencia, incursionar llevando la Revolución por lugares antes tranquilos y alejados de toda agitación. Atrás quedaban los federales dueños ya de Piedras Negras; delante podía aparecer Rubio Navarrete. Ni José Santos, el Cabezón, tan alegre de suyo, conversaba ni cantaba sus famosos aires nacionales.

El río Salado, crecido, se interpuso a nuestro paso. Imposible franquearlo; a nuestra espalda quedaban los arroyos torrenciales que nos cortaban toda retirada, y temíamos la probable aparición del enemigo destacado en persecución nuestra.

El río Salado iba rebosante; se adivinaban sus márgenes tan sólo por los árboles que sobresalían del agua que lo anegaba todo y lo convertía en anchísima laguna.

Ante lo imposible, hubimos de acampar en reducidos lugares más altos, y consecuentemente, menos mojados. Tendríamos que esperar hasta que bajara el agua y dejara de llover, y seguir nuestra marcha, o hasta que Dios quisiera.

Mi tío, previsor, pudo armar con una lona una especie de tienda de campaña aprovechando los postes de una cerca de alambre; tapizó el suelo con hierba espesa para evitar un poco la humedad, y allí nos refugiamos a consumir el bastimento de que íbamos bien provistos; a fumar y a charlar mientras nuestras pobres cabalgaduras soportaban con resignación el aguacero inclemente.

Fueron largas aquellas horas de incertidumbre.

Estábamos sitiados por la naturaleza, a punto de perecer arrastrados por la corriente del río desbordado, o de caer en poder de nuestros enemigos.

Allí me contó Higinio Casas, el sargento primero de la primera compañía de zapadores, el susto que llevó la víspera de la salida de nuestra columna de Allende.

Le habían ordenado aquella noche que se llevara al panteón del pueblo a tres de los civiles prisioneros que conducíamos desde Sabinas y que los fusilara allí mismo, sin más trámite.

La noche era oscura, tenebrosa; se avecinaba un chubasco y los relámpagos lanzaban destellos fugaces sobre las derruidas tapias del cementerio y sobre el sembradío de cruces de los difuntos.

Los tres prisioneros iban cabizbajos, resignados a su suerte, y con esa entereza peculiar de los hombres del norte. Ninguno de ellos pedía hablar, ni un trago, ni nada; tenían demasiado orgullo para rebajarse a cruzar palabra con sus matadores.

Había una tranquilidad pasmosa en la noche.

A dos pasos de distancia se hizo la descarga fatal y cayeron aquellos tres hombres sentenciados a muerte por el cuartel general.

Se retiraban los soldados. Higinio se acercó a curiosear los cadáveres. Sintió de pronto que una mano le cogía por un zapato; un relámpago iluminó por un instante el lugar y pudo ver, horrorizado, cómo se incorporaba uno de los caídos. Los soldados ya trasponían la puerta del panteón.

Sintió un miedo horrible, un terror pánico; a punto estuvo de soltar el máuser. El hombre aquel le hablaba quedo, como para que no lo oyeran los soldados que se alejaban; algo le decía, quizás interesante. Nada recordaba; tal era el terror que sentía.

En un momento perdió todo el valor demostrado en los combates y se sintió muchacho asustadizo; en la oscuridad de la noche, rasgada de cuando en cuando por la luz argentada de silenciosos relámpagos, creyó ver fantasmas envueltos en blancos sudarios, que las cruces se movían, que revoloteaban lechuzas y que en el ambiente flotaban sombras movedizas más negras que la noche.

Cuando se recuperó un poco, echó a correr; alcanzó a los soldados y los hizo regresar.

Efectivamente, uno de los fusilados estaba sentado; de su cara manaba sangre. Quería hablar y sólo conseguía lanzar un estertor horrible.

Higinio y sus hombres hicieron otra descarga y silenciosamente salieron del panteón.

Allí, en el pueblo, la gente revolucionaria andaba repartida en los "zumbidos" y en las cantinas por última vez; a las pocas horas había de emprenderse el camino a la ventura.

Dos largos días hubimos de permanecer inactivos hasta que amainó el temporal y bajó el agua del río crecido. Hombres y animales teníamos hambre. Fue una labor lenta el paso de la columna.

Por fin quedó atrás aquella formidable barrera y proseguimos nuestra marcha hacia Nuevo León.

Transcurren los días. La columna, sorteando los arroyos crecidos y los ríos caudalosos, cruzando potreros, viviendo malamente con los pobres recursos del asolado terreno, escaso ya de ganado y hasta de habitantes, se encuentra ya en territorio neolonés. Al frente, en su camino, interpónese la guarnición federal del pueblo de Lampazos y se adivinan en el horizonte, sembrados simétricamente, los postes de la línea telegráfica, denunciadores de la vía férrea.

Una llanada inmensa se extiende, árida y reverberante por el ardiente sol del mediodía. Un remolino, en perfecta espiral, huye de la columna en marcha hasta el caserío huraño de la cercana hacienda de San Patricio.

La columna camina con recelo a la hacienda; pudiera haber alguna avanzada federal de Lampazos. Nadie habla. La vista de todos está fija en los corrales de adobe y las casas mal encaladas del poblado.

La vanguardia avanza despacio, como si presintiera ya la emboscada artera. El jefe, con sus prismáticos, trata en vano de descubrir al enemigo que pudiera estar oculto en las casas.

Nada anormal.

La vanguardia ha entrado ya en la callejuela de las primeras casas de la hacienda. La gente toda piensa en la posibilidad de comer un taco caliente y tomar un buen trago de hirviente café.

Transcurren unos minutos de tranquilidad y, cuando ya se ha olvidado el riesgo, inesperadamente se rompe el fuego desde una de las casas orilleras de la hacienda, sobre la gente rebelde.

La sorpresa es total: la gente huye buscando refugio entre el caserío y la confusión se hace manifiesta.

El enemigo, al parecer, se encuentra oculto y fortificado en una de las casas. Su fuego es pausado, pero absolutamente certero. A cada disparo cae un caballo o es herido un hombre.

A la primera confusión de la gente sucede la tranquilidad de los veteranos. Se emprende enérgico ataque contra el enemigo fortificado en la casucha.

Durante unos minutos truena la fusilería, granizando sobre la casa fuerte; los rebeldes avanzan, protegiéndose adosados a las paredes de las casas cercanas.

Cesa el fuego de la casa y un trapo blanco, amarrado a un carrizo, aparece por un ventanillo entreabierto. Paulatinamente van cesando las detonaciones de los rifles.

La recia puerta de la casa se abre y aparece en ella, sostenido por una mujer humilde, un viejo enteco. Una manga de su filipina de caqui chorrea sangre; sudor copioso baña su reluciente calva y baja sus bigotes canos. Sus ojos claros, inexpresivos, buscan entre los asaltantes al que pudiera ser el jefe, y al creer descubrirlo se suelta enérgico de las solícitas manos de la mujer y avanza, cojeando, con piernas patizambas de jinete consumado.

Llega hasta el jefe. A dos pasos de él se detiene:

—¿Quién es aquí el jefe? ¿Usted?

—Sí, yo.

—Estoy rendido.

—¿Cuántos son ustedes?

—Nomás yo.

—¿Usted solo?

—Sí, yo solo.

La gente, estupefacta, rodeaba ya en estrecho círculo al cabecilla y al viejo. Murmuraban: "Es uno de *los Amarillos* de Lampazos". "¡No hay que dejar ni uno de éstos…!"

—¿Es usted de los Amarillos?

—Nunca he sido.

—Bueno, ¿qué es lo que pide?

—Yo, nada. Si usted de veras es jefe y puede imponerse a gente y dar garantías a mis hijas, ¡déselas! Si no, entonces hagan lo que quieran. No crea que las mujeres de mi casa se van a dejar atropellar; primero se matan.

—Tendrán garantías.

—Bueno, pues ya está. Mándeme matar.

—Hay tiempo. Dígame, primero, por qué peleaba usted solo contra tantos.

—Porque yo estaba resuelto a que no les pasara a mis gentes lo que le pasó a mi compadre Garza, que más valía que los hubieran matado a todos y no los hubieran ultrajado como lo hicieron ustedes con esas mujeres.

—No fuimos nosotros.

—Pues serían otros.

—¿Por qué no se llevó a su familia para Lampazos?

—Porque aquí está mi trabajo, mi labor.

—Cuando nos divisó venir, ¿no pudo montarse a caballo con su gente y huir?

—Las remudas están en el potrero y… soy hombre.

—Ya lo hemos visto.

La gente, hondamente conmovida, esperaba. Hubo un momento de silencio angustioso; la mirada de los ojos claros del viejo se perdía en el llano. El cabecilla preguntó a su jefe de Estado Mayor:

—¿Qué novedad tuvimos?

—Dos hombres muertos, cuatro heridos, varios caballos inútiles, unos mil cartuchos quemados.

Una pausa.

Después, dirigiéndose el jefe al viejo, le dijo con naturalidad:

—Bueno, amigo, despídase de su familia.

—Ya me despedí desde que puse la bandera blanca. ¡Ya estoy listo!

—Está bien. ¡Mauricio!

Se acercó un rebelde flaco, pero musculoso.

—Ordene.

—Dale agua aquí —señalando al viejo. Luego, levantando la voz, gritó imponente—: ¡Todo el mundo a formar!

La gente se formó con rapidez en la plazoleta de la hacienda. Mauricio y el viejo desaparecieron en el interior de uno de los corralones de adobe.

El jefe ordenó a la gente:

—¡Por dos, para marchar a la derecha! ¡Marchen!

La columna se comenzó a mover pausadamente por el camino de la hacienda de Mamulique. En la puerta de la casa que había hecho resistencia, unas mujeres se llevaban las manos a los ojos.

Peleando en Nuevo León

Caía la tarde. El sol, cansado, se recostaba en el horizonte. La columna seguía caminando con lentitud.

A corta distancia se observaban ya los postes telegráficos denunciadores de la cercana vía del ferrocarril. Más adelante se erguía, verdoso, el cerro de Mamulique.

Un poco más adelante, los últimos rayos solares hirieron los acerados rieles de la vía que, recta, se perdía en el horizonte con rumbo a Monterrey, y hacia el sur torcía bruscamente siguiendo la falda del cerro próximo.

Siempre inspiró temor a las partidas rebeldes el paso de una vía férrea; un tren militar, provisto de ametralladoras, podía aparecer inesperadamente y producir un desastre.

No se observaba ningún humo de tren ni se percibía tampoco ninguna polvareda reveladora de gente en marcha. La vanguardia había logrado ya trasponer la vía y la columna, con su jefe a la cabeza, tocaba ya casi el terraplén del camino de hierro. Oscurecía.

De pronto, un agudo silbido de locomotora rasgó el silencio y, casi en seguida, a toda velocidad, apareció a nuestra vista, surgiendo de la curva que rodeaba el cerro, un tren militar. Fue aquello una sorpresa enorme. Por instinto, sin mediar órdenes de nadie, la columna se abrió en forrajeadores y rompió el fuego sobre el convoy enemigo. La fuerza de la vanguardia, que había logrado pasar del otro lado, hacía otro tanto con energía.

Una ametralladora, sobre el techo de uno de los furgones, funcionaba sobre nosotros; los soldados federales disparaban desde las puertas de los carros.

El tren se detuvo bruscamente ante nosotros. ¿Era aquello una demostración de fuerza de los enemigos? ¿Aquel tren había estado oculto tras del cerro, vigilando nuestra marcha, y nos iba a batir con toda energía?

El fuego era nutridísimo y reinaba el desorden entre las fuerzas de nuestra columna. Había caído la noche y la oscuridad era completa, sólo interrumpida por los fogonazos de los disparos de la fusilería. Prácticamente no existía distancia entre los adversarios: rebeldes y federales estábamos a cuatro o cinco metros.

De pronto observamos con asombro que se desenganchaba la máquina y que se retiraba con violencia, abandonando a todos los carros del tren.

Algunos audaces de nuestra gente empezaron a subir a los furgones y a los pocos minutos el triunfo era nuestro.

Murieron los de la escolta y quedó en nuestro poder una ametralladora, armas y buen número de municiones.

Unas soldaderas confesaron que para ellas había sido una sorpresa nuestra presencia en aquel lugar, que seguramente también había sido una casualidad el desenganche de la locomotora, abandonando el convoy en nuestras manos.

A las dos horas descansábamos de la jornada en el amplio casco de la hacienda de Mamulique. Se asaba la carne fresca de las reses sacrificadas, y los caballos, bajo cobertizo, comían el maíz que en abundancia se les había servido.

El tiempo había aclarado definitivamente y un sol brillante radiaba sobre la alegre campiña. La gente de la columna se había dispersado por entre el tupido cañaveral y los maizales cercanos de la hacienda; hacían provisión de cañas de azúcar y asaban elotes; los caballos, desensillados, seguían comiendo tranquilamente la abundante pastura. Había la idea de descansar un poco en aquel estratégico lugar.

Inesperadamente, hacia media mañana, se oyó un ligero tiroteo en una de las avanzadas y seguidamente el trompeta de órdenes dio el toque de "botasilla" y "enemigo al frente".

Como nadie esperaba aquella sorpresa, hubo confusión; cada quien fue a ensillar su caballo apresuradamente; quedaron abandonados las cañas y los elotes. Sólo mi tío, previsor, había ensillado

desde antes mi caballo y el de él, y hecho abundante provisión de carne asada, elotes y cañas para el camino.

Salieron a relucir las carabinas. A toda prisa se formaba la gente y se tomaban disposiciones para el combate.

Fue todo falsa alarma. No había tal enemigo; pero sí podía aparecer de un momento a otro y no era prudente esperarlo.

La columna emprendió la marcha hacia Ciénega de Flores.

Varios días anduvimos excursionando por los pequeños poblados neoleoneses de Ciénega de Flores, Marín, Zuazua, Doctor González… Alguna escaramuza con los voluntarios Amarillos; tal cual pequeño tiroteo. Pueblos pobres, con carentes elementos de vida; escasez aun de gente en los caseríos. Parecía que nuestra presencia mancillaba la tranquilidad reinante en aquellos lugares silenciosos, apenas turbada su calma por el alegre revoloteo de los pájaros en el tupido follaje de los árboles sembrados en la imprescindible plazuela de cada pueblo.

Una mañana, al emprender la marcha, oímos claramente disparos de cañón hacia el rumbo de Salinas Victoria. Hacia allá nos dirigimos, a aires vivos. A poco empezamos a percibir el estruendo de la fusilería y el conocido traquetear de las ametralladoras.

Era la columna de don Jesús Carranza, o la de don Pablo González, la que se batía. Un oficial nuestro se adelantó a la columna para tomar contacto con nuestros compañeros y cooperar eficientemente.

El combate era vivo, tenaz.

Nuestra columna marchaba al galope. Sonaban las explosiones de las granadas federales.

Un tren militar arribó a la estación del pueblo, procedente de Lampazos: era un refuerzo que llegaba oportunamente al enemigo, con la misma oportunidad con que llegábamos nosotros al ataque.

Los compañeros nuestros atacaban con brío desde las alturas cercanas a la población. Nuestra columna arribaba, precisamente, por el lado que estaba descubierto, e iba a cerrar la retirada que pudieran intentar los asaltados.

En un momento entramos en fuego. Algunos fueron a incendiar los puentes y alcantarillas de la vía férrea, hacia uno y otro lado de

la población, para evitar así la salida del tren militar que acababa de llegar del norte.

Aquel acto nuestro decidió el combate. En cuanto el enemigo observó el incendio del puente del ferrocarril, cedió ostensiblemente. El tren militar, a toda máquina, salió de la estación y pasó entre las llamas del puente, a riesgo de volcarse. Una lluvia de balas nuestras trató en vano de detenerlo.

Supimos más tarde que en aquel tren iba el jefe militar de aquella línea, el general Guillermo Rubio Navarrete, de la mayor confianza del usurpador Huerta.

El fuego fue aminorando y al cabo cesó. Nuestras trompetas tocaban "diana" en diversos lugares del pueblo.

Saludamos a nuestros colegas de la columna González. A los pocos momentos llegaron también los componentes de la columna Jesús Carranza.

Había alegría, abrazos, cerveza, café caliente. El botín había sido magnífico; nuestra moral era soberbia.

Un capitán federal hecho prisionero fue fusilado. Decían que existió la intención de perdonarle la vida atendiendo al magnífico comportamiento en la defensa de la plaza, pero que aquel bravo se había rehusado a claudicar de su adhesión a Huerta.

Esa misma tarde salimos hacia Monterrey; nos habíamos reunido las tres columnas procedentes de Coahuila y formábamos un núcleo respetable.

Marchábamos a los lados del terraplén de la vía férrea. La noche salió a nuestro encuentro. Finalizaba el mes de octubre; aún no llegaba el frío intenso del norte. Descansamos un poco dormitando cerca de las cabalgaduras y antes del amanecer proseguimos la marcha.

El sol fue a poner una nota alegre de colorido sobre la fuerte columna de caballería rebelde. A lo lejos se vislumbraban ya las inmensas chimeneas humeantes de la majestuosa Monterrey.

Hacia la mitad de la mañana llegamos ante la pequeña altura, punto avanzado de la plaza, conocida por Topo Chico. Allí iba a ser el combate preliminar del asalto.

Nuestra columna fue la encargada de batir al enemigo; las otras fuerzas fueron a tomar posiciones convenientes para el ataque a la plaza.

Dos cañones enemigos, emplazados en la altura, nos saludaron con granadas de tiempo, sin que, afortunadamente, nos causaran el menor daño. La columna nuestra se ocultó en un bosquecillo y los arbustos de éste fueron deshechos por la metralla federal.

Después de mediodía se inició el fuego de los fusiles. Era un fuego lento, calmado; hecho como si se tuviera la absoluta seguridad del triunfo; fuego de tropa veterana, certero y espaciado, sin nerviosidad alguna, como si se tirara al blanco en ejercicios de guarnición.

Se observaba, instintivamente, una sorprendente disciplina del fuego, propia sólo de tropas aguerridas y veteranas, con largo tiempo de campañas.

En cambio, los adversarios derrochaban municiones con una ansia loca de terminar cuanto antes —según ellos— con nuestra molesta presencia.

Cuando ya caía la tarde, nuestra gente se lanzó al asalto, derrotando completamente al enemigo. Se capturaron dos piezas de artillería, bien abastecidas de municiones; fue aquella una adquisición preciosa para utilizarla admirablemente al día siguiente. Los artilleros enemigos quedaron muertos al pie de las piezas, abandonados por sus compañeros de infantería que huyeron dispersos hacia el interior de la plaza.

Allí mismo, en el campo de combate, ascendió nuestro jefe a general, y con él todos nosotros al grado inmediato.

Los cañones, lazados y arrastrados "a cabeza de silla", fueron llevados frente al cuartel general y entregados, más tarde, para que los usara nuestro apreciado compañero Carlos Prieto.

Descansamos un poco, tendidos entre los surcos de una tierra labrada, suave y acogedora, y al aclarar el nuevo día nos lanzamos al ataque de la magnífica plaza.

—Usted, tío, con sus muchachos, se queda aquí, detrás de este terreno de grasa de la fundición, al cuidado de nuestra impedimenta.

—¿Yo?, ¡qué me voy a quedar, hombre! ¿Qué tienes? Voy con ustedes hasta la mera mata.

—Usted se queda aquí; ya está muy viejo.

—¿Viejo yo?

—Que se quede, le digo; se lo ordeno.

—Hombre, tú, de a tiro… la verdad…

Ataque a Monterrey

Como un torrente impetuoso descendió nuestra columna de la colina de Topo Chico, teatro del combate de la víspera, y se lanzó a la ciudad. En un momento llegamos hasta la amplia plazuela que se extendía enfrente del Primer Cuartel del Uno.

Los cuarenta o cincuenta defensores de aquel recinto, que coronaban las azoteas del mismo, rompieron el fuego sobre nosotros. Las balas silbaron sobre nuestras cabezas o levantaron nubecillas de polvo al sepultarse en la tierra suelta de la plazoleta.

A rienda suelta, nuestra gente avanzaba en furiosa carga sobre el reducto enemigo. Se disparaba al aire, sin apuntar; había gritos de rabia y gemidos de dolor. El fuego arreciaba y batía certero a aquella avalancha de gente que avanzaba hacia la muerte; cayeron caballos y hombres, y quedaron atrás, como sembradío macabro, en la desierta plazoleta.

Pudimos al fin escapar de la muerte y penetrar al cuartel. Fue cuestión de un instante, de un instante grandioso y decisivo en la vida de muchos hombres. Nuestros soldados desmontaron rápidamente y se lanzaron, carabina en mano, a capturar a los defensores. En aquel momento fue cuando comenzó en realidad el fuego nuestro; los disparos de nuestras armas resonaban tremendos dentro de las paredes del cuartel.

Entró el pánico entre los federales e, *incontinenti*, se rindieron. Había un mayor, dos capitanes, tres oficiales subalternos y varios individuos de tropa que habían salido ilesos del combate; inmediatamente se les fusiló, allí mismo, en el interior de aquel cuartel. No se podía distraer a ninguna fuerza custodiando prisioneros hechos al principio de la batalla.

El cuartel conquistado era un soberbio almacén de armas, municiones y equipo del ejército federal. En los macheros había bastantes caballos, y en las cuadras numerosas monturas.

Nuestros hombres mejoraron su armamento, se abastecieron en abundancia de municiones, cambiaron caballos quienes los necesitaban y salimos de nuevo a la lucha.

Se oía nutrido tiroteo por diversos lugares de la ciudad; eran nuestros compañeros, que se empeñaban ya en el combate.

Nuestra columna continuó su avance por las callejas de casas de madera de los suburbios de Monterrey, para llegar al punto de partida señalado en el plan de ataque a la plaza: la estación del Golfo.

En nuestro camino se interpuso la Cervecería Cuauhtémoc, ofreciéndose como una grandiosa venta se ofrece al caminante en mitad de la jornada. El sol picaba y llevábamos sed atrasada de varias semanas de ruda peregrinación. Desde Sabinas, Coahuila, no tomábamos una cerveza tan helada como aquélla; parecía como si hubiéramos atravesado arenoso desierto y llegáramos de improviso al anhelado oasis acogedor, fresco y agradable. Cerveza helada, nueva, acabada de fabricar, amarilla, reluciente y tentadora como el oro acuñado.

—Estamos tomando cerveza acabada de ordenar, al pie de la vaca… al pie de la vaca —gritaba Eloy Carranza, vaciando el tercer litro de la sabrosa bebida.

Un momento de descanso bajo la sombra protectora del rojo y soberbio edificio. Ya habría tiempo de ir a pelear contra los federales; siempre hay tiempo para morirse y no está mal un trago de cerveza cuando hace calor; se siente un bienestar en el cuerpo y caen bien tres fumadas de un "habano". Aquella gente de la cervecería era espléndida, obsequiaban cuanto tenían, desde su sonrisa agradable hasta su cerveza y sus cigarros; por lo demás, aun cuando no hubieran obsequiado, tampoco hubieran podido cobrar nada; nadie llevaba dinero.

—Vámonos, muchachos, ya está bueno. Vamos a darle a los reatazos.

—Espérate, ¿qué prisa llevas? Vamos a tomar las otras.

—Yo las pago.

—¡Zas!

En dos larguísimas hileras, caminando uno tras de otro por las aceras para dejar la calle libre a las balas de los federales atrincherados en diversos edificios de alturas dominantes, llegamos hasta la estación del Golfo. La gente dejó los caballos y, repartiéndose por las calles, emprendió vigorosamente el ataque. En pocos momentos el combate fue intenso. Funcionaba la artillería federal, y la nuestra, recién adquirida, el día anterior, en Topo Chico, manejada hábilmente por Carlos Prieto, hacía impactos precisos en los reductos del enemigo. Las ametralladoras de ambos lados incesantemente

enviaban ráfagas de proyectiles. La fusilería, como un grandioso fuego pirotécnico, contribuía a la soberbia función.

Belem, la de Murguía, pistola en mano, montada en caballo nuevo cogido de botín, atravesaba las bocacalles por donde silbaban siniestramente las balas enemigas. Una güereja delgaducha, "alta nueva", la seguía a todas partes animando a la gente.

Benjamín Garza, serenamente, como si anduviera cazando venados, elegía su blanco, apuntaba con cuidado con su Savage y disparaba sin desperdiciar cartucho.

Murguía, "a medios chiles", andaba hasta adentro.

José Santos, siempre humorístico, había logrado amarrar un bote de hojalata en la cola de un caballo abandonado y trataba inútilmente de que el animal, asustado, echara a correr al lado enemigo.

El general Pablo González, Jesús Carranza y Villarreal alentaban y dirigían el combate con acierto y precisión.

Era una tormenta de fuego desatada en Monterrey.

Como a las dos de la tarde nos dimos cuenta de que, precisamente enfrente de nosotros, había un restaurante. Era el Hotel del Golfo, según decía el gran rótulo de la fachada. ¡Qué oportunidad aquella para comer algo caliente y al estilo de la gente pacífica!

Entramos al comedor como si no hubiera combate. Manteles limpios, brillantes cubiertos, trato amable.

Tomamos la comida corrida del día, algo muy sencillo para la vida normal de un empleado, pero soberbiamente agradable para los revolucionarios, ya casi acostumbrados a la carne asada como único platillo de todos los días.

Afuera, en las calles, seguía el combate rudo.

Llegamos tranquilamente hasta el café y el postre y, palillo de dientes en la boca, salimos a nuestra ocupación: disparar balazos.

El dueño del negocio aquel supuso inocentemente que pagaríamos el consumo, quizás hasta pensó hacer un bonito negocio con tanta gente comiendo, muchísima más que la clientela diaria de su establecimiento, y tuvo la humorada de pasar la cuenta. Tantas comidas, tanto; tantas cervezas, tanto.

—¿Quién paga?

—¡Yo! —gritaba alguno—, pero hasta el triunfo.

—Hasta el triunfo, amigo, hasta el triunfo.

—La verdad, la comida estuvo buena; ojalá y así esté la cena.

La tropa dio con un furgón del ferrocarril repleto de latas de espárragos. En un momento circularon aquellas conservas entre los combatientes, y nuestros hombres se alimentaron, quizás por primera vez en su vida, con legumbres finas tomadas con los dedos, como acostumbraban hacerlo los de la *high life* en los banquetes.

Ante los jefes superiores constitucionalistas resguardados de la balacera detrás de las bodegas de la estación del Golfo, fue llevado, en calidad de prisionero, el veterano general de la Intervención Francesa, don Gerónimo Treviño. El viejecito, sombra gloriosa de lejana época, especie ya de esqueleto viviente, iba montado en un caballo de tropa. Lo habían cogido prisionero en su casa al ocupar aquel lugar nuestras fuerzas. La escena fue interesante.

—¿Dónde está Venustiano? —preguntó.

—No está aquí. Anda por Sonora.

—Entonces, ¿quién es el jefe de todos ustedes?

—Yo —contestó uno de los nuestros—; ¿no me conoce?

—Cómo no te voy a conocer. Tú me has robado muchas de las vacas de mi hacienda de La Bahía que tengo allí, cerca de Múzquiz.

—¿Usted es huertista?

—Yo no soy de nadie. Nada tengo que ver con Huerta.

—Se va a tener que venir con nosotros.

—De nada les he de servir ya; estoy muy viejo. Si estuviera de la edad de ustedes, otra cosa sería. En mis tiempos, los jefes no estaban escondidos detrás de las paredes a la hora del combate: andaban recorriendo, a caballo, sus líneas, dando ejemplo de valor a sus fuerzas. Lástima que ya esté tan viejo; por eso no me quise ir a la bola cuando Venustiano me convidó. ¿Tú eres Pablo González? ¿Y tú, Jesús Carranza?; te pareces a tu hermano. ¿Y tú?

—Calzada.

—¡Ah!, pues tú eres el de mis vacas. Casi me las han acabado todas.

Lo llevaron al pueblo de San Nicolás de los Garza. A los dos días lo pusieron en libertad y regresó a Monterrey.

Nuestras fuerzas habían logrado ocupar casi toda la ciudad; el enemigo se defendía, con tesón, desde las alturas del Palacio de Gobierno, de la Penitenciaría y algunos edificios cercanos a aquellos lugares. El refuerzo que, indudablemente, llegaría de Saltillo, habría

de demorar, pues antes era necesario que trabara combate con las fuerzas de Pancho Coss, destacadas para interponerse a su paso. Mientras tanto, contábamos con tiempo suficiente para adueñarnos de la plaza. Un empuje más y la victoria sería nuestra. Se vino la noche encima, y con ella una relativa tregua en el combate.

Nos dimos cuenta, con sorpresa inquieta, de que por diferentes partes de la ciudad nuestros soldados habían conseguido que les abrieran las puertas de las cantinas de los barrios, y se dedicaban a tomar, en abundancia, bebidas embriagantes.

Nuevos soldados, obreros y gente de ferrocarril, espontáneamente, habíanse dado de alta en nuestras fuerzas y combatían briosamente contra los federales; fueron ellos, los de nuevo ingreso, casi los que sostuvieron el fuego aquella noche del primer día del ataque, en que nuestra gente empezó a darse a la borrachera, y en que el cansancio de muchos días de privaciones rendía a los cuerpos maltrechos.

Sentado en el quicio de una puerta me abatió el sueño, allá por la medianoche. Me daba perfecta cuenta del combate, del peligro en que estábamos, de la muerte que se cernía sobre unos y otros; quería resistir a las acechanzas traidoras de Morfeo; trataba de sacudir el sopor, de ahuyentar el sueño; inútil todo. Ni la incomodidad, ni el peligro, ni el temor fueron capaces de luchar contra el enemigo misterioso, y caí de una pieza.

El sol de un nuevo día me sorprendió todavía en la misma postura incómoda en que caí rendido de cansancio y de sueño varias horas antes. Se seguía combatiendo, pero ya no con el empuje del primer momento. Tiroteos aislados, algunos cañonazos, traquetear de ametralladoras, de poca duración, decaimiento manifiesto de asaltantes y defensores, especie de nostalgia y aburrimiento en aquella acción que, al parecer, estaba condenada a estabilizarse en igual estado.

El cuartel general ordenó un empuje decisivo para consumar la toma de la plaza. En vano jefes u oficiales trataron de reorganizar las tropas dispersas desde el primer momento del combate; en vano se dio ejemplo de valor. La mayor parte de nuestra gente estaba borracha y no se contaba con ella para nada efectivo.

Habíamos perdido ya al mayor Bruno Gloria, muerto por un proyectil federal cuando localizaba, con su anteojo, al enemigo para

batirlo con una de las ametralladoras. Habían sucumbido también los oficiales artilleros Aponte y Plinio Villarreal. De los federales, sabíamos de cierto la muerte del general irregular Quiroga, y de varios jefes y oficiales. Los heridos eran numerosos.

A media tarde se supo que el refuerzo para los federales, procedente de Saltillo, al mando de aquel célebre general Peña, famoso por sus cargas de caballería, se aproximaba a la plaza; el tiroteo que señalaba su presencia se iba acercando poco a poco hasta nosotros.

La inutilidad de nuestra gente para combatir, debido al abuso de licores; la presencia del refuerzo federal, y la idea que existía de no conservar plazas por entonces, hicieron que el cuartel general ordenara la retirada cuando ya empezaba a caer la noche.

El tiroteo nutrido del enemigo se oía cada vez más cerca; avanzaban por una de aquellas grandes calzadas de Monterrey. Nuestra gente empezó a salir, con toda calma, por el camino de San Nicolás de los Garza.

Algún jefe de nuestra gente —ignoro quién fuera— ordenó se prendiera fuego a los furgones del ferrocarril, llenos de mercancías, apiñados en los patios de las estaciones. Los cuarteles federales también ardían y en el interior de ellos explotaban las granadas de la artillería que no fue posible trasladar con nosotros. Era un gigantesco fuego de pirotecnia aquel espectáculo arrollador.

En dos larguísimas hileras íbamos saliendo de Monterrey al amparo de las sombras. Grupos de gente a pie nos acompañaban; eran las nuevas altas, reclutamiento espontáneo surgido al calor del combate. No se veía a dos metros; éramos un desfile de sombras huyendo de las llamas del incendio.

El tiroteo nutrido de los federales había quedado a retaguardia nuestra. Eran otra vez dueños de la plaza que a punto estuvimos de tomar. La marcha era lenta, tranquila; volvíamos a la vida prudente de la campaña larga, sistemática, calculada. Había sido todo aquello una nota de color fuerte en nuestra andanza bélica. Otra vez los ranchos, las jornadas, la carne asada, la intemperie, el azar.

Una voz atiplada, colérica y desagradable, se oyó en la obscuridad, a un lado del camino.

—No huyan, hijos de la tal; vuelvan para atrás a pelear. No son ustedes hombres. Deténganse, tales.

La silueta accionaba levantando los brazos y trataba de detener, con su caballo, el paso de toda la gente en franca retirada.

—¿Quién es ése que habla?

—Es aquella flaquilla que anda con Belem.

—Cualquiera se detiene. Que se quede ella, si quiere.

La gente siguió su camino y atrás quedó la amazona, vociferando.

—Hombre, qué buena me la hiciste tú.

Era mi tío Bernardo que se reunía conmigo después de la refriega.

—¿Qué hay tío? ¿Cómo la pasó? ¿Buena?

—¿Cómo que buena? ¡Del demonio!

—Qué, ¿no era lugar seguro aquel en que lo dejé, detrás del terreno de grasa de la fundición?

—Qué seguro ni que ojo de hacha. Allí iban a dar todos los cañonazos de los federales.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, hombre; me he visto negro, galopando de un lado para otro, sacándole vueltas a las granadas, y dónde que este caballo que me prestaste tiene una rienda bárbara. ¿Quién fue el sastre que te amansó este potro?

—¿De modo que hice mal dejándolo a usted allí atrás?

—Seguro. ¿A quién se le ocurre dejar a uno para que sirva de blanco a los cañones?

—Pero si no le tiraban a usted, sino a nosotros.

—Pues puede que fuera a ustedes a quienes les tiraban, pero como lo hacen tan mal, iban a dar conmigo los pelotazos.

Hay un pequeño descanso para la columna.

Planea el Estado Mayor del general en jefe, don Pablo González, las operaciones próximas. Fue muy bueno el ataque a Monterrey, y si bien no se tomó por completo, sirvió para levantar la moral, un tanto decaída, de la gente revolucionaria, obtener un magnífico botín en armamento, municiones y equipo, y también en contingente humano, que se sumó a nuestras fuerzas, y que constituía un fuerte aumento de nuevos combatientes.

Dispuso el general Pablo González que yo me fuera a Sonora a incorporarme al Primer Jefe, don Venustiano Carranza, a cuyo Estado Mayor seguía yo perteneciendo, y que le llevara el parte circunstanciado de las operaciones realizadas y el proyecto de la nueva

campaña que se iba a emprender. Me dio, asimismo, varios sobres lacrados que contenían información confidencial para que yo los entregara al Primer Jefe en sus propias manos. Finalmente, me entregó una comunicación en que se me participaba que, con la fecha de la misma, quedaba yo ascendido al grado de teniente coronel, junto con la agradable noticia, en oficio para el jefe de las armas en Matamoros, Tamaulipas, que me proporcionara el dinero indispensable para que pudiera ir hasta Sonora al desempeño de la comisión que se me había encomendado.

—Tío, me mandan hasta Sonora.

—¡Uh! eso está lejísimos.

—Pero no crea que voy a ir a caballo. Voy a Matamoros, y de allí, por el lado americano, hasta Nogales, Sonora. A usted y a sus muchachos los dejo aquí en buena compañía. Ya ve usted que le ha tomado cariño al general Antonio Villarreal. Ya conoce usted a todos los de la columna y todos son buenos compañeros.

—Sí; todos son buenos y he hecho buenas migas con ellos. Pero he andado aquí por acompañarte a ti. Si tú te vas, yo también me regreso para mi tierra.

—¿No teme que le puedan perjudicar los federales?

—Yo los terrenos, desde Laredo a Piedras Negras, los conozco como a mis manos y allí no me pescan nunca. A lo mejor ni habrán notado que yo ando fuera del rancho, y si acaso lo han notado, me meto con mis muchachos en ese laberinto del lomerío de Pellotes, o en el mogotal, y allí ni me sacan ni me encuentran, y si se me pusiera muy dura me voy por el lado americano; conozco todos los vados y todos los pasos. A mí, en mi tierra, los federales me la pelan.

Vista su decisión, le hago un pasaporte para que le sirva de protección ante las fuerzas nuestras y no lo vayan a tomar por desertor.

Se organiza un pequeño convoy para marchar a Matamoros. El capitán Antonio Maldonado lleva el mando con una pequeña escolta. Van con nosotros los heridos y algunos civiles que se agregaron a las fuerzas al salir de Coahuila. Mi tío y su gente nos acompañan.

Los heridos van en carruajes requisados en los pueblos del camino o en la propia ciudad de Monterrey. Santos Dávila ocupa lugar prominente; va en una carretela de grandes dimensiones, especie de antigua diligencia de tiempos remotos. No obstante el balazo que le agujereó las dos piernas, va animoso y locuaz; lo rodean dos o

tres mujerzuelas, y no faltan la cerveza y el buen humor a bordo del carricoche. La gente de Maldonado marcha convenientemente distribuida, para dar seguridad al pequeño convoy. Van con nosotros José Murguía, Catarino Benavides, Gabriel Calzada, Alfredo Flores Alatorre, Rafael Múzquiz y otros más.

Se charla animadamente; el camino se hace despacio, para no lastimar a los heridos.

La primera jornada de aquel convoy de heridos y comisionados se rinde ya al caer la tarde, en el pequeño poblado que se denomina Ramones, situado sobre la vía del ramal ferrocarrilero de Monterrey a Matamoros, Tamaulipas. No corren trenes, pues la vía férrea la destruyeron totalmente, en aquellos lugares, las fuerzas de Lucio Blanco.

La gente de aquellos contornos es, en su totalidad, partidaria de la Revolución y se apresta gustosa a darnos, hasta donde le es posible, cómodo alojamiento en las tres o cuatro mejores casas de la localidad.

A mí me toca hospedarme, junto con cuatro o cinco heridos leves, en la casa de un matrimonio modesto. Él es un mocetón garrudo, algo rubio y con una indolencia manifiesta en todo su aspecto; bosteza mucho, estira los brazos, se rasca la cabeza y habla con el desgano propio de un convaleciente. Ella es una señora de mucho mayor edad que él; más bien delgada de cuerpo, de cara adusta; poco locuaz y sumamente diligente en sus quehaceres domésticos.

Cenamos la consabida carne asada, tortillas de harina y café, y tenemos que acomodarnos todos, inclusive el matrimonio, en la única amplia habitación que les sirve habitualmente de recámara y sala. Cada uno de nosotros se arregla para dormir sobre las maletas, cobijas y sudaderos, como estamos acostumbrados a hacerlo; el matrimonio reposa en la tarima de madera en donde, de seguro, también reposaron sus padres y sus abuelos.

Afuera, en la plazuela del pueblo, se oyen voces de los vecinos que tratan de organizar un recibimiento, con música, para una partida de rebeldes que se levantó en armas allí mismo, la mañana de ese día, y que todavía no ha tenido su bautizo de sangre, pero que, no obstante, su jefe quiere que sea recibida con honores de vencedor que regresa de su primera salida aventurera.

Parece que Maldonado los mete en orden y hace que se retiren a acostar los alborotadores, en bien de la tranquilidad tan necesaria para los heridos y para nuestros maltratados cuerpos.

Apagan la vela que mal disipa las tinieblas de aquella habitación, y al cuarto de hora escaso, un concierto de ronquidos llena el ambiente. Son notas musicales de una originalidad caprichosa que, unidas, dan la impresión de una audición salvaje.

La idea de tomar un poco de reposo en un próximo viaje por los Estados Unidos, para ir a incorporarme al Primer Jefe a Sonora, aleja de mí el sueño, y divago en proyectos sencillos y fácilmente realizables. Un buen baño, un peluquero, ropa limpia, comida condimentada; diez o veinte dólares sobrantes.

Al filo de la medianoche, un rayo de luna indiscreto se cuela por la ventanita entreabierta y va a posarse, precisamente, sobre la tarima en que descansa el matrimonio de quienes somos huéspedes. Lo mismo que yo, tampoco ellos duermen; el indiscreto rayo de luna me lo revela. Aquella señora, diligente, de gesto adusto, de expresión dura, se transforma; cuchichea, abraza al podenco de su marido, lo besa; es otra, muy diferente a la que hemos conocido por la tarde, ¡quién lo diría!

Poco a poco el sueño me vence y dejo de ver y de oír hasta el día siguiente, en que un rayo de sol sustituye al argentado rayo de la luna.

A media mañana llegamos a Los Herrera, poblado semejante al anterior. Allí encontramos las fuerzas de Ernesto Santos Coy y Jesús Dávila Sánchez. Con ellos van Carlos Domínguez, Juan Barragán, Fernando Dávila, Francisco Peña y otros. De allí en adelante, hasta Matamoros, podremos ya continuar en tren. Allí mismo abandonamos caballos y carruajes.

Aquel tren constitucionalista carece de carros de pasajeros y nos vemos precisados a hacer el viaje a bordo de furgones para mercancía. Vamos encantados de la vida. El traqueteo incesante de las maderas, que en otras ocasiones pudiera habernos causado molestias, entonces nos parecía hasta agradable, después de las duras jornadas a caballo en los días anteriores.

Por todos los poblados por donde pasamos vamos encontrando gente revolucionaria perfectamente bien equipada; sombreros

tejanos, buenos uniformes de caqui, zapatos fuertes, flamantes carrilleras atestadas de relucientes cartuchos, magníficas armas; gente satisfecha y animosa, dispuesta para el combate.

Pasamos por los plantíos de algodón, también por la orilla del río Bravo, y llegamos, por fin, a Matamoros.

Lucio Blanco no se encuentra allí; ha sido llamado por el Primer Jefe a Sonora; en su lugar está Abelardo Menchaca quien nos recibe cariñosamente y nos atiende en cuanto puede.

Me provee Menchaca de un puñado de dólares en billetes, suficientes para adquirir un atuendo de civil, barato, en el lado americano, y para que haga mis gastos desde Brownsville hasta Nogales, Arizona.

Me despido de mi tío Bernardo y de su gente, y de todos aquellos amigos y compañeros, y tomo el tren que me ha de conducir a San Antonio, Texas.

En Sonora

Manifiesta satisfacción demostraron mis antiguos compañeros al incorporarme nuevamente al Estado Mayor del Primer Jefe, quien me recibió con efusivo abrazo.

Además de la ocupación oficinesca, fui destinado como comandante de la escolta montada, es decir, de la gente que había acompañado a don Venustiano Carranza desde Coahuila hasta Sonora: unos ciento veinte hombres, todos de la región lagunera, mandados por dos mayores que, con frecuencia, tenían dificultades. A este escuadrón máximo se le agregó, más tarde, otro, de gente de Sonora.

Era, pues, un medio regimiento de caballería la escolta montada, a la que diariamente, mañana y tarde, daba yo instrucción. A las pocas semanas, contando con la buena disposición de la gente, era aquella escolta una corporación digna y acorde con la alta misión que tenía asignada.

A don Venustiano, que siempre fue amante de las cosas militares, aun en sus detalles, le gustaba presenciar la instrucción de su escolta, como antes, en Piedras Negras, gustaba de ver la instrucción de los zapadores. Todos eran buenos jinetes, tiraban bien, y sin excepción ya bien fogueados. No había viciosos y ninguno era anal-

fabeta. La instrucción la impartía yo, de acuerdo con el reglamento de maniobras de la caballería, que por cierto me sabía de memoria.

Acompañamos al Primer Jefe en los recorridos que hizo por el estado de Sonora, y en el viaje que efectuó a Sinaloa, después que el general Álvaro Obregón hubo tomado la plaza de Culiacán. Estando allí se supo de la captura sorpresiva que hizo el general Francisco Villa de la plaza de Ciudad Juárez. Hacia allá determinó ir el Primer Jefe, y hubimos de dejar Sonora para ir a Chihuahua, atravesando la Sierra Madre por el cañón del Púlpito.

El general Villa, después de su magnífico golpe a Ciudad Juárez, marchó sobre la ciudad de Chihuahua, evacuada por los federales, que huyeron hasta Ojinaga, población fronteriza con los Estados Unidos.

Cuando arribamos a Ciudad Juárez, después de larga travesía por la sierra, ya el general Villa se había consolidado, era dueño de todo el estado y, además, como gran hazaña, atacó y pudo tomar la importante plaza de Torreón, Coahuila.

Llegaban las vacas gordas. Las fuerzas revolucionarias del norte del país se disponían avanzar hacia la capital de la República.

De Ciudad Juárez, don Venustiano Carranza marchó a Chihuahua, capital del estado, y allí estableció su cuartel general.

Estando en Chihuahua, comenzaron ciertas desavenencias entre el Primer Jefe y el general Villa, fomentadas por civiles políticos maderistas que no habían encontrado lugar cerca del señor Carranza, en tanto que Villa les había abierto los brazos. Esas desavenencias, al cabo del tiempo, llegaron a culminar en el rompimiento entre aquellos jefes.

Un buen día se presentó ante el Primer Jefe una comisión enviada desde Torreón, en donde estaba el general Calixto Contreras, para entrevistar al señor Carranza y pedirle que designara, para la brigada que aquél mandaba, un jefe de Estado Mayor de su confianza, que organizara debidamente las fuerzas, que tenían fama de ser sumamente desordenadas, y por tal causa eran mal vistos por el general Villa, jefe de la División del Norte, a la que pertenecían.

Decían los de la comisión que todos aquellos hombres de don Calixto tenían la mejor voluntad de ser instruidos, pero que no había entre ellos persona que pudiera servir para ello.

A mí me tocó la comisioncita, quizás porque al parecer del señor Carranza yo era un buen instructor. Sin más, se me comisionó a

Torreón, es decir, a mi tierra, en donde estaba mi familia, a la que no veía desde que me alisté como revolucionario, el año de 1910, con los maderistas.

Por ese concepto iba contento. Iba a mi casa a ver a los míos; no les llevaba nada porque nada tenía, pero tendríamos todos la gran satisfacción de vernos buenos y sanos, aun cuando fuera en la pobreza.

Por otra parte, sentía alejarme otra vez de don Venustiano y dejar a aquella escolta instruida por mí, y a la que le había cobrado cariño.

Cerca de la iglesia me encontré a doña Natividad, la madre del boticario Chema Iduñate. No pasaban los años por ella. Ni una cana más había en su cabeza, ni una arruga nueva surcaba su rostro.

—¡Mi alma!, ¿cómo te va? ¡Cuánto gusto me da verte! ¿Cómo te ha ido? ¿No te han herido, no te han matado? ¡Tanto que me he acordado yo de ti! ¿Cómo andará aquel muchacho? ¿Habrá comido a sus horas? ¿Se estará mojando cuando llueve, tendrá frío? Tanto que hemos pensado; pero ya estás aquí, ¡bendito sea Dios!

—Gracias, doña Natividad; muchas gracias; mucho le agradezco sus buenas intenciones.

—Ni sabes cuánto miedo hemos pasado aquí con los combates, y cada vez que decían que venía Villa. Y dime, tú, ¿dónde dejaron a la indiada?

—¿A cuál indiada?

—Pues a los indios que decían que traía Villa para tomar Torreón. Nos contaron que Francisco Villa se acompañaba de todos los indios bárbaros; que los traía sueltos por delante y venían arrasando cuanto encontraban.

—¡Ah!, vamos; algo así como los cosacos del don.

—¿Don quién?

—Ja, ja; otros indios de por allá; de otra parte. No, aquí no hay más indios bárbaros que los que estamos presentes.

—Cómo inventa la gente, ¿verdad?

Encontré a mi madre, a mi buena madre, tan animosa y conforme como siempre; a mis hermanos, más altos, flacuchos y mal vestidos. Se comía mal en la casa desde hacía mucho; no siempre estaba ocupada la finca que producía renta. Se debían picos por todas partes: en la tienda de abarrotes, en la carnicería, en otros

lados. Ya se pagaría cuando hubiera dinero; ya se compraría ropa cuando mejoraran los tiempos; lo importante, decía mi madre, era que nos volviésemos a ver, que no estuviera muerto ni hubiera sido herido, que tuviéramos todos salud, ese tesoro inapreciable que se llama salud.

La camarada Belem

El ejército constitucionalista iniciaba su avance incontenible hacia la capital de la República. Había caído Torreón de manera definitiva.

Un colega de las fuerzas de Calixto Contreras y yo veíamos una película en el cine Pathé, de don Isauro Martínez, único cine entonces que había en Torreón, y que funcionaba en una amplia carpa instalada frente a la Plaza de Armas. No había mucha concurrencia.

Abstraídos estábamos viendo la cinta cuando dos mujeres, molestando a las personas que ocupaban asientos en nuestra fila, trataban de instalarse precisamente a nuestro lado, habiendo tantos asientos en los propios pasillos del lunetario, quizás hasta más cómodos que aquellos que parecían ser de su preferencia. Ideas que tiene la gente; ganas de molestar obligando a levantarse a los sentados para darles paso. Se acomodaron a mi lado. En contraste con el olor a sudor de la concurrencia, las recién llegadas olían a ropa limpia y agua de colonia.

—Por lo menos huelen bien —comenté con mi amigo.

—¿Crees que huelo bien? —me contestó una de ellas.

¿Quién era aquella que me tuteaba? ¿Alguna conocida quizás, de mi pueblo? En la oscuridad de la sala traté de discernir. Era una morenilla ni fea ni bonita, más bien delgada de cuerpo.

—¿Nos conocemos?

—Hombre, claro. Yo te conocí desde que entré; veo en la obscuridad como los gatos. Soy Belem. ¿Ya caíste?

—¿Belem? ¿Nuestra compañera de Monclova, de Candela y de Monterrey?

—La misma.

—¿Te diste de baja? ¿Dónde dejaste el sombrero tejano y la pistola?

—Los dejé en el hotel. Acabo de llegar de Monclova. Sigo con la gente de Murguía. Mañana temprano salgo para Chihuahua; voy

a ver qué me quedó de familia. Soy de allá. ¿Y tú? ¿Ya no andas con don Venustiano?

—Me mandó para acá con el general Contreras, con *Mano* Calixto, como le dicen.

—¿Qué tal está la película?

—Regular. No me parece muy entretenida.

—Entonces ¿por qué no salimos a tomar una copa o un refresco?

—Me parece muy bien. Si no has cenado, cenaremos.

Salimos los cuatro, y ante unos platos de cabrito y enchiladas norteñas, y unas botellas de cerveza fría, tuvimos una charla de horas.

No era Belem locuaz, sino más bien parca en las palabras, pero tanto había andado en la bola, que tenía mucho que contar, si se le picaba y estaba de humor, como en aquella noche, vestida de paisana.

Andaba de revolucionaria activa desde el orozquismo y no había parado. Participó en decenas de combates. Montaba muy bien al estilo femenino, pues nunca usó indumentaria masculina, a excepción del sombrero tejano, unas polainas y la pistola, y las cartucheras en la cintura y en el pecho. Tenía una serenidad y un valor a toda prueba, y más historia y vergüenza que muchos hombres. Nunca tuvo grado militar ni disfrutó de ningún sueldo. Se bastaba a sí misma; nunca fue carga para nadie. Ensillaba su caballo, le daba de comer, de beber. Se acomodaba donde podía y se procuraba su alimento. Dura era para la fatiga; su cuerpo, delgado pero fuerte, resistía las duras jornadas, las hambres, las lluvias, los calores del verano, lo mismo que las duras nevadas del invierno.

No era alegre, no cantaba y poco reía, pero tampoco era de temperamento triste. Era normal, norteña pura; absolutamente normal y equilibrada. A su cuerpo le daba lo que le pedía, sin abusar de nada. Había tenido que ver con varios y cortaba sus relaciones cuando así lo creía prudente.

Siempre andaba sentada en buen caballo, que manejaba con maestría, y disparaba pistola y rifle con gran precisión. En los combates andaba siempre tan adelante como los más valientes. No conocía el miedo, y su sola presencia avergonzaba a los mediocres y timoratos.

Era popularísima Belem entre las fuerzas del noroeste y su apellido bien a bien nunca se supo. Era lo de menos. No tenía la menor

importancia: Martínez, Rodríguez, lo mismo daba. Era Belem, nada más. Con los federales nunca anduvo. No era una soldadera; era una militante desinteresada. Absolutamente desinteresada. Ni grado militar, ni haberes, ni diplomas, o medallas, pidió nunca. Fue única.

—Me preguntabas tú que en dónde había dejado yo el sombrero tejano y la pistola, y yo te pregunto a ti, ¿dónde dejaste tu blusa? Tú no me concibes a mí vestida como estoy, ni yo te puedo imaginar sin tu blusa larga de soldado de caballería federal.

—Mi blusa la conservo como una reliquia, como un talismán. Cada vez que me la pongo ocurre algo grave, y hasta le tengo miedo; pero, por otra parte, siempre salgo con bien de lo que acontezca. Es para mí como una especie de escapulario benefactor.

—Cuéntame; después del ataque a Monterrey te perdí de vista. ¿A dónde fuiste a dar?

—Me mandó don Pablo a Sonora con unos documentos que le urgía conociera el Primer Jefe, y también porque el mismo don Venustiano le había dicho a don Pablo que en cuanto fuera posible me regresara a su lado. Así pues, fui a Sonora, al Estado Mayor, y me asignaron también el mando de la escolta montada, que se componía de dos escuadrones.

"Fuimos con don Venustiano hasta Sinaloa, y después hasta Ciudad Juárez y Chihuahua. De allí me designaron a que viniera aquí como jefe del Estado Mayor del general Calixto Contreras. ¿Y tú? La última vez que te vi fue en los combates de Monterrey; por cierto que te acompañaba una güerejita, "alta nueva", que parecía muy entusiasta y que después supe que la habían matado".

—Aquella muchacha se llamaba Julieta. Se juntó conmigo allí mismo en Monterrey; allí comenzó su carrera revolucionaria activa, que duró justamente lo que duró el ataque a la plaza: tres días. A la evacuación, ¿te acuerdas?; era una noche oscura; la gente nuestra casi toda iba borracha y los federales de la caballería de Ricardo Peña nos pisaban los talones. La muchacha aquella, llena de entusiasmo, estaba empeñada en que los nuestros se regresaran a pelear. Ni quien le hiciera caso. Se rezagó un poco y le echaron mano los federales; allí mismo la mataron y la colgaron de un poste. Bueno, pues la gente de Murguía, con quien andaba yo, y con quienes sigo, nos regresamos al norte de Coahuila a revolucionar, y con la

esperanza de levantar cabeza y a ver si se nos hacía recuperar Monclova; la atacamos y no pudimos; tuvimos que retirarnos hasta San Buenaventura; nos persiguieron y fuimos hasta Cuatro Ciénegas, y allí también tuvimos que salir y nos echaron hasta Ocampo, y de ahí nos sacaron con rumbo a Sierra Mojada. Estábamos de malas; de todas partes nos sacaban.

"De Sierra Mojada nos mandó don Venustiano algo de parque y nos rehicimos en plan grande. Volvimos a la carga. Mandó Murguía cortar la vía férrea de Monclova al sur y de Monclova al norte. No atacamos Monclova sino que nos fuimos sobre Allende. Creo que ése es tu pueblo, ¿no?".

—Allí me crié, pero yo nací aquí, en San Pedro de las Colonias.

—Pues allí en Allende, quién sabe por qué motivo, razón aparente no la había, se habían concentrado cerca de mil federales y los mandaba Alberto Guajardo, antiguo maderista y amigo de intimidad de don Venustiano Carranza, y ahora furibundo huertista, conocedor del terreno y hombre de pelea. Los atacamos con ganas un día entero y tuvimos la suerte de pegarlas de a feo. Guajardo salió herido y huyó hacia Piedras Negras. Cogimos quinientos prisioneros, mil quinientos fusiles, diez ametralladoras entre pesadas y ligeras, medio millón de cartuchos y cinco cañones. Entre los prisioneros, diecisiete oficiales. A Alberto Guajardo lo perseguimos pero no logramos capturarlo; llegó hasta Piedras Negras y se pasó al lado americano. La guarnición federal se pasó también a Eagle Pass, y ahí nos tienes a nosotros entrando triunfantes a Piedras Negras sin disparar ni un tiro. En un santiamén aumentó nuestra gente; de seiscientos que éramos, llegamos a dos mil quinientos, con cinco cañones y diez ametralladoras más. La artillería bien manejada, pues Murguía les perdonó la vida a los artilleros federales que se incorporaron a nosotros. El jefe de ellos es uno muy listo que se llama Humberto Barros.

"Ya con esa fuerza, nos sentimos con ganas de entrarle a Monclova y nos devolvimos hacia allá. No nos esperaron; también la evacuaron de prisa. Cuando iban a comenzar las operaciones sobre Allende, Murguía recibió a un enviado de Guajardo que le avisaba que los americanos habían invadido a México y lograron tomar el puerto de Veracruz, que así las cosas cambiaban y deberían de unirse todos para pelear contra los gringos. Murguía le dijo al enviado, de parte suya y de todos los que andábamos con él, que se fuera a la tal, y que

nada de juntarse ni mucho menos; que nosotros teníamos para ellos y para los invasores, y que se fueran muy lejos con componendas que olían a puras tanteadas.

"Y todo esto que te estoy contando acaba de pasar: hace apenas unos días; casi al mismo tiempo que Villa tomaba Torreón, nosotros tomábamos Allende.

"Don Pablo González, tesonero como es, no ha dejado de pelear: tomó Ciudad Victoria, atacó Tampico; por poco toma Laredo, pero no le fue posible, y por fin logró tomar Monterrey. Ya nomás falta Saltillo".

—Para allá vamos nosotros ahora. En cualquier día de estos.

—Y tú, ¿estás contento allí donde estás?

—Yo donde quiera estoy bien, siempre que haya actividad. Ahora ya hasta ganamos sueldo y nos pagan con billetes, y por lo que hace a mí, me pagan en pesos de plata. ¿Tú conoces los pesos que hace don Calixto Contreras?

—Me han contado.

—Míralos. Ahí te regalo este puñito.

—¡Qué monada! Pesos de pura plata igual a aquellos del tiempo de don Porfirio, con su águila y un letra que dice "Ejército Constitucionalista. Muera Huerta". Gracias. Los conservaré como un recuerdo.

—Los gringos los compran y los pagan muy bien. ¿Y de tu propia vida, de tu vida íntima, qué cuentas?

—Soy la misma que tú has conocido. No he cambiado ni tengo por qué hacerlo. Me gusta la libertad. No tengo ni admito compromisos. No soy una mujer fácil ni liviana. Cuando el cuerpo me pide hombre, lo busco, me satisfago, y a otra cosa. Los enamoramientos me parecen ridículos. Casi soy como un hombre.

—¡Y qué hombre! Les pones la muestra. ¿Nunca has sentido miedo?

—Muchas veces, pero me lo aguanto. ¿Y tú?, en tu vida íntima, esa que me preguntas, ¿qué? ¿No te has levantado alguna vieja por ai?

—No: soy como tú me has conocido y así pienso seguir. Yo creo que el hombre, el que es militar o revolucionario, si es casado o amancebado pierde en el esfuerzo su actividad.

—Eso es la pura verdad. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

—Fue en Monclova; en el hotel de los chinos.

—Otra vez nos volvimos a ver en otro hotel, también de chinos, en Sabinas. En la frontera todos los mejorcitos son hoteles de chinos, porque los demás no valen nada.

—Y siguiendo esa costumbre, a lo mejor aquí, en Torreón, también habrás ido a alojarte al hotel chino.

—No. Aquí estoy en el hotel Iberia. Oye, y no teniendo tú ningún compromiso, ni yo tampoco, ¿quién nos impide a ti y a mí…?

—Nadie.

—Pensaba irme a Chihuahua mañana por la mañana, pero habiendo tenido el gusto de encontrarte me demoraré un día o dos más.

—¿Y por qué no te quedas aquí entre nosotros ya de una vez? Todos somos los mismos.

—Seguramente había de extrañar mucho a mi gente. Soy rutinera; no me gusta cambiar.

Era ya más de medianoche cuando salimos de aquella cenaduría del viejo conocido Espiridión Cantú, especializado en dar de comer a los trasnochadores. Belem se cogió de mi brazo como si fuéramos una pareja feliz.

Años después, en pleno triunfo, nos contaba Virginia Fábregas:

—¿Saben ustedes quién debutó en mi compañía la vez que actuamos en Chihuahua?

—¿Quién?

—Belem. Aquella Belem tan famosa de las fuerzas de Murguía. Fue el mismo general Murguía el que influyó conmigo para que entrara al teatro. Parece que tenía ella unos deseos locos por ser artista; le parecía la cosa más sencilla del mundo. Por complacer al general Murguía nos propusimos todos en la compañía enseñar a Belem. Ensayos y ensayos para que dijera unas dos o tres frases de un papelito insignificante. Tenía, eso sí, que pronunciar las "ces" y las "zetas"; imposible ni que las pronunciara ni que dejara aquel modillo de hablar al estilo fronterizo. Un día nada más trabajó y quedó convencida, ella y todos, de que para eso no había nacido.

No supimos más de ella. Se la tragó el desierto norteño.

Un buen día…

Un buen día salió el grueso de la División del Norte, incluida en ella —¡claro está!— la brigada del general Calixto Contreras, de la cual era yo jefe de Estado Mayor. Viajé por trenes hasta la estación de Hipólito. El enemigo estaba en la cercana estación de Paredón y se componía de unos cinco mil hombres con artillería. Era una especie de avanzada de la plaza de Saltillo. Sigilosamente bajamos en Hipólito, y por tierra nos acercamos hasta Paredón, cortando el probable camino de retirada de los federales hasta Saltillo. El general Villa mandaba en persona.

Habían cavado trincheras en previsión de un ataque, pero nunca pensaron que fuera tan sorpresivo. Fue una carga; una clásica carga villista. Dos cañonazos apenas lograron disparar; nuestra artillería ni siquiera llegó a entrar en acción. Un triunfo rotundo; media hora escasa de combate; quinientos muertos del enemigo, entre ellos dos generales y un coronel; infinidad de heridos. El botín fue de diez cañones, muchas ametralladoras, tres mil fusiles y municiones en gran cantidad.

La caballería que logró escapar fue a comunicar su pánico a la guarnición de Saltillo, que, desde luego, evacuó aquella plaza.

Los constitucionalistas habían tenido unas docenas de muertos y unos pocos heridos.

El norte del país estaba libre de federales y se imponía la marcha general de los constitucionalistas hacia la capital de la República.

Las relaciones entre el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, y el general Villa, cada día estaban peor, y se adivinaba claramente una ruptura.

Don Venustiano, de Chihuahua, en donde estaba, se trasladó a Durango; allí, con el respaldo de sus adictos generales, los hermanos Arrieta, sentía un positivo apoyo a su autoridad.

De Durango marchó a Saltillo, ya ocupado por fuerzas del general Pablo González. Había dispuesto que yo dejara la brigada del general Calixto Contreras y volviera nuevamente a su lado con el mando de su escolta montada que ya había sido reforzada, desde la salida de Sonora, por el Cuarto Batallón, fuerza consentida del general Álvaro Obregón, que lo había mandado al principio de su carrera militar, cuando sólo era teniente coronel.

El Primer Jefe había dispuesto que el general Pánfilo Natera, zacatecano de origen, atacara la plaza de Zacatecas, y que, por no ser suficiente la fuerza a su mando, fuera reforzada con cinco mil hombres que habría de proporcionarle el general Villa. Éste no acataba la orden y quería ir él personalmente al ataque a Zacatecas. Don Venustiano mantenía su orden y Villa no la acataba. Intentó el Primer Jefe relevar del mando de la División del Norte a Villa y sus generales no lo consintieron. Villa, por personal resolución, con toda su gente marchó sobre Zacatecas, y tras de muchísimos combates capturó la plaza defendida por doce mil federales, obteniendo un sonado triunfo.

Mientras tanto, el general Álvaro Obregón tomaba Guadalajara, tras de rudos combates, y avanzaba triunfante hacia la capital. Don Pablo González, con el señor Carranza y todas sus fuerzas, salió de Saltillo sobre San Luis Potosí, que fue evacuado por los federales.

Las fuerzas todas de Obregón y González se unieron en Querétaro y juntas marcharon sobre la ciudad de México.

Huerta, el usurpador, había huido y dejado un gobierno pelele para que entrara en tratos con los revolucionarios vencedores, entregando la ciudad y rindiendo las fuerzas que todavía le quedaban.

En el pueblo de Teoloyucan, del Estado de México, aledaño a la capital, se firmaron los tratados para la rendición del ejército federal y la entrega de la capital de la República.

Don Venustiano Carranza, y con él todos nosotros, entramos triunfantes, la ciudad de México, el día 20 de agosto del año de 1914.

Un año y medio de ruda campaña había bastado para acabar con la usurpación. El pueblo en armas, a un solo y riguroso impulso, había barrido, a costa de su sangre y de su sacrificio, el impuro régimen nacido del cuartelazo de febrero de 1913. Soldados improvisados del campo, de la provincia, sin preparación, sin elementos bélicos, con su sólida y férrea voluntad de restaurar un gobierno legal emanado del voto de la inmensa mayoría del pueblo, con el respaldo unánime de la opinión pública, se habían enfrentado y habían abatido a un ejército profesional, a un gobierno espurio sostenido por la casta militar y por la gente conservadora y enriquecida de México. La Revolución triunfaba, es decir, comenzaba el triunfo de la lucha iniciada para restaurar la vida constitucional, rota por el cuartelazo y por el asesinato del mandatario Francisco I.

Madero y de su vicepresidente José María Pino Suárez. En el sentir de cada combatiente revolucionario estaba el deseo de venganza por el crimen cometido en los mandatarios legítimos. Ahora también se vislumbraba un gran cambio en la vida de la nación; un cambio justiciero en la ciudadanía, especialmente entre las clases proletarias que forman la inmensa mayoría de la población. Tierra para los campesinos, para que lograran dejar de ser casi esclavos de hacendados, de capataces. Mejores salarios y menos horas en las diarias jornadas de los obreros. En el fondo, la Revolución, lograda en su primera etapa militar derrotando a la usurpación, vislumbraba un cambio, un gran cambio en la vida de la nación. No era sólo la cosa política, el decoro del pueblo y de las instituciones emanadas de él. Era el pueblo el que vencía al ejército, porque irremediablemente, cuando un pueblo lucha contra un ejército, el ejército será siempre vencido. La Revolución de lucha política tendía a convertirse en socialista.

No sería ya ahora un programa que sólo dijera: "Sufragio efectivo. No reelección". Ahora sería algo más, muchísimo más: conquistas sociales. Menos ricos los ricos y menos pobres los pobres. Con la experiencia de Madero, no pasaría ahora lo mismo. Nada de casta militar imperante; firmeza en las nuevas instituciones y urgentes reformas sociales.

Con mi regimiento escolta del Primer Jefe, fui a alojarme a mi conocido cuartel de la Ciudadela, de donde año y medio antes había salido después de la Decena Trágica y del asesinato de Madero, y al que ahora volvía ya como coronel, y con el mando de otra guardia parecida a aquella de la que un día formé parte y que, cuando hizo falta, no cumplió con su deber. Esta nueva que yo conducía tenía la misma misión: estaba ya bien fogueada en los combates, e indudablemente sería leal al mandatario a quien le correspondía cuidar, llegado el caso.

Yo estaba feliz por la triunfal entrada a la capital, a mi antiguo cuartel, del cual salí casi expulsado, llevando sólo en el pecho un corazón adolorido, y en el cuerpo una blusa larga de dril burdo. De aquella brillante guardia sólo conservaba un triste, nada grato recuerdo, y una humilde blusa que habría de seguir acompañándome en todas mis andanzas.

Breve fue el sabor

Breve fue el sabor del triunfo en la capital de la República. El general Villa había roto definitivamente con Carranza, y Emiliano Zapata tenía su mundo aparte. Todos habían combatido contra los federales; pero, al vencerlos, los revolucionarios se dividían. Una lucha quizás más enconada que la anterior se veía venir a pasos agigantados.

Hubo una Convención de los Generales de la Revolución que efectuó sus primeras sesiones en la ciudad de México, y después dispusieron los componentes que se trasladara a Aguascalientes, considerando a aquella ciudad situada en el centro de la República, como un lugar apropiado para sesionar sin que predominara la influencia de don Venustiano Carranza, que estaba en México, ni la de Villa, que tenía las fuerzas de su división en Zacatecas. Tras de largas discusiones y buenos propósitos, se declararon soberanos, crearon un gobierno provisional de la República. El gobierno surgido de la Convención Soberana, por principio de cuentas dispuso el cese en el mando de las fuerzas de la Revolución, del Primer Jefe don Venustiano Carranza y del general Francisco Villa. Ni el uno ni el otro acataron el mandato. El gobierno surgido de la Convención de hecho era manejado por Villa. Se rompieron las hostilidades. La paz vislumbrada con la derrota de los federales de Huerta se esfumaba y brotaban con ímpetu luchadores enardecidos para pelear entre sí. Carrancistas, villistas convencionistas, zapatistas, revolucionarios todos ellos, y también un grupo nuevo y fuerte que encabezaba Félix Díaz, sobrino del general don Porfirio Díaz, con claras tendencias reaccionarias conservadoras. El vasto suelo patrio volvía a convertirse en extenso campo de batalla, y por si esa desgracia no fuera suficiente, el puerto de Veracruz continuaba ocupado por las fuerzas de los Estados Unidos, con su principio de invasión total iniciada en las postrimerías del gobierno usurpador de Victoriano Huerta.

Don Venustiano Carranza hubo de salir de la ciudad de México. Se trasladó primero a Puebla y, poco después, a Córdoba y Veracruz, donde estableció su cuartel general. Con negociaciones diplomáticas había logrado que el gobierno de los Estados Unidos retirara sus fuerzas militares del puerto de Veracruz, y que esta plaza volviera al seno de la integridad nacional. Villa y Zapata, como paladines del

gobierno de la Convención, ocuparon la ciudad de México. Puebla fue también ocupada por sus fuerzas.

Ardía el país en fratricida lucha y parecía que el dominio mayoritario del terreno le correspondía a los de la Convención.

No voy a narrar al sufrido lector aquellas campañas interesantísimas, ya que se alejan del propósito de este libro, concretadas de antemano a la lucha contra los usurpadores y asesinos de Madero. Sería larga la narración, y fuera de lugar.

Me concreto a decir que la lucha larga, muy enconada, con las necesarias altas y bajas inherentes a toda campaña, concluyó, al fin, con la derrota de Villa, y Zapata volvió a quedar reducido a sus antiguos lares del estado de Morelos.

Don Venustiano Carranza, con sus fuerzas, dominaba absolutamente la situación. Su gobierno preconstitucionalista quedó organizado perfectamente. Durante su permanencia en el puerto de Veracruz, en su carácter de encargado del Poder Ejecutivo, había expedido diversos decretos, estableciendo, por medio de ellos, ordenamientos tendientes a las grandes reformas sociales para las clases proletarias del país.

Se trasladó a México y convocó a un Congreso Constituyente, que elaboró, en la ciudad de Querétaro, una constitución del país que sustituyera a la del año de 1857, e incluyera claramente las conquistas sociales emanadas de los anhelos de la Revolución. Esa Constitución es la que nos rige, con beneplácito de todos.

El señor Carranza fue electo presidente de la República, y durante su desempeño de cuatro años tuvo que enfrentarse a infinidad de problemas. Prevaleció durante su gobierno la actividad militar para lograr la completa pacificación del territorio nacional, sacudido todavía por partidas rebeldes de villistas, zapatistas y felicistas. La lucha ya no era de grandes masas sino de guerrillas inquietas y activas. Asaltos a pequeñas guarniciones y, sobre todo, voladuras a trenes. Seguía nuestro ejército combatiendo, día con día, en Chihuahua, con partidas villistas; en Veracruz contra felicistas, y en Morelos contra zapatistas. Así transcurría el gobierno de Carranza en medio de una constante lucha.

Llegaba el final del periodo presidencial y se avecinaban las elecciones con su correspondiente lucha electoral. Surgieron tres candidatos a la presidencia: los generales Álvaro Obregón y Pablo González, caudillos militares que habían comandado grandes núcleos,

y un civil, el ingeniero Ignacio Bonillas, revolucionario sonorense de reconocida honorabilidad; este último contaba con la simpatía del presidente Carranza, quien intentaba implantar el civilismo en el supremo mando de la nación.

Contra la candidatura del ingeniero Bonillas, y contra el propio Carranza, iban los militares Obregón y González, y arrastraron consigo a las fuerzas que antes tuvieron bajo su mando.

Quedaba don Venustiano, en la capital de la República, con una guarnición militar absolutamente leal, y algunas otras fuerzas diseminadas por el país, pero todos aquellos elementos militares eran muy inferiores en número a los infidentes.

Se impuso la evacuación de la ciudad de México, rodeada de enemigos casi a las puertas.

La intención era establecerse en Veracruz otra vez, como cuando se luchó contra los de la Convención. No fue posible llegar al anhelado puerto. El enemigo asediaba a los que intentaban llegar a Veracruz. Se combatía, durante el trayecto de los convoyes, en la vía férrea del Ferrocarril Mexicano, contra columnas del enemigo. La marcha de los trenes era lenta, dificultosa, por infinidad de circunstancias, todas en contra del gobierno legítimo.

Una verdadera odisea fue aquel viaje de combates diarios y de lento avanzar.

Finalmente, a medio camino a Veracruz, en la estación de Aljibes, cerca del pueblo de San Andrés Chalchicomula, del estado de Puebla, ya para ganar las Cumbres de Maltrata de la Sierra Madre, nos encontramos con que a los que nos perseguían y asediaban se unían fuerzas del ejército que estaban en Veracruz, hacia donde íbamos, y también todos los rebeldes felicistas que operaban en la región.

La vía del ferrocarril estaba levantada, y el núcleo de fuerzas enemigas, de militares infidentes, se había acrecentado enormemente.

Doce mil hombres rebeldes contra escasos tres mil.

Dos días de rudos combates y derrota total del gobierno del señor Carranza, que se vio obligado a huir hacia la cercana sierra de Puebla, seguido por unos cuantos leales.

Se creía que la sierra de Puebla sería un seguro refugio para los fugitivos, con sus entradas por pasos precisos. Guarnecida por los

indios zacapoaxtlas, de tradicional historia militar y mandados por un jefe adicto a Carranza, prestaría un seguro asilo.

No fue así. Entraron los fugitivos a la sierra con pleno consentimiento de sus moradores, pero éstos también dejaron entrar, tras de los que huían, a sus perseguidores.

Jornadas duras con un tiempo inclemente, lluvioso; caminos difíciles, fatigosas veredas entre pedruscos y precipicios. Con sobresaltos en la marcha diaria, desde el amanecer hasta el cerrar la noche, y a veces, hasta en la noche misma.

Así llegó la trágica noche del 20 al 21 de aquel mes de mayo del año de 1920, en el misérrimo poblado conocido por el nombre de San Antonio Tlaxcalantongo.

Un traidor, más traidor que todos los demás, fue el encargado de dar el golpe final y, de aparentemente leal al mandatario, pasó a ser su victimario.

A las tres y veinte minutos de la madrugada de aquella trágica noche fue villanamente asesinado don Venustiano Carranza dentro de la humilde choza en que se albergaba, guareciéndose de la tormenta, que parecía también sumarse a las enconadas fuerzas humanas desatadas en su contra.

Cinco tiros recibió el mandatario, que le causaron la muerte.

Finalmente

De los ochenta que aún acompañaban al señor Carranza, muchos cayeron prisioneros de los asesinos; otros logramos huir escalando una profunda y peligrosa barranca que casi rodeaba el fatídico lugar del crimen.

Íbamos a pie, lastimados por las espinas de los arbustos, con ayuda de los cuales, asiéndonos, logramos bajar a la sima profunda por la que corría un arroyo bronco. Me acompañaban mi compañero el general Pilar Sánchez y el teniente coronel Bulmaro Guzmán, aquel jovencito sobrino de don Venustiano, quien me lo había enviado como subteniente subayudante al batallón de zapadores que yo mandaba en Piedras Negras.

Allí, en el fondo de aquella barranca, estuvimos desde la madrugada de la noche trágica del asesinato hasta el mediodía siguiente. Volvimos a trasmontar la barranca con miles de penalidades, y ya

en terreno plano, a poco caminar, fuimos a dar a un jacal de indios que no hablaban castellano. Nos dieron albergue, lumbre para secar nuestra mojada ropa y una buena taza de café caliente. Nos tuvieron lástima. Con ser ellos tan pobres y miserables, lo éramos más nosotros, derrotados y fugitivos.

Pilar Sánchez ni siquiera sombrero llevaba, ni polainas. Yo, previsor, aquella noche no me había desvestido; Bulmaro igual.

A la mañana siguiente aquellos indios, con la cooperación de otros, vecinos suyos, nos dieron unos tacos de frijoles.

Por ellos, en su media lengua, nos enteramos de que había sido muerto el señor Carranza.

—Mataron, mero, mero presidente —decían.

Caminando a pie, con mucho cansancio y fatigas, llegamos al día siguiente, por la tarde, al pueblo de Xico. Allí había fuerzas leales del general Francisco de P. Mariel, y allí estaba ya el cadáver del presidente Carranza.

En Xico nos íbamos reuniendo los dispersos. Entre todos, acordamos avisar por telégrafo, al nuevo gobierno, que nuestro jefe, el Presidente de la República, había sido muerto; que nosotros, los que lo habíamos acompañado, nos rendíamos, y que pedíamos se nos permitiera conducir a México el cadáver del señor Carranza para darle cristiana sepultura.

El cadáver, a hombros de los indígenas de la región, fue conducido, por un camino lodoso, de Xico a Necaxa. De Nexaca, por tren vía angosta, hasta la estación de Beristáin, y de este lugar a la ciudad de México.

Era una triste caravana la que acompañaba al cadáver del jefe. Gente barbuda, ojerosa, sucia, desilusionada.

No se nos dejó arribar a la ciudad.

Al llegar el convoy al pueblo de San Cristóbal Ecatepec, fuimos bajados los generales y subidos a camiones llenos de tropa. Así, bien custodiados, nos llevaron a la Penitenciaría primero, y más tarde a la prisión militar de Santiago Tlatelolco.

Hecho un desastre físico, muerto moralmente, y cubierto con mi blusa larga, sucia, rota y enlodada, ingresé a la prisión.

Frontera junto al mar *

José Mancisidor

Imaginaos a esas gentes, a quienes habéis visto,
transformadas en héroes cuyo espíritu no decayó un solo instante
en los momentos más difíciles, sino que, por el contrario,
con gran entusiasmo estaban dispuestos a morir
no por defender la ciudad, sino la patria.
León Tolstoi, *Sebastopol.*

I

¡Ea hemos terminado! —decidió *Chespiar* cerrando de golpe el libro que sus rodillas sostenían, y poniéndose de pie, se dirigió a la puerta por la que penetraban, a un mismo tiempo, el viento y el sol. Se mantuvo allí esperando que los muchachos se retiraran, y abstraído, metido en sí mismo, vio cómo escapaba una bandada de murciélagos impulsados por sus alas triangulares y unas blancas nubecillas que arriba de su cabeza huían empujadas por el céfiro, tibio, tenue, que venía del otro lado de la ciudad. Al pasar los muchachos a su lado comentó:

—¡Magnífica primavera la de este año! ¡Espléndida la tarde! —Y abstrayéndose de nuevo tornó a su divagado mutismo, que contrastaba con el ruido de la calle.

* Mancisidor, José, *Frontera junto al mar*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

Roberto Guzmán, el último en retirarse, le hizo compañía unos minutos, observando el curso de su mirada, que auscultaba el vasto cielo, en el que las nubecillas, como copos de algodón, se aglomeraban perezosamente.

—La surada arreciará —sentenció Chespiar con firme acento. Y encarándose con Roberto Guzmán, que lo oía sin interrumpirlo, entretenido con el juego de las nubes en la altura, vaticinó seguro de lo que presagiaba—: ¡Mañana tenderemos pesca en abundancia!

—¿Se habrán ido los muchachos ya?

Esta vez no se refería a los muchachos que antes le hicieran compañía, sino a los pescadores, jóvenes y viejos, a quienes él comprendía en su generalidad y a los cuales auguraban un buen día para las siguientes veinticuatro horas.

Roberto Guzmán no supo informarle. Permaneció callado un momento y despidiéndose al fin, se retiró de su lado para unirse a sus compañeros.

En medio del arroyo éstos se habían congregado en un círculo pequeño que se ensanchaba a medida que otros muchachos se les unían. Roberto Guzmán llegó hasta ellos y se detuvo breves instantes para satisfacer las preguntas que se le formulaban.

—¿Qué quería?

—Nada en particular. Hablaba de que mañana habrá pesca en abundancia. Afirma que la surada cobrará intensidad. El cielo se lo dice. Y me interrogó si los muchachos habían ido ya hacia la playa.

Alguien informó:

—Ninguno queda por aquí. Desde temprano se fueron los últimos. Todos se situaron al sur, cerca de Boca del Río.

—De allá llegué no hace mucho. De los Hornos a Boca del Río las redes y las chozas ocupan la angosta playa. Nutridas caravanas se organizan ya para aquel lugar. ¡Mañana comeremos bien!

—Sí Chespiar lo dijo, así será. De todo sabe el viejo. Mira el cielo y te anticipa si soplará norte o sur, o si las lluvias vendrán tempraneras o se retrasarán, si el verano será extremoso o no. ¡Nada se le oculta!… ¡Sabe más el diablo por viejo que por diablo!…

Una reprimida esperanza vibraba en sus palabras.

—Nosotros iremos mañana. Sin duda hacemos falta allá. Si los peces se acercan a la playa, habrá trabajo para muchos. Ya lo sabes: cuando Dios dice a dar, hasta las árganas presta… ¡Haremos nuestra parte!

Los muchachos callaron. Chespiar pasó entre ellos y se perdió más allá del barrio, cantando con bien timbrada voz:

Sopla, sopla, viento airado…

—¿A dónde irá el viejo?

La interrogación flotó en al aire y se diluyó después en la tarde calinosa. Ellos lo vieron alejarse y se miraron los unos a los otros como si en aquellas silenciosas miradas hubieran de hallar la respuesta a su curiosidad. Clavaron luego la vista en el cielo, en donde los pequeños copos de algodón se hacían más frecuentes. Del sur soplaba una brisa cálida, densa y húmeda que se pegaba al rostro, al cuerpo, al pelo y los embarraba de salitre.

—El viejo tiene razón. La surada está arreciando. La sierra llegará a la playa tanta como se quiera… ¡Si el pámpano llegara también!…

Remedando a Chespiar hicieron coro:

Sopla, sopla, viento airado…

Una mujer chilló en medio de la tarde, cuyo crepúsculo parecía haberse detenido en su camino. El sol se había puesto en el ocaso, pero la media luz del atardecer se dilataba en el cielo, sobre la trémula tierra y entre las sucias paredes del barrio. Una paz inviolable se abatía encima de la superficie terrestre y se apoderaba de los seres y las cosas.

Roberto Guzmán se enderezó. Distendió los músculos entumecidos por la forzada postura y encaminó sus pasos en dirección al sitio de donde la voz de mujer había salido.

—Basta de vagabundear —le dijo ella con fingido enojo—. Te la pasas en la calle buscando no sé qué, sin que el tiempo ni el trabajo cuenten para ti.

Él la tomó del brazo, cubrió con la mano que le quedaba libre la pequeña boca de su madre, en la que jugueteaba una sonrisa de complicidad, y subiendo las viejas escaleras, llegó al tiempo que su padre se sentaba a la mesa. Se dirigió a la cocina, abrió el grifo del agua, que glugluteó rumorosa, y metió la cabeza bajo el delgado, transparente hilo, que se deshizo en menudas y temblorosas gotas.

La madre trajinó en la cocina, retiró de la lumbre un cazo de barro cuyo fondo chisporroteó brevemente y lo llevó a la mesa, sentándose entre el padre y el hijo, no sin antes haberles dedicado con velada voz una bendición.

—Mañana habrá buena pesca —informó Roberto Guzmán, creyendo haber ganado una noticia que sus padres ignoraban—. Todo lo indica así.

La madre, realmente admirada, levantó la vista animada por no disimulada alegría, mientras el padre, asintiendo, afirmó:

—Sí; la surada soplará más fuerte y mañana faltarán brazos en la playa.

Roberto Guzmán sufrió una ligera decepción por la falta de novedad en sus informes, engulló a grandes bocados lo que en el plato le quedaba y lo rebañó después con una miga hasta dejarlo limpio y brillante. De la calle subían confusos rumores y el olor del mar, acre y salobre, se hacía craso y obstinado.

—La cosa marcha —dijo de súbito el padre, sin determinar de pronto qué era lo que marchaba; pero en seguida aclaró—: Tengo magníficos datos. En el norte los asuntos se desarrollan bien. No se puede exigir más. Huerta anda a la deriva. Villa está sobre Torreón. Refugio Velasco ha reconcentrado poderosos contingentes en la plaza y se espera un choque definitivo que dé al traste con esta vergüenza que sufrimos.

Ni la madre ni el hijo respondieron nada. Se mantuvieron mudos en espera de sus palabras. Ellos sabían que cuando el padre hablaba, no había que interrumpirlo. Ésta era la mejor forma de alentarlo a continuar. Su silencio se vio coronado por el éxito.

—No creo que Velasco, a pesar de sus esfuerzos, logre detener a Villa —tornó al mismo tema—. La moral de sus tropas nada vale si se compara con la de los hombres que pelean en su contra. Un mundo los divide. Aquéllos combaten forzados, obligados por el temor y la violencia; éstos por la necesidad de verse libres.

Afuera, bajo el cielo de la noche, las luciérnagas fulguraban intermitentes. Un grito, desde la oscuridad, chirriaba monótono.

—¿Crees que por necesidad? —externó sus dudas Roberto Guzmán, sin alcanzar a entender el real significado de las palabras de su padre.

—Por necesidad dije —subrayó éste haciendo uso de cierto énfasis que hasta entonces no había utilizado para hablar. Miró a su

hijo de frente y concluyó—: Porque para el hombre la libertad es tan necesaria como el pan. De allí le nace su inviolable y, al mismo tiempo, imperiosa necesidad de conquistarla.

Meditó un momento para aseverar:

—Por supuesto que aquí necesidad no debe confundirse con fatalidad, sino en cuanto la fatalidad está condicionada por la razón. Existe una realidad: el pasado es cierto. Luego entonces, si el pasado es cierto, el porvenir también lo será. En esto radica la fatalidad histórica que Huerta, como todos los tiranos, no podrá burlar…

"Huerta no abandonará el poder, sin embargo, así como así —monologó después— Algo trama en sus horas de endiablada y sombría soledad. Le sobra audacia y le faltan escrúpulos para poner en práctica lo que proyecta. ¿Qué será? Solamente él lo sabe. Y bien escondido lo tiene, el indino, tras su máscara de mestizo. Hay algo terrible, odiosamente subterráneo en este hombre a quien embriagan, más que el alcohol, sus sueños sanguinarios".

Quedó unos minutos sumido en sus pensamientos hasta que la madre, adivinando la procedencia de las noticias, inquirió con opaca voz:

—¿Viste a los de la Junta hoy?

Él reconoció:

—Estuve con ellos antes de venir acá. Reinaba optimismo allí, aunque no faltan, como es de suponerse, quienes piensen que el Mariguano resistirá, no importa la sangre que haya de derramar, hasta no haber jugado su postrera carta.

"Los informes últimos son más halagüeños de lo que las gentes piensan: Tampico está siendo asediado también y los federales no dominan más que el centro de la ciudad. Los barcos de guerra los ayudan a defenderse, pero los cercan y los atacan. ¡A ésos nadie podrá salvarlos…!".

Con igual brusquedad con que lo indicara, cambió el tema de su conversación.

—¿Qué dice el viejo? —interrogó.

Roberto Guzmán supo a quién se refería. Repuso:

—Nada extraordinario. Hemos comenzado a conjugar los verbos. Hoy nos echó a la calle temprano, a buena hora para gozar la belleza de la tarde. Él mismo se mantuvo un poco tiempo espiando el cielo, la tierra, el sol, que huía hacia el poniente para ocultarse tras de los médanos. Estaba verdaderamente emocionado.

—Hermosa tarde, en efecto, la de hoy —reconoció su padre escuchándolo referir la escena de horas antes—. El sur —confirmó enderezándose y marchando al balcón para abrirlo de par en par— soplará con mayor intensidad. Nadie quedará mañana sin comer. Ninguno podrá quejarse. ¿Los muchachos están allá? —indagó interesado, volviéndose a los suyos después de auscultar el cielo de la noche.

—Cerca de la desembocadura del río —satisfizo Roberto Guzmán—. Aquello les pareció mejor, a pesar de la distancia. Faltarán brazos para la jornada si las cosas salen bien. El barrio entero está preparado para ayudar. ¡Yo también iré! —afirmó revolviéndose en su asiento, sin abandonar la mesa.

La madre se levantó y dio comienzo, con movimientos febriles, al trajín de recoger los trastos. El padre volvió al lado del hijo y, desplegando el diario de la tarde, del que no se había enterado aún, lo leyó en silencio, mientras Roberto Guzmán escapaba a la calle y se reunía con quienes allí vagabundeaban. Ya cerca de ellos interrogó a manera de invitación que los otros acogieron con simpatía:

—¿Quiénes irán mañana?

Todos se comprometieron a ir. Los hombres del barrio, los que necesitaban ayuda, habían quedado lejos, en las cercanías de Boca del Río, cuyo pequeño caserío era el límite al sur de las pesquerías tendidas a lo largo de la playa.

La tierra vibraba barrida por la brisa y se estremecía entre las angostas callejuelas del barrio. Las pequeñas nubes continuaban uniéndose las unas a las otras y llenaban el infinito, misterioso cielo de la noche. Las voces, estrellándose contra los ángulos de las calles, daban la impresión de venir de todas partes. Las ranas croaban incansables, en tanto las luciérnagas, en medio del cielo y de la tierra, iban y venían y se encendían y se apagaban de un lado para otro.

Un organillero irrumpió en el barrio y empezó a dar vueltas al manubrio, que giraba lenta, calmadamente, sin que su rostro cambiara de expresión. Los muchachos se agolparon a su alrededor. Algunas mujeres hicieron aparición como sombras en la noche, con sus rostros marchitos y sus pasos cansados. Una, con movimientos perezosos, arrojó una moneda de cobre en la gorra del organillero; otra la secundó. Y el barrio se iluminó momentáneamente bajo la luz de la luna, que apareció de súbito circundada por blancas y densas nubes.

Las notas del organillo entonaron con voces largas una pausada melodía; después otra, más pausada aún, lánguida y quejumbrosa, que se metió en la noche y se perdió arrastrada por el tibio viento que venía del sur.

No hubo quien pagara el precio de otra, por lo que el concierto dio fin, dirigiéndose mujeres, viejos y muchachos al centro del barrio, en el que marzo cantaba con los acentos de la primavera.

De pronto, la mujer que primero arrojara la moneda de cobre en la gorra del organillero, salmodió:

—Anoche hubo leva. Al *Viejo de la Panadería* se lo llevaron. Arrió con él la policía…

—La cosa se inició en los billares —intervino otra, cuyo rostro se perdía entre un mechón de pelos grises—. Al hermano de *la Mulata*, la mujer de Luis, también le tocó. Luis no estaba aquí: desde muy temprano había marchado a la playa con los otros. ¡Tal vez ya estaba de Dios!…

Hubo un breve silencio. A continuación, uno de los muchachos informó:

—La policía entró en el barrio a medianoche. Yo andaba por allí haciendo tiempo. Y vi a sus hombres apostarse en aquel rincón, hundidos en la oscuridad, en espera de alguien a quien echarle el guante.

Señaló hacia un ángulo del barrio invadido por impenetrables sombras y abrevió:

—Nadie vino afortunadamente. Sólo hasta la madrugada, cuando salí para incorporarme a los que en la playa se encontraban, distinguí al Viejo de la Panadería que caía en la red.

"No tuve tiempo de avisarle. Supuse que los agentes se habrían retirado durante la noche y recibí una desagradable sorpresa cuando el viejo fue aprehendido."

Intervino otra mujer con amarga expresión.

—Dicen que el Viejo y el cuñado de Luis están en las galeras, a pesar de que nadie quiere dar razón allí de ninguno de los dos.

—Así sucede siempre. A Luis, como ustedes recordarán, cuando lo llevaron al Yaqui lo atraparon en la taberna y nadie supo nada de su paradero, hasta que él mismo, una vez que desertó, se presentó aquí.

—Según los díceres, el norte es candela. Chespiar habló algo de eso ayer. ¡Y cuando él lo dice!…

Roberto Guzmán se separó del grupo de mujeres, seguido de sus amigos. A solas con ellos inquirió:

—¿Se sabe algo de los detenidos?

—Yo vi cuando atraparon al cuñado de Luis. Iba por la última carambola, y distraídos como nos hallábamos, ni las manos metió. Fue una verdadera sorpresa… Yo escapé como pude y comuniqué a la Mulata lo que sucedía con su hermano. Desde esa hora no la he vuelto a ver. ¡Quién sabe dónde se encuentre!

—Al Viejo de la Panadería ya dije cómo lo apergollaron —exclamó el que hablara primero, levantando el tono de la voz—. Venía del trabajo arrastrando los pies por el cansancio. Le cayeron de improviso sin decirle nada. Él tampoco habló, tal vez por considerarlo inútil o por lo fatigado que estaba. Decidí quedarme hasta que el día aclarara y avisé a Chespiar lo que había visto, pero éste lo ha buscado infructuosamente. Cree que lo mandarán al norte, donde el mariguano está en apuros.

El tema se fue agotando y las lenguas enmudecieron hasta que Roberto Guzmán recordó la promesa empeñada:

—Mañana, al amanecer, nos pondremos en camino —dijo—. A las siete o a las ocho, a más tardar, las primeras redadas deben ser arrastradas a la playa… Desde aquí hasta la desembocadura del río, que es donde nuestra gente está, la tirada es larga. Tendremos que apurarnos…

El grupo se disgregó en seguida. Solamente las mujeres quedaron todavía comadreando a su sabor, acariciadas por la brisa cálida, que tomaba fuerza. Roberto Guzmán cruzó el espacio que lo separaba de su casa con pasos rápidos, se asomó al balcón para mirar por postrera vez durante aquella noche el sombrío barrio y silbó un aire apagado y alegre. A su lado, sus padres roncaban con un ronquido sordo y acompasado. Y el mar, no muy lejos, fosforecía y acallaba los rumores que ascendían de la tierra y se hacía una masa negra y compacta que amenazaba barrerlo todo.

Roberto Guzmán se metió en el lecho. Permaneció unos minutos atento a los múltiples ruidos que lo rodeaban y se durmió al fin en un profundo, tranquilo sueño, semejante al sueño de la muerte.

II

Cuando Roberto Guzmán llegó al barrio, nada sabía de Chespiar. Tampoco podía comprender por qué siempre que su padre lo escuchaba hablar de él, meneaba la cabeza con aire enigmático y reía con una risa burlona y provocativa que lo lastimaba vivamente.

No tenía ahora, pasado el tiempo, la menor idea del día en que lo conoció. Sólo recordaba que cuando su familia abandonó definitivamente el viejo barrio en que él naciera, para meterse en ese otro en que abundaban los pescadores, los chulos y los horteras, Chespiar ya estaba allí. Las gentes murmuraban de él como si su presencia en el barrio se remontara al mismo origen de éste y como si su existencia, conocida —y en realidad ignorada— por todos, estuviera ligada, desde la eternidad, a las paredes, a las piedras, a la tierra del propio barrio.

Veracruz era ya, en aquellos días, un importante puerto de mar. Barcos de todos los rumbos lo visitaban. Venían de remotas latitudes, de los sitios más lejanos, y las letras de su nombre brillaban sugestivas en los rincones más apartados de la Tierra.

Los barcos llegaban un día, descargaban el pasaje —turistas y emigrantes— y la mercancía que hinchaba las bodegas insaciables, y se iban nuevamente hacia la inmensidad del mar.

En los días de mayor actividad en el puerto, Chespiar no se daba reposo. Se le veía correr de un lado a otro y desaparecer del barrio durante las noches, para reintegrarse a su buhardilla por la mañana, así que el ardiente sol comenzaba a calentar los desleídos aleros y las rojas pizarras de los tejados. El barrio, poco después, ardía todo, mientras a la sombra acogedora de los anchos soportales los perros vagabundos se echaban a descansar. Y entre las fauces abiertas de los sombríos y sórdidos zaguanes —pozos negros de abigarradas vecindades—, niños en cueros hendían el vacío con sus chillidos destemplados.

La vida relucía, no obstante, de luz y de color. Veracruz hervía como zumbante avispero y el barrio, a manera de plaza de feria, se plagaba de crecientes rumores, entre los que se confundían y vibraban las notas de las cornetas de los cuarteles vecinos, los silbatos agudos o graves de los barcos que llegaban y salían en la bahía, y el sordo tronar de los cañones del viejo baluarte que saludaba a las naves de guerra de países amigos en tránsito por la rada.

El sol, sofocante hasta en el invierno, fulguraba en las alturas. Debajo de sus rayos luminosos negros zopilotes volaban majestuosamente y encima del mar, cuyas aguas se rizaban entre la blanca espuma, gaviotas y alcatraces iban y venían en cadencioso vuelo.

Los días en que la pesca era abundante, el barrio se transformaba por completo. Los muchachos y las mujeres, olvidados de sus horas de hambre, gritaban ahítos. Los viejos serenaban sus semblantes y el propio barrio, como un vistoso escenario, variaba entonces de decoración.

Chespiar, igual a los murciélagos con que avecindaba, permanecía encerrado en su buhardilla hasta pardear la tarde, cuando, olvidado del trabajo nocturno, reunía a sus discípulos para aleccionarlos en el aprendizaje del idioma inglés. En los rincones poblados de gritos, imprecaciones y blasfemias que brotaban del mercado cercano, su voz, dominando a las demás, repetía con monótona cantilena: *I am, you are, he is*, dicho con una perseverancia y una paciencia que chocaban con los clamores y los ruidos que crecían y estallaban en todas partes. Luego, el eco entraba en silencio y Chespiar escapaba hacia la noche.

Más tarde se le podía hallar en los lujosos restaurantes, en los bulliciosos cafés de la ciudad, en los sitios más peligrosos y en los lugares más apartados en los que solamente él tenía franquicia para entrar. Ninguna puerta, por hermética que pareciera, se cerraba a su paso. Chespiar gozaba de privilegios como nadie y bastaba su presencia para abatir las más tenaces dificultades. A su lado, sabiendo que su nombre les servía de escudo, marineros y turistas iban de un barrio a otro en busca de las emociones fuertes de la ciudad, que a esa hora, rodeada de sombras, semejaba una ruidosa isla cercada de aguas negras y misteriosas.

Fue en aquella ocasión, frente a un marinero ebrio que con sus manos inseguras tocaba la tierra que una prostituta pisaba, cuando Chespiar recitó: "¡Adoro la tierra vil cuando los zapatos de mi amada, más viles todavía, guiados por sus pies, más viles aún que la tierra y sus zapatos, la rozan suavemente!".

El marinero se detuvo, estupefacto, y señalando para los demás, identificó a pesar de su ebriedad:

—¡Shakespeare!…

Durante las horas en que Chespiar estaba ausente, el barrio se espesaba de sombras; los pescadores de retorno del mar y los horteras, ya de descanso, se entretenían en chismorrear mientras los pequeños, evocando antiguas consejas, murmuraban de aparecidos a quienes, en penitencia obligada, se veía vagar por todos los rincones. Las gentes, al referirse a estas especias, temblaban sobrecogidas. Y, sin embargo, estudiando bien a aquella fauna humana, nada tenía de pusilánime. Por el contrario, fieles a la tradición que se remontaba a un lejano pasado, una palabra agresiva o un gesto mal entretenido prendía luto en los hogares. Mas cuando se murmuraba de aparecidos, a los que miradas indiscretas espiaban desde las rendijas de las zahúrdas miserables, más de un hombre de aquellos sentía flaquear su decisión. Sólo Chespiar, ajeno al temor a tales leyendas que lo hacían sonreír irónicamente y acrecentar así su acentuado prestigio, era como una sombra competidora de esas otras sombras que se levantaban de sus tumbas para vagar por los lugares oscuros del barrio, al que el retumbo cercano del mar, los toques de silencio en los cuarteles vecinos y las tétricas historias que se le atribuían, circundaban de una mala y, a la vez, bien ganada fama.

Porque este barrio, en el que Chespiar anidara desde días imprecisos que a Roberto Guzmán se le figuraran tan distantes como la eternidad, era visto, en Veracruz, con terror. Rodeado de misterio por todas partes, metido en una zona contradictoria de estudiantes y vagos, de gentes de bien y de maleantes peligrosos; cercado de mercados y cuarteles, se transformaba a lo largo de las noches en una zona prohibida a la que sólo sus habitantes tenían acceso.

Del viejo baluarte que continuaba en pie como un mudo testigo del dramático pasado, a las aplastadas naves del mercado que limitaban las fronteras del barrio, difícil era para un extraño salir con bien de los peligros que lo acechaban. Pero quien consiguiera la amistad de aquellos seres duros y desalmados, ése encontraría, bajo una capa de maldad más ficticia que real, almas tiernas y fraternales.

—Todo florece en este pequeño mundo —sentenciaba Chespiar, con acento convencido—: el odio y la ternura; el amor y el dolor; la pena y la alegría, porque una poderosa sustancia humana alienta en el corazón de estos hombres.

Al establecerse Roberto Guzmán en el barrio durante una cálida tarde de estío, el primero en dirigirle la palabra fue él. Lo llamó con

un silbante siseo y, mirándolo con gesto indefinible, le manifestó con una suave voz que, no obstante, vibraba enérgicamente:

—Si algo te ocurre por aquí, pregunta por Shakespeare… Shakespeare te sacará de apuros —articuló después de breve pausa que se dilató en lo augusto de la hora. Y a continuación, con engolada voz, declamó: "Ahora, hasta rayar el día, que cada hada vague por este lugar a su capricho…".

Y siguió pegando unos botones para el tirante del pantalón en medio de un confuso desorden de latas, cacerolas, zapatos viejos y ropa sucia, al compás de las olas del mar que, con monótono ritmo, azotaban sobre la arena.

Roberto Guzmán no acertó a responder. Tenía la impresión de haber descubierto un mundo extraño en el centro del cual, rodeado de miserable comparsa, reinaba aquel ser enigmático cuya conversación lo sugestionaba.

Bajo de cuerpo, entrado en carnes, de una edad indefinida y unos ojos grandes, profundos y plenos de energía, Chespiar daba la idea de viejo y joven a la vez y de acogedoramente humano. Cambiando su acento, que tornó a ser sencillo, habló, luego, de asuntos indiferentes: del barrio y de sus habitantes, que reveló conocer a fondo. Sin maldecir a nadie, como si allí, rodeado de esas desteñidas paredes se encerrara el género humano en general, y como si fuera del barrio, como si más allá de sus reducidas fronteras todo careciera de magnitud.

Roberto Guzmán escuchaba embebido por las palabras, impotente para sustraerse a ellas, en tanto la tarde, muriendo poco a poco, recogía el rumor de las olas y el eco de las tiernas voces de los niños que jugaban en medio del arroyo.

Así que Chespiar acabó de hablar, los muchachos del barrio se agruparon a su alrededor. Era la hora en que el maestro, dando de lado a las demás ocupaciones, preparaba a sus discípulos en el diario aprendizaje que él se había impuesto impartir para fugarse después, envuelto en las sombras de la noche, hacia las luces de la ciudad que lo llamaba diariamente.

La voz de Chespiar navegaba sobre los vericuetos del barrio, aventada por la brisa de la tarde. Arriba de los muros derruidos, en medio del arroyo, encima de la estremecida tierra, se escuchaba su emoción, el eco de su voz, cuyo acento vibraba como temblorosa ternura.

Al hablar Roberto Guzmán con su padre de tan curiosa amistad, éste comenzó a reír con una risa sorda, inexplicable, que sin atinar por qué, lo hirió profundamente. Fue tiempo más tarde, así que cuando su propio padre se lo explicó, cuando pudo entender el motivo de aquella risa, sin que, a pesar de la explicación, dejara de chocarle. Porque para él, con esa misma explicación, su amigo no perdía valor, sino, por el contrario, crecía en dimensiones y aumentaba en profundidad.

A la hora en que Chespiar volvía a su tugurio, ya entrada la mañana, Roberto Guzmán lo esperaba para oír sus primeras palabras en el día. Luego se encaminaba a la escuela, en donde los maestros se le figuraban menos interesantes que su amigo. De regreso de la escuela, después de ayudar a la madre en los trabajos que ella le encomendaba, Roberto Guzmán concurría a las lecciones de Chespiar escuchando sus consejos y sus relatos con reconcentrada atención. Y cuando el maestro se ausentaba del barrio, una vez terminado el estudio, él escapaba también de sus compañeros para frecuentar la amistad de otros amigos, con los que se hallaba más a gusto y al lado de los cuales el tiempo como que no tenía fin.

Curiosa era la división de clases en el barrio, ya que con ser Roberto Guzmán y los que con él frecuentaban las lecciones de Chespiar, muchachos de acusada pobreza, no eran, sin embargo, los más miserables. Los había en mayor escala aún; quienes no podían pasar su tiempo ni en esos estudios ni en la escuela; mitad vagabundos, mitad trabajadores dedicados a los más bajos menesteres, que igual servían de alcahuetes como realizaban alguna admirable hazaña en sus frecuentes viajes al mar, cuando compañeros obligados de sus padres en la fatigante tarea, ayudaban al sustento de la numerosa familia engendrada en la promiscuidad de las buhardillas: revueltos hermanos con hermanas, hijos con padres, niños con viejos, a quienes la cruda existencia condenaba a vivir así.

Al principio no fue posible esa amistad. A Roberto Guzmán se le vio con desconfianza. Era nuevo en el barrio y, además, su pobreza no tocaba la miseria. Pero el tiempo todo lo allanó y muy pronto supo cómo la suya, junto a la existencia de sus nuevos amigos, era un trago dulce del que no tenía por qué renegar: Juan *el Largo*, Antonio *el Chumbelo*, Joaquín *el Borrego*, Ciro *el Pescador*, Luis *el Rano*, Juana *la Muda*, *los Gitanos*…, ninguno de ellos era discípulo de

Chespiar, pero sí se consideraban felices con su amistad, al amparo de la cual no pocas veces hallaban el remedio de sus males.

Era de estos amigos de los que Roberto Guzmán aprendía con mayor eficacia a defenderse de la vida, a la que, desde muy pequeño, se había acostumbrado a mirar con desconfianza. Hasta entonces, poco tenía que agradecerle, y sólo ahora, frente a la miseria de los otros, la suya se le figuraba menos dura, casi cordial.

De aquel grupo de gentes sin ley, capaces de descender hasta el crimen si fuera necesario o de elevarse también al más generoso sacrificio; hambrientas y desarrapadas, pero ricas en su entereza, de preferencia por Antonio el Chumbelo y Juana la Muda, quienes a pesar de su juventud hacían vida marital, se manifestaba a cada instante. Roberto Guzmán había descubierto que, sobre los demás, éstos poseían virtudes admirables que únicamente la miseria conseguía deformar.

Callado, recogido en sí mismo, enemigo de discutir con nadie, opacado en su aspecto, lo que lo hacía aparecer más delicado físicamente de lo que en realidad era, Antonio el Chumbelo ejercía, con todo, una poderosa influencia sobre quienes lo frecuentaban. Ágil, con agilidad felina, vigoroso no obstante su engañosa apariencia; enérgico y decidido como nadie, se asemejaba a esos flexibles juncos cuya vitalidad sobrepasa la de los troncos gruesos y añosos.

La Muda, por su parte, mujer de belleza nada común, blanca y ondulante como una serpiente, poseída por un insaciable deseo sexual de que daban cuenta todos los hombres del barrio, era su antítesis y, al propio tiempo, su condenación. Sólo ella mantenía autoridad para calmarlo en sus peligrosos arrebatos y un guiño de sus azules ojos, una caricia de su fina mano y un gruñido cuya significación únicamente él era capaz de descifrar, lo convertían en un hombre humilde y pacífico del que nada había que temer.

Rara pareja la que constituían estos dos seres. Opuestos físicamente: hosco y huraño él, alegre y ligera ella; eran como el anverso y el reverso de una misma moneda.

Hijo de pescadores por todas sus generaciones, Antonio el Chumbelo vivía en el barrio por derecho natural. En aquel ambiente de hombres rudos era tan admirado como querido.

Ella había aparecido allí inesperadamente. Cogida del brazo del Chumbelo, que la instaló a su lado sin ningún ceremonial.

Esa noche el barrio bullía como colmenar alborotado. En el centro de su amplia plazuela, la negra carpa de un ruidoso circo se hinchaba hasta reventar. Mástiles y lonas, enclavados sobre la tierra huraña, parecían los mástiles y las velas de un atrevido navío congestionado de heterogénea multitud. Hombres, mujeres, viejos y niños entraban y salían por centenares en el mal afamado barrio que, en esta ocasión, como cada vez que el circo sentaba sus reales en aquel lugar, se transformaba en algo desconocido, distinto a lo que acostumbradamente era.

Bajo el fuego humeante de las luces de gasolina, el bombo y los platillos estallaban de furor; cantaba el clarinete sus notas estridentes y gritaban el trombón y el cornetín con gritos roncos o agudos, pero siempre histéricos. Un hombre de lacios y negros bigotes, cuyas guías se enroscaban hacia arriba, vestido con rojo pantalón y dormán azul adornado con una botonadura que resplandecía bajo las flamas parpadeantes de los aparatos de gas, enronquecía de tanto hablar.

La multitud se arremolinaba en las entradas y los habitantes del barrio, como si se hallaran de visita en un extraño sitio, ajenos a su acostumbrado vivir, no faltaban al emocionante espectáculo en el que la caballista, los trapecistas o el domador de fieras ponían crispaturas de espanto en las carnes de los concurrentes.

El Chumbelo era asiduo espectador allí. Pero nada lo hacía conmoverse, como no fuera aquel esperado y temido minuto en que el domador de leones, después de obligarlos a consumar los actos más inverosímiles, llamaba a la Muda, que aparecía ataviada con un corpiño de llamativos colores que se ajustaba impecablemente a sus graciosas formas y le llegaba hasta el comienzo de las mallas color de carne.

En cuanto el silencio y la emoción tocaban lo inaudito, el domador pronunciaba una misteriosa palabra, golpeaba ligeramente con su fusta al león, cuyas extremidades delanteras descansaban sobre un redondo banquillo, y obligándolo a abrir sus fauces, daba una orden que la Muda se apresuraba a obedecer, metiendo, en la negra abertura, babeante y sudorosa, su dorada y juvenil cabeza.

Éste era el minuto en que el barrio callaba con callar hermético. La Muda daba fin a su arriesgado trabajo con un encantador saludo coreado por los alaridos y los aplausos de la multitud, que la aclama-

ba delirante. Después desaparecía tras un rojo y afelpado cortinaje, para no volver a actuar sino hasta la siguiente noche.

¿Cómo pudo Antonio el Chumbelo entenderse con ella? ¿Cómo logró sobreponerse a su natural timidez? El barrio no lo supo jamás. Solamente se recordaba en él la llegada de la pareja una noche en que el circo había plegado sus carpas para marchar a lo desconocido.

Cuando el circo retornaba por allí, Antonio el Chumbelo y la Muda procuraban no dejarse ver de sus antiguos compañeros. Perdidos en las sombras inquietantes que invadían el barrio, daban la impresión de ser ajenos a aquel hervidero humano, del cual eran, no obstante, personajes principales… Fuera de esto, nada más se supo de ella.

Fue una noche cuando sus blancas y desnudas piernas la descubrieron en la oscuridad de un rincón bajo un rayo indiscreto de la luna. Su cabellera, clara, esparcida en la negra tierra, brillaba como un ramo caprichoso de hilos de oro. Desde esa noche, aquí y allá, de las atarazanas a los negros cubos de los zaguanes de las malolientes vecindades, sus blancas piernas se desnudaron ardientes e insaciables. Mas cuando el Chumbelo estaba a su lado, su fidelidad era proverbial. Durante esas noches sus piernas, de líneas nerviosas y perfectas, sólo se desnudaban para él; pero en cuanto retornaba al mar, que lo atraía con su fuerza portentosa, ella volvía a rodar por todos los rincones con éste o con aquél.

Porque para ella no existían preferencias. Se entregaba a quien la solicitara y en su entrega diaria y sin medida, los hechos arrancaban de las selvas más oscuras de su ser. Sin proponérselo y quizá sin meditarlo, como un frágil juguete de fuerzas superiores a su voluntad que ella no podía encadenar.

Únicamente Roberto Guzmán constituía la excepción. Él había descubierto en ella algo superior a su simple instinto animal, siendo su mejor amigo. A esto se debían las preferencias que el Chumbelo le guardaba, igual que el tierno afecto de que Chespiar le hacía objeto cuando, huyendo de los demás, se acogía a su sombra como a la sombra de un árbol frondoso, descubriendo en él aquella hondura humana que hacía de tan misterioso, pintoresco personaje, ese enigma indescifrable que Roberto Guzmán renunció al fin, a penetrar.

En los intervalos de esos minutos de comunidad, Chespiar apenas si citaba los nombres del Chumbelo y de la Muda; pero sus pala-

bras encubiertas con discreta reserva, no lograban disfrazar el curso de sus pensamientos. Una tarde, dejándose arrastrar por quién sabe qué asociación de ideas, habló de las complejidades humanas. A continuación se encaró con Roberto Guzmán.

—Sí; los seres humanos son como las bestias: si se desbocan, se estrellan —le dijo.

Guardó silencio y enderezándose para arreglar algo que a Roberto Guzmán se le figuró que no era indispensable arreglar, rehilvanó su conversación en el medio tono que le era característico.

—Todos la condenan —precisó— pero todos obran con despreciable hipocresía… Ellos por no haber obtenido lo que tanto desean, o bien porque habiéndolo logrado, se acordaban de su propia falta. Ellas por celos de su juventud…

Roberto Guzmán supo a lo que Chespiar aludía; pero, como él, prefirió no citar nombres. Uno y otro, apegados a una leal amistad, se hacían severos consigo mismos, evadiendo particularidades alrededor de un tema que, no siendo ignorado en el barrio, a ellos les estaba prohibido, sin embargo, comentar.

En esta prohibición nada tenían que hacer ni la moral ni la voluntad ajenas, sino la propia voluntad para callar, para no citar el nombre amigo por quienes ellos profesaban particular afecto.

—¡No sé con qué derecho juzgan estas gentes! ¡Más allá de los dominios del corazón existe algo, en todo ser humano, que condena o absuelve! ¡Los caminos del sexo son oscuros y complicados! Además, pregunto yo, ¿quién podría descifrar los arcanos del alma?

Tras esta sentencia que no establecía sino generalidades, Chespiar aludió a la Muda concretamente.

—¡Quién sabe lo que en realidad suceda en el corazón de esta mujer! —dijo sin alzar la vista, como avergonzado de lo que decía y agitando las manos con gesto nervioso—. En ella late algo terrible y profundo, amargo y doloroso, que no toma forma sino en sentido animal.

A este respecto, Roberto Guzmán estaba mejor enterado que Chespiar. Con aquél, la Muda no mantenía reservas, porque él era el único, entre esos hombres, a quien ella había dado su amistad. Y no porque a Roberto Guzmán no le gustara y fuera, en el barrio, una excepción. Por el contrario, cuando se veía retratado en sus ojos; cuando descubría junto a sí la tibia piel de sus maravillosas piernas, o cuando rozaba, sin querer, sus duros pechos, algo se removía,

hasta hacerle daño, en su interior. Pero había mucho de bestial en esa entrega que él había presenciado en los rincones del barrio, cuando alguno, por sorpresa, la arrojaba al suelo con violencia que ella aceptaba con brutal resignación y animal placer.

La prefería así, reconcentrada en su mundo íntimo, sentada a su lado evocando no sabía qué, escenas de un perdido pasado del que trataba de escapar en esa entrega primitiva, sin freno, que a Roberto Guzmán tanto le repugnaba.

Por otra parte, en un barrio como aquel, la moral, que gira y merodea alrededor del sexo, nada tenía que ver. Las gentes en su miseria, se hallaban más allá de su influencia. Y si no hubiera estado de por medio la belleza de la Muda, su risa alegre y su carne joven, que era una injuria a la carne marchita de las demás mujeres, nadie se hubiera tomado el trabajo de censurarla.

Sin embargo, tiempo después, en el diario drama de aquellas gentes, la Muda no era sino un personaje más perdido en el montón. ¿Qué importaba ya lo que ella hacía? Bastante había con el dolor y la miseria cotidianos, con la imperiosa necesidad de existir que ninguno rechazaba. Solamente la Mulata, la mujer de Luis el Rano, cuyas opulentas carnes se sentían celosas de las carnes plenas de juventud de la Muda , continuaba alimentando contra ésta un odio inextinguible y feroz.

Verdad era que no muy lejos aún ella había sido el orgullo del barrio. Joven, con sus carnes prietas y macizas, supo también de las miradas lascivas de los hombres y de los celos, que no perdonan, de las mujeres. Pero la existencia del barrio se había impuesto definitivamente, y su cuerpo, masa de carne que empezaba a aflojarse, carecía de la elasticidad de la juventud. Hoy era la Muda la que arrastraba en pos de ella lo que la Mulata arrastrara en el pasado y por eso su odio no tenía fin.

Mas su rencor era frenado por su temor a Luis el Rano, compañero inseparable del Chumbelo en sus viajes al mar, en donde todo se purificaba. Y en medio de ese odio y ese sórdido vivir del barrio, Roberto Guzmán y Chespiar eran como personajes de otro mundo venidos aquí sabe Dios por qué. Entre el sordo rencor y el odio diario que allí se respiraba, uno y otro podían hallar, en lo más escondido de aquéllas gentes complicadas, la ternura de sus corazones. Y mientras Roberto Guzmán aprendía el difícil arte del

conocimiento de los hombres, Chespiar iba y venía por el barrio y continuaba siendo, igual que siempre, parte primera de él.

¿Cuándo había llegado allí? Todos lo ignoraban. Las gentes lo evocaban como si realmente el barrio hubiera nacido con el propio Chespiar y como si cada piedra, cada rincón, cada grano de arena, no fueran sino carne de su carne.

Roberto Guzmán no había olvidado nunca el día de su cambio allí. El primero en hablarle fue él. Y desde ese día lo había sentido dentro de su existencia. Chespiar, Guzmán lo recordaba, había recitado: "Ahora, hasta rayar el día, que cada hada vague por este lugar a su capricho…".

Pero los personajes más pintorescos del barrio eran los Gitanos. Nadie sabía sus nombres ya, a pesar de que Sonia y Marus fueron, por algunos días, los actores principales de un drama desarrollado entre las vetustas y sucias paredes de aquel lugar.

Roberto Guzmán conocía la historia. La había escuchado en no pocas ocasiones y de diferentes labios, pero siempre igual, sin grandes variaciones en el conjunto ni en sus detalles.

Sucedió años atrás, durante la presencia de una tribu gitana acampada cerca del histórico baluarte, cuyos espesos muros metían sus raíces en el tiempo y en el barrio. Las gentes, aunque poco tenían que perder, se sintieron preocupadas. Los gitanos fabricaban cazos, ollas y pailas de estaño y cobre, las que vendían en el mercado de la ciudad. Las gitanas anunciaban a quienes padecían preocupaciones por su destino, la buenaventura, que leían en las palmas de las manos.

Si el supersticioso era mujer, invariablemente se habría de atravesar en su camino un apuesto joven que labraría su felicidad; si era hombre, una dama, rubia o morena, decidiría sobre su porvenir.

Esa vez el barrio cobró confianza. Sonia y Marus eran, por su apostura, un poderoso talismán que abría las puertas de todos los hogares a la tribu. De ojos brillantes y negros él, verdes y misteriosos los de ella, daban vida a los rostros color de aceituna, a la manera de todos los rostros gitanos. Esbeltos, de andar cadencioso los dos, un ancho cinturón de cuero adornado con monedas de plata oprimía la cintura de Marus, mientras el vestido de Sonia, de chillones colores, anchaba sus vuelos, sin hacerlas desmerecer, sobre sus núbiles caderas.

Un día el barrio se enteró: se celebraba un casamiento gitano. Rodó el oro del varón para asegurar el futuro de la hembra. Se indagó, por la parte contraria, si ella sabía leer el ignorado más allá de las palmas de las manos. Y la maldición del padre de Sonia brotó rotunda para el caso de que Marus, olvidado de sus promesas, labrara la desgracia de su gentil pareja.

Fueron varios los días de fiesta en los que el barrio participó engalanándose profusamente, como si de una fiesta propia se tratara. Los violines y las mandolinas, con sus suaves trémolos, se quejaban con dulzura, arrastrado su canto por la brisa del mar cercano, en tanto los acordeones y las panderetas respondían con sus graves voces y sus golpes resonantes.

Danzas húngaras, bailes orientales, canciones españolas hablaron a los habitantes del barrio de un mundo por ellos desconocido, convocando a los bailarines de movimientos enérgicos y a las gráciles bailarinas de cuerpos maravillosos envueltos en ropas de amplios vuelos y de policromos colores que lucían encantadoramente a la luz rutilante de la luna.

Luego cantaron los novios, cada uno, una romanza melancólica con la que entonaban su adiós al pasado. Era su despedida a lo que no habría de volver. Y cuando terminaron, la música inició unos compases frenéticos para acompañar a una de las jóvenes de la tribu, quien colocándose en el centro de un ruidoso círculo formado por los gitanos y la gente del barrio, comenzó con movimientos salvajes, ebrios de voluptuosidad, una danza ardiente y lasciva.

La luna, bañando su regio semblante, revelaba la primitiva naturaleza de aquella mujer que encendía sus más recónditas pasiones. Las miradas de los hombres y los ojos de las mujeres brillaban con fuego lúbrico, y algo como un naciente y contenido frenesí amenazaba desbordarse cuando los senos, las caderas y el bien modelado vientre se movían en ritmo que parecían arrancar del fondo de la ardorosa tierra.

En la primitiva naturaleza de las gentes del barrio, la danza repercutía con violencia. La Mulata sentía avivar sus carnes adormecidas por la miseria y el trabajo y gritar en los abismos más oscuros de su ser la sangre de sus antepasados. Su cara se encendía congestionada y sus manos se aferraban, rígidas, al brazo de Luis el Rano, cuyo rostro, tenso e inmóvil, parecía petrificado. El tormento cesó en medio de los largos y agonizantes compases de una música

lánguida y sugerente que murió como un suspiro, en medio de un silencio absoluto.

Pasado el embrujo, así que el baile hubo terminado, corrió el vino en abundancia. Vasos de cobre y estaño circularon de mano en mano y todo volvió a la normalidad. El barrio no reclamó otra cosa. Desde ese instante amó a los novios y los admitió como parte suya. Y cuando Marus, para cumplir el ritual acostumbrado, fue impelido a retirar de la rodilla de ella el puñado de sal y el pan bañado con rojo vino —símbolo de la virginidad de la amada— negándose a hacerlo, el barrio tomó partido por ellos.

Los padres de él y los jefes de la tribu clamaron por la afrenta recibida. En sus manos temblorosas que se atropellaban al estrujar la ropa íntima de noche, testimoniaba que Sonia había dejado, fuera del tálamo nupcial, la virginidad reclamada.

Pero el barrio, como Marus, no abrigaba dudas. Ellos sabían sobre quién recaía la responsabilidad de aquella falta a las inviolables tradiciones de la tribu. Y así que ésta emigró a otros rumbos para esconder su vergüenza colectiva, Sonia y Marus decidieron permanecer allí.

Nadie recordaba sus nombres ya. Ahora eran simplemente los Gitanos, olvidados en su nueva existencia de predecir el futuro y de la vida errante de los suyos, perdidos en las monótonas estepas, en las vastas llanuras, en el goce y el dolor de los pueblos y las ciudades, como incansables peregrinos que el mundo se negaba a redimir.

Con Antonio el Chumbelo y Roberto Guzmán, también los Gitanos gozaban de las preferencias del Chespiar, rey sin corona de aquel barrio cuya historia venía, como la brisa del mar, del más remoto pasado.

III

El Viejo de la Panadería, como comúnmente se le llamaba, vivía solo en una de aquellas vecindades del barrio. Antiguo marinero, hacía mucho que abandonara el mar por la tahona, cuando salido de prisión quiso romper con su pasada existencia, de la que no hablaba jamás. El día que el encargado de la galera lo llamó para comunicarle su libertad, una apretada nube oscureció su rostro. Quince años atrás las rejas de la prisión se habían abierto para recibirlo.

Entonces no era sino un muchacho; ahora, con la cabeza blanca y el rostro cruzado por los mil surcos que en su superficie dejaran el sufrimiento y la desgracia, más parecía un viejo que el hombre joven que indudablemente era.

—Recoja sus chivas y márchese —le ordenó el comandante de la prisión con un gesto adusto, como si decirlo le pesara—. Su condena se ha cumplido. Quince años justos, ni más ni menos…

¡Quince años! A él se le hicieron cien, mil, la vida toda. Apretó los puños llenos de callosidades y estrujó, con sus recias manos, su raído sombrero.

—¿Cuándo puedo salir? —interrogó con un ansia apenas disimulada que había durado quince largos y penosos años.

La noche que sucedió aquello, allí en ese mismo lugar, un hombre mal encarado lo recibió. Su mirada inexpresiva se detuvo sobre su semblante durante algunos minutos que a él se le figuraron una eternidad, y luego, cambiando la expresión de sus ojos y con una voz cuyo tono vibró extraño y amable, le preguntó:

—¿Su nombre?

—Herón Portilla.

—¿Oficio?

—¡Cabo de mar!

—¿Reconoce usted su delito?

Nada negó. Protestó, no obstante, cuando se quiso deformar la realidad. Las cosas sucedieran tal como él las había descrito. El contramaestre le tomó ojeriza desde que ella, prefiriéndolo, creó, sin quererlo, ese odio tenaz, implacable, que no se extinguió sino con la muerte.

El día en que lo mató, el contramaestre lo había abofeteado, en presencia de la mujer que en el malecón esperaba su compañía. El contramaestre le ordenó:

—¡Arroje el cabo!

Él tardó un minuto en cumplir la orden. El tiempo estricto que necesitó para levantar la mano y saludarla, saludo que ella correspondió con una sonrisa ancha en el rostro moreno y sensual que dejó al descubierto sus pequeños y brillantes dientes.

El duro puño del contramaestre cayó sobre su boca, de la que brotó un hilo de sangre roja y caliente. Sus ojos se encendieron con un rayo de la luz que no se apagó por el resto de la tarde. En el buque, oficiales y marineros nada dijeron; pero no ignoraron que

uno de aquellos hombres estaba de más, desde ese instante, sobre la Tierra.

Herón Portilla arrojó el cabo para fijar la embarcación al muro, y en seguida, sin dirigir sus ojos donde ella seguía esperando, desapareció de la cubierta y se hundió, como en un escotillón, en el sollado de la marinería. Estaba franco esa noche. Cuando la tripulación formó para bajar a tierra, una honda alegría conmovió su corazón. Junto a él, el contramaestre esperaba igualmente la orden de desembarco.

En tierra las palabras sobraron. Uno y otro quiso que aquello tuviera solución. La presencia de la mujer avivaba el odio inextinguible que les brotaba de las más escondidas entrañas de su ser.

Las sombras se habían abatido sobre el barrio. En el recogimiento de la hora, los puñales brillaron relampagueantes. Ella apenas si los distinguió en la noche, cuyo silencio fue interrumpido por un estertor largo, ahogado, y la caída de un cuerpo sobre la tierra.

Se estremeció. No comprendió de pronto lo sucedido. Las piernas se negaron a sostenerla. ¿Quién había caído? Un temblor intenso que le nacía del sexo, la sacudió violentamente. Herón Portilla, a su lado, murmuró:

—Vámonos…

No consiguió escapar. El incidente del barco, ante tantos testigos indiscretos, puso a la policía sobre su pista… La voz del comandante de la prisión insistió:

—Recoja sus chivas… ¡Y márchese!

Herón Portilla dirigió a su interlocutor una mirada cargada de curiosidad. ¿Dónde estaba el otro, el que lo había recibido años antes? Tuvo miedo, un miedo ciego de preguntarlo. Hacia donde quiera que veía, tropezaba con la muerte. Pensó en ella. ¡Quince años son tan largos!

—¿Qué espera?

La interrogación lo apremió. Parecía que aquel hombre tenía prisa por librarse de su presencia. Se despidió. En la galera, centenares de ojos se clavaron en él sin decirle adiós. Sólo el Juchiteco le recomendó:

—No olvides buscarla. Dile dónde estoy.

—¿Saldrás pronto? —inquirió por decir algo.

—Ya sabes: es cuestión de Díaz…

—¿De días? Entonces nos veremos afuera dentro de poco.

El Juchiteco río por el equívoco sin que se conmovieran los pétreos rasgos de sucara indígena.

—Cuestión de Díaz; sí, él dirá…

Herón Portilla entendió y, a su pesar, río también.

Ya en la calle experimentó una viva sensación de alivio al sentir sobre su rostro el viento cálido que venía del mar. Se recostó en la negra pared de la prisión, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse indiferente. El sol tocaba la punta de los conos de arena formados en el accidente de la población y volaba hacia el ocaso.

Su primer impulso lo encaminó al barrio donde aquella noche, ya tan distante en el tiempo y en el recuerdo, su cuchillo se hundió en el corazón de un hombre cuyo perfil y cuyo acento se esfumaban en su mente. Otro impulso lo contuvo. Era todavía temprano y brillaba aún demasiada luz. Obrando por impulsos, entró en la taberna de la esquina. Los hombres que la llenaban continuaron bebiendo y hablando sin prestarle atención. Él se mantuvo quieto, ajeno a lo que su alrededor sucedía, sin entender ni escuchar realmente nada, como si sus sentidos y su razón hubieran dejado de latir.

Cuando las sombras se abatieron de la altura, un arrebato indominado lo arrastró hacia el barrio recluido entre aquellas vetustas paredes cubiertas de verdín y humedad que le daba el mar. Vagó unos minutos de arriba abajo, y luego, evocando los contornos físicos de ella: sus caderas, sus senos, su vientre, su sexo, se sentó en las lamosas piedras colocadas al hilo de las casas.

Súbitamente, casi por sorpresa, el barrio se pobló de voces y de ruidos. Un hombre, como brotando de la tierra, se acomodó junto a él y lo interpeló:

—¿Se le ofrece algo?

En la interpelación no existía simple curiosidad. Hacía mucho tiempo que él no escuchaba una voz tan cordialmente humana. Una repentina idea cruzó por su mente. Miró a su interlocutor y tomó aliento:

—Sí: busco habitación —dijo.

Chespiar se apartó de él. Se perdió en una vivienda cercana y reapareció en seguida acompañado de otro hombre de voz áspera y mirada oblicua.

—Aquí lo tiene —informó, señalando a Herón Portilla, que se recogió, como asustado, en sí mismo. A éste lo enteró:

—Aquí tiene el casero de la vecindad. Dispone de viviendas vacías… Entiéndase con él —le aconsejó, desapareciendo luego como si la tierra se lo hubiera tragado de repente.

Antes de desaparecer, recomendó al Chumbelo:

—Ayuden a este viejo. —Y así perdió Herón Portilla su nombre verdadero, entrando a figurar en esa fauna humana constituida por los habitantes del barrio, en el cual vivió huyendo del pasado.

La cercanía del mar era su tormento. Al mar estuvo ligada su existencia. Pero no quiso que nada lo encadenara a los oscuros días de los que deseaba liberarse. Fue Chespiar, ahora también, quien lo sacó de apuros.

—En la panadería necesitan un hombre —le avisó.

El Viejo de la Panadería, lo llamaron desde entonces, ayudándolo así a olvidar el nombre con que actuara en el drama de su vida.

Ahora tuvo que recordarlo.

—¿Su nombre?

Tardó para decirlo. "El Viejo de la panadería", estuvo a punto de responder. Pero rectificó:

—Herón Portilla…

—¡Ajá!

—El que preguntaba, hojeó en su amarillento libro de registro. Localizó lo que buscaba y expresó:

—Reo de asesinato…

Dejó de leer y comentó:

—Los informes son terminantes. No dejan lugar a dudas. —Y moviendo la cabeza, como si se resignara a lo inevitable, sentenció—: ¡La cabra siempre tira al monte! ¡Ingréselo! —ordenó a un presidiario que con un vergajo en la mano señaló a Herón Portilla el camino que éste conocía tan bien. En la penumbra, decenas de ojos se fijaron en su rostro. Una voz familiar, que quiso reconocer, lo llamó:

—¡Eh! ¿Ya estás de vuelta? Tardaste, sí, pero regresaste al fin.

La figura del Juchiteco, escuálida y angulosa por la tuberculosis que lo devoraba, se enderezó en un rincón, saliéndole al encuentro.

Herón Portilla no respondió.

La voz del Juchiteco se apagó y una tos cavernosa resonó a lo largo y a lo ancho de la galera. Aparte de los hombres, nada había cambiado en aquellos cuatro años que él había permanecido ausente.

Todo se mantenía igual: las mismas paredes, la misma miseria, el mismo íntimo y desesperado dolor.

La puerta tornó a abrirse, y recortada en la luz que inundó la pieza, el Viejo de la Panadería reconoció la silueta amiga del hermano de la Mulata.

—¿Eres tú? —se admiró de encontrarlo allí.

—Me cogieron en el billar —satisfizo su curiosidad el otro—. No tuve tiempo de prevenir a nadie. Ojalá que el Gachupín avise a Luis.

—¿Para qué? Todo será inútil. Aquí sólo hemos de contar con nuestras propias fuerzas.

Reinó el silencio entre ellos. En la galera nadie los perdía de vista. El Juchiteco hizo un esfuerzo y picado por la curiosidad aventuró:

—Y ahora ¿por qué?

Herón Portilla fingió no haber escuchado. Tendió en el suelo su raída blusa e invitó al muchacho a echarse junto a él.

Durmieron muchas horas. En la noche, el hermano de la Mulata, mostrando indiferencia en sus palabras, quiso saber:

—¿Por qué me habrán cogido a mí?

Herón Portilla no tuvo oportunidad para responder. Rechinó la puerta de hierro de la prisión una vez más y una escolta de soldados formó afuera. El Viejo de la Panadería y el hermano de la Mulata, con otros hombres, fueron llamados con urgencia. Se les metió entre filas y desaparecieron de la vista de sus compañeros tragados por la noche. A sus espaldas, la tos cavernosa del Juchiteco resonaba lúgubremente.

IV

Temprano cayó la primera redada. Encima de la arena movediza espejeaban los anchos pámpanos y las esbeltas sierras con sus escamas de plata. Todavía, en un esfuerzo por escapar, saltaban impetuosos sobre la ardida tierra que se extendía sinuosa, al norte y al sur.

Rumbo al norte, Veracruz reverberaba. Las torres y las cúpulas hacían resaltar el naranja, el azul, el rojo de sus vivos colores, junto a las desteñidas paredes de sus casas diminutas y achatadas. En la bahía, las aguas espejeantes se mantenían inmóviles. La blanca y sólida mole del castillo de San Juan de Ulúa se asentaba, en el mar,

inconmovible y firme. Roberto Guzmán, en la playa, veía cruzar bajo el curvado cielo los blancos alcatraces, los negros zopilotes, los pelícanos de largo pico, cuyo persistente graznar ronda el próximo festín. A su alrededor, los hombres del barrio se disponían, con comunicativo entusiasmo, a reanudar la tarea. Bajo el sol que avanzaba hacia el cenit, sus tostadas espaldas brillaban de sudor. Trabajaban intensamente, con una pasión que multiplicaban las energías de sus puños, que se movían con inusitada, constante agilidad.

Larga, como lo previera la noche anterior, había sido la jornada. No bien las sombras de la noche comenzaron a disiparse, cuando ya sus pies y los de sus compañeros hollaran la fresca arena de la playa. Así que las primeras luces del día anunciaron el alba, ellos, en abierta carrera, descubrían los techos de palma de las chozas de Boca del Río. En la angosta faja de tierra frontera al mar, hombres y muchachos tendían las redes para lanzarlas a las aguas.

Boca del Río, con sus humildes cabañas y sus chozas de seca palma sembradas una encima de la otra, era el límite de las improvisadas pesquerías. Su pequeña barra, baja y estrecha, apenas si podía ser surcada por los diminutos cayucos y las frágiles canoas de los campesinos del lugar. Más allá de la ribera opuesta, las plantas selváticas, los árboles frondosos, las verdes milpas calmaban y refrescaban la quemante tierra. Mangos copudos balanceando sus carnosos frutos; persistentes mezquites cuyas elásticas raíces correteaban por la arena; lujuriosos framboyanes de flores rojas que sembraban de fuego el espacio… En ese otro lado, la arena movediza, la angosta playa ardiendo caldeada por el sol.

Extenso era el recorrido de los ríos que penetraban por esa estrecha boca del mar. Del poniente, desde la nevada cresta del Citlaltépetl, desciende el Jamapa regando la tierra, desbardando a su paso su imponente, caudalosa madre. El río corre, salta, vuela, se precipita y huye en medio de la montaña inviolada y la llanura grávida, recogiendo en su tránsito las linfas del Comapa, las corrientes del Tlalmatoca, las aguas del Chavaxtla, que brotan y se deslizan en abismos y barrancas.

Risueños poblados se levantan en su camino. Encima de sus ondas se retratan el rosa y el verde, el azul y el blanco de sus alegres muros. Jazmines y gardenias, azahares y geranios, perfumaban su superficie, y el río avanza, se quiebra o sigue una ruta, pero siempre buscando el mar. Cerca ya de éste, en medio de milenarios troncos

y añejos mangles victoriosos sobre el tiempo, el río Seco aumenta el caudal del Jamapa para meterse, unidos ya, como temerosos de hacerlo separadamente, en el anchuroso océano. A esta hora, antes de que el sol ascienda hasta el cenit, el Jamapa baja al mar; por la tarde, a la hora del subir de la marea, es éste quien penetra en el río y lo pinta de azul.

Arriba de las altas arenas, sobre las dunas que el viento ha acumulado, silba un tren desde cuyas ventanillas las manos de los pasajeros dicen adiós a los pescadores tendidos a lo largo de la playa. Luis miró pasar el tren con una distraída mirada, sacudió luego los hombros con un golpe enérgico y se aproximó a Roberto Guzmán para investigar:

—¿Se sabe algo acaso?

El interrogado denegó con un movimiento de cabeza. En seguida, sin dejar de tirar de la tensa red para arrastrarla al mar, informó:

—Nadie sabe nada. Sólo conjeturas, simples suposiciones. Lo único cierto es que la policía lo atrapó en el billar. Ninguno lo esperaba. Aunque se decía que estas cosas estaban sucediendo, no se les daba crédito. Ya *Chespiar* nos lo había advertido. Según él, Huerta está apurado y necesita hombres que lo defiendan.

Estuvo a punto de caer. La tierra bajo sus pies faltó de pronto. Luis lo detuvo por el brazo y aconsejó:

—¡Cuidado! —Luego le previno—: Aquí te falta el suelo cuando menos lo esperas… —a continuación volvió a su anterior tema—. ¿Entonces? —sugirió.

—Chespiar supone que lo enviarán al norte. Lo mismo piensa que harán con el Viejo de la Panadería, a quien también, como sabrás, atraparon.

Una ligera sacudida lo obligó a interrumpirse. La red se distendía, tirada por los brazos vigorosos, lista para caer al agua. Adelante y atrás, todos los hombres del barrio hacían igual, metidas sus tostadas piernas en las tranquilas ondas. Arriba de sus cabezas, blancos alcatraces rondaban incansables.

—¿Crees que están en las galeras?

—Así piensan Chespiar y mi padre.

—¿Has hablado con el Borrego? —le insinuó de pronto—. Él estuvo, según cuenta, a punto de caer la otra noche. Y alguien le informó que quienes fueron atrapados en esa ocasión no se encuentran ya en la ciudad. Se afirma que andan por el norte.

—¡Maldito borracho! —dijo Luis maldiciendo de Huerta y dando un fuerte tirón a la red, que hizo crecer los rombos de la malla y apretó los nudos de sus manos.

—¡Listos! —gritó el Chumbelo desde el otro extremo del círculo formado por los hombres alrededor de la tensa red.

Los brazos y los pechos se hincharon y los pies se hundieron en la arena, mientras la malla se sumergía en las ondas espumosas por segunda vez durante la mañana.

La operación fue repetida por los demás para reunirse todos, después, sobre la ardiente playa.

La Mulata apareció en la puerta de una choza y llamó para el almuerzo. Hombres y muchachos formaron rueda y saborearon el negro café que hervía, haciendo crepitar la olla de barro. El sol caía a plomo y bajo sus dorados rayos continuaron volando los blancos alcatraces, los esbeltos pelícanos y los negros zopilotes de alas rígidas.

A lo largo de la playa avanzaban unas pesadas carretas arrastradas trabajosamente por las mulas de sus tiros. En ellos venía una compacta muchedumbre de mujeres y de niños. Sus gritos, desde lejos, cruzaban el viento y se perdían en los puntos cardinales.

—Ahí están los nuestros —exclamó el Borrego dominado por repentino júbilo y sacudiendo su hirsuta cabeza, que acababa de sacar del agua—. Llegan a tiempo para ayudar; acabaremos en un instante.

Las carretas rodaban con lentitud, dando la impresión de no tener prisa por llegar. Avanzaban torpemente, mientras los rayos de sus ruedas se hundían en la candente arena, marcando a su paso anchos y profundos surcos que se llenaban, otra vez, de menudos y blancos granos.

—¿Qué hubo contigo la otra noche?

Luis, ante él, lo interpelaba amistosamente. Su atención se detenía en los gestos del Borrego, que sin dar muestras de interés en contestar, miraba a los que de lejos avanzaban.

—Todavía tienen para rato —comentó mirando a Luis de frente, para en seguida responder—: Por poco me echan mano. Vi a un tipo sospechoso en el barrio y quise seguirlo. Era la carnada. Sólo que yo lo olí a tiempo y no di un paso adelante. —Tampoco quiso seguir adelante con su relato. Calló obstinado y Luis, aunque se esforzó por conseguirlo, nada más pudo obtener de él.

Los gritos de quienes venían se hicieron audibles con claridad y ya cercanos, los contornos, los perfiles de los semblantes comenzaron a precisarse.

La voz del Chumbelo vibró apurando a sus compañeros, que en pos de él se metieron una vez más en el mar. La maniobra de tirar las redes hacia la playa se repitió en medio de las voces broncas de los pescadores y del desbordante júbilo de los que llegaban. Cuando las redes fueron arrastradas a la orilla, las viejas carretas enfrentaban a las primeras chozas de la pesquería. De ellas saltaron mujeres y niños dispuestos a ayudar. Maligna, la Mulata apuntó:

—¿Y la Muda?

El Chumbelo había notado, primero que ninguno, su ausencia. Guardó silencio, sin embargo, y sólo cuando la Mulata con su sordo rencor hizo alusión a ello, aclaró:

—Algo tenía que hacer allá. Mañana estará aquí. —Y así burló a la mujer de Luis en su irreconciliable odio contra aquella que humillaba su orgullo de hembra.

Luis cambió de conversación señalando con su mano tendida hacia las aguas azules que se prolongaban hasta el horizonte. Recortado sobre el azul del mar, un buque, erizado de cañones, pasaba lentamente, como si no viniera de ninguna parte y como si no tuviera tampoco punto de arribada. Sobre la superficie marina que se hacía más azul meciéndose bajo el sol de la mañana, su gris silueta se destacaba, ante los ojos que lo seguían, con brillante intensidad.

—¿Qué se le habrá perdido a éste por aquí? —interrogó una voz que nadie se tomó el trabajo de identificar.

—Nada bueno de seguro —respondió el Chumbelo, cuyas retinas, en las que se prendía una viva llama, se clavaban sobre el flanco del buque con obstinación.

—Hum… comentó el Borrego—. Éstos, como cuando el tecolote canta, no anuncian sino desgracias… Mi abuela solía decir: "Cuando el tecolote canta, el indio muere"…

A lo largo de la playa los hombres habían suspendido sus faenas y como sobrecogidos, lavados los pies por la rizada y muriente espuma, dirigían sus encendidas miradas a aquella mole gris que apenas si se movía entre las cambiantes olas.

El barco pasó de largo y se perdió bajo el vasto cielo rumbo al sur. Los hombres respiraron a pulmones plenos y retornaron al trabajo.

Las carretas fueron cargadas con rapidez. Por la tarde llegaron otras en las que el pámpano y la sierra, en plateadas pirámides, viajaron hacia la ciudad. Eladio *el Gachupín* se acercó al Chumbelo para inquirir:

—¿Avisaste a Chespiar?

—Pierde cuidado. Él sabe bien lo que tiene que hacer —aseguró el Chumbelo con voz firme y reposada—. Estará presente a la hora de pesar.

—Bueno. De todos modos ya sabes que mañana bajará la cuota. Hay demasiado pescado este año. Parece que el mar ha arrojado ahora todo cuanto tenía guardado. Eso hace que abarate su valor.

El Chumbelo sonrió irónicamente, adivinando de lo que se trataba.

—¿Empieza el juego de siempre? —dijo—. Evítate las palabras.

—Tú sabes bien que esto no es cosa mía —replicó Eladio amoscado por haber sido descubierto—. Allá don Melquiades… Él es el dueño, yo no.

Cambió su tono desabrido por otro burlesco e insistió.

—Tú lo conoces. Ahora está indignado por la abundancia de este año. Repite que si no hubiera tanto pescado, las cosas marcharían mejor.

La tarde refrescaba. La brisa crecía en intensidad. Del mar emergía una luna roja que proyectaba hacia el cielo sus vivos reflejos y se hacía redonda por instantes.

Las gentes del barrio, a pie, se aprestaron a retornar a la ciudad cargando encima de sus espaldas el pescado obtenido en el reparto. Los muchachos, sobre todo, aligeraban el paso. Luis el Rano, junto a la Mulata, le hacía compañía.

—Estaré de regreso temprano —había prometido al Chumbelo.

Con él y la Mulata iba también el Borrego.

—No había por qué hablar de la Muda —objetó Luis encarándose con su mujer, así que estuvieron lejos de los demás—. Te lo he recomendado varias veces. ¿Qué te traes con ella? Di. Acabaré por romperte algo. No lo olvides —le advirtió aventándola hasta hacerla pisar en falso.

La Mulata dejó escapar su implacable rencor…

—¡Puerca!… Se acuesta con todo el mundo. No tiene vida sino para eso. Si trabajara igual que los otros, estaría como yo. Pero el trabajo no se ha hecho para ella. Cree estar todavía en el circo y con-

funde a los hombres con las bestias con que allá trataba. ¡Puercos también ustedes! ¡Y mansos como sus leones!… No se conforma con los hombres del barrio ya y ahora se dedica a meter en él a todo el que encuentra en su camino. ¡Puerca!… ¡Más que puerca!

Se detuvo sofocada por la ira y terminó:

—Allí anda con aquel tipo que estuvo a punto de atraparte la otra noche.

Las últimas frases estuvieron dirigidas al Borrego, quien no recogió la alusión y continuó andando silenciosamente. Atrás, Roberto Guzmán y el resto de los muchachos trataban de darles alcance. Del cielo tachonado de estrellas la oscuridad comenzaba a descender. Antes de que alcanzaran el barrio, había caído sobre sus cabezas.

En medio de la noche, la Muda permanecía absorta y ajena a cuanto a su alcance sucedía. La Mulata, al descubrirla, murmuró lo suficientemente fuerte para ser escuchada por quienes la acompañaban:

—¡Puerca! ¡Algún día tendrás tu merecido!

La Muda salió de su arrobamiento y corrió hasta los que se acercaban. En su rostro brilló una acogedora sonrisa. Las mujeres pasaron de largo, acuciadas por el hambre y el cansancio. Los muchachos se detuvieron a su lado. Roberto Guzmán le dirigió un gesto amistoso y se hundió en la boca del ancho zaguán que servía de paso a las escaleras de su casa.

El barrio estaba entrando, de súbito, en gran actividad. Las voces humanas vociferaban de entusiasmo y un aroma persistente de pescado venía de todas las vecindades.

Luis dejó a la Mulata en la puerta de su casa y se alejó del barrio rumbo al centro de la ciudad. Los muchachos, al respirar el aroma del pescado que flotaba en la noche, abandonaron a la Muda, que permaneció allí, observando hacia un rincón del barrio en donde la vaga silueta de un hombre, pegada a la pared, trataba de pasar inadvertida. Un hondo silencio se hizo en torno de ella, mientras la luna continuaba metida entre unas nubes negras que volaban lentas arriba de su cabeza.

La Muda vio pasar a la Mulata a su lado, sin que ésta la notara y dirigirse hacia donde la sombra se ocultaba.

—Creía que nunca llegarías. Te he esperado impaciente —le reconvino la sombra con apagada voz—. Esa mujer me ha estado observando todo el tiempo. ¿Llegaron los hombres ya?

La voz procuraba hacerse indiferente.

La Mulata informó:

—No; los hombres han quedado todos en la playa. ¿Pero por qué insistes tanto en inquirir lo que ellos hacen? No te ocupes, que no saben nada. De ella sí debes cuidarte. ¿Quién sabe dónde puede estar ahora? Siempre anda rodando, acompañada, en cualquier rincón. Conoce a los hombres y los rincones del barrio como ninguno.

Asaltada por repentina sospecha, insinuó con coraje desbordante:

—Nada raro sería que a ti también te enredara con sus mañas.

El hombre no habló. Trajo a la Mulata hacia él con brusco movimiento, metió sus manos entre sus grasosos senos y juntos rodaron sobre la negra tierra en un abrazo apretado y animal.

Durante algunos segundos sólo suspiros entrecortados y el jadear de sus respiraciones llenaron el viento de la noche; mas de repente, alguien, como arrojado de la misma tierra, saltó sobre ellos hundiendo un largo cuchillo en la espalda del hombre que hacía estremecer las carnes prietas y desnudas de la Mulata, quien, aterrorizada, luchó por enderezarse. El Borrego esperó a que ésta se levantara, la sacudió con ira y la arrastró al centro del barrio, que volvía a animarse con las voces de sus habitantes y con la luz de la luna que asomaba en esos momentos entre un banco de nubes. Cerca de ellos, la Muda los vio pasar y se encaminó, también, al centro del barrio.

V

Para Daniel Mendoza la existencia no tuvo nunca mayores complicaciones. Todo en ella, para él, fluyó espontáneo. Sus días de soplón, para el que se creyó predestinado, estuvieron sembrados de éxitos felices. Mientras sus compañeros fracasaron en las sencillas comisiones que se les encomendaron, él supo salír airoso, con méritos profesionales que le valieron premios y recompensas hasta convertirse, en relativo corto tiempo, en el hombre de confianza, indispensable, para sus jefes.

Un día, su inmediato superior lo llamó a su despacho y con ese dejo de protección y de fingida confianza que los superiores emplean cuando se proponen halagar la vanidad de sus subordinados, le manifestó:

—El jefe político está magníficamente dispuesto en su favor. Lo considera, entre los hombres de la seguridad, el de mejor inteligencia y el más digno de confianza.

Daniel Mendoza, envanecido, esbozó una sonrisa vaga. De humilde reconocimiento, balbuceando dos o tres frases triviales que su superior cortó con un ademán que no por amistoso dejaba de ser violento.

—El último golpe dado por usted lo tiene satisfecho y su denuncia contra los alteradores del orden público, comprobada en sus detalles más mínimos, lo han inclinado a pensar en su ascenso. El señor jefe político me lo ha sugerido así —dejó caer el jefe de la seguridad con énfasis obligado. Y con aire zumbón, como quien se sabe seguro de sí mismo, bromeó—: A este paso, mi amigo, pronto tendré que dejarle el puesto a usted.

Daniel Mendoza protestó con denegación humilde, pero en un pensamiento fugaz que sus velados ojos supieron ocultar, consideró la posibilidad de ser él, algún día, quien se hallara allí, detrás de aquel escritorio y en ese mismo despacho, dando órdenes en vez de recibirlas como ahora sucedía.

—El señor jefe político —siguió diciendo el jefe de la seguridad en el mismo tono de amable protección que empleara antes— dándole una prueba de confianza que espero sabrá usted agradecer, le encomienda una comisión especial, digna de estimación y reconocimiento. Se trata de descubrir las relaciones que guardan las gentes de un barrio de mala fama con otras del centro de la ciudad, a las cuales el señor jefe político considera comprometidas en una conspiración contra el gobierno. Pero antes, queriendo transmitirle directamente sus instrucciones, le conduciré ante él.

Aquello era más de lo que Daniel Mendoza, agente de segunda de las Comisiones de Seguridad, ambicionaba.

Los primeros días de su ejercicio fueron oscuros, intrascendentes, dedicados a perseguir malhechores comunes, tarea en la cual no obtenía beneficios ni ventajas. Mucho tiempo pasó así, hasta que su celo profesional halló manera de sacarlo del anonimato cuando las vociferaciones de un ebrio, proferidas en la vía pública, le brindaron la oportunidad de descubrir enemistades políticas para el gobierno en donde no existían sino balandronadas de borracho.

La intriga prosperó. Y Daniel Mendoza inició de este modo su rápida elevación, transformándose, a los veinticinco años, en un hombre extraordinario.

Ahora, ante la oportunidad de su vida, su gozo amenazaba desbordarse. Se contuvo, sin embargo, y tornó a su actitud de servidumbre hacia su inmediato superior, que lo despidió con un golpe amistoso, casi de complicidad, sobre su hombro. Ya en la calle, no tuvo por qué dominarse. Dejó escapar su júbilo y examinó con mirada arrogante y retadora a quienes transitaban a su lado, queriendo descubrir, en cada uno de ellos, culpables y delincuentes.

Daniel Mendoza se detuvo al pie de un luminoso aparador en que se exponían los objetos más lujosos y variados, observando, no obstante, con ojeada policiaca, todo lo que a su alcance tenía lugar. Se llegó luego a un expendio de periódicos y compró el diario de la tarde. En él leyó el relato de las últimas detenciones por motivos políticos, en los que papel tan importante desempeñara, y se sintió satisfecho. Su nombre, estampado en letras de molde, no era sino un anticipo de los triunfos que, como su inmediato superior pronosticara, lo conducirían muy alto.

Distraído, tropezó con una pobre mujer que, viéndose atropellada, le lanzó una sonora injuria. Se dominó. Siempre supo dominarse. Iniciada su elevación oficial, que aceptaba por anticipado, bien podía ser tolerante. Volvió a pensar en la posibilidad, cada vez más accesible, de sustituir a su inmediato superior… "El jefe de las Comisiones de Seguridad", leyó en ese momento en el diario que comprara. Y mentalmente, pronunciando a media voz las sílabas, suplantó el nombre de aquél con el de Daniel Mendoza. En seguida las ideas torcieron de sendero… "¡Bella la maldita!", pensó, refiriéndose a la mujer del jefe de las Comisiones de Seguridad. "Y rica, además"…

Aceleró el paso e hizo un guiño a una *mariposilla* que revoloteaba de un lado a otro en busca de un cliente a quien embaucar. Ella río descarada echando a caminar delante de él, cimbreando las provocativas caderas, que lo excitaron terriblemente, y volviendo el rostro para estar segura de su presa. Él dio dos o tres pasos más rápidos que los anteriores y se colocó a su lado, tomándola del brazo, y marchando con ella hacia los barrios bajos de la ciudad, hundidos a esa hora en sombras densas. Más tarde, Daniel Mendoza estrujó los senos y las caderas de esa mujer con el lujurioso recuerdo de los senos

y las caderas de la rubia y linda mujer de su superior jerárquico. Así no solamente ascendió esa noche al cargo que el otro ejercía, sino que lo usurpó también, aunque no fuera sino con el pensamiento, en el lecho en que éste se olvidaba de los dolores de cabeza y los duros trances de su obligación oficial.

Al día siguiente, muy de mañana, Daniel Mendoza despertó, y zafándose cuidadosamente de los brazos de su amor pasajero, se levantó, procurando escapar sin que ella lo advirtiera. Se orientó a tientas en la habitación, buscó sus ropas esparcidas por el suelo y desapareció sin hacer ruido, echando una postrera mirada a las carnes morenas y sensuales de su compañera, cuyos contornos se dibujaban sobre las sombras del lecho… Horas después, en el despacho del jefe de la seguridad, no pudo reprimir una sonrisa maliciosa al evocar la mala pasada que durante la noche anterior le jugara.

—¿Preparado? —interrogó el otro descargando sobre él, con la breve pregunta, el peso de su autoridad.

Daniel Mendoza se derrumbó de la altura en que se había encaramado y de súbito, en un minuto, todo volvió a quedar igual a como antes era. Los senos, las piernas, los brazos y el blando vientre de la mujer del jefe de la seguridad se esfumaron sin dejar huella, para quedar solamente a su alcance la carne morena y ajada de su acompañante de la última noche.

—¿Está preparado? —repitió el jefe de la seguridad no más explícito y con ademán enérgico. Daniel Mendoza silabeó con apagado acento:

—A sus órdenes, jefe…

La última palabra le costó trabajo ahora pronunciarla. Mas se impuso al fin la rutina y su natural servil.

Ya en el despacho del jefe político todo su anterior ardor se apagó como por encanto. El jefe político tuvo para el de la seguridad una mirada acogedora que obligó a Daniel Mendoza a considerarse miserablemente inferior, cuando aquél le habló con una fría, indiferente voz, cuyo real significado no se le ocultó.

—Lo felicito por sus triunfos —bisbiseó el jefe político tendiéndole su diestra displicente—. Ya he recomendado al señor jefe de la seguridad, quien lo estima a usted, que premie sus servicios.

Pese a las ventajas que su nueva situación le reportaba, Daniel Mendoza experimentó un íntimo y torturador disgusto, una fría sensación de abandono que lo hundió en un negro pesimismo.

—Tengo noticias —entró en materia el jefe político— de la existencia de una conspiración en esta ciudad que pone en peligro la salud pública, sin haber logrado penetrar, por más que se sospeche de algunas gentes, en el círculo de los conspiradores.

El jefe político buscó con sus manos largas y delicadas entre los papeles de su escritorio y recomendó a Daniel Mendoza, llamándolo por su nombre:

—Conviene, amigo Mendoza, obrar con discreción, siguiendo las rutas indirectas. Aquí tiene usted algunos nombres que lo pondrán sobre pistas firmes. No olvide que por el hilo se llega al ovillo… Aunque en esto lo guiará a usted, con mayor eficacia, su instinto ya revelado en otras ocasiones, el que lo aconsejará mejor de lo que yo pueda aconsejarle. Un buen resultado en esta investigación llevará su nombre a las esferas superiores…

El ánimo alicaído de Daniel Mendoza renació. Otra vez se creyó afortunado y compadeció, desde el fondo de su alma, a su superior inmediato, engañado por él en el moreno vientre de la mujer con quien durmiera la noche última. Un rayo de sol penetró a través de la ventana entreabierta por el jefe político, y Daniel Mendoza sintió entrar, con él, su propia felicidad. Fingió leer los nombres de los conspiradores denunciados y esperó a que el jefe político rehilvanara sus instrucciones.

—Eso es todo —lo defraudó éste con gesto desabrido—. Puede usted ponerse al trabajo en el acto, relevado de cualquiera otra comisión hasta que ésta no haya sido resuelta. —Tomó un ligero respiro para inquirir—: ¿Está usted enterado?

—Enterado, sí —respondió Daniel Mendoza apagadamente. Y creyéndose obligado a expresar algo más, se comprometió—: No descansaré, puede usted creerlo, hasta no dar con los conspiradores.

—Bien —aceptó el jefe político gratamente impresionado por el tono de su interlocutor. Y dirigiéndose ahora al jefe de la seguridad le recomendó—: No deje usted de tenerme al corriente de la investigación.

De nuevo se hundió Daniel Mendoza en un hondo abismo. No sería él quien informara al jefe político, sino el otro, al que beneficiarían —supuso— sus victorias. "Por eso se acuesta con ella y des-

pilfarra su dinero". Y abyecto, rebajado ante los otros, se despidió del jefe político, que en un ángulo de su despacho, dialogaba en voz baja con el jefe de la seguridad… Se divagó un instante para volver en sí cuando éste, tomándolo del brazo, lo arrastró paternalmente de allí.

—Ya lo sabe —le repitió su inmediato superior en la calle—, que da usted relevado de toda otra comisión. —Y volviéndole la espalda, se alejó de él, abandonándolo en medio de la acera.

Daniel Mendoza vagó por la ciudad sin rumbo fijo y sin dar forma a sus ideas, hasta muy avanzada la tarde. En la noche, se situó en la entrada del barrio, evitando ir más allá, impresionado por las espesas sombras que lo rodeaban. Fue la noche misma en que el Borrego, saliendo por cercano billar, puso atención en él. El Borrego, como todos los hombres de su tipo, poseía una especie de segunda naturaleza que le permitía descubrir a un polizonte de una sola ojeada, por bien que éste se ocultara. Y ahora que los hombres del barrio desaparecían, sin dejar rastro, el Borrego agudizaba su instinto que lo salvara de no pocos apuros, adivinando, en Daniel Mendoza, a un soplón de los de Huerta. Escapó rápidamente sin volver la vista atrás y se situó en un rincón del barrio, desde donde sin ser observado pudo vigilar a Daniel Mendoza, quien creyéndose solo, permaneció cerca de aquel peligroso sitio durante largas horas.

El espionaje tuvo verificativo un día, y otro día, y una noche y otra noche. Y cada noche y cada día el Borrego afirmaba su convicción de que aquel sujeto, unas veces en pos de Chespiar y otras en pos del padre de Roberto Guzmán, no era sino lo que había imaginado.

Dos mujeres, además de él, se habían percatado también de las continuas visitas de Daniel Mendoza a aquel lugar: la Muda y la Mulata, que, admiradas, lo tropezaron con frecuencia sospechosa. Pero una y otra, interesadas por diferentes causas con su presencia, alcanzaron distintas conclusiones. La Muda, como el Borrego, comprendió al instante de lo que se trataba. Por eso permanecía alerta, observando los movimientos de Daniel Mendoza y lista para intervenir en favor de los hombres del barrio, a los que imaginó, sin engañarse en sus deducciones, en peligro. La Mulata no vio en la presencia del soplón más que una nueva conquista de la odiada Muda, para quien su sordo y abierto rencor no tenía final. Así se

decidió a arrebatarle a ese visitante, callado, misterioso, al cual se propuso tentar con sus ajadas carnes.

Daniel Mendoza supo medir en seguida el partido que podía sacar de la actitud de esta mujer, y la convirtió en su involuntario confidente, hasta obtener las informaciones que necesitaba para el cumplimiento de su cometido. Por ellas tanto el padre de Roberto Guzmán como el propio Chespiar eran las piezas acusatorias, el hilo que lo llevaría al ovillo de la conspiración, según el decir del jefe político. Sólo espiaba la oportunidad para echar mano a aquellos dos hombres en quienes cifraba sus más ocultas esperanzas.

Esa mañana, Daniel Mendoza despertó de envidiable talante. La Mulata lo citaba para aquella noche, durante la cual aprovecharía la ausencia de los hombres del barrio con objeto de consumar lo que se proponía. Por un momento pensó hacerse acompañar de otros agentes, pero el temor de que se le despojara de un mérito que únicamente a él pertenecía lo decidió a llevar a cabo, solo, la aprehensión proyectada.

El barrio era el sitio indicado para practicarla. En el centro de la ciudad los hechos causarían escándalo y pondrían en guardia a los inodados en la conspiración, sin resultados positivos, y con la censura de sus jefes, que le perderían para siempre la confianza. Y, entonces, ¡adiós ilusiones!… Evocó a la Mulata, sus carnes fofas y grasosas, pero ardorosa y sensual en el minuto de la posesión. Su complicidad insospechada le allanaría el trabajo. Desgraciadamente, la aprehensión de su hermano lo complicaba todo. Ella misma, sin imaginarse la real personalidad de Daniel Mendoza, juraba, en su presencia, no tener descanso hasta no ajustar las cuentas a los soplones.

Cuando llegó la noche, se encaminó hacia el barrio, deteniéndose en la entrada del mismo para observar lo que adentro sucedía. A esa hora todo se desvanecía entre las sombras. La brisa refrescaba, y sólo la Muda, sentada sobre el filo de la acera, ponía interés por su presencia en aquel lugar. Pero luego la vio levantarse y desaparecer tragada por la noche.

Sin embargo, la Muda se mantenía cerca de él, metida en un rincón, vigilándolo con sus azules ojos, que se obstinaban en permanecer abiertos. Su espionaje fue interrumpido por la llegada de los muchachos que volvían de la playa, a quienes acompañaban,

apresurados, Luis y el Borrego. Unos quedaron con ella breves instantes, para escapar en seguida dejándola sola nuevamente, sin apartar la vista de Daniel Mendoza, a quien observó agazapándose en un solitario rincón perdido en las sombras.

Distinguió también a Luis marchando al centro de la ciudad y al Borrego deslizándose sigilosamente tras los pasos de la Mulata, que buscaba inquieta en todas direcciones. Luego las cosas sucedieron con celeridad imprevista: la Mulata cayó jadeante encima de la tierra en un revuelo de faldas que le cubrieron la cabeza, para levantarse aturdida y llena de pavor, ayudada por el Borrego, que acabó aquella noche con la misión que el jefe político encomendara al celo y la diligencia de Daniel Mendoza, el mejor agente de la seguridad local.

La Muda permaneció indiferente en medio de la oscuridad. Dejó pasar junto a ella al Borrego y la Mulata, que caminaban ensimismados, haciendo jugar en sus finos labios una enigmática sonrisa. En seguida se arrojó al suelo y quedó así hasta horas avanzadas de la noche. A su alrededor un hondo abismal silencio lo llenaba todo.

VI

Aunque Eladio el Gachupín, había interrogado al Chumbelo acerca de si Chespiar estaba prevenido para presenciar la operación de pesar el pescado, ninguno más que él vivía convencido de que, cuando el instante llegara, Chespiar estaría dispuesto a comprobar, en representación de los hombres del barrio, el movimiento de la báscula.

En realidad, tal como el Chumbelo lo manifestara, la intención de Eladio no había sido otra, reflejo de la orgánica avaricia de don Melquiades, su patrón, que la de regatear el precio de compra y conseguir así mayor rendimiento en las ganancias. Por eso, cuando al enfrentar las carretas a las oficinas refrigeradoras Chespiar le salió al encuentro, no mostró extrañeza. Él, igual que el Chumbelo, sabía que las cosas se repetirían en la forma acostumbrada durante años anteriores. Y que Chespiar, cumpliendo fielmente la parte que le correspondía, daría fe de la operación que iba a tener lugar como siempre lo efectuara.

Sobre la báscula cayó el pescado en argentada catarata, mientras Chespiar alineaba en un pequeño cuaderno de notas las cifras acusadas para sumarlas después. Su palabra, por sí sola, valía para los hombres del barrio como si fuera ley. Si él estaba de conformidad con el peso registrado, no había por qué protestar.

Eladio, sin discutir, dejaba hacer. Para él también, como para los demás, Chespiar decidía esa parte de la operación reservada, con aquiescencia de todos los participantes en ella, a su cuidado.

Era ésta una vieja y arraigada práctica establecida entre los vendedores y el comprador, que se verificaba en medio de un silencio religioso en las oficinas refrigeradoras, sin que nadie, familiar o ajeno a ellos, se atreviera a violarla.

Algo vino a turbar, sin embargo, aquel imponente silencio a través del cual oscilaba, tembloroso e inseguro, el brazo de la báscula. Del barrio brotaba un sordo rumor que metiéndose por las ventanas llegó hasta los presentes, obligándolos a fijar atención en él. El rumor aumentaba y se oían ya, por encima de la noche, las voces enardecidas de los que discutían.

Eladio se asomó por breves momentos a la puerta y, dando muestras de gran agitación, balbuceó:

—Algo sucede allá…

Ordenó a uno de los trabajadores que investigara la causa del escándalo, firmando el recibo que Chespiar formuló, aceptando de antemano su contabilidad.

El enviado volvió con una gran inquietud reflejada en el semblante.

—Un hombre al que nadie conoce fue hallado muerto —tartamudeó—. Una puñalada acabó con él. Fue encontrado en medio de un charco de sangre caliente aún. Pero ninguno sabe quién lo mató y menos qué es lo que conviene hacer…

Chespiar salió presuroso. Atravesó el barrio de un extremo a otro, haciendo su aparición en el mismo sitio en que Daniel Mendoza, mudo para siempre, permanecía rígido y amarillento, con esa amarillenta palidez que da la muerte, en medio del lodo y de la sangre. Ante él, mirando a sus ojos fijos en el infinito, Chespiar reconoció aquellos rasgos todavía no deformados y midió de una sola y rápida mirada el peligro que la muerte de ese hombre representaba para los hombres del barrio. Allí estaba su cuerpo tieso, inmóvil, más allá del límite de la vida y del deseo. Todavía, minutos

antes, su carne había palpitado sacudida por la quemante carne de la Mulata, cuyas reservas parecían inagotables. Ahora no era sino una masa inerte, lasa y fría, convertida en pasto de los gusanos.

Chespiar aconsejó que nadie se diera por enterado de aquel suceso y recomendó que nadie interviniera en las investigaciones que la policía practicara como era de esperarse. La policía se halló, al chocar con la reserva de las mujeres del barrio, ante un insoluble, complicado problema, que desesperó resolver. Los hombres se libraron de toda sospecha, ya que les fue fácil demostrar, con innumerables testigos, que ellos se encontraban, la noche del crimen, lejos del sitio donde éste se consumara. Por su parte, los peritos afirmaron, basados en tecnicismos, que hubieron de tomarse en cuenta que la mortal puñalada, por su fuerza, no podía haber sido administrada por mano de mujer. Era aquel un tremendo golpe que solamente una mano poderosa podía asestar.

Pero quienes se hallaban realmente atribulados con lo acontecido eran tanto el jefe político como el jefe de la seguridad. Para ellos el caso estaba claro, con una diáfana claridad: el crimen cometido en la persona de Daniel Mendoza no era más que un crimen político que urgía castigar. Daniel Mendoza había encontrado la muerte cazado, ¡qué duda cabía!, por aquella audaz, atrevida banda de conspiradores, a la cual era él quien debía de haber atrapado si los comprometidos, como parecía evidente, no le hubieran tomado la delantera.

—¡No sé cómo, hombre tan avispado, se dejó sorprender! —reprochaba al jefe de la seguridad el jefe político con enojo incontenible, como si aquél fuera el responsable directo del fracaso de su agente Daniel Mendoza, en quien confiara hasta la ceguera—. ¡Estúpido! ¡Más que estúpido!

El jefe de la seguridad callaba verdaderamente consternado. Había en sus ojos una mirada de resignación y de humildad culpable. “Si no hubiera confiado tan absoluta y ciegamente en aquel hombre…”. Y vencido por el reproche de su jefe, que estallaba de furia, cayó en un agobiante pesimismo que era el último grado de su desesperación.

—¿Dice usted que no se ha descubierto el menor indicio? —oyó que se le preguntaba. Se esforzó por coordinar sus ideas, y acto continuo, sintiéndose acusado, convino en reconocer:

—¡Nada! —Y dejando caer los prolongados brazos a lo largo de su cuerpo, pretendió explicar—: Quizá Daniel Mendoza haya estado a punto de atrapar a los malhechores y por eso se le ha asesinado…

—¡Sí, quizá!… —lo interrumpió el jefe político reprimiendo a duras penas su desbordante coraje, sin lograr, por más que lo intentó, serenarse del todo—. ¡Quizá!… ¿No se le ocurre a usted otra cosa?... Pero su muerte es tan cierta como este diálogo estúpido entre nosotros dos… ¡Tan cierta como el que usted y yo quedamos expuestos, desde hoy, a seguir el mismo camino que él!

El jefe de la seguridad, que viera el cuerpo exangüe de su agente en la plancha del hospital, no pudo contener un gesto de espanto; cerró los ojos y luego se desplomó, agobiado por su desgracia, encima de la silla que tenía detrás y guardó silencio, indefinidamente, convencido de que aquella conversación, tal como lo acababa de afirmar su interlocutor, era estúpida y carecía de significado práctico. Frente a la densa nube que envolvía el asesinato del hombre de sus confianzas se enderezaba, hiriente, acusadora, la realidad de su muerte. Una terrible muerte que, metiéndose muy adentro, crispaba su carne con crispaturas de espanto… El jefe de la seguridad no hallaba consuelo y una creciente inquietud lo roía por dentro. "¿Y si yo también cayera así?". Se estremeció. Este pensamiento fue más poderoso, más insistente que los demás. Tanto, que sólo la inflexible voz del jefe político, que se impuso a sus temores, lo sustrajo de su abstracción.

—¡Esto revela —gritó sin miramiento su superior— hasta qué grado están organizados esos hombres y convencidos de su impunidad! Ahora, más que nunca, urge dar con ellos. Pase lo que pase y cueste lo que cueste. Recuerde las palabras del presidente: "¡Hay que hacer la paz cueste lo que cueste!"… ¿Lo entiende usted?

El jefe de la seguridad lo entendía bien. ¡Vaya si lo entendía! Lo entendía tan bien que terminaba por no entender nada.

Nuevamente el jefe político citó al presidente:

—¡Qué diría de nosotros si se enterara!"…

El jefe de la seguridad se aterró. Él sabía que la mano del presidente, como la garra de una bestia carnicera, no se detenía ante nada. Allí estaba la muerte de Madero, la del senador Domínguez, la del diputado Rendón… Y las menos notadas, pero no por eso menos reales, de aquellos que entre las sombras de la noche y en los

cruces de todos los caminos morían resignados, estoicos, soñando reconquistar la libertad atropellada… Un temblor irrefrenable sacudió su cuerpo. ¡La mano del presidente alcanzaba a todas partes!

El jefe político lo increpó sin consideración:

—¡Diga algo! ¡Está usted haciendo el idiota desde hace rato! ¿Por qué su silencio? ¡Hable de una vez!

Sobreponiéndose a su miedo, el jefe de la seguridad aventuró:

—Conviene madurar un nuevo plan, estudiarlo perfectamente, antes de iniciar cualquier acción. Me resisto a adelantar opiniones y a fraguar hipótesis absurdas.

Comprendió que aquellas palabras, expresadas exclusivamente para esquivar toda explicación, tuvieron eficacia. Lo intuyó así por el cambio operado en el rostro de su jefe, cuyos músculos, antes tensos, se aflojaron de repente. Bastó con ello para sentirse a cubierto de peligros. Se engalló, recobró la confianza en sí mismo y propuso con firmeza:

—Me entregaré por entero a la tarea de organizar lo conducente y luego lo sujetaré al claro examen de usted.

El otro depuso su enojo. Una oleada de sangre afluyó a su rostro lívido y adelantó, en seguida, con insegura convicción:

—Es en este barrio, tan mal afamado, donde hay que buscar el rastro. Algo me sugiere que es allí donde se oculta el asesino. No deje usted de pensar en ello y de atacar, con energía, la solución del enigma. ¡Va en ello nuestra vida!

El jefe de la seguridad no quiso comprometerse ni perder la repentina ventaja adquirida, después de haber conseguido escapar mejor librado de lo que esperaba de la tempestad que se cernía sobre su cabeza. Volver a las conjeturas era exponerse, otra vez, a la furia de su superior. No obstante, tampoco quiso callar.

—Lo tendré presente —prometió—. No olvidaré sus juiciosas recomendaciones, ni dejaré de buscar cualquier huella por inverosímil y confusa que parezca.

De súbito, el jefe político indagó:

—¿Cómo se llama aquel tipo cuyo nombre encabezaba la lista que entregué a Mendoza?

Revolvió con mano febril sus papeles y dio con lo que buscaba. Leyó con la vista el nombre que tenía delante, meditó con calma como para hacer memoria y entre dientes dijo:

—Shakespeare.

Intempestivamente lanzó una carcajada.

—¡Modesto el tipo! ¿No?

Se dirigió al jefe de la seguridad que lo observaba complacido.

—¿Recuerda? Hablo del anarquista. De ese perdulario que trasnocha por la ciudad, a diario, acompañado de vagos y marineros que celebran sus desplantes… El otro, Guzmán, no es tan peligroso.

Clavó sus ojos en su subalterno, iniciando una serie de interrogaciones que insinuaban una acusación.

—¿No le sugiere a usted nada este nombre? ¿No es él, ese Chakespeare, quien como el otro vive en el barrio en donde fue asesinado Daniel Mendoza y a quien éste se había decidido a espiar? ¿Por qué no puede ser él, entonces, quién lo mató? ¿Qué piensa usted? ¡Explíquese! ¡No disimule sus pensamientos! ¡Deje de mantener esa estúpida actitud que ha adoptado desde que llegó aquí y que no ayuda a nada!… ¡Hable!…

De nuevo el jefe de la seguridad sintió estallar, sobre su cabeza, la tormenta. Y viéndose a merced del alarmante desenfreno de su jefe, que le hacía perder el terreno ganado con anterioridad, aceptó:

—No dejaremos de la mano a Shakespeare… ¡No lo dejaremos! —repitió subrayando la expresión para darle mayor énfasis a su ofrecimiento. Y como no le pareciera suficiente, reconoció con melosa actitud—: Es posible, como usted sugiere, que ese loco tenga en su poder la clave de este maldito asunto.

Al acabar, una angustiosa y sofocante opresión deprimía su pecho.

¿Qué era Shakespeare para él?

Sólo una sombra, un poético apodo con que se señalaba a un hombre misterioso, casi irreal, intangible como el viento, que a esa hora, ya avanzada la mañana, comenzaba a soplar nuevamente del sur, empujando el rumor de las olas y el sabor del mar hacia la ciudad. Los dos acongojados funcionarios quedaron uno frente al otro, sin decir más, como temerosos de expresar en voz alta sus tenebrosos pensamientos.

Chespiar, entretanto, se sentía invadido también por no pocos temores. La noche anterior, después de recomendar a las mujeres del barrio que no se dieran por enteradas de la muerte de Daniel Mendoza, todo se le reveló de golpe. El rostro amarillento de aquel hombre, más amarillento aún a la luz del cielo claro, le dio la clave de la cuestión. Durante los últimos días había topado con él, re-

petidas veces, en su camino. Primero fuera del barrio, después allí mismo, dentro del perímetro de sus paredes. Fue al principio una imagen vaga, indefinida, que poco a poco se grabó en su cerebro. Después los rasgos de aquel hombre se le hicieron familiares.

Precisamente, el día anterior, había prevenido a Roberto Guzmán:

—Anda por aquí un hombre desconocido y ajeno al barrio. Tu padre y yo, he podido comprobarlo, somos el objeto de su curiosidad… Que no se descuide Guzmán. ¡Adviérteselo!

Era ese mismo hombre que ante su analítica mirada yacía tendido allí, debajo del cielo indiferente, en un charco de lodo y sangre.

Sus recuerdos se fueron haciendo concretos, como si su retina revelara de pronto, en el cuarto oscuro de su cerebro, escenas que en apariencia le pasaran inadvertidas, pero que captara, realmente, con fidelidad.

Un papel que tomó de la cartera del muerto lo confirmó en sus conclusiones. Su nombre y el del padre de Roberto Guzmán estaban escritos en él. Aquel hombre, como lo reconoció desde el primer instante, era el mismo individuo cuyos fortuitos y repetidos encuentros ahora se le hacían presentes. No abrigaba dudas al respecto. Sin embargo, había algo turbio en su muerte que lo desasosegaba.

Chespiar daba vueltas al asunto, sin hallarle satisfactoria explicación.

¿Quién era la mujer complicada en este enredo?

A Chespiar, a su penetrante mirada y a su fina sagacidad, no podían pasar inadvertidos ciertos síntomas y algunos hechos que la postura postrera del cuerpo de Daniel Mendoza no llegó a disfrazar. Sus ropas en desorden; su gesto sensual dominando la desesperación de la muerte; todo en él denunciaba la irrupción de quien lo matara en un minuto impensado e imprevisto. *Chespiar*, además, descubrió, borrándolas con disimulo, las señales de otros pies, de otro cuerpo cuyos movimientos acusadores quedaron grabados con el temor y el cuidado de quien se propuso actuar, sin ser sentido, sobre la menuda arena…

"Pero ¿quién?... ¿La Muda acaso?"

Se resistió a creerlo. Mas los hechos la acusaban. Sus deducciones se complicaron y se perdieron, pese a las tentativas para evitarlo, en una urdimbre de incertidumbres. Buscó a la Muda a su alrededor

y no pudo localizarla. Sus sospechas tomaron cuerpo y se convirtieron en realidad.

"¿Quién otra podía ser?"

De pronto la descubrió a sus espaldas, con su mirada mansa y azul clavada en los vidriosos ojos de Daniel Mendoza, sin revelar el más leve síntoma que la acusara. Ella, sólo ella, en medio de los emocionados espectadores que la rodeaban, se mantenía inalterable, como si nada le importara el macabro espectáculo que tenía delante.

Chespiar dio media vuelta, girando con lentitud sobre sus talones; la miró de frente, cerca de sus ojos profundos; experimentó súbitos remordimientos y volvió a extraviarse en sus deducciones. En aquella mirada con que la Muda resistió la suya, sin pestañear, él leyó lo que en su corazón sucedía. Y entonces la interrogación resurgió acuciante en su mente atormentada.

"¿Quién?"

Echó una póstuma mirada al cadáver de Daniel Mendoza y retornó al lado de Eladio el Gachupín, que incansable continuaba trabajando.

Eladio interrumpió su labor.

—He olvidado participarte algo —dijo.

Chespiar se sobresaltó.

Eladio fingió indiferencia.

—Un barco gringo anda por allí…

Sus dedos señalaron el rumbo del mar que, bajo el cielo infinito de la noche, se extendía, a lo lejos, impresionante en su grandeza.

—Lo vimos todos —reanudó el Gachupín admirado de no obtener respuesta. Pasó de largo hacia el sur, pero nadie duda que volverá. Hay quienes afirman haberlo visto pasar frente al puerto en varias ocasiones. Esto los alarma…

Chespiar se olvidó de Daniel Mendoza. Aquello le hizo recordar que, noches anteriores, un marinero yanqui le había lanzado en su embriaguez esta amenaza:

—Son ustedes unos desordenados. Necesitan de manos que los conduzcan. Sólo así se aplacarán… Aprendan a Cuba, a Panamá… Ésos, bajo nuestra custodia, trabajan y prosperan. Y todo nos lo deben a nosotros. ¡Haremos igual aquí!

El marinero, del oeste de los Estados Unidos, dragoneó:

—¡Peor fue la conquista de mis tierras! Y a pesar de ello las dominamos, sometiéndolas a nuestra voluntad. Ahora nada supera

a la riqueza de aquella región de América, construida con nuestros puños sobre desiertos, rocas y montañas. ¡Eso se necesita aquí!…

Eladio el Gachupín apuntó sus dudas.

—¡Quién sabe lo que busca! Tengo miedo a esas idas y venidas que nada bueno predicen. ¡No se olvide usted lo del *Maine*! Así perdimos Cuba. Mi padre murió en esa guerra. Y yo, aunque español, me resignaría con su suerte si Cuba fuera libre. Pero ya sabe usted: la verdad es otra.

Chespiar asintió con movimientos de cabeza, lentos, pero firmes. En seguida determinó:

—A mí no me interesan ni México, ni Cuba, ni Panamá. Yo no creo más que en el mundo que la anarquía ha de crear, para goce de la humanidad futura, en el día de su victoria.

Observó a Eladio de arriba abajo y aseveró con infantil regocijo:

—En el mundo de hoy todos, no lo olvides, todos son iguales. ¡Para qué preocuparme por eso!… Hay, con todo, un hecho: no se somete fácilmente a millones de seres humanos que aman su libertad. Pero ¡allá ellos! ¡Nosotros, con gringos o sin gringos, no somos sino esclavos!

Eladio el Gachupín no daba muestras de estar muy convencido de los argumentos de Chespiar, quien se retiró conturbado por las ideas que lo acosaban.

A la siguiente mañana, en el cabal momento en que el jefe político dialogaba con el jefe de la seguridad sobre la muerte de Daniel Mendoza, Chespiar se encaminaba hacia el puerto, que bullía tumultuoso.

Al entrar en los muelles un persistente olor a alquitrán, alcohol y marisma, invadió sus pulmones. La bahía reverberaba como un ascua bajo los rayos del sol que incendiaba el piso bajo sus pies.

Chespiar anduvo durante largo rato sorteando cajas, saltando fardos, evadiendo barriles que rodaban de un lado a otro y burlando la amenaza de la carga suspendida sobre su cabeza que los barcos arrojaban de sus bodegas. Los brazos musculosos de los trabajadores movían los bultos, los echaban arriba de las carretillas y los conducían a los cercanos almacenes, en los que, ya pletóricos, no cabía más.

No obstante, la cara continuaba inundando los muelles hasta impedir el paso.

De repente, como si hubiera hallado lo que buscaba, Chespiar se detuvo. Se dirigió luego a un callejón lateral formado por dos paredes de cajas de madera que esperaban su turno para ser arrastradas a los almacenes y llamó al padre de Roberto Guzmán que, arrebolado, con la frente y la cara perladas por gruesas gotas de sudor, se apresuró a seguirlo.

—¿Qué hay? —jadeó éste sorprendido por la presencia de Chespiar en tal lugar y en horas tan desacostumbradas.

La admiración de Guzmán era explicable. Siendo habitante del propio barrio y constituyendo Chespiar y él la excepción del mismo, apenas si cruzaban palabra. Un incierto, impreciso sentimiento de frialdad, los mantenía fuera de trato. Únicamente en otra ocasión, que Guzmán no olvidaba, cruzó algunas frases con el hombre que tenía enfrente.

Fue al otro día del asesinato del presidente Madero. La noticia se hizo pública y su desbordante e indominable odio lo empujó a la confidencia de que pronto se arrepintiera, cuando Chespiar lo defraudó con la confesión de su anarquismo.

—¿El gobierno de Madero? ¡Qué más me da! Yo no creo en los gobiernos, ni en las patrias, ni en ninguno de esos términos embusteros que algunos han inventado para medrar a la sombra y sobre el dolor y la miseria de los otros.

Y yendo más allá del sangriento y vergonzoso hecho que Guzmán comentaba, volcó su corazón.

—Mi patria está aquí, en este barrio cercado por tan limitadas y estrechas fronteras. Y mi humanidad se encierra en las paredes que lo circundan. Estos pescadores hambrientos, con sus mujeres y sus hijos, forman mi mundo, reducido y eterno a la vez. Tenga por verdad que esta miseria que usted descubre ensañándose contra ellos se reproduce a lo largo y a lo ancho de la superficie de la tierra. ¿Para qué he de salir de aquí? ¿Huerta? ¿Madero? Todos pertenecen a la misma calaña. ¿La patria? Escuche, la patria es esta realidad: el hombre devorado por el hombre, royéndole las entrañas como el buitre a Prometeo encadenado… ¿Qué tengo yo que ver con eso? Yo aspiro, si acaso aspiro a algo, a un mundo sin amos y sin esclavos, sin gobernantes ni gobernados, sin fronteras que lo seccionen y que separen a los hombres con hitos y mojones según su color, su lengua o su raza, en una clasificación monstruosa y convencional.

"No negará usted que es el mío un hermoso sueño y que, sólo por soñarlo, es bella la existencia".

El padre de Roberto Guzmán se consideró en la antípoda política de aquel hombre del que hasta entonces instintivamente se alejara. ¿Un anarquista? Sí; un anarquista con el que nada tenía, necesariamente, qué tratar.

Guzmán ni lo meditó siquiera. Su rechazo al anarquismo era orgánico. Él creía en la patria, en el dolor del nacer y en parto que la había creado, y en la alegría de redimirla con el holocausto de su sangre si preciso era. Y reclamaba para ella otra cosa que no ese régimen sanguinario que en días como los que vivían la sojuzgaba. Su mundo nacía en las márgenes del Río Bravo, se extendía hasta las del Suchiate y pasaba de un mar a otro atado a su viejo drama del que quería liberarse. Esa tierra, conjunción física y espiritual, a despecho de sus dolores, no era, según su pensar, una simple esperanza. Era una realidad geográfica sobre la cual se sentaba un hecho histórico en el que, queriéndolo o no, participaban ellos. Hombres como Chespiar contribuyeron a disminuir, años antes, esta realidad geográfica que se vio obligada a defenderse tras los límites naturales de las corrientes del Bravo.

¿Qué lazo podía unirlo a aquel anarquista cuyas aspiraciones humanas emocionaban y llenaban el corazón saturándolo de ilusiones, pero cuyos pensamientos desorganizados conturbaban el cerebro y lo impregnaban de pesimismo?

Guzmán se devanaba los sesos y juicioso en sus decisiones, entendía que lo que lo separaba de Chespiar, terca, irreconciliablemente, no eran sus hermosos sueños de futuro que admiraba con admiración emotiva y fraternal, sino el presente inquieto, preñado de asechanzas en el cual vivían y del que no existían probabilidades de fugarse y un modo distinto de entender las formas en que el mundo del propio Chespiar habría de construirse, de cara a este presente concreto e inevitable que urgía modificar. Chespiar, éste era su error, quería marchar de lo abstracto a lo concreto, mientras él, más objetivo ante la realidad, prefería caminar en sentido inverso.

No obstante, cuando Huerta llevó al barrio su saña insatisfecha y su odio implacable contra los hombres que lo habitaban, un sentimiento semejante los colocó juntos, estrechados en la propia defensa de los suyos frente a los esbirros del tirano. Y un día, en la

Junta Revolucionaria, se hallaron los dos colocados ante el enemigo presente y común.

El padre de Roberto Guzmán creyó en una rectificación del otro. Chespiar lo desengañó.

—Celebro encontrarlo en este sitio —expresó—. Nada ha cambiado, sin embargo, en mí —continuó para cortar el vuelo de las ideas de Guzmán—. Sigo pensando igual que siempre. Estoy contra Huerta, porque Huerta agrede a los habitantes de mi pequeño y sufrido mundo… ¿Lo demás? Eso me tiene sin cuidado. Ayudaré a aplastar a una alimaña ponzoñosa; pero persistiré, apegado a mi pensamiento, esperando que el mundo a que yo aspiro nazca algún día y crezca y se aclimate entre los hombres. No me interesa Carranza, repito, como no me interesó Madero, más que en aquello que coincide con mis afanes iconoclastas.

Una sonrisa irónica que se diluyó en un gesto indefinible asomó a sus labios.

—Sé que usted y yo estamos colocados en polos opuestos y admiro su fe en este presente despreciable y odioso. Eso justifica su existencia. La mía no tendría justificación si no viviera esperanzado en el futuro. Por hoy no trato sino de destruir, lo que es una misión, no lo negará usted, peligrosa, pero útil.

"¿No es, por ventura, ese afán destructor de los niños su menor anhelo? Lo otro, lo que los amaestra como a un perro, a un gato o a un caballo, eso no me interesa —confesó sardónicamente—. El constante reprimir los impulsos destructores en el hombre lo transforma en una mansa bestezuela que al llegar a la edad adulta ha sido castrada ya de su natural vigor."

El alejamiento de Guzmán fue definitivo. Sólo por el afecto que su hijo experimentaba por Chespiar y por su reconocida calidad humana era que consecuentaba ocuparse de lo que éste decía y de lo que hacía. Más invariablemente, al referirse a él, empleaba un tono sarcástico y zumbón que estimaba justo.

—¿Qué dice el viejo? —interrogaba a su hijo, recargado en el sustantivo un énfasis de estudiado desprecio que a Roberto Guzmán lo ponía fuera de sí.

¿Qué querría ahora este hombre de él?

Chespiar no se anduvo por las ramas.

—¿Sabe lo de anoche? —le arrojó a boca de jarro con violenta voz que burló todos los ruidos del puerto.

—Algo supe, lo que se decía públicamente —satisfizo Guzmán, evocando el relato de su mujer sobre la muerte de un desconocido en el barrio.

—¿No se enteró usted de la personalidad del muerto?

Guzmán hizo un gesto de ignorancia. Chespiar le participó con inquietud que no pretendió ocultar.

—Aquel agente de seguridad que andaba tras de mí y el cual, como se lo participé a Roberto, corría igualmente en pos de usted.

Guzmán se interesó por el caso. Solicitó detalles que Chespiar no estuvo en condiciones de satisfacer, y le dio al final algunas referencias, haciendo un retrato físico de su perseguidor, que su interlocutor identificó, también, con Daniel Mendoza.

—Es el mismo —corroboró Chespiar seguro de lo que opinaba, mientras Guzmán seguía hablando y haciendo consideraciones no desencaminadas de la verdad.

Para él todo tomaba forma y lo convencía de que un inmediato peligro gravitaba sobre la Junta Revolucionaria y los hombres con quienes se había relacionado en la ciudad. Su preocupación adoptó caracteres físicos, se concretó sobre cuerpos y rostros y se desbordó en una lacerante interrogación.

—¿Piensa usted que no habrá otro agente enterado de este asunto?

Chespiar ya había meditado en ello, pero nada podía aseverar.

—Lo ignoro —denegó, dominado por honda inquietud—. Lo que sí me atrevo a decir es que alguien, impulsado por los celos, nos ha prestado un positivo servicio.

"¿Quién? Nada nos interesa averiguarlo. Si fuéramos nosotros los jefes de la policía, podríamos recomendar: ¡búsquese a la mujer! Pero por fortuna no es nuestra misión la de localizar al hombre justiciero que acabó con nuestro perseguidor, sino la de descubrir si este tipo era o no el único enterado de nuestras actividades."

Chespiar se interrumpió y extrayendo del bolsillo el papel encontrado en la cartera de Daniel Mendoza, lo desdobló cuidadoso, señalando con el índice de su mano derecha los nombres subrayados de uno y otro.

—Alguien habrá, además de éste, enterado de nuestros nombres —expresó Guzmán—. Urge, antes de que sea tarde y se reorganice el espionaje, avisar a nuestros compañeros.

—Así pienso yo —coincidió Chespiar— y por eso estoy aquí.

Guzmán experimentó vivos remordimientos por su animosidad contra su vecino de barrio, sin conseguir deponer, sin embargo, su ceño adusto ni su natural prejuicio para tratarlo.

El sol ardía encima de las aguas de la rada y en la superficie de las blancas cajas que invadían los muelles. De una desbordante lingada que uno de los barcos arrojara sobre el muro de piedra, cayó una caja esparciendo un penetrante olor a alcohol en el enrarecido viento de la mañana. Guzmán tomó un cacharro de hojalata en sus manos, dio unos pasos hacia donde la caja derramaba su contenido y lo colocó debajo del hilo verde que escurría del interior de la misma, mientras otro la sostenía en alto.

—¿Gusta?

Chespiar aceptó sin aspaviento, apurando el líquido ofrecido, que dejó en su gaznate un dulce y acre sabor a la vez. Cuando hubo terminado, expresó auscultando el semblante de su compañero:

—Hay más…

Guzmán lo miró atento.

—Un barco gringo, de los de guerra, anda por allí…

Su mano, como la de Eladio, señaló rumbo al mar, que se hacía ancho y lejano.

Guzmán sufrió un nuevo sobresalto. Una sombra oscureció su frente, en la que brillaban aún algunas gotas de sudor.

—Esto sólo nos faltaba —comentó—. Los cuervos rondan su presa.

—¿Qué pretenderán?

Guzmán no respondió y se podía afirmar que tampoco había escuchado la pregunta.

Chespiar hizo entonces referencias a las palabras de aquel marinero ebrio que le hablara de la prosperidad de Cuba y Panamá y del desarrollo del Oeste norteamericano.

Guzmán lo interrumpió, encolerizado.

—¡Ah, conozco el cuento: el garrote para México como para Cuba y Panamá!… Si en casa del vecino hay escándalo, aunque el escándalo lo hayamos provocado nosotros, entremos en casa del vecino para someterlo al orden… Usemos, para imponerlo, el garrote… y así, con un orden implantado con tan convincentes argumentos, Wall Street está a sus anchas… ¿Cuba?… ¿Panamá?… No será tan simple aplicar la receta a México… México no es sólo una entidad geográfica: es también un símbolo al que es peligroso atropellar…

—¿Lo intentarán?

—¡Oh, no lo dude! ¡No olvide que fue Wilson, y no otro, quien asesinó a Madero! Ni Huerta ni Blanquet. Ésos fueron los instrumentos materiales para consumar el crimen. Pero fue la torva, la sombría alma del embajador yanqui, la que fraguó el atentado y armó el brazo mercenario de los criminales

Meditó ligeramente y subrayó:

—Las cosas no han cambiado tan de improviso para que podamos esperar diferente trato…

—¿Entonces?

—Estemos prevenidos contra lo peor, contra lo más desagradable. Los cuervos no rondan su presa sino para hincarle el pico. ¿Cuándo será esto? ¡Quién lo puede adivinar! ¡Hoy, mañana, pasado!… ¡Pero si ellos andan por aquí, algo se nos espera! ¡No lo dude!

Chespiar escuchaba atento. Guzmán retornó al asunto que había llevado al otro allí.

—¿No fue usted ayer allá?

Chespiar explicó cómo primero la operación de pesar el pescado y luego la muerte del soplón lo retuvieron en el barrio todo el día anterior. Después hizo volver el diálogo a la cuestión de los barcos extranjeros para decir:

—Corre por la ciudad una noticia alarmante: la de un incidente entre soldados huertistas y marinos yanquis en Tampico. No se sabe a punto fijo en qué consistió. Probablemente, hoy queden en claro los hechos. Hay que ir allá… pero adoptando toda clase de precauciones.

Al fin se despidió. Salió del laberinto formado por la carga acumulada a su alrededor y se llenó los pulmones del turbio olor a marisma, alcohol y alquitrán que nacía en el puerto y que el fuego del sol hacía irritante. Burlando obstáculos con agilidad increíble en él, se le oyó cantar:

> El que en el bosque umbroso
> quiera gozar conmigo del reposo
> y unir sus tonos suaves
> al melodioso trino de las aves,
> venga aquí, venga aquí, venga a mi lado…

VII

Chespiar no se equivocó. Su instinto, más que su razón, lo hizo descubrir que era perseguido. Primero no fue sino eso: una reacción instintiva; más tarde, una seguridad absoluta que se concretaba en dimensiones físicas, en un rostro burdo y persistente y en unos pasos cautelosos que se hacían sentir, sobre todo, en los sitios menos frecuentados. Disipadas sus dudas. Se detuvo unos instantes, en un cruce de calles, como indeciso del camino que debía tomar; después repitió la misma maniobra, fingiendo leer la nomenclatura de la ciudad y al fin en un aparador por cuyos brillantes cristales acechó los movimientos del hombre que lo perseguía.

Decidido a encararse al peligro que lo amenazaba, desanduvo el camino recorrido con pasos largos y ligeros para no dar tiempo a que el otro se retirara. Llegó hasta él, aparentó haber decidido otra cosa, e hizo un alto ante aquel hombre que, cogido por sorpresa, no supo qué partido elegir.

Sus miradas se cruzaron con la misma velocidad con que un relámpago cruza en el espacio, pero eso bastó para que Chespiar recordara ahora que ya antes, sin precisar cuándo, había visto aquellos ojos taimados y huidizos que evitaban mirar de frente.

Fue ese mirar de soslayo lo que le dio la certidumbre de haber visto ya esos ojos con anterioridad. ¿Cuándo? Chespiar se olvidó por algunos minutos de su condición de acosado y del peligro en que se hallaba para dedicarse a la esforzada tarea de definir dónde, cuándo y en qué circunstancias había visto ya aquellos ojos.

De pronto la nube que se formaba en su cerebro se disipó y su pecho se distendió a sus anchas. Los hechos se hicieron lúcidos y como si el verdadero problema para él fuera ése, Chespiar experimentó una desbordante alegría que se le reflejó en el rostro. Chasqueó los dedos y echó a andar nuevamente delante de su perseguidor, que lo observaba terco, con la cazurra mirada con que el gato acecha al ratón.

Entonces le asaltó un pensamiento maligno que lo regocijó por anticipado. Ideó una jugarreta y la puso en ejecución. Caminó de un sitio a otro de la ciudad, recorriéndola en todas direcciones. Chespiar parecía infatigable y su perseguidor, tras él, sudaba a mares bajo la crudeza del sol que escaldaba. Así anduvo una, dos, tres horas, hasta que él mismo se sintió fatigado. Se dirigió en seguida

a una taberna de las muchas que por el rumbo de los muelles había y condenó a su perseverante sombra a sufrir el suplicio de la espera. Un vaho denso y agrio, mezcla de alcohol y respiraciones humanas, se expandía en el estrecho recinto y escapaba a la calle.

Chespiar abrigó la certeza de que aquel hombre lo había seguido hasta los muelles. Que lo había visto hablar con Guzmán escondido quién sabe dónde. Recordaba perfectamente esos ojos hipócritas y evasivos que al salir del barrio se cruzaron con los suyos, rehuyendo su mirada. Chespiar había comprobado ese tipo de mirada, con frecuencia, en los cobardes y los soplones. Aburrido de permanecer inactivo y satisfecho de su jugarreta, salió a la calle y retornó al barrio. El sol volaba a ocultarse. Quiso prevenir a Guzmán de lo que acontecía, pero antes de llegar al barrio, otros hombres, cuya facha le reveló su oficio, se atravesaron en su camino. En realidad, él había esperado aquello desde mucho antes. Y si alegó enardecido y en voz alta con sus aprehensores, fue sólo para que quienes lo conocían, comunicaran a los habitantes del barrio su detención. Terminada la disputa, a lo largo de la cual él reclamó respecto a sus derechos ciudadanos conculcados, se dejó conducir por aquellos hombres, a los que se había incorporado ya el tipo que durante el largo recorrido de aquel día lo persiguiera.

A la vista de su rostro arrebolado, hasta la congestión, Chespiar recobró su buen humor. Vio al fondo de aquellos ojos que ahora no lo rehuyeron y leyó en ellos vulgaridad y estupidez. Concluyó que aquel hombre cerrado y obtuso era incapaz, por su propia necedad, de albergar en su alma, ni bondad, ni maldad.

Sus pensamientos torcieron su curso al ser invitado a penetrar al interior de las oficinas municipales. Supuso que sus custodios lo conducirían a la cárcel y que tarde o temprano, más temprano que tarde, sería internado en las galeras de la ciudad. Reconoció su error. Los agentes los condujeron al despacho del jefe de la seguridad, quien sin decir palabra, lo llevó ante su superior. Ya frente a éste, los hechos tomaron, burlando sus previsiones, un sesgo inesperado.

El jefe político lo examinó con curiosidad apenas disfrazada, y cruzando con el jefe de la seguridad un furtivo gesto que Chespiar no dejó escapar, dio principio a un interrogatorio, cuyo fin adivinó éste.

—¿Cuál es su nombre? —dejó caer con voz cortante el jefe político clavando en Chespiar una inquisitiva mirada que el interrogado sostuvo sin pestañear.

La pregunta la había previsto. No sabía por qué, cuanto interrogatorio había sufrido, comenzó siempre así. Podía decir cuál sería la otra. Entonces, con voz enérgica, que repercutió entre las paredes del despacho, respondió:

—Shakespeare…

—No; no hablo de su apodo, sino de su nombre verdadero.

—Nadie me llama por otro nombre que no sea el que he manifestado. Y yo mismo, que soy el aludido, considero que ninguno otro me corresponde con mejor derecho que éste con que soy, de todos, conocido.

—Bien. No olvidaremos su rebelde gesto. Pero díganos: ¿su oficio?

—Traductor y guía…

—Ignoro tal oficio…

—No es extraño. Hay gentes que desconocen todos los oficios, pero aprovecha, en cambio, todos los beneficios.

El jefe político mudó de color. Reponiéndose, continuó:

—¿Cuáles son sus ideas?

—¿Mis ideas?

Chespiar adoptó una actitud equívoca.

—Mis ideas son tantas y tan complicadas, que no bastarían muchas horas para exponerlas con amplitud.

—Hablo de sus ideas políticas.

—¡Ah!

Chespiar lanzó esta vaga exclamación y paseando sus ojos por las caras que lo rodeaban, subrayó con enfática entonación:

—Tengo a honor ser un ácrata…

—¿Un qué?

—Un ácrata, señor. *Mi realidad no está aquí*… Mi mundo, como el de Jesús, que fue un ácrata también, no es este mundo de hoy. Pero algún día vendrá. Y entonces yo no seré traicionado como él, porque ese día los hombres podrán vivir como les venga en gana, sin que su dignidad se vea ultrajada ni su decoro humillado con un acto como éste. Lucho, para que usted me entienda, por la destrucción de este presente bochornoso y transitorio y espero que

sobre sus escombros se levante, en un cercano día, el mundo de la libertad.

—Confiesa usted, pues, pretender perturbar el orden existente en el país y querer la destrucción del régimen de la República.

Chespiar no se dejó atrapar.

—Confieso lo que he confesado —rebatió con áspera voz—. ¡Y no otra cosa! Quiero que el mundo todo, el mundo actual, se venga abajo. El gobierno de la República, como lo sabe usted, no es sino una rueda de una enorme maquinaria que se derrumbará también.

—¿Entonces?

—Entonces… ¡lo que he expresado!

El jefe político tuvo la sensación de que estaba haciendo el ridículo. Se desesperó por su torpeza para confundir a aquel hombre al que deseaba acorralar e hizo una señal al jefe de la seguridad, quien adelantándose hacia el detenido, intervino en el interrogatorio.

—¿Sabe usted por qué está aquí? —sugirió, creyendo haber acertado con el medio para hacer incurrir en falta al interrogado.

—Espero que se me aclare.

Chespiar dio cara a su nuevo enemigo y midió, con rapidez, su insignificancia. Se sintió ultrajado por la ruindad de sus adversarios y pensó en otra ocasión, cuando en su borrosa niñez estuvo igualmente bajo la estulticia de un tipo semejante a éstos.

"¿De qué se me acusaba entonces? ¡Ah, sí, de robo!"

Ahora descubrió que fue, desde ese día, cuando nacieron en él sus ideas anarquistas. Quiso recordar su real delito y se olvidó del jefe político, de los agentes y del jefe de la seguridad que hablaba y hablaba sin interrumpirse.

Chespiar padecía con frecuencia este fenómeno de introversión. Al principio no obedeció a otro afán que el de ejercitar su memoria. Con el tiempo se convirtió en un hábito. Gustaba desvanecer las sombras de su cerebro de igual modo que observar el minuto en que el sol rompía las negras gasas del cielo y hacía luz sobre la tierra.

"¿Qué había sido aquello?"

El jefe de la seguridad interrumpió sus meditaciones al oírle una confusa frase que él creyó ligada a su largo discurso en el que la moral, el orden, el gobierno y la República, ocuparon un sitio primero y único.

—¿Conviene usted conmigo?…

—No. Convengo únicamente en lo que he expresado. ¡Soy un ácrata! ¡Un ácrata, no lo olvide usted! Un hombre, para decirlo concretamente, que desea el reinado de un mundo y de una humanidad en los que ustedes no tendrán nada que hacer.

—Todo eso es esquivar la cuestión. Fije sus conceptos: ¿qué querría usted para su mundo y la humanidad que lo habitara?

Chespiar, con un gesto si no despectivo, se dirigió al jefe de la seguridad y refunfuñó malhumorado:

—Le daré gusto, aunque temo que no me entienda. ¿Conoce usted la respuesta de Diógenes a Alejandro? —Guardó silencio en espera de que su pregunta fuera satisfecha y convencido de que ninguno de los circunstantes era capaz de hacerlo, concluyó su pensamiento—: Eso es lo que quiero para todos los seres humanos que vivimos sobre la superficie de la Tierra: que nadie nos obstruya del sol…

El jefe de la seguridad miró al jefe político con mirada de complicidad y encogiéndose de hombros esperó a que su superior juzgara. El jefe político voló en su ayuda, barruntando que aquel tipo que tenía delante no era sino un loco infeliz al que había, de todos modos, que aprovechar para descubrir a los demás. Evocó sus recomendaciones a Daniel Mendoza: "Por el hilo se llega al ovillo". Y de pronto consideró a aquel cuerpo humano como un hilo que se alargaba indefinidamente hasta no alcanzar fin. Mas luego, como repentino optimismo, descubrió que el hilo tocaba el ovillo y a Chespiar, ahora sí, conduciendo a sus agentes hasta el nido de los conspiradores.

Se frotó las manos de contento pasando con celeridad de la desesperación a la alegría. Una atrevida idea surgió en su mente. Pondría en libertad a aquel lunático para sujetarlo a estrecha vigilancia y conseguir así el resultado apetecido. Quiso, antes de decidirse, probar otra vez.

—¿Qué sabe usted de ese hombre asesinado en el barrio en que usted vive? ¿Lo conocía?

Chespiar no se inmutó. Se había tardado la pregunta. Y erigiéndose en interrogador aventuró:

—¿Supongo que no pensarán ustedes que fui yo quien lo asesinó? Un soplón es un soplón, y yo una gente que se respeta en sus tratos con sus semejantes.

El jefe político y los hombres a sus órdenes se rebulleron en la pieza cambiando de sitio y experimentando una creciente impresión de malestar buscaron cómo dar fin a la fastidiosa escena.

—Parece —advirtió el jefe político— que rehúye usted encararse a la cuestión.

—¿A qué cuestión? Aún no sé de qué se trata…

El jefe político se halló desarmado mientras el jefe de la seguridad injuriaba, en su fuero interno, a aquel estúpido Daniel Mendoza, cuya muerte echara a rodar todo y a quien culpaba de este mal trago que lo atormentaba como si fuera él quien estuviera obligado a responder del delito que se perseguía. "¡El imbécil!". Y queriendo liquidar el enojoso espectáculo se acercó a su jefe para sugerirle lo que el otro, por motivos semejantes, tenía pensado.

El jefe político, ya predispuesto, coincidió con él. Pero quería que aquel hombre, a quien trataba de someter a su mal parada autoridad, dejara esa sala con la convicción de que era solamente a la fortaleza, no a la debilidad del régimen que ellos representaban, y en particular a su corazón generoso, a lo que debería su libertad.

—Puede usted albergar la firmeza de que el gobierno de la República se asienta sobre bases inconmovibles y de que quienes a él servimos regulamos nuestras acciones obedientes a nuestro espíritu cristiano.

Chespiar levantó la vista pasmado de tanta audacia y a punto estuvo de reprocharle la muerte, el encarcelamiento, la prisión y las deportaciones de los cientos y millares de ciudadanos pacíficos, de trabajadores honrados y de humildes campesinos a quienes ellos, engranes de la maquinaria oficial, condenaban diariamente a la esclavitud. Evocó al Viejo de la Panadería y al joven cuñado de Luis, hijos del barrio, perdidos quién sabe en qué rincón del país o comidos ya, probablemente, por los animales carniceros abatidos sobre los despojos de algún campo de batalla.

El jefe político no pudo traslucir los pensamientos de Chespiar, pero sí entendió que el efecto de sus palabras era contraproducente, y poco dispuesto a que la escena anterior reviviera con todo lo que de denigrante tenía para su autoridad, volvió a la carga decidido, como eran sus deseos, a terminar.

—Una prueba de mi aserto —insistió— la tiene usted en el hecho de que, aunque su existencia es la existencia muy poco clara de

un trashumante ligado en sus turbias ocupaciones con la existencia de mil tipos sospechosos, queda en libertad.

Chespiar no se turbó en lo más mínimo, como si aquella noticia le fuera indiferente. No obstante, sufría avidez de aire, de mar, de libertad para moverse y andar, y disfrutar del cielo y las estrellas, y de la luna y el sol, y de la inmensidad del espacio en que él se movía a sus anchas. Creyéndose encerrado para largo tiempo no dejó de gozar íntimamente con lo que el jefe político le comunicaba, pero su alegría no impidió que viera al fondo de su situación y entendiera los reales móviles a que se debía su fortuita libertad.

Y entonces pensó en sus amigos comprometidos con él en una tarea común e indivisible, y un sentimiento de solidaridad, que lo purificaba y daba alas a su esperanza, brotó con fuerza incontrastable en su corazón. No se inmutó, no. Menos ahora que bullía dentro de su alma aquella sensación de fraternidad que lo acercaba a sus amigos amenazados por un inmediato peligro, que lo empujaba hacia los incontables seres cuyos cuerpos se pudrían en las galeras y las mazmorras sembradas a lo largo de la geografía mexicana y lo aproximaba a los millares de muertos que constituían en esos amargos días el alimento de los cuervos.

—Puede usted retirarse —resolvió definitivamente el jefe político, agotado por el esfuerzo—. Y espero que sabrá estimar este gesto generoso de las autoridades del país.

Chespiar no se tomó el trabajo de contestar. Miró uno a uno a todos los presentes y salió del despacho del jefe político con paso más firme que cuando había entrado.

Afuera, la noche se adueñaba del espacio y las ondas cálidas del viento arrastraban las notas de las músicas de restaurantes y cafés. Un zumbar de voces volaba sin cesar y todo parecía estar en paz. Chespiar adivinaba, sin embargo, el drama interno de muchas de aquellas almas. Pasaba al lado de las gentes sin que lo engañara su artificial alegría y sin dejar de advertir lo que su ruidosa y superficial actitud quería esconder. "¡Ah, si mis ojos pudieran traspasar estos muros y estas paredes tan llenas de recuerdos…". Y así empezó a entender lo que Guzmán, el padre, tan obstinada y tesoneramente defendía.

Pero Guzmán no era el único, sino uno de los tantos que en Sonora o Yucatán, Sinaloa o Veracruz, luchaban por sus derechos ciudadanos abatidos y el decoro y la dignidad humana sojuzgados.

De la raíz de la propia tierra surgían, como él, otros hombres de cuya fraternidad no dudaba ya.

Sus ideas lo obligaron a pensar en sus compañeros de la Junta Revolucionaria, a quienes debía prevenir. Mas sabiendo que estaría vigilado, resolvió retornar al barrio en donde sus habitantes se hallaban preocupados por su suerte.

Intentó escapar de un grupo de marineros que venían de los muelles y se dirigían al centro de la ciudad por el mismo camino que él llevaba. No lo logró. Ellos lo reconocieron y lo arrastraron consigo. Su contrariedad duró poco. En los soportales, menos concurridos que otras noches, los marineros ocuparon varias mesas y Chespiar se sentó entre ellos. Las voces subieron de tono y él como que se sintió liberado de la violenta opresión que lo torturaba. Llegaron otros marineros acompañados de mujeres alegres y aquello se volvió una batahola.

Junto a Chespiar, un marinero dialogó con otro.

—¿Viste algo afuera?

—Sí; al Nebraska.

—¡Ah!, entonces no era el mismo.

—¿Había acaso más?

—Así lo creo. Nosotros encontramos, a la altura de Roca Partida, al Chester. Y lejos, sin estar convencidos de que perteneciera también a la flota yanqui, divisamos las grises siluetas de otros barcos.

—¡Demonio! Esto me da mala espina… ¿Qué dices tú?

—Ya imaginarás. El Mariguano lo enreda todo. Lo de Tampico está mal. Escuché a un oficial decir que las tropas huertistas detuvieron a unos marineros de una lancha gringa y que, aunque enseguida fueron puestos en libertad, los gringos exigen ahora una reparación y no sé cuántas zarandajas más.

—¿Crees que Huerta lo haga?

—¡Cómo lo puedes pensar! Las cosas se complican. La presencia de esos barcos que hemos visto hoy es el anuncio de algo que pronto ha de estallar.

—Mi hermano —lo interrumpió el otro— me escribió hace días. Han entrado ya a Torreón, aunque Velasco se defiende todavía dentro de la plaza. Pero pronto caerá si es que a estas horas no ha caído ya… Como recordarás, él está con Villa. Quería ser marinero igual que yo, pero un buen día se olvidó de eso para incorporarse a

la Revolución. Ahora opina que con Villa tiene mayores emociones que en el mar.

Sus palabras se apagaron bajo el escándalo de los marineros y las mujeres que los rodeaban. Chespiar, junto a ellos, hacía lo indecible para no perder palabra. El que aludiera a su hermano insistió:

—¿Qué opinan los oficiales tuyos?

—Ellos piensan que Huerta provocará una intervención para evitar su caída del poder. Hará una cuestión nacional del incidente de Tampico…

—¡Diablo de Mariguano! Esto está peor de lo que la gente supone…

—Y usted, ¿qué piensa?

La pregunta iba dirigida a Chespiar, quien, atento a lo que sus vecinos de mesa decían, se declaró impotente para opinar.

—¡Quién puede decir con certidumbre lo que Huerta prepara! ¿Quién de ustedes —deslizó— es capaz de determinar lo que cada uno de sus compañeros, ya en camino de la ebriedad, hará dentro de algunos minutos?

Los marineros rieron de la ocurrencia y la encontraron razonable. Pagaron lo que habían bebido y se retiraron acompañados de Chespiar quien aprovechó la oportunidad para abandonar aquel lugar en donde los vasos y las botellas empezaban a hacerse añicos contra el piso.

Los otros marineros quisieron detenerlo, pero él había echado a andar en medio de sus compañeros, que lo escoltaron hasta el barrio.

Chespiar podía jurar que estaba siendo vigilado; pero podía jurar también, más convencido de esto que de lo otro, que ninguno de sus perseguidores, por audaz que fuera, se atrevería a penetrar en los linderos del barrio.

—Bueno, Chespiar —bromeó uno de sus acompañantes—; no te vaya a suceder una desgracia…

Chespiar no pudo reprimir la risa después de las emociones de aquel día. Metido en su barrio, pese a las espesas sombras que lo rodeaban, se hallaba a cubierto de cualquier peligro. Sus compañeros lo sabían y por eso le gastaron aquella ironía que juntos festejaron. Después se perdieron en la distancia entre los vericuetos que conducían a los muelles. Sobre la negra noche, sus albos uniformes se desvanecían como un sueño ligero e intrascendente.

Chespiar dio algunos pasos dentro del barrio y adivinó, tras de cada puerta y de cada ventana, ojos amigos espiando su llegada. Cerca de su buhardilla un hombre le salió al paso. Él lo reconoció enseguida, lo tomó del brazo y lo metió en un ancho y oscuro zaguán. Guzmán le relató entonces cómo en el barrio se supo su detención y la inquietud que reinaba allí. Las mujeres habían dado aviso a sus hombres y algunos de ellos estaban al llegar. Guzmán señaló hacia un rincón del barrio en donde, levantándose del suelo, una mujer avanzaba a su encuentro. La Muda se encaró a Chespiar, le tendió la diestra con júbilo no disimulado y se retiró en seguida a descansar. Como ella, otros cuerpos humanos desfilaron arrojados por las negras bocas de las vecindades deslizándose sobre la tierra inmóvil sin ruidos y sin alardes. Era aquel un desfile de sombras que aparecían y se esfumaban, en silencio, como una procesión de seres irreales e incorpóreos.

Guzmán participó a Chespiar que los miembros de la Junta se hallaban en salvo y descargó así su conciencia de enorme peso. Porque desde el momento en que él había sido aprehendido, un solo temor lo acuciaba: el de que sus compañeros hubieran caído también y el trabajo contra Huerta quedara interrumpido. Lo demás no era sino un accidente pasajero en los tantos accidentes pasajeros de su misteriosa y sugestiva existencia.

VIII

No fueron varios los hombres que llegaron, como lo anunciara Guzmán, para ayudar a rescatar a Chespiar: fue uno solo…

El día en que Chespiar cayó en poder de los soplones, tan luego como las mujeres del barrio se enteraron de lo que acontecía, enviaron a la playa a algunos de sus hijos para que comunicaran a los pescadores su detención. El barrio podía concebir que sus hombres fueran deportados, cogidos de leva o encarcelados, encontrando aquello como un suceso lógico y natural. Aun sin que existiera una razón específica por qué hacerlo, su lucha contra las autoridades y la policía era, en ellos, parte de la actividad de su diario vivir. Por tanto, si un hombre del barrio era atrapado, ninguno se preguntaba por qué. Detener a Chespiar era distinto. Chespiar era sagrado, intocable como un tabú. De aquí que, cuando los agentes se atre-

vieron a poner sus manos sobre él, las mujeres, los niños y los viejos sintieron que habían perdido su respetabilidad y que quedaban desamparados para siempre. Era como si de súbito los muros del barrio se vinieran abajo y sus moradores, desnudos y a la intemperie, no tuvieran dónde guarecerse.

Esa noche, el Chumbelo caminaba junto al mar, preocupado por lo que durante el día viera. Con él, Ciro el Pescador sentía crecer las olas hasta volverse una masa compacta que, naciendo mar adentro, venía a estrellarse a sus pies. La playa, sin luz, huía misteriosa de norte a sur. El Chumbelo, oteando el mar, renegaba.

—Noche maldita. Nada se ve a dos pasos, pero apostaría a que ellos están aquí.

Ciro el Pescador no necesitó fijarse en la dirección que la mano del Chumbelo señalaba. Él la sabía e interrogó excitado a su pesar:

—¿Y las luces?

—¿Crees que tengan interés en denunciar su situación? Con las luces apagadas estarían más a gusto. Ningún peligro corren. Conocen estas cosas mejor o tanto como tú o yo. Si quisieran entrar a la rada lo harían con los ojos cerrados por uno u otro canal. Lo mismo les daría. Los bajos, las balizas, los escollos, las islas y los islotes les son familiares como a pocos. Y abrigados en Antón Lizardo saldrán de allí para meterse en Veracruz cuando a ellos les venga en gana.

Ciro el Pescador no replicó nada. Volteó su rostro hacia el mar, levantó su mano en un ademán vago y luego filosofó:

—¡Siempre este viejo pleito entre los hombres!…

No expresó otra idea como si le costara trabajo hilar sus pensamientos y siguió a su compañero, que se encaramó en un pequeño montículo formado sobre la playa, encima del cual se sentaron de cara al mar.

El Chumbelo alzó la vista al cielo, anunciando con ronca voz:

—Va a llover…

Buscó sobre la superficie de la playa con su mirada penetrante y sólo distinguió las pequeñas chozas pesqueras emergiendo de las sombras y la tierra. Los pescadores, huyéndole a la lluvia, se habían refugiado ya en su interior. Encima de la playa continuaba el reventar de las olas con su estallido impresionante. El cielo seguía cargándose de nubes y arriba del mar se tendía un denso velo que lo ocultaba a los ojos de los hombres.

El Chumbelo, rehilvanando su conversación, monologó:

—Y, sin embargo, lo prefiero así.

Se refería al mar, que se tornaba más impetuoso y arrojaba sobre la playa sus crecientes y furiosas olas.

Ciro el Pescador permanecía silencioso, con ese modo suyo de ser tan igual al del Chumbelo, que era lo que lo acercaba a él. Los diálogos entre ellos surgían al modo de simples monólogos durante los cuales la conversación se establecía, en apariencia, por separado.

—Lo prefiero así —porfió el Chumbelo—. Un mar tranquilo bajo el cielo sin nubes y la luna esplendente me deprime. Se me hace, además, demasiado bueno para ser verdad.

Su voz, en medio del golpear de las olas, tomaba varios matices.

De pronto fulguró un relámpago arriba de sus cabezas y el rodar de un trueno sacudió la tierra. El relámpago fue sucedido de otros y sus lances, encadenándose en el espacio, se proyectaron sobre las aguas y la playa, permitiéndoles escudriñar el horizonte a la claridad cárdena y verde de sus exhalaciones.

El Chumbelo señaló a lo lejos y advirtió con acento triunfal:

—¿No te lo había afirmado yo?

Ciro el Pescador buscó en la dirección que su compañero le indicaba y descubrió igualmente la gris silueta de un navío que surcaba las olas con sus luces apagadas. Aparejado a él y con el mismo rumbo, navegaba otro navío, gemelo suyo, dando la impresión, de tan cerca que se mantenían, de ser uno solo.

Ciro afirmó:

—Van a refugiarse en Antón Lizardo.

El Chumbelo pensaba en otra cosa.

—Habrá más —dijo—. Andarán por allí o estarán también allá. —Su mano tomó la dirección de una pronunciada curva que la playa solitaria dibujaba hacia el sur.

Ciro tornó a su tema.

—Van a Antón Lizardo —repitió.

—No veo claro aquí —cortó el Chumbelo. Y aunque podía interpretarse que se refería a la oscuridad reinante a su alrededor, a lo que aludía realmente era a la presencia de aquellos buques extranjeros, cuyos designios ignoraba.

—Si hubieran entrado en la rada y saludado como es costumbre, la cosa sería natural. Pero dar vueltas de aquí para allá, como buitre sobre su presa, se me hace sospechoso.

Cayeron unos goterones fríos que pasaron de largo. El mar luego aclaró un poco y las olas amansaron su furor.

—Si los hombres todos tuvieran que luchar contra el coraje del mar, otra cosa seria su índole —sugirió Ciro el Pescador—. El mar nos vuelve buenos como la tierra nos hace peores de lo que somos.

—Por eso cuando está quieto —replicó el Chumbelo refiriéndose por primera vez al mismo tema que su compañero sugería—, pierde eficacia. Los hombres olvidan el peligro que los une y abandonan su fraternal inteligencia.

Las frases nacían lentas, se arrastraban un momento cerca de ellos y se fragmentaban después en el remolino del viento.

—El mar me ha enseñado que lo que verdaderamente une a los hombres es el peligro. El peligro, a ratos, de su incierto porvenir; el peligro, real, de su miserable presente; el peligro, asimismo, de su dramático pasado que lo asfixia con su garra poderosa. Cuando el mar se enfurece, el combate es contra el mar, contra los ciegos y desencadenados elementos: un acto, en realidad, de defensa propia. ¡Ah, pero cuando el peligro pasa, los hombres se buscan sólo para atacarse mutuamente!

—¡No lo sé! —le contradijo Ciro el Pescador—. Pero a mí el mar en calma me humaniza. Oigo su música adormecedora, aspiro su perfume embriagador, observo su infinita grandeza y siento fluir de mi corazón una corriente de fraternidad hacia mis semejantes que me enternece y me domina. Lo descubrí el día en que te conocí.

—A mí el único instante de paz que del mar me agrada, es aquel que sigue a la tormenta —exclamó el Chumbelo con entereza.

Ciro el Pescador lo interrumpió, impidiéndole terminar. Sobre la playa, unas indefinidas siluetas avanzaban presurosas. Bajaron del montículo en que se hallaban retrepados y salieron al encuentro de quienes venían.

Los muchachos enviados por las mujeres del barrio les informaron de la aprehensión de Chespiar. Llegaron corriendo, como si les hubieran salido alas en los pies; sofocados por la carrera, hablando todos a la par y arrebatándose la palabra los unos a los otros en su afán de ser eficaces y oportunos.

Ni el Chumbelo ni Ciro el Pescador eran hombres de muchas frases, pero uno y otro coincidieron en la blasfemia.

—¡Hijos de tal!…

¿Despertarían a los demás? Tomaron una resolución. Ciro el Pescador marcharía inmediatamente, sin mayor tardanza, hacia allá, para hacer lo que fuera necesario con objeto de liberar a Chespiar. Si las cosas no salían bien, algo más se podría intentar. Los muchachos quedaron a dormir allí, mientras Ciro el Pescador tomaba, sobre la fresca playa, camino a la ciudad.

Ciro el Pescador no era por origen, como sucedía con sus compañeros, un verdadero pescador. A eso debía el sobrenombre que en los otros hubiera sido redundancia, pero que en él no era sino un signo de distinción, una característica que lo señalaba de los demás en el seno, más que de una familia, de una capa social en la que, el único pescador había sido él.

Sin embargo, esta profesión no había surgido espontánea, sino que impuesta por las circunstancias arrancaba del drama de su niñez.

Ciro González procedía de eso que las gentes llaman una buena familia. Su padre, dedicado a los negocios comerciales, obtuvo merced a ellos una desahogada posición social. Éste comenzó su carrera al lado de capitalistas extranjeros con quienes se inició como simple meritorio, ascendiendo paso a paso hasta convertirse, con el tiempo, en apoderado de la razón social a que servía. Cuando el jefe principal murió, el antiguo meritorio ingresó como socio de la misma negociación con un pequeño capital que lo participado en las utilidades le permitió ahorrar. No ascendía éste a mucho. Pero su trabajo valía todo. Era él quien llevaba las riendas de la sociedad y quien le imprimía el veloz impulso que tomaba. Su pequeño capital fue en aumento hasta que sus socios, en bonanza, decidieron retornar a su país para gozar de las riquezas adquiridas aquí. Entonces se echó a cuestas la tarea de llevar él solo la dirección del negocio, que quedó, desde ese día, en sus manos por completo.

El antiguo meritorio se había hecho hombre y formado una familia —la mujer y un hijo— que gozaba de tranquilidad para vivir. Ciro González pasó los primeros años de su existencia ajeno a todo apuro económico. Su casa, en la nueva zona residencial de la ciudad, era una casa moderna y confortable sembrada de árboles y flores a su alrededor. Cuando llegó a la edad reglamentaria, concurrió a una escuela particular, a la cual concurrían asimismo los niños de las familias cuya amistad sus padres frecuentaban. Y contrariamen-

te a ellos, él sí merecía las notas encomiables que sus maestros le prodigaban.

Ciro, como todo ser humano, tenía sus preferencias. Amaba, con los impulsos indefinibles de su edad, las flores, los animales y el sol. Así, amando y gozando la vida, vivió los años de su niñez. Hasta que un día murió la madre víctima de una enfermedad del corazón.

Era ella una dulce, agradable mujer, con su organismo roído por las enfermedades tropicales. Apacible, con una extrema debilidad por su hijo, al que supo educar, sin embargo, con energía y discreción. Ciro González no olvidó jamás esa fecha. De ella provino su desgracia. El padre no logró sobreponerse al dolor de aquella irreparable pérdida y murió también, dejando a su hijo solo, atenido a sí mismo y a su propia debilidad.

El negocio del padre cayó en manos extrañas, apareciendo deudas y compromisos que se necesitó solventar. La casa en que Ciro González vio transcurrir sus buenos días cubrió los adeudos, pero así quedó el muchacho sin apoyo, hasta que un tío lejano se hizo cargo de él.

El nuevo hogar lo acogió por poco tiempo. El tío se hallaba casado con una mujer hermosa, pero liviana, la cual se encaprichó del muchacho con una obstinación enfermiza que violaba toda conveniencia. Una noche Ciro González la sintió llegar a su lecho, acostarse a su lado y aplastarlo contra su desnudo cuerpo, del que emanaba un perfume exótico y excitante.

Él, atemorizado, fingió dormir. La mujer escapó de su lado al escuchar que el marido buscaba con la llave la cerradura de la entrada. Durante su nervioso insomnio de esa noche, Ciro la escuchó quejarse y gemir y llorar, sin explicarse por qué.

La misma escena se repitió noche a noche. Y en forma tan inesperada sintió Ciro González el despertar de su sexualidad en una gama de sensaciones que iban desde el temor hasta la imprudencia. Ella llegaba al lecho, entraba desnuda en él y derramaba sobre el muchacho su pródiga naturaleza. Ciro González simulaba dormir y en una actitud pasiva que ella fingía creer se aficionaba a un acto que en el día, delante de su protector que comenzaba a tomarle apego, lo avergonzaba. Mas en la noche, acostándose temprano, contaba los minutos uno a uno hasta que sentía sobre su cuerpo aquellas tibias carnes de la sensualidad.

Una noche el tío entró sin ser advertido por los culpables. Y antes de que la mujer volviera de su éxtasis, ya él había tomado al muchacho por su cuenta para reprocharle su canallada y arrojarlo, con su vergüenza, al arroyo.

Ciro González escapó lejos y vagó durante el resto de la noche por los barrios más sórdidos de la ciudad. A la mañana siguiente se encaminó a los muelles olorosos a resina y alquitrán, entrando en ellos en el preciso momento en que un pequeño pailebot hacía maniobras para zarpar.

El muchacho no lo pensó dos veces. Fue una idea que le vino de improviso, pero como si en realidad la abrigara desde mucho tiempo atrás. A la hora en que las velas del pailebot se hincharon con el viento y la pequeña embarcación se abrió del muelle, un nuevo miembro se había incorporado a su tripulación.

Hizo su aprendizaje. Aquella primera aventura quedó grabada en su recuerdo con su brutal realidad.

El viaje no llevó muchos días. El pequeño pailebot navegó algunas horas impulsado por el viento que soplaba del sureste, y cuando estuvo mar adentro, largó sus anclas para que los hombres que lo tripulaban dieran comienzo a su labor. La pesca del huachinango tenía que hacerse así, en lo hondo, con la pequeña embarcación suspendida bajo las nubes transparentes.

Ciro González estuvo activo en cumplir las órdenes que recibía, aunque no fue mucho lo que consiguió hacer. El vaivén de las olas mató su decisión. Sintió que el estómago se le escapaba por la boca, obligándolo a arquear su cuerpo, y un frío intenso lo hizo tiritar. Alguien corrió en su ayuda. Lo acostó sobre cubierta y luego lo aleccionó:

—Mira siempre a distancia; no veas para abajo al mar.

Cumplió los consejos que se le administraban y obedeció ciegamente a aquel compañero que lo tomó bajo su protección. De este modo adquirió el Chumbelo autoridad sobre él.

De retorno al puerto recibió su primera paga y guiado por su nuevo amigo se aclimató en el barrio. Las gentes lo distinguieron, desde entonces, con el nombre de Ciro el Pescador.

Pasado algún tiempo la mujer de su tío fue a buscarlo. Pretendía que retornara con ellos, pero él ya se había convertido en un hombre cabal, capaz de decidir por sí mismo el sendero de su existencia.

Se negó a seguirla. Ella insistió, provocativa. La voluntad de él triunfó al fin. Ciro el Pescador fue más fuerte que Ciro González y se mantuvo metido entre las paredes de aquel barrio en el que sus gentes, pese a todo, lo sabían distinto a ellas. Él, por su parte, hizo lo necesario para que esa diferencia se borrara, sin que sus esfuerzos lo consiguieran jamás.

Nunca logró olvidar a aquella primera mujer de su vida, a la que no estaba seguro de amar u odiar ni de si la evocaba con rencor o con placer. Sólo recordaba, con oculto goce, su tibio cuerpo, sus carnes palpitantes y el hecho real de que era ella a quien debía el descubrimiento de sí mismo y la satisfacción de su virilidad.

Ciro el Pescador dejó atrás Mocambo; luego la Punta de los Hornos; después la sabana de la Majagua y, divisando las luces de la ciudad, apresuró el paso recorriendo la distancia que le faltaba para entrar en los primeros límites del barrio. Cuando distinguió la pesada mole del viejo baluarte destacándose en la noche, experimentó un gran alivio. Se le figuró que aquella silueta entrañable y familiar salía a recibirlo, con una tierna y antigua fidelidad, de la que se sentía muy seguro.

Desde que penetró en el recinto de su barrio todo le fue grato: las húmedas paredes del baluarte y las del hospital, las de los sórdidos cuarteles con sus rechonchos garitones, las aplastadas naves del mercado y la inviolable soledad que lo rodeaba. ¡Cuánta ternura en aquellos muros!

Ciro evocó, por quién sabe qué asociación de ideas, a la mujer de su tío. Encendió un cigarro, se sintió tocado por el misterio de la naturaleza y continuó avanzando. Al rebasar el lindero de los cuarteles se detuvo. Metida en un repliegue de la pared una silueta humana trató de pasar inadvertida escabulléndose con precipitación, pero no tanto, sin embargo, para escapar de los penetrantes ojos de Ciro el Pescador, que la descubrieron en seguida, y para quien la oscuridad, espesa y lúgubre, no era sino una imagen espiritual y física del medio en que su propia existencia se desenvolvía.

Miró fijamente, con persistencia y atención, hasta fijar los perfiles de un hombre esforzándose por mantenerse inmóvil y adherido a la pared, y se dirigió hacia él. El hombre, al verlo avanzar, se recogió en sí mismo, hizo un movimiento imperceptible y empuñó un pequeño revólver, cuyo cañón niquelado espejeó en el espacio como una exhalación. Ciro no tuvo tiempo de dar un paso atrás.

Relampagueó un disparo y cayó pesadamente al borde de la acera. El disparo repercutió en todos lados y se apagó, oscuro, sin precisarse en dónde.

Mal día le había tocado al agente de seguridad de segunda Martín Flores. Desde la muerte de su compañero, el agente de primera Daniel Mendoza, fue comisionado por el jefe político para participar en las pesquisas emprendidas con el fin de encontrar al matador de su compañero y para desenredar la maraña aquella de la conspiración que tanto lo atormentaba.

Su trabajo no fue difícil, pero sí agobiante. No bien salió Chespiar de las oficinas municipales, cuando ya Martín Flores andaba sobre sus pasos. Desde la mañana había cumplido la ingrata misión de seguirlo a todas partes y no había gozado más descanso que el de las horas que lo retuvieron en las oficinas municipales respondiendo a las interrogaciones que se le formularon. Lo siguió a los muelles, rastreó sus huellas por las calles de la ciudad, lo escoltó hasta la taberna donde se refugiara, condenándose él mismo a resistir los rayos del sol que cayendo verticalmente encima de su cabeza lo quemaron sin piedad.

¡Un día malo para él!…

Martín Flores renegaba de un trabajo sin glorias ni laureles en el cual no tenía otra cosa que hacer sino ir y venir, caminar o detenerse, subir y bajar al capricho y a la voluntad de aquel vagabundo, cuya mala intención quedaba al descubierto. "¡El maldito!"… No ignoraba que ese andar de un lado a otro y ese jugar a quién resistía más no era accidental y que su perseguido se burlaba de él y de su desgracia con un encono hiriente y despiadado.

Así que Chespiar se levantó en medio de los marineros con quienes departía y caminó para la calle, el agente Martín Flores se apresuró a continuar su espionaje temeroso de que aquél volviera a las andadas. El ver el rumbo que tomaba, un indescriptible placer llenó su corazón. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, tarareó un aire popular y echó a andar tras aquel odiado, maldecido hombre, en pos del cual correteara todo el día.

Se mantuvo a discreta distancia y reinició, con decidido estoicismo, su persecución. Llegó hasta el barrio y vio cuando Chespiar se despedía de sus amigos, que se alejaron de su lado hasta desvanecerse lentamente entre los oscuros vericuetos que los llevaban a

los muelles. Y luego observó a su enemigo detenerse junto a otra sombra humana sin poder precisar lo que hacía, desde el lejano sitio en donde, precautoriamente, se había situado.

Resolvió acercarse. Pero meterse en el centro del barrio era temerario. No poseía él un espíritu aventurero ni era aquella una hazaña que lo enamorara. Realmente, a Martín Flores no lo seducían las acciones heroicas, resistiéndose a atacar empresas temerarias. A su mente acudió el recuerdo de Daniel Mendoza, exangüe y amarillento, en su negro ataúd. Precisamente era por ese mismo rumbo, en el que ahora se hallaba, donde el crimen se había perpetrado.

Experimentó miedo. Un violento escalofrío lo hizo estremecerse y acabó por huir de allí en busca de abrigo en el que se encontrara a cubierto de asechanzas.

En medio de la soledad de la noche creyó advertir nuevas sombras humanas yendo, misteriosas, de aquí para allá. Entonces emprendió un largo rodeo buscando colocarse en donde pudiera cumplir sus obligaciones sin exponerse inútilmente.

Describió un semicírculo para cambiar, de norte a sur, su situación. Anduvo de oriente a poniente y de poniente a oriente hasta conseguir lo que deseaba. Cuando se sintió satisfecho y se halló a cubierto de sorpresas, todo dormía en silencio. Ni un rumor, ni una luz, ni el más ligero signo de vida se notaba allí. El mundo todo parecía dormir feliz y en paz, en el fondo de aquel barrio, como Eva y Adán en el paraíso, antes de que apuntara, entre ellos, el pecado.

El agente Martín Flores cobró confianza y buscó un rincón en donde echarse. Escrutó las sombras, avanzó unos pasos e impensadamente se halló metido en un sitio peligroso del que, de saberlo, se habría fugado. Después fue vencido por el sueño y el cansancio, que le cerraron los ojos… sufrió una pesadilla. Luego otra… Y a lo largo de ellas era siempre Daniel Mendoza quien jugaba un papel preponderante… Unas veces el Daniel Mendoza frecuente y familiar del cuerpo a que él mismo pertenecía. Otras un Daniel Mendoza desconocido cuyo rostro se perdía bajo un coágulo, de negra y espesa sangre, como tras la máscara de barro… Otras…

Martín Flores se sintió amenazado con un agudo puñal esgrimido por una mano invisible que apuntaba a su corazón. Trató de defenderse. La mano y el puñal se acercaba a él venciendo su inútil resistencia. Prefirió huir. Sus pies se negaron a obedecer. Ensayó detener aquella mano que avanzaba implacable, como si una fuerza

poderosa y oculta, la impulsara. De su cuerpo, tocado ya por la punta del puñal, brotaron unos puntos rojos y un agudo, intenso dolor, que se hincaba en el alma. Hizo un esfuerzo sobrehumano que lo despertó y se puso en pie.

No entendió de pronto lo que sucedía. Abrió los ojos, escudriñó en las sombras, y percibió unos pasos que cautelosos se dirigían a su encuentro. Martín Flores no conseguía deslindar, exactamente, las fronteras del sueño de la verdad. Sobresaltado y presa del terror, quiso escurrir el bulto. Antes de conseguirlo apareció, en aquel sombrío cuadro, un hombre que marchaba sobre él. Lo vio avanzar como una amenaza, inminente y fatal, sin haber logrado establecer aún hasta qué grado, aquella figura humana, era parte de sueño o era realidad.

Súbitamente el recuerdo de Daniel Mendoza terció en la escena, como un ser fantástico procedente de otra vida. Era un Daniel Mendoza intangible, irreal, que se deslizaba encima de la tierra como si la tierra no fuera sino nubes y vacío. Lo sustituyó otro Daniel Mendoza físicamente a su alcance con la espalda abierta en una roja flor cuya historia conocía… Martín Flores llegó a la conclusión de que estaba despierto y bien despierto y de que hacía rato que el destino le apuntaba con el dedo, implacable y pétreo, de la fatalidad.

"Sólo los tontos mueren en la víspera". Ése era el favorito decir de los agentes de la seguridad. Y sacando el revólver que llevaba en la cintura, disparó sobre el hombre que avanzaba, entre las sombras, hacia lo inviolable… El disparo estalló y resonó entre el cielo y la tierra, igual que si el mundo se derrumbara sobre sus cimientos. El eco repercutió durante algunos instantes y se extinguió después a lo lejos. La noche, callada y misteriosa, comenzó a llenarse de rumores. Dentro del barrio aulló un perro. Otros le hicieron coro y todo pareció animarse y cobrar vida.

Martín Flores presenció cómo azotaba el cuerpo de Ciro el Pescador contra la acera y, embarrado a la pared, escapó, buscando una salida que lo alejara de ese maldito barrio y de las terribles gentes que lo habitaban, cuya presencia, sobrecogido de espanto, quería evitar.

IX

En el preciso momento en que el agente Martín Flores abatía con su certero disparo a Ciro el Pescador, Lorenzo, el cuñado de Luis, entraba por el lado opuesto en el barrio. Sucio, andrajoso, hecho un pingajo, apenas se hallaba en condiciones de mantenerse en pie. Caminaba apoyándose en la pared y se detenía a cortos intervalos, indeciso, como si fuera a caer. Su rosto, renegrido y demacrado, impedía reconocerle, y sus ojos mortecinos, velados por el cansancio, carecían de vida.

Al resonar el disparo hecho por el agente Martín Flores, instintivamente se arrojó al suelo. Distinguió, en medio de la lúgubre noche y al resplandor del fogonazo, un rostro desconocido y una huidiza silueta que se esfumaba más allá del barrio. En seguida percibió voces alteradas y carreras y abrir y cerrar de puertas y bultos humanos que pasaban presurosos.

Se recogió en sí mismo, haciéndose un ovillo. Quiso gritar y su voz se le ahogó en la garganta. Una lasitud irritante se adueñó de él y sólo, por instinto, consiguió mantenerse arrinconado cerca de un negro zaguán al que inútilmente intentó llegar. Las mujeres del barrio buscaron por el rumbo opuesto a aquel en que Lorenzo se encontraba y se arremolinaron atropelladamente. Hacia allá había estallado el disparo que Lorenzo escuchara. Hacia allá había alumbrado también el fogonazo que iluminó aquel semblante desconocido cuyos perfiles se borraron en las sombras. En el mismo sitio se apiñaban hombres y mujeres del barrio y soldados del cuartel vecino con sus rostros todavía soñolientos.

Un coro de lamentos y blasfemias brotó de la noche. Brilló una luz en las tinieblas y otros le hicieron juego. Al resplandor que proyectaban las caras, se encendían con tintes siniestros y un vaho espeso, rojizo, salía de sus bocas. Las gentes aumentaron en número, formaron en rueda y continuaron maldiciendo a voz en cuello con palabras broncas e irritadas.

Lorenzo las vio arremolinarse otra vez, formar al estilo militar y volver al centro del barrio hundidas en un mutismo absoluto. A los resplandores de un hachón, cuya luz alumbró con parpadeantes reflejos, descubrió un cuerpo humano en hombres de los que adelante caminaban. Identificó a Chespiar, al que su crecida barba daba rasgos desconocidos, y al padre de Roberto Guzmán, cuyo rostro

severo se hacía tenso por un gesto de dolor. Las otras fisonomías le eran desconocidas, verdaderamente extrañas bajo las tornadizas oscilaciones de la ora rojiza, ora amarillenta luz que las bañaba.

Quiso levantarse sin conseguirlo. Sus piernas, sus brazos, su propio pensamiento se habían paralizado. Hizo esfuerzos por hablar, por desprenderse de los brazos de la muerte que lo aprisionaba y sólo una ronca, una apagada voz, brotó de su garganta. Alguien, sin embargo, lo había visto, lanzándose sobre él con un puñal en alto. Lorenzo tuvo conciencia del peligro que lo amagaba, pero permaneció inmóvil, aporreado por el cansancio físico que lo vencía y un impreciso deseo de no pensar en nada. No obstante, se sobrepuso, e identificando al hombre que lo amenazaba, logró, por simple instinto de conservación, parar el golpe.

—¡Gitano!…

El Gitano, cuyo brazo descendía en ese instante decidido a matar, lo detuvo en el aire; se inclinó hacia el cuñado de Luis, hecho un harapo después del esfuerzo realizado, y reconociéndolo, lo tomó en sus brazos murmurando palabras cabalísticas para apartar los espíritus del mal. Junto a él, Sonia, su mujer, lo acompañaba a exorcizar la mala suerte. Otras mujeres, al reconocer a Lorenzo, invocaban a Dios y a Jesucristo, cuyo martirio las libraría de pecado. Todas querían ayudar al Gitano, no logrando, contra sus buenos deseos, sino estorbar. El retorno de Lorenzo al barrio, en las circunstancias que concurrían, tornaba más dramática la situación.

Herón Portilla y Lorenzo, el cuñado de Luis, fueron sacados de las galeras de la ciudad e internados en un cuartel noches después de haber sido aprehendidos. Enfundados en sus uniformes de manta, cubierta la cabeza con un blanco chacó que se les hundía hasta las orejas y calzados los pies con ligeros huaraches de delgada suela, iniciaron su vida militar tomando parte en la limpieza y el aseo del cuartel en que se confinaba a los reclutas. Lorenzo, curvado bajo el peso del recipiente en que acarreaba el agua, reventaba de coraje. Revueltos con él, los demás forzados aparentaban indiferencia. El cuñado de Luis interrumpió su tarea para secarse el sudor que inundaba su frente. No fue sino un instante breve, casi imperceptible; mas esto bastó para que un vergajo, restallando en el aire, cayera encima de sus espaldas. Sus ojos llamearon de rencor. Se irguió con

un movimiento felino, pero ya junto a él, atenazándolo con férreo puño, el Viejo de la Panadería lo contuvo a tiempo.

Los golpes y el trabajo se multiplicaron para Lorenzo. Sus desnudas espaldas se llenaron de sangre. Y un odio feroz, inextinguible, nació en su corazón.

En la noche, rendido sobre las piedras que le servían de lecho en el cuartel, apenas tuvo aliento para escuchar los consejos con que Herón Portilla lo aleccionaba.

—Aquí hay que hacer acopio de energías. Quien las malgasta está perdido. ¿Quieres permanecer en estas condiciones indefinidamente y sucumbir en esta muerte a que se te destina sin tomar tu parecer? Si es así, repite lo que hiciste hoy. Repítelo hasta que tus fuerzas se agoten y se nieguen a sostenerte. En cambio, si deseas escapar, haz lo que se te ordene. Hazlo y no te resistas, pensando siempre en tu rescate. Esto te ayudará a triunfar. Lo sé por experiencia. ¡Quince años viví soñando con él día en que habría de recobrar mi libertad!… Obedece, pues, lo que se te exija. Y reserva tus energías, escatímalas para el momento en que las necesites. No lo olvides: escaparemos de aquí en cuanto la oportunidad se presente.

Lorenzo, atormentado por la fatiga física, se reanimó para articular:

—¿Crees que podemos huir?

—Estoy convencido de ello. Te prometo que lo haremos cuando las circunstancias sean propicias. En última instancia, lo peor que nos puede suceder es que encontremos la muerte buscando la libertad… Lo que es siempre preferible a morir en esta servidumbre.

Lorenzo no replicó. Pero estrechando la mano del Viejo de la Panadería se sintió libre, por anticipado, del dolor y la vergüenza de la esclavitud que se hincaban en él.

Noches después se les condujo a la estación del ferrocarril, vigilados estrechamente. Se les metió en un tren que partió hacia lo desconocido y Veracruz quedó atrás. En el mismo carro en que se les conducía, otros hombres, atormentados como ellos por semejantes ideas, fingían dormir. Apostados en las plataformas trasera y delantera del propio vagón, soldados armados espiaban sus movimientos. Ellos sabían que sus vidas dependían de las vidas de sus prisioneros y querían ignorar, para su seguridad, sus penalidades y sus torturas. Si uno de éstos escapaba, alguno de ellos caería también. Eso, más que costumbre, era la ley.

Su vigilancia no impidió, pese a sus deseos, que Herón Portilla explicara a Lorenzo, ahora que la situación le parecía oportuna, lo que debía hacer. El tren volaba en medio de una nube de polvo y cerca de un ancho campo sobre el cual un espeso, interminable monte, se extendía a lo largo del estremecido suelo.

El diálogo, más que de palabras, se llenó de gestos. Herón Portilla, simulando cansancio, se enderezó y se dirigió al oficial que dormitaba en un asiento vecino solicitando permiso para desahogar el cuerpo. El oficial, malhumorado por haber sido interrumpido su sueño, ordenó al sargento acompañarlo y se reacomodó para continuar dormitando mecido por el monótono trajín del tren, que lo arrullaba con su balanceo.

El Viejo de la Panadería se aflojó el cinturón que fajaban sus pantalones y se introdujo en el gabinete, mientras el sargento, recostado en la puerta para mayor seguridad sobre su presa, pensaba en el próximo ascenso que lo haría oficial. Miró con una actitud refleja la bocamanga de su uniforme y sonrió con gesto de satisfacción.

Transcurrieron unos minutos. No supo si se había dormido. Luego escuchó el correr del agua del retrete y, simultáneamente, gritos y disparos que partían de la plataforma posterior del carro en que viajaba.

Una sospecha cruzó su mente. Empujó la puerta del excusado, que cedió a la presión de su cuerpo, y comprobó que la ventanilla había sido forzada, escapando por allí el hombre cuya custodia se le confiara. A sus espaldas, el oficial soñoliento todavía y con la pistola en una mano, se aferraba con la otra a la llave del aire del tren, que patinando sobre los rieles se detuvo con brusquedad. Los disparos variaron de rumbo, persiguiendo a Lorenzo, quien aprovechando la confusión y obediente a las instrucciones de Herón Portilla, logró salir a la plataforma delantera y arrojarse al vacío cuando el tren aminoraba su marcha.

Los disparos lo acosaron. Experimentó un agudo dolor en una pierna y cayó de bruces en el campo. Sus manos se aferraron a la tierra. En seguida se amarró con un pañuelo el muslo de la pierna herida y reanudó la fuga sin volver la cara. Cerca y lejos de su cabeza, los disparos cruzaban silbando con silbido siniestro.

No avanzó mucho. La pierna le sangraba haciéndole perder fuerzas y un miedo irrefrenable, loco, se adueñó de él. Las voces de sus perseguidores se escucharon cercanas. Se arrastró hasta un

árbol copudo y chaparro, alentado por una idea repentina que tomaba cuerpo en su cerebro. ¿Lograría subir? Le costó trabajo conseguirlo, pero su esfuerzo se vio coronado por el éxito. Sus perseguidores pasaron de largo. Algunos se alumbraban con el brillar de sus cigarros que chispeaban fugaces y pintaban de rayas luminosas el espacio. Lorenzo esperó, desesperado, que el tren partiera. El oficial ordenó encender luminarias al frente y atrás del convoy para prevenir un desastre y, echándose a roncar, aguardó que amaneciera.

Así que el sol apuntó por el oriente, Lorenzo fue dominado por el pánico. Suponiéndolo a distancia, el tren estaba en realidad más cerca de lo que pensara. Creía haber avanzado lo suficiente para estar a cubierto de cualquier peligro, pero en realidad se hallaba a unos pasos de la vía, cuya blancura resaltaba por el uso. Su carrera, entre el monte, había sido paralela a la misma y ahora, ante sus ojos asustados, el convoy y sus perseguidores se hallaban tan próximos como para tocarlos con sólo estirar el brazo.

El monte tomó vida. No lejos unos pájaros comenzaron a cantar y un mugir de vacas pasó cauteloso y lento.

Los soldados se aprestaron a reemprender su búsqueda. Limpiaron sus fusiles como temerosos de que les fallaran y se internaron en el monte.

Con el Viejo de la Panadería no fue difícil dar. Su cuerpo, acribillado, yacía tendido junto a la vía. No tuvo tiempo para ir más lejos. Cuando destruyó la ventanilla del retrete, el golpear del agua impidió ser escuchado. Pero así que su cuerpo se balanceó en el vacío el soldado de guardia en la plataforma trasera lo descubrió e hizo fuego sobre él. El proyectil le penetró en la caja del cuerpo y Herón Portilla, sin engañarse, comprendió que su existencia había terminado allí.

No era su existencia lo que le preocupaba en ese trance. En realidad, su vida había tenido fin desde muchos años antes. Desde aquella lejana tarde en que, vengando el tremendo agravio, abatiera al contramaestre a sus pies. Pero Lorenzo… ¡Lorenzo!... Otro proyectil lo tocó ahora en la cabeza y un zumbar, como de abejas, rondó a su alrededor.

No experimentó, en su agonía, dolor físico. Y gozando por anticipado de una paz interior que no era sino el anuncio de la muerte, reclinó su cabeza encima de la tierra y esperó lo inevitable. Su paso al mundo de las sombras, fue, en verdad, su liberación.

Lorenzo distinguió desde arriba las facciones serenas del Viejo de la Panadería, cuyo cuerpo fue suspendido en un poste del telégrafo para escarmiento de quienes quisieran imitarlo. Desde su escondite, y entre las apretadas ramas, veía balancearse aquel cuerpo con movimientos cadenciosos y dar vueltas, rozando su cabeza, las alas negras de los cuervos.

Pasaron por caminos ocultos campesinos madrugadores sin levantar la vista y se perdieron en el monte huyendo de los soldados cuya presencia, por dolorosas experiencias, temían.

La muerte de Herón Portilla no causó a Lorenzo ni dolor, ni pena, ni amargura. Por el contrario, una íntima, una inconfesable alegría se adueñó de su alma. Pensó que con su muerte sus perseguidores quedarían satisfechos y continuarían su marcha, sin buscar más.

Se engañó. Los soldados fueron lanzados nuevamente a la pesquisa dispersándose en todas direcciones. Uno de ellos rastreó sus pisadas encima de la yerba húmeda y descubrió las huellas de su sangre, que remataban en el tronco del árbol donde se había refugiado.

El soldado no dio con él a primera vista, pero sí notó la sangre negra embarrada a la corteza del árbol, y lanzó voces llamando a sus compañeros. Lorenzo fue amenazado por las bocas de los fusiles que apuntaban hacia arriba y se mantuvo quieto, sin revelar su presencia, esperando burlar a quienes lo acosaban.

Estuvo a punto de lograrlo. Pero antes de retirarse, uno de los soldados requirió una larga vara y abrió con ella las ramas que lo encubrían. Fue agredido sin piedad y golpeado furiosamente hasta hacerlo desmayar. Cuando se recobró, los golpes se repitieron. Aturdido, escuchó decir:

—Lo fusilaremos.

Y en seguida objetar:

—Si ha de morir que muera allá. Peleando, su muerte reportará algún provecho…

Se le condujo al mismo carro de donde escapara, en medio de un pelotón de soldados, amarrados los brazos y vigilado por la tropa, que no lo perdió de vista. Silbó la máquina, arrancó el tren y se desdibujó en el ancho paisaje de la mañana. Lorenzo permaneció con los ojos cerrados, los abrió luego y los clavó con insistencia en el cuerpo de Herón Portilla, que se mecía, en el aire, picoteado por los cuervos.

No volvió, por imposibilidad física y por premeditada decisión, a intentar escapar. Los consejos del Viejo de la Panadería acudían a su mente y no deseaba sino acumular fuerzas para cuando las circunstancias lo favorecieran. Tornó a cerrar los ojos, vencido por el recuerdo de Herón Portilla, cuya muerte comenzaba a atormentarlo, y se dejó arrastrar por aquel pensamiento fijo del cual, él mismo, no quería evadirse.

Los soldados, olvidando su presencia, tocaron el tema de sus vidas.

—Saldremos para el norte. Villa está dando qué hacer —dijo uno.

—También en Tampico se tuestan habas —le respondió el que se hallaba a su lado usando esa figura gráfica que daba una idea exacta de lo que quería significar.

—¿Y en dónde no?… Los robavacas se reproducen como los conejos y aparecen en donde quiera.

Un repentino silencio reinó entre ellos. Después comentaron aludiendo a Herón Portilla.

—¿Viste lo macho que se portó el viejo? —hizo una pausa y concluyó—: ¡Quería salvar a éste!

Lorenzo comprendió entonces. Y el sacrificio, consciente y generoso del Viejo de la Panadería, le estrujó el corazón.

Una sensación distinta en todo al dolor físico se le hincó en el alma. A su memoria acudió el cuerpo de Herón Portilla hecho criba por los cuervos. "Si alguien le diera sepultura…". Las palabras de los soldados se fragmentaban. "Villa"… "Tampico"… "Huerta"… "¡Su madre!", pensó.

"¡Mariguano, hijo de tal!", creyó gritar.

—¡El presidente! —escuchó que uno de los soldados manifestaba con respetuoso acento.

Fue el mismo soldado quien evocó la canción favorita de Huerta:

> Marieta, no seas coqueta;
> huye a los hombres, que son malos…

Calló el soldado y luego completó su pensamiento.

—Mi general Huerta es macho como ninguno. —Y fanfarroneó como si buscara pendencia—: ¡A ver si querétaro sus camotes!…

—Y luego de un ligero intervalo—: ¡Voy a que ni los gringos le atoran!… ¿Hay quien me pare aquí?…

Sus oyentes rieron con una risa apagada y simple que se petrificó en sus rostros de granito.

El tren continuaba su loca carrera con su tedioso traquetear bajo el que se extinguían las voces ásperas de los soldados. Lorenzo cayó en un sopor al través del cual Huerta, el Mariguano, era el tema único de las conversaciones de sus custodios.

Un culatazo lo volvió a la vida. Su pierna estaba tumefacta. Una mancha cárdena, casi negra, le corría desde la cintura hasta la rodilla. No pudo enderezarse. Otro culatazo cayó sobre su cuerpo y una voz hostil, cortante por el odio, lo apuró.

—¡Levántate, hijo de perra!…

El sargento refundía en el cuñado de Luis el odio despertado en su corazón por Herón Portilla. "¡Si se me hubiera escapado!". En el confuso mar de su imaginación vio balancearse entre cielo y tierra el cuerpo del Viejo de la Panadería, pero las facciones no eran las de Herón Portilla, sino las suyas. Tembló, creyéndose tocado por las alas de la muerte y estalló:

—¡El muy canalla!…

Fue él ahora quien golpeó a Lorenzo apremiándolo con perentoria orden:

—¡Levántate, hijo de tal!

Lorenzo no lo intentó siquiera… ¡Si habría de morir, para qué aplazarlo! Cerró los ojos y esperó la muerte con una fría calma que lo admiró a él mismo.

Su permanencia en México se prolongó por el tiempo de su curación. De la capital no conoció más que las calles que atravesó, conducido por una escolta, del hospital al cuartel. No le causó buena impresión. Prefería Veracruz, su puerto oloroso a alquitrán, el mar con su salitre pegajoso, la playa caldeada por el sol y la vida libre en su barrio inolvidable.

Durante algunos días se le sujetó al aprendizaje militar. Practicó el manejo del fusil, a agacharse y retroceder, a avanzar y adherirse a la tierra y a maniobrar protegido por cualquier repliegue del terreno. Como él, centenares de forzados cogidos en todos los puntos del país se aprestaban para la guerra, vigilados por los soldados de Huerta.

Cuando el aprendizaje hubo terminado se les distribuyó en diferentes batallones y regimientos diseminados en el norte del país. A él, igual que a otros más, se le destinó a Tampico.

—En el primer combate, si la ocasión se presenta, lo intentaremos —le insinuó su compañero de hilera, Damián Mora, reprochándole su torpeza—. ¡Ya viste lo que te sucedió por comer ansias! ¡Que te sirva de escarmiento! ¡El pobre viejo, tú lo sabes, nada puede ya hacer por ti! ¡Tendrás que manejarte solo!

Lorenzo recordó al Viejo de la Panadería en el desolado paisaje de aquella mañana cuya realidad le parecía mentira a ratos.

—Yo también de haberlo querido, hubiera saltado como tú. ¡Pero para qué! Estaría en las mismas condiciones tuyas o quizá columpiándome como el viejo… En cambio, en un combate, si somos derrotados, ¡quién se fija! ¡Aquéllos están tan fuertes!…

El tren se detuvo de improviso. Los oficiales acudieron repitiendo sus voces de mando y la tropa bajó a tierra.

Lorenzo escuchó un frío, tajante silbido, arriba de su cabeza. Se agachó. Saltó a un lado. Luego a otro. Damián Mora le reconvino:

—¡No te buigas! ¡La que silba no pega!

Los silbidos se hicieron más frecuentes, sucediéndose e hilvanándose y dando la impresión de ser uno solo, largo e interminable.

Los clarines vibraron con agudas notas. Y voces irritadas ordenaron avanzar las filas.

Lorenzo no entendió nada. Su compañero lo arrastró consigo hacia la falda de un cerro cercano en donde menudos copos de humo se prendían en el verde del campo. Un oficial, vociferando a sus espaldas, lo increpó.

—¡Haga fuego! ¡Coyón!

Su compañero lo urgió:

—¡Obedece! ¡Haz fuego! ¡Nos vienen vigilando! ¡Si no disparas tú lo harán sobre ti los que tienes detrás!

Lorenzo lo ejecutó sin apuntar. Su compañero le gritó entre el creciente hervir de la fusilería.

—¡Tira sin miedo, tú las disparas y Dios es quien las reparte!

Súbitamente, como se había iniciado, acabó el fuego. Los copos de humo se evaporaron igual que habían brotado sin que Lorenzo pudiera entender lo sucedido.

Una voz ignorada apostrofó:

—¡Robavacas mulas!

Fue secundada por muchas más.

—¡Tengan sus vacas, carranclanes jijos!…

—¡Recuerdos a barbas de chivo!

Sin acertar su procedencia, se oyó cantar:

> La cucaracha, la cucaracha,
> ya no puede caminar,
> porque le falta, porque no tiene,
> mariguana que fumar…

—¡Viva Huerta!...

—¡Uy, uy, uy! —respondieron de un monte elevado.

Lorenzo oía sin entender aquello. Damián Mora, situándose a su lado, le recomendó:

—Grita tú también. —Y dando el ejemplo se llevó la mano a la boca, golpeándosela con la palma extendida, produciendo un alarido como el de los pastores en la montaña—. ¡Ao, ao, ao, ao!… ¡Viva Huerta, *carranclanes* robavacas!

Lorenzo repitió:

—¡Viva Huerta!

Lo otro no lo entendía. "Carranclanes", "robavacas"… Concebía mejor lo que aquellos cantaban remontados en los cerros abruptos para defender su libertad… Huerta, no cabía duda, no era para ellos más que una cucaracha. Y, esto, Lorenzo lo comprendía bien.

No llegaron a Tampico. La vía estaba cortada. Fueron obligados a retroceder y los mandaron al norte. Habiéndoles cobrado confianza, los oficiales no se eximieron ya de hablar delante de ellos.

—Nos echaremos sobre Torreón. Los carranclanes no nos esperan.

Pero los cálculos salieron fallidos. Fue aquello una carnicería despiadada en la que las tropas de Huerta cayeron como la mies bajo el filo de la hoz. Damián Mora apuró a Lorenzo:

—Ahora es cuando…

No se lo hizo repetir. Lorenzo, como muchos, dio media vuelta abandonando el fusil y despojándose del uniforme militar sin detenerse. Huyó perseguido por los vencedores y se internó con su compañero que lo precedía en un monte cerrado. No se sintieron

aún a salvo y continuaron andando hasta que el cansancio los venció.

—¡Malhaya el maldito Mariguano! —exclamó desfallecido Damián Mora dejándose caer al suelo—. ¡A ese paso no durará mucho!

Después de lo que presenciaron no abrigaban recelos de que los días de Huerta estaban contados.

—¡Y luego este Villa!… ¿Viste cómo echaba lumbre por los ojos? Nomás gritaba "¡Villa!" y hasta la tierra se estremecía.

Lorenzo no estaba muy seguro de que Damián Mora viera a Villa como lo afirmaba ni aquel tampoco lo creía. Mas cuando retornara al seno de los suyos hablaría de Villa como de un ser fantástico y sobrenatural que arrojaba lumbre por los ojos y estremecía la tierra que pisaba.

—¿No lo viste tú?

Él no quiso dar su brazo a torcer. Y pujando con Damián Mora habló de Villa con un ferviente, sincero entusiasmo, que le venía del fondo del corazón.

—¡Tremendo el hombre! —dijo—. ¡Aplastaba cuanto se le oponía y secaba la yerba bajo su paso!

—Lo vi echárseme encima y corrí —aseveró convencido de su afirmación—. ¡Y me nacieron alas en los pies!

Lo relataría en el barrio. Ninguno allá, más que él, podría afirmar que conociera a Villa… Así, a lo largo y a lo ancho de la tierra, más allá de mares y fronteras, brotaba la leyenda de Pancho Villa, mitológico centauro a cuyo paso las murallas se abatían, los ríos se secaban y retoñaba el árbol de la libertad.

Una tos seca lo sofocó. Damián Mora tosió también. A sus oídos llegó un crepitar distante.

—¡Su madre! —chilló su compañero—. ¡Están quemando el monte!

Se pusieron en pie y emprendieron una desatentada, vertiginosa carrera, huyendo de las llamas. A sus espaldas el calor aumentaba y el crepitar crecía. En el cielo se proyectaba una luz rojiza y opaca. Cuando salieron de allí la noche había caído a lo largo de la tierra. Hincharon sus pulmones de aire y reanudaron su carrera.

Jamás había salido Lorenzo de las paredes del barrio. El mar, la playa, lo que conocía de Veracruz, era todo su paisaje. Pero quien como él se había formado en los caminos del mar no tenía dificulta-

des para ir, sin extraviarse, hacia todos los rumbos de la tierra. Él no tenía más que caminar buscando el sitio en donde el sol nacía para volver al suelo del que se la había arrancado. Damián Mora, por el contrario, se dirigía hacia occidente siguiendo al sol en su caída.

Se separaron sin poder decir que no lo lamentaran. La vida los separaba, empujándolos por senderos distintos después de haberlos unido, vinculados por el odio a Victoriano Huerta y el recuerdo de Francisco Villa. Pronto, cada uno desde sitios opuestos, soplaría la fama del atrevido guerrillero iniciando su relato así: "Cuando yo conocí a Pancho Villa…". Y Villa, mito y realidad a la vez, aventaría la leyenda de su nombre a los puntos cardinales.

Lorenzo esperó a que Damián Mora se perdiera en un altibajo del terreno y se dirigió al oriente. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde su salida del barrio? ¡Hasta ahora se le ocurría pensarlo! Como algo impreciso evocó la historia de sus días. Y de pronto, el cuerpo acribillado del Viejo de la Panadería, asaltó su mente exhausta y fatigada.

Pocos seres humanos halló a su paso. Los hombres lo esquivaban y las mujeres procuraban pasar de largo. Ninguno podía confiar en la presencia de un desconocido, porque nadie confiaba ya en nadie en una época en que sólo en la desconfianza se apoyaba la seguridad personal.

Lorenzo sorteó todos los peligros. Y esa tarde, tan luego como las sombras comenzaron a dibujarse encima de la superficie de la tierra, puso sus plantas en la playa de Veracruz. Aspiró con fruición la fresca brisa, se arrancó los huaraches con violencia y holló, con sus descalzos y fatigados pies, la tibia arena. Más allá, Punta Gorda recortaba la playa augusta y fraternal.

El muchacho permaneció de pie ante el mar inmenso y gozó con la idea de estar libre, nuevamente, como siempre lo había estado. Frente a él, perfilándose al través de las sombras que empezaban a invadirlo todo, unos grises, pesados navíos, hendían el mar. Lo verificaban lentamente, con un lento andar que parecía aumentar su pesadez.

—Gringos —los reconoció pensando en la ciudad cercana que cabrilleaba al sur, echando a andar para alcanzarla.

Fue entonces cuando sintió la fatiga. Sus desollados pies, hundiéndose en la arena, se negaban a sostenerlo. Antes, en mil ocasiones, recorrió esa misma distancia sin cansarse. Ahora se le figuraba que este corto trecho no tenía fin. Sólo el brillar de las luces, que lo atraían hasta la desesperación, lo alentaba a proseguir.

Llegó a la ciudad arrastrándose. La atravesó de un extremo al otro buscando el barrio y penetró en sus linderos apoyándose en sus muros para no caer.

La noche reinaba plenamente. Se internó entre aquellas paredes impulsado por su imperiosa voluntad y acometido por emociones indescifrables que conmovían las más ocultas raíces de su ser.

El percutir de un disparo que nació al otro lado de aquel por el que se arrastraba lo sacudió de pronto. Se arrojó al suelo. Esperó un minuto semejante a la eternidad y se sintió dominado por una inexplicable sensación de dejadez que no pudo vencer.

Vecinas al sitio en que se hallaba aparecieron luces y figuras humanas que no identificó. Las vio aproximarse y creyó descubrir un rostro familiar que lo miraba, no sabía por qué, con odio y con fijeza. En seguida se le borraron todos los contornos físicos y una espesa sombra cubrió sus ojos.

Volvió en sí. Fue levantado en vilo y dejó pasar el cuerpo que Chespiar y Guzmán conducían en brazos. Emprendió la marcha tras ellos sostenido por Sonia y Marus, que avanzaban vacilantes, y hundió su brazo en el seno suave, pequeño y redondo, de la Gitana. Reaccionó. Hizo más fuerte la presión de su brazo y aspiró el aliento cálido, sexual, que el cuerpo de Sonia exhalaba. Ella percibió la coacción de Lorenzo sobre su macizo seno y lo dejó hacer. Luego ella misma lo oprimió con delicadeza y lo mantuvo así, apretado a su seno generoso, henchido ya por la fecundación. Era su gesto, cordial y humano, un anticipo de su maternidad.

La Mulata apareció jadeante. Lo arrebató de los brazos de los Gitanos para tomarlo por su cuenta y haciéndole reclinar la cabeza encima de sus robustos pechos, lo acarició con insospechada ternura. La Muda, ayudándola a cargarlo, caminó con ella hasta la oscura covacha, sucia y olorosa a salitre y humedad, donde vivían.

Lo desnudaron. Lo echaron en un ángulo de la habitación, escapando la Mulata a la calle. La Muda sintió que Lorenzo tiritaba y acostándose a su lado colocó su cabeza encima de su brazo. Recogió su falda y cruzando su desnuda pierna sobre su cuerpo desnudo

también, le ofreció su calor excitante. Las venas azules se dibujaban en su piel transparente, que resaltaba sobre la carne quemada y oscura de Lorenzo. Afuera, en el centro del ancho zaguán que desembocaba al barrio, el cadáver de Ciro el Pescador descansaba en un deslavado camastro. Lorenzo perdió la noción del tiempo arrullado por la letanía que llegaba del zaguán, y reconfortado por las carnes tersas de la Muda. En sueños, inconsciente aún, escuchó:

—Dios te salve…

Y una voz que recomendaba:

—Ruega por él…

Pero al pensarlo no se refería al muerto que cerca de allí podía tocar con sólo quererlo, sino a Herón Portilla, el Viejo de la Panadería, devorado ya por los cuervos en una noche tan oscura como el sueño en que se hundía.

—¡Maldito Mariguano! —quiso decir. Y la voz expiró en sus labios, que se plegaron al unísono con sus cansados ojos, mientras su retostada mano resbalaba en la blanca, excitante pierna de la Muda.

X

No fue el de Ciro el Pescador un duelo nada más del barrio. A todo lo largo de la playa, de los Hornos a Boca del Río, las plegadas redes de los pescadores se mecían sacudidas por el viento. Los hombres, con los ojos taciturnos, avanzaban presurosos, abandonando sus faenas. Encima de sus cabezas los blancos pelícanos y los perezosos alcatraces graznaban siniestramente. A ratos descendían, se posaban sobre las olas y cazaban alguna pequeña presa con la que volaban hacia la altura.

—Estamos todos —dijo el Borrego sin revelar, en el indefinible tono de sus palabras, si inquiría o afirmaba.

—Todos —confirmó una voz anónima, continuando con apresurado paso la marcha. Y sin que nadie dijera más, hicieron su entrada en el barrio, en medio de un impenetrable silencio que subía de las entrañas de la tierra.

El barrio se pobló de pescadores, pero el silencio se hizo más cerrado aún. Los pescadores llegaban, se situaban donde podían y esperaban callados e inmóviles, sin dar muestras de impaciencia. Se

dirían sombras que surgían de improviso y se petrificaban en todos los rincones, dada su inmovilidad.

En cuanto el día declinó, apareció el negro sarcófago dentro del cual reposaba el cuerpo de Ciro el Pescador conducido en los hombros del Chumbelo, el Borrego, el Gitano y Luis el Rano, cuyos tensos músculos imprimían a sus rostros un sello de severidad. Atrás, con mirada enérgica y velada por sombría nube, Chespiar y Guzmán presidían el duelo.

Los pescadores se descubrieron con religioso ademán. Las mujeres y los niños se santiguaron, cubriendo ellas sus cabezas con sus paños negros, y todos formaron en largas filas echando luego a andar con las pisadas leves de sus pies descalzos. La marcha se inició pausada, cobró fuerzas después y se sostuvo así, uniforme, durante varios minutos. De la cabeza al final del heterogéneo séquito no se oía ni una voz, ni un murmullo, ni el más ligero rumor. Un mutismo hondo, imponente, reinaba a su paso.

—Si cantáramos —sugirió una mujer que se incorporó al duelo cuando éste salía del barrio y entraba en las calles céntricas de la población.

No obtuvo respuesta. ¿Cantar? Ninguno de aquellos hombres, de sus vencidas mujeres o de sus miserables, raquíticos niños, supo nunca de otra canción que de la canción del mar. Desde su más tierna y desesperada infancia, sólo el grave rumor de las olas, impetuoso o apacible, arrulló su cuna. Junto a él habían crecido hasta hacerse adultos, y en sus rostros curtidos al sol y al viento estaba impreso el drama de sus vidas. No era necesario esforzarse para descubrirlo; aparecía a primera vista en las endurecidas miradas, en los pies escamados, en las manos llenas de callosidades y en los silencios prolongados… Sólo en el corazón, oculta hasta ser ignorada, palpitaba su inalterable condición humana que ni el dolor ni la amargura pudieron nunca destruir.

¿Cantar?…

El duelo cruzó la población, pasó por el centro de la ciudad y salió a los barrios apartados. Otros hombres, sin preguntar nada, se incorporaron a él; pero el nombre de Huerta, como una maldición, estaba a flor de labios. Nacía ahora, entre esta multitud y él, un odio implacable, una guerra sorda o abierta, un insondable abismo que nadie podría salvar.

Quienes conducían el cadáver fueron relevados. Otros pescadores tomaron el féretro en sus poderosas manos y continuaron adelante con paso firme e ininterrumpido haciendo resaltar, por el esfuerzo realizado, las gruesas venas de sus brazos. En el alto cielo que deslizaba su infinita curva sobre los edificios de la ciudad negros zopilotes describían un discreto vuelo. El sol huía hacia el ocaso y unas nubes plomizas, poniendo en los ojos humanos oscuros reflejos, crecían violentamente anunciando tormenta. El viento arreciaba y hacía rizarse, coléricas, las aguas del mar.

El Borrego, apareándose al Chumbelo, dijo al ritmo de su paso que seguía a los de los demás:

—No sé en qué acabará todo esto. Anoche llegaron más barcos allá.

El Chumbelo alzó la vista que llevaba clavada en el suelo y fijándola en el Borrego expresó:

—¿Más?

Palpitaban, en la breve pregunta, no pocas reservas.

—Sí, más. Una escuadra verdadera…

Las interrogaciones y las respuestas surgían lacónicas, desechando todo lo superfluo.

—¿Los viste tú?

—¡Cómo si no! No abandoné la playa hasta no contarlos todos. Fue a poco que tú nos dejaste.

—¿Cuántos?

—Diez, exactamente.

—¿Diez? ¡Demonio! ¡Y este maldito Mariguano!…

—¿Crees tú?

—¡Quién puede saber nada! ¡Pero las cosas están claras y los hechos no dejan esperanzas!

—¡Al diablo con el Mariguano!…

El Borrego insistió:

—¿Crees tú?

—¡Nadie lo duda ya!

Callaron. Pero en seguida el Chumbelo anunció:

—Levantaremos la pesquería. Mañana mismo…

El cortejo continuaba su camino. Al frente de él, tras el negro sarcófago encima del cual brillaba un Cristo de plata, Chespiar y Guzmán imponían el paso al largo acompañamiento.

La comitiva llegó al cementerio, formó un círculo alrededor de la recién abierta sepultura y vio desaparecer la fúnebre caja tragada por la tierra milenaria… Una mujer contuvo un sollozo. El Chumbelo quitó de las manos de uno de los sepultureros la pala con que removía la arena y participó en la tarea de cubrir la tumba de Ciro el Pescador, que quedaba allí para nunca más tornar a la existencia. Sus manos, su cara, todo en él era tenso y triste. Golpeó al final con el reverso de la pala para aplanar la tierra y quedó de pie arriba del montículo formado sobre la fosa para clavar en lo alto, con firmes puños, una tosca cruz de madera hecha con sus propias manos. La comitiva se disolvió muda como siempre y desapareció metida en la noche, que reinaba plenamente. Al través de sus sombras, los blancos mausoleos surgían misteriosos, alumbrados por los fuegos que brillaban sobre la superficie de la tierra y azotados por el viento, que aumentaba su violencia.

El día en que Chespiar fue puesto en libertad por decisión del propio jefe político, la suerte de Guzmán, el padre, había quedado sellada.

—No es este loco al que teníamos que atrapar —reconoció el jefe político encarándose con el jefe de la seguridad, quien se sintió nuevamente inquieto—. No es este loco —repitió, y concretando su pensamiento, subrayó—: Es a Guzmán… ¿Entiende usted? Es a ese otro revoltoso… Es a él y no a este viejo metido a predicador al que hay que suprimir…

Se contuvo. Pero la última frase, dicha con énfasis intencionado, cobró de pronto todo su valor.

"Suprimir"… El jefe político lo había meditado bien. Y si se interrumpió, no lo hizo sino por cálculo, para observar el efecto que sus palabras causaban en su subalterno.

El jefe político estaba decidido. Durante el interrogatorio formulado a Chespiar la idea había madurado en su cerebro. Chespiar? ¿Para qué? En nada beneficiaría al gobierno la muerte de ese viejo loco, cuyas respuestas lo situaban en la luna, en un mundo artificioso, irreal, inventado por su ridícula locura, que ninguno, por ciego que estuviera, podía tomar en serio.

En cambio, Guzmán… ¡He aquí a un hombre al que había que sujetar!… Porque si continuaba suelto por la ciudad, libre para

llevar adelante sus criminales designios, sus vidas se hallarían en peligro.

El jefe político estaba ya al cabo de lo que acontecía. La sola presencia de Chespiar, su original lenguaje, lo expresaban todo. Por lo demás, los informes eran reveladores: "Chespiar y Guzmán, agitadores contra el gobierno de la República"… ¿Chespiar y Guzmán? Por un simple método de eliminación, aprendido desde sus años de estudiante, el jefe político obtuvo lo que se proponía. ¿Chespiar? Río con una risa sorda y en voz alta sentenció:

—¡Guzmán!…

Luego identificó al gobierno de la República con Huerta y un violento calosfrío sacudió su cuerpo… ¡Huerta!… Huerta no perdonaba. Su mano poderosa llegaba a todas partes y era como una implacable garra de la que nadie, hasta entonces, pudo escapar. Sus últimas instrucciones, más que una norma de gobierno, eran una abierta y violenta amenaza, que convenía obedecer. Huerta le había escrito: "El gobierno de la República está pendiente de la conducta de usted."

"¿El gobierno de la República?"

—Ya conoce usted las instrucciones del presidente…

El sobresalto del jefe de la seguridad no tuvo límites. "¡El Presidente!… ¿Quién escapa a su justicia? ¿Quién que no siguiera sus mandatos se consideraría a salvo, fuera del alcance de su terrible poder?". Sacudió la calva cabeza como para librarse de algún enojoso pensamiento y respondió:

—Se suprimirá…

—Usted lo sabe —insistió el jefe atemorizándolo más aún—. ¡El presidente!… ¡Él no perdona!… ¡Ni perdona ni olvida!… Su poder es omnímodo. Si aquí sucediera algo, podíamos darnos por castigados. Haría con nosotros un escarmiento y eso serviría para que los demás se apegaran a sus órdenes. Ninguno de los que le servimos lo ignora: el presidente no admite descuidos ni lenidad en el desempeño de nuestras obligaciones… ¡El presidente!…

El jefe político suspiró arrojando de su pecho un peso enorme y quedó medio sofocado todavía en espera de lo que el jefe de la seguridad le contestara. Éste no mudó de pensamientos. Y como si todas sus ideas volvieran al mismo punto de partida, repitió:

—Se suprimirá…

Rubricó su sentencia con un brusco ademán y adoptó una actitud teatral, como si quisiera imbuir, en el cerebro de su superior, la idea de la muerte decretada por éste contra Guzmán y el hecho de que no sería él quien se resistiera a cumplirla.

Quedaron un momento el uno de cara al otro sin pronunciar palabra, dominados por igual temor y unidos, más de lo que ellos mismos lo quisieran, por la complicidad de un delito que les era común. En seguida, el jefe político quiso confirmar:

—¿Entonces?…

Su acento fue y volvió golpeando contra las paredes del despacho hasta impresionarle el tono metálico de su voz y esperó convencido de antemano de lo que su interlocutor habría de responderle:

—Entonces… —recalcó éste con brutalidad inesperada—. ¡El señor presidente puede albergar confianza en mí! —Y aflojando los músculos del semblante antes distendidos, acabó—: ¡No será aquí donde sus enemigos hallen oportunidad para salir airosos con sus propósitos malvados!…

Meditó lo que iba a decir y se decidió:

—Y si ese tipo, Guzmán, estorba, lo suprimiremos como se suprime toda excrecencia… ¡El señor presidente quedará satisfecho de nuestra obra!

Tornó a hacérsele presenta la figura de Huerta como una esfinge mestiza de ojos torvos y malignos, escondidos tras los cristales de sus oscuros anteojos. Y un miedo irreprimible imperó otra vez sobre su alicaído ánimo.

—El señor presidente quedará contento de nosotros —repitió, condenando a Guzmán a pronta muerte y dando remate así a la conversación.

Guzmán, el padre, quedó atrás acompañado de Juan el Largo, retenido en la tramitación correspondiente al sepelio de Ciro el Pescador. No lejos, Roberto Guzmán los esperaba, enfadado y pensativo. Frente a él, un grupo de individuos que se le hacían sospechosos, parecían esperar también impacientes e irritados. Se paseaban de un lado a otro y hablaban, en voz baja, entre sí. Cuando su padre y Juan el Largo aparecieron en la calle se dirigieron a su encuentro, hablaron con ellos algo que Roberto Guzmán no pudo percibir y los vio caminar, precipitadamente hacia las afueras de la ciudad.

Un súbito presentimiento lo asaltó. La facha de aquellos hombres, bien lo notaba, aparecía inconfundible. Era la misma facha, pese a no haberla visto sino muerto, que la de Daniel Mendoza. Un temor que le helaba la sangre se adueñó de él. Y una atropellada angustia le subió a la garganta, hasta ahogar el nombre que estaba a punto de gritar.

—¡Huerta!…

Buscó a lo largo de la desierta calle y no pudo descubrir ningún rostro amigo ni a ninguno de los hombres del barrio que, apurados por tantos motivos, retornaban a la playa. Con el corazón saltándose del pecho se dedicó a perseguir a su padre y a los hombres que lo acompañaban, cuya intención, aterrado, creía adivinar.

Conocía las tremendas historias que acerca de Huerta circulaban y no dudaba del peligro que a su padre y a Juan el Largo amenazaba.

Los vio dejar a sus espaldas las últimas casas de la ciudad y continuar hacia el sur, paralelamente a la playa, cuyo perfil desaparecía escondido por los pequeños médanos que cerca se levantaban. Corrió hasta sofocarse cubierto por la pobre vegetación, por los arbustos y los mezquites que crecían al borde del camino y los tuvo casi a su alcance.

Su padre andaba apresurado, con la cabeza erguida, seguido del Largo y rodeado por los hombres que antes lo detuvieran. Tocando apenas el suelo, sus pies daban la impresión de no posarse sobre la tierra y de mantenerse constantemente en el vacío. Cien metros adelante, Roberto Guzmán distinguió policías a caballo. Uno de los hombres de a pie apresuró el paso, se aproximó a ellos y señaló a Guzmán y a Juan el Largo, abandonándolos luego a su cuidado. A su vista, sobre un poste del telégrafo, un pájaro carpintero golpeaba con el golpe monótono y uniforme de su potente pico.

Roberto Guzmán notó, ¡tan cerca había llegado de él!, una sombra en la frente de su padre. Huyendo encima de su cabeza nubes plomizas pasaron vaporosas. El pájaro carpintero taladraba el poste del telégrafo y los hombres de a caballo, enderezando sus cabalgaduras, metieron a su padre y a Juan el Largo entre ellos, conduciéndolos rumbo a un sitio desolado.

Roberto Guzmán se protegió con las sombras de la noche y los raquíticos arbustos que menudeaban en aquella parte del camino para ganar terreno. Se les adelantó y no los perdió de vista marchan-

do siempre precediéndolos. Todo a su alrededor había entrado en un silencio inviolable.

Hizo alto al ver que los hombres de a caballo se detenían y permaneció atento. Los escuchó hablar animadamente, sin distinguir lo que decían, y volviendo atrás disipó sus dudas.

—Pueden regresar —autorizó uno de los montados con admiración de Roberto Guzmán, quien se resistió a creerlo—. ¡Quedan libres!

Su alegría le salió a los labios. Pero su alegría murió tan rauda como había nacido. Sin tiempo para recapacitar, oyó la voz inalterable de su padre, que decía:

—¡No valen farsas! ¡Acabemos de una vez!

Los policías se miraron desconcertados. No esperaban aquella situación. Se comprendía que les resultaba molesta. Roberto Guzmán leía a la vaga claridad del camino la contrariedad que padecían. Sus semblantes, resaltando fragmentadamente en el paisaje, se recortaban de modo caprichoso en la noche.

Uno de ellos volvió a recomendar:

—Retírense. ¿No han oído? ¡He dicho que están libres!…

Picó, con un movimiento nervioso, los flancos de su cabalgadura. Guzmán no se dejó engañar.

—¡Cobardes! —los apostrofó—. ¡Les falta valor para asesinar a hombres inermes! ¿Qué esperan que no empiezan? ¡Vamos!

La voz, en el sitio devastado, creció tremendamente en alas del viento.

Guzmán dio un paso en dirección a ellos, hasta sentir su cabeza humedecida por los belfos de los caballos.

Los policías volvieron a mirarse sin saber qué hacer. Interrumpiendo las voces airadas, una lechuza chilló quién sabe dónde. Guzmán los increpó de nueva vez.

—¡Cobardes!…

Juan el Largo se colocó a su lado. Lo rebasó en seguida como si quisiera protegerlo con su cuerpo y gritó con un grito estentóreo, sobrehumano, que huyó envuelto en las sombras:

—¡Collones!…

Uno de los de a caballo rió con una risa satánica e insistió ahora con voz tonante.

—¡Regresen, digo! ¡Cuánto más pronto, mejor!…

Juan el Largo rió con una risa gemela de la anterior. Guzmán repitió con insultante desprecio:

—¡Cobardes!… ¿Creen que aceptamos la muerte por la espalda?… ¡No! ¡La queremos de frente! ¿Estamos? ¡Queremos llevarnos grabada la imagen de nuestros asesinos! ¿Qué esperan, pues? ¡Vamos! ¡Empiecen conmigo! ¡El tiempo corre! ¡Ya les llegará a ustedes su turno!

Avanzó otro paso para cubrir él ahora con su cuerpo a Juan el Largo, y descubriéndose el velludo pecho, lo presentó a sus enemigos.

Roberto Guzmán recordó aquel vigoroso pecho. El tierno corazón que encerraba y las horas en que él, desfallecido, buscó amparo a su sombra.

Los de a caballo fueron el línea sentando sus bestias sobre las patas traseras, requirieron sus rifles e hicieron fuego simultáneamente.

Guzmán, el padre, cayó con la cabeza ensartada en una rama que parecía prendida en el vacío. Juan el Largo describió una cabriola, se arrastró en un póstumo esfuerzo embarrado a la tierra y quedó, rígido, con la cara al cielo. Sus pies, renegridos por el sol, era lo único que Roberto Guzmán, con los ojos desorbitados, llegaba a precisar.

En la noche umbría el paisaje se esfumaba tragado por las tinieblas y sólo permanecían, como testimonio de una escena que se resistía a aceptar, aquella cabeza y aquellos pies cuyos cuerpos parecían ausentes como si una y otros, parte de una anatomía caprichosa, se unieran directamente.

Estuvo a punto de derrumbarse. Se aferró con desesperación a las delgadas ramas de un mezquite y, para no gritar, se cubrió la boca, reseca y amarga, con las yerbas marchitas y dispersas sobre la inhóspita tierra.

Los de a caballo desmontaron. Echaron encima de sus monturas los cadáveres de sus víctimas y tomaron rumbo a la playa. Allí, cogiéndolos en sus brazos, los arrojaron al mar, cuya blanca espuma se tiñó de sangre.

Cuando Roberto Guzmán consiguió ordenar sus ideas, los policías de a caballo se perdían en la lejanía. Sus rostros, sin embargo, no se le olvidarían jamás.

Se precipitó abajo. Se arrojó en medio de las olas y alcanzó el cuerpo de Juan el Largo arrastrándolo a la playa. Repitió la operación y pudo rescatar de igual modo el cuerpo de su padre, en cuya

boca nacía un gesto de desprecio. Se arrodilló ante ellos y quedó así, prosternado sobre la arena, sin tener noción exacta del tiempo transcurrido. Después arrancó a correr, desesperadamente, en busca de sus compañeros a lo largo de la playa barrida por el viento. Bajo el alto cielo, los cuerpos de Guzmán y el Largo dormían inmóviles, con un sueño tranquilo y hondo. Los negros zopilotes, atraídos por la sangre de los muertos, rondaban sin cesar. Sus alas, desplegadas al viento, cortaban el espacio con su fino vuelo.

XI

El teniente Melesio Infante no tenía mucho tiempo de haberse incorporado al ejército. Apenas salido del colegio consideraba una fortuna el que se le hubiera comisionado en aquel cuerpo sin residencia fija en Veracruz. Pero el teniente Melesio Infante, contrariamente a lo que sus compañeros hacían, no vivía ajeno a la vida de los habitantes del barrio. Durante su breve radicar en él, sin ser lo que se dice un mala cabeza, ya había entablado amistades, participado en una que otra reyerta y gozado, con toda la impetuosidad de su juventud, del amor y de la belleza de la Muda.

El teniente Melesio Infante era, dicho con palabras de sus jefes, la oveja negra del cuerpo.

Sus compañeros, los otros oficiales, se lo reprochaban. No era para enorgullecerse ni mucho menos, el que un hombre de su clase anduviera metido en frecuentes enredos, liado en riñas y disputas, y el que, olvidado del decoro que su situación le exigía, se le viera rodando por los rincones del barrio entregado al goce pasajero que una mujer como la Muda podía ofrecerle.

Y, sin embargo, para el teniente Melesio Infante el problema era otro. No habían existido, en su corto vivir, ni grandes ni pequeñas aventuras amorosas. Por eso, cuando tropezó con la Muda, se vio arrastrado fácilmente.

En los primeros días no fue sencillo. La Muda, apegada a la tradición del barrio, podía entregarse sin reparos a los hombres del mismo; pero tratándose de un extraño el hecho cambiaba de un modo radical. Así lo practicó siempre ella, con una línea de conducta invariable que ahora, por subjetivo impulso de sus inclinaciones, establecía una salvedad. Para ella todo se modificaba de improviso.

Porque lo que primero fue sólo pasatiempo, satisfacción simple y llana de su instinto animal, se transformó de pronto en un sentimiento profundo y limpio que no pretendió disfrazar.

Aquello que por el Chumbelo experimentara perdía fuerza con el tiempo y se diluía, sin quererlo, en el drama diario de sus vidas. Algo se había roto dentro de ella hasta parecerle que su mundo interior, parecido y vuelto a nacer, era otro. Ahora había apuntado en su corazón, ávido de ternura, un goce tan intenso como generoso, un renacer de su existencia que yendo de lo profundo a lo profuso sacudía las más íntimas entrañas de su ser.

Para ella, la Muda lo sabía, todo había cambiado de repente. Era como si los muros y las paredes del barrio se hubieran derrumbado de súbito y brotara sobre sus escombros, un mundo nuevo y luminoso.

El teniente Melesio Infante la abordó un día. Y la vio rodar en la noche entre las sombras del barrio, arrastrada por cualquiera. La escena se repitió a sus ojos, una y otra noche. Él insistió en su persecución sin darse por vencido, hasta obtener, al fin, el premio a su tenacidad.

Luego sucedió siempre que lo quiso. Más algo había, en aquella mujer, que se le metía muy adentro para quedarse, definitivamente, allí. El mismo acto de la entrega, tan viejo como la especie humana, cobraba en su sencillez la majestad de un rito. Alumbrada por las estrellas del cielo, la carne se purificaba, se purgaba de vileza e imprimía al acto del ayuntamiento, categoría divina.

El teniente Infante estaba persuadido de ello. Y dejándose llevar del influjo que aquella carne tibia, suave y tierna ejercía sobre él, sentía florecer, en su joven corazón, el hechizo del amor.

La Muda se entregó sin reservas a esa pasión que le corroía el alma. Era aquello algo distinto, diferente a lo que antes experimentara. En nada, por más esfuerzos que hacía para identificarlo, se parecía lo demás. Ni siquiera a aquel indefinido, inconsciente sentimiento que la convirtiera, por sorpresa, de niña en mujer. Ella lo recordaba. En esa entrega pasiva, inevitable, que despertó su sexualidad, no existió sino una rara mezcla de pasmo e indiferencia, de simplicidad en el razonar sobre el único hecho, que para ser perfecto, rechaza toda razón. ¡Ahora lo lamentaba! Se entregó porque sí. Por fatalidad o por desesperación. Por inexperiencia o por necesidad. Pero nunca por amor. Sabiendo que una hora y otra

hora, que hoy y mañana y siempre igual, era él quien acechaba junto a ella, decidido y obstinado en cobrar, con moneda de sangre, los favores otorgados. Luego todo le dio igual. Continuó entregándose a él por pasividad o por costumbre. Hasta que sin preguntarse por qué, huyó con el Chumbelo.

Procuró, con él, cambiar de vida. Mas el circo primero, después al barrio, un mundo estrecho del cual brotaba sólo la miseria, mató su fe y redujo a cenizas el aliento de su corazón. En esa pendiente se dejó resbalar, sin resistir, hasta tocar en su descenso el fondo del abismo.

Jamás supo quién fue el primero en ese universo suyo cercado de tinieblas. Bastó con que alguien extendiera la mano y la tomara, para que ella condescendiera insensible, con una insensibilidad que rayaba en la sumisión. Después el hecho se repitió una y otra vez, hasta hacerse proverbial.

No sabía por qué se entregó a aquel hombre. Por huir de él se unió al Chumbelo. Por deseos de cambiar de vida fue tierna y fiel cuando lo tuvo a su lado. Pero cuando él la abandonó para lanzarse al mar regateándole su presencia física, entonces todo le era indiferente y obraba, en su ánimo de un modo fatal.

Algo había despertado, ahora, en su alma. Era aquello una especie de restitución, como una nueva fe que la apegaba a la existencia y la hacía vivir sus mejores horas.

Comenzó una noche en que, lamidos sus cuerpos desnudos por las mansas olas, las inmaduras manos del teniente Infante le supieron transmitir el fluido de su amor en una posesión misteriosa, libre de pecado, en la que el deseo se limpió de manchas. Rielaba la luna en el cielo, plateaban las aguas del mar y la tierra entera se encendía de esperanza. Una música ligera, plena de dramaticidad, sacudió su espíritu. Así entró ella, en los arcanos del amor, desfallecida e iluminada.

Inútil disimularlo. El Chumbelo sintió que algo, más poderoso que lo demás, se interponía entre ellos. Todo era nuevo en la Muda: su risa, su dolor, su actitud… Mas su metamorfosis no era, simplemente, una transformación física. Era, sobre todo, una transformación esencial, que influía, de igual modo, en el fondo que en la forma. Su belleza alcanzaba lo perfecto, pero era su mundo interior, salvado del desastre, lo que la sublimaba. Más que la esbeltez de sus piernas,

que la suave curva de su vientre o que las tibias ánforas de sus senos, sus ojos lo decían todo.

Insistió, no obstante, por el imperativo de un pasado que gravitaba sobre ella como el fardo de todas las edades, en callar y mantener el pie una doble situación que le resultaba embarazosa. Y dejó que su amor se emporcara de vileza.

Otro hombre, primero que el Chumbelo, se enteró del drama que la atormentaba. Fue Chespiar, quien antes que nadie descubrió que la muda se fertilizaba por la fascinación del amor.

Sin que ninguno lo entendiera, se le escuchó decir: "El amor consuela como los rayos del sol después de la lluvia".

Sólo él, a cuyas profundas miradas nada se ocultaba, era dueño del sentido esotérico que sus palabras contenían.

El teniente Melesio Infante fue odiado en el barrio por todos, menos por él. Padeció por el Chumbelo, sí, pero sin intentar interponerse para evitarle o disminuir el dolor que le hacía daño. Porque para éste la Muda no era lo intrascendente y lo pasajero, sino lo vital y lo eterno, lo anhelado y lo temido; aquello que llama en el corazón del hombre sólo una vez en la vida. Por eso, sin precisar aún lo que los separaba, se aferró a ella con impulso desesperado, con todo lo que existía en él de puro y de primario.

Su lucha fue una violenta, una ardiente lucha contra lo inevitable: ignorando todavía no sólo la intensidad, sino el propio carácter de la fuerza en contra de la cual se debatía. Así se fue formando en su corazón ese odio, ese cerrado rencor que, lindando en la locura, lo induciría al crimen.

Al principio fue sólo una sospecha nacida de la indiferencia de la Muda, para quien su presencia, por mucho que hiciera él para destacarla, pasaba inadvertida. Después fueron su alejamiento, su negarse a la encendida entrega a que lo tenía acostumbrado y al fin, la concreción de los perfiles físicos de aquel otro hombre que tan de repente se atravesaba en su camino.

Fue hasta esa noche, después del funeral de Ciro el Pescador, cuando el Chumbelo descubrió, resistiéndose de pronto a aceptarlo, el verdadero motivo que lo apartaba de ella.

Aquella tarde, al abandonar el cementerio, él, como los demás, se encaminó a la playa. Absorto, emocionado aún por tantos sucesos que ponían luto en los hogares del barrio, quiso buscar refugio en

la soledad del mar. Rectificó, impulsado por otros pensamientos, y retornó a los viejos muros que aprisionaba en su mundo universal para prevenir a Chespiar, a quien suponía amagado por un peligro inmediato. Anduvo ligero para ganarle al tiempo. Sus pies se movían con increíble ligereza, y una inexplicable y creciente zozobra renovaba sus agotadas energías.

Al enfrentar al baluarte distinguió, a la luz de un pálido reflejo que venía del puerto, la silueta de la Muda. Pegado a su cuerpo, el teniente Melesio Infante la sujetaba de la cintura. Ausentes de lo que los rodeaba vivían sólo en el mundo de su imaginación. Lo demás les era ajeno. En este minuto de sus existencias únicamente el mundo de la profundidad hallaba, en sus corazones, razón de ser. Junto a él se extinguía, para no volver jamás, el mundo convencional en el que hasta entonces vivieran. Callaban sus bocas, se estremecían sus cuerpos convulsionados por violento espasmo y el aliento de la noche los envolvía con su tibio manto.

No lo sintieron llegar. Pero él tampoco consiguió desprenderse del férreo puño que aprisionaba su mano. Chespiar, dominándolo, lo arrastró de allí.

No escapó, sin embargo, a su mirada el perfil de aquel rostro extraño cuyos contornos, sorprendidos en el minuto del éxtasis, se le hicieron odiosos. No se le ocultó, a pesar de su rencor, que aquello era definitivo, que lo que animaba el fuego de ese amor era el soplo de lo inextinguible, y se dejó arrastrar por Chespiar, por un Chespiar salido quién sabe de dónde, al que seguía dócil, pero rencorosamente.

Lo odió por primera vez a lo largo de su amistad. Lo odió con un odio irreconciliable, cruel, que lo hería a él mismo sin misericordia.

Estalló.

—No hay por qué mezclarse en los asuntos de los demás.

Chespiar continuó arrastrándolo consigo.

—Cada quien debe resolver sus propios problemas y no intervenir en lo que no le importa.

—Todo lo que se refiere a la vida humana me afecta a mí. ¿Por qué no había de interesarme la vida o la muerte de un semejante?

—¡De un semejante!

El Chumbelo se liberó del puño de Chespiar, que cedió al fin. Y experimentó un dolor físico sin límites, que le subía de lo más

escondido de su alma y que crecía por instantes como las sombras de la noche.

Podía él ignorar ese continuo revolcarse de la Muda con éste o con aquél. Pero no aceptaba esa entrega a otro de esa parte de su ser que creyó, hasta ahora, solamente suya.

Buscaría a aquel maldito hombre. Lo buscaría, hasta sacarlo de las entrañas mismas de la tierra, para vengar su afrenta. ¡El mundo, desde ese momento, era reducido para ellos! ¡Sobre su vasta superficie sólo su odio, eterno como su dolor, podía subsistir ya! ¡Nada evitaría Chespiar con alejarlo de allí! ¡Un día u otro aquello habría de consumarse!

Chespiar no interrumpió sus meditaciones. Lo dejó andar en silencio y sin soltar su brazo, que había vuelto a aprisionar, continuó con él hacia el centro del barrio, sobre el que se abatían, con insistencia enojosa, el odio y las sombras.

XII

Antes que la Cuaresma diera fin, el Chumbelo ordenó levantar la pesquería que otros años, recordando el milagro de la resurrección, se prologaba hasta que la Pascua había pasado. Sobre todo si la sierra y el pámpano continuaban dándose en abundancia, lo que hacía que la redención del señor alcanzara en el alma de los pescadores una gracia mayor. Pero ahora todo contribuía a limitar el plazo acostumbrado y acelerar el retorno al barrio., sobre el que caía la adversidad.

El Miércoles de Ceniza, de paso para la playa, el Chumbelo había escuchado con grave recogimiento y con el corazón palpitante de esperanzas, las sacramentales palabras que entonces, sin adivinar lo que iba a suceder, perdían toda trascendencia. Pero estas mismas palabras tomaban ya su real significado. El sacerdote, al trazar el signo de la cruz sobre su frente, le había vaticinado: "Polvo eres y en polvo te convertirás…". *El Chumbelo* escapó hacia la playa, y bajo el sol de la mañana que empezaba a escaldar, olvidó pronto aquella predicción.

Nunca, sin embargo, se sintió más cerca de ella que esta mañana. Y nunca tampoco experimentó la sensación de haberse convertido

en polvo, de retornar al polvo de la tierra de donde había venido, como esa noche en que descubrió, sacudido hasta sus más escondidas entrañas, el abismo que lo separaba de la Muda. Fue esa noche cuando su dura existencia supo del dolor y de la desesperación de la soledad. Hasta entonces la vida lo había herido superficialmente; hoy, el golpe era profundo y tocaba la raíz de su propio ser.

El Chumbelo hizo un gesto de impotencia. Descansó un minuto de su agobiante tarea y volvió a ella con más tenacidad que antes, como si su desgracia aumentara sus energías. Sobre su cabeza, que sentía estallar, brillaba un rayo oblicuo del sol, encendiéndole el semblante con tintes siniestros.

Cercano estaba ya el Domingo de Pascua. Del día en que los pescadores, rodeados de sus mujeres y de sus hijos, celebraban la liberación del hombre con una fiesta pagana en la que el vino se prodigaba y la sierra y el pámpano, guisados con manos hábiles, pagaban su tributo a la comunidad… Nada de eso sucedería ahora, cuando los hombres del barrio morían, el uno tras el otro, en una muerte sorda, implacable, perseguidos por la sangrienta garra de Huerta.

El Chumbelo dio un golpe violento con el hacha que blandía y desgajó, como frágil cascajo, el añoso tronco que servía de base a la choza que durante tantos días los cobijara.

—¡Y todavía éstos! —monologó, mirando hacia el mar, que reverberaba hasta herir los ojos con sus relámpagos de plata. En sus espejeantes olas se mecían, imponentes, las moles grises de los buques gringos, cuyo número era cada vez mayor. Encima de las cubiertas sembradas de metales, los rayos del sol, convergentes o dispersos, se fragmentaban en pequeños puntos de fuego que se esparcían o se agrupaban en el espacio. Siluetas humanas, ya precisas, iban de popa a proa o de babor a estribor gritando palabras que él no entendía, a pesar de escucharlas, desde niño, con frecuencia.

Evocó a Chespiar… Chespiar también hablaba aquella enredada lengua… Volvió a pensar en la noche anterior. ¡Si Chespiar no hubiera intervenido!… Sintió, otra vez, odio contra él. Cruzaron arriba de su cabeza graves alcatraces cuyas alas se extendían graciosamente y volvió a finar su atención en los barcos grises que se movían con lentitud.

—¡Éstos! —tornó a murmurar y continuó trabajando.

Era ése el motivo que obligaba al Chumbelo, como a sus demás compañeros, a abatir sus pesquerías y a escapar de la playa con prontitud. No era, con todo lo que de torturador tenían para él la conducta de la Muda y la constante agresión de la policía contra los hombres del barrio, lo que ahora lo apuraba. Era lo otro: ahí estaban frente a él y ante su vista, empañada aún por la violenta escena de la noche anterior, aquellos barcos grises que ya no pasaban de largo ni se tomaban el trabajo de disimular sus verdaderas intenciones. Yacían allí, cerca de la ciudad, con sus máquinas encendidas, sin avanzar ni retroceder, amenazantes y agresivos, con sus largos cañones apuntando a la población y su color gris, plomizo, difuminándose en el panorama gris, plomizo, de la mañana primaveral.

Abril caía con furia despiadada. El estilo se adelantaba a la primavera y entre cielo y tierra, trémula y vaporosa, una densa masa, una neblina estival, vestía todo de gris. Al través de ella, los barcos dibujaban su poderoso perfil, que parecía crecer aumentado por el temblor de la mañana.

El Chumbelo, con su vista marina, los enumeraba. No eran diez. El Borrego estaba equivocado. Eran más. Sus nombres se destacaban con reflejos de oro sobre el lienzo de sus costados. Pero recortadas sobre la línea apenas perceptible del diluido horizonte, otras grises siluetas aventaban al cielo sus penachos de humo.

Las miradas del Chumbelo se perdieron en el vago perfil del horizonte.

A lo largo de la playa quemada de abril, las otras pesquerías plegaban también sus redes, derrumbaban sus chozas y desfilaban sus hombres rumbo a la ciudad. A lo lejos, los edificios y los templos brillaban encendidos de color bajo el oro de la mañana y se hundían, rumbo al norte, en una densa masa caliginosa que avanzaba con rumbo apresurado.

Los pescadores caminaban silenciosos, con una marcha ligera en la que coincidían todos sin haberse puesto previamente de acuerdo. Sus pies, al pisar, sacaban de la playa polvo y vapor que formando una sola y pequeña nube, volvía a caer sobre la tierra.

El Chumbelo, escudriñando el mar, infundía alientos a los suyos. Los apuraba con su ejemplo sin dar muestras de fatiga y sin que asomara a su semblante, quemado de sol, aquello que lo torturaba.

Golpeó con furia la tierra, haciendo saltar otro de los pilares de la choza. Y queriendo fugarse de los pensamientos que comenzaban a

herirle sin piedad, fijó su atención en Roberto Guzmán, que mudo, encerrado en sí mismo, trabajaba a su lado con ahínco. Lo observó de reojo y quedó asombrado de la transformación que en su rostro se había operado, de la terrible y sombría mirada que brotaba de sus ojos y de ese aire distraído y grave que lo hacía aparecer como ausente de la vida.

El Chumbelo nunca lo vio así. Y se sintió empequeñecido. Roberto Guzmán se le revelaba en ese instante como un hombre extraño, junto al cual pasara, tantas veces, ignorándolo. Lo admiró por vez primera con una admiración honda, plena, en la que el hombre duro y fuerte que el Chumbelo era se rendía a otro en quien confrontaba virtudes que apenas descubría. Pensó en la noche anterior, olvidándose de la Muda, hasta dudar de que aquello que tanto lo afectaba fuera realidad.

Todavía había alcanzado a presenciar, esa noche, el entierro de Guzmán y Juan el Largo en la improvisada tumba que sobre la misma playa los pescadores abrieran. El Chumbelo lo observó. Roberto Guzmán había dejado hacer sin alterarse, no obstante que cada paletada de tierra le golpeaba en el corazón. Sólo así, cuando los pescadores comenzaron a rellenar la fosa, se abrió paso entre ellos y tomó un grano de tierra que arrojó con un movimiento nervioso sobre los muertos entrañables.

El Chumbelo no se explicaba por qué quiso hablar. Le parecía que algo rondaba en su alma. Pero no era su dolor personal. Él estaba seguro de que no había sido esa la causa que lo impulsara a decir lo que la noche pasada dijera. No. Se trataba de una fuerza superior que lo constriñera a ello y lo hiciera gritar lo que por dentro le quemaba. Lo otro era su dolor. Mas su dolor era su dolor, lo que únicamente a él pertenecía y a nadie más interesaba. Eso moriría con su propio yo y lo otro, lo que hería a todos por igual… ¡eso era distinto!

La cadena crecía y cada nuevo eslabón era fundido con la sangre de los hombres del barrio y adoptaba un nombre concreto e íntimo: Ciro, el Pescador, el Viejo de la Panadería, Juan el Largo, Guzmán, el padre… ¡Sin contar los que, como Lorenzo, el cuñado de Luis, habían logrado escapar!

¿Cuántos faltaban aún?

El Chumbelo vibró de coraje.

—¿Él o nosotros?

Ninguno respondió la noche anterior a la interrogación, pero ninguno, tampoco —el Chumbelo no abrigaba dudas— daría un paso atrás.

Un odio feroz los unía a todos. Y el nombre de Huerta, que antes les fuera indiferente, se convirtió en el centro de aquel desorbitado, explosivo odio, que brotaba a la superficie de sus vidas más terrible e implacable que nunca.

—¡Huerta!…

El Chumbelo examinó a Roberto Guzmán trabajando ardorosamente como si los acontecimientos de la noche anterior no lo tocaran. Su rostro aparecía cubierto con una máscara inmóvil que endurecía sus facciones. El sol, iluminándolo, hacía resaltar su perfil de piedra. El Chumbelo quiso insistir y deshilvanar lo de la noche anterior.

—Nos vengaremos de todo —dijo.

Roberto Guzmán no levantó siquiera la mirada. El Chumbelo experimentó una sorda vergüenza que le subió a los ojos.

"¿De todo?"

Creyó que Roberto Guzmán descubría aquel pensamiento que medrando en el subconsciente acudía ahora a sus labios en forma intempestiva. Golpeó con fuerza abrumadora un viejo tronco, que saltó de tierra con violencia inusitada y hundió luego el hacha en lo que halló a mano.

"¿De todo? ¿Por qué?"

Lo suyo era lo suyo y él sabría cómo resolverlo. ¡Para qué enredarlo con lo otro! Lo primero era la lucha que Huerta provocaba. Lo demás, eso le correspondía tratarlo únicamente a él…

Sus manos se crisparon alrededor del mango del hacha y un golpe frenético, sobrehumano, dividió un recio madero en dos.

Un grito del Borrego lo volvió a la tierra. Encima de las aguas espejeantes las moles grises se pusieron en marcha y enderezaron su proa, en formación de combate hacia la rada. Traído por el viento, el ronronear de sus máquinas se escuchaba nítido. Marchaban majestuosamente, con fiero orgullo que adquiría énfasis en medio de la espléndida mañana.

—Esto me parece mejor —dijo, heridos sus ojos, con el reflejo del sol proyectado por las planchas metálicas de la nave más cercana.

"A mí me parece mejor —repitió personalizando la afirmación— que ese misterioso taimado rondar del que uno no sabe nunca lo que vendrá".

—¡Por fin se deciden a entrar! —anunció el Borrego, viendo que los barcos hacían rumbo a la bahía.

Los barcos, efectivamente, enfilaron hacia la bocana, mientras sus penachos de humo, cada vez más densos, ponían manchas oscuras en el caliginoso cielo de abril.

—He oído que desembarcarán sus marineros armados —informó Lorenzo en alta voz, mientras los pescadores, a la orilla de la playa lavada por la blanca espuma, observaban atentos—. Anoche, durante el duelo de Ciro, alguien afirmó eso.

—¿Quién habría de dudarlo?…

—Si lo quieren, lo harán. ¿Recuerdas aquello?

El que hablaba había sido marinero antes que pescador. Uno de sus compañeros aprobó con una mirada de inteligencia. Luego dijo:

—¡Vaya si lo recuerdo! ¡Apurados anduvimos para escapar! ¡Y todo por culpa tuya! ¡Quién diablos te metía en esos enredos!

—¡Nadie! ¡Pero tú no puedes ver, sin que la sed de sangre te suba a la cabeza, que se mate a viejos y niños nomás porque sí! ¡Y aquel tipo merecía lo que le hice!... ¡Lo repetirán ahora! ¡Pero ahora, por desgracia, con los nuestros! ¡Presumo que me meteré en nuevos líos, aunque quisiera evitarlo!

—¿Evitarlo? ¡No adivino cómo!

—Nada más sencillo: ¡dejar que las cosas sigan el rumbo que llevan! ¡Éstos acabarán con Huerta, y al acabar con él, acabará su odio contra el barrio! ¿No es esto acaso lo mejor?

—Sí; sólo que no se trata nada más de Huerta… Allá también reinaba un tirano, pero quienes morían segados por las balas asesinas no eran él ni los suyos, sino mujeres, viejos y niños inocentes, de quienes te convertiste en defensor. ¡Recuerda que fueron ellos quienes te salvaron la vida! ¡Es admirable, pero siempre que lo necesitas, una mano fraternal se tiende hacia ti y te salva! ¡El mundo está lleno de odio, pero también de amor!

—¡No sé! —dudó el otro.

—¡Todo es confuso en esos días! —exclamó el Chumbelo mirando a la rada circundada de blancos muros.

Los barcos silbaron sordamente. El viejo baluarte estremeció la tierra con el tronar de sus cañones. La playa misma fue sacudida con

terrible fuerza, mientras los hombres, apurando la tarea, tornaron a plegar sus chozas y sus redes.

Los barcos, al trasponer la bocana, saludaron también. Pero nadie se engañó creyendo en un saludo amistoso venido de hombres que practicaban tan poco la amistad.

—Las cosas se precipitan ahora. Tendremos que darnos prisa —apuró el Chumbelo, viendo volar alrededor de los despojos de la pesquería, zopilotes y gaviotas.

Los barcos entraban en esos momentos en la bahía. Se distribuían en ella estratégicamente y descubrían sus pesados cañones, cuyas bocas negras apuntaran a la población. Encima de la playa, escaldada por el sol, una abigarrada caravana de hombres y muchachos, cargados con mil trebejos, retornaban presurosos. El Chumbelo evocó la hora de su marcha hacia la playa y la mano regordeta del sacerdote trazando el signo de la cruz en su protuberante frente y sus palabras prediciendo los hechos: "Polvo eres y en polvo te convertirás…". Y, con sus compañeros, se dirigió al barrio en el que la miseria, el odio y el dolor se amamantaban de la ardiente primavera.

XIII

El barrio presentaba esa noche aspecto de feria. El circo, levantando sus carpas en él, lo transformaba todo. En el sitio opuesto, cerca del viejo baluarte metido como siempre entre sombras, una tribu de gitanos había sentado sus tiendas. Por el norte y por el sur, como nunca en otra ocasión, brillaban luces, estallaban músicas y voces extrañas que sobresalían sobre los ruidos reinantes. Una heterogénea multitud iba y venía, inquieta, como avispas en colmenar alborotado. Sólo los habitantes del barrio no gozaban, por esta vez, de la alegría de los demás. Rehuían todo contacto, y metidos en sus zahúrdas tenebrosas, sufrían el dolor de la madre de Roberto Guzmán, que, por callado y templado, les hería en el alma. Únicamente el Chumbelo, perdido entre la muchedumbre, se dejaba arrastrar por ella, fijos sus ojos en la Muda, que reunida con sus antiguos compañeros, presenciaba emocionada el espectáculo del circo como si hasta esa noche lo presenciara. A su lado, marineros y soldados la asediaban, con insinuaciones procaces. Ella se mostraba indiferente,

solícita sólo para lo que en la pisa del circo sucedía, como si nunca hubiera estado allí.

El Chumbelo se rebulló entre la multitud, buscó por todas partes, pero no consiguió hallar a quien buscaba. Su mano, contraída sobre el mango de su puñal, se agitaba nerviosa. De pronto, recortando su perfil en la puerta principal, distinguió a Chespiar. Quiso pasar inadvertido a sus ojos, que desde que llegó lo descubrieron. Chespiar se dirigió a él. Se sentó a su lado y fijó su atención en la Muda, rodeada ahora de sus compañeros, de los que jamás parecía haberse separado. Arriba de su cabeza saltaban, de un trapecio a otro, dos muchachas de flexible cuerpo. En medio del silencio absoluto que las rodeaba, se oía el jadear de sus pechos.

La Muda se reconcentró en sí misma. Las trapecistas se prepararon para un atrevido vuelo tomando trapecios opuestos y se cruzaron en el espacio al través de un dramático mutismo que nadie se atrevió a interrumpir. Inició el tambor un enérgico redoble, que creció impetuoso hasta estallar en un acorde dela orquesta toda, coronando el salto mortal de las trapecistas, quienes llegaron sin novedad a sus puntos de destino.

El circo volvió a conmoverse y los ruidos y las voces huyeron bajo el bramar de las bestias y los trombones que hendían el espacio.

El Chumbelo vio, no lejos, al Gitano. Con él, cosa inusitada, departían otros gitanos como si la armonía se hubiera restablecido entre ellos de repente. Sonia reía haciendo saltar su vientre redondeado por la preñez, meciendo así, antes de nacer, al hijo que llevaba en sus entrañas. Chespiar los descubrió también y murmuró:

—La paz reina sobre la tierra…

El Chumbelo, inmóvil, no perdía de vista a la Muda, la cual continuaba acosada por los solados y los marineros y por algunos hombres del circo, que, nuevos en él, apenas la conocían.

Trotaba ahora alrededor de la pista un blanco caballo, sobre cuyos lomos, relucientes y limpios, saltaba una niña. Su leve cuerpo se mantenía erecto. De súbito, llamándolos con prisa, Lorenzo apareció en el lugar. En la pista, un negro caballo había sustituido al anterior y la niña, dando voces breves, pero eficaces, lo hacía caminar sobre sus patas traseras.

Chespiar se acercó al hermano de la Mulata, y el Chumbelo, sin dar muestras de entusiasmo, se le aproximó también.

—¿Hemos de salir? —inquirió observando a Lorenzo, que se dirigía hacia la salida.

—No queda otro remedio…

El Chumbelo se alarmó por el tono con que Lorenzo pronunciara estas palabras. Chespiar, abriéndose paso con los codos, avanzaba a zancadas entre la abigarrada concurrencia como una nave marinera en medio del encrespado mar. Afuera, el barrio dormía con un sueño apacible, más ficticio que real.

—¡Mañana desembarcan ésos! —dijo Lorenzo burlando el estrépito del circo con su voz—. Vengo de los muelles, en donde lo escuché de unos marineros. Allá nadie lo ignora…

Ni Chespiar ni el Chumbelo lo dudaron. Lo esperaban ya, aunque no dejó de causarles malestar, con todo, la noticia.

—Los marineros opinan que Huerta no resistirá. Dudan, en cambio, sobre lo que el pueblo haga.

—¡El pueblo! ¡Qué le importa al pueblo esto! ¡El pueblo hará lo que tú y lo que yo! ¿No somos nosotros acaso el pueblo? Pregúntate tú, que has sido extorsionado por Huerta, lo que harás. ¿Qué nos va ni qué nos viene esto? Entre Huerta y los gringos, no hay a quién escoger. Permaneceremos quietos. Que se acaben ellos, si quieren, entre sí: ¡muy merecido se lo tienen!

—No todos piensan de este modo —observó Lorenzo rebelándose por primera vez contra lo que Chespiar aconsejaba—. Huerta es Huerta… Pero ni nuestras mujeres ni nuestros niños tienen nada que ver con este asunto… ¿Por qué han de pagar ellos por aquél?

Aparecieron los gitanos. Con ellos Sonia y Marus hablando animadamente. Pasaron de… largo y se perdieron en las sombras del baluarte cercano, donde sus carpas se extendían.

—Deben venir con nosotros —los acuciaban sus acompañantes—. ¿Qué esperan aquí? Hoy mismo escaparemos de la ciudad. Es peligroso permanecer en su recinto.

Sonia y Marus se negaron. El barrio era su mundo. En él hallaron afectos cuando éstos les faltaron y amistades que se fortalecieron en la desgracia. ¿Qué más podían exigir? Estarían, con las gentes del barrio, en sus minutos de prueba.

—Grave fue la falta de ustedes —sentenció el jefe de la tribu—, pero uno y otro son de los nuestros. ¡Decídanse y ayúdenos a trabajar! Cuando las luces del alba caigan sobre la ciudad, nosotros debemos estar muy lejos.

Sonia y Marus ayudaron, pero no quisieron acompañarlos. Los vieron partir sin padecer mayores inquietudes y desaparecer tras las aceras cercanas. Luego retornaron al centro del barrio en donde Chespiar, rodeado de los hombres del mismo, escudriñaba hacia el cuartel vecino, en donde todo permanecía tranquilo.

—¿Por qué escapa la tribu? —preguntó Eladio el Gachupín, que salía de su oficina después de trabajar hasta avanzada la noche, como era su costumbre.

—Algo sucederá muy pronto. Afirman que aquéllos bajarán mañana y no quieren exponer sus vidas. No vendrán pacíficamente, según lo entienden, sino queriendo vengar agravios…

—¡Los muy tales! —refunfuñó Lorenzo.

El circo terminó sus trabajos y apagó sus luces. Al través de la noche misteriosa, el romper del mar sobre la playa y el rugir de las fieras en sus jaulas paseaban siniestramente. Recatándose de todos, la Muda se dirigió al cuartel. Allí, ansioso, la esperaba el teniente Melesio Infante, quien la tomó de la mano, la atrajo hacia sí y la besó ardoroso, arrastrándola consigo a un oscuro rincón que desaparecía entre las sombras.

La voz del Gitano irrumpió de nuevo.

—Ellos están convencidos como lo está Lorenzo. Los informes de los marineros son verídicos. No olvides que los marineros, aunque hablen lenguas distintas, se comunican entre sí como las aves en su vuelo. Es probable que no suceda nada, que los rumores circulantes no sean sino una falsa alarma, pero yo creo en lo que las gentes de la tribu dicen. Sus augurios nunca fallan…

—Eres —le reprochó alguien con burlón acento— la oveja que soñó escapar del redil…

—¿Crees?

La pregunta cayó en la noche con simplicidad y con trémulo acento.

Los interrumpió el Chumbelo.

—Así se explica el hecho de que no hayan bajado hoy a tierra. ¿Lo notaron ustedes?

—Efectivamente… La tribu tiene razón y Lorenzo también. Pero nadie resistirá al desembarco. No creo que lo haga el pueblo. Menos las tropas de Huerta… ¿Quién entonces se opondrá?

El teniente Melesio Infante dejó a la Muda a sus espaldas y, a sabiendas de lo que exponía, surgió en medio de aquellos hombres, admirados por su presencia.

El Chumbelo echó mano a su puñal, pero otra vez el poderoso puño de Chespiar se le adelantó.

—Lamento mi indiscreción —interrumpió Melesio Infante fingiendo no haber visto el movimiento del Chumbelo—. Pero sin proponérmelo así, he escuchado lo que ustedes han dicho, y no como hombre de Huerta, sino como mexicano, pido que se me aclare lo que aquí se está comentando.

Un breve silencio se abrió entre ellos. Luego Chespiar respondió:

—Sabemos lo que usted sabe, si es que ha escuchado lo que hemos dicho. Lo que saben unas cuantas gentes con exactitud, pero que la generalidad adivina: que éstos desembarcarán mañana y no precisamente para testimoniarnos su amistad…

—¿Puede fiarse de la noticia?

—¡Quién puede fiarse hoy en día de nada! Hablamos de lo que se rumorea, y si usted oyó, enterado está. ¿Qué más quiere? No habíamos de inventar una fábula sólo para dejarlo satisfecho. Conviene, por otra parte, que sepa usted que los hombres del mar ventean el temporal mucho antes de que la tormenta estalle. ¡Ésta es una de las exigencias de su oficio!...

Melesio Infante quiso ignorar la actitud hostil con que se le acogía y retornó a las sombras de donde había surgido. Arrastró a la Muda consigo y gozó su amor hasta la locura, olvidado de cuanto lo rodeaba. Ella se dio plena, en una entrega perfecta que no se habría de repetir.

Echada bocarriba veía el parpadear de las estrellas y la curva infinita, ligera, del cielo de la noche. Buscó los labios de Melesio Infante y dejó en ellos un beso largo, interminable, como el cielo que los cubría. Todo, en torno de ellos, era grandioso: el mar, la tierra, el cielo, en medio de los cuales temblaban sus cuerpos purificados por el amor y latían sus corazones exaltados. Buscó nuevamente los labios de su amado y se le dio una vez más sin reservas ni regateos.

El silencio del barrio era ahora absoluto. Sus hombres habían desaparecido. El circo había entrado en reposo y los gitanos, lejos ya, corrían hacia otros sitios en su secular peregrinación.

Melesio Infante hubiera querido dilatar las horas y hacerlas una eternidad. Se enderezó, al fin, perezoso y se encaminó al cuartel pegado a las sombras de la noche.

Ya allí, dudó unos minutos… Pero se resolvió a callar temeroso de que aquello no fuera sino una simple alarma difundida por las gentes del barrio. Después, fresco siempre el recuerdo de la Muda, lleno aún de su amor y de su carne, se durmió soñando en lo amable de la vida.

XIV

Para el policía Gabino Vázquez, esa mañana de abril poseía una especial importancia. Muy de madrugada, cuando se preparaba a marchar al desempeño de sus obligaciones, su mujer había dado a luz, y después, corroborando aquello de que cada nuevo hijo apronta al fondo común familiar un nuevo mendrugo, el comandante le anunció su ascenso próximo.

La noticia, tomándolo de sorpresa, lo emocionó. Cinco años de largos e interminables días pasados a la intemperie, bajo el agua y el sol, hallaban al fin su recompensa. Una humilde recompensa, pero que en su hogar en el que los gastos se ajustaban al centavo, ayudaba a resolver, aunque no fuera sino en parte, los problemas que diariamente lo apuraban.

Magnífica mañana esa de abril para el policía Gabino Vázquez, quien ya en el punto de sus deberes se prodigó en el cumplimiento de los mismos con mayor eficacia que otras veces. Fue y vino de arriba abajo, ayudó a pasar a un ciego de una acera a la otra, hizo que todo anduviera bien, y se situó, al fin, al filo de la acera, resistiendo los rayos del sol que comenzaba a encandecer.

Ya en el crucero a su cuidado, luego de haber puesto en orden aquello que era necesario ordenar, el mundo se le figuró más amable y su ciudad, de la que jamás había salido, un verdadero paraíso al que lo unía un entrañable amor, como une el hijo al vientre de la madre el cordón umbilical… Hombre de puerto, igual que la mayoría de sus moradores, supo del relato de otras ciudades más grandes y más bellas, pero no por eso comparables con esta ciudad suya, tan querida y tan deseada, entre cuyos muros pasó él toda su existencia. Tres hijos ahora, con el nacido esta alegre mañana, y una mujer,

constituían su familia. Y amigos y afectos y parientes y recuerdos, aliados con el mar, se hallaban encerrados en los muros de la ciudad que tan tiernamente amaba.

Gabino Vázquez se sintió, al propio tiempo que bañado por el sol, penetrado por un sentimiento de felicidad que lo hacía mejor que otras ocasiones. Mas de repente, como si fuera ésta la primera vez que descubriera aquel sitio, encontró algo raro a su alrededor: un silencio sospechoso, un apresurado andar de las calles en las que no se manifestaba ningún síntoma de vida, un lento discurrir del sol que daba la impresión de haberse detenido en su camino… No llegó a concretar lo que sucedía. Pero algo extraño palpitaba en la ciudad que él, hijo ilegítimo de ella, intuía con facilidad.

A su vista pasaron hombres excitados. Pensó interrogarlos, pero desistió, viéndolos seguir de largo y escuchando sus injurias contra Huerta. No se dio por enterado. Huerta era el presidente, pero él, como el pueblo entero, odiaba a Huerta. La ciudad sufría sus atropellos y el policía Gabino Vázquez, antes que policía, era un hijo de la ciudad… Entre ésta y Huerta, no aceptaba disyuntivas.

Súbitamente, tras un grupo de hombres que proferían gritos destemplados, vio aparecer, con estupor, a un pelotón de marinos yanquis con sus armas embrazadas. Avanzaban con paso firme. A la carrera, otro grupo de hombres pasó junto al policía Gabino Vázquez, pidiendo a voz en cuello, armas para defenderse.

Los marinos continuaron avanzando. A lo largo de la calle, que de pronto había cobrado movimiento, sólo él permanecía inmóvil. Todo lo demás bailaba, iba de un lado a otro y subía y bajaba presa de la violencia. El policía Gabino Vázquez permaneció en su sitio, se olvidó de su propia existencia y reconcentró toda su atención en aquel pelotón armado que avanzaba y avanzaba implacable como la muerte… Revestido de su autoridad, que hasta entonces estimó en su magnífica grandeza, ordenó que hicieran alto. Los otros, sordos a su mandato, siguieron adelante. Ordenó ahora con mayor energía para obligarlos a obedecer, y no siendo respetado vació la carga de su pistola, que repercutió en la ciudad entera.

Una descara uniforme, a unos cuantos pasos de distancia, lo abatió en seguida. Su sangre, corriendo generosamente, fertilizó la tierra en que había nacido.

Los hombres extraños continuaron avanzando, pero el policía Gabino Vázquez creyó escuchar otros disparos, y pasando junto

a él los pasos presurosos de muchos hombres que, surgidos de su sangre y del vientre de su tierra, detenían y rechazaban a los invasores, algunos de los cuales, caídos, cerca de su cuerpo, entraban al mundo de los muertos sin el sano, sin el íntimo placer, con que él lo conseguía.

El teniente Melesio Infante recibió órdenes, igual que sus demás compañeros, de abandonar la Plaza. Huerta, consumados sus objetivos, recomendaba no combatir y dejar la ciudad en poder de los invasores. En Melesio Infante se libraba una sorda lucha interior que le hacía perder su serenidad. De un lado la disciplina militar, los hábitos del soldado que lo apuraban a cumplir las órdenes recibidas; de otro, su condición de mexicano que le aconsejaba quedar allí luchando al lado de quienes habían comenzado a hacerlo ya contra los invasores, tal como lo acusaban los disparos que cruzaban por el aire y lo que muy cerca, en el mismo barrio, sus ojos descubrían.

Para el teniente Melesio Infante, el barrio era un espectáculo novedoso: salidos de todas partes, sus hombres y sus mujeres detenían a los intrusos. Sus rostros, antes familiares, le parecían ahora unos rostros exóticos, encendidos pro el odio y ennoblecidos por el coraje. Hombres y mujeres, unidos frente a la muerte, mantenían en jaque a los marinos yanquis que, pese a sus tentativas, no conseguían avanzar.

Ignoraba cómo habían obtenido las armas. Pero ante sus ojos admirados la epopeya se realizaba. Apostados tras las esquinas, parapetados en las azoteas, arrastrándose en el arroyo, ellos, los hombres y las mujeres del barrio, resistían tercamente. Los gritos y los disparos se hacían más frecuentes y los encuentros personales se generalizaban con furia. En una azotea cercana, un marino extranjero trataba de resguardarse. El teniente Melesio Infante tendió su arma y el hombre se derrumbó hasta el centro de la calle.

Así decidió sus dudas. Despachó los últimos hombres que a su cuidado quedaban y permaneció en el sitio, tenaz en su propósito de resistir como muchos lo hacían.

Esperó todavía un momento para observar los movimientos del enemigo, y en seguida se apostó manejando una ametralladora en una de las entradas del barrio.

No tuvo que esperar: tratando de sorprender a sus defensores que luchaban con el enemigo al frente, un pelotón de invasores venía a paso gimnástico por una de las calles laterales que desem-

bocaban allí. Melesio Infante los dejó avanzar y cuando consideró que ninguno de sus disparos se desperdiciaría, apretó el dedo en el llamador de su arma, abandonándolo en él con voluptuoso goce. Al hacerlo, contó: uno, dos, tres, cinco, diez… Los cuerpos de los marinos yanquis quedaron a su vista en las posturas más absurdas, mientras los supervivientes escapaban acosados por sus disparos.

Cambió de posición para batir a quienes llegaban por el frente. Las gentes del barrio se sintieron alentadas. Al lado de Melesio Infante se situó la Muda. Él la enseñó a manejar las cintas de la ametralladora y ella se ocupó de llenar la que, momentos antes, había sido utilizada. La ametralladora funcionó otra vez sembrando la muerte a su alrededor.

No tuvo tiempo de contar ahora. Pero nuevamente, a sus ojos, el suelo se hallaba sembrado de cadáveres.

El enemigo no se aventuró a otra embestida sino en forma bien organizada. Ocupó las alturas de las casas cercanas, avanzó por tejados y azoteas y comenzó a atacar con tenacidad y denuedo.

El combate adquirió intensidad. La lucha era silenciosa, sin gritos ni estridencias, como si cada uno de los combatientes supiera que sólo así, economizando sus energías, alcanzaría la victoria.

El Borrego se enderezó con un movimiento mecánico, dio dos pasos con las piernas rígidas y se desplomó de golpe en medio del arroyo. Lorenzo se arrastró hasta él, tiró de sus pies y lo arrimó a la acera, en donde la Mulata lo tomó a cuestas para llevarlo al interior de una de aquellas vecindades. El enemigo no se decidía a avanzar.

El teniente Melesio Infante no resistió aquel dramático silencio.

—¡Viva México! —gritó.

De todos lados, como si el barrio estuviera poblado de mil seres invisibles, mil voces respondieron. Los combatientes se reanimaron. La ametralladora volvió a funcionar. Mas ahora apenas logró abatir a uno de los soldados extranjeros que, torpemente, levantara la cabeza. Melesio Infante esperó otra oportunidad. Aparecieron nuevos pelotones de invasores por una de las calles que convergían al barrio, en abierta y frenética carrera. El teniente Melesio Infante hizo girar su ametralladora y apretó el llamador con reposado gesto… Salió, apenas, un disparo aislado; luego dejó de hacer fuego y su cuerpo, ladeándose lentamente, resbaló del asiento de su arma al enrojecido suelo. De su frente, ancha y serena un hilillo de sangre dibujaba un sinuoso trazo hacia la apretada boca.

La Muda lo tomó en sus brazos pero se vio obligada a mantenerse quieta bañada por el fuego enemigo que la acosaba con obstinación. Sin explicarse cómo, el Chumbelo apareció a su lado, hizo funcionar la ametralladora y limpió la calle de invasores. Después se echó a cuestas el todavía laso cuerpo de aquel hombre odiado y lo sacó de allí, seguido de la Muda.

Los marinos tornaron al ataque. Se dispersaron en la calle para no ofrecer fácil blanco y se dirigieron a aquel sitio ya sin defensores. Chespiar, indiferente hasta entonces a lo que a sus ojos sucedía, llegó primero que ellos a la máquina abandonada, la obligó a funcionar y barrió la calle una vez más durante la trágica jornada.

Pero Chespiar desconocía cómo manejar esa arma una vez consumidos los proyectiles de la cinta puesta en la recámara y aunque intentó hacerlo, sus esfuerzos resultaron inútiles. Quiso que alguien lo sacara del apuro, pero un proyectil venido de una azotea cercana, lo hirió en el vientre.

—Esto se acabó —dijo agobiado por los terribles dolores que sufría. Llamó a Lorenzo, que seguía disparando sin reposar, metido en un repliegue del terreno, y esperó tranquilamente a que la muerte se lo llevara.

Lorenzo se arrastró hasta él y se adueñó de la ametralladora, cuyo cañón recalentado le quemó la mano.

Chespiar callaba. Él sabía, desde que fue herido, que eso era el fin; que todo, para él, había acabado.

Los invasores creyeron tener el paso libre. Reiniciaron su avance y tuvieron que replegarse nuevamente, fusilados por Lorenzo, quien enterado del manejo de la ametralladora desde sus días de soldado, pudo cambiarle cinta y hacerla trabajar con eficacia.

—El hombre es un ser absurdo —exclamó Chespiar como para justificarse ante el Chumbelo, que lo arrastraba ya lejos de allí—. Se pasa toda su vida pensando en algo, y cuando tiene que obrar porque las circunstancias lo reclaman, entonces olvida lo que ha pensado y obra contrariamente a sus decisiones.

Quedó escuchando el fragoroso combate y murmuró: "¡Oh, qué aciago día!…".

El Chumbelo no contestó. Siguió arrastrándolo hasta ponerlo en sitio seguro y quiso reconocer la herida, de la que manaba una sangre negra y pegajosa.

—No —denegó Chespiar con gesto enérgico—. Ahora no me equivoco. Pude creer que me daría lo mismo que los gringos o que Huerta ganaran la partida, porque no supe descubrir que por encima de Huerta y los mezquinos móviles que a aquellos impulsan está el pueblo… ¡El pueblo! Esa cosa indefinible a veces, intangible en otras, pero existente… ¡El pueblo!…

Su voz se fue apagando. Luego se aclaró.

—Pasas junto a él todos los días, tú mismo eres parte del pueblo y lo ignoras. Y, sin embargo, contigo y sin ti, el pueblo existe. Está más allá de tu alegría y de tu dolor y de tu esperanza pasajera. Él es lo inviolable, y lo eterno, y lo que grita, en las horas de amargura, la palabra salvadora. Lo sentí hoy cuando vi escapar a los soldados de Huerta y aparecer, armados sin saber en dónde, a tantos hombres, a tantas mujeres, a tantos niños, cuyos rostros, con serme familiares, me fueron desconocidos…

"Se trata a la vez de una verdad y una mentira: el pueblo somos tú y yo, pero tú y yo sólo cuando estamos animados por la luz de la inmortalidad.

"Éste fue mi error… pero no puedo equivocarme con esta herida que me desgarra interiormente. '¡Chespiar: podrás decir, en lo venidero, redimió su existencia equivocada en el minuto mismo de su muerte!' Pero que nadie me condene, porque, si sobre la muerte es fácil opinar, no sucede lo mismo cuando se trata de la vida".

Tomó aliento. Enseguida dijo:

—Muramos en paz. ¿Oyes? El fuego arrecia. Huerta huye, pero el pueblo se defiende.

Su voz apenas si se escuchaba ya.

—¡El pueblo! —susurró—. ¡Lo que está más allá de todas las previsiones! Toca ahora a los cañones hacer su parte. ¿*Qué tempestad es ésa que sopla en tan contrarias direcciones*? ¡Lástima no continuar participando en esta admirable epopeya! ¡*La muerte es el fin de todo*! Pero el recuerdo vive y perdura por los siglos de los siglos…

Ante la imposibilidad de rendir la ciudad, los cañones de los barcos iniciaron un inhumano disparar que la estremecía hasta sus cimientos. Sobre la cabeza de Chespiar estalló una granada que lo acribilló materialmente. Se le oyó, no obstante, decir:

—¡Para acabar con este nido de águilas!… —Rectificó—: No; ¡para aplastar a estos gigantes!… O mejor, ¡para vencer a estos ti-

tanes!… Como en las antiguas epopeyas griegas, alguno escribiría un día…

Una nueva granada estalló cerca de donde se hallaban. Chespiar dibujó en sus labios una ligera sonrisa. Se reanimó y dijo:

—¡Más proyectiles para reducir a Shakespeare!

Luego recitó:

> Ésta es la hora de la noche
> en que las tumbas abren del todo sus rugientes bocas
> para vomitar cada una su espectro…

En la calle de la ametralladora, manejada por Lorenzo rió dramáticamente en medio del grave acento de los cañones enemigos.

—¡Todavía!… —dijo Chespiar cerrando sus ojos para siempre… Con él parecía morir el barrio todo.

El Chumbelo, con semblante endurecido, se situó junto a Lorenzo, que ayudado por la Muda cambiaba, sin saber cuántas veces ya, cinta a la ametralladora. El cañoneo se hacía más violento. Arriba de sus cabezas se escuchaba el zumbar de los pesados proyectiles de los barcos, que los bombardeaban sin cesar. El sol, velado por el humo de los disparos, se borraba en el alto cielo.

En otros lados de la ciudad, el combate se sostenía encarnizado. Aquí la lucha cambió de especie. Fue ahora una caza individual, de hombre a hombre, desde las azoteas, desde las ventanas, desde todas partes.

La Muda vio moverse algo cerca de donde ella se hallaba. Apuntó e hizo fuego. Aquel algo se puso en pie, se agitó con ridículas cabriolas y se desplomó para no levantarse más.

Del otro lado del barrio vino un disparo que se clavó en una pierna de Lorenzo, quien quedó impasible, inmune al dolor y a la desgracia. Espió el sitio de donde el disparo había venido y luego apretó una sola vez el llamador de la ametralladora haciendo blanco en el perfil de un hombre que se dejó ver abandonando la esquina con que se protegía.

El Chumbelo le vendó la pierna. Pero Lorenzo se negó a dejar su arma y quedó tendido junto a ella.

Un nuevo grupo enemigo quiso ganar el barrio creyendo a sus defensores extinguidos. Lorenzo apretó el disparador y otros muertos quedaron a su alcance.

—Van diez —dijo refiriéndose a los infructuosos esfuerzos que los otros habían realizado para entrar allí.

El avance de los marinos yanquis vino ahora por todas las calles que remataban en el barrio. Llegaban en parejas, en escuadras, en pelotones… El fuego se generalizó. Y las mujeres y los niños, sustituyendo a los que caían, ocupaban sus puestos sin decir palabra.

En el otro lado del barrio, Roberto Guzmán no desmayaba. Cuando el teniente Melesio Infante se apostó entre ellos con su ametralladora, él escogió un sitio opuesto, usando el arma que éste le facilitara para combatir. Luchó toda la mañana bajo el quemante sol y se mantuvo en su punto sin dar un paso atrás. Allí, como en otros lugares, el enemigo se replegaba. Ahora, como el Chumbelo y Lorenzo, vio que los invasores preparaban un ataque decisivo y se aprestó a defender el barrio como hasta entonces lo había hecho.

Los marinos avanzaron. Los defensores los dejaron hacer y luego, con un fuego impetuoso, los detuvieron de golpe. Sin embargo, no se retiraron como en pasadas ocasiones, sino que apegados a la tierra, metidos en el arroyo, se sostuvieron sin cejar en su empeño. Sólo Lorenzo, con su ametralladora, pudo sembrar la confusión entre los que por su rumbo se presentaron, junto con el Chumbelo y la Muda que lo auxiliaban.

El Gitano, con un hombro agujerado, apoyaba a Eladio, quien sangrando de una mano se arrastraba de un sitio a otro sin dejar de disparar. Más allá, Luis el Rano hacía su parte, ayudado por la Mulata, cuyas carnes fofas, en medio del fuego, cobraban elasticidad.

Desde el principio del combate, Eladio el Gachupín apareció en medio del barrio armado de un máuser y disparando con inextinguible odio contra quienes consideraba asesinos de su progenitor. Al hacer el primer blanco, se le oyó exclamar:

—¡Por mi padre!…

Y después:

—¡Por lo del *Maine*!…

Y a continuación, por esto o por aquello, hallando siempre una razón para intervenir en un acto en el que él no quería permanecer neutral.

Los defensores no tuvieron ya descanso. El fuego de los cañones se reconcentró sobre ellos como fuego llovido del infierno. Pero siempre que algún intruso se atrevía a aproximarse a los linderos del barrio era para no regresar.

El viejo baluarte, cuyos cañones habían sido retirados por los soldados del Huerta, continuaba intacto. El fuego de la artillería enemiga menudeó sobre él. Sus viejos muros que burlaron el ataque de otros enemigos, resistieron como en sus mejores tiempos. En los demás rumbos de la ciudad, el combate languidecía. Y en el mismo barrio, cuando el enemigo se preparaba para atacar decisivamente, los cartuchos escaseaban.

El Gitano hizo un viaje más al cuartel cercano, consiguiendo reunir el parque que había quedado allí, distribuyéndolo entre sus compañeros. El sol comenzaba a declinar y un olor agrio, procedente de todos los rincones se mezclaba con la sed, con el vaho de la tierra y el salitre del mar.

Los invasores reanudaron el combate. Un grupo de marinos se lanzó a cuerpo descubierto hacia una de las entradas del barrio. El Gitano aceptó el reto. Se enderezó también, se barrió con movimientos felinos esquivando el cuerpo a las embestidas de los que llegaban y sepultó su largo cuchillo en el vientre del que venía al frente.

Un disparo lo abatió. Cayó de bruces sobre la acera y quedó inmóvil. Sonia quiso rescatarlo. Se puso en pie, avanzó con pasos breves y ligeros, y como un ave detenida en su vuelo, cayó para no levantarse más.

Eladio gritó, trémulo de ira:

—Por Marús… —Y cuidadosamente, seguro de que no erraría, disparó sobre un hombre que trataba de alcanzar la esquina cercana.

Tornó a apuntar sin apresurarse.

—Por Sonia —dijo—. Y por el hijo que llevaba dentro… Por…

Las palabras se le ahogaron en la garganta. Se llevó la mano a la cabeza y quedó dormido con un sueño tranquilo y dulce.

Roberto Guzmán no pudo ya impedirlo. Los primeros marinos violaron los límites del barrio. El parque escaseaba y sólo recogiendo el de los muertos consiguió reunir un poco más.

Estudió la comprometida situación en que se hallaba y decidió resolverla con un golpe de audacia, haciendo un movimiento atrevido. Así se colocó tras aquellos que entraban ya en el barrio. Entonces, seguido de Luis el Rano, abrió un fuego violento contra ellos, que, tomados por sorpresa, se retiraron con precipitación.

El día terminaba ya. El sol huía en occidente y un hondo y pesado silencio invadía la ciudad. Bajo el cielo de la tarde, nubes negras y caprichosas pasaban lentamente.

Roberto Guzmán retornó al sitio anterior y se arrastró luego hasta el lugar donde el circo pernoctara. Las bestias, en sus jaulas, temblaban atemorizadas. Un elefante, herido, se quejaba lastimero, y dos hermosos caballos cosidos por los disparos, yacían exangües. Desde allí divisó el avance del enemigo practicado en toda regla, mientras los cañones continuaban vomitando sobre el barrio y la población metralla y muerte. Distinguió, asimismo las voces de mando y el rostro de quien lo dirigía… Apuntó… e hizo fuego. La voz calló y el hombre quedó yerto.

Un fuego incesante lo persiguió. Del otro lado del barrio la ametralladora detuvo a quienes lo acosaban. Luego todo entró en un silencio absoluto.

Invadido por una tremenda desesperación, se arrastró al centro del barrio. Descubrió a Luis caído sobre la tierra fraternal y a la Mulata abrazada a él en un abrazo sin fin. La ametralladora, como en un sueño lejano, disparó sus últimos cartuchos. Ante él aparecieron los invasores con pasos cautelosos. Tomó su arma, apretó el gatillo y se retiró hurtando el cuerpo a quienes lo perseguían. Más allá, el Chumbelo y la Muda empujaban a Lorenzo, cuya pierna herida le impedía caminar.

Los marinos yanquis no se atrevieron a internarse más entre aquellos muros seculares ni a avanzar sobre la sangre y los muertos, que, regados en desorden, fijaban los jalones de la frontera junto al mar.

Las sombras y la noche, como desde los primeros días, caían densas, apretadas, sombre los hombres y su barrio.

XV

Los féretros fueron conducidos al cementerio de la ciudad. A la cabeza, el de Chespiar. A continuación los demás, uno tras otro, en una procesión interminable, en que las negras cajas de los muertos eran levantadas en alto por el puño anónimo y poderoso del pueblo.

Presidía Roberto Guzmán, a su derecha, *el* Chumbelo y a su izquierda la Muda. Unidos en el presente doloroso como en un dramático pasado. Sus rostros, más severos, revelaban el intenso pesar que los embargaba. Y a la cabeza de la recogida multitud que nadie convocara, encarnaban la inmanente e inviolable justicia de los pueblos.

Marinos extranjeros velaban la conservación del orden, fusil al brazo. Y la ciudad, toda derrotada, pero no vencida, se unía a aquella callada multitud en su religiosa, pero viril protesta. Sobre las piedras de las calles, las pisadas resonaban lúgubremente y en el sofocado aire de abril se elevaban los rumores confusos de la multitud en marcha.

Tras, tras, tras, tras…

Los pasos golpeaban con acentuado ritmo…

El Chumbelo se sintió solo como nunca, y en medio de aquella heterogénea caravana de dolientes voluntarios, nada le era familiar. La propia Muda, el mismo Roberto Guzmán, surgían como si fueran personajes de un distante pasado que su memoria no lograba reconstruir.

Muchas eran las desgracias que habían caído sobre el barrio, pero ninguna como ésta, que había barrido con sus mejores hombres. Pasó lista en la memoria: Chespiar, el Borrego, el Gitano, Eladio, Luis… Pudo pensar sin rencor en Melesio Infante… En realidad su odio se había extinguido aquel mismo minuto en que, cargándolo sobre sus espaldas, lo retiró muerto del combate.

Ni la más ligera duda pasó entonces por su mente. Cuando las mujeres le preguntaron lo que habían de hacer con aquel cadáver, el Chumbelo había decidido ya tratarlo igual que a los demás. Y si ocupaba el último sitio en el dramático cortejo, no era por desprecio ni rencor, sino porque, en su concepto, ése era al que justamente, en una jerarquía convencional discutida con Roberto Guzmán, tenía derecho.

Recordó a Chespiar. ¿Desde cuándo lo había conocido? No lo podía concretar. Chespiar era para él tan viejo como el tiempo, y su silueta, entrando y saliendo por el barrio, y sus consejos, gobernando con indiscutida autoridad, arraigaban en sus recuerdos desde no sabía cuándo.

Evocó a Sonia y su hinchado vientre y su frustrada maternidad. Y a Eladio el Gachupín, que como Sonia y Marús hermanó su suerte a la de los hombres del barrio.

El Chumbelo pensó en ellos con orgullo: no había de todos esos cuerpos inertes en pos de los que como todos caminaba, uno solo que fuera ajeno a su dura y precaria existencia. Miró hacia ellos y experimentó, con sobresalto, su terrible soledad.

Echó mano al brazo de Roberto Guzmán, se lo presionó con apretón suave y fraternal y le recordó:

—Esta noche… La suerte decidirá.

Roberto Guzmán aprobó y, como un vago eco del Chumbelo, repitió:

—La suerte decidirá…

La procesión se había hecho impresionante, la ciudad entera venía allí y expresaba, callada, pero solemnemente, su protesta por la invasión. Hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, creyentes y descreídos, blancos, negros, mulatos y mestizos, decían con su presencia lo que sus herméticas bocas no podían expresar. Sobre el dolor reinante, una tierna voz de mujer apuntó:

—Mexicanos al grito de guerra…

La multitud se estremeció. Pero silenciosa, recogida en sí misma, continuó su camino.

La tierna voz de mujer no se dio por vencida e insistió en su llamado conmovedor. Su voz, quebrándose en el aire, llegaba fragmentada a los oídos de los que adelante iban: "…extraño enemigo", "profanar con sus plantas tu suelo"… Y alzándose al fin con mayor energía, prometió: "…tus hijos te juran exhalar en tus aras su aliento"…

El coro brotó ahora rotundo, cantado por cien, por mil voces emocionadas que ascendían al espacio y se perdían empujadas por el viento.

Roberto Guzmán alzó como los demás su voz. El Chumbelo no lo intentó. Nunca supo cantar y la canción, hermosa como parecía,

le era desconocida. Sólo, instintivamente, apretó las manos de sus compañeros haciendo más lento el paso que llevaba.

—La suerte decidirá —repitió con enardecido acento obedeciendo, con seguridad, a una idea fija. E insistió—: ¡La suerte decidirá!

El desfile crecía cada vez más. Sobre las aceras la multitud daba la impresión de hallarse estacionada e inmóvil; pero en realidad se hallaba en movimiento, marchando paralelamente a los féretros. Una mano anónima desplegó una bandera tricolor y la colocó encima del sarcófago de Chespiar, que ocupaba el sitio preferente. Sus desteñidos colores se encendieron bañados por el sol. El águila, con sus alas extendidas, como que quería emprender el vuelo… Era aquel un doloroso espectáculo sin dolor, un sufrimiento sin martirio, un drama callado y sin precedentes en el que el personaje principal era el pueblo.

Vigoroso como una promesa cumplida, el canto recordó: "Un laurel para ti de victoria…, un sepulcro para ellos, de honor."

El silencio se hizo más hondo luego…

Los invasores, a lo largo del trayecto, veían aquel interminable desfile con fingida despreocupación, mas en sus semblantes ensombrecidos una angustiada inquietud aparecía impresa. Cierto que ocupaban ya la ciudad, pero no estaban muy seguros de ser ellos realmente los vencedores. Para entenderlo así, bastaba este espectáculo del pueblo en pie, gritando su protesta, al través del tierno amor con que rodeaba a sus héroes.

¿Cómo se llamaban éstos?

A nadie interesaban sus nombres, ni sus rostros, ni su vida anterior; fueran quienes fueran, y hubieran vivido como hubieran vivido, no eran sino el pueblo y, con el pueblo, la eternidad.

El barrio, a esa hora, parecía otro. La oscuridad era más densa que nunca y las sombras, espesas e impenetrables, se esparcían con lentitud envolviendo, en sus lienzos negros, el acre sabor del suelo sobre el que reposaban, acogidas en su regazo, las gentes del barrio.

Echado de cara al cielo sin estrellas, el Chumbelo dormía. Su cuerpo, rendido al cansancio de la larga jornada, fingía la rigidez de la muerte. Aquí y allá, igual que él, otros cuerpos aparentaban asimismo haber entrado en los dominios de la nada. Arrastrándose trabajosamente, Lorenzo se aproximó al Chumbelo y, sacudiéndolo con fuerza, lo conminó:

—Ya es tiempo…

El Chumbelo se desperezó, llamó a su vez a Roberto Guzmán, que velaba despierto, y seguido de ellos se internó en una de las negras bocas de sus miserables vecindades, de la que salía un hálito de muerte. Allí, alumbrado con una temblorosa vela que alguien preparó para el caso, advirtió las reglas del juego.

—Mandan los ases y, en su defecto, la carta mayor… En cartas iguales decide el color… ¿Hay alguna observación que hacer?

Ninguno le objetó. La vela, parpadeando misteriosamente, imprimía al semblante del Chumbelo tan variados matices, que el Chumbelo de un minuto en nada se asemejaba al Chumbelo que lo sucedía. Los otros, con sus caras pegadas a la suya, no eran menos extraños a la luz de la vela parpadeante y tímida.

—¿Conformes? —preguntó el Chumbelo extrayendo de la bolsa del pantalón una sucia baraja que revolvió nerviosamente. Después que la hubo barajado la extendió ante los ojos de quienes lo rodeaban, los que se apresuraron a tomar su correspondiente carta.

—¡Malditos naipes! —protestó el que había descartado la baraja renegando de la carta que le tocara—. ¡Un seis!

Nadie le respondió. Sus palabras se deshicieron en el vacío… Otros probaron fortuna.

—¡Échamela más despacio!

—¡Un as! —gritó Lorenzo, desbordante de contento.

—¡Bastos! —advirtió *el* Chumbelo—. ¡El último de los cuatro!

—¡El de oros! —dijo con severo acento Roberto Guzmán, satisfecho, porque nadie podría superarlo.

—¡A Guzmán y a mí! —reclamó Lorenzo poniendo su carta sobre el suelo.

—Ahora llega mi turno —saltó el Chumbelo pasando las cartas a Lorenzo para que éste barajara. Lorenzo lo verificó a conciencia y ofreciéndolas a aquél; esperó que se decidiera por alguna.

El Chumbelo no se dio prisa. Pasó sus ojos por los naipes extendidos a su alcance y escogió, al fin, el que estaba en el centro. Su mano cubrió la carta, mantuvo ésta bocabajo y la descubrió después sin ocultar su alegría.

—¡Guzmán y yo! —exclamó.

Sobre el suelo, con su panza azul e hidrópica, el as de copas relegaba a segundo término el as de bastos de Lorenzo.

El Chumbelo recordó:

—Oros, copas, espadas y bastos… ¡Al fin puedo alguna vez hablar de mi buena suerte!

Roberto Guzmán preguntó:

—¿Conformes todos?

Los jugadores se dispersaron después de haber probado su destino en el juego de la muerte y desaparecieron en las bocas negras de los zaguanes perdidos en las sombras inviolables de la noche. Sólo el Chumbelo y Roberto Guzmán, cogidos del brazo, volvieron a echarse en el centro del barrio bajo el mando negro del cielo. Y aquí y allá, como avergonzados de su presencia, dos descoloridas estrellas se difuminaban poco a poco.

XVI

Conrad Smith, el cazador de hombres, como sus compañeros lo llamaban, no estaba satisfecho de sí mismo. Su participación en el combate no había sido tan eficiente como lo esperaba, y apenas seis impactos, tomando como bueno uno dudoso, logró anotarse en su cacería.

Enviado con el primer contingente de marinos de desembarco, Conrad Smith fue de los que desde el principio participó en el ataque a la ciudad con el instinto carnicero que le era peculiar y que sus jefes y compañeros reconocían en él. Tocó tierra, se barrió bajo una verdadera lluvia de balas que lo bañaban materialmente, avanzó en medio de la tormenta y pudo situarse, tras ímprobos esfuerzos, en un sitio a cubierto desde donde, apostado, trató de aprovechar sus tiros. Pero, para su desgracias, no gozó mucho de su privilegiada situación. Pronto, hostigado hasta perder su inveterada serenidad de cazador probado, tuvo que batirse en retirada. Los proyectiles venían de todos lados y la tierra, conmovida hasta sus raíces, rociaba los cuerpos de los que sobre su superficie reptaban. Conrad Smith se vio perseguido por los disparos y abandonó al fin el sitio en que se había parapetado. No quiso, sin embargo, dejar el campo al enemigo sin que pagara el precio de su victoria. Y se dedicó, con paciencia de quien pone en ello todo su instinto animal, a cazar a aquel tipo de la ametralladora que tanto quehacer les estaba dando.

Tornó a barrerse con precaución, desarrollando un trabajo individual y aislado que lo llenaba de orgullo y dejando que sus compañeros se batieran por su cuenta con el propósito de apoderarse de aquel maldito barrio en el que, con tenacidad indoblegable, la resistencia burlaba toda previsión. Era este barrio, en la lucha callejera que tenía lugar el que vertebraba y daba forma a la resistencia de toda la ciudad.

Conrad Smith se apartó de sus compañeros cuando avanzaban, apuntó cuidadosamente haciendo coincidir al centro de la mira de su rifle con el blanco escogido y un disparo, que supuso definitivo, salió de su arma.

¡Masculló una maldición! ¡Por primera vez desde mucho tiempo, el ojo de Conrad Smith había errado!

Un disparo enemigo, rompiéndole los binóculos, lo obligó de nuevo a cambiar de sitio. Se echó al suelo como los demás, esperó largo rato sin dar señales de vida, y cuando sus compañeros se retiraban abandonando la calle, consiguió apuntar, calmadamente, al hombre que tan considerables estragos causaba entre los suyos.

—*My God!* —exclamó, dando rienda suelta a su alegría.

Pero la ametralladora siguió haciendo de las suyas y cumpliendo a conciencia su tarea. Ahora, quien la manejaba, le dio menos trabajo. Descubriéndose como un novato, le brindó oportunidad para cazarlo a sus anchas, en el segundo blanco logrado aquella mañana.

—*My God!* —repitió con suficiencia estudiada, frotándose las manos en señal de contento. Mas la ametralladora, sin callar, insistió terca, implacablemente, en la tarea emprendida.

—*Sons of…!*

Disparó. El disparo repercutió en su hombro. Y una vez más, en un breve intervalo en aquella mañana, falló el tiro, aunque él, para conformarse, pretendiera lo contrario.

La ametralladora respondió con su ladrido monótono, obsesionante, estrechándolo a abandonar su ventajosa posición.

Cuando el combate se generalizó decidió incorporarse a los que avanzaban. Se cuadró el rifle a la cintura, abatió a alguno de los defensores que le salieron al paso, e igual que sus compañeros detenidos en la entrada del barrio, permaneció sin atreverse a penetrar en él. A su vista, hacia donde quiera que se dirigía, la muerte estaba presente… Conrad Smith, el cazador de hombres, no se sentía realmente satisfecho de su obra. Su conciencia profesional le decía, por

más que quisiera ignorarlo, que algo inexplicable le había sucedido en esta ocasión.

Fred Murray, en cambio, no pertenecía al cuerpo de tiradores escogidos. Su misión era más humilde. Se reducía no a cazar hombres apostados ventajosamente en algún sitio a cubierto, sino a formar entre el montón y a combatir en una tarea colectiva sin que ninguno se fijara en su actuación.

Su espíritu de aventura, en un siglo en que las aventuras como las que él soñó escaseaban, lo decidió a enrolarse en la marinería, de desembarco de la Unión. Así viajó al Asia, por los mares del Pacífico, en las costas americanas desde la Tierra del Fuego hasta Terranova o desde el Estrecho de Magallanes a San Francisco, y satisfizo su sed de viajar que desde pequeño lo acuciaba. Pero en ese siglo en el que él vivía las grandes aventuras se habían acabado. Ni la hazaña de Colón se repetía, ni la teoría de la redondez de la tierra ayudaba al descubrimiento de nuevos mundos. Cuántas veces lo lamentó: "¡Oh, si yo hubiera vivido en aquel maravilloso siglo XVI! ¡O en cualquiera de aquellos de las magníficas hazañas de los caballeros cruzados! ¡Y militado bajo el mando de Federico Barbarroja o de Ricardo Corazón de León!...". ¡Todavía, de pequeño, se había sentido soliviantado con las aventuras del gran Teddy o las de Buffalo Bill pero ahora todo se había extinguido! Así, tan pronto como tuvo libertad de acción, se incorporó a los marinos de desembarco de la Armada de su país.

Fred Murray participó no sin cierta vergüenza, en esa cacería del hombre con que se afirmaba el poderío imperial de la Unión. Ayer en Nicaragua, mañana en Cuba, hoy en México… Aquella historia, como los cubos de noria, giraba siempre alrededor de un viejo fin. Ahora, Fred Murray, comenzaba a ver claro.

Su entusiasmo se había extinguido y las hazañas que se le ofrecían habían perdido su romanticismo y su poesía. Tenía ya una imagen vaga de la razón por la que se peleaba y de la mano que lo impulsaba a disparar contra hombres inermes y mujeres indefensas. Por eso no quería sino cumplir el tiempo de su contrato para recobrar su libertad enajenada. Una joven mujer, allá en Brooklyn, hizo lo demás.

—Dura la prueba, *my God!* —reconoció Conrad Smith sin apresurar el paso y cual si al evocarla, gozara interiormente—. Como en nin-

guna otra parte la tuvimos. La gente se defendió bien, peleó a conciencia y, para decirlo sin reservas, me hizo experimentar emoción.

Fred Murray replicó:

—Creí que no iba a salir con bien. No me había tocado una tan difícil como la de ayer. Y si me apuras pienso que a ti tampoco.

—*My God!* ¡Tienes razón!… ¡El cuento se prolongaba demasiado y parecía no tener final! ¡Ji! ¡Ji!…

Rió con una risa estúpida para dar muestras de despreocupación y confesó:

—Dices bien, *my God!*… No habíamos tenido, desde que andamos en estas danzas, otra igual.

Llegaron a los linderos del barrio y Conrad Smith se detuvo para observar el sitio en el que tan cerca estuviera de la muerte.

—¡Aquí fue, *my God!* —explicó a su compañero, que lo escuchaba un poco divagado—. Me situé allí y decidí iniciar la cacería; pero la caza, como las piezas asustadas ya por el cazador, se me escurría de las manos. Alguien, que no era zurdo, me obligó a salir de ahí. Luego retorné y encañoné pacientemente, sin darme prisa en ello, al tipo aquel de la ametralladora que no nos dejaba en paz. ¡Qué modo de limpiar la calle, *my God!* Al fin logré enfilarle mi *springfield* y hacer a conciencia mi trabajo… ¡Suponte lo que aconteció! Pero mi trabajo resultó estéril: la ametralladora, con la misma eficiencia de antes, tornó a lo de siempre. Barrió la calle una y otra vez y yo me vi precisado a volver a empezar, en un duelo tenaz, sin descanso, en el que alguno tenía que triunfar.

"El asunto, ahora, fue sencillo. Al primer disparo liquidé al hombre que la manejaba; un viejo curioso, ágil como un macaco, cuyo cuerpo centré en el punto de intersección de la mira de mi rifle. Pero, con todo, aquel viejo hizo de las suyas y dio cuenta de los nuestros que avanzaban… De allí para adelante el pleito fue un pleito casi personal con esa maldita porfiada ametralladora. Disparé contra ella una y otra ocasión y me encapriché en el lance, pero la ametralladora no dejó de disparar, sino cuando no tuvo ya con qué… *My God!*… ¡Y entonces no hubo mérito que reclamar!".

—Lo mío fue peor. Llegué a tierra cuando los primeros pelotones habían desembarcado. Me incorporé a ellos y de repente, sin saber de dónde venía, un nutrido fuego nos dispersó. De poco sirvió el bravo ejemplo del oficial. Cuando regresamos lo recogimos entre otros cuerpos acribillados con más agujeros que una coladera.

¡Pulso firme el de estas gentes! ¡Y bien puesto el corazón!… Yo corrí como los demás: corrí probablemente, con mayor prisa… Pero se explica: ¡Un mes para cumplir mi contrato y mi afán de volver a Brooklyn pudieron más en mí que mi instinto, ya extinguido por cierto, de emociones y aventuras!

Quedó pensativo.

—Brooklyn, ¿eh? ¡El río, el mar, el viento helado de su invierno y una chica que te espera! ¡Me parece mejor que este infierno endemoniado del que no esperé escapar!

Fred Murray pensó en Brookyn, en aquella Mary Douglas que lo aguardaba allá y en su estéril existencia derivada de sus aficiones a los libros de aventuras y a la vecindad del Hudson y del mar.

—¿Un mes dice?

—¡Un mes nada más! ¡Y de vuelta a Brooklyn!

Remprendieron la marcha.

—Yo, por el contrario, he renovado mi contrato. La vida sedentaria, sin impresiones fuertes, me aburre. Allá, en Texas, fui de lKu-kux-klan… Pero aquello era para desesperar al más paciente. Un día te citas con los demás, te echas sobre un maldito negro y lo dejas colgado de una rama, porque sí o porque no. Mas a la postre todo vuelve a quedar como antes. Y la escena la repites siempre que quieras, y siempre quedas igual… ¡Para aburrirse de verdad!...

Hizo alto y tendió el oído.

—Aquí las emociones cambian constantemente. Un día es el mar, el huracán ola tempestad, y tú te rozas con la muerte a cada minuto. Otro es un puerto: sus exóticas, sus tentadoras mujeres con su sangre negra en las venas que te hacen descubrir el paraíso, o sus misteriosas mestizas y sus mundos embusteros con sus dioses de barro y de granito… Otro los desembarcos, que, como éste de ayer, te dan una sensación de aventura que no es frecuente encontrar en este mundo pacífico de hoy… Y así la vida se acorta y te ofrece fuertes emociones que un hombre como yo sabe apreciar.

Tornó a escuchar en el silencio de la noche y continuó:

—Cuando transcurren tantos días sin que nada te acontezca, se te ocurre escapar muy lejos para no retornar jamás… Texas misma, con sus extensas praderas y su tierra pródiga, me ahogaba, sin embargo. Tu mundo es allí muy limitado: el cultivo de la tierra, la cría del ganado, y nada más… Definitivamente me quedo aquí. Anclar

en tierra, aparejarme a una mujer, eso no, *my God!*… ¿Qué placer puedes hallar en ello?

—Tú…

Conrad Smith no dijo más. El Chumbelo, saltando diabólicamente a sus espaldas, lo derribó ahogado en un estertor. Fred Murray, por su parte, no tuvo tiempo de despertar. Su tránsito de las riberas del Hudson a la muerte fue tan rápido que entró en ella con una sonrisa de plenitud.

Los naipes dijeron su última palabra. Y ni Roberto Guzmán ni el Chumbelo esperaron mucho para cumplir la misión que aquel par de ases les había confiado.

Echados sobre la tierra después del entierro de sus gentes, espiaron el momento en que, como la noche anterior, los invasores irrumpieran en el barrio.

La lucha, para ellos, no había terminado. Mientras uno solo existiera, el encono viviría en su corazón, sin extinguirse. ¡Un as de oros y uno de copas decidieron la cuestión! Roberto Guzmán, como el Chumbelo, no eran sino la venganza, la tradición y la historia también de todo un pueblo… En medio de ellos, dándoles calor con su cuerpo tentador, la Muda les hizo compañía. Sus senos cálidos, juntándose a los dos, no podían, sin embargo, aplacar el temblor que los agitaba. Sobre sus cuerpos, adheridos a la tierra, caía la densa e impenetrable oscuridad de la noche. Sombras espesas lo ocupaban todo y corría, encima de los aleros y azoteas, un cielo negro y confuso del que no trascendía la menor claridad.

A los agudos oídos del Chumbelo llegó el rumor de pisadas que Roberto Guzmán percibió después. Las pisadas se detuvieron sobre un murmullo apagado; brilló una débil luz proyectada por una linterna de mano y pasaron en medio del barrio las palabras de aquella lengua extraña que resonó en los oídos de Roberto Guzmán como algo condenable y ajeno. La luz alumbró un instante el repliegue de una pared teñida de verdín y se apagó para dejar la noche nuevamente a oscuras.

Roberto Guzmán y el Chumbelo se movieron hacia el sitio en que, pese a las sombras, adivinaron la presencia de aquellos hombres, que continuaron hablando y avanzando como empujados por la fatalidad. Los escucharon hablar con una conversación fluida y

fácil, y los sintieron llegar hasta ellos. Sus voces, sobre la negra noche, señalaron el rumbo que seguían.

El Chumbelo se arrastró en silencio, saltó con un salto increíble sobre Conrad Smith, el cazador de hombres, y hundió su largo cuchillo de mar en su robusto cuello, en el que se ahogaron las palabras que decía.

Fred Murray no supo lo que sucedió. No había de saberlo nunca jamás. El Hudson lo acariciaba en ese preciso momento con su mano helada y fraternal y Brooklyn lo llamaba con su voz amiga y fecunda de promesas.

Roberto Guzmán, con pulso firme, sin que su brazo se estremeciera, dejó clavado en la ancha espalda de Fred Murray el cuchillo que empuñara. Encima de la tierra ultrajada, su sangre describía, con la de Conrad Smith, la frontera inviolable.

El Chumbelo desapareció en las sombras, Roberto Guzmán dominado por una aguda crisis nerviosa, fue alejado de allí por la fina mano de la Muda, que lo condujo a un perdido rincón del barrio. Sus cálidas caricias lo hicieron pasar de la excitación nerviosa provocada por la empresa que él as de oros le confiara, a la excitación de su carne joven desbordada. Cuando volvió en si, sofocado aún por los abrazos de la Muda, todo se había consumado… Bajo la luna naciente que alumbraba todavía indecisa las carnes blancas que nunca lo hubieran dominado, reinaban ahora sobre la sangre, sobre la muerte y en su corazón también.

Roberto Guzmán descubrió al Chumbelo junto a ellos sin saber de dónde salía. Lo vio como la imagen borrosa de un pasado que se le escapaba de la memoria y quiso hablar para explicarse. Pero el Chumbelo lo contuvo:

—No hay nada que explicar —dijo. Y desapareció, como vino, entre las sombras de la noche.

XVII

El teniente Roberto Guzmán refrenó su sudoroso caballo con un movimiento brusco de su mano, hizo en seguida una señal a sus hombres para que avanzaran y ordenó al trompeta, que marchaba a su lado, lanzar un toque de atención. El clarín vibró con sus notas largas y agudas y la columna, automáticamente, reptó sobre la en-

cendida llanura… Luego echó pie a tierra y avanzó hasta la bocacalle siguiente a pasos cortos y cautelosos, mientras los marinos yanquis, marchando a ritmo semejante, retrocedían a su vez… Tras el avance de sus soldados, se movía la poderosa columna militar que ocuparía Veracruz, cuyas torres y cuyos templos, de tonos vivos y brillantes, centelleaban bajo el sol. Encima de la llanura interminable que se unía a lo lejos con el cielo azul y gris, las armas resplandecían con destellos fugaces y los rostros dibujaban sus perfiles de piedra.

Cuando Roberto Guzmán hizo su entrada en las primeras calles de la ciudad y ordenó al trompeta de órdenes lanzar al viento su toque de atención, se vio rodeado de una abigarrada multitud que pugnaba por acercársele. Los hombres se abrían paso a fuerza de puños y tomándole la mano, se la estrechaban con entusiasmo. Las mujeres luchaban a brazo partido para ganarles la delantera y, no pudiendo alcanzarlo, se conformaban con acariciar el pecho de su caballo o colgarse de los tientos de la montura, que se hacían rígidos hasta amenazar romperse. Aproximándose a paso breve, pero redoblado, la infantería se destacaba ya hasta permitir precisar el perfil de los semblantes. Las fuerzas yanquis continuaban retrocediendo y el teniente Guzmán avanzando casi en vilo de la multitud, que lo aclamaba delirante. Siguiéndole los pasos, obedeciendo los toques de su trompeta que correspondían al esotérico lenguaje militar, la columna marchaba presurosa.

La mañana temblaba bajo el sol del otoño, los árboles no eran sino esqueletos de secas ramas y un agrio, hostigante sabor de mar, venía del puerto.

La multitud crecía hasta hacerse una compacta valla que se agitaba sin cesar y ahogaba a Roberto Guzmán. La ciudad emergía ahora en su pensamiento con todos sus terribles recuerdos. Sin embargo, sus paredes y sus calles, sus torres y sus templos, eran como un desconocido espectáculo que hasta ahora no se le revelara. Las gentes le parecían al propio tiempo extraños y familiares y un sentimiento amargo y cordial, que cobraba intensidad, nació en su corazón.

Trató de liberarse de las mil manos que lo aprisionaban. Alargó el paso y divisó, retrocediendo constantemente, a los marinos yanquis.

Las voces de los soldados, ahogadas por los gritos y el desbordante rumor de la multitud que no cabía ya en la calle, cantaron su canción de guerra:

Si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar…

La multitud rugió. Los invasores se iban y ella, como adherida a Roberto Guzmán y a los soldados que penetraron con él en la ciudad, continuaba adelante. Era ella quien cantaba ya:

Si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar…

De súbito silbaron los silbatos de las locomotoras, replicaron las campanas de los templos y la muchedumbre, enardecida, ululó hasta enronquecer. El sol, a pesar del viento otoñal que barría la superficie de la tierra, comenzaba a escaldar. Y un vapor denso, hinchado de emanaciones acres e irritantes, volaba aquí y allá.

Roberto Guzmán se sobresaltó. Dominando los ruidos y los rumores, una voz de mujer gritó:

—¡Roberto!

Por encima de un mar de manos, de cabezas alborotadas y cabellos revueltos, el rostro tierno de su madre le sonreía con una sonrisa amarga, bajo un rebelde mechón de cabellos grises. En sus ojos se encendía una luz de irisados matices y sus manso, temblorosas, se tendían hacia él. Su boca se contrajo por el esfuerzo, intentó repetir el grito creyendo que el nombre de su hijo salía nuevamente de su garganta, en la que se ahogó un sonido inarticulado y gutural.

El teniente Guzmán no pudo detenerse. Siguió de frente y ocupó con el pelotón de soldados a su mando la bocacalle próxima. Ante él, con sus armas embarazadas, retrocedían los invasores. Lo hacían lentamente, con orden y esperando que los que avanzaban estuvieran a corta distancia. De la columna que marchaba más allá de los soldados de Roberto Guzmán llegó el canto de combate. Era como una entrega en la que se expresaba el sacrificio anticipado y la despreocupación ante la muerte que ninguno tenía.

Si me han de matar mañana,
que me maten de una vez…

Bajo los cascos recalentados de su cabalgadura, de la que tiraba con suavidad, se derrumbó una mujer. Roberto Guzmán se detuvo. La multitud se abrió en un amplio círculo en tanto que algunas mujeres, compadecidas, sacaban a la otra de allí. Aprovechando el vacío que se hiciera alrededor del teniente Guzmán, un hombre joven se le acercó para estrecharle la mano.

—¡Lorenzo! —exclamó Roberto Guzmán y sintió renacer, con su presencia, todo su pasado.

Atrás, continuaban cantando:

> Si me han de matar mañana,
> que me maten de una vez…

Una mujer, picada su curiosidad, interrogó a Lorenzo:

—¿Quién es?

Lorenzo corroboró con un dejo de orgullo en la voz:

—De aquí, de esta ciudad, y uno de los que combatió contra aquellos.

La mujer lo pregonó con gritos histéricos. La multitud recogió sus palabras y rodeó nuevamente a Roberto Guzmán como algo suyo, que le perteneciera por derecho propio y cual si quisiera impedir que le fuera arrebatado.

En ese mismo instante, los marinos yanquis atravesaban el centro de la ciudad y se dirigieron a los muelles. Tras ellos quedaban siete largos meses de ocupación, de amargura, de odio y de desprecio. Los acosaban hombres de rostros broncíneos, de miradas negras y brillantes, cuyos pasos se multiplicaban sobre las reblandecidas calles. De los balcones, de las azoteas y ventanas, nubes de papelillos rojos, verdes, azules y amarillos volaban caprichosamente. Muy por encima de su luz multicolor, negros zopilotes distendían sus alas bajo la comba mansa del cielo de noviembre.

El teniente Roberto Guzmán no se detuvo. Continuó marcando la retirada de los invasores e hizo rumbo, él también, al mar.

Sus pulmones se ensancharon, llenándose de olores marinos. Allí estaban ese viento familiar y ese enrarecido sabor de salitre, alquitrán y alcohol que nunca olvidara y que podía más en su organismo que el aire fino de las serranías y las montañas. Y al penetrar en la zona de su barrio ardido por el sol, el tibio aire de su niñez sacudió su corazón.

Roberto Guzmán se pasó la mano por la descubierta cabeza, que agitó como queriéndose desprender de las ideas que lo dominaban. Miró hacia todos lados reconociendo los detalles que le salían al paso y dulcificándose, a medida que avanzaba en aquellos sitios entrañables, el rosto adusto. Apagados, traídos por el viento que soplaba cordialmente, percibió los cantos de la columna militar, que se había detenido en medio de la ciudad… Sólo él, obediente a las órdenes recibidas, continuaba adelante, como si quisiera estar seguro de que ninguno de aquellos marinos extranjeros quedaría sin embarcar. De pronto, al rebasar las últimas casas de su barrio, la rada brilló ante sus ojos herida por el polvo dorado del sol. Frente a él se destacaban en el fondo verdeazul del mar, las grises moles de aquellos malditos barcos que ametrallaban la ciudad. Se mecían indolentes, impulsados por unas olas pequeñas, rumorosas, que cubrían sus flancos de blanca y burbujeante espuma. Saliendo de la bocana, formando espesas nubes de humo, otros barcos grises se iban para no volver.

Roberto Guzmán permaneció ante el puerto hasta que el último soldado extranjero dejó de pisar la tierra amada. Su frente, iluminada por la trémula luz otoñal, se distendía a medida que la lancha en que se embarcaban los últimos invasores surcaba, hacia los barcos grises, las aguas de la bahía. Esperó que todos los buques yanquis se pusieran en movimiento, que levaran anclas y que traspusieran la bocana y se perdieran, al fin, tragados por la azul inmensidad del mar. Luego montó a caballo, apretó con su ancha mano la cabeza de su montura y estiró las piernas rígidas y entumecidas, experimentando así agradable sensación de alivio. Aspiró con fuerza el aire marino y dibujó, en su boca de trazos enérgicos, un gesto indefinible. En seguida prestó atención. Del centro de la ciudad, adonde el grueso de las fuerzas había llegado, venía un marcial rumor de cornetas y tambores y de voces de los soldados y la multitud que cantaban, fraternizando, las canciones que ahora los unían. El canto encerraba no sabía qué, una mezcla de fuerza y fatalidad, que embriagaba sus sentidos.

…un soldado en cada hijo te dio…

Roberto Guzmán le hizo coro. Dio media vuelta y quedó de cara a la ciudad en donde los rojos aleros se encendían vivamente. A sus

espaldas, encima del mar, el sol se hacía de plata y el viento del otoño rizaba, cadenciosamente, la blanca espuma de las olas.

El general Aponte llamó a su presencia al teniente Roberto Guzmán y le dijo:

—Será usted quien se encargue de mandar la vanguardia de la columna que ocupará Veracruz. Avanzará a medida que los gringos se retiren y, en caso de que se nieguen a hacerlo, será usted quien dispare las primeras balas…

El general Aponte, para hacer esta designación, no tuvo en cuenta el profundo aprecio que le guardaba. Él sabía, sí, de la serenidad y el valor de ese oficial, por quien experimentaba especial estimación. Fue a él, precisamente, a quien se le presentó después de aquel cruento combate, sin que nadie supiera a ciencia cierta de dónde había salido.

Ya en su presencia lo interrogó:

—¿Qué desea?

—Un sitio en sus filas.

—Sólo como soldado.

—¿He solicitado otra cosa?

Las frases, dichas casi con hostilidad, eran breves y cortantes.

El general, para probarlo, lo retuvo a su lado. En el fondo Roberto Guzmán lo había conquistado con su modo seco y decidido. Y más que simpatía, experimentaba afecto por él.

Aquel muchacho empezó a llamar la atención de todos. Era valiente, con valor frío, calculador y sereno, poco común hasta en los jefes más experimentados. Desde el primer combate lo demostró. Asaltó él, antes que ninguno, una trinchera enemiga. Y al consumarlo lo hizo tan tranquilamente como si no arriesgara su vida. Sus compañeros caían a su alrededor segados por la fusilería y el fuego incesante de las ametralladoras, que los barría impunemente. El oficial que los conducía cayó también. Los que quedaban en pie vacilaron atemorizados. Después comenzaron a replegarse. El disparar enemigo no se daba reposo. Roberto Guzmán se negó a retroceder; arrebató de manos de un soldado indeciso el guión que portaba, tremolándolo en alto; dio voces de aliento y se lanzó al parapeto, que tomó en un minuto.

Su ejemplo levantó el ánimo de los suyos, quienes se rehicieron y saltaron igualmente sobre la trinchera codiciada. Sus gritos y sus

imprecaciones hacían contraste con la serena actitud del soldado Roberto Guzmán, quien volteando una de las recalentadas ametralladoras abandonadas por el enemigo, lo fusiló por la espalda.

Nadie tuvo a mal que se le ascendiera a cabo.

Sus cintas de sargento las ganó, de igual modo, en buena lid. El general le confió, convencido de que la desempeñaría con eficacia, una delicada misión. El cabo Roberto Guzmán se deslizó entre las filas contrarias y decidió, con sus valiosos y ciertos informes, aquella acción de armas. Cuando las posiciones revolucionarias fueron atacadas los sorprendidos fueron los otros… Después de eso logró, relativamente con facilidad, ascender a oficial. Su conducta fue admirada por todos y no hubo acción de guerra en la que no lograra sobresalir.

Pero no fue ésa la real razón por la que el general Aponte lo recordó para confiarle la vanguardia de la columna que había de recuperar Veracruz. Eran otras las causas que lo impulsaron.

Cuando Roberto Guzmán empezó a distinguirse entre aquellos hombres todos valientes, al servicio de la Revolución, la curiosidad se despertó ante sus compañeros, deseosos de conocer su historia. Sin embargo, jamás se le oyó hablar de sí mismo. Reservado sin ser hostil, callado, pero fraternal, nadie se atrevió, no obstante, a interrogarlo sobre su existencia. Sus mismos jefes respetaban esa natural reserva y ese silencio suyo que escondía, para la maledicencia y la murmuración, un tormentoso pasado. Roberto Guzmán pudo haber pasado inadvertido si no hubiera sido por su frío valor que provocó el pasmo de los demás y se impuso, hasta sobre los más temerarios, desde el primer instante.

Fue el Chumbelo, incorporado como él a las fuerzas revolucionarias y quien le excusara su presencia, el que reveló su identidad.

Un día relató:

—¡Igual luchó contra los gringos! —ocultando que él también había peleado, con igual decisión, contra los invasores y sin que a nadie se le ocurriera recapacitar sobre la fuente de sus informaciones.

El Chumbelo habló de Roberto Guzmán con entusiasmo, aunque se descubría una oculta amargura en el tono de sus palabras.

La leyenda se divulgó. Un oficial llevó el cuento al general.

—¡El compañero Roberto Guzmán peleó contra los gringos! —le dijo.

—¿…?

—Un soldado lo reveló. Relata algunas cosas interesantes de su vida: presenció la muerte de su padre asesinado por los esbirros de Huerta, luchó contra los gringos con el valor con que aquí lo hace y fue uno de los pocos que, de quererlo, podría contarlo ahora…

El oficial medió. Luego creyó oportuno comentar:

—A eso se debe, indudablemente, su serenidad en los combates… ¡Cuando vino aquí ya se había codeado, y de qué manera, con la muerte!

El general no abrigó dudas sobre este relato. Y desde entonces, puso mayor confianza en él.

Pocas horas después, al leerse la orden del día, el oficial Roberto Guzmán era ya teniente…

Cuando el jefe de la Revolución comunicó al general Aponte que era él quien había sido designado para que con sus fuerzas ocupara la ciudad, el general pensó en Roberto Guzmán para que mandara la vanguardia de sus tropas. Era aquél un desagravio que los hombres de la Revolución —pensaba el general—, le debían, pero era también la seguridad de sus jefes en su sangre fría y en su valor.

El general, al confiarle esa comisión que lo ponía otra vez frente a los invasores, estuvo a punto de decir: "No sería ésta la primera vez", pero temió cometer una indiscreción. Descubrió, él, en la mirada de Roberto Guzmán, un rayo de luz y en su semblante un orgullo mal disimulado.

Después de aquella noche en que el cuchillo del Chumbelo dio buena cuenta del cazador de hombres, Conrad Smith, y de que su puñal liquidó la existencia del marino de desembarco Fred Murray, Roberto Guzmán decidió abandonar la ciudad, llevando todavía impregnada, en su adolescencia, la carne reveladora y ardiente de la Muda. No obstante, todos sus pensamientos desembocaban esa noche, herida por el dolor, en un mismo cauce: continuar la lucha contra los intrusos hasta arrojarlos de la ciudad.

Chespiar, antes de cerrar los ojos para siempre, lo había lamentado con la profunda y sentida sinceridad de quien se halla en los umbrales de la muerte: "¡Lástima no continuar participando en esta admirable epopeya!". ¿Quién se lo impedía a él? Pero para ello no había que contar con los soldados de Huerta; aquel odiado Huerta que puso luto en los hogares del barrio y cuyo puño tocara, con

el signo de su odio, la frente de su padre. No olvidaba tampoco que fueron esos mismos soldados de Huerta quienes abandonaron cobardemente la ciudad, dejándola a los soldados extranjeros. Tropezó. Esquivó luego algunos obstáculos y continuó caminando hacia el puerto, bañado ya por una pálida claridad que la tímida luna lanzaba contra la tierra. Se ocultó rápidamente tras unas agujereadas cajas desde donde los invasores iniciaran el fuego el día anterior. Pasaron cerca de él, sin notar su presencia, marineros yanquis de vigilancia. Esperó que desaparecieran de su vista, se dirigió a un pequeño pailebot atracado al muelle y se descolgó sobre su abandonada cubierta, que se iluminaba poco a poco bajo la luz de la creciente luna.

Se mantuvo inmóvil, casi sin respirar, escuchando el caer de las olas sobre el costado de la embarcación. De la ciudad llegó a sus oídos el seco sonido de un disparo, luego el de otro, y todo volvió a quedar en calma otra vez.

Salido de entre un rollo de cables, un marinero lo interpeló:

—De escape, ¿eh?

No supo si el tono de aquella voz era burlón o amenazante. El hombre había hablado sin inflexiones apagadamente, más confirmando lo que decía que investigándolo. A la claridad de la luna, que se afirmaba minuto a minuto, Roberto Guzmán descubrió un rostro glacial, frío a toda sensación humana. Lamentó haber entrado allí y no satisfizo la curiosidad del hombre.

—Yo también hice lo que pude —continuó el marinero con su misma voz indefinible, mirando a los ojos de Roberto Guzmán—. Cada quien hace lo que puede, tú ves. Y no es culpa tuya si no puedes hacer más.

Roberto Guzmán respiró con fuerza, como liberado de un tremendo peso. Su pecho se llenó de sabores marinos, de resabios agridulces de excremento, de orines y de alquitrán.

El marinero, como si tuviera necesidad de justificarse, insistió:

—Hice lo que pude. El patrón y los demás estaban fuera. Yo solo no fui muy eficaz. Por otra parte, no dispuse de muchos elementos… ¡Algo se hizo, sin embargo!

Le pareció a Roberto Guzmán que aquel rostro helado se animaba. Y que en sus últimas frases se animaba un inesperado orgullo que estaba por volcarse. Esperó, no obstante, recobrada su confianza.

—Agoté las pocas municiones de que disponía. Mas no inútilmente. Cuando los gringos iniciaron su desembarco, los dejé hacer. Pero así que avanzaron a la ciudad, los cogí por la espalda. Hice morder el polvo a uno, a otro y a otro… Y habría seguido si ellos no hubieran descubierto el rumbo de donde yo los fusilaba.

Rió sin asomo de maldad, con una risa plácida de hombre bueno. Enseguida repitió:

—¡Cada quién hace lo que puede! Cuando un grupo de marinos yanquis irrumpió aquí, yo ya había arrojado mi fusil al mar y fingí encontrarme acobardado. Subí a cubierta arrastrándome, demostrando un miedo que, sin vanidad, no experimentaba. Uno me golpeó con su fusil obligándome a levantarme. Los otros bajaron a las bodegas y registraron sin hallar nada que me comprometiera. Subieron luego a cubierta y rieron de mi fingido temor, que yo extremé más. El que los mandaba me vio con desprecio y dijo algo que no entendí pero que sus acompañantes celebraron ruidosamente. Después corrieron hacia la ciudad… ¡Cada quién hace lo que puede!...

Roberto Guzmán no quiso decir nada. El marinero lo miró con un gesto malicioso y, colocándose de tal manera que no pudiera salir de allí sin tropezar con él, le dijo:

—¡Ahora tendrás que ayudarme!

—¿Ayudarlo? ¿A qué?

Roberto Guzmán se sintió desazonado.

—Temo que no resulte de tu gusto, pero no fui yo quien te trajo aquí. ¡Tendrás que ayudarme!

El marinero insistía siempre en sus palabras. Las dejaba caer con un dejo de indiferencia o de fatalidad y las repetía una y otra vez, como si temiera no ser comprendido.

—¿Qué quieres de mí? Aún no sé de lo que se trata…

Ahora, él también sin darse cuenta, lo tuteó.

—Dime lo que quieres y sabré a qué atenerme.

—La historia tiene otra parte —expresó el marinero sin darse prisa y con el mismo acento velado que usara desde el principio.

—Te dije que uno de aquellos hombres me había golpeado; que otro dijo algo, por lo que los demás rieron de mí… Ya sabes: ¡el hombre propone y Dios dispone!… Hoy, momentos antes de que tú llegaras, comenzaron a pasar por aquí parejas de vigilantes extranjeros que iban y venían a la ciudad. Pasó una pareja, luego

otra, y al fin la que para mí tenía verdadero interés: estaba formada, precisamente, por aquellos dos tipos a quienes, aunque pasaran mil años, no olvidaría. De pronto no se me ocurrió nada. Pero después una idea se atravesó en mi cerebro. Ellos hicieron alto por allí. Hablaron con calor y volvieron atrás.

El marinero se animó.

—La idea que concebí no fue difícil de ejecutar. Allí están sus cuerpos en aquel rincón, fríos ya y esperando bajar al mar.

Roberto Guzmán miró hacia el sitio al que el marinero señalaba y distinguió dos sombras blancas empapadas de negra sangre.

—Tendrás que ayudarme —repitió nuevamente el otro—. Me preparaba para arrojarlos al agua cuando escuché el rondín con que tú tropezaste y en seguida te vi llegar aquí. ¡Cada quien hace lo que puede!

No tardó mucho la operación. Amarraron al cuello de aquellos hombres dos pesados lingotes de fierro y los hicieron descender calladamente al mar. Luego los dejaron ir, quedando pensativos por un minuto, viendo las pequeñas burbujas que los cuerpos levantaban.

El marinero, cuyo rostro glacial había entrado en calor, declaró:

—Aún no hemos terminado. Si alguien entrara ahora aquí, descubriría todo. Lavemos la sangre…

Roberto Guzmán admiró a aquel hombre a quien no se le escapaba ningún detalle. Y hasta entonces no pensó en la sangre coagulada hecha costra sobre su mano.

Pasaron sobre el muro nuevas patrullas. Sus pasos resonaban en sus corazones. La brisa de la mañana refrescó y el alba, rosácea, brilló en el Oriente.

Al renacer el día, el registro de todas las pequeñas embarcaciones atracadas a los muelles tuvo lugar. Llegaron marinos rubios, inspeccionaron todos los rincones y se retiraron sin encontrar huellas de lo que buscaban. Cuando el registro se practicó en el pailebot en que Roberto Guzmán se refugiara, nadie sospechó de él. Dos muchachos, y no otra cosa, fue lo que los extranjeros hallaron allí.

Días después el pailebot se hizo a la mar. El capitán no supo nada. Aquel muchacho a quien nunca creyó capaz de ninguna violencia, pasó como uno de tantos que escapaba para no permanecer bajo el dominio de los invasores de la ciudad. Y eso el capitán del pailebot lo entendía bien. Él, como los demás, había hecho su parte,

pero eso no había por qué revelarlo… El pailebot izó sus velas, las desplegó para aprovechar el viento y se perdió en lontananza.

Pocos días después se acercaba a la zona atacada por los revolucionarios. El marinero Roberto Guzmán desertó de la tripulación y esperó a que aquello se resolviera… El día en que los soldados de Huerta fueron derrotados en esa población, el desertor Roberto Guzmán se presentó al primer jefe que le saliera al paso reclamando un sitio entre los suyos.

No ignoró que se le miraba con prejuicio. Que habiendo permanecido en una zona dominada por los huertistas, se desconfiaba de él. Pero su conducta habló por sí misma. Luego se concretó a cumplir, con creces, su compromiso.

Y el día que el general Aponte lo felicitó por primera vez de cara a su comportamiento, respondió involuntariamente:

—¡Cada quién hace lo que puede!…

Y ahora, con intención, afirmó:

—¡Yo hice lo que pude!…

"He aquí un filósofo", pensó el general. Y dejó aflorar a sus labios un gesto amable.

El soldado Roberto Guzmán se alegró cuando supo que las fuerzas a que se incorporara tenían por misión propagar el movimiento revolucionario en aquellas tierras adonde él quería retornar. La prensa que circulaba en los frentes de batalla le informó de esa tenaz campaña que tenía lugar de parte de los jefes de la Revolución para arrojar a los invasores de su ciudad. Era ésta una lucha sorda o abierta en la que no prevalecía siempre la inteligencia, pero sí, invariablemente, la razón. La lucha estaba llena de sutilezas que a ratos se le escapaban y a veces descubría en su más exacta plenitud. Y siguiendo este juego en que la sagacidad, el acertado razonar y la justicia ocupaban su debido sitio, se enseñó a amar, con entrañable amor, a la Revolución.

No consiguió conciliar el sueño. Permaneció despierto tendido bajo el opaco cielo del otoño que se poblaba de pasajeras y oscuras nubes. En los trenes militares, un reconcentrado silencio reinaba por completo. Sólo él y los soldados de servicio velaban en aquella augusta, definitiva hora que pasaba encima de la palpitante tierra en cuya superficie germinaban, a un mismo tiempo, la alegría y el dolor, el desencanto y la esperanza.

Cuando el clarín llamó a "levante", su tensión nerviosa se disipó. Los soldados descendieron de los trenes y formaron a los lados y a lo largo de la vía, rígidos, en espera de las últimas disposiciones.

Cerca y lejos, arriba y abajo, los rumores del campo, el cielo lejano y la ciudad, comenzaron a despertar.

Roberto Guzmán se acercó al general Aponte, recibió sus últimas instrucciones y avanzó en medio de la campiña, que aclaraba ya. Así que estuvo a la distancia que se le indicara, hizo alto y ordenó al corneta de órdenes que diera una llamada de "atención".

El clarín vibró con agudo acento en la campiña interminable y sus notas se alargaron bajo cielo del otoño a lo largo y a lo ancho de la tierra estremecida. Atrás se agitó una masa informe que avanzó, con ritmo emocionante, sobre la verde llanura. Roberto Guzmán la vio ondular, se volvió de espaldas a ella e hincó sus aceradas espuelas en los ijares de su caballo. Luego vio avanzar la aurora haciendo fulgurar, sobre la naturaleza luminosa, los fusiles y las espadas.

Roberto Guzmán marcó con mayor velocidad el paso de los suyos y se halló, muy pronto, ante los viejos muros de la ciudad. Evocó a Chespiar. Entonces recitó:

> Ahora, hasta rayar el día,
> que cada quien vague por este lugar a su capricho.

Aflojó las riendas de su caballo y lo dejó avanzar, abandonado a su instinto.

El teniente Roberto Guzmán cumplió fielmente todos los servicios de cuartel y al terminarlos, se lanzó a la calle. La ciudad brillaba bañada por las luces multicolores, por los fuegos artificiales y por los rojos cohetes que estallaban en todos lados. El firmamento, dejando al descubierto las estrellas, le recordaba el cielo de sus noches junto al mar. A su alrededor, en medio de los destellos que pintaban los edificios de verde y rojo, amarillo y azul, la ciudad renacía alborozada. Sus viejos muros, como si rememoraran olvidadas hazañas, se estremecían bajo el rumor de las voces, el optimismo de los cantos y el renacer de la fe. Roberto Guzmán quedó un momento indeciso y después, como empujado por una fuerza superior, se encaminó hacia el barrio.

Todo permanecía allí callado y todo desaparecía sumido en las sombras que lo ampararan desde su niñez. Se detuvo de nuevo, incierto, y avanzó definitivamente para hundirse, como en un pasado lejano, en la oscuridad y en la noche. Un silencio pesado, impenetrable, crecía imponente en los muros del viejo baluarte para morir en los mercados cercanos. Los derruidos cuarteles, las carcomidas atarazanas, las negras vecindades callaban también. El cielo, sembrado de estrellas, parecía perder su brillante luz y hasta el aire del mar, pasando sin detenerse, se henchía de entusiasmo y de misterio.

Roberto Guzmán siguió adelante, y ascendiendo las oscuras escaleras de su antigua habitación, empujó la puerta y apareció, inesperadamente, ante su madre.

Ella no se movió. Lo vio llegar convencida de que lo haría y sonrió por primera vez en muchos días. Su rostro se había marchitado y sus cabello, grises ya, le daban una expresión de pureza y serenidad.

Él arrojó su sombrero de amplias faldas sobre una silla, se acercó a su madre y permaneció a su lado sin violar el torturante y monótono romper de las olas que subía de la playa. Encima del silencio que los rodeaba, más fuerte que el bullicio que nacía al otro lado de los límites del barrio, pasaba sólo el acento del mar, tan antiguo y tan inquietante como la misma vida.

La madre, al fin, habló:

—Todo se ha acabado aquí —dijo con un tono mesurado—. Nuestros viejos amigos y nuestra antigua existencia se fueron para siempre.

Lo expresó sin dolor ni amargura. Calló temerosa de despertar en su hijo los adormecidos recuerdos y de hablar de aquello que tanto la torturaba.

Roberto Guzmán no respondió. Escuchó el batir de las olas y pensó que allí, en el mar como en la vida, algo moría y nacía constantemente.

Recorrió con sus ojos la familiar habitación. Todo continuaba igual que otros días: la pequeña mesa en que él, con sus padres, acostumbraba cambiar impresiones a la hora de la comida; el niquelado despertador con que su padre lo apuraba a levantarse; los libros amarillentos en los que él gozara sus primeras aventuras; aquel cromo sobre el que resaltaban, con vigorosos caracteres, las cifras del día y del año en que vivían.

Roberto Guzmán deletreó: "23-noviembre-1914". Otra fecha apareció en su imaginación: "21-abril-1914". El mar golpeó con mayor violencia. A través del balcón, la luna, indiscreta, se coló, alumbrando el rostro de su madre, que halló desconocido.

Ella dijo:

—El Chumbelo desapareció —volviendo, a su pesar, al pasado que no quería invocar. Él no experimentó ni remordimientos ni dolor.

—La Muda retornó al circo…

Ahora Roberto Guzmán evocó las blancas piernas de *la Muda*, sus tibios senos y sus suaves venas azules dibujadas en su blanda carne. Buscó, como si hubiera de encontrarla en los sombríos rincones del barrio y, acuciado quién sabe por qué, se dispuso a salir.

—¿Te vas? —inquirió la madre enderezándose también.

—Vuelvo allá…

Dibujó un vago ademán, pero pensó en la ancha tierra de México hiriendo los puntos cardinales.

No se despidió ni dijo más. Recogió el sombrero y lo retuvo entre sus manos, descendiendo luego las carcomidas escaleras que tan perfectamente conocía.

Reapareció en medio del barrio, se dirigió al puerto oloroso a orines, alcohol y alquitrán, y retornó hasta el secular baluarte cuya maciza silueta se asentaba en la tierra y en el tiempo.

Su madre lo dejó ir y permaneció en el balcón pensando en la muerte… Otro perfil se *dibujó, enérgico, sobre las paredes del barrio. Roberto Guzmán y el Chumbelo se reconocieron. Caminaron el uno hacia el otro con pasos breves, s*e miraron sin despegar los labios y se estrecharon las manos. Luego el sargento Antonio Rodríguez y el teniente Roberto Guzmán escaparon de las sombras y caminaron rumbo a la luz. Sus siluetas crecieron en la noche, adoptaron proporciones insospechadas y se perdieron, al fin, bajo el espléndido, infinito cielo del otoño, que brillaba sobre la ciudad.

Biblioteca del soldado
TOMO II

Se terminó de imprimir en septiembre de 2013,
en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso,
S. A. de C. V. (IEPSA). San Lorenzo núm. 244,
Col. Paraje San Juan, Del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Su tiraje consta de 1000 ejemplares.

Dirección editorial: Lourdes Martínez Ocampo
Cuidado de la edición: Fania Fabiola Beltrán Parra
Transcripción: Dania Fabiola Beltrán Parra, Raquel Huerta Nava,
Salvador Arturo Martínez Hernández y Lourdes Martínez Ocampo.
Diagramación: Lourdes Martínez Ocampo

En la presente edición hemos incluido una selección de varias de las mejores novelas y relatos de la Revolución Mexicana, en los que el ejército revolucionario es el protagonista central, sea a través de sus filas constitucionalistas o villistas. En estas páginas, el lector podrá conocer la vida cotidiana de las tropas revolucionarias; algunas de sus más memorables batallas; las angustias, temores y esperanzas de sus soldados; el carácter y la disciplina de sus jefes; los sufrimientos y carencias cotidianas de los soldados de a pie, sus amores y esperanzas; todo lo cual constituye un enorme fresco que pinta con vívidos colores lo que fue realmente este episodio de la vida nacional. Estamos seguros de que a través de estas páginas, el lector podrá evocar los acontecimientos y valorar la importancia de la Revolución Mexicana, así como el papel que tuvieron en ella los soldados que formaron los grandes ejércitos revolucionarios.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) tiene la satisfacción de contribuir con esta antología de novelas y relatos a la Conmemoración del Centenario del Ejército Mexicano.

Patricia Galeana
Directora General del INEHRM

SEP
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
INEHRM